

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORANEA

ORIENTACION GENERAL DE LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA
ENTRE 1898 Y 1907: LOS COMPROMISOS INTERNACIONALES

MARIA DEL CARMEN GONZALEZ VELILLA

TESIS DOCTORAL

REALIZADA BAJO LA DIRECCION DE:

Dra. ROSARIO DE LA TORRE DEL RIO

JUNIO 1998

**ORIENTACION GENERAL DE LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA ENTRE
1898 Y 1907: LOS COMPROMISOS INTERNACIONALES**

INDICE

INTRODUCCION.....	5
 CAPITULO PRIMERO: LOS CONDICIONANTES DE LA ACCION EXTERIOR DE ESPAÑA.....	43
1. HACIA UN NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL.....	45
1.1. LA DESAPARICION DEL SISTEMA BISMARCKIANO	45
1.2. ORIENTACION EXTERIOR DE LAS GRANDES POTENCIAS.....	55
1.3. INTERESES COLONIALES DE LAS POTENCIAS EUROPEAS.....	62
1.4. EL NUEVO AGRUPAMIENTO DE LOS ESTADOS EUROPEOS.....	67
2. EL REGIMEN DE LA RESTAURACION Y SU POLITICA EXTERIOR	70
2.1. LA POLITICA DE LA RESTAURACION.....	70
2.2. LA CRISIS DE 1898.....	84
2.3. LA INESTABILIDAD MINISTERIAL POSTERIOR AL 98.....	102

CAPITULO SEGUNDO: BUSCANDO UNA NUEVA POSICION:LIQUIDACION	
EN EL PACIFICO Y AFIANZAMIENTO EN	
AFRICA	137
1. ACTA FINAL DE LA CONFERENCIA DE LA HAYA DE 29	
DE JULIO DE 1899 Y CONVENIOS DE ARBITRAJE CON	
FRANCIA Y GRAN BRETAÑA.....	139
2. CESION AL IMPERIO ALEMAN DE LAS ISLAS CAROLINAS,	
MARIANAS Y PALAOS. MADRID, 30 DE JUNIO DE 1899.	154
3. TRATADO DE LIMITES ENTRE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS	
Y FRANCESAS EN LA COSTA OCCIDENTAL DE AFRICA.	
PARIS, 27 DE JUNIO DE 1900.....	165
4. CESION A LOS ESTADOS UNIDOS DE LAS ISLAS DE SIBUTU	
Y CAGAYAN DE JOLO. WASHINGTON, 7 DE NOVIEMBRE DE	
1900.....	203
CAPITULO TERCERO: EL REPARTO DE MARRUECOS..... 215	
1. LA PRESENCIA DE LAS POTENCIAS EUROPEAS EN	
MARRUECOS.....	217
2. LA POSICION ESPAÑOLA.....	225
3. EL TRATADO NO FIRMADO DE 1902.....	232
4. DECLARACION FRANCO-BRITANICA SOBRE EGIPTO Y	
MARRUECOS DE 8 DE ABRIL DE 1904.....	262
5. CONVENIO HISPANO-FRANCES SOBRE MARRUECOS DE 3	
DE OCTUBRE DE 1904.....	303

CAPITULO CUARTO: ACTA FINAL DE LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS DE 7 ABRIL DE 1906.....	323
1. LA CRISIS DE TANGER DE MARZO DE 1905: ORIGEN DE LA CONFERENCIA.....	325
2. LA CONFERENCIA: DESARROLLO Y RESULTADOS.....	358
 CAPITULO QUINTO: CERRANDO EL 98 Y COMPLETANDO LA EXCLUSION DE ALEMANIA DEL MEDITERRANEO OCCIDENTAL: LOS ACUERDOS ANGLO-HISPANO-FRANCESES DE 16 DE MAYO DE 1907.....	389
 CONCLUSIONES.....	437
 FUENTES Y BIBLIOGRAFIA.....	449
 APENDICE DOCUMENTAL Y MAPAS.....	465
1. TRATADO DE CESION AL IMPERIO ALEMAN DE LAS ISLAS CAROLINAS, PALAOS Y MARIANAS. 30-JUNIO- 1899.....	467
2. ACTA FINAL DE LA CONFERENCIA DE LA HAYA. 29- JULIO-1899.....	469
3. TRATADO DE LOS LIMITES ENTRE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS Y FRANCESAS EN LA COSTA OCCIDENTAL DE AFRICA. 27-JUNIO-1900.....	494

4. TRATADO DE CESION A LOS ESTADOS UNIDOS DE LAS ISLAS DE SIBUTU Y CAGAYAN DE JOLO. 7-NOVIEMBRE- 1900.....	499
5. PROYECTO DE TRATADO HISPANO-FRANCES RELATIVO A MARRUECOS. 1902.....	500
6. CONVENIO DE ARBITRAJE ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA. 26-FEBRERO-1904.....	504
7. CONVENIO DE ARBITRAJE ENTRE ESPAÑA Y GRAN BRETAÑA. 27-FEBRERO-1904.....	505
8. DECLARACION ENTRE INGLATERRA Y FRANCIA ACERCA DE EGIPTO Y MARRUECOS. 8-ABRIL-1904.....	506
9. DECLARACION HISPANO-FRANCESA ACERCA DE MARRUECOS. 3-OCTUBRE-1904.....	510
10. CONVENIO HISPANO-FRANCES ACERCA DE MARRUECOS. 3-OCTUBRE-1904.....	511
11. TRATADO ADICIONAL AL HISPANO-FRANCES DE 3 DE OCTUBRE DE 1904. 1-SEPTIEMBRE-1905.....	515
12. ACTA FINAL DE LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS. 7- ABRIL-1906.....	519
13. LOS ACUERDOS ANGLO-HISPANO-FRANCESES. 16-MAYO- 1907.....	543
14. MAPA DE LA GUINEA ESPAÑOLA.....	546
15. MAPA DE RIO DE ORO.....	547
16. MAPA DEL ARCHIPIELAGO FILIPINO.....	548
17. MAPA DE MARRUECOS.....	549

INTRODUCCION

INTRODUCCION

El período 1898-1907 ha sido tratado de manera muy desigual por la bibliografía española. Hay algunas obras que estudian de manera general la política exterior durante la Restauración. También hay una serie de obras que estudian las relaciones internacionales de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, pero en ellas se da muy poca importancia a España. Hay obras que, tratando temas más generales, hacen referencia a este período, así como algunas monografías que analizan alguno de los aspectos de la política exterior española.

En 1905 apareció la obra de Maura Gamazo La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español 1902-1904¹, que se encuadra dentro del último apartado, ya que se centra en un aspecto primordial de la política exterior española de este período: la cuestión de Marruecos. Encontramos en ella dos puntos fundamentales; por un lado, la opinión española ante el problema de Marruecos y, por otro, los intereses españoles en Marruecos. Obra de 1905, cuando estaba muy reciente la pérdida de las colonias españolas del Caribe y del Pacífico y se temía que pudiera ocurrir lo mismo con los territorios africanos, Maura Gamazo apoyaba la actuación del Gobierno español al firmar el Tratado de 1904, ya que España así no quedaba al margen de la cuestión marroquí. Maura Gamazo utiliza poca bibliografía

¹ MAURA GAMAZO, Gabriel, La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español 1902-1904, Madrid, 1905.

para la elaboración de su obra, ya que es una obra de opinión. La mayoría de la bibliografía que utiliza es española a excepción de dos obras, una francesa y otra inglesa.

En 1918, el francés Mousset, en su obra La política exterior de España 1873-1918², realiza un recorrido por la política exterior española de un amplio período y dedica diferentes capítulos al período 1898-1907: guerra hispano-norteamericana, Tratados de 1900, 1902 y 1904, Conferencia de Algeciras y Entrevistas de Cartagena. Mousset ofrece una visión bastante subjetiva de la política exterior española, presentando a Francia como una buena amiga de España con intenciones de ayudarla y presenta una Alemania que sólo quería interferir en las buenas relaciones hispano-francesas.

En 1923, Romanones, en su obra Las responsabilidades del Antiguo Régimen 1875-1923³, hace un estudio de la política exterior española de la Restauración desde su inicio hasta la dictadura del general Primo de Rivera. Lo más destacable de esta obra es que el autor califica su libro como "libro de defensa", ya que se produjeron ataques contra los políticos y los partidos de la Restauración, y la finalidad del mismo es demostrar que fue una injusticia esta crítica contra los hombres de la

² MOUSSET, Albert, La política exterior de España 1873-1918, Biblioteca Nueva, Madrid, 1918.

³ FIGUEROA, Alvaro de, (Conde de Romanones), Las responsabilidades del Antiguo Régimen 1875-1923, Renacimiento, Madrid, 1923.

Restauración. El Conde de Romanones va a tratar los acontecimientos más importantes de la política exterior española: la pérdida de las colonias y la resurrección de las aspiraciones africanistas, la firma en 1904 de un Tratado con Francia sobre Marruecos, que posteriormente, en 1912 se hará efectivo. Afirma el autor que fue más lo perdido que lo ganado y este fracaso no debe atribuirse a la diplomacia española o al Régimen seudodemocrático y parlamentario, sino a que España careciese de "idealidad política internacional" y de fe en si misma. El viaje del Káiser Guillermo II a Tánger, la Conferencia de Algeciras y el intercambio de Notas de 1907 también son temas tratados en la obra de Romanones.

La documentación utilizada por Mousset y Romanones es abundante, empleando para la elaboración de sus trabajos documentación publicada, como el Diario de Sesiones de las Cortes españolas y los Documentos Diplomáticos españoles (Libros Rojos); en el caso de Mousset también se hace referencia a los Documentos Diplomáticos franceses y belgas. La prensa también tiene un lugar importante en la obra de Mousset. La base fundamental de la bibliografía utilizada son libros españoles aunque también citan libros en alemán (Mousset) y en francés e italiano (Romanones).

En 1929, la obra de Hernández de Herrera y García Figueras Acción de España en Marruecos⁴ se centra en el tema de Marruecos. Los autores hacen un recorrido por la historia

⁴ HERNANDEZ DE HERRERA, Carlos y GARCIA FIGUERAS, Tomás, Acción de España en Marruecos, Imprenta Municipal, Madrid, 1929.

de España en Marruecos; dentro de tan amplio período está incluido el de 1898-1907, con referencias a los Tratados de 1902 y 1904, negociados entre España y Francia, y las consecuencias que tuvieron para España, así como a la Conferencia de Algeciras.

Otra obra que se centra en el tema de Marruecos es la que en 1951 publicó Campoamor con el título La actitud de España en la cuestión de Marruecos⁵. Inicia la segunda parte de su libro, referido al período que nos interesa, con el estudio de la política española respecto a Marruecos para posteriormente centrarse en los Tratados que España negoció con Francia, el non nato de 1902 y el hispano-francés de 1904. Campoamor enlazará perfectamente la política interior con la exterior, explicando los planes en política exterior de liberales y de conservadores. De la obra de Campoamor destaca, en la documentación, la utilización de fuentes primarias no publicadas como son los documentos que se encuentran en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español. También trabaja con fuentes primarias publicadas como el Diario de Sesiones de las Cortes españolas y los Documentos Diplomáticos franceses. Como fuentes secundarias destacan la prensa y la bibliografía españolas.

Dada la escasez de la bibliografía española, debemos tener en cuenta el artículo de Solé Romeo aparecido en 1958, "La Conferencia de Algeciras de 1906: una solución

⁵ CAMPOAMOR, José María, La actitud de España en la cuestión de Marruecos, CSIC, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1951.

europea al conflicto marroquí y a la crisis internacional de 1905"⁶, en los antecedentes el artículo se remonta a la Conferencia de Madrid de 1880, posteriormente trata de los Tratados de 1902 y 1904, continuando con el enfrentamiento franco-alemán de 1905 para concluir con la Conferencia de Algeciras, planteando cuales eran los objetivos que, respecto a Marruecos, tenían las potencias que participaron en esta Conferencia y los resultados de la misma. Siete libros son toda la documentación que Solé Romeo utiliza para la elaboración de su artículo, seis en español y uno en francés.

Dentro de la bibliografía británica hay tres obras ya clásicas, que, aparecidas entre finales de los sesenta y principios de los setenta, aunque no se refieren directamente a la política exterior española, son de suma importancia para el estudio de la misma, ya que se centran en la Entente Cordiale. El rasgo que caracteriza esas tres obras es la amplia utilización de Documentos Diplomáticos, británicos y franceses. Estas tres obras son de suma importancia para España, ya que nos dan a conocer las intenciones que tanto Francia como Gran Bretaña tenían en un tema tan vital para la España de la época como era Marruecos.

La obra de Andrew Théophile Delcassé and the

⁶ SOLE ROMEO, Gloria, "La Conferencia de Algeciras de 1906: una solución europea al conflicto marroquí y a la crisis internacional de 1905". En: Revista de la Universidad Complutense. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Homenaje a Don Jesús Pabón III, volumen XXVIII, Nº 116, Universidad Complutense de Madrid, 1958, pp. 261-279.

making of the Entente Cordiale: a reappraisal of French Foreign Policy 1898-1905⁷ gira en torno a la figura de Delcassé, durante los años que ocupó el cargo de Ministro de Negocios Extranjeros (1898-1905) y, centrándose en su actuación, da una amplia visión de las relaciones franco-británicas de este período, que concluyó con la Entente Cordiale. El autor hace siempre mención a España como tercer país con intereses en Marruecos.

El libro de Rolo Entente Cordiale: the origins and Negotiation of the Anglo-French Agreements of 8 April 1904⁸ sigue en la misma línea que el anterior ya que también se centra en la Entente Cordiale, analizando las relaciones y negociaciones franco-británicas que llevaron a ella.

El artículo de Mcgeoch "British Foreign Policy and the Spanish Corollary to the Anglo-French Agreement of 1904"⁹ hace un mayor hincapié en las relaciones hispano-francesas y las negociaciones que mantuvieron hasta llegar a la firma del Acuerdo de 3 de octubre de 1904.

En 1975, la obra de Morales Lezcano León y

⁷ ANDREW, Christopher, Théophile Delcassé and the making of the Entente Cordiale: a reappraisal of French Foreign Policy 1898-1905, Macmillan Press, Londres, 1968.

⁸ ROLO, P.J.V., Entente Cordiale: the Origins and Negotiation of the Anglo-French Agreements of 8 April 1904, Macmillan Press, Londres, 1969.

⁹ MCGEOCH, L.A., "British Foreign Policy and the Spanish Corollary to the Anglo-French Agreement of 1904". En: BAKER, H.N. & BROWN M.L. (eds), Diplomacy in the age of Nationalism. Essays in Honor of Lynn Marschall Case, La Haya, 1971, pp. 209-222.

Castillo embajador¹⁰ es un estudio de la política exterior española. Centrándose en la figura de nuestro embajador en París da una amplia visión de los intereses españoles. León y Castillo fue quien negoció con Francia los Acuerdos de 1902 y 1904.

El colonialismo hispano-francés en Marruecos¹¹, obra también de Morales Lezcano, publicada un año después de la anterior, se centra en Marruecos, no sólo desde un punto de vista político, sino también económico. Morales Lezcano señala como España fue arrastrada al colonialismo en Marruecos no sólo por presiones exteriores, ya que Europa estaba en plena época colonialista, sino por presiones internas que venían de grupos de comerciantes que veían a Marruecos como una buena zona de inversión para sus intereses económicos.

Las dos obras de Morales Lezcano están elaboradas en base a una completa documentación, trabajando con fuentes primarias no publicadas del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español, así como con fuentes primarias publicadas como el Diario de Sesiones de las Cortes españolas, Libros Rojos, y con la utilización de una amplia bibliografía en español así como en francés, inglés, alemán e italiano, destacar también la prensa española que ocupa un lugar importante en las obras de Morales Lezcano.

¹⁰ MORALES LEZCANO, Víctor, León y Castillo, embajador 1887-1918, Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, Gran Canaria, 1975.

¹¹ MORALES LEZCANO, Víctor, El colonialismo hispano-francés en Marruecos 1898-1927, Siglo XXI, Madrid, 1976.

Las obras de Milza Les relations internationales de 1871 á 1914¹², Fieldhouse Economía e Imperio. La expansión de Europa 1830-1914¹³, Mommsen La época del Imperialismo¹⁴, Girault Diplomatie européenne et Imperialismes 1871-1914¹⁵, Roberts Europa desde 1880 hasta 1914¹⁶, Langhorne The collapse of the concert of Europe¹⁷ y Renouvin Historia de las relaciones internacionales¹⁸ analizan las relaciones internacionales de períodos que incluyen el de 1898-1907. Todas ellas se centran en las relaciones internacionales de las grandes potencias. España aparece como una potencia de segundo orden que se presenta siempre dependiendo de la política francesa respecto a Marruecos.

Rosas Ledesma en su artículo "Las ``Declaraciones de Cartagena`` (1907): significación en la política exterior

¹² MILZA, Pierre, Les relations internationales, de 1871 á 1914, Armand Colin, París, 1968.

¹³ FIELDHOUSE, D.K., Economía e Imperio. La expansión de Europa 1830-1914, Siglo XXI, Madrid, 1977.

¹⁴ MOMMSEN, W.J., La época del Imperialismo, Siglo XXI, Madrid, 1978.

¹⁵ GIRAULT, Rene, Diplomatie européenne et Impérialismes 1871-1914, Masson, París, 1979.

¹⁶ ROBERTS, John M., Europa desde 1880 hasta 1945, Aguilar, Madrid, 1980.

¹⁷ LANGHORNE, Richard, The collapse of the concert of Europe, Macmillan Press, Londres, 1981.

¹⁸ RENOUVIN, Pierre, Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX), Akal, Madrid, 1982.

de España y repercusiones internacionales"¹⁹, publicada en 1981, hace un recorrido por la política exterior española para centrarse en los Acuerdos de 1907. El punto de partida de su artículo es la situación española tras el Desastre del 98 y, a partir de aquí, estudia como enlaza España con Francia y Gran Bretaña. Considera que la aproximación a Francia fue mediante el Acuerdo de 1904, por los intereses que ambos países tenían en Marruecos, y que el definitivo enlace de los tres países se produjo con el intercambio de Notas de 1907, con el que España obtenía la garantía para sus posesiones territoriales e insulares en el Mediterráneo y en el Atlántico occidental.

López Cordón es autora del artículo "España en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907"²⁰, publicado en 1982, que ofrece una visión del desarrollo de estas Conferencias (1899 y 1907) y de la participación española en las mismas. España, que un año antes había perdido los restos de su Imperio colonial, se presentó en La Haya en 1899 recién derrotada y fue tratada como una potencia de muy segunda fila.

Los artículos de Rosas Ledesma y de López Cordón tienen en común que la base de su documentación son fuentes

¹⁹ ROSAS LEDESMA, Enrique, "Las ``Declaraciones de Cartagena'' (1907): significación en la política exterior de España y repercusiones internacionales". En: Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, Nº 2, Facultad de Geografía e Historia Universidad Complutense de Madrid, 1981, pp. 214-229.

²⁰ LOPEZ CORDON, María Victoria, "España en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907". En: Revista de Estudios Internacionales, Nº 3, julio-septiembre 1982, pp. 703-756.

primarias, tanto publicadas como sin publicar, y prensa, pero aparecen citados pocos libros o artículos. Rosas Ledesma trabaja con el Diario de Sesiones de las Cortes españolas, así como con Documentos Diplomáticos ingleses y franceses. La documentación utilizada por López Cordón es del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español; la prensa española también tiene bastante presencia en este artículo.

El artículo de Hipólito de la Torre Gómez "El destino de la ``Regeneración`` internacional de España (1898-1918)"²¹, de 1984, es un estudio de la política exterior española desde el Desastre del 98 hasta el fin de la Gran Guerra, definiendo dos etapas en este período: 1898-1907 y 1907-1918. Hipólito de la Torre afirma que España desarrolló en esos años una política exterior conservadora que en 1907 consiguió la garantía exterior de sus territorios, pero bajo la dependencia de Francia y Gran Bretaña. Con todo, reconoce que la situación internacional de España era positiva y esperanzadora, a la vista de los antecedentes del 98.

En 1987 y 1988 se publicaron dos obras de carácter general que nos interesan. La obra de Berramdane Le Maroc et l'Occident²² se centra en Marruecos y gira en torno a las relaciones de Marruecos y Occidente. El primer capítulo, que

²¹ TORRE GOMEZ, Hipólito de la, "El destino de la ``Regeneración`` internacional de España (1898-1918)". En: Proserpina 1. Relaciones internacionales de España en el siglo XX, UNED, Mérida, 1984, pp. 9-22.

²² BERRAMDANE, Abdelkaleg, Le Maroc et l'Occident, Karthala, París, 1987.

abarca los años de este estudio, muestra los intereses de las potencias europeas en Marruecos. Otra obra de carácter general que aborda las relaciones internacionales del período que nos interesa es Auge y decadencia de las grandes potencias²³ de Kennedy, en ella encontramos una visión de los intereses en política exterior de las grandes potencias.

En 1988 Rosario de la Torre publica su artículo "Los Acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907: una larga negociación en la estela del 98"²⁴, y plantea un problema que era de suma importancia para España: obtener una garantía internacional a sus territorios no peninsulares, garantía que buscaba desde comienzos del siglo XIX y que no consiguió hasta 1907 con estos Acuerdos hispano-anglo-franceses. Este artículo muestra claramente como se llevaron a cabo las negociaciones, los puntos de vista de los países firmantes y la importancia que tuvieron estos Acuerdos, ya que, además de proporcionar a España la tan ansiada garantía, definió su política exterior en el marco de la Entente franco-británica.

En 1989 Martínez Carreras en su artículo "La política exterior española durante la Restauración (1875-1931)"²⁵ presenta una visión general de la política exterior

²³ KENNEDY, Paul, Auge y decadencia de las grandes potencias, Plaza y Janés, Barcelona, 1988.

²⁴ TORRE DEL RIO, Rosario de la, "Los Acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907: una larga negociación en la estela del 98". En: Cuadernos de la Escuela Diplomática, 2ª época, Nº 1, 1988. pp. 81-104.

²⁵ MARTINEZ CARRERAS, José Urbano, "La política exterior española durante la Restauración (1875-1931)". En: Las relaciones internacionales en la España contemporánea, Juan

española que abarca todo el período de la Restauración.

De la Torre del Río en su artículo "Entre 1898-1914: la orientación de la política exterior española"²⁶, publicado en 1991, da una visión general de la orientación de la política exterior española desde el Desastre del 98 hasta el inicio de la Gran Guerra. Inicia su artículo mostrando los objetivos de la política exterior española durante la Regencia, posteriormente se centrará en el 98, para señalar la soledad en la que se encontró España en la guerra con Estados Unidos, ya que los países europeos se abstuvieron ante el conflicto, para concluir afirmando que, cerrado el proceso de redistribución colonial de los años 90, una nueva situación permitirá a España reconducir su política exterior en el marco que le ofrecía la Entente franco-británica (1907).

La obra de Elizalde España en el Pacífico: la colonia de las islas Carolinas, 1895-1898²⁷, publicada en 1992, es un amplio trabajo dedicado a las islas Carolinas desde su conquista hasta la venta de las mismas a Alemania, pasando por la ocupación efectiva. De este trabajo el apartado que nos interesa más es el dedicado a la venta de las islas Carolinas, Marianas y Palaos a Alemania.

Bautista Vilar (ed.), Murcia, 1989, pp. 79-99.

²⁶ TORRE DEL RIO, Rosario de la, "Entre 1898-1914: la orientación de la política exterior española". En: Política española y política naval tras el Desastre (1900-1914), Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y cultura naval, Nº 15, Madrid, 1991, pp. 7-21.

²⁷ ELIZALDE PEREZ-GRUESO, María Dolores, España en el Pacífico: la colonia de las islas Carolinas, 1885-1899, CSIC, Madrid, 1992.

Los artículos de Hipólito de la Torre, de Martínez Carreras y de Rosario de la Torre ("Entre 1898 y 1914...") se proponen dar una visión general de la política exterior en los años que nos interesan y sus referencias son exclusivamente monografías y artículos de revistas especializadas. Por el contrario, en el artículo de Rosario de la Torre ("Los Acuerdos anglo-hispano-franceses...") y el libro de Elizalde la documentación fundamental son fuentes primarias publicadas y no publicadas. Rosario de la Torre para la elaboración de su artículo trabaja con: fuentes primarias no publicadas del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores francés, Public Record Office, Archivo de la Administración española; fuentes primarias publicadas como los Documentos Diplomáticos ingleses y franceses; así como una amplia utilización de bibliografía española y francesa. Elizalde trabaja con fuentes primarias no publicadas del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español, Archivo Histórico Nacional de Madrid, Archivo Histórico de la Armada en la zona Marítima del Mediterráneo de Cartagena, Archivo del Museo de Marina D. Alvaro Bazán de El Viso del Marqués, Real Academia de la Historia de Madrid, Archivo del Museo Naval de Madrid, Public Record Office de Londres, National Archives of the United States de Washington; fuentes primarias publicadas como la Gaceta de Madrid, Colección legislativa de la Armada, Estado General de la Armada, Presupuestos generales de Filipinas, Censo General de Filipinas (Washington), Diario de Sesiones de las

Cortes españolas, Documentos Diplomáticos españoles (Libros Rojos) y alemanes, Diccionario de la Administración española, Parliamentary Papers, Senate Executive Documents; también destaca una amplia utilización de bibliografía española, inglesa y alemana.

En 1994 García Sanz publica la obra Historia de las relaciones entre España e Italia²⁸, centrándose en las relaciones bilaterales comerciales y de política exterior. El período que abarca su obra va de 1890 hasta el inicio de la Gran Guerra en 1914. En la documentación de la obra utiliza García Sanz fuentes primarias no publicadas del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares y del Archivio Storico Diplomatico del Ministero degli Affari Esteri de Roma, también fuentes primarias publicadas como el Diario de Sesiones del Congreso y Senado de España, una extensa bibliografía y también la prensa, documentación tanto española como italiana.

El volumen I del tomo XXXVIII de Historia de España Menéndez Pidal, publicado en 1995, corresponde al reinado de Alfonso XIII (1902-1931), el autor principal del trabajo es Seco Serrano, pero la introducción la hace el director de la obra Jover Zamora²⁹. En la introducción de

²⁸ GARCIA SANZ, Fernando, Historia de las relaciones entre España e Italia (1890-1914), CSIC, Madrid, 1994.

²⁹ Jover Zamora, José María, introducción de La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). De los comienzos del reinado a los problemas de la posguerra 1902-1922, tomo XXXVIII, volumen I de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por él mismo, Espasa-Calpe, Madrid, 1995.

este volumen Jover Zamora trata de las relaciones internacionales en la transición del siglo XIX al XX, para centrarse a continuación en el horizonte internacional de la España de Alfonso XIII después del 98. Seco Serrano³⁰ inicia la primera parte de la obra tratando de la política interior española para seguidamente abordar el problema de Marruecos en el ámbito internacional. La obra está basada en una abundante bibliografía.

Este repaso somero de los trabajos publicados desde 1905 sobre la historia de la política exterior española de los años 1898-1907, justifica, a mi entender, la realización de un trabajo como el que presento en estas páginas. Sobre una base casi inexistente de trabajos positivistas de la vieja escuela de "historia diplomática", los pocos historiadores españoles que se han acercado a este tema, aunque lo hayan hecho desde presupuestos rigurosos, han tenido que empezar a desbrozar cuestiones específicas que aparecen como islotes en medio aguas relativamente desconocidas. Sin embargo, gracias a ellos podemos comprender la importancia de los problemas, la riqueza de las fuentes y el valor de 1898 y de 1907 como punto de partida y de llegada para estudiar una determinada etapa de la historia de la política exterior de la España Contemporánea.

³⁰ SECO SERRANO, Carlos, La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). De los comienzos del reinado a los problemas de posguerra 1902-1922, tomo XXXVIII, volumen I de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por José María JOVER ZAMORA, Espasa-Calpe, Madrid, 1995.

Alumna de Doctorado de un programa que lleva por título "España en la política internacional contemporánea", e interesada por la época en la que España sale de la crisis de 1898, cuando, en medio de un debate sobre los errores cometidos, necesita cerrar las heridas y encontrar un camino más seguro para su política exterior, me propuse, bajo el consejo y la dirección de la profesora Rosario de la Torre del Río, estudiar la orientación de la política exterior española entre 1898 y 1907 siguiendo la línea de los compromisos formales que fueron asumiendo los distintos Gobiernos españoles.

El objetivo concreto de la Tesis Doctoral es contribuir al conocimiento de la historia de la política exterior española entre 1898 y 1907, entre el planteamiento de la salida de la crisis de 1898 y su solución con la firma de los Acuerdos de 1907, es decir, entre el planteamiento del problema pendiente de la garantía de los territorios que no se pierden -unos territorios que, no lo olvidemos, se encuentran en una zona que inmediatamente se convertirá en foco de tensión internacional con el reparto de Marruecos- y la firma de los Acuerdos con los que España alcanza una cierta garantía internacional con su inserción en el sistema de alianzas anglo-francés que propicia ese mismo reparto; y contribuir con el estudio de los compromisos formales que el Estado fue asumiendo.

* * * * *

Las formas de los tratados internacionales que los

Estados suscribían en el período 1898-1907, se caracterizaba por la simultaneidad de las viejas formas "positivistas" y las nuevas formas "redistributivas".

Tal y como ha estudiado José María Jover³¹, en 1898 apareció con toda nitidez la teoría y la práctica de la redistribución colonial. La expansión imperialista había llegado a un punto en que no bastaba ya el envío de unas lanchas cañoneras, el establecimiento de unas guarniciones y la comunicación a las demás potencias de una toma de posesión para ensanchar sus dominios. La concurrencia entre las grandes potencias industriales, la avidez de mercados reservados en exclusiva conforme va generalizándose la práctica del proteccionismo, el desarrollo de las industrias navales y de armamento, la misma evidencia de que la conquista y ocupación de territorios había dejado de ser materia de iniciativa autónoma para convertirse en materia de una difícil negociación que sólo la fuerza podía respaldar, eran otros tantos condicionamientos de la política colonial de los años noventa, que contribuyeron a perfilar la fisonomía internacional de la década. En estas condiciones, concluida en líneas generales la distribución del mundo, sólo había una manera de satisfacer la persistente voracidad de las grandes potencias mundiales: la redistribución. Los territorios coloniales que se ponían sobre el tapete de la redistribución eran los poseídos por antiguas potencias coloniales que llevaron a cabo su

³¹ JOVER ZAMORA, José María, 1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979.

expansión mundial en etapas históricamente anteriores, que comparecían en la época del imperialismo sin el poderío material necesario para mantener su dominio sobre tales áreas en un momento en que eran otros los dueños del mundo.

En el Acta de la Conferencia de Berlín (1885), al sentar las bases jurídicas para un reparto de Africa central, las potencias habían dejado establecidas unas condiciones esenciales para que las nuevas ocupaciones llevadas a cabo sobre las costas del continente africano fueran consideradas como efectivas: la notificación a las restantes potencias para que estas últimas pudieran, eventualmente, plantear sus reclamaciones, y el establecimiento de una autoridad capaz de hacer respetar los derechos adquiridos y de salvaguardar la libertad de comercio y de tránsito. Semejante compromiso, asumido por todas las potencias de las que podía esperarse una iniciativa o una reivindicación colonialista, venía a significar la prescripción de todos los derechos históricos no refrendados por una ocupación efectiva, venía a significar indirectamente también la imposibilidad por parte de cualquier pequeña potencia de llevar a cabo cualquier ocupación o extensión territorial sin una notificación que comportaba, de hecho, la solicitud de una conformidad siquiera fuese tácita, por parte de las grandes potencias que pudieran creerse en el caso de hacer reclamaciones. Tales son las reglas del juego establecidas para la expansión colonial en un momento en que quedaban tierras por repartir. Trece años después, en 1898, lo repartible ya

estaba repartido y el imperialismo en la prosecución de su frenética carrera, experimentaba la necesidad de una nueva ideología justificativa, de una ideología capaz de cimentar una nueva concepción del Derecho Internacional³².

La teoría de la redistribución se fundamentaba en un darvinismo político, que se inscribía en el marco de las ideologías justificativas del imperialismo y que, en la coyuntura de 1898, tuvo en Salisbury uno de sus más significados formuladores. El darvinismo político tenía como fundamento un vitalismo que tendía a sustituir la primacía de los valores intelectuales, tan exaltados por generaciones anteriores como principal factor de progreso, por unos valores vitales que contaban con la misma guerra como expresión característica. En suma, ya no era la Ciencia sino la Vida, lo que tendía a respaldar consciente o inconscientemente, en las multitudes, la carrera de las propias patrias hacia la competencia económica, hacia la competencia naval, hacia la victoria, hacia la guerra. En los entresijos de las elites intelectuales se había adentrado la idea de que la raza, la guerra, la conquista, eran fenómenos vitales destinados a superar las grandes palabras de un antaño cercano: humanidad, paz, derecho³³. El discurso de las "naciones moribundas" de Salisbury era interpretado como la llegada del darvinismo social al

³² Ibidem, pp. 13-14.

³³ JOVER ZAMORA, La España..., pp. XLVIII-XLIV.

pensamiento internacional³⁴.

Uno de los rasgos predominantes de la época del imperialismo fue la idea de que las potencias que se habían ido configurando a lo largo de los siglos XVIII y XIX sólo podrían mantener su status de gran potencia incrementando constantemente su poder más allá de sus fronteras, en ultramar. Junto a la idea de los imperios mundiales, el darvinismo social contribuyó de manera destacada a la formulación de la ideología que acompañó a esta redistribución colonial. La idea central del darvinismo, la teoría de la selección natural de acuerdo con la cual sólo los más aptos sobreviven, aparecía como una de las causas más importantes de la evolución del mundo orgánico. Pero, contrariamente a las intenciones de Darwin, la teoría de la selección natural fue pronto aplicada a la sociedad humana. Se fueron definiendo los límites del darvinismo social y explicando tanto la evolución de los miembros individuales de un organismo social (darwinismo social interno), como la evolución de los más amplios organismos sociales: las naciones (darwinismo social externo). El darvinismo social externo estaba directamente ligado con el imperialismo ya que servía para explicar el amanecer y el ocaso de las naciones en la historia y, sobre todo, para justificar la desatada competición entre las naciones que caracterizó el

³⁴ TORRE DEL RIO, Rosario de la, "La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las "naciones moribundas" (Londres, Albert Hall, 4 mayo 1898)". En: Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, VI, Universidad Complutense, Madrid, 1985, pp.163-180.

final del siglo³⁵.

Salisbury pronunció su famoso discurso el 4 de mayo de 1898 en el Albert Hall como Gran Maestre de la Primrose League en la apertura de su reunión anual. La última parte del discurso la reservó Salisbury para hacer una pesimista profecía de un futuro sangriento al trazar un sombrío panorama de un mundo que la revolución industrial y su aplicación al desarrollo del armamento había dividido en naciones cada vez más poderosas y naciones cada vez más débiles, un mundo en el que los medios de comunicación, informando de esas debilidades, ayudaban a definir las ambiciones de unos poderosos cuya intervención podía ser requerida incluso por los más débiles. Salisbury establecía una división de las naciones del mundo en dos grandes grupos: unas plenas de vida (living nations) y otras destinadas a la muerte (dying nations). Las primeras eran grandes potencias cuyo enorme poder aumentaba año tras año, al crecer su riqueza y el poderío de sus ejércitos; al perfeccionarse su organización, sus medios de transporte, la eficacia destructiva de sus armamentos. En cuanto a las dying nations, veían aumentar su desorganización y su decadencia con tanta rapidez como crecía el poderío de sus vecinas, las naciones impulsadas por una irresistible fuerza vital. Como los Estados débiles se debilitaban cada vez más y los fuertes se fortalecían cada vez más Salisbury señalaba un resultado inevitable: las "naciones vivas" se irían apropiando de las "naciones moribundas" surgiendo las causas

³⁵ Ibidem, pp, 168-169.

del conflicto entre las grandes potencias, ya que estas potencias no permitirían que una sola potencia ocupase todos los territorios. El futuro profetizado por Salisbury incluía la controversia sobre qué "nación viva" alcanzaría el privilegio de anexionarse los territorios de las "naciones moribundas" y, por lo tanto, incluía el choque de los imperialismos. Concluía Salisbury definiendo la postura británica: no permitir que Inglaterra quedase en posición desventajosa, pero sin interferir en lo que otras potencias hicieran en los territorios en los cuales Inglaterra no tuviera intereses.

Este texto incorporó una nueva concepción del Derecho Internacional: cuando una "nación viva", fuerte y poderosa se apoderase de otra "moribunda" y débil, la actitud del tercero, cuando el tercero era también una "nación viva" y poderosa, no podía ser de neutralidad sino de participación; y la participación de ese tercero debía buscar que el resultado del desigual conflicto entre el poderoso y el débil terminase en reparto en vez de terminar con el engrandecimiento del rival poderoso. De hecho, de las palabras de Salisbury se desprendía una concepción que negaba a las naciones débiles su carácter de sujetos del Derecho Internacional, y a las naciones poderosas la posibilidad de mantenerse neutrales en un conflicto entre una "nación viva" y otra "moribunda". Salisbury, en este discurso, reducía al ámbito del Derecho Internacional a la necesidad de que las naciones poderosas se pusiesen de acuerdo convencionalmente para repartirse los despojos de

una nación débil³⁶.

Si el darvinismo social justificaba la redistribución, su práctica diplomática se articulaba en la manera como se utilizan tres instrumentos clásicos: el ultimátum, el acuerdo de reparto y el tratado de garantía. Ninguna de estas tres formas diplomáticas tenía su origen en la década final del siglo XIX, lo que si era nuevo era la forma de su empleo y la combinación de las tres para llegar al efecto perseguido. El ultimátum expresaba la posibilidad de fulminante disuasión que resulta de la manifiesta desproporción de fuerzas entre grandes y pequeñas potencias. El reparto presuponía la apertura de una cuestión territorial, es decir, el reconocimiento tácito o expreso de que un determinado territorio o conjunto de territorios no estaba en condiciones de ser defendido eficazmente por su Soberano nominal. En vista de lo cual, dos grandes potencias tomaban el acuerdo de subrogar en su soberanía sobre tales territorios a la nación débil, y ello de manera que resultase un reparto equitativo y que cada lote que fuera a integrarse, según criterios de contigüidad, en la esfera de intereses de una u otra de las potencias beneficiarias de aquél. El tratado de garantía significaba, por su parte, que una gran potencia asumía la defensa de una potencia débil, garantizando formalmente su integridad frente a toda agresión de un tercero. Aquí estamos ante un instrumento de adecuación de viejas situaciones de soberanía histórica a nuevas situaciones basadas en la realidad del poder. En el

³⁶ Ibidem.

tratado de garantía, la pequeña potencia recibía la seguridad del mantenimiento, por tiempo indefinido, de su soberanía formal sobre la totalidad de su territorio, así como la seguridad de que un proceso de redistribución no iba a afectarle de momento. En cambio, la pequeña potencia quedaba integrada en la exclusiva esfera de intereses económicos y estratégicos de su poderoso "protector", renunciando a la iniciativa de una política exterior autónoma; la potencia garante asumía, por otra parte, frente a terceros, una posición privilegiada en lo que se refiere a la ulterior disposición del conjunto territorial garantizado³⁷.

En 1898, España recibió un ultimátum, negoció y rechazó un tratado de garantía y fue objeto de un reparto concertado por las grandes potencias, aunque el Tratado de paz con Estados Unidos (10-diciembre-1898) tome la forma de un tratado clásico. España fue objeto de un reparto de su Imperio colonial en el Pacífico por parte de dos potencias: Estados Unidos y Alemania. Las islas Filipinas fueron transferidas a los Estados Unidos, con el apoyo de Gran Bretaña, para que no fueran a parar a manos de Alemania, mientras que los archipiélagos de Carolinas, Marianas y Palaos fueron vendidas a Alemania, pero no estrictamente de manera bilateral, ya que su venta se inscribió en un acuerdo previo entre las grandes potencias como compensación por haber renunciado Alemania a las Filipinas. Por otra parte, tras la derrota militar de España frente a los Estados

³⁷ JOVER ZAMORA, 1898. Teoría..., pp. 20-22.

Unidos, se planteó el problema específicamente europeo de la garantía territorial de la Metrópoli y de sus islas adyacentes. Se trataba de incorporar al Derecho Internacional vigente el principio de que la cuestión española, tras la transferencia de las islas y archipiélagos de ultramar, quedaba cerrada. Sólo que para ello era preciso que la España peninsular, las Baleares y Canarias, las plazas de soberanía en Africa del norte y las restantes islas y enclaves africanos quedaran respaldadas por algún tipo de garantía internacional, garantía para los residuos de la redistribución. Garantía ofrecida por Inglaterra a través del proyecto de Acuerdo de noviembre de 1898 que España rechazó. La garantía internacional del área metropolitana y de los residuos de la redistribución no vino, para España, de un acuerdo bilateral con Inglaterra, sino de su inserción en el ámbito de la Entente franco-británica. España resistió el intento británico de "portugalización" en razón de la idea que mantuvieron en el siglo XIX: cuando Francia e Inglaterra marchen juntas, unirse a ellas, cuando no, abstenerse. Fue el intercambio de Notas entre las tres potencias en 1907, lo que vino a establecer una garantía conjunta sobre el statu quo del área del Estrecho³⁸.

Pues bien, tras el Tratado de París, entre 1898 y 1907, España firmó diez acuerdos internacionales, negoció otro que no llegó a firmarse y tomó la iniciativa de impulsar una alianza continental entre España, Francia,

³⁸ Ibidem, pp. 33 y ss.

Rusia y Alemania frente a Gran Bretaña cuya negociación no llegó a materializarse. Los acuerdos internacionales negociados y, con una excepción, firmados y ratificados fueron los siguientes: Tratado de cesión al Imperio alemán las islas Carolinas, Palaos y Marianas (30-junio-1899); Acta Final de la Conferencia de La Haya (29-julio-1899); Tratado de límites entre las posesiones españolas y francesas en la costa occidental de Africa (27-junio-1900); Tratado de cesión a los Estados Unidos de las islas de Sibutú y Cagayán de Joló (7-noviembre-1900); Proyecto de Tratado hispano-francés relativo a Marruecos (1902), negociado pero no firmado; Convenio de arbitraje entre España y Francia (26-febrero-1904); Convenio de arbitraje entre España y Gran Bretaña (27-febrero-1904); Declaración hispano-francesa acerca de Marruecos (3-octubre-1904); Convenio hispano-francés acerca de Marruecos (3-octubre-1904); Acta Final de la Conferencia de Algeciras (7-abril- 1906); Acuerdos anglo-hispano-franceses (16-mayo-1907). A la vista de su tipología, conviene preguntarse si seguimos o no en la senda de la redistribución colonial.

Las actas de las conferencias internacionales son documentos clásicos en los que en un instrumento jurídico se incorporan distintos acuerdos con objeto de comprometer a todos los participantes en la conferencia. España participó en dos Conferencias internacionales: la de La Haya, en la que se sentaron las bases del arbitraje internacional, y la de Algeciras, en la que se internacionalizó la cuestión marroquí.

Los tratados de cesión también son acuerdos formalmente clásicos por los que un Estado cede a otro la soberanía de un determinado territorio con algún tipo de compensación. Dos fueron los tratados de cesión que España firmó y con los cuales se puso fin al Imperio colonial español en el Pacífico, con Alemania, cediendo Carolinas, Marianas y Palaos y con Estados Unidos, cediendo Sibatú y Cagayán del archipiélago de las Joló.

Los tratados de límites, cuando afectan a un territorio colonial, pueden, en parte, asimilarse a los acuerdos de reparto; en ese caso nos encontraríamos con dos posibilidades distintas: el caso de dos Estados colonialistas que negocian el reparto de un territorio objeto de colonización, y el caso de dos Estados colonialistas que no sólo negocian el futuro de un territorio que se desea colonizar, sino que además implican en su negociación a otro Estado que, sin participar directamente en la negociación, es llamado a participar en el reparto. Dentro del primer apartado se encuadra el Tratado de límites entre las posesiones españolas y francesas en la costa occidental de Africa, mediante el cual quedan delimitadas las posesiones de ambos países en Guinea y el Sahara, con lo que se terminó con el litigio que ambos países tenían en esta zona africana. En el segundo apartado quedan incluidos los Tratados que España negoció con Francia respecto a Marruecos, el de 1902 que no se firmó y el de 1904 por el que ambos países se repartían Marruecos en zonas de influencia.

Los tratados de garantía implican, en principio, a dos Estados, uno poderoso y otro débil y suponen un acuerdo por el que el Estado poderoso se hace cargo de la defensa del Estado débil a cambio de que este último se coloque en una relación de dependencia con el poderoso. Rechazado por España en 1898 el tratado de garantía que ofreció el Gobierno de Londres, las Notas de 1907 proporcionarán a España una garantía internacional si bien más limitada que la anterior, evitaba la satelización.

Por último, los convenios de arbitraje pertenecen a un nuevo tipo de acuerdo internacional que se escapa tanto de las formas tradicionales como de las nuevas formas de redistribución colonial. En efecto, como tendremos ocasión de ver la Conferencia de La Haya de 1899 inaugura el camino del arbitraje internacional. Dos Convenios de arbitraje firmó España con países europeos en 1904, con Francia y Gran Bretaña, ambos de idéntico contenido.

* * * * *

El objetivo concreto de esta Tesis Doctoral es, como he señalado, el estudio de los compromisos internacionales que ligaron a España, después de la crisis de 1898, al nuevo sistema internacional que se estaba definiendo. Sin embargo, conviene tener en cuenta la existencia de una línea política que no se materializó y el papel que en su limitado desarrollo jugó la diplomacia española: me refiero a la propuesta española de una alianza continental anti-británica. La iniciativa partió de

Francisco Silvela. En efecto, el 3 de marzo de 1899 el Partido Conservador formó Gobierno y una de las primeras decisiones de política exterior del nuevo Gobierno fue la de terminar con el contencioso de las fortificaciones cercanas a Gibraltar. La iniciativa española se materializó el 15 de marzo en una Nota formal por la que el Gobierno español renunciaba a las fortificaciones por amistad a Inglaterra sin reconocer la existencia de ningún derecho británico que le obligara a hacerlo. Aunque Silvela ofrecía la Nota de manera incondicional, sugirió que consideraría señal de amistad la recepción de otra Nota en la que el Gobierno de Londres expresase su intención de mantener el statu quo en la bahía de Algeciras. La Nota británica le fue entregada a Silvela el día 17³⁹.

Aunque la iniciativa de Silvela mejorase las relaciones hispano-británicas, la mejora fue relativa, ya que ni la opinión pública española olvidaba el comportamiento inamistoso del Gobierno de Londres durante la guerra, ni el compromiso español de desmontar las fortificaciones de la bahía de Algeciras se llevó a la práctica con la premura que hubiesen deseado los británicos. Sin embargo, el relativo, pero evidente, apaciguamiento en las relaciones entre Londres y Madrid no podía pasar desapercibido en París, donde las intenciones de Silvela habían sido cuidadosamente observadas, incluso antes de que formase Gobierno. Si el Gobierno francés podía temer que el

³⁹ DE LA TORRE DEL RIO, Rosario, "La crisis de 1898 y el problema de la garantía exterior". En: Hispania, XLVI/162, Madrid, 1986, pp. 115-164. P. 158.

Gobierno español hubiese sacrificado al acercamiento hispano-británico una parte de su independencia aceptando el tratado de garantía, el Gobierno Silvela mostró muy pronto su decisión de seguir manteniendo con Francia un alto grado de comunicación y confianza⁴⁰.

Para Silvela la amistad con Francia era no sólo preciosa sino indispensable, no podía seguir persistiendo en la política de aislamiento que antes practicaba España, política que consideraba nefasta y su deseo era ponerle fin. España debía buscar alianzas, aun afirmando que la actitud inglesa había sido en las últimas semanas menos desagradable, Silvela consideraba que España seguía corriendo peligro por esa parte, y para conjugarlo en la medida de lo posible, declaraba su deseo de unirse a las potencias que quisieran tomar precauciones contra el Gobierno de Londres y mantener el statu quo en el Mediterráneo. Para Silvela en el primer rango de los aliados naturales de España estaba Francia, a la que no separaría de Rusia, además le gustaría que se uniera Alemania, ya que le parecía que una entente sobre tan amplias bases sería la más sólida garantía del mantenimiento de la paz, pues bastaría realmente para hacer fracasar las ambiciones inglesas sin necesidad de recurrir a un conflicto armado. Si la inclusión de Alemania en el bloque propuesto no fuera posible, Silvela se declaraba dispuesto a unirse, en cualquier caso, a Francia y Rusia, España les pediría que garantizasen la integridad del territorio español, comprendiendo las

⁴⁰ Ibidem, p. 159.

posesiones africanas, poniendo a cambio, a su servicio, si era necesario, las fuerzas militares de las que pudiese disponer España⁴¹.

Así pues, en el mes de abril, el Gobierno Silvela intentó poner en práctica un proyecto internacional muy ambicioso al buscar la garantía exterior de la integridad territorial de la Monarquía española precisamente en la formación de un esquema de alianzas que en aquel momento todavía parecía posible: la formación de una alianza continental que agrupase a Alemania, Rusia y Francia. Durante 1899 continuó existiendo la posibilidad de una reconciliación entre Francia y Alemania, y de la combinación de estos dos países con Rusia para contrarrestar la preponderancia naval británica, aunque fuera el refuerzo de la alianza franco-rusa el único hecho nuevo que se produjera en el reagrupamiento de las potencias. Pues bien, el Gobierno Silvela intentó potenciar este esquema a la vez que buscaba asegurarse a España una posición internacional estabilizada tras la pérdida del Imperio colonial, y lo intentó sobre la base del común antagonismo de las tres potencias continentales con Inglaterra⁴².

Pero los Estados no tienen las alianzas que quieren sino las que pueden y la iniciativa española chocó con la realidad internacional que impedía el acercamiento franco-alemán y que tenía que valorar el ofrecimiento de Silvela como algo costoso. La primera respuesta vino de

⁴¹ Ibidem, pp. 160-161.

⁴² Ibidem, p. 162.

Berlín y en ella se rechazaba el carácter inmediato de la amenaza inglesa sobre los intereses españoles antes de dilatar en el tiempo una contestación definitiva a la propuesta española. En el mismo sentido se pronunciaron los franceses y este rechazo fue más importante por cuanto tanto alemanes como rusos consideraban que Francia era la aliada natural de España y le dejaron la iniciativa. La iniciativa de Silvela, aunque fracasada, dejaba abierta la posibilidad de que las manifestaciones de amistad de Francia se tradujesen en algo efectivo si las relaciones hispano-británicas se deterioraban nuevamente a la espera de que la evolución de la situación internacional permitiera al Gobierno español encontrar la seguridad deseada. La posición de París y San Petersburgo no cambió respecto a España: expresiones de simpatía y buena voluntad, pero ningún acuerdo ejecutivo⁴³.

* * * * *

La importancia de la iniciativa de Silvela en abril de 1899 señalaba el significado de la salida del 98. Si bien el 98 fue proyectado hacia dentro del país y fue amplificado a través de una profunda crisis de la conciencia nacional de los españoles, el Desastre internacional fue por su parte punto de arranque de un generalizado propósito de regeneración. Como afirma Hipólito de la Torre, hubo una política exterior regeneracionista no menos importante, ni menos notoria, que la que ha dejado su huella en la vida

⁴³ Ibidem, pp. 163-164.

interna del país. La lección del 98 era bastante fácil de aprender: mostraba como el país debía tener conciencia de sus centros de interés y, sobre todo, de que el mantenimiento o, en su caso, el logro de éstos, dependían también, y sobre todo, de las fuerzas y los condicionantes internacionales. El diálogo, los compromisos y los acuerdos con el exterior señalaban el único camino para la garantía efectiva de los intereses nacionales. De forma práctica, aquello significaba el final del aislamiento y la comprometida inserción en el juego de los intereses exteriores⁴⁴.

* * * * *

El objetivo concreto de esta Tesis Doctoral apunta en la dirección marcado por Hipólito de la Torre. Si tras la crisis del 98, los Gobiernos que se sucedieron intentaron regenerar la política exterior de España a través del diálogo, de los compromisos y de los acuerdos con el exterior, parece que el estudio de esos compromisos puede constituirse en el objetivo concreto de un trabajo de investigación como el que requiere una Tesis Doctoral.

Sobre esta base, el trabajo se presenta ordenado en cinco capítulos. El capítulo primero estudia los condicionantes internos y externos de la política exterior española en unos años en los que la crisis del Estado de la Restauración y los intentos de regeneración coincidían con modificaciones muy importantes en un sistema internacional

⁴⁴ DE LA TORRE GOMEZ, "El destino...", pp. 10-11.

también en crisis. El capítulo segundo estudia dos cuestiones: a) la liquidación de la presencia de España en el Pacífico, con la venta de las islas Carolinas, Marianas y Palaos a Alemania, y de las islas Sibu-tú y Cagayán del archipiélago de las Joló a Estados Unidos, y b) el afianzamiento en Africa a través del Tratado de límites de las posesiones que España y Francia tenían en la costa occidental de Africa. El capítulo tercero estudia el reparto de Marruecos a través del Tratado no firmado de 1902, y los Acuerdos anglo-francés y franco-español de 1904. El capítulo cuarto está dedicado a la Conferencia de Algeciras. El capítulo quinto y último estudia el intercambio de Notas entre España, Francia y Gran Bretaña, mediante el cual España obtendría la tan ansiada garantía internacional.

Para la elaboración de la Tesis Doctoral he utilizado fuentes primarias publicadas y no publicadas, así como fuentes secundarias. En lo que se refiere a las fuentes primarias no publicadas he utilizado los fondos del Archivo General de la Administración, concretamente sus secciones de Asuntos Exteriores y Africa. Del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores he consultado los fondos que hacen referencia a los tratados y a sus negociaciones, así como a los planteamientos más generales de la correspondencia oficial del Ministro con los embajadores, también a la correspondencia con Embajadas y Legaciones y a los legajos referentes a la Política Exterior. Las fuentes consultadas del Archivo de Palacio Real se centran en los Asuntos Políticos, tanto política extranjera como nacional, así como

el Reinado de Alfonso XII. Del Archivo del Servicio Histórico Militar las fuentes consultadas se centraron en la sección de Marruecos. En lo que respecta a las fuentes primarias publicadas he consultado el Diario de Sesiones de Cortes, Congreso de los Diputados y Senado, los Documentos Diplomáticos españoles (Libros Rojos) y los Documentos británicos.

**CAPITULO PRIMERO: LOS CONDICIONANTES DE LA ACCION EXTERIOR
DE ESPAÑA**

CAPITULO PRIMERO: LOS CONDICIONANTES DE LA ACCION EXTERIOR DE ESPAÑA

1. HACIA UN NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL

1.1. LA DESAPARICION DEL SISTEMA BISMARCKIANO

El período 1898-1907 aparece en la bibliografía de referencia dentro de una era de imperialismo que habría comenzado en la década de 1880 con el amplio movimiento de expansión colonial en los grandes Estados europeos⁴⁵. El hecho central que define este nuevo imperialismo es que se trata de un movimiento mundial en el que se habían embarcado todas las naciones industrializadas⁴⁶.

El "concierto europeo" fundamentado en el equilibrio entre cinco grandes potencias, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Austria-Hungría y Rusia, fue sustituido paulatinamente por un sistema mundial de superpotencias cuyo índice de jerarquización venía determinado por su población, por su capacidad técnica, por su potencial económico, por su armamento y por su Marina de guerra. En el ámbito de las relaciones internacionales se produjo un cambio en la política mundial. Destacan tres aspectos importantes de este cambio. En primer lugar, la universalización de las relaciones internacionales como consecuencia de la

⁴⁵ RENOUVIN, Historia de...., p. 357.

⁴⁶ BARRACLOUGH, G., Introducción a la historia contemporánea, Gredos, Madrid, 1971, p. 69.

consumación de su desplazamiento desde unas áreas continentales a un ámbito mundial, con el consiguiente predominio del poder naval y el cambio de protagonismo en las relaciones internacionales. En segundo lugar, un cambio en la estructura de estas últimas, que se manifestaba tanto en la revolución experimentada en sus fundamentos ideológicos y técnicos como en la aparición de un nuevo Derecho Internacional y de unas nuevas formas diplomáticas. En fin, el auge sostenido que manifestaban las grandes potencias del norte -anglosajones y germanos-, en el campo del desarrollo económico, en el incremento de su poder naval y al mismo tiempo en su eufórica conciencia de superioridad, trajo consigo un retroceso de las naciones del sur europeo, que experimentaron sendas frustraciones nacionales⁴⁷.

El movimiento imperialista se manifestó primero en Gran Bretaña. Las reacciones de Inglaterra como la mayor potencia imperial existente eran primordialmente defensivas, y sus estadistas se mostraban reacios a conquistar nuevos territorios, y, cuando se decidían a hacerlo, su intención era o salvaguardar las posesiones ya existentes o impedir que pasase a manos de otras potencias el control de las rutas estratégicas. Pero esta actitud defensiva de Inglaterra no fue general. El ímpetu que impulsaba el nuevo imperialismo provino de otras potencias convencidas de que la extensión del Imperio británico era la fuente de su poderío y que su propia fuerza industrial de reciente creación les autorizaba también a adquirir nuevos

⁴⁷ JOVER ZAMORA, La España..., pp. XXV-XXVI.

territorios⁴⁸. Francia colocó en Túnez, en Africa occidental, en Madagascar y en Indochina los jalones de un nuevo Imperio colonial. En Rusia, la expansión fuera de Europa comenzó a partir de 1893. En Italia, la preocupación mediterránea dominaba sobre la preocupación continental. En Alemania, la iniciativa correspondió a los medios de los negocios, a los comerciantes que presionaron sobre Bismarck, aunque sólo después de la dimisión del Canciller, Guillermo II comprometió decididamente a Alemania en la política mundial⁴⁹.

Los móviles de este impulso imperialista eran casi iguales en todas las partes, y los promotores de la expansión europea alegaban, poco mas o menos, los mismos argumentos⁵⁰. Los argumentos de interés nacional material, que estaban ligados a la situación económica, pasaron a primer plano⁵¹. La gran industria moderna no podría crecer, ni siquiera mantener el ritmo de su producción, si no encontraba nuevos mercados. Puesto que los grandes Estados europeos, con la sola excepción de Inglaterra, adoptaron a partir de 1879-1880, un régimen de aduanas cada vez más proteccionista, sólo a duras penas se abrían los mercados continentales. Era preciso, pues, buscar clientes fuera de

⁴⁸ Ibidem, pp. 69-70.

⁴⁹ RENOUVIN, Historia de..., p. 357.

⁵⁰ Ibidem.

⁵¹ SUTCLIFFE, B. "Imperialismo e industrialización en el Tercer Mundo". En: OWEN, R. Y SUTCLIFFE, B., Estudios sobre la teoría del Imperialismo, Era, México, 1978, pp. 183-204. P. 157.

Europa.

La necesidad de expansión económica y financiera incitaba a una conquista colonial que permitía al Estado colonizador reservarse mercados privilegiados. Gran Bretaña también, aunque se sentía apegada al libre cambio y no intentaba explotar los territorios de su Imperio en su exclusivo beneficio, creía que era indispensable poseer colonias⁵². La creciente dependencia en que vivían las sociedades europeas industrializadas con respecto a sus colonias de ultramar para el suministro de productos alimenticios y materias primas constituía un poderoso acicate para el colonialismo. Puesto que en la nueva era industrial ninguna nación podía esperar bastarse a si misma, a la larga fue necesario que cada país industrial desarrollase un imperio colonial que dependiese sólo de sí mismo y formase una extensa y compleja unidad comercial autosuficiente, protegida si fuera necesario por barreras aduaneras contra la competencia exterior, en ese empeño la Metrópoli proporcionaría bienes manufacturados a cambio de los productos alimenticios y de las materias primas⁵³.

Pero el deseo de expansión no respondía solamente a la presión de los intereses económicos. Procedía también de un estado de ánimo: deseo de acrecentar el prestigio del Estado y convicción de que un gran pueblo tenía una misión que cumplir en el mundo. El argumento de prestigio iba ligado a los progresos del nacionalismo. En Gran Bretaña fue

⁵² RENOUVIN, Historia de..., p. 358.

⁵³ BARRACLOUGH, Introducción a..., p. 74.

en donde quizá pudiera explicarse con mayor claridad tal presión. Para los nacionalistas británicos la expansión colonial era una forma de lucha por la vida, en la cual debía triunfar el pueblo más apto física e intelectualmente. En Alemania la doctrina colonial ponía de manifiesto la necesidad de afirmar la vitalidad del Estado. En Francia, renunciar a toda expansión fuera de Europa sería abdicar el rango de gran potencia. Italia, en la aventura de Africa oriental, veía un medio de reavivar el sentimiento nacional. El sentimiento de una misión que cumplir no fue siempre una mera fórmula destinada a llenar intereses o ambiciones. Respondía en muchos europeos a una convicción: el destino del hombre blanco era el de despertar a las poblaciones de otros continentes no solamente a formas nuevas de la vida material, sino también a concepciones nuevas de la vida social y política. Los principios del liberalismo político aparecían ahora como el mismo signo de la civilización. El apostolado misionero se proponía al mismo tiempo que la obra de conversión, la difusión de las ideas humanitarias fundadas en el respeto de la persona humana y la cruzada antiesclavista⁵⁴.

Por último, se alegaban móviles estratégicos⁵⁵. La expansión colonial era indispensable, porque permitiría adquirir los puntos de apoyo navales de los cuales dependía la seguridad de las comunicaciones.

Entre 1880-1890, la conquista colonial había sido

⁵⁴ RENOUVIN, Historia de..., p.359.

⁵⁵ MILZA, Les relations..., p.42.

el principal medio para realizar la expansión y establecer, en beneficio de determinados grandes Estados, un sistema económico imperial. Ahora bien, los territorios vacantes o considerados como tales por las grandes potencias eran escasos, casi todas las regiones del mundo donde los europeos podían establecerse sin que encontrara su dominación resistencia eficaz estaban ya repartidos. Para extender los dominios coloniales era preciso estudiar verdaderas operaciones de guerra contra los Estados indígenas o traspasos de territorios entre Estados colonizadores, es decir, a expensas de los países débiles. Lo más frecuente era, pues, que la expansión tomase una forma nueva; sin proponerse establecer su dominio político, los grandes Estados europeos intentaban asegurarse una zona de influencia privilegiada en países nuevos que poseyeran recursos mineros, yacimientos de petróleo, o que ofreciesen, gracias a la masa de su población, salida a sus productos industriales⁵⁶.

Era indiscutible el predominio de las potencias europeas, el mapa político de Asia y Africa lo trazaban estadistas de Londres, París y Berlín. Cuando al finalizar el siglo XIX llegó a su apogeo el gran movimiento europeo de expansión en Asia y en Africa, se creyó que el resultado sería sólo el desplazamiento del equilibrio europeo, del plano europeo al plano mundial. Cada nación europea reclamaba una porción de los despojos de Africa no sólo por miedo a perder su posición relativa en el concierto de las

⁵⁶ RENOUVIN, Historia de..., p. 439.

potencias, sino, lo que es más, porque creyeron necesario dividir a Africa a fin de que continuase funcionando como antes el sistema de equilibrio, pero no sólo en el plano europeo, sino a escala mundial.

La elevación paralela de Rusia y de los Estados Unidos al rango de potencias mundiales fue, de hecho, el factor decisivo que introdujo un nuevo período en la política mundial. En 1900 los espacios comprendidos entre los diversos escenarios se habían ido cubriendo, el mundo se había encogido, y, aunque las potencias europeas creyeron que podían manejarlo conforme a sus propios intereses y a los principios del equilibrio europeo, en realidad el resultado fue que se encontraron frente a frente con potencias de talla continental que les hacían sombra. Las potencias europeas pudieron intervenir en Africa y repartírsela conforme a sus propias ideas de equilibrio, porque ni Rusia ni los Estados Unidos se interesaron directamente en los asuntos políticos africanos. Cuando después de 1895 se dirigieron a China y empezaron a querer dominarla como a Africa, se encontraron enfrentadas con una situación política totalmente diferente⁵⁷.

En el Extremo Oriente no llevaban la voz cantante solamente las potencias europeas. Los tres países inmediatamente interesados eran Japón, Rusia y los Estados Unidos. En China y en Extremo Oriente las potencias no europeas no estaban dispuestas a cruzarse de brazos mientras que las potencias europeas se repartían unos territorios que

⁵⁷ BARRACLOUGH, Introducción a..., pp. 122 y ss.

ellos consideraban vitales para su propia seguridad y prosperidad. El resultado fue la aparición de un sistema político mundial que terminó por desbancar al sistema europeo.

La caída de Bismarck se produjo el 18 de marzo de 1890. El Gobierno alemán, después de la dimisión del Canciller, renunció a mantener con Rusia un lazo secreto y abandonó así el rasgo esencial de la política bismarckiana⁵⁸. A partir de entonces empezó a prepararse el acontecimiento que había tratado Bismarck de prevenir y que tal vez él hubiera podido evitar durante algún tiempo: Rusia, aislada, se orientó hacia la alianza con Francia. En las relaciones internacionales de Europa, es este el signo de un cambio profundo.

La dimisión del Canciller fue resultado de un conflicto con el joven Emperador Guillermo II. En aquel conflicto ocuparon un importante lugar los motivos de orden personal: entre un Ministro de setenta años y un Soberano de veintisiete no era de extrañar que la armonía resultase difícil; y, mucho más, cuando el Soberano era ambicioso, ávido de tener un gran reinado y encontraba enfrente de él a un Canciller habituado a dominar⁵⁹. La divergencia también se manifestaba en la dirección de la política exterior. Guillermo II escuchaba gustosamente las críticas que se dirigían a la política rusa de Bismarck, vinieran de los medios militares o de las oficinas del Ministerio de Asuntos

⁵⁸ MILZA, Les relations..., pp. 72-73.

⁵⁹ MOMMSEN, La época..., p. 109.

Exteriores. Estos adversarios, declarados o secretos, creían superfluas las consideraciones que deseaba guardar el Canciller respecto a Rusia; y peligrosos los compromisos suscritos a espaldas de Austria-Hungría, en el Tratado de Reaseguro.

Esta decisión alemana determinaría, después de largas vacilaciones, una orientación nueva de la política exterior del Zar. El Zar y sus consejeros, al mismo tiempo que apreciaban el servicio que les prestaba el mercado financiero francés, no se habían mostrado inclinados, hasta entonces, a buscar una alianza con Francia. Pero el abandono, por parte de Alemania del Tratado de Reaseguro, hizo que modificasen su manera de pensar. El Gobierno ruso tenía conciencia de su aislamiento y se inquietaba⁶⁰.

El acercamiento a Francia respondió, pues, a una necesidad. En los meses siguientes al giro de la política alemana, los medios oficiales rusos hicieron insinuaciones al Gobierno francés. Pero el Gobierno ruso no estaba dispuesto a ir más allá de las seguridades verbales y los rasgos de cortesía. A Francia, por su parte, lo que le interesaba era llegar a una alianza con Rusia. Si el Zar se decidió algún tiempo después a estudiar una alianza con Francia, fue porque aparecieron nuevos acontecimientos que aumentaban los peligros del aislamiento ruso: el 6 de mayo de 1891 se renovó el Tratado de la Triple Alianza; el 29 de junio, el Gobierno italiano, al anunciar su Parlamento dicha renovación, aludió al Acuerdo Mediterráneo de 1887, es

⁶⁰ GIRAULT, Diplomatie Européene...., pp. 127-128.

decir, al lazo establecido, indirectamente, entre Gran Bretaña y la Triple Alianza. Fue el temor al aislamiento lo que llevó, pues, al Zar y a su Gobierno, a abandonar su aversión respecto a la Francia republicana. Sin duda, los medios dirigentes del Imperio habían pensado en un acercamiento a Francia desde que Alemania abandonó el Tratado de Reaseguro, pero hubieran querido limitarse a un acuerdo, sin ligarse por compromisos definitivos. Cuando se dieron cuenta de que existía un lazo entre Gran Bretaña y el sistema de la Triple, sintieron la necesidad de ir más allá.

La política francesa tenía que procurar sacar provecho de la nueva disposición del Gobierno ruso y así salir del aislamiento. Cuando se ofreció la ocasión, era natural que se aferrase a ella. La Alianza franco-rusa consta de tres instrumentos diplomáticos: un primer Acuerdo de principio (agosto 1891), una Convención Militar (agosto 1892), intercambio de Notas (diciembre 1893)⁶¹.

Para concluir se puede afirmar que, en Europa, el gran hecho nuevo que se produce tras la caída de Bismarck, fue el restablecimiento de un equilibrio entre los Estados continentales, ya que la Alianza franco-rusa constituyó el contrapeso de la Triple Alianza.

⁶¹ Sobre la Alianza franco-rusa véase: GIRAULT, Diplomatie européenne..., pp. 151-163. JOVER, La España..., pp. XLII-XLIV. LANGHORNE, The collapse..., pp. 69-84. MILZA, Les relations..., p. 73. RENOUVIN, Historia de..., pp. 425-428. ROBERTS, Europa desde..., pp. 115-124.

1.2. ORIENTACION EXTERIOR DE LAS GRANDES POTENCIAS

En este período la primacía naval correspondía a Inglaterra, cuya conciencia nacional se nutría simultáneamente de una tradición histórica y de una situación de plena e indiscutible hegemonía marítima. Inglaterra disfrutaba de una hegemonía naval capaz de garantizar la integridad de un Imperio colonial extendido por todas las partes del mundo, ahora bien, el continente europeo era otra cosa, un mundo ajeno que Inglaterra no aspiraba a controlar mediante la adquisición de territorios, sino mediante la defensa de un equilibrio continental que evitase la emergencia de un poder hegemónico capaz de poner en peligro la seguridad de unas islas demasiado cercanas al continente, o que llegase a tener el poder y la decisión necesarias para levantar una Marina de guerra capaz de medirse con la británica⁶².

Las responsabilidades de Gran Bretaña fuera de Europa eran pesadas. Había que pensar primero en defender contra la ambición de las otras potencias la situación conseguida, sostener en Asia los resultados que, desde que se consolidaron entre 1880-1890, le habían permitido asegurar por medio del cuasiprotectorado sobre Afganistán y de la conquista de la alta Birmania, la protección de las

⁶² Sobre la orientación exterior de las grandes potencias: GIRAULT, Diplomatie européenne..., pp 175-177. JOVER, La España..., pp. XXXIII-XLII. KANIA-FORSTNER, D.S., "La expansión francesa en Africa; la teoría mítica". En: OWEN R. Y SUTCLIFFE, B., Estudios sobre la teoría del Imperialismo, Era, México, 1978, pp. 288-305. PP. 299-301. KENNEDY, Auge y decadencia..., pp. 270-316. RENOUVIN, Historia de..., pp. 453-472.

fronteras de la India, conservar en China la preponderancia comercial, defender los intereses ingleses en el Imperio turco lo mismo que en América Central. En los últimos años del siglo XIX el Gabinete inglés se proponía adquirir nuevos territorios en Africa: completar la obra comenzada en la región del bajo Níger, reconquistar el Sudán egipcio evacuado desde 1894, volver a emprender, en Africa del sur, la política de anexión del Transvaal y de Orange iniciada en 1877. Tales eran los objetivos británicos a finales del siglo XIX.

Estos planes imperialistas respondían a los deseos de los grandes capitalistas que tenían intereses en Egipto y en Africa del sur. Pero la influencia de los intereses materiales no basta para explicar el auge del imperialismo; los rasgos de la psicología colectiva no eran de menor importancia. La opinión pública inglesa atravesaba una crisis de orgullo y no retrocedía ante la idea de un conflicto.

En la política exterior alemana se produjo un cambio desde la orientación continental brillantemente proseguida por Bismarck, cuyo entendimiento con Inglaterra se basó en el papel secundario asignado a la política colonial y naval, hacia una política mundial fundamentada en una potente Marina de guerra y en una participación más activa en la política colonial propia del imperialismo. La orientación alemana hacia una Weltpolitik fundamentada en el comercio ultramarino, en la adquisición de colonias y en la construcción de una poderosa Marina de guerra, disminuía en

términos relativos al poder británico, planteándole el desafío de incrementar sus exportaciones, consolidar su Imperio colonial y construir más barcos para mantener su propia posición hegemónica.

El ritmo acelerado de la producción fue lo que obligó a Alemania a buscar incesantemente, fuera de su territorio, nuevos recursos de materias primas y nuevos mercados. La necesidad de la expansión comercial inspiraba la política naval. Los éxitos obtenidos en la vida económica fortalecían el orgullo nacional. El problema del Estado no era interior, sino exterior. Alemania invocaba su derecho a tener en el mundo un campo de acción a la medida de su vitalidad y de su potencia. Aquel estado de ánimo encontró en la Liga Pangermanista su expresión más vigorosa. Fundada en Berlín, en abril de 1891, su programa era a la vez continental y colonial. En cuanto a la expansión continental, la Liga se sentía autorizada a extender su territorio por las regiones donde vivían poblaciones de lengua germana, en Austria, en Bohemia, en Suiza, en Luxemburgo, e incluso absorber a los bajos alemanes de Holanda o de Bélgica. En lo que se refiere a la expansión fuera de Europa, puesto que Alemania, al intervenir demasiado tarde, no había podido desempeñar un papel importante en el reparto del mundo, la conquista colonial no podía ser más que una forma secundaria de tal expansión y debería conseguir zonas de influencia económica en América del sur, en África austral, en Marruecos y en Asia Menor. Alemania debía exigir que no se llevase a cabo, sin su

consentimiento, ninguna modificación del statu quo, y obtener, a cambio de su asentimiento, ventajas iguales a las de los otros Estados. A ello le obligaba la "lucha por la vida". El Gobierno no adoptó el conjunto de este programa pangermanista aunque en el plano extraeuropeo adoptasen parte de las opiniones de los pangermanistas. En 1896, Guillermo II iba a practicar una "política mundial" que tendría como puntales el desarrollo de la flota de comercio y el de la flota de guerra. El Imperio comenzó a establecer su potencia naval. En la política exterior, las preocupaciones iban muy asociadas a las preocupaciones estratégicas, lo mismo que a las instancias del sentimiento nacional. Alemania se encontraba entonces, lo mismo que Gran Bretaña, pendiente del mercado mundial.

El papel de Francia en la política internacional al comenzar los años 90 era el propio de una gran potencia europea, dotada de un Imperio colonial y de una Marina de guerra sólo superados por Gran Bretaña; pero con unas posibilidades disminuidas por el papel secundario desempeñado en el continente como consecuencia de la derrota militar de 1870-71 y de la subsiguiente hegemonía continental de la Alemania bismarckiana. El prestigio de su modelo como república liberal y parlamentaria, hacían de Francia una potencia mundial por la irradiación de su cultura y por la mitología centrada en los principios de la Gran Revolución. Su Imperio colonial no era comparable, ciertamente, con el británico, pero sí era el segundo Imperio colonial del mundo.

En la política exterior francesa, fuera de Europa, cabe destacar que el movimiento favorable a la expansión colonial volvió a tomar auge desde 1890. Se hallaba sostenido en gran medida por los intereses de los exportadores, sobre todo de los industriales textiles, y por los grupos financieros. Se veía favorecido aun más por los cambios surgidos en la psicología colectiva. Las críticas dirigidas anteriormente contra la política colonial habían estado inspiradas, sobre todo, por el temor a que aquella política debilitara a Francia en el continente y la desviara de su preocupación esencial: la defensa de la seguridad. Ahora bien, estas preocupaciones continentales eran menos apremiantes desde que la Alianza franco-rusa proporcionó la certidumbre de un apoyo en caso de un ataque alemán. Al mismo tiempo la creación, en 1893, de un ejército colonial reclutado por alistamientos voluntarios, tranquilizó al cuerpo electoral, puesto que los jóvenes soldados del contingente ya no estarían expuestos en adelante a combatir en las colonias.

No era la opinión pública en masa la que daba el impulso a la expansión colonial. Pero existía un Partido Colonial muy activo; el Comité de África Francesa, fundado en noviembre de 1890 por políticos e intelectuales, en unión de oficiales del ejército colonial y la Unión Colonial, creada en 1895 para agrupar a los hombres de negocios de la vida económica en las colonias, eran su fundamento. Este Partido Colonial encontró apoyos en los medios militares y navales, lo mismo que en las misiones religiosas. Había

portavoces vigorosos en la Cámara de los diputados, en la cual presidía el grupo colonial Eugène Etienne. Tenían influencias en los medios gubernamentales. Sin embargo, en los medios políticos continuaba manifestándose una corriente de hostilidad hacia la política colonial. Respecto a Europa, lo que constituía el núcleo de las preocupaciones francesas era la cuestión de las relaciones con el Imperio alemán. Esta cuestión regía la orientación que Francia daba a sus relaciones con los otros grandes Estados. La constitución del Imperio alemán levantaba, en su frontera oriental, una gran potencia destinada a ejercer la hegemonía política en el continente gracias a la diplomacia bismarckiana y al entendimiento de esta última con Inglaterra. La Triple Alianza establecía un cerco en torno a Francia. En conjunto, el comportamiento de la opinión francesa respecto a Alemania era defensivo. La idea de desquite estaba en franca decadencia entre 1893 y 1904; la cuestión de Alsacia y Lorena no despertaba ya gran eco en la opinión. Pero la cuestión de Alsacia y Lorena, aunque hubiera perdido importancia en la psicología colectiva, seguía siendo un obstáculo permanente para un acercamiento franco-alemán.

Frente a este problema no todos los medios dirigentes franceses actuaban de igual manera. Vamos a encontrar dos posturas diferentes a este respecto. Unos creían necesario buscar una aproximación con Alemania, ya para asegurar la paz, ya para dar mayor libertad a la política francesa. Confiaban en conseguir del Gobierno alemán que hiciese concesiones o convenios. Los partidarios

de un acercamiento franco-alemán seguían fieles a su plan bajo otra forma, creían oportuno dar satisfacción a las reivindicaciones coloniales, dejando que el Imperio alemán estableciera su dominio o su influencia en territorios extraeuropeos, de tal modo, que su fuerza de expansión se desviase de Europa. Otros estaban convencidos de que entre Alemania y Francia era imposible una conciliación. La seguridad de Francia debía ser reafirmada por esfuerzos diplomáticos cerca de los otros grandes Estados: consolidar la Alianza franco-rusa, tratar de obtener el apoyo de Gran Bretaña, debilitar la Triple Alianza, dedicándose a separar a Italia de ella, y acaso también a Austria-Hungría. Delcassé, Ministro de Estado francés, se declaró resuelto a dirigir la política francesa colonial de acuerdo con Gran Bretaña y sin Alemania, pues consideraba que las diferencias entre Francia y Alemania eran inextinguibles: Francia no renunciaría a sus provincias perdidas. Era con Inglaterra con quien Francia tenía que entenderse. Acabó Delcassé por atraerse al Partido Colonial. Así, a partir de 1902, la política de Delcassé quedó fijada irrevocablemente.

La orientación de la política exterior rusa permanecía bajo el dominio de dos preocupaciones; el acceso al Mediterráneo, que era el principal móvil de la acción emprendida en el Imperio turco y en los Balcanes, y la expansión en Extremo Oriente. En los últimos años del siglo XIX, la política exterior se orientaba hacia el Extremo Oriente.

Austria-Hungría no disponía apenas de medios para

desarrollar una política de expansión territorial y no experimentaba tampoco su necesidad. Esto era debido a las circunstancias políticas interiores. En Austria-Hungría, la lucha entre las nacionalidades absorbía todo el esfuerzo del Gobierno y a menudo lo paralizaba. El horizonte de la acción exterior quedaba, pues, limitado a las preocupaciones inmediatas. Para el continente europeo no tenía más designios que los balcánicos. Lo que estaba en juego para Austria-Hungría era la existencia del Estado.

1.3. INTERESES COLONIALES DE LAS POTENCIAS EUROPEAS

A finales del siglo XIX la gran ola de colonización había llegado ya a casi todos los espacios disponibles. El impulso de la producción industrial obligaba a buscar mercados exteriores para dar salida a la parte de esta producción que excedía de las necesidades del mercado interior. Los beneficios realizados gracias al desarrollo económico hacían crecer tan rápidamente la masa de los capitales disponibles que sus poseedores deseaban hallar ocasión de colocarlos en el extranjero. En realidad, no siempre los territorios colonizados eran los principales destinatarios de los capitales excedentes; las zonas de influencia económica desarrollaron un colonialismo "sin bandera" muy rentable económicamente. Pero junto a este "imperialismo financiero" el colonialismo "de bandera" culminaba un reparto que difícilmente podía dejar de convertirse en fuente de graves conflictos internacionales.

Francia desarrollaba metódicamente en Africa occidental y central un plan de acción en el que las consideraciones de prestigio desempeñaron un papel más importante que los intereses económicos. Rusia buscaba en Manchuria e incluso en Corea el medio de establecer una gran base naval en aguas libres que le permitiese ejercer una presión sobre el Gobierno chino; se interesaba también por la explotación de los recursos mineros manchúes y coreanos. Italia ponía sus miras en Etiopía. Alemania se interesaba principalmente por Asia Menor, aunque también intentara conseguir algo en China. Gran Bretaña, que tenía intereses económicos y estratégicos en todas las partes del mundo, se veía implicada en todos los sitios a la vez, bien para proteger una posición ya adquirida, bien para encontrar nuevos campos de acción. En China actuaba para defender su supremacía económica, amenazada por sus rivales. Mediante su acción en el Alto Nilo quería asegurarse que ninguna otra potencia pudiera modificar el régimen de las aguas fluviales y arruinar la vida agrícola en Egipto. Pero en Africa del sur era ofensiva. En cambio, cedió el paso en América Central a los planes del imperialismo de los Estados Unidos⁶³.

Estos intereses coloniales de las grandes potencias hicieron que se produjeran rivalidades entre los imperialismos. En Africa los litigios eran incesantes. En Africa del sur se vieron enfrentados los intereses británicos y alemanes. Inglaterra consiguió establecer su

⁶³ ROBERTS, Europa desde..., pp. 242-254.

dominio en Africa del sur y eliminar el obstáculo alemán⁶⁴. En el alto Nilo la política inglesa había obtenido el alejamiento de los tres competidores eventuales: Italia, Alemania y el Estado independiente del Congo. Con Francia se produjo el incidente de Fashoda⁶⁵.

Francia estaba empeñada en buscar un desquite a su desastre europeo de 1870 mediante la consolidación de sus posiciones africanas (la "gran Argelia"), llevándolas hacia el valle del Nilo para alcanzar luego la costa del mar Rojo. El 18 de septiembre de 1898 tuvo lugar el encuentro, en Fashoda, de una treintena de cañoneras británicas que llegaron allí remontando el Nilo, con un destacamento francés al mando del capitán Marchand, que había llegado antes al estratégico enclave. En efecto, en Fashoda se cruzaron los dos primeros imperios coloniales. Según las previsiones del Congreso de Berlín, la precedencia de los franceses les debía asegurar el dominio sobre aquel enclave, foco de perturbaciones y estratégica posición en el bajo Nilo. Ante la inesperada presencia francesa en el codiciado enclave, el Gobierno británico no llegó al envío del ultimátum; pero exigió la evacuación de Fashoda. Lanzada en el momento oportuno, esa imposición (la fuerza frente a la razón) obtenía la consecuencia calculada: París, aislado diplomáticamente, y bajo la obsesión de una futura revancha contra Alemania, no podía implicarse en una problemática confrontación armada con Gran Bretaña, su posible aliada en

⁶⁴ MILZA, Les relations..., pp. 93-97.

⁶⁵ GIRAULT, Diplomatie européenne..., pp. 182-184.

la Europa de "los bloques". Luego de un primer momento de crispación, manifiesto en la movilización de las respectivas flotas, el ambiente bélico creado entre París y Londres fue relajándose. No se llegó a una ruptura, pero quedó aplazado, indefinidamente, el deseable acuerdo diplomático entre Francia y Gran Bretaña. El Convenio anglo-francés de 21 de marzo de 1899 destinado a determinar las respectivas esferas de influencia en Sudán y Africa Central, constituyó el instrumento de una normalización de relaciones tras la seria crisis atravesada el año anterior, y también es un antecedente de la Entente de 1904⁶⁶.

La cuestión de Extremo Oriente se centraba en la crisis china. Japón tomaría la iniciativa. Aprovechó en julio de 1894 los disturbios en Corea para desembarcar tropas en dicho reino, que era vasallo del chino. Se produjo la guerra chino-japonesa con una superioridad nipona abrumadora, lo que llevó al Gobierno chino a firmar la paz, dictada por los intereses japoneses. Pero estos intereses iban a chocar con los rusos, con lo cual el Gobierno del Zar, apoyado por Francia y Alemania, impuso la revisión del Tratado. Después de aquel retroceso impuesto a Japón, los grandes Estados europeos se aprovecharon de la debilidad del Imperio chino para obtener de la corte de Pekín nuevos privilegios y para adelantarse a la expansión nipona. En dos años se dibujaron así zonas de influencia económica en

⁶⁶ SECO SERRANO, La España..., p. 230. y Jover, La España..., pp. XLIV-XLV.

beneficio de las potencias europeas⁶⁷.

En América Central la expansión americana ponía en jaque o intentaba eliminar los intereses que poseían los Estados europeos. En el asunto de Cuba, los móviles de su política fueron económicos, financieros y estratégicos. En tres meses España quedó vencida; abandonó no solamente Cuba, que pasó a ser protectorado encubierto de los Estados Unidos, sino también Puerto Rico, y, en el Pacífico, las Filipinas y la isla de Guam, que quedaron como posesiones de la Unión norteamericana. Después de haber eliminado a España, los Estados Unidos actuaron de manera tal que obligaron a alejarse a Gran Bretaña; la escuadra británica, que desde hacía más de medio siglo vigilaba la zona del Caribe, se retiró⁶⁸.

El Imperio turco atravesaba, a partir de 1894, una nueva crisis: una vez más las poblaciones cristianas en Armenia, en Creta, en Macedonia trataban de escapar de la dominación musulmana y reivindicaban una autonomía administrativa. La crisis turca no dejó de tener repercusiones inmediatas en las relaciones internacionales. Las matanzas cometidas entre las poblaciones cristianas provocaron indignación en la opinión pública europea y mostraron una vez más la necesidad de imponer al Gobierno turco un sistema administrativo capaz de garantizar seguridad a las poblaciones cristianas; los Gobiernos europeos podían aprovecharse de esta situación para

⁶⁷ MILZA, Les relations..., pp. 97-100.

⁶⁸ GIRAULT, Diplomatie européenne..., pp. 179-182.

asegurarse ventajas en detrimento los unos de los otros e incluso para provocar el derrumbamiento del Imperio otomano⁶⁹.

Tales controversias y rivalidades incesantes, que se presentaban simultáneamente en todas las regiones del globo, y que ponían en juego los intereses de los Estados imperialistas, acarrearón conflictos armados, como la guerra chino-japonesa, pero estos conflictos permanecieron localizados. El choque entre los intereses económicos de las grandes potencias no había bastado, allí donde sólo estaban en litigio los intereses, para provocar una amenaza de conflicto general. Los Gobiernos y la opinión pública tenían clara conciencia de que aquellos objetivos económicos no valían una guerra, por lo menos una gran guerra que ocasionaría riesgos desproporcionados con lo que se ponía en juego. El único caso en que durante el curso de aquel período de choque de los imperialismos acarreó un peligro de guerra entre grandes potencias europeas fue, en septiembre de 1898, el asunto de Fashoda⁷⁰.

1.4. EL NUEVO AGRUPAMIENTO DE LOS ESTADOS EUROPEOS

El sistema de Estados europeos sufrió una transformación por el Acuerdo franco-italiano de 1902 y por el franco-inglés de 1904. Los esfuerzos de expansión y las rivalidades que de ellos resultaban entre los Estados europeos alcanzaron a nuevas regiones del mundo, al mismo

⁶⁹ Ibidem, pp. 166-169.

⁷⁰ RENOUVIN, Historia de..., pp. 482-483.

tiempo que los Estados Unidos y Japón extendían sus territorios o sus zonas de influencia a expensas de los europeos. En Persia, en Asia Menor, en Etiopía y, sobre todo, en Marruecos se enfrentaban los intereses de las grandes potencias europeas⁷¹.

Al mismo tiempo que se desarrollaron estos litigios, los compromisos, diplomáticos o militares, concluidos entre las potencias europeas tomaron una nueva dirección. Italia, al celebrar con Francia un Acuerdo secreto, el 10 de julio de 1902, se comprometió a observar la neutralidad en una guerra franco-alemana. Los Acuerdos franco-ingleses, de 8 de abril de 1904, cuya base fue el trueque Egipto-Marruecos, resolvieron todas las diferencias coloniales entre los dos países. Mientras la Triple Alianza se debilitaba, la Entente Cordiale franco-inglesa surgía para respaldar la Alianza franco-rusa⁷².

Cuando, entre 1902 y 1904, quedaron establecidas las bases de la nueva situación diplomática por el Acuerdo franco-italiano y el franco-inglés, la iniciativa perteneció, en ambos casos, a la política francesa, que era la de Delcassé⁷³. Los planes de éste ya estaban fijados en 1902. El objetivo de su política era consolidar la posición de Francia en Europa rompiendo la Triple Alianza y resolviendo las diferencias coloniales franco-inglesas. La opinión pública ofrecía un punto de apoyo a aquel plan, ya

⁷¹ Ibidem, pp. 491-498.

⁷² MOMMSEN, La época..., pp. 156-157.

⁷³ GIRAULT, Diplomatie européenne..., pp. 195-199.

que desde 1901 deseaba una liquidación de las dificultades anglo-francesas, quizá porque se había dado cuenta de la posibilidad de una Alianza anglo-alemana. El Gobierno británico había tardado en dar oídos a las insinuaciones de Delcassé: ofrecida desde agosto de 1902, la negociación sólo se inició seriamente un año más tarde. Los miembros del Gabinete británico se mostraron vacilantes. El móvil esencial que favorecía una liquidación de las diferencias coloniales franco-inglesas era el fracaso de la tentativa anglo-alemana. Inglaterra en diciembre de 1902 se vio obligada a abandonar su aislamiento, pensaba en un acuerdo con Alemania y fracasó, después deseó conseguir la amistad con Francia. Esta evolución se veía facilitada por el estado de la opinión pública, que manifestaba respecto a Alemania una desconfianza cada vez más viva⁷⁴.

Frrente a este designio francés, el objetivo principal de la política exterior alemana de los primeros años del siglo XX fue la disociación de la Entente Cordiale franco-inglesa⁷⁵.

⁷⁴ RENOUVIN, Historia de..., pp. 499-507.

⁷⁵ MOMMSEN, La época..., pp. 157-161.

2. EL REGIMEN POLITICO DE LA RESTAURACION Y SU POLITICA EXTERIOR

2.1. LA POLITICA DE LA RESTAURACION⁷⁶

El período 1898-1907 se encuadra dentro de la época de la historia de España que solemos denominar Restauración (1875-1931). La Restauración está asociada no sólo al nombre del Rey Alfonso XII, sino al de un hombre que hizo posible, paso a paso, el camino hacia el restablecimiento de la Casa de Borbón en el trono, y a quien se deben las líneas esenciales del orden entonces fundado: Antonio Cánovas del Castillo. La fórmula política ensayada por Cánovas del Castillo bajo la Monarquía de Sagunto fue la de crear un Estado de derecho inspirado en el principio y el espíritu de conciliación, dando cabida a la gama de fuerzas políticas más amplia posible, no sólo las que habían apoyado directamente la Restauración, sino incluso algunas de las que habían protagonizado la Revolución de 1868; para conseguir de este modo un organismo político en el que convivieran armónicamente quienes hasta la víspera se habían enfrentado en un antagonismo aniquilador. Sólo quedarían fuera quienes se autoexcluyeran voluntariamente: por la derecha los carlistas, por la izquierda los republicanos.

Cánovas fue el ideador del sistema político y

⁷⁶ Sobre el Régimen político de la Restauración véase: MORALES LEZCANO, León y Castillo...; PALACIO ATARD, Vicente, La España del siglo XIX, 1808-1898, Espasa-Calpe, Madrid, 1981; TUÑÓN DE LARA, Manuel, Historia y realidad del poder, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1973; UBIETO, REGLA, JOVER y SECO, Historia de España, Teide, Barcelona.

coejecutor del mismo con Sagasta. Cánovas estuvo al frente de una derecha moderada y que obtuvo el asentimiento de una izquierda también moderada, dirigida por Sagasta, para hacer viables las alternativas de poder y oposición. Sagasta, junto a Cánovas, fue el coejecutor del sistema, que gracias a él pudo funcionar. Cumplió su misión agrupando a la izquierda liberal bajo el signo de la Monarquía restaurada. Incorporó la izquierda al sistema canovista, salvándola de la frustración de la etapa revolucionaria del 68 y capacitándola para seguir actuando constructivamente en el orden nuevo.

El sistema de Cánovas consta de dos pares de fuerzas: el par depositario de la soberanía y el par ejecutante de la política. El primero lo integran el Rey, que representa el principio de autoridad, y las Cortes, en las que reside el principio de libertad; ambos se oponen y se necesitan a la vez. Cada una de estas fuerzas debe ser independiente de la otra, lo que no sería factible si el Rey debiera su existencia a las Cortes, o si éstas fueran una creación de la Corona. El par ejecutante son los dos partidos turnantes en el poder, la derecha y la izquierda, que también se oponen y se necesitan. El organismo político de la Restauración constaba, pues, de los elementos fundamentales señalados por Cánovas: el Rey, las Cortes, los partidos turnantes en el Gobierno. La Constitución escrita se encargaba de articular todos esos elementos. La Constitución como los partidos habría que hacerla. El Rey y las Cortes, por el contrario, no era preciso inventarlos. El

Rey estaba dado por la Historia. Las Cortes, potencialmente existentes, tendrían que actualizarse mediante una elección general. La Constitución y los partidos serían las nuevas bases del ejercicio del poder. La Constitución había de fijar las reglas fundamentales del orden político que se estableciera. Los partidos, atendiéndose a ellas, servirían de instrumentos ejecutivos.

La Constitución de 1876 consta de 89 artículos distribuidos en 13 títulos. La principal característica que se ha señalado en la misma es la sobriedad en la declaración de principios, lo que permite una posible elasticidad en la interpretación de los mismos; con lo cual las leyes orgánicas que habían de desarrollarlos no quedaban rígidamente sujetas a los dogmas de un partido, sino adaptables a los diversos programas. Sin declaraciones programáticas, la Constitución quedaba, pues, abierta a todas las posibilidades.

A fin de obviar las enojosas discusiones sobre la soberanía nacional y el poder constituyente de las Cortes, los artículos relativos al Rey y a las Cortes quedaban fuera de toda disputa. La Corona y las Cortes se sobrentendía que eran instituciones anteriores y previas a cualquier constitución escrita y en ambas recaía el poder legislativo. El Rey estaba facultado para convocar, suspender o disolver las Cortes.

El Rey era un Rey constitucional, cuyos actos debían ser refrendados por los Ministros. Estos debían gozar de la confianza regia y de la confianza parlamentaria. El

Rey tenía el mando supremo de los Ejércitos, siendo sus actos refrendados por los Ministros correspondientes. El Gobierno tenía que gozar de la doble confianza del Rey y de la Cortes. Del Gobierno dependían los órganos en que se concretaba la fuerza física del poder: Ejército, Policía, Guardia Civil.

Estas Cortes eran bicamerales, con el Congreso de los Diputados y el Senado. Los diputados se elegían a razón de uno por cada 50.000 habitantes. La primera ley electoral, aprobada el 20 de julio de 1877, estableció el sufragio censitario. La ley electoral de 20 de junio de 1890 estableció, en cambio, el sufragio universal para los varones mayores de 25 años. El Senado se componía de miembros de varias procedencias: senadores por derecho propio, senadores vitalicios nombrados por la Corona y senadores electivos por las Corporaciones y los mayores contribuyentes. Los dos primeros grupos no podían exceder el número de 180, siendo otros tantos los electivos y renovándose éstos por mitades cada cinco años.

La iniciativa legislativa le correspondía al Rey o a cada uno de los cuerpos colegisladores, los cuales no podían deliberar juntos ni en presencia del Monarca. El poder ejecutivo residía en el Rey y sus Ministros, nombrados libremente por él. La persona del Rey era sagrada e inviolable. Sólo contando con la confianza del Rey y de la mayoría parlamentaria se podría ejercer el Gobierno. Los partidos con un ritmo equilibrado se turnaban cuando había transcurrido un plazo razonable o cuando dificultades

internas habían deshecho la mayoría como instrumento de Gobierno. La justicia se ejercía por funcionarios inamovibles (magistrados y jueces), con sujeción a normas legales no reconociéndose más que un solo fuero para todos los españoles en los juicios comunes, civiles y criminales.

El ejercicio del poder debía quedar normalizado a través de los partidos. Se concretó un bipartidismo, la derecha y la izquierda del Régimen. La pacífica convivencia de los partidos sería garantía de la pacificación política de los españoles. Los partidos necesarios se formaron, pues, alrededor de Cánovas y de Sagasta. En ambos casos se trataba de partidos de notables, como solía ser por entonces la característica general europea. El soporte social de los partidos no lo constituían, por tanto, las masas, sino gentes relevantes, con la adhesión de los miembros de las clases medias, que formaban la clase política del país. Ambos partidos tenían plataformas comunes, si bien en el Partido Conservador podía advertirse una mayor presencia de elementos aristocráticos.

El Partido Liberal Conservador lo formó Cánovas sobre la base del Centro Liberal. Incorporó nuevas adhesiones hacia la izquierda (Romero Robledo) y hacia la derecha: la repesca de los moderados históricos, la inclusión renovadora y difícilmente disciplinable de Silvela y, sobre todo, la derecha confesional de Pidal y la Unión Católica. El otro polo fue la izquierda organizada por Sagasta. El núcleo inicial estaba en los antiguos constitucionalistas de Amadeo I. El 6 de noviembre de 1875,

en un acto celebrado en el Circo Price, nacía el Partido Liberal Constitucional como el más liberal dentro de la Monarquía. El partido se reforzó hacia la izquierda con la fusión de los grupos de Alonso Martínez y Vega de Armijo en 1880, por lo que fue conocido entonces con el nombre de Partido Fusionista. Un contrapeso hacia la derecha significó la incorporación al grupo de Sagasta del general Martínez Campos.

Cánovas puso en funcionamiento el sistema del turno de partidos dentro de un esquema estatal correcto para todas las vertientes ideológicas que componían el espectro de la España legal. Fuera del Régimen de la Restauración se mantenían unos partidos en franco deterioro: los carlistas, vencidos militarmente y los republicanos históricos en plena descomposición.

Para acceder al grupo de gobernantes había que entrar previamente en el sistema. Existían elites que acaparaban el Gobierno, el Parlamento, la Administración, los partidos políticos del sistema, etc. Pertenecían al reducido grupo que monopolizaba el dominio económico del país. Desde los años de la Restauración se va precisando la interpenetración entre los grupos sociales de grandes familias pertenecientes a la nobleza, a la minoría de grandes propietarios agrícolas y a esa gran burguesía que ascendió vertiginosamente en el siglo XIX. Esas tres elites van a llegar con el tiempo a no ser más que una, con evidente poder político, unas veces mediante su ejercicio directo y otras actuando sobre el poder institucionalizado.

Los enlaces aristocracia, industria, banca y política ante el altar fueron frecuentes e importantes. Esta compleja alianza de varias elites se convertía en una oligarquía que era expresión o reflejo de una oligarquía económica-social, asentada en las arcaicas estructuras del país, que utilizaba el caciquismo como instrumento político creador de esa oligarquía ministerial y parlamentaria. En cuanto al origen social de este grupo de gobernantes, se imponía una distinción: hombres pertenecientes a las oligarquías del poder económico que participaban directamente del poder político, y hombres surgidos de la extensa gama de clases medias que, desde jóvenes, se habían integrado en el sistema elitista de la política injertado en el poder. Entre los primeros, podían distinguirse los pertenecientes a la nobleza y a aquellos de la gran burguesía ascendente de la segunda mitad del siglo XIX.

Dos instituciones esenciales desempeñaban una función de influencia sobre el poder, aunque difícilmente pueden ser calificadas de grupos de presión: la Iglesia y el Ejército. El Ejército era una institución integrada en el aparato del Estado. El Ejército politizado del siglo XIX dejó paso, durante la Restauración, a un Ejército apartado de la función política, pero interesado en su modernización profesional. En lo que respecta a la Iglesia, por un lado era independiente, pero por otro formaba parte del poder institucionalizado. No se trataba de una participación en las funciones públicas, sino de la influencia ejercida sobre el poder, desde fuera, gracias a su autoridad, a sus medios,

a su red de establecimientos de enseñanza y a sus vínculos con cierta prensa.

Vista en su conjunto, la obra del Gobierno llevada a cabo por los hombres de la Restauración, conservadores y liberales, en el último tercio del siglo XIX, presentaba dos rasgos esenciales. De una parte, la continuidad y la estabilidad que dieron a la vida política y administrativa española; algo que es en sí mismo un valor positivo. De otra parte, la limitación de miras del equipo dirigente, que nos presenta al Régimen de la Restauración al servicio de los sectores más privilegiados de la sociedad española. Si desde un punto de vista técnico los gobernantes del último tercio del siglo XIX supieron montar un Estado y una administración con una cierta eficiencia, desde un punto de vista ético no supieron poner este instrumento al servicio de todos los españoles, y especialmente de los españoles más necesitados de tutela estatal en razón de su pobreza.

La obra del Régimen se concretó, ante todo, en una pacificación que alcanzó al norte, a Cuba, a la conciencia religiosa del país. En el norte, la tercera guerra carlista, iniciada cuatro años antes, quedó liquidada en febrero de 1876 tras unas campañas que tuvieron por escenario a la montaña aragonesa y valenciana, a Cataluña, y a Navarra y al País Vasco, donde la resistencia fue más encarnizada; el mismo Rey Alfonso XII acudió a la zona de operaciones. En marzo de 1876 se puso fin a la guerra. Poco después una ley puso fin a los tradicionales fueros vascos, dejando en pie, sin embargo, determinados privilegios administrativos. En

Cuba la paz se logró, mediante la acción hábil del general Martínez Campos, a través del Pacto de Zanjón (febrero 1878), en virtud del cual aquel aceptaba las bases acordadas por los cubanos: la concesión a la isla de Cuba de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfrutaba la isla de Puerto Rico y una amplia y generosa amnistía. Por otra parte y en toda España, la política religiosa de la Restauración venía a restituir la paz y la libertad a las conciencias: se ponía fin al irritante sectarismo anticlerical de buena parte de los hombres del período revolucionario, al mismo tiempo que se garantizaba a los disidentes que no serían molestados por sus opiniones religiosas.

Dentro de la obra política de la Restauración va a destacar la tendencia a la centralización y uniformización jurídica y administrativa, continuando la trayectoria del liberalismo español y muy especialmente de la época moderada. Esta tendencia a la uniformización jurídica y administrativa se manifestó ante todo en la ya aludida reducción a los fueros vascongados, así como el empuje decisivo que recibió en esta época el movimiento codificador. Bajo la Restauración aparecen unos códigos llamados a durar hasta nuestro tiempo, más que la Constitución de 1876. En cuanto a la administración, la Restauración traía consigo ideas centralizadoras. Los cuadros de la administración central ganaron estabilidad y competencia técnica.

La política exterior del Estado diseñado por

Cánovas recibe el nombre de política de "recogimiento". El "recogimiento" canovista de la primera etapa del Gobierno de la Restauración estaba destinado a consolidar la Monarquía española⁷⁷. Para Jover tres son las causas por las que Cánovas llevó a cabo esta política de "recogimiento":

"En primer lugar, esa primacía decisiva del conflicto interno. En segundo lugar, la atención ineludible al conflicto colonial y a la seguridad del flanco sur de la Península, a que obligaba la misma estructura territorial de la Monarquía. En tercer lugar, el escaso interés de las grandes potencias europeas en dar cabida en sus planteamientos a una potencia secundaria sometida a una permanente inestabilidad interna, rica en complicaciones ultramarinas y coloniales"⁷⁸.

Desde este punto de partida, la política exterior española de la época de la Restauración presentaba cuatro constantes: la fuerza de un conjunto de vínculos de tipo económico, ideológico y cultural que ligaban a España con Francia e Inglaterra, la problemática relación con Francia, como consecuencia del peligro que provenía de la emigración política española instalada en suelo francés, emigración de carlistas y republicanos, la orientación española hacia los Imperios centrales, y concretamente hacia Alemania, que se quería fundar en la defensa del principio monárquico que aquellos países parecían representar mediante una solidaridad de las dinastías y, por último, las dificultades que se derivaban de una política bismarckiana que potenciaba

⁷⁷ MORALES LEZCANO, León y Castillo..., p.27.

⁷⁸ JOVER ZAMORA, José María, "La percepción española de los conflictos europeos: notas históricas para su entendimiento". En: Revista de Occidente, N° 57, febrero de 1986, pp. 5-42. PP. 16-17.

la política colonial francesa en el norte de Africa⁷⁹.

Con respecto a las posesiones del Caribe, Cánovas orientó el Ministerio de Estado hacia una clara actitud conservadora. Conservadora porque trató, hasta el último momento, de conservar lo que otros proponían que se asimilara y algunos incluso que se librara mediante la concesión de la autonomía. Idéntica actitud propugnó para con el archipiélago de las Filipinas.

Con respecto a Marruecos, como afirma Morales Lezcano, "su actitud es ambigua"⁸⁰, ya que por un lado tiene una idea romántica del expansionismo peninsular en Africa y por otro es consciente de la menguada capacidad económica de España para llevar a cabo cualquier aventura expansionista. Con la renovación del Acuerdo con Italia en 1891, Cánovas pudo percibir que el sentido general del Convenio, el mantenimiento del statu quo en el Mediterráneo occidental, se coordinaba perfectamente con su propia política preventiva de complicaciones en Marruecos.

Los liberales van a criticar la política de recogimiento de Cánovas y en contraposición ellos abogaban por una política activa en el exterior. Segismundo Moret, el principal responsable de la política exterior de los

⁷⁹ SALOM COSTA, Julio, "La Restauración y la política exterior de España". En: Corona y Diplomacia. La Monarquía española en la historia de las relaciones internacionales, Escuela Diplomática, Madrid, 1988, pp. 137- 182. PP. 140 y ss.

⁸⁰ MORALES LEZCANO, León y Castilla ..., p. 23.

liberales, en su "Memoria sobre política internacional"⁸¹ de 30 de noviembre de 1888, comenzaba acusando a los conservadores de que no tenían política exterior, para posteriormente centrarse en las ideas que, sobre política exterior, tenían los liberales. Según Moret, a la muerte de Alfonso XII España no tenía política internacional porque había permanecido ajena a las transformaciones que se habían producido en Europa. Lo que hizo Cánovas del Castillo fue rehuir toda cuestión, alejarse de cualquier peligro para librar a España de cualquier complicación exterior. Durante el reinado de Alfonso XII la política internacional que se llevó a cabo fue de neutralidad, cuya consecuencia fue dejar a España sin amigos y privarla de apoyo sólido en el caso de que surgiera alguna dificultad. En cuanto a las relaciones con las grandes potencias, la postura española fue de aislamiento y separación completa de todo el mundo. Las grandes potencias mostraban desprecio e indiferencia hacia España.

Tras hacer esta serie de críticas a la política exterior de España durante el reinado de Alfonso XII, Moret se centraba en la política que los liberales llevarían a cabo durante la Regencia de María Cristina. Para los liberales la necesidad de una política activa venía determinada por tres elementos: la forma monárquica, los intereses en Marruecos y las aspiraciones en América. La política internacional que tenía que desarrollar España era,

⁸¹ SALOM COSTA, Julio, España en el sistema europeo de Bismarck (1871-1888), Tesis Doctoral dactilografiada, Tomo II, apéndice Nº 8.

según Moret, una política de aproximaciones que diera seguridad en sus dominios, tranquilidad a las contingencias del porvenir y fortaleza al país ante un ataque o amenaza.

La España monárquica, estando el mundo dividido entre el principio republicano y el monárquico, había de tender hacia la gran alianza monárquica; los liberales iban a ser partidarios de una aproximación a Alemania y Austria-Hungría, más concretamente hacia Alemania, una alianza con la Francia republicana sería una torpeza. La diplomacia española había de dirigirse hacia los países que no se opusieran o pudieran favorecer el desarrollo de la influencia española en el Imperio de Marruecos y en la América española.

Según Moret, el territorio peninsular en su frontera de los Pirineos ofrecía ventajas en el caso de una guerra entre Francia y otro país europeo y también en el Estrecho de Gibraltar en relación con Marruecos. Por esto España debía ser tenida en cuenta en las eventualidades del futuro. Neutral, desanimada, débil, podría no ser solicitada; poderosa y provista de medios de combate su influencia podía ser decisiva. Todo esto le viene determinado a España por su favorable situación geográfica y estratégica.

Para Moret, la defensa de las islas Baleares y Canarias era muy importante para España por su posición estratégica. La conservación de las Canarias era vital para España ya que, ante las eventualidades de una guerra general, cualquier beligerante, con un pretexto fundado en

motivos de defensa, podría apoderarse de ellas y luego ocurriría como en Gibraltar.

El Imperio de Marruecos sería punto de atención esencial para la política exterior de los liberales. Había que impedir que Marruecos fuera ocupado por otra potencia, ya que un vecino poderoso pondría en peligro la seguridad de España y amenazaría su propio territorio. Marruecos podía defenderse estando atentos a todo lo que ocurriera y moviéndose con habilidad entre los diferentes intereses que ambicionaban apoderarse del Imperio.

Moret pensaba que España debía preocuparse seriamente de las posesiones de sus Antillas, que dejarían de ser suyas si España perdiera su influencia en América. También sería absurdo aspirar a ser fuerte en el Nuevo Mundo si sus antiguas colonias se apercibieran de su debilidad en Europa. España debía presentarse respetada en Europa a fin de ganar influencia en América. Para España era necesario guardar y proteger sus posesiones americanas y las islas Filipinas; debía estudiar de que lado le podía venir un ataque o venir complicaciones europeas cuyo desenlace tuviera lugar allí.

Por último, Moret, en este texto fundamental, concentra en la Monarquía el peso de la responsabilidad máxima de un hipotético gran fracaso. La Monarquía española tenía que tener más cuidado que nadie por su condición de Institución ligada a una persona; un desastre que pudiera implicar la pérdida del territorio o disminuir la integridad de la Patria recaería sobre la Monarquía.

En lo que respecta a la política de aproximaciones, en el plano de la práctica, los liberales se aproximaron a Alemania y conectaron España con la Triple Alianza por el Acuerdo hispano-italiano de 4 de mayo de 1887.

2.2. LA CRISIS DE 1898

El Desastre ultramarino se entendió como una experiencia de máxima ruina moral, sin tener en cuenta que otros pueblos habían vivido también sus 98. La crisis española no fue un hecho excepcional, se parece a otras atravesadas por diversos Estados en aquella coyuntura internacional, pero el 98 español fue el único no aceptado⁸². De una parte, por el Gobierno responsable, porque se planteó como una alternativa entre la guerra y el deshonor. De otra parte, por la masa media del país, porque desorientada por lamentables campañas de prensa, vivió a lo largo de todo el conflicto un gran error que alimentó su loca esperanza en la victoria, causa de la posterior reacción ante el Desastre⁸³.

Desde el primer momento la conmoción espiritual se manifestó, sucesivamente, en tres planos. El primero surgió en la consternación, el dolor mudo del pueblo sencillo ante una realidad no prevista, realidad que se hizo concreta con

⁸² PABON, Jesús, "El 98, acontecimiento internacional". En: Días de ayer. Historia e historiadores contemporáneos, Alpha, Barcelona, 1963, pp. 139-195.

⁸³ SECO SERRANO, Carlos, Alfonso XIII y la crisis de la Restauración, Madrid, Ariel, 1969, pp. 31-32.

la llegada a los puertos, y luego a las ciudades y pueblos del interior, de los soldados repatriados, extenuados por la lucha contra los hombres y contra el trópico. El segundo plano brotó en el mundo de la política vigente a través del debate en las Cortes reunidas para autorizar al Gobierno a las expoliaciones de la paz de París. Este debate puso de manifiesto la insolidaridad de los distintos grupos políticos ante el fracaso. En el tercer plano estaría la postura crítica de los círculos conscientes, más o menos alejados de la política en vigor, como fueron obreros sindicalistas, mesócratas de la unión nacional, burgueses catalanes, intelectuales, tan desdeñosos del grupo liberal como hostiles al conservador.

En primer lugar, la organización política y sindical del Partido Socialista, núcleo todavía minoritario, que, precisamente entonces, iba a iniciar un desarrollo lento, pero ininterrumpido bajo la dirección de Pablo Iglesias. Los socialistas no dejaban pasar la ocasión de la guerra o el Desastre para intensificar su propaganda contra la Monarquía. En segundo término el movimiento de los mesócratas, de las clases mercantiles y los intereses agrarios, claramente afectados por el Desastre en sí y por el reajuste hacendístico necesario para acomodar la economía del país a la nueva situación creada por la supresión de los mercados de ultramar. En tercer lugar, el Desastre implicaba un recrudecimiento de la postura de la burguesía catalana en tensión creciente con la política de Madrid. La crisis del 98 llevó a una enorme crecida del catalanismo. En el momento

en que las orientaciones del centro habían conducido a la catástrofe, se reclamaba el derecho a buscar el propio camino. En cuarto y último lugar queda la reacción de los intelectuales, que se proyectaba en una crítica universal, pero de momento menos operante porque no descendía al campo de la política activa. Se ha denostado con frecuencia la posición negativa de la crítica noventaiochista, tan negativa que en sus posiciones más juveniles algunos de estos escritores se inclinaron hacia el anarquismo. Pero el reverso de tan discutible postura era una especie de mea culpa surgiendo del análisis crudo de las razones profundas que llevaron al Desastre⁸⁴.

La fisonomía de esta crisis se puede plantear en cuatro aspectos. En primer lugar, no procede en absoluto hablar, en la transición del siglo XIX al XX, de crisis económica. La interpretación del Desastre como una catástrofe nacional que afectaba al conjunto del pueblo español fue una simplificación de la oligarquía, que identificó con el derrumbamiento o las dificultades de algunos de sus sectores y con el derrumbamiento de toda una ideología justificativa, el fracaso histórico de todo un pueblo. En segundo lugar, no se puede hablar tampoco del Desastre real sufrido por el pueblo español en sus capas económicamente más débiles con ocasión de la guerra y como consecuencia de la misma. En cambio si se puede hablar de un Desastre a escala personal y familiar. En tercer lugar, no hay quiebra política. La oligarquía sufre un rudo golpe,

⁸⁴ Ibidem, pp. 33 y ss.

pero las fuerzas sociales que le son hostiles actúan en forma dispersa y carecen de madurez. En cuarto lugar, y aquí si se puede hablar de crisis, hay una compleja y honda ruptura que afecta al campo ideológico e intelectual: la burguesía y la clase obrera irrumpieron ideológicamente con distintas tomas de conciencia⁸⁵.

Hay determinados aspectos de la crisis de fin de siglo que cobran especial relieve en la transición de la España del siglo XIX a la España del siglo XX. Tales son: el regeneracionismo, en su doble vertiente sociopolítica e ideológica, la actitud crítica asumida por un conjunto de jóvenes intelectuales desde posiciones socialistas o anarquistas, la transformación cultural significada por el Modernismo. En cuanto a la política exterior, el Estado español atravesó una etapa de inseguridad⁸⁶.

El regeneracionismo fue uno de estos aspectos importantes en la transición del siglo XIX al XX. Como realidad social significaba la actitud de una burguesía media, disconforme con el sistema y con la práctica política de la Restauración; como corriente ideológica, de orientación reformista, estaba estrechamente conectada con la realidad social e impregnada de una fuerte carga utópica. Y, a partir de 1898, se produjo un determinado rejuvenecimiento de imagen por parte de la clase política, que asumió desde el poder temas y actitudes formalmente

⁸⁵ TUÑÓN DE LARA, Manuel, Historia de España, tomo VIII, Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1929), Labor, Barcelona, 1981, pp. 386-387.

⁸⁶ Ibidem, p. 388.

regeneracionistas. Bajo todos ellos un sustrato común: la percepción de que el sistema no funcionaba, o no funcionaba como debiera. En un nivel socioeconómico, el problema se percibió como la modernización política y económica de una sociedad capitalista subdesarrollada. Pero el movimiento regeneracionista cayó en contradicciones, ya que el alcance netamente político de sus objetivos quedó inhibido por su repulsa a la intervención efectiva en la vida política a través de un partido. La repulsa ética del sistema conducía, paradójicamente, a no entrar en él para sanearlo. La personalidad de Joaquín Costa es, con mucho, la más destacada del regeneracionismo. Tras la derrota del 98 la inquietud regeneracionista, hasta entonces minoritaria, trascendió a distintos sectores de una burguesía media insatisfecha y ávida de renovación. Y da comienzo la historia externa del movimiento regeneracionista. Hay un movimiento regeneracionista, hay una literatura regeneracionista, hay, también, un adueñamiento del mito y de la retórica regeneracionista por parte de la clase política, principalmente de los conservadores.

En la política interior el alto grado de inestabilidad política y el fraccionamiento de los partidos fueron dos de las manifestaciones más visibles de la crisis del sistema canovista. Esto era debido a dos causas. La primera de las causas era la presencia de corrientes en el seno de los partidos tras la desaparición de los líderes históricos y también la aparición de aspirantes al liderazgo. La segunda se debía al papel ejercido por la

Monarquía dentro del sistema, donde la intervención de Alfonso XIII se tornaba en injerencia progresiva en los asuntos de Gobierno.

Dentro de la oposición al sistema de la Restauración existieron cinco grupos diferentes, pero que no fueron capaces de hacerle frente. Estos grupos serían los siguientes: el carlismo, una corriente de pensamiento minoritaria, las fuerzas republicanas, movimiento obrero y la oposición desde los nacionalismos⁸⁷.

En lo que se refiere al carlismo en esta etapa se le puede considerar como una fuerza irrelevante de oposición al sistema de la Restauración, ya que durante este período no recurrió a la acción armada.

La corriente de pensamiento de oposición al sistema de la Restauración venía representada por los miembros de la Generación del 98. Este grupo se limitó a difundir los males de España por diversos medios de expresión, pero no llegó a ser una alternativa social y nacional que fuera asumida por las capas más progresivas. La recuperación económica y política que siguió a 1902, coincidiendo con la superación de la crisis juvenil en algún caso, evidenció la progresión del individualismo que caracterizó a la mayoría de los componentes de aquella generación que se desligaron del compromiso político y social a la búsqueda del éxito personal concebido como gratificación de la creación artística.

La oposición republicana tampoco se presentaba

⁸⁷ Ibidem, p. 475 y SECO SERRANO, La España..., pp. 7-9.

como un serio peligro para la Monarquía de Alfonso XIII. Ello se debió a la carencia de una alternativa reformadora y democrática y a la división existente en el seno de los ya de por sí escasos efectivos del republicanismo activo. El republicanismo de pretendida nueva planta que nació a comienzos del siglo evidenciaba, asimismo, la fragilidad y la división que caracterizó al antiguo, puesto que entre ambos no se había producido la ruptura total. A pesar de la división política y del desigual reparto geográfico y sociológico de la influencia republicana, puede afirmarse que esta fuerza se convirtió en el principal adversario político del sistema de turno. El republicanismo reclamaba una autenticidad democrática ausente del sufragio y apelaba a la soberanía popular frente a la cosoberanía doctrinaria.

El movimiento obrero, definido principalmente por el bajo nivel de vida y una desorganización desigual, tenía su fuerza de oposición al sistema de la Restauración en el socialismo y el anarquismo. El socialismo rechazaba las estructuras burguesas de la Restauración y denunciaba la injusticia flagrante de un servicio militar que sólo afectaba a aquellos que no podían costearse la "redención en metálico".

En cuanto a los nacionalismos el gallego no era un gran nacionalismo anticeutralista, mientras que el vasco y el catalán sí lo serán. En Cataluña ya en 1892 habían sido redactadas las propuestas utópicas de una autonomía que por entonces no pasó de especulación teórica, pero que a raíz de la derrota frente a los Estados Unidos, y de la emancipación

cubana, cobraba, súbitamente, una entidad que en breve se mostraría capaz de desplazar el tinglado de los partidos dinásticos de sus raíces caciquiles en el Principado.

En lo que se refiere a los partidos dinásticos, desde el sector conservador se trataba de dar realidad a lo que estaba falseado en un sistema institucional válido, a pesar de todo; era preciso despertar a una ciudadanía aletargada, descentralizar la Administración para desligar los lazos que vinculaban la oligarquía reflejada en las Cámaras de sus bases locales caciquiles. Desde el sector liberal se trataba de emancipar el Estado robusteciéndole como suprema instancia arbitral, frente a los poderes fácticos dominantes: los sectores sociales de una alta burguesía terrateniente o de un empresariado omnipotente; el Ejército, cuya renuncia al "pronunciamiento" se hallaba compensada por una creciente presión intervencionista sobre las claves del poder; la Iglesia, restaurada en sus posiciones y que había llevado a cabo una "repoblación" de congregaciones y órdenes religiosas, pero que mantenía una actitud de rechazo para cuanto había supuesto, desde comienzos del siglo XIX, la revolución liberal en su más amplio sentido⁸⁸.

Pero volvamos a las consecuencias más inmediatas de la crisis de 1898 a través del debate de las responsabilidades. El 20 de febrero de 1899 se inició en el Congreso de los Diputados el debate sobre las responsabilidades de la guerra hispano-norteamericana y las

⁸⁸ SECO SERRANO, La España..., pp. 8-9.

negociaciones de paz. En el Senado dio comienzo en la Legislatura de 1899 y volverá a tratarse de nuevo en la Legislatura de 1901 con motivo del debate de contestación al discurso de la Corona y la vuelta al poder de los liberales.

Lo más característico de estos debates es la insolidaridad que van a mostrar los políticos ante el Desastre. Los ataques apuntaban en tres direcciones. Desde el Partido Conservador recaían todas las responsabilidades sobre el Gobierno liberal. El Partido Liberal responsabilizaba al Ejército a la vez que al Partido Conservador, ya que cuando ellos subieron al poder, en octubre de 1897, ya estaba en marcha la insurrección cubana, que se había iniciado con el Gobierno conservador. Por último, desde el bando republicano todos los ataques iban dirigidos hacia los dos partidos turnantes de la Restauración.

El diputado conservador García Alix inició su discurso afirmando "vengo, en cumplimiento de un deber político, a hacer una severa acusación del Ministerio que se sienta en ese banco"⁸⁹. Todo su discurso giraba en torno a esta afirmación y ponía de manifiesto la opinión del Partido Conservador respecto a las responsabilidades del Desastre de 1898. Desde la oposición conservadora se responsabilizaba al Gobierno liberal de la catástrofe que estaba sufriendo España, de deshacer la nación llevándola a la guerra y de querer acusar al Ejército de ser el causante del Desastre.

⁸⁹ Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados (DSCD). Legislatura (L) 1898. Diario (D) 62, 20-febrero-1899. García Alix, diputado conservador. PP. 1820 y ss.

Afirmaba que el Gobierno liberal no estaba capacitado para seguir gobernando, no tenía soluciones para los problemas de España y abogaba por un nuevo poder para arreglar la situación española. El Partido Conservador acusó al Gobierno de ir a la guerra para evitar una complicación en el interior, un levantamiento carlista, y cuando se quiso dar cuenta estaba inmerso en una guerra para la que no estaba preparado y se encontró con la derrota que llevó a esa gran catástrofe que sufrió el pueblo español. Gobierno que fue a la guerra y que al mismo tiempo buscó la derrota, ya que la Marina española era pequeña y débil y se enfrentaba a una nación poderosa con una Marina totalmente organizada y preparada para una guerra. No contentos con acabar con la Marina también acabaron con el Ejército, ya que ordenaron que en Cuba el Ejército no resistiera, cuando podía haber resistido. El Ejército se limitó a obedecer las órdenes del Gobierno. Por su parte el Gobierno liberal, cuando se dio cuenta de la catástrofe que había producido, responsabilizó del Desastre al Ejército. El Gobierno liberal dio la orden de que no resistiera el Ejército de Cuba porque pensaba que salvaba el resto del Imperio colonial si ponía fin a la guerra, pero al final se perdió también.

Los conservadores atacaron al Gobierno liberal por haber ido a una guerra que de antemano sabía que iba a perder, por eso dejó que los acontecimientos se sucedieran como fuera, ya que no había ningún tipo de plan. Por esto era forzosa la paz, tras sucumbir en Cavite, Cuba, Puerto

Rico y Manila se sucumbió en París⁹⁰.

El Partido Conservador también recibió críticas de parte de los liberales y los republicanos, con respecto a las reformas que no llevó a cabo en Cuba a tiempo y que podían haber evitado el conflicto. Por su parte, el Partido Conservador se defendía afirmando que para ellos la concesión de las reformas a Cuba llevaría a la pérdida de la misma, y pensaban que no se equivocaron ya que se perdieron además Puerto Rico y Filipinas⁹¹.

Para el republicano Salmerón las responsabilidades era compartidas por liberales y conservadores. A los liberales los responsabilizaba por no haber querido contar con el país, por haber querido servir antes a las instituciones monárquicas, por esto España fue precipitada a la guerra, fue vencida de una manera vergonzosa y se le impuso una paz humillante. También acusaba al Partido Conservador afirmando que si la guerra de Cuba no acabó fue por culpa del Gobierno conservador por no llevar a cabo las reformas necesarias en Cuba⁹². También los culpó de saber que sería posible una guerra con Estados Unidos y no hacer nada para prepararla o transmitieron algún elemento clarificador al Gobierno liberal⁹³.

⁹⁰ Diario de Sesiones del Senado (DSS). Legislatura (L) 1899. Diario (D) 13, 15-junio-1899. Domínguez, senador conservador. P. 88.

⁹¹ DSCD. L. 1898. D. 65, 23-febrero-1899. Linares Rivas, diputado conservador. P. 1905.

⁹² DSCD. L. 1898. D. 64, 22-febrero-1899. Salmerón, diputado republicano. P. 1873.

⁹³ Ibidem, pp. 1876-1877.

El también republicano Sol y Ortega incidía en esta opinión afirmando que:

"En este país la responsabilidad de todo lo que ha ocurrido, única y exclusivamente puede imputarse a los Gobiernos que se han sucedido en este banco, porque, aparte de estos Gobiernos, en los negocios de Estado, no han tenido intervención ningún otro organismo político"⁹⁴.

Desde el Gobierno liberal, el Ministro de Marina, Auñón, lo primero que afirmaba era que el Gobierno tuvo siempre en cuenta, en todos sus actos, los intereses de la patria y de la Monarquía, ya que éstos no eran antagónicos. Afirmaba Auñón que ni la Marina ni el Ejército estaban preparados para luchar contra una nación más poderosa, su partido no era responsable ya que subió al poder en octubre de 1897 y la guerra con Estados Unidos comenzó en abril de 1898; en seis meses no podían arreglarlo⁹⁵.

El Ministro de Hacienda, López Puigcerver, decía en defensa del Gobierno liberal, que cuando llegaron al poder ya estaba en guerra Cuba, para intentar pararla llevaron las reformas concediendo la autonomía a Cuba, que iba en el camino del éxito y había abierto el camino hacia la paz, pero ya fue tarde porque sobrevino la guerra con Estados Unidos⁹⁶.

Sagasta, desde la Presidencia del Consejo de Ministros, defendió la actitud del Gobierno ante el

⁹⁴ DSCD. L. 1898. D. 66, 24-febrero-1899. Sol y Ortega, diputado republicano. P. 1935.

⁹⁵ DSCD. L. 1898. D. 62, 20-febrero-1899. Auñón, Ministro de Marina (liberal). PP. 1826-1827.

⁹⁶ DSCD. L. 1898. D. 63, 21-febrero-1899. López Puigcerver, Ministro de Hacienda (liberal). P. 1849.

conflicto con Estados Unidos. Contestando a Salmerón negaba que de la guerra tuviera la culpa el Régimen, para él:

"La guerra vino por una porción de hechos y una porción de fuerzas, cuyo conjunto y cuyo resultado se llama fatalidad; la guerra vino porque no podía menos de venir, la guerra vino porque los Estados Unidos tenían ansia de apoderarse de nuestras posesiones de Ultramar, y España no quería dárselas"⁹⁷.

Sagasta afirmaba que el Gobierno liberal comenzó unas negociaciones con Estados Unidos hasta que recibió un ultimátum para que abandonara Cuba, después se produjo la declaración de la guerra y España lo único que pudo hacer fue actuar de la manera en que lo hizo. Durante la guerra España sufrió distintos desastres, para que éstos no continuasen el Gobierno solicitó la paz en el momento adecuado, ya que si hubiera continuado la guerra hubiera sido la destrucción completa para España. Sagasta admitía que lo que hizo, tanto en la guerra como en la paz, fue para salvar el Régimen. Concluía Sagasta defendiendo la Restauración de los ataques republicanos afirmando que se arregló la Hacienda, se levantó el crédito, empezaron a aumentar las obras públicas, a poner en defensa las plazas y fuertes, a defender las costas en la península y en las colonias. Cuando España se encontraba en esa empresa regeneradora le sorprendieron dos insurrecciones y una guerra colonial con un país poderoso.

El aspecto internacional de la cuestión cubana también fue tratado en este debate sobre las

⁹⁷ DSCD. L. 1898. D. 64, 22-febrero-1899. Práxedes Mateo Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros de España. P. 1878.

responsabilidades del conflicto. Por parte liberal, se volvió a plantear el tan traído y llevado tema de las alianzas de España y la responsabilidad que, desde este punto de vista, cabía a los conservadores al haber mantenido al país en un inconsciente aislamiento internacional bajo la pretensión de mantenerse al margen de los posibles conflictos europeos. Ocurrido el Desastre en 1898, se mezclaron, siempre por parte liberal, dos consideraciones: primero, se había podido comprobar, el desinterés de Europa pero, segundo, este desinterés debería ser entendido como una respuesta lógica a la política de aislamiento practicada por los Gobiernos conservadores y a la preocupación de cada potencia por sus particulares intereses. Los conservadores no aceptaron las críticas que se les hicieron tanto a su actuación como Gobierno en los años inmediatos al estallido de la guerra con los Estados Unidos, como a lo que pasó a definirse política de aislamiento desde el inicio de la Restauración. Para defenderse de estos ataques solían argumentar que lo que los liberales denominaban aislamiento canovista, había sido la única actitud posible y la más razonable teniendo en cuenta la situación europea. Desde su punto de vista, el Gobierno liberal que se formó a la muerte de Cánovas, desde octubre de 1897, fue en gran medida responsable del rompimiento de hostilidades con los Estados Unidos⁹⁸.

Lo último destacable sería citar las palabras de Moret admitiendo sus responsabilidades y las de los

⁹⁸ GARCIA SANZ, Historia de..., pp. 86-92.

liberales cuando afirmaba:

"Yo acepto todas mis responsabilidades, las mías y las de mis amigos. No hay hombre alguno en ese banco (señalando al ministerial) que rehuya ninguna responsabilidad. Yo he afirmado desde el principio que los Gobiernos son responsables de lo bueno y de lo malo, y que la fortuna, como la desgracia, les acompaña"⁹⁹.

La solución para salir del estado en que se encontraba España era terminar con las recriminaciones mutuas y ocuparse de la reconstitución del país, procurando la regeneración en lo administrativo y en lo económico¹⁰⁰.

El Gobierno liberal presentó su dimisión el 1 de marzo de 1899 y se formó el nuevo Gobierno conservador. Bajo la presidencia de Silvela, se formó un Gobierno de concentración conservadora para llevar a cabo la regeneración del país.

Al margen de las responsabilidades personales, el Desastre del 98 debe ser entendido como un punto culminante de la política exterior contemporánea. Como ha señalado Rosario de la Torre¹⁰¹ en 1898 culmina, con todo dramatismo, la crisis final de la política exterior de la España de la Restauración, primero, con el fracaso de toda la orientación seguida hasta entonces, sin que aparezca una alternativa, más tarde, con el desarrollo de un Desastre colonial que dejará pendiente el problema de la búsqueda de una garantía internacional para la vencida Metrópoli y sus islas

⁹⁹ DSCD. L. 1898. D. 66, 24-febrero-1899. Segismundo Moret y Prendergast, diputado liberal. P. 1931.

¹⁰⁰ DSS. L. 1899. D. 13, 15-junio-1899. Domínguez, senador conservador. P. 88.

¹⁰¹ DE LA TORRE, "Entre 1898-1914...", p. 7.

adyacentes. A comienzos de 1898 podía darse como definitivamente fracasada la prolongada línea diplomática cuyo eje principal había sido el principio monárquico sin que la percepción española de la vinculación entre los problemas coloniales se corresponda con un análisis riguroso de las posiciones y tendencias de las grandes potencias.

Cuando estalla la crisis con los Estados Unidos, los presupuestos básicos de esta política seguían mostrando una deficiente percepción de la realidad internacional: se consideraba que los intereses de las grandes potencias europeas podían coincidir con los intereses españoles y que esta coincidencia podía frenar la política agresiva de los Estados Unidos; en particular, se consideraba que los Gobiernos de las grandes potencias actuaría en la dirección deseada ante el temor de que la amplitud del Desastre pudiera favorecer la caída del Régimen español. La estrategia seguida no cambió a lo largo de las distintas fases de la crisis a pesar de su evidente falta de efectividad: en todo momento la diplomacia española buscó favorecer la operatividad de Europa para frenar a América. Sin embargo, el Gobierno español no podía contar con la Triple Alianza para dirigir la acción europea: si todavía existía algo parecido al concierto de Europa, éste estaba dirigido por Inglaterra, y si alguna potencia europea podía frenar a Estados Unidos, esa potencia era Inglaterra. De esta manera, se produjo la paradoja de que, tras veinte años de orientación hacia Alemania, cuando se plantearon los riesgos de 1898, la política exterior española buscó en

Londres, París y San Petersburgo el apoyo diplomático que necesitaba¹⁰².

En cualquier caso, a pesar de todos los esfuerzos desplegados para hacer intervenir, en favor de sus objetivos, a las potencias europeas, la diplomacia española resultaba impotente y no parece que evitase con sus acciones ninguna pérdida que realmente no fuera evitada por la conjunción de los intereses de las grandes potencias, por los límites del propio proceso de redistribución. Alemania se mantuvo dentro de sus compromisos previos con Inglaterra, sin salirse de su negociación simultánea con los Estados Unidos, sin forzar nada que, interesándole, hubiera mejorado el balance español. La Alianza franco-rusa ayudó a España dándole consejos sensatos y facilitando los contactos, pero no dio un solo paso arriesgado en el verano-otoño de la crisis de Fashoda. Inglaterra no entró nunca en el juego que preparó España.

De esta manera, el Desastre de 1898 no sólo no resolvía el problema de la búsqueda de una garantía internacional para consolidar la posición de España, lo convertía en algo más acuciante y dramático al desplazarlo, desde el Caribe y el Pacífico, a la zona del Estrecho de Gibraltar: la contundente derrota militar pondría de manifiesto, ante la comunidad internacional, que España no tenía capacidad para defender, no ya Cuba o Filipinas, sino Baleares, Canarias o Ceuta, territorios que en la coyuntura

¹⁰² DE LA TORRE DEL RIO, Rosario, Inglaterra y España en 1898, Eudema, Madrid, 1988.

de la redistribución colonial que domina durante nuestro 98, aparecen tan codiciados por las grandes potencias como los que efectivamente la derrota obliga a entregar o vender.

Si bien el Gobierno liberal de Sagasta renunció a la garantía de la flota británica para asegurar la defensa de Baleares y Canarias, valorando su coste en satelización, también es verdad que la diplomacia española fue capaz de comprender, en aquel momento, que la existencia de unos intereses españoles en el norte de Marruecos podía ser vista por Londres como un elemento tranquilizador ante una posible ruptura del statu quo marroquí que pudiese dejar el otro lado del Estrecho en condiciones de ser artillado por Francia¹⁰³.

Por su parte, el nuevo Gobierno conservador presidido por Silvela buscará, en el mes de abril de 1899, la garantía exterior de la integridad territorial de la Monarquía española en la formación de un esquema de alianza que, en aquel momento, todavía parecía posible: una alianza continental que agrupase a Francia, Rusia, Alemania y España.

El hecho de que tales propuestas no lograsen concertar otras voluntades, no les resta valor a la hora de considerar la dificultad y el riesgo en los que quedaba la posición internacional de España a la salida de la crisis de 1898 como consecuencia de la confluencia de tres grandes cuestiones: la debilidad española para defender sus posiciones en el eje Baleares-Canarias, la necesidad inglesa

¹⁰³ Ibidem, pp. 162 y ss.

de asegurar el valor creciente de Gibraltar y la apertura de la cuestión de Marruecos¹⁰⁴.

2.3. LA INESTABILIDAD MINISTERIAL POSTERIOR AL 98

Después del Desastre colonial la política española intentó la "regeneración de España", una "regeneración" que incluía colocar a España en una posición internacional respetada y segura. El primer ensayo de regeneración desde la derecha tomó la forma del "polaviejismo". La repentina popularidad del general Polavieja, afortunado en las Filipinas y que se sabía era opuesto a la política cubana del Gobierno, manifestaba la persistencia en la vieja fe en la salvación depositada en el Ejército¹⁰⁵. El intento regeneracionista se vinculaba a la política del Gobierno de la Unión Conservadora (1899-1901), auténtico Gobierno de concentración, con la presidencia de Silvela. En este Gobierno tuvieron cabida los elementos del antiguo Partido Liberal Conservador y se fusionaron con los que llevó Polavieja. Puntos importantes del programa conservador fueron: la organización de la Fuerzas de Mar y Tierra, mejoras de la Hacienda, reformas en la legislación municipal y provincial.

En el tránsito de un siglo a otro se puso a prueba, por primera vez, el nuevo programa de la derecha liberal, basado en la dignificación de las instituciones y

¹⁰⁴ DE LA TORRE, "Entre 1898-1914...", p. 10.

¹⁰⁵ CARR, Raymond, España 1808-1939, Ariel, Barcelona, 1983, p. 457.

en la voluntad descentralizadora (mediante un proyecto de reforma de la Administración local), así como en un inicial intervencionismo en las relaciones entre obrerismo y empresariado (Ley de Accidentes del Trabajo; Ley reguladora del trabajo de mujeres y niños en las fábricas). Ese Gabinete regeneracionista, atendido a urgencias que no figuraban en su ideario, aportó, desde luego, un logro positivo e inaplazable: la liquidación de la Deuda engendrada por la guerra, y algo más difícil aún: el equilibrio presupuestario, obra de Fernández Villaverde. La clave esencial del silvelismo, lo que había sumado adhesiones y entusiasmos a partir de 1892, esto es, la exigencia ética en la aplicación de libertades y derechos constitucionales, y que debía traducirse en una doble acción política (una ley de reforma de la Administración local, de sentido acusadamente descentralizador, y una decidida neutralidad del Gobierno en el proceso electoral) apenas habían tenido efecto práctico¹⁰⁶.

A los tres meses de encontrarse la Unión Conservadora en el poder empezaron las críticas contra Silvela. Desde la oposición decían que Silvela llegó al poder por todas las promesas que hizo, que la gente las creyó porque necesitaba creerlas para salir de la situación en la que se encontraba España, pero que de todas sus promesas no había cumplido ninguna¹⁰⁷.

¹⁰⁶ SECO SERRANO, La España..., pp. 9-11.

¹⁰⁷ DSS. L. 1899. D. 16, 19-junio-1899. Gimeno, senador liberal. P. 166.

En diciembre de 1899 volvía a ponerse en entredicho la labor regeneradora de Silvela, se criticaban sus promesas de una rápida evolución en la vida política, en la administrativa, en lo económico, para que luego todo siguiera como antes del Desastre. Silvela se defendía poniendo de manifiesto que bastante satisfactorio fue lo que hizo el Gobierno en tan poco tiempo teniendo en cuenta el punto de partida, que fue el Desastre del 98¹⁰⁸.

También surgieron dificultades en el seno del Gobierno. Se produjeron diferencias entre Silvela y Villaverde, Ministro de Hacienda, ya que cada uno entendía el regeneracionismo de manera diferente. Para Villaverde la preocupación principal era superar el déficit creado por la derrota. Para Silvela el regeneracionismo era mucho más que la búsqueda del equilibrio presupuestario. Como afirma Seco Serrano "Silvela encarnaba una ambición creadora"¹⁰⁹ donde tenían cabida una amplia gama de reformas, tanto de índole interior como exterior: reorganización de los cuerpos armados, transformaciones administrativas, proyección al exterior.

En relación con el matrimonio de la Princesa de Asturias y un nombramiento militar, precipitaron la crisis en el Gobierno conservador alcanzando a Silvela. Tras un breve epílogo sin horizontes, el Gobierno Azcárraga de octubre de 1900 a marzo de 1901, la Reina Regente tuvo que

¹⁰⁸ DSS. L. 1899. D. 83, 6-diciembre-1899. Francisco Silvela y de le Villeuze, Presidente del Consejo de Ministros de España. P. 1507.

¹⁰⁹ SECO SERRANO, Alfonso XIII..., p.60.

llamar a los liberales¹¹⁰.

Pero antes de ser llamados los liberales al poder, la Reina realizó una consulta sobre la solución de la crisis a distintos miembros de los partidos políticos. Silvela contestó que las mayorías parlamentarias habían expresado repetidamente su voluntad de apoyar a un Gobierno liberal conservador, que manteniendo su disciplina de partido en todas las cuestiones de Gabinete, había logrado dar soluciones a los problemas más graves de Hacienda y a las más difíciles cuestiones de tributación, con un éxito nunca igualado, ratificar tratados y negociaciones diplomáticas notoriamente favorables para España, y emprender con abnegación y espíritu de concordia, reformas en la organización militar y en cuestiones sociales bien recibidas por la opinión, y por último prestar su voto al acuerdo de la Reina sobre el matrimonio de la Princesa de Asturias. Por esto para Silvela nada aconsejaba, ni aun explicaba que prescindiera de esas mayorías y se formara un Gobierno fuera de ellas. Para Silvela, el estado en que el Partido Liberal se encontraba, la precipitación con la que habrían de realizarse unas elecciones generales, el grave riesgo de que extremándose la acción de Gobierno contra una porción considerable de partido, aumentara sus divisiones y mermara su prestigio, eran también poderosos motivos que aconsejaban dilatar su llamamiento por virtud de una iniciativa de la Corona, que no estuviera justificada por necesidad. Por

¹¹⁰ DSCD. L. 1902. D. 34, 21-octubre-1902. Romero Robledo, diputado minoría conservadora. PP. 836-837.

tanto aconsejaba a la Reina que no se apartara del criterio que ofrecían las mayorías parlamentarias y mantuviera en el Gobierno al partido que ellas apoyaban, para que cumplieran sus deberes de formular, discutir y votar con tiempo un presupuesto y las reformas que completaran la obra conservadora^{III}.

En la contestación de Sagasta a la Reina, éste opinaba que si durante algún tiempo, y por razones de patriotismo, se había podido dudar acerca de la conveniencia, para el país, de la continuación en el poder del Partido Conservador, hasta que diera cumplimiento a los compromisos adquiridos, y solución a los problemas legítimos que tenía planteados, ante los repetidos fracasos de todos sus diversos ministerios, ante su manifiesta impotencia para la labor parlamentaria que exigía el despacho de los muchos y graves asuntos pendientes, ante la desconfianza del país, que se consideraba defraudado en sus más legítimas esperanzas y ante las manifestaciones repetidas e inequívocas de la opinión pública, desaparecía toda duda y:

"Se impone el advenimiento al poder del Partido Liberal, como único medio de llevar la pacificación a los espíritus; de integrar a los españoles en sus libertades y derechos, devolviendo inmediatamente a la nación su normalidad constitucional, innecesariamente detentada; y de abordar en fin con la más decidida voluntad todos aquellos problemas económicos, militares, administrativos, jurídicos y sociales, cuya solución, tantas veces ofrecida y nunca cumplida, tiene impaciente y desconfiada la opinión liberal y democrática del país.

Nada de esto lo puede hacer ya el Partido

^{III} Archivo de Palacio Real (APR). Política nacional. Cajón 9/15. Año 1901. Silvela, Jefe del Partido Conservador, a la Reina Regente, María Cristina. Madrid, 27-febrero-1901.

Conservador. Todo esto puede hacerlo el Partido Liberal, y todo esto es necesario hacerlo, hoy antes que mañana, si al fin hemos de conseguir, tan pronto como es de deseo, y de una vez para siempre, asentar sobre la base de la tolerancia y la libertad la paz pública que es el desideratum de los pueblos cultos"¹¹².

Con el fracaso del Gobierno de la Unión Conservadora el Partido Conservador quedó, de momento, escindido entre silvelistas y villaverdistas¹¹³.

En marzo de 1901 Sagasta formó un nuevo Gobierno liberal, en plena marea de los regeneracionismos, le tocaba volver a presidir el Gobierno. Bajo su prudente orientación, los liberales debían hacer un esfuerzo de renovación interna, cuya clave sería la vuelta a los orígenes. El "regeneracionismo" de la izquierda dinástica, la recuperación de su auténtica entidad ideológica, apuntaba al logro de un doble objetivo: hacer efectiva la soberanía nacional y emancipar al Estado de sus "condicionantes" tradicionales. Para Moret el primer objetivo conduciría, a la larga, a una reforma constitucional; pero ese horizonte estaba muy lejos de los puntos de vista de Sagasta, irrenunciablemente vinculado al planteamiento básico de la Restauración. En cambio, tanto para él como para Montero Ríos, la búsqueda de entidad, hallada en las definiciones de 1869, se traducía en una efectiva supremacía del poder civil, y ello implicaba el replanteamiento de las relaciones

¹¹² Ibidem, Sagasta, Jefe del Partido Liberal, a la Reina Regente, María Cristina. Madrid, 28-febrero-1901.

¹¹³ SECO SERRANO, Alfonso XIII..., p.61.

con la Iglesia¹¹⁴.

En mayo de 1902 Silvela, desde la oposición conservadora, criticó la labor de este Gobierno. Comenzó afirmando que el Partido Liberal había prestado grandes servicios en la organización política del país, pero que cuando se encontraba con problemas que exigían represión y severidad, cuando los problemas planteados pedían la energía del Gobierno, cuando había que fortificar el poder público para resolver cuestiones sociales, el Gobierno liberal no contaba con las energías suficientes para resolverlos, por las divisiones existentes en el seno del Partido Liberal. Silvela concluía afirmando que su partido tenía "los medios, los elementos y las fuerzas auxiliares muy preparadas y dispuestas para satisfacer esas necesidades"¹¹⁵. En este momento lo que estaba haciendo Silvela era reclamando el poder para él y para su partido.

El 17 de mayo de 1902, fecha en que don Alfonso cumplía la mayoría de edad legal, dieciséis años, tuvo lugar el capital acontecimiento de su coronación, ceremonia reducida al solemne juramento de la Constitución ante las Cortes. El Rey era un adolescente, casi un niño, pero con inteligencia despierta y cultivada, y un hondo sentido de su dignidad regia. Alfonso XIII no desmintió nunca su españolismo que era trasunto de una fe en su pueblo y una entrega a los destinos que ese mismo pueblo se marcaba a sí mismo, que sólo puede calificarse como intuición y voluntad

¹¹⁴ SECO SERRANO, La España..., p. 12.

¹¹⁵ DSCD. L. 1902. D. 25, 1-mayo-1902. Silvela. P. 631.

sinceramente democráticas. Alfonso XIII, sumamente sensible a la crisis del fin de siglo, no renunciaría nunca a actuar desde el trono como un estímulo del regeneracionismo, titular de una cosoberanía, se mostró siempre abierto desde su ardiente sentido de la patria a las críticas, multiplicadas en el mismo despuntar del siglo, contra la artificiosidad del sistema político español. En buen regeneracionista se esforzaría siempre por tomar contacto con la España real, a sabiendas de que esa España real no podía identificarse más que hasta cierto punto con unos parlamentos prefabricados por los partidos de turno¹¹⁶.

Nació Rey, y quienes presidieron su niñez procuraron inculcarle la más alta idea de la realeza, de sus orígenes y su misión, de sus prerrogativas y de sus obligaciones. Pero muy pronto hubo de conocer otra realidad, la de una Monarquía constitucional, en que su ministerio quedaba reducido a un poder moderador, sujeto a un juramento inicial y sagrado. Todo cuanto se manifestaba como problema en el encapotado horizonte del país se hacía presente a la conciencia del joven Monarca: la postración generalizada tras la derrota de Ultramar, el problema social, el mal estado de las fuerzas armadas y en especial de la escuadra, los incipientes chispazos de un regionalismo secesionista, la corrupción de la Administración local...En superar este cuadro de tensiones o de deficiencias consistía la tarea de un Rey "que se llene de gloria regenerando la patria"¹¹⁷.

¹¹⁶ SECO SERRANO, La España..., pp. 24-25.

¹¹⁷ Ibidem, pp. 25-26.

En este mismo mes de mayo, coincidiendo con la llegada a la mayoría de edad del Monarca Alfonso XIII, se produjo una crisis en el Gobierno liberal. El Gobierno Sagasta dimitió por dos cuestiones: la Iglesia y la banca. Posteriormente la Reina Regente encomendó a Sagasta la formación de un Gobierno de concentración liberal, pero Sagasta reconocerá que "el Gobierno de concentración liberal no era posible bajo mi presidencia"¹¹⁸, y se limitó a la formación de un Ministerio homogéneo del Partido Liberal. El programa político del nuevo Gobierno Sagasta era estrictamente liberal y democrático. Pondría soluciones a los dos problemas que le hicieron dimitir. En cuanto a la banca, el Ministro de Hacienda haría un proyecto de ley sobre la banca estatal que satisfaría a la oposición, y en cuanto a la cuestión eclesiástica, el Gobierno debería llegar a un acuerdo con el Partido Clerical.

Los temas candentes de la vida española estaban sobre el tapete, aguardando soluciones a través de un programa de Gobierno eficaz: el muy espinoso de las congregaciones religiosas, la agitación social, la crisis económica y la cuestión catalanista. De nada serviría, para robustecer la posición de Sagasta, la reorganización ministerial que siguió a la crisis total del 10 de noviembre. Apenas un mes más tarde, el nuevo equipo de Gobierno se vería derrotado en las Cortes. Alfonso XIII

¹¹⁸ DSS. L. 1902. D. 55, 19-noviembre-1902. Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros de España. P. 1045.

llamó a Silvela al poder¹¹⁹.

En diciembre de 1902 fue Silvela el encargado de formar un nuevo Gobierno que se articuló sobre una conjunción de fuerzas con los elementos que capitaneaba Maura, los elementos del Partido Conservador y el prestigio adquirido por Villaverde en su gestión de la Hacienda¹²⁰.

En el caso del Partido Conservador, la crisis de jefatura, abierta en 1897 y resuelta en torno a Silvela, a través de la Unión Conservadora, a comienzos de 1899, se insinuó de nuevo, a consecuencia de la divergencia de criterios políticos entre aquel y Fernández Villaverde. Resulta curioso recordar que durante la difícil etapa de 1899 a 1900 Silvela había mantenido sin vacilaciones, con energía y lealtad absolutas, la obra hacendística de Villaverde, aun a costa de una progresiva desintegración del brillante equipo de Gobierno con que había llegado al poder. Pero una vez despejado el horizonte económico y hacendístico, Silvela no podía seguir limitando su programa político al estricto mantenimiento del equilibrio presupuestario. Había pues, latente en el seno de la agrupación conservadora que volvió al poder a finales de 1902 un fermento de tensiones que no tardaría en desarticular la unanimidad en el Gobierno y en la mayoría parlamentaria¹²¹.

¹¹⁹ SECO SERRANO, La España..., p. 29.

¹²⁰ DSCD. L. 1903. D. 55, 24-octubre-1903. Silvela. P. 1250.

¹²¹ SECO SERRANO, La España..., p. 30.

El nuevo Gobierno reproducía el empeño integrador de 1899. La comunidad de pensamiento era más efectiva entre Maura y Silvela que en el mismo seno del conservadurismo silvelista, no tardó en concretarse la fisura a través de los austeros criterios de Villaverde, que no hay que confundir con una pugna de ambiciones políticas, se trataba, pura y simplemente, de una disparidad en los programas de Gobierno. Para Silvela la nivelación presupuestaria y el fortalecimiento de la Hacienda venían a ser condiciones indispensables para un ambicioso despliegue de realizaciones (en Obras Públicas, en Enseñanza, en Defensa Nacional) no menos indispensables. Para Fernández Villaverde, aquella obra de saneamiento económico era un fin en sí, y por consiguiente, cualquier inversión que tendiese a alterar la estabilidad presupuestaria con tanto esfuerzo conseguida contaría con su tenaz oposición. El acuerdo de Fernández Villaverde y Silvela duró lo que tardó en abordarse en toda su amplitud el programa del Presidente: servicio militar obligatorio sin redención en metálico, reorganización militar con la creación de los Estados Mayores Centrales del Ejército y de la Armada, extensión de la enseñanza primaria y reformas en la Hacienda. El punto central del programa estribaba en la reforma completa y profunda de la Administración local. Pero fueron los proyectos de Sánchez de Toca, la propuesta de llevar a cabo la construcción de una escuadra en el plazo de diez años, los que probablemente decidieron a Villaverde, incluso antes de que las elecciones a Cortes se llevaran a cabo, a presentar la dimisión de su

cargo; el 25 de marzo le reemplazaba Faustino Rodríguez San Pedro. Ya en ese momento, y en su fuero interno, Silvela decidió a su vez, de forma irrevocable, una próxima retirada del poder, que debía ser seguida muy de cerca por el apartamiento de la vida pública¹²².

Villaverde, en junio, fue elegido Presidente del Congreso de los Diputados. Volvieron a centrarse las diferencias entre Silvela y Maura con Villaverde. En el debate del Discurso de la Corona, la intervención de Villaverde fue una réplica exacta a los puntos de vista de Silvela. La crisis de Gobierno no tardó mucho en plantearse¹²³. Silvela dimitió porque la unidad en su Gobierno ya no existía y se encontró con la conjunción deshecha, y él en esas condiciones no se veía capacitado para seguir al frente del Gobierno.

Ante la dimisión de Silvela el Rey Alfonso XIII confió la formación de un nuevo Gabinete a Villaverde. En julio de 1903 formó Gobierno Villaverde y fue el punto más importante de su programa la normalización de la Hacienda. Dentro de su programa tampoco olvidó las necesidades de la defensa nacional en el orden de las fortificaciones y en el orden del material naval. Según sus propias palabras "Nuestra conducta se encerrará en lo siguiente: orden y crédito en la Hacienda; realidad y eficacia en la política;

¹²² Ibidem, pp. 33-35.

¹²³ SECO SERRANO, Alfonso XIII..., p. 62.

justicia y vigor en el Gobierno"¹²⁴. Este Gobierno duró escasos meses, ya que en noviembre se produjo la retirada política de Silvela y el último acto suyo fue nombrar heredero en la jefatura del partido a Maura, lo que provocó la caída de Villaverde.

Seco Serrano da cuenta de como se produjo la caída de Villaverde:

"...Una intervención de Don Antonio (Maura) en el debate "calentado" por los republicanos sirvió a aquel para ratificar su lealtad a Silvela y el dolor por su retirada, pero también la enérgica resolución de acometer y proseguir él la obra que juntos habían iniciado.

...

La ovación que acogió estas palabras podía muy bien interpretarse como un voto de censura a Villaverde: los aplausos acompañaron al orador hasta el pasillo, fuera del hemiciclo; prácticamente el Marqués de Pozo Rubio se había quedado solo en la discusión de los Presupuestos. Y fue el propio Silvela quien puso corolario adecuado a la situación: cuando aún no se había apagado el eco de los aplausos, tomó a Maura por el brazo y adelantándolo hacia la mayoría, exclamó: ``¡Tomadlo! ¡Este es vuestro jefe!''.

Virtualmente, Villaverde podía considerarse derrotado. Pese al compromiso contraído por la mayoría en general -...- de prestarle su apoyo para que los Presupuestos pudieran ser votados dentro del plazo que la Constitución marcaba, ni aún esto le fue posible al ilustre hacendista. La obstrucción cerrada de republicanos y liberales- que seguían empeñados en mirarle como instrumento palatino para "salvar" unas elecciones peligrosas- acabó abocándole a la crisis (5 de diciembre)..."¹²⁵.

En diciembre de 1903 Maura fue el encargado de formar el nuevo Gobierno. El programa que siguió Maura fue una continuación de la obra iniciada en julio, Gobierno

¹²⁴ DSS. L. 1903. D. 53, 21-octubre-1903. Raimundo Fernández Villaverde, Presidente del Consejo de Ministros de España. PP. 983-984.

¹²⁵ SECO SERRANO, La España..., p. 43.

formado por todos los Ministros del Gabinete anterior, excepto uno, y centrándose en la aprobación de presupuestos para 1904¹²⁶.

La dudosa unanimidad de la mayoría conservadora hacía muy problemático el despliegue del programa maurista en su aspecto más "revolucionario". Los villaverdistas se habían comprometido exclusivamente a facilitar la aprobación de los nuevos Presupuestos. En cambio, dos cuestiones muy ajenas al regeneracionismo propiamente dicho (el nombramiento del padre Nozaleda para la sede episcopal de Valencia y el viaje regio a Barcelona) iban a traer complejas consecuencias¹²⁷.

El nombramiento del padre Nozaleda para la diócesis de Valencia tuvo lugar muy poco después de quedar aprobados los Presupuestos. Nozaleda había sido anteriormente Arzobispo de Manila. Pero la opinión de la izquierda le miraba como símbolo de los errores que, en la administración eclesiástica de las antiguas provincias asiáticas, condujeron al Desastre. El encrespamiento de la opinión liberal y de toda la prensa de aquel matiz, se hacía exorbitante en el caso de los periódicos republicanos; pero esto lejos de amilanar a Maura, le enardeció. El prelado, por su parte, prefirió renunciar a su espinosa mitra y retirarse a la paz conventual.

De acuerdo con los criterios y las convicciones de

¹²⁶ DSS. L. 1903. D. 92, 7-diciembre-1903. Antonio Maura Montaner, Presidente del Consejo de Ministros de España. P. 1620.

¹²⁷ SECO SERRANO, La España..., p. 44 y ss.

Maura, la visita regia a Barcelona era una apelación al ciudadano medio, a la opinión desviada o abstenida, implicaba un modo de referéndum popular, puesto que parecía difícil entender como indiscutible mayoría la que venía imponiéndose en las elecciones. Según lo que éstas parecían demostrar, Barcelona era un inexpugnable bastión republicano, revolucionario. Su otra vertiente, la regionalista, no se decantaba por la Monarquía, que tal vez miraba como simple culminación de la "España oficial". La realidad vivida por la ciudad desde el momento mismo en que el joven Rey hizo su aparición en el paseo de Gracia y llevó a cabo un lento recorrido de las principales vías de la ciudad hasta la catedral, hizo inútiles las previsiones temerosas y demostró que por sí solos el prestigio de la Corona y el valor arrogante de Alfonso eran capaces de arrebatarse mayorías mucho más compactas que las que venían repartiéndose las pugnas electorales en la ciudad. Inició Alfonso XIII, el 6 de abril de 1904, sus jornadas catalanas como una experiencia verdaderamente triunfal. La visita había sido un éxito extraordinario para la Monarquía y lo había sido también para Maura.

Pero las razones profundas de la crisis de 1904 seguían girando en torno a un problema de jefatura, y éste a su vez se basaba en una disparidad de programas. Si frente a tal disparidad Silvela no se había sentido suficientemente seguro como para continuar gobernando en 1903, la cuestión volvía a plantearse ahora con caracteres más agudos entre Villaverde y Maura, todavía no aceptado sin reservas por

todos los sectores del partido que se habían mantenido fieles a Silvela. En las Cortes, y tras la breve tregua del verano, Maura se mostró irreductiblemente contrario a los proyectos financieros de Villaverde. El ambiente en las Cámaras estaba enrarecido. La crisis surgió súbitamente. María Cristina se consideraba en deuda con Polavieja desde que Cánovas la obligó en 1897 a desconsiderarle públicamente, y pidió a su hijo Alfonso XIII que le diera la Jefatura del Estado Mayor Central. Constitucionalmente, el Rey podía darla a quien le pareciera, por ser jefe supremo del Ejército; pero ni Linares, Ministro de la Guerra, ni Maura se allanaron al deseo regio. En la crisis de 1904 juegan dos factores decisivos en el ánimo del Rey: la extrema devoción que siempre demostró a su madre y algo que desde el principio quiso dejar a salvo, su independencia de movimientos en la administración militar. Por esto se produjo el enfrentamiento entre el Rey y su Ministro de la Guerra¹²⁸. Maura se apresuró a respaldar a su Ministro, el Rey no se dio por vencido y se produjo la crisis, con la salida de Maura de la Presidencia del Gobierno¹²⁹.

En diciembre de 1904 se formó un breve Gobierno puente dirigido por Azcárraga. El 25 de enero se produjo una nueva crisis, que la planteó la dimisión del Ministro de Marina Cobián seguida al día siguiente de la del Ministro de Guerra Villar por diferir de sus compañeros de Gabinete sobre la oportunidad de ir a las Cortes. El Rey determinó

¹²⁸ Ibidem, pp. 58-59.

¹²⁹ SECO SERRANO, Alfonso XIII..., p. 62.

oír a los presidentes de las cámaras para posteriormente encargar a Villaverde que formara Gobierno¹³⁰. El programa de este Gobierno era el contenido en la siguiente nota oficiosa del primer Consejo de Ministros que celebraron: "su política será la de reconstitución de las fuerzas nacionales,..., y continuación fiel y eficaz de la desarrollada por el Partido Liberal Conservador en sus campañas administrativo y parlamentaria de 1899-1900". También tuvo gran importancia el aspecto económico¹³¹. Una votación parlamentaria, solicitada por los liberales, puso de relieve que Villaverde no contaba con el apoyo de los conservadores. Quedaba definitivamente afirmada la jefatura de Maura.

En 1905, tras el último fracaso de Villaverde, el turno conservador estaba agotado. El turno político pasaba, según el sistema de la Restauración, al Partido Liberal. En el Partido Liberal la crisis de jefatura había quedado planteada a la muerte de Sagasta en 1903. Se convino, como solución provisional, según la tesis de Moret, que se consideraría jefe del partido al que lo fuera del Gobierno¹³². El bienio liberal (1905-1907) osciló entre los Gobiernos de Montero Ríos y Moret, con un breve intermedio confiado a López Domínguez y un epílogo protagonizado por el

¹³⁰ APR. Política nacional. Caja 15.622/5. Años 1904-1906.

¹³¹ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE). Histórico (H). Circulares. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular Nº 2. Madrid, 31-enero-1905.

¹³² SECO SERRANO, Alfonso XIII..., p. 69.

Marqués de la Vega de Armijo. En el turno liberal, la rivalidad personal Montero-Moret jugó en primer plano, rivalidad que se puso de manifiesto con la crisis catalana de 1905.

Montero Ríos fue el encargado de formar el primer Gobierno de este bienio liberal. El nuevo Gabinete no significaba un mero cambio de personas, sino una honda y completa variación de política, una nueva política esencialmente democrática que tenía como líneas generales de conducta las siguientes: gobernar con gran espíritu democrático, haciendo las reformas jurídicas, económicas y políticas que reclamaba la opinión; interpretar las leyes en el sentido más amplio, pero sin que sufrieran el menor quebranto en su esencia; robustecer todos los derechos políticos, sin consentir que se perturbara bajo ningún concepto el orden público¹³³.

El 12 de noviembre se efectuaron las elecciones municipales. Los doce candidatos de la Lliga resultaron elegidos. Estas elecciones de noviembre iban a traer larga cola. La euforia producida por el éxito se desbordó en un sentido extremista e hiriente por parte de determinados órganos de expresión del catalanismo. Marcaron la cota máxima una revista satírica, Cu-cut, y un semanario muy afín a la Lliga, La Veu de Catalunya: ataques a la unidad de España y a sus instituciones representativas (el Rey, el

¹³³ Archivo General de la Administración (AGA). Sección (S) Africa (A). Instrumento De Descripción (IDD) Número (Nº) 17. Fondo histórico de Marruecos. Años 1750-1936. Caja (C) 266. Expediente (E) 2. Información diplomática Nº 12, Madrid, 30-junio-1905.

Ejército, la Marina). Se había celebrado un banquete en el Frontón Central de Barcelona para festejar la victoria electoral: el "banquete de la victoria". Al día siguiente, Cu-cut publicó una caricatura del dibujante Junceda. Dos días después, el 25 de noviembre, entre las nueve y las diez de la noche, unos trescientos oficiales de la guarnición barcelonesa se reunieron en la plaza Real para poner en práctica lo acordado previamente en el café Español. Marcharon primero contra la imprenta donde se tiraba el Cu-cut, hundieron la puerta a hachazos, destrozaron parte del material e hicieron una hoguera con cuanto podía arder. El destrozo se repitió en los locales de la redacción. Después le tocó el turno a La Veu de Catalunya, primero a los locales de la redacción, donde los asaltantes accedieron al interior penetrando por los balcones, luego a la imprenta, si bien aquí no llegó a consumarse el asalto¹³⁴.

La gravedad de estos hechos se superponía a la gravedad del insulto. El propio capitán general de la Región optó por inclinarse del lado de los violentos agresores. Un temblor emocional había sacudido a la opinión española y agrupó, unánime, al estamento militar en apoyo de sus miembros de la guarnición de Barcelona, entre los que no escaseaban los catalanes. En el ardor de aquella reacción destacaron las guarniciones de Madrid y de Sevilla. Reunidos en consejo permanente, los Ministros, presionados por la hostilidad de los cuarteles, que les acusaban de vergonzosa debilidad ante lo sucedido en Barcelona, requirieron del de

¹³⁴ SECO SERRANO, La España..., pp. 68-69.

la Guerra, Weyler, la adopción de medidas enérgicas para imponer calma y disciplina a los militares, y, ante todo, la sustitución de los capitanes generales de Madrid, Barcelona y Sevilla. Weyler compartía el odio común de los militares contra los regionalistas y los revolucionarios. Por ello no intervino en el asunto y se negó a castigar a los responsables¹³⁵.

La actitud del Ejército, proyectándose en la Cámara de los Diputados, decidiría la apertura de la crisis política latente en la rivalidad Montero-Moret. Montero, demasiado tarde, intentó salir por los fueros del poder civil; Moret, por el contrario, se avino a hacerse intérprete de la opinión del Ejército. Dividido en dos el partido, el Rey hubo de inclinarse por el sector moretista, que estaba dispuesto a hacerse eco de la reacción registrada en la milicia. La anécdota barcelonesa de 1905 había venido a reabrir dos dolorosas heridas del 98: la amargura de la secesión ultramarina, amenazando ahora en territorio peninsular; la radical injusticia con que, a la vuelta de las alegres exaltaciones de la víspera, se juzgó la actuación y el sacrificio del Ejército en la guerra antillana y en el enfrentamiento con los norteamericanos. La crisis dejaría, por otra parte, dos huellas en la política española: una, el nacimiento de la Solidaridad Catalana, que agrupó a todos los partidos de la región, y otra, el ahondamiento de las diferencias en el seno del Partido

¹³⁵ Ibidem, pp. 69-70.

Liberal¹³⁶.

Moret, tras recibir el encargo regio de formar nuevo Gobierno, lo constituía en pocas horas, con carácter de amplia conciliación liberal. La cartera más importante en esos momentos, Guerra, correspondió a Luque, el cual se apresuró a hacer público en la prensa cual era su irreductible criterio: inmediata presentación en las Cortes de un proyecto de ley, por virtud del cual, en adelante, quedaran sometidos a la jurisdicción militar cualesquiera delitos contra la patria y el Ejército: ya estaba sobre el tapete la famosa Ley de Jurisdicciones¹³⁷.

La tragedia de la calle Mayor, el atentado contra el Rey el día de su boda el 31 de mayo de 1906, contribuyó a comprometer la pervivencia de la situación liberal. Moret se sentía obligado a plantear la cuestión de confianza al Rey. El 7 de junio reunió Moret el Consejo de Ministros, anunció su propósito de solicitar del Rey el decreto de disolución de las Cortes. Fue esta siempre su gran ambición: hacerse un Parlamento a medida, lo cual podía facilitarle la consagración como jefe del partido y el despliegue de un ambicioso programa renovador, despegándose del que trajo Montero Ríos en 1905. Santamaría de Paredes y García Prieto se manifestaron en contra del Presidente, al que presentaron su dimisión y quedó planteada la crisis total. El Rey ratificó su confianza a Moret. El día 9 quedó reconstituido el Gabinete, era este nuevo Gabinete el que, según el plan

¹³⁶ SECO SERRANO, Alfonso XIII..., pp. 70 y ss.

¹³⁷ SECO SERRANO, La España..., p. 72.

de su presidente, debía llevar a efecto la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevos comicios. Moret dio a conocer el programa que obligó al Rey a desdecirse de su promesa cuando al tropezar con terminante negativa del Rey a otorgarle el anhelado decreto de disolución se vio obligado a plantear la crisis total. Pedía y prometía la libertad de cultos, la modificación del artículo de la Constitución que hacía de la religión católica la oficial del Estado, reformas importantes en el Senado y otras medidas del mismo color. Es decir, no sólo se trataba de una parcial reforma constitucional, sino de una quiebra unilateral del Concordato¹³⁸.

Producida así las crisis (5 de julio), era lógico que la política radical quedase en manos de los radicales del liberalismo. Y eso significó el Gobierno López Domínguez. El radicalismo anticlerical se manifestó desde dos ministerios clave: el de Gracia y Justicia, con una disposición sobre matrimonio civil, y el de la Gobernación, con un proyecto de ley de asociaciones que tenía como propósito impedir el que creciera el número de corporaciones religiosas establecidas en España. El Parlamento tuvo que habérselas, apenas abiertas sus sesiones, con los dos problemas candentes. El programa del Gobierno necesitaba un fuerte respaldo de los liberales. Moret, siguiendo un procedimiento totalmente recusable, hizo llegar al rey una carta en que manifestaba a Alfonso XIII que la mayoría no respaldaba al Gobierno. La lectura de esta carta de Moret,

¹³⁸ Ibidem, pp. 82-83.

hecha por el Monarca a López Domínguez cuando éste acudió a Palacio para el despacho habitual, provocó, como era lógico, la crisis fulminante¹³⁹.

Don Alfonso no halló otra alternativa que devolver el poder al intrigante. Inmediatamente se alzaron todos los sectores de la mayoría liberal contra Moret, en cuanto éste se presentó en el Parlamento, y sobrevino una nueva crisis¹⁴⁰.

Era necesario, sin embargo, dilatar la vida del turno liberal, para llegar, en la fecha precisa, a la aprobación de los Presupuestos. La solución fue un Gobierno Vega de Armijo: un Gobierno puente hacia una próxima e inevitable solución conservadora. Aunque se trató de sacar adelante la Ley de Asociaciones, la cosa resultaba inviable y ponía de relieve una vez más la división de los liberales, para superar la cual fueron inútiles los esfuerzos de Vega de Armijo. Los Presupuestos se votaron finalmente el 31 de diciembre. El Gobierno, cumplida esta misión, muy poco más podía hacer. El día 25 de enero dimitió Vega de Armijo¹⁴¹.

Más aún que en el bienio conservador de 1902-1905, la inestabilidad política de los años que corren de 1905 a 1907 es consecuencia de una evidente crisis de jefatura, complicada por la rivalidad sin grandeza entre los supervivientes del viejo equipo sagastino. Como afirma Seco Serrano las crisis, repetidas y fatigosas, no obedecían

¹³⁹ Ibidem, pp. 86-88.

¹⁴⁰ SECO SERRANO, Alfonso XIII..., p.75.

¹⁴¹ SECO SERRANO, La España..., pp. 88-89.

nunca al capricho o a la arbitrariedad del poder moderador: las decidía, o un problema como el de Cataluña, proyectado sobre las pequeñas divisiones del Parlamento; o el afán de poner en claro, al margen de las intrigas y tensiones en el seno del Partido Liberal, cuál de las actitudes o programas definidos por el "reto exterior" de los problemas reales había logrado agrupar la voluntad mayoritaria. Pero esa voluntad mayoritaria cristalizará solamente en torno a una personalidad rotunda e independiente, la de Canalejas y al cabo de la nueva experiencia conservadora¹⁴².

En enero de 1907, agotadas todas las posibilidades de la situación, Alfonso XIII llamó a los conservadores, en la persona de su jefe, ahora indiscutido, Antonio Maura. Un examen de la situación del país en este comienzo de siglo permitió a Maura señalar los caminos necesarios ante la ausencia de caminos. Trató de llevar a la práctica lo que el grupo gamacista quiso convertir en programa de Gobierno diez años atrás: fomento de la cultura nacional, política de protección a los intereses económicos, restauración de las fuerzas de mar y tierra, reorganización administrativa, hacer efectivos los derechos escritos del ciudadano y establecer la verdad del sufragio. Para Maura había que hacer la revolución desde el Gobierno, porque si no se haría desde abajo y sería desoladora, ineficaz y vergonzosa y probablemente la disolución de la nación española¹⁴³. Bajo el signo de la "revolución desde arriba", proclamada por

¹⁴² SECO SERRANO, Alfonso XIII..., p. 75.

¹⁴³ SECO SERRANO, La España..., pp. 106-107.

Maura en el Parlamento, se inicia la gran experiencia política que pondría a prueba la capacidad de regeneración interna de las bases tradicionales de la Restauración. La Monarquía alfonsina alcanzó en estos años una de sus cotas de popularidad. España volvía a pesar en los convenios internacionales y hallaba lugar todavía en la proyección de Europa sobre el continente africano. Y fue entonces cuando se trazaron y se pusieron en marcha las bases programáticas de las que había de surgir una nueva escuadra, el esfuerzo más completo realizado en este sentido por España durante todo el siglo XX¹⁴⁴.

En política exterior conservadores y liberales coincidían en que, tras la catástrofe sufrida, España precisaba salir del aislamiento que tan fatales consecuencias había producido al país. Tres van a ser los puntos de interés para la política exterior de la España de este período: Hispanoamérica, Africa y Europa.

En lo que se refiere a Hispanoamérica, una vez que se abandonaron las colonias en América, las relaciones con aquellos pueblos mejoraron considerablemente, ya que a España le interesaba mantener buenas relaciones con aquellos. "Los lazos culturales, familiares y económicos se intensificaron desde 1900 además con la corriente de emigración-inmigración"¹⁴⁵.

En cuanto a Africa, una vez que se perdieron los

¹⁴⁴ SECO SERRANO, Alfonso XIII..., pp. 77-78.

¹⁴⁵ MARTINEZ CUADRADO, Miguel, Historia de España alfaquara, tomo VI, La burguesía conservadora 1874-1931, Alianza, Madrid, 1979, p. 525.

territorios españoles en América y en el Pacífico en 1898, España se volvió hacia África. Se pensaba en África "como campo de futura actividad"¹⁴⁶ para resarcirse de los territorios que había perdido.

En lo que respecta a Europa, las relaciones que España buscó con los países europeos, siempre estaban relacionadas con los intereses españoles en Marruecos, ya que la cuestión marroquí acaparaba la actividad de la política exterior para los dos partidos de la Restauración.

Durante el período 1899-1907 el Partido Conservador estuvo en el poder en tres ocasiones (1899-1901; 1902-1905 ; 1907), siendo siete los encargados de dirigir el Ministerio de Estado: Silvela (marzo 1899-abril 1900), Marqués de Aguilar de Campóo (abril 1900-marzo 1901 ; diciembre 1904-enero 1905), Abarzuza (diciembre 1902-julio 1903), Conde de San Bernardo (julio-diciembre 1903), Rodríguez San Pedro (diciembre 1903-diciembre 1904), Villaurrutia (enero-junio 1905), Allendesalazar (1907).

El punto central de la política exterior del Partido Conservador era la cuestión marroquí. La política a seguir en Marruecos quedaba expuesta por Silvela en 1899. Afirmaba que su Gobierno consideraba como los que le habían precedido en el poder, que la política de España en Marruecos tenía dos objetivos constantes: el mantenimiento del statu quo del Imperio y el aumento de la influencia española, y que el primordial interés de España estribaba en que continuaran siendo los marroquíes los vecinos de España,

¹⁴⁶ FIGUEROA, Las responsabilidades..., p. 35.

sin que fueran sustituidos o suplantados especialmente en la costa, por ninguna otra nación. También opinaba que sería muy ventajoso para los intereses de España la consolidación en una inteligencia o pacto internacional del acuerdo tácito referente al statu quo porque alejaría el peligro de una intervención o de un golpe de mano que cualquier nación de Europa pudiera suscitar en momentos en que España se hallaba en las peores condiciones. Entretanto llegaba el momento de hacer algo se imponía la necesidad de continuar como estaban inspirándose en el mantenimiento estricto del statu quo y apoyando siempre las gestiones de los que lo sostuvieran en contra de los que trataran de romperlo en provecho propio o ajeno, procurando para conseguir este fin aprovecharse de las rivalidades y encontradas aspiraciones de las principales potencias que tenían intereses en Marruecos sin ningún espíritu de preferencia¹⁴⁷.

Abarzuza señalaba en 1904: "¡Si nosotros no hemos tenido mas política constantemente que la política del statu quo, sostener el statu quo a todo trance y con todo empeño!"¹⁴⁸. Eso fue lo que procuró el Gobierno conservador y obtuvo la promesa de que no se cambiaría el estado de las cosas sin el consentimiento de España. Abarzuza confiaba en que pudiera seguir manteniéndose el statu quo en Marruecos,

¹⁴⁷ AGA. S.A. IDD Nº 17. Fondo histórico de Marruecos. Años 1750-1936. C. 103. E. 2. Silvela, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado de España, a Emilio de Ojeda y Perpiñán, Ministro de España en Tánger. Madrid, 26-abril-1899.

¹⁴⁸ DSS. L. 1903. D. 163, 11-junio-1904. Buenaventura Abarzuza y Ferrer, Ministro de Estado de España. P. 2886.

ya que las grandes potencias que allí tenían intereses también estaban de acuerdo en seguir la política de abstención y de la no intervención, manteniendo el statu quo.

También era punto importante de la política exterior de los conservadores el mantenimiento de buenas relaciones con aquellas potencias que tenían intereses en Marruecos, que eran Francia e Inglaterra. Ambas potencias eran partidarias del mantenimiento del statu quo "a la cual nos hemos adherido nosotros con entero convencimiento y con absoluta resolución, porque la política del statu quo es la única que puede convenir a España en estos momentos"¹⁴⁹. Queda bien claro que lo que a España le importaba era el mantenimiento del statu quo en Marruecos, pero si se produjera alguna modificación había que contar con España, y así lo van a reconocer los Gobiernos de Francia e Inglaterra.

La cuestión de Marruecos no era puramente de vecindad y de fronteras, sino que también era una cuestión de civilización, una cuestión de grandes intereses comerciales, una cuestión de garantía para multitud de objetos que a las Naciones importan, tendrían que llegar a una inteligencia estas naciones interesadas en Marruecos. Cuando llegara este momento, según la opinión de Rodríguez San Pedro, de llevar a Marruecos la civilización, el progreso y el orden, habrían de tener derecho para intervenir aquellos que por los tratados, antecedentes

¹⁴⁹ DSS. L. 1903. D. 19, 8-junio-1903. Abarzuza. P. 209.

históricos y por los títulos de vecindad estuviesen consignados de derechos, y por todo esto había que contar con España¹⁵⁰. También había que contar con España porque estaba capacitada para llevar a cabo la labor de civilización en Africa, tanto en Marruecos como en cualquier territorio africano; de esta forma llegaría el orden y el progreso a aquellos territorios.

El Gobierno conservador no era partidario de llegar a alianzas de ninguna especie, a no ser de absoluta necesidad para España. España defendía la neutralidad de su territorio en todos aquellos conflictos que no afectasen a los intereses de España. Y así actuó ante el conflicto surgido en Extremo Oriente entre Rusia y Japón, declarando la neutralidad española, porque en el Extremo Oriente "no tenemos verdaderos intereses, y, por tanto no puede afectarnos, mientras allí se mantenga"¹⁵¹.

El Gobierno conservador, con la Presidencia de Silvela, firmó el Tratado de cesión al Imperio alemán de las islas Carolinas, Palaos y Marianas y el Tratado de límites en la costa occidental de Africa, ambos en 1900; con la Presidencia de Azcárraga firmó el Tratado de cesión a los Estados Unidos de las islas de Sibutú y Cagayán de Joló, también en 1900; los Convenios de arbitraje con Francia y Gran Bretaña y el Convenio hispano-francés referente a

¹⁵⁰ DSS. L. 1903. D. 150, 30-marzo-1904. Faustino Rodríguez San Pedro, Ministro de Estado de España. PP. 2683 y ss.

¹⁵¹ DSS. L. 1903. D. 125, 22-febrero-1904. Rodríguez San Pedro. PP. 3285.

Marruecos se firmaron con la Presidencia de Maura, y también con Maura como Presidente del Gobierno se hizo el intercambio de Notas de 1907, en la que España obtuvo la garantía exterior para sus posesiones peninsulares, insulares y africanas.

En dos ocasiones estuvieron en el poder los liberales en el período 1899-1907 (1901-1902 ; 1905-1907), con cuatro Ministros de Estado: Duque de Almodóvar del Río (marzo 1901-diciembre 1902 ; diciembre 1905-junio 1906), Sánchez Román (junio-octubre 1905), Pío Gullón (octubre-diciembre 1905; julio-noviembre 1906), Pérez-Caballero (junio-julio 1906; noviembre 1906-enero 1907).

Los puntos esenciales, en torno a los cuales giraba la política exterior de los liberales, eran los asuntos africanos y las relaciones con las Repúblicas Hispanoamericanas. Dentro del programa del Partido Liberal era de capital interés todo lo que sucediera al otro lado del Mediterráneo. España, por sus antecedentes históricos, por su conexión etnológica, por su compenetración con los que poblaban el Imperio de Marruecos, por su proximidad y vecindad, por sus guerras en aquel continente, por sus tratados, por sus ideas y por toda especie de razones, "no podrá dejar de mirar con atención preferentísima toda alteración en el statu quo del Imperio marroquí"¹⁵², por todos estos derechos que España esgrimía en Marruecos, nunca podía ser marginada en cuantas modificaciones se produjeran

¹⁵² DSS. L. 1903. D. 151, 24-marzo-1904. Pío Gullón e Iglesias, senador liberal. P. 2710.

en el Imperio de Marruecos. La política que más interesaba a España en Marruecos era el mantenimiento del statu quo, todos los esfuerzos de España debían encaminarse a que el statu quo marroquí se mantuviera como estaba. España nunca sería quien voluntariamente alterara este statu quo, ni tampoco provocaría que el Imperio marroquí desapareciese.

En cuanto a la cuestión mediterránea, que tenía principalmente su base en recelos sobre la alteración del statu quo en Marruecos, lo que interesaba a España era que la situación del Mediterráneo continuara como estaba y que siguiera en paz¹⁵³.

Dentro del programa liberal, era de suma importancia el tema de la defensa nacional, después de lo que había pasado España, el Gobierno dotaría a la nación española de los medios necesarios para conservar la inviolabilidad del territorio español. El Gobierno, además, mantendría la neutralidad del territorio español. Al Gobierno liberal le interesaba que España se recuperase después del Desastre sufrido y conseguir que España llegase alguna vez a la resurrección ansiada¹⁵⁴.

Los liberales, con la Presidencia de Sagasta, por su interés en Marruecos, negociaron con Francia en 1902 el reparto en zonas de influencia de Marruecos, si desapareciera el statu quo, pero no llegó a firmarse.

Con objeto de precisar todavía más la

¹⁵³ DSS. L. 1901. D. 32, 18-julio-1901. Juan Manuel Sánchez Romate y Gutiérrez de Castro, Duque de Almodóvar del Río, Ministro de Estado de España. P. 449.

¹⁵⁴ DSS. L. 1903. D. 151, 24-marzo-1904. Gullón. P. 2711.

discontinuidad ministerial que acompaña a la crisis del Estado de la Restauración y que tuvo que condicionar el diseño y la ejecución de la política exterior española entre 1898 y 1907, podemos establecer la cronología de los "turnos" conservadores y liberales, así como la duración de los distintos Gobiernos y de la permanencia de los distintos Ministros de Estado.

TURNO CONSERVADOR MARZO 1899 - MARZO 1901

PRESIDENTES DEL GOBIERNO

- Francisco Silvela y de Le Vielleuze, marzo 1899-octubre 1900.

MINISTROS DE ESTADO

- Silvela, marzo 1899-abril 1900.
- Ventura García-Sancho e Ibarondo, Marqués de Aguilar de Campóo, abril-octubre 1900.
- Marcelo de Azcárraga, octubre 1900-marzo 1901.

MINISTRO DE ESTADO

- Marqués de Aguilar de Campóo, octubre 1900-marzo 1901.

TURNO LIBERAL MARZO 1901 - DICIEMBRE 1902

PRESIDENTE DEL GOBIERNO

- Práxedes Mateo Sagasta, marzo 1901-diciembre 1902.

MINISTRO DE ESTADO

- Juan Manuel Sánchez y Gutiérrez de Castro, Duque de Almodóvar del Río, marzo 1901-diciembre 1902.

TURNO CONSERVADOR DICIEMBRE 1902 - JUNIO 1905**PRESIDENTES DEL GOBIERNO**

- Silvela, diciembre 1902-julio 1903.

MINISTRO DE ESTADO

- Buenaventura Abarzuza y Ferrer, diciembre 1902-julio 1903.
- Raimundo Fernández Villaverde, julio-diciembre 1903.

MINISTRO DE ESTADO

- Manuel Mariátegui y Vinyals, Conde de San Bernardo, julio-diciembre 1903.
- Antonio Maura Montaner, diciembre 1903-diciembre 1904.

MINISTRO DE ESTADO

- Faustino Rodríguez San Pedro, diciembre 1903-diciembre 1904.
- Azcárraga, diciembre 1904-enero 1905.

MINISTRO DE ESTADO

- Marqués de Aguilar de Campóo, diciembre 1904-enero 1905.
- Villaverde, enero-junio 1905.

MINISTRO DE ESTADO

- Wenceslao Ramírez de Villaurreutia y Villaurreutia
enero-junio 1905.

TURNO LIBERAL JUNIO 1905 - ENERO 1907**PRESIDENTES DEL GOBIERNO**

- Eugenio Montero Ríos, junio-noviembre 1905.

MINISTROS DE ESTADO

- Felipe Sánchez Román, junio-octubre 1905.
- Pío Gullón e Iglesias, octubre-noviembre 1905.
- Segismundo Moret Prendergast, noviembre 1905-julio 1906.

MINISTROS DE ESTADO

- Gullón, noviembre-diciembre 1905.
- Duque de Almodóvar del Río, diciembre 1905-junio 1906.
- Juan Pérez-Caballero y Ferrer, junio-julio 1906.
- José López Domínguez, julio-noviembre 1906.

MINISTRO DE ESTADO

- Gullón, julio-noviembre 1906.
- Moret, noviembre-diciembre 1906.

MINISTRO DE ESTADO

- Pérez-Caballero, noviembre-diciembre 1906.
- Antonio Aguilar y Correa, Marqués de la Vega de Armijo, diciembre 1906-enero 1907.

MINISTRO DE ESTADO

- Pérez-Caballero, diciembre 1906-enero 1907.

TURNO CONSERVADOR 1907

PRESIDENTE DEL GOBIERNO

- Maura, 1907.

MINISTRO DE ESTADO

- Manuel Allendesalazar y Muñoz de Salazar, 1907.

A pesar de la inestabilidad ministerial que evidencia el cuadro anterior, de algunas declaraciones de responsables políticos se deriva una cierta unidad de criterios sobre política exterior por parte de los dos partidos turnantes, lo que permite suponer una continuidad de la acción exterior del Estado sobre la base de la búsqueda de la "regeneración exterior de España".

**CAPITULO SEGUNDO: BUSCANDO UNA NUEVA POSICION: LIQUIDACION
EN EL PACIFICO Y AFIANZAMIENTO EN AFRICA**

CAPITULO SEGUNDO:BUSCANDO UNA NUEVA POSICION: LIQUIDACION EN EL PACIFICO Y AFIANZAMIENTO EN AFRICA

1. ACTA FINAL DE LA CONFERENCIA DE LA HAYA DE 29 DE JULIO DE 1899 Y CONVENIOS DE ARBITRAJE CON FRANCIA Y GRAN BRETAÑA

La presentación en orden cronológico de los tratados internacionales que negocia y firma España entre el Tratado de París de 1898 y los Acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907, obliga a empezar este capítulo sobre los primeros intentos españoles para salir de la crisis de 1898 -buscando una nueva posición internacional- con el estudio del Acta Final de la Conferencia de La Haya de 1899 y con algunas referencias a sus consecuencias directas, la firma por parte de España de sendos Convenios de arbitraje con Francia e Inglaterra. Es decir, la España que había sido víctima de ideas y procedimientos internacionales endurecidos por las necesidades de la redistribución colonial, se encontró en medio de la puesta en marcha de un proceso histórico que alumbró ideas y procedimientos internacionales que formarán parte de lo mejor que ha producido el siglo XX, aunque ese proceso quede muy lejos de las necesidades perentorias de unos dirigentes que actuaban en aquella coyuntura con la mentalidad del que está convencido de que la única manera de evitar que te repartan es formar parte del club de los que reparten a otros.

La idea de resolver conflictos internacionales por

medio de terceras partes desinteresadas, que solucionen el conflicto sobre la base del Derecho y la Justicia, como alternativa a la búsqueda de solución para la disputa a través de la Violencia, una vez fracasada la Diplomacia, es una aspiración profundamente arraigada en el espíritu de la Humanidad. Sin embargo la sociedad internacional tendrá que recorrer un largo y penoso camino hasta encontrar la senda que conduce a la institucionalización de los procedimientos jurisdiccionales de arbitraje¹⁵⁵.

La necesidad de articular un cierto orden en la sociedad de Estados nacionales y Soberanos, iguales en Derecho, desiguales en poder y celosos de su independencia, que se desarrolla tras las revoluciones norteamericana de 1776 y francesa de 1789, explica la acción de Gobierno que asumieron las grandes potencias europeas y que se expresó en el sistema del concierto europeo: un sistema de consultas entre las grandes potencias en la que se abordaban los problemas políticos que la diplomacia bilateral ya no podía resolver. Con todas sus limitaciones, el concierto europeo, antecedente histórico de experiencias posteriores como el Consejo de la Sociedad de Naciones y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, contribuyó a poner de manifiesto las posibilidades de la diplomacia multilateral y del tratamiento colectivo de las crisis internacionales así como a la toma de conciencia de la necesidad de la cooperación en ámbitos económicos, sociales y técnicos.

¹⁵⁵ CARRILLO SALCEDO, Juan Antonio, El derecho internacional en perspectiva histórica, Tecnos, Madrid, 1991.

Pero la preocupación por la organización de la paz no sólo se expresó en los planos de la concertación política y de la cooperación técnica, sino también en la toma de conciencia de la necesidad de regular la paz. Las Conferencias celebradas en La Haya en 1899 y 1907 son la mejor expresión de esta preocupación. La primera Conferencia fue convocada por el Zar Nicolás II mediante dos circulares en las que señalaba los temas a discutir: desarme y solución pacífica de los conflictos internacionales; de ahí que el objetivo primordial de la primera Conferencia fuera asegurar la paz mediante una progresiva reducción de los armamentos. La segunda Conferencia, aunque convocada igualmente por el Zar, fue previamente preparada por el movimiento pacifista norteamericano; la convocatoria insistía en los problemas de justicia internacional y de codificación de las leyes de guerra y neutralidad, poniendo menos énfasis en la cuestión del desarme a la vista del fracaso de la primera Conferencia.

En lo que respecta al arreglo pacífico de las controversias, los Estados participantes en las Conferencias de La Haya no podían ignorar ni que el recurso a la guerra era, según el Derecho Internacional de la época, una competencia discrecional de los Estados Soberanos, ni que las grandes potencias del momento tenían una actitud rotundamente hostil hacia las soluciones arbitrales. Pero dentro de estos límites, las Conferencias de 1898 y 1907 adoptaron sendas Convenciones para el arreglo pacífico de las controversias internacionales en las que se regulaba el

recurso a terceros, bien a través de procedimientos políticos (los buenos oficios, la mediación y las comisiones internacionales de investigación), bien a través del recurso al arbitraje.

Los Estados se reunirán en comunidad de acción para resolver las grandes cuestiones internacionales en congresos y conferencias. Los congresos y las conferencias son las reuniones de Soberanos o plenipotenciarios de varias potencias para tratar en común asuntos de general interés para todas ellas. Difícil es precisar las diferencias que separan ambas clases de reuniones internacionales, en las conferencias se trata generalmente sólo de cuestiones aisladas, no de resolver a la vez varios importantes litigios internacionales. Puede cualquier potencia en el asunto interesada convocar a las demás naciones para la reunión de un congreso o conferencia, regularmente en la nota de invitación se indican los puntos que han de tratarse y en general el modo de verlos del que las convoca¹⁵⁶.

Tan pronto como se origina cualquier dificultad acerca de la apreciación de sus derechos respectivos entre dos Estados independientes, deben entenderse por medio de negociaciones diplomáticas. Entonces si proceden con buena fe, con la imparcialidad de los terceros Estados y con la consideración de que la guerra es un mal terrible al que únicamente deben exponerse las naciones independientes en los casos que peligre su existencia o dignidad, llevará unas

¹⁵⁶ DALMAU Y DE OLIVART, Ramón (Marqués del Olivart), Tratado y notas de Derecho Internacional Público, Imprenta barcelonesa, Barcelona, 1887-1890, pp. 407-408.

veces a reconocer la justicia de las reclamaciones del contrario y otras a sufrir con resignación y con las debidas protestas los atropellos del poderoso. Una transacción digna, un arreglo amistoso, o una renuncia expresa son los mejores medios para resolver las cuestiones internacionales. Pero cuando las naciones no pueden arreglarse directamente acuden a los demás compañeros de la sociedad internacional para que concierten sus voluntades. Así los terceros Estados prestan su ayuda con los consejos de un imparcial criterio a los países enfrentados, evitando que se produzca una guerra, cuyas consecuencias habrían de sufrir en mayor o menor escala todas las naciones. Una de las formas de intervención son los buenos oficios, palabra con la que se designa el uso que de su influencia con ambos contendientes hacen los Gobiernos neutrales para encaminar la discusión a mejor término y hasta proponiéndoles una solución a ambos provechosa. Cuando la iniciativa de la tercera potencia es manifiesta y recibe el encargo expreso de los contrincantes de proponerles bases para el arreglo del asunto, es cuando tiene lugar la verdadera y formal mediación. Pueden ser únicamente mediadores los Estados Soberanos, y objeto de ella cualquier diferencia entre dos naciones. Debe el mediador cumplir con lealtad el encargo que se le ha hecho, decidiendo con equidad el punto litigioso. De este modo responderá a la confianza que ambas partes han demostrado al elegirlo. Tiene derecho por otra parte a que las negociaciones se hagan por su conducto y a tomar parte en el tratado que al efecto se firme entre los dos Estados que han

aceptado su propuesta. Si estos no quieren hacerlo así, ha cumplido el mediador dando a conocer a los interesados su decisión, pero no tiene facultades para imponérsela a ninguno de ellos por la fuerza, su misión es de paz y no de guerra. La propuesta del mediador no alcanza fuerza de obligar sino desde el momento que en un tratado o convención la han aceptado y hecho suya los Estados interesados¹⁵⁷.

El arbitraje era una institución prácticamente olvidada que durante la segunda parte del siglo XIX había ido cobrando un gran impulso con la práctica internacional. La contribución de esa positiva experiencia fue decisiva para fortalecer una práctica cuyos principales rasgos jurídicos quedaron codificados en las Convenciones de 1898 y 1907: el arbitraje internacional tendrá por objeto arreglar los litigios entre los Estados mediante jueces por ellos elegidos y sobre la base del respeto al derecho; el convenio de arbitraje implicará el compromiso de someterse de buena fe a la sentencia arbitral.

Las Conferencias de La Haya remozaron la institución de la justicia arbitral y crearon un pomposamente llamado Tribunal Permanente de Arbitraje, que no era más que una lista de personas competentes que los Estados podían llamar si decidían someter alguna cuestión a arbitraje, una secretaría permanente y un procedimiento preestablecido. Pero las Conferencias no lograron establecer la obligación de los Estados de recurrir al arbitraje a pesar de que, tanto en 1898 como en 1907, la mayoría de los

¹⁵⁷ DALMAU, Tratado y notas..., tomo II, pp. 2-3.

Estados participantes en las Conferencias de La Haya se mostró partidaria del sistema.

Conviene tener en cuenta que las Conferencias de La Haya contribuyeron a que se fuera esbozando una nueva aspiración: la de organizar la paz sobre bases permanentes e institucionalizadas. Cuando en 1907 se decidió convocar una nueva Conferencia de la paz, cuya celebración no fue posible por el estallido de la Primera Guerra Mundial, una idea había quedado arraigada: la de convocar en el futuro las Conferencias de la paz de manera periódica. La convicción, paulatinamente afirmada y consolidada, de que la coexistencia de los Estados no podía quedar fundada exclusivamente en la solución de problemas concretos y aislados, seguiría trabajando a favor de la idea de que la construcción de la paz exigía una organización política permanente de Estados.

Cuando en agosto de 1898 Nicolás II se decidió a dar los primeros pasos, las circunstancias no podían ser menos favorables. Existía una gran tensión internacional provocada por la fuerza expansiva de las grandes potencias y un temor generalizado de que se produjese un conflicto: la guerra hispano-norteamericana y el enfrentamiento anglo-francés en el Sudán son ejemplos reveladores tanto de la situación como de las relaciones de fuerza dominantes.

El escepticismo, que casi sin excepciones reflejó la prensa europea, era un simple reflejo del escaso entusiasmo e incluso la perplejidad que sentían los Gobiernos invitados a participar. Alemania, Gran Bretaña e

Italia en un principio no estaban muy conformes con participar en esta Conferencia, en Francia la opinión estaba dividida, sólo Suiza y Holanda, que ofreció después su capital como sede, demostraron su apoyo sin reservas. Pero después de la segunda circular del Conde de Mouravieff y de la mediación de la Reina Guillermina nadie se opuso formalmente a la reunión, que empezó a recibir adhesiones de individuos y asociaciones diversas y apoyos claros por parte de algunos Estados. El programa previsto fue muy ambicioso. Trataba, en primer lugar, de limitar los gastos de guerra y de armamento. Buscaba también poner en vigor el recurso de arbitraje como la forma más eficaz de evitar los enfrentamientos entre los Estados. Antes de empezar ya se sabía que el primer punto, que contaba con la oposición de las grandes potencias, no obtendría resultados prácticos.

En un ambiente de frialdad y de escasa apertura informativa, la Conferencia se reunió en La Haya entre el 18 de mayo y el 29 de julio de 1899. Acudieron 20 países europeos y seis que no lo eran: Estados Unidos, México, China, Japón, Siam y Persia. Significativamente, se acordó que las delegaciones de cada país estuvieran formadas no sólo por diplomáticos y juristas, sino también por militares en activo, en calidad de expertos¹⁵⁸.

La Conferencia designó como presidente al representante ruso Staal, embajador del Zar en Londres, en señal de deferencia. Se dividió en tres secciones, dirigidas respectivamente por el Conde Münster, embajador de Alemania

¹⁵⁸ LOPEZ CORDON, "España en...", pp. 711-712.

en París, el Duque de Tetuán, jefe de la delegación española y el delegado francés Bourgeois, y, en un ambiente de creciente sigilo, empezó a trabajar. Las grandes potencias se negaron a tratar del tema del desarme y sólo aceptaron acatar el arbitraje en aquellas cuestiones que no afectaran al honor ni a los intereses vitales. Pero se llegó a la firma de un Acta Final en la que se recogían tres convenciones, y tres declaraciones concernientes a la prohibición de ciertas armas de guerra. Unas y otras figuraban en actas separadas y no podían ser firmadas hasta el 31 de diciembre de 1899. Lo hicieron de forma completa sólo 13 países. Los demás o bien no las ratificaron o aceptaron con reservas algunos de sus compromisos.

Sin embargo, tal y como se preveía, en el tema de arbitraje se alcanzaron resultados más positivos y se constituyó un Tribunal Permanente al que someter las disputas de carácter jurídico que surgieran entre los Estados. Aunque su organización estaba aún lejos de responder a las exigencias de una verdadera jurisdicción internacional, y no tenía ni sesiones regulares ni jueces fijos, ya que los Estados tenían la facultad de nombrarlos para cada caso, demostró su validez para resolver ciertas cuestiones¹⁵⁹.

No debe ignorarse el papel, aunque fuera secundario, que como Estado jugó España en la Conferencia internacional de La Haya que se organizó para intentar una autolimitación de la fuerza y el establecimiento de unas

¹⁵⁹ Ibidem, p. 713.

ciertas garantías de seguridad. La apertura exterior obligaba a enfrentarse con los problemas y a tomar posiciones, y esto era especialmente importante para una potencia como España que se debatía entre el aislamiento, manifestado dramáticamente en su desmantelamiento territorial, y la inseguridad más absoluta ante el nuevo orden internacional en el que debía integrarse.

España, como el resto de los países europeos, fue formalmente invitada a la reunión de La Haya y envió allí sus representantes. Las circunstancias en que se hallaba inmersa no podían ser más dramáticas. Precisamente cuando se produce la iniciativa del Zar acababa de firmar con los Estados Unidos el Protocolo de suspensión de hostilidades, y pocos meses más tarde, en octubre de 1898, se reuniría en París la comisión encargada de discutir y concertar el Tratado definitivo de paz que se firmó el 10 de diciembre. Entre estas fechas y el 7 de noviembre de 1900 en que se cedieron los últimos archipiélagos se vivía en total incertidumbre acerca de las proporciones del Desastre y en el constante temor de que prosiguiera la desintegración territorial y afectara a las Baleares y, sobre todo, a las Canarias y a las plazas africanas.

Los preparativos para la Conferencia de La Haya se movieron entre dos coordenadas: el escepticismo más grande ante la cooperación internacional, que como se había comprobado, beneficiaba siempre al fuerte, y la necesidad de buscar una garantía que cerrara definitivamente la cuestión española.

Aceptada por el Gobierno español la invitación holandesa, la cuestión se centró en el nombramiento de la delegación que deberían acudir a La Haya. Se decidió enviar a Wenceslao Ramírez de Villaaurutia y Arturo Baguer, Ministros Plenipotenciarios en Bruselas y los Países Bajos. Como Presidente fue designado Carlos O'Donnell, Duque de Tetuán, Senador vitalicio y ex Ministro de Estado, y como delegado adjunto, experto en cuestiones militares el Conde de Serrallo, agregado militar de la legación de Bruselas. Aunque en teoría la categoría diplomática y política de estas personas fue similar a la de las representaciones de otros países, su peso específico, como el que correspondió a los delegados de las potencias de segundo y tercer orden, fue mucho menor. España no envió ningún experto en Derecho Internacional, prueba más que evidente de la escasa importancia que daba a las cuestiones teóricas y que su interés en La Haya radicaba en la seguridad. Más incomprensible todavía que esta ausencia de juristas fueron las escasas instrucciones que nuestros representantes recibieron. En estas condiciones, su papel fue poco brillante. En realidad no podía ser de otro modo. El aislamiento español se hizo evidente y la esperanza de lograr alguna compensación, al menos moral, quedaron frustradas¹⁶⁰.

España suscribió los Acuerdos que fueron publicados en la Gaceta el 22 de noviembre de 1900. Fue uno de los 13 países que lo hicieron de forma completa, y en

¹⁶⁰ Ibidem, p. 715.

cumplimiento con lo allí establecido nombró sus cuatro representantes para el Tribunal Permanente de Arbitraje. Estos, desde julio de 1901, fueron el Duque de Tetuán, Raimundo Fernández Villaverde, Bienvenido Oliver y Manuel Torres Campos¹⁶¹.

En la presencia española en la Conferencia de La Haya se puede destacar la pasividad del Gobierno, que aceptó la invitación más por cuestiones de prestigio y conveniencia que por convencimiento, y que desconocía el fondo de las discusiones, polarizándose en las cuestiones técnicas. Tampoco existía, más que en círculos muy limitados, un verdadero interés por el tema de la paz o por las grandes cuestiones del arbitraje y el desarme, quizá como consecuencia de que los movimientos pacifistas estaban poco organizados y, en general, la desconfianza ante los resultados de la Conferencia era total. En 1899, el Gobierno y los españoles estaban obsesionados por el problema de la garantía. Adoptaban una actitud defensiva y se sentían aislados, y, sobre todo, en peligro. Europa estaba muy lejos, y era más una necesidad que un deseo¹⁶².

En España la prensa se ocupó de los resultados de la Conferencia. Para el periódico conservador La Epoca lo obtenido en la Conferencia representaba un adelanto, ya que se habían encontrado soluciones favorables para cuestiones concretas, lo que tendía a facilitar y organizar el arbitraje como medio para dirimir las contiendas entre las

¹⁶¹ Ibidem, pp. 715-716.

¹⁶² Ibidem, pp. 755-756.

naciones¹⁶³. Para El Correo, periódico de tendencia liberal, tan general había sido la impresión de que la Conferencia sería un fracaso, que los resultados obtenidos, con no ser de importancia apenas, respecto de los dos fines principales atribuidos a la Conferencia, o sea, reducir los armamentos y disminuir las probabilidades de conflictos armados entre las naciones, habían sido recibidos con general aplauso. Para El Correo, en el punto de los armamentos, no se pasó de una declaración platónica, y en cuanto al arbitraje y la mediación el resultado fue también bastante mediano¹⁶⁴.

España respetó los compromisos adquiridos en la Conferencia de La Haya y suscribió Convenios generales de arbitraje con varios países, obligándose, por lo tanto, a resolver por la vía arbitral las controversias que pudieran surgir. Significativamente hasta 1904 en que se firmaron con Francia e Inglaterra estos Acuerdos sólo se dieron con países hispanoamericanos. El Gobierno español firmó, en febrero de 1904, con Francia y Gran Bretaña sendos Convenios de arbitraje. Anteriormente ambos países habían firmado ya un Convenio de arbitraje entre ellos y España quería también llegar a formalizar Convenios de arbitraje con estos países.

La máxima preocupación del Gobierno español era que el texto de los Convenios que Gran Bretaña y Francia firmaran con España fuera el mismo que el del Convenio de estos países, y así sucedió.

El Convenio de arbitraje con Francia fue hecho en

¹⁶³ La Epoca, 31-julio-1899.

¹⁶⁴ El Correo, 29-julio-1899.

París el 26 de febrero de 1904, por el Ministro de Negocios Extranjeros francés, Delcassé, y el embajador español en París, León y Castillo. El Convenio fue debidamente ratificado y las ratificaciones canjeadas en París el 20 de abril de 1904.

Un día después de firmar el Acuerdo con Francia, el 27 de febrero de 1904, fue hecho el Convenio de arbitraje con Gran Bretaña, en Londres, por el Secretario de Estado para el Foreign Office, Lord Lansdowne, y el embajador español en Londres, Duque de Mandas. El Convenio fue debidamente ratificado y las ratificaciones canjeadas en Londres el 16 de marzo de 1904.

El contenido de ambos Convenios de arbitraje es idéntico y consta de tres artículos. Por el artículo primero, los países firmantes de este Convenio, si surgieran diferencias de índole jurídica o relativas a la interpretación de los tratados existentes entre las dos partes contratantes, serían sometidas al Tribunal Permanente de Arbitraje, constituido en La Haya por el Convenio de 29 de julio de 1899, siempre que estas diferencias "no afectasen a los intereses vitales, la independencia o el honor de los Estados Contratantes y que no conciernan a los intereses de terceras potencias"¹⁶⁵.

El artículo segundo se refiere a que en cada caso los dos países firmarán, antes de dirigirse al Tribunal Permanente de Arbitraje:

¹⁶⁵ AMAE. Serie Tratados (T). Cajas N^o 33, Convenio de arbitraje con Francia y N^o 34, Convenio de arbitraje con Gran Bretaña.

"Un compromiso especial que determinará claramente el objeto del litigio, extensión de los poderes de los árbitros y los plazos que deban observarse en lo que concierne a la constitución del Tribunal de Arbitraje y el procedimiento que deba seguirse"¹⁶⁶.

En el artículo tercero queda especificada la duración del Convenio que será de cinco años, desde el día de la firma.

En el Senado español el día 29 de febrero ya se tenía conocimiento de los Convenios de arbitraje. El Conde de Casa-Valencia sabía que León y Castillo, embajador español en París, había firmado un Convenio de Arbitraje con Francia, análogo al que ésta había firmado con Gran Bretaña, y va a solicitar al Ministro de Estado que cuando fuera ratificado se publicara como Apéndice al Diario de Sesiones, ya que consideraba este Tratado de suma importancia y utilidad.

El Ministro de Estado conservador, Rodríguez San Pedro, aclaró que también firmó un Convenio de arbitraje el embajador español en Londres, Duque de Mandas, con Inglaterra. Con la firma de estos Convenios se ponía de manifiesto, como afirmó Rodríguez San Pedro, "la perfecta cordialidad de relaciones en que España se encuentra por igual con Francia y con Inglaterra, (...), puesto que, afortunadamente, con ellas nos encontramos en estrechas relaciones de amistad"¹⁶⁷. La Epoca coincidía totalmente con Rodríguez San Pedro, ya que estos Convenios de arbitraje

¹⁶⁶ AMAE. Serie Tratados. Cajas N° 33 y N° 34.

¹⁶⁷ DSS. L. 1903. D. 131, 29-febrero-1904. Rodríguez San Pedro. PP. 2440-2441.

debían contribuir a afianzar las cordiales relaciones de amistad que España mantenía con ambos países¹⁶⁸.

El que se llegaran a firmar estos Convenios con Francia e Inglaterra era muy importante para España, ya que estos dos países estaban entendiéndose y solucionando todos los problemas que anteriormente tenían, y a España lo que le interesaba era estar bien con estas dos potencias. Por último, el valor positivo de estos Convenios era que alejaban todo motivo de contienda que pudiese perjudicar el trabajo de reconstrucción que estaba llevando a cabo España¹⁶⁹.

2. CESION AL IMPERIO ALEMAN DE LAS ISLAS CAROLINAS, PALAOS Y MARIANAS. MADRID, 30 DE JUNIO DE 1899

Los años 1898 y 1899 fueron críticos para la colonia española de estas islas por la conjunción de varios factores internos y externos. En Ponape, isla del archipiélago de las Carolinas, se produjo un enfrentamiento generalizado entre los indígenas, que dividió la isla entre católicos y metodistas. Los españoles se vieron obligados a respaldar el bando inspirado por los capuchinos.

Esta situación se vio agravada por la declaración de guerra entre España y los Estados Unidos, ya que estas islas quedarían aisladas de la Península. Finalmente, el

¹⁶⁸ La Epoca, 28-febrero-1904.

¹⁶⁹ DSS. L. 1903. D. 150, 23-marzo-1904. Rodríguez San Pedro. PP. 2687-2688.

desenlace de la guerra afectó definitivamente a las dependencias de la Micronesia y significó el desmantelamiento de todo el sistema español en el Pacífico. Aunque estas islas no entraban dentro de los territorios cuestionados en la contienda, formaron parte de las posesiones españolas que las grandes potencias se repartieron en el proceso de redistribución colonial iniciado tras la victoria de los Estados Unidos. La suma de esta serie de factores provocó que las islas Carolinas, Palaos y Marianas dejaran de ser colonias españolas y fueran vendidas a Alemania¹⁷⁰.

El primer problema que se planteó en estos críticos años fue la insurrección de la isla de Ponape, en marzo de 1898, donde se produjo un enfrentamiento entre los indígenas católicos y metodistas. El Gobierno de la colonia se vio implicado en un conflicto no deseado, ni buscado, pero en el que tuvo que ayudar a los naturales católicos, que contaban con el respaldo de los capuchinos. Al conocer por barcos alemanes que la paz había sido firmada entre España y los Estados Unidos se envió desde Yap, isla del archipiélago de las Carolinas, el cañonero "Villalobos" para que colaborara con el sofocamiento de la rebelión. Los naturales rebeldes al ver el cañonero se pronunciaron en el sentido de no hacer hostilidad alguna y después solicitaron la paz. Así terminó la insurrección en abril de 1899.

La guerra declarada en 1898 entre España y los Estados Unidos, a pesar de no tener en sus orígenes ninguna

¹⁷⁰ ELIZALDE PEREZ-GRUESO, España en..., pp. 224-225.

relación con Carolinas, Palaos y Marianas, afectó directamente a la vida de estas colonias. Provocó el aislamiento de las mismas que vivieron en una situación de precariedad. Y, por último, el desenlace de la contienda repercutió directamente en el futuro de estas colonias y el fin de la presencia en las mismas. Al finalizar la contienda la situación continuaba siendo precaria.

Cuando se hizo evidente que la guerra con los Estados Unidos iba a suponer el desmantelamiento de la mayor parte del Imperio español, las principales potencias con intereses en estos territorios manifestaron su deseo de hacerse con algunos de estos enclaves y de beneficiarse de este proceso, por lo que comenzaron unas largas negociaciones en las cuales fue pactado que Alemania se quedara con las Carolinas, Marianas y Palaos a cambio de otras ventajas coloniales obtenidas por Estados Unidos e Inglaterra en este mismo ámbito¹⁷¹.

En este contexto, cuando en 1898 se planteó la posibilidad de que otra nación se hiciera con el dominio de las Carolinas, fueron dos los países que intentaron conseguirlo: Alemania y Estados Unidos, y otras dos las potencias que, teniendo intereses claramente definidos en las islas, renunciaron a ello: Gran Bretaña y Japón.

Alemania fue, por muchas razones, la candidata con más posibilidades para la adjudicación de las islas. En los últimos años de 1890 estaba en plena fiebre colonialista, decidida a desarrollar la política mundial promulgada por el

¹⁷¹ Ibidem, p. 239.

Káiser. En este contexto de construcción de un nuevo Imperio colonial se enmarca el interés alemán por conseguir parte de Filipinas, si fuera posible, y, desde luego, su intención de quedarse Carolinas, Marianas y Palaos. Este conjunto de islas daría el respaldo definitivo a la presencia alemana en este área del Pacífico. A pesar de los muchos esfuerzos diplomáticos, las ambiciones alemanas sobre Filipinas quedaron frustradas por la decisión norteamericana de anexionarse las Filipinas en su totalidad y por la actitud de Gran Bretaña, que apoyó la presencia de estos últimos frente a los alemanes, que veía como una amenaza a sus intereses en el área. Cuando el Káiser Guillermo comprobó que ni siquiera sería posible conseguir una parte del archipiélago filipino, hizo saber a los demás Gobiernos que si otra potencia se quedaba con las Filipinas, Alemania reclamaría una compensación, que tendría que ser la obtención de las Carolinas. Estos archipiélagos eran vecinos de su colonia de las Marshall y estaban dentro del área que según los acuerdos firmados con Gran Bretaña se consideraba bajo influencia alemana. En ellos Alemania tenía intereses políticos, estratégicos y económicos, que había defendido repetidamente en el diálogo internacional, y a los que no estaba dispuesta a renunciar. Creía tener más derechos que ninguna potencia para hacerse con el control de las islas y no estaba dispuesta a cedérselas a otra nación.

Los Estados Unidos también mostraron interés por Carolinas. Aunque en su caso no tenían incentivos económicos ni comerciales importantes, las islas les interesaron sobre

todo por su potencial estratégico. En un momento en el que se estaban haciendo con un rosario de islas a lo largo y ancho del Pacífico, tejiendo una red de bases navales enlazadas desde la costa oeste americana hasta los puertos asiáticos, estos archipiélagos significaban un eslabón más en esta cadena, que permitirían hacerla más sólida¹⁷². Este interés se vio reflejado en la manera que la comisión americana en París intentó retener alguna isla de las Marianas y las Carolinas dentro del proceso de negociación de la paz con España. Sin embargo, la decisión de retener las Filipinas hizo que, en aras de un reparto equilibrado del Pacífico entre las grandes potencias y dados los intereses alemanes en las islas, los Estados Unidos tuvieran que renunciar a sus ambiciones en Carolinas y contentarse con obtener la isla de Guam, en las Marianas, que oficiales norteamericanos habían tomado por la fuerza durante la contienda, con el fin de establecer en ella la base de comunicaciones que deseaban.

La decisión de Gran Bretaña de apoyar a los americanos en Filipinas y el respaldo dado a los alemanes en Micronesia, determinaron en gran medida el futuro de las islas. El Gobierno británico estaba interesado en mantener el equilibrio de las potencias en el Pacífico occidental, para poder seguir desarrollando un papel de rector en este ámbito. Por último, Japón hubiera querido poder hacerse con unas islas situadas muy cerca de su archipiélago y dentro de las rutas de navegación de muchos de sus barcos. Además le

¹⁷² Ibidem, p. 243.

podían servir para lograr una mayor influencia en las Filipinas, para crear en ellas una estación naval y de carboneo, para fomentar colonias de poblamiento y explotación, y para incrementar su comercio en el área. Sin embargo, su posición no fue tomada en cuenta. Tenía poco peso en las islas y aún menor relevancia en el concierto internacional, por lo que sus intenciones ni siquiera entraron en consideración entre los países que se disputaban el control de los archipiélagos.

La negociación diplomática entre España y Alemania para la venta de los archipiélagos del Pacífico comenzó en el verano de 1898, cuando el representante alemán en Madrid sugirió que Alemania estaría interesada en adquirir las Carolinas si España en algún momento deseaba vender las islas. Siguiendo una política de prudencia afirmó que de ningún modo pretendían presionar al Gobierno español ni aprovecharse de los desastres que estaba sufriendo, pero que si los acontecimientos que se produjeran en el Pacífico y en Filipinas decidían a España a vender las Carolinas, el Gobierno alemán estaría decidido a comprarlas, a lo cual creía tener mayores derechos que ninguna otra potencia, por lo que vería con disgusto que cualquier nación tratara de adquirirlas¹⁷³.

Los alemanes consiguieron se firmara un Acuerdo confidencial y secreto entre Radowitz y Almodóvar del Río el 10 de septiembre, según el cual se establecía el compromiso de que las islas de Kusaie, Ponape y Yap serían cedidas a

¹⁷³ Ibidem, p. 247.

Alemania mediante una indemnización pecuniaria en el caso de que a España le interesara vender, a tenor de lo que se decidiera en la Conferencia de París respecto a la soberanía española sobre el archipiélago filipino. El acuerdo no era totalmente vinculante, puesto que hacía depender la decisión final de los intereses de España en el momento, pero establecía que se tendría favorablemente en cuenta a Alemania en cualquier futura disposición de las posesiones peninsulares españolas, y que en el caso de la venta de los tres archipiélagos del Pacífico éstos serían para Alemania.

Al conocerse los términos del Tratado de paz de París (10 de diciembre de 1898) en el que se cedían todas las Filipinas a los Estados Unidos, el Gobierno alemán consiguió que se ratificara un nuevo acuerdo secreto con Madrid. En él se declaraba que para dar mayor desarrollo a la entente preliminar firmada en septiembre, España había acordado ceder las Carolinas, las Palaos y las Marianas (excepto Guam) a Alemania mediante una cantidad a determinar. Semanas después de la conclusión del Tratado de París los Estados Unidos no se opondrían a un acuerdo entre España y Alemania acerca de las Carolinas, abriéndose el camino para la definitiva negociación diplomática de la venta de los archipiélagos del Pacífico.

En estas negociaciones produjo alguna discrepancia la cuestión del dinero, ya que lo ofrecido por Alemania fue considerado poco por España. El embajador español en Alemania, Felipe Méndez de Vigo, mantuvo una conversación con el Ministro de Negocios Extranjeros, Bülow, al que

encontró bastante molesto porque el Gobierno español no aceptaba la oferta hecha por el alemán, haciéndole ver Bülow que este incidente produciría un enfriamiento en las relaciones hispano-alemanas, situación a la que España no quería llegar¹⁷⁴. Cuando los Gobiernos no se pusieron de acuerdo intervinieron los Monarcas, concretamente el alemán. Cuando el Emperador alemán, Guillermo II, conoció las diferencias existentes entre la suma ofrecida por Alemania y la exigida por España, se apresuró a aceptar lo que España quería, porque se trataba de la Reina Regente y quería contentarla por el aprecio que la tenía y por no deteriorar las buenas relaciones que mantenía con España. Finalmente se aceptó por parte de Alemania la cantidad propuesta por España, que era de 25 millones de pesetas, y llegaron a un acuerdo para hacer efectiva la cesión a Alemania de las islas Carolinas, Palaos y Marianas excepto Guam.

Estas resoluciones se hicieron oficiales en una Declaración firmada entre el Ministro de Estado Duque de Almodóvar del Río y el embajador alemán Radowitz el 12 de febrero de 1899 en el que se confirmaba la venta a Alemania de todas las Carolinas, Palaos y Marianas (excepto Guam), y se concedían mutuamente el trato de nación más favorecida para las cuestiones económicas y de comercio exterior.

El 12 de junio de 1899 la Reina Regente, en nombre de su hijo el Rey Alfonso XIII, de acuerdo con el Presidente del Consejo de Ministros, Silvela, autorizó al Ministro de

¹⁷⁴ AMAE. Serie Negociaciones (N). Caja Nº 530. Documento Nº 29. Felipe Méndez de Vigo, embajador de España en Berlín, al Duque de Almodóvar del Río. Berlín, 30-enero-1899.

Estado, que es el mismo Silvela, a presentar a las Cortes un proyecto de ley concediendo la autorización para llevar a cabo la cesión de las islas Carolinas, Palaos y Marianas, excepto Guam¹⁷⁵.

El 14 de junio de 1899, en el Senado se llevó a cabo la discusión del dictamen sobre la cesión de las islas Carolinas, Palaos y Marianas a Alemania. El sentir general de los senadores españoles era el de aceptar la cesión de estas islas: era una triste necesidad, pero que tenían que aceptarlo. El Presidente del Consejo de Ministros, Silvela, calificó la cesión de estos archipiélagos como "un acto que pudiéramos llamar de administración prudente de aquella gran catástrofe, de liquidación inexcusable y patriótica de aquellos males"¹⁷⁶. Silvela se sentía muy apenado ante este hecho, ya que significaba quedarse sin los últimos restos de aquel Imperio español, en un momento en que las naciones más poderosas estaban expansionándose a costa de las naciones antiguas. Definitivamente se aprobó el proyecto de ley de cesión de las islas Carolinas, Palaos y Marianas. En el Congreso de los Diputados el debate se celebró el 19 de junio de 1899. La minoría se manifestaba en contra de cualquier cesión del territorio nacional, considerando muy poco la cantidad de 25 millones de pesetas¹⁷⁷.

Quienes iniciaron las negociaciones fueron los

¹⁷⁵ AMAE. N. Caja N.º 530.

¹⁷⁶ Ibidem, extracto oficial del Senado. N.º 12, 14-junio-1899. P. 2.

¹⁷⁷ Ibidem, extracto oficial del Congreso. N.º 15, 19-junio-1899. P. 19.

liberales en 1898 y al producirse el cambio de Gobierno en marzo de 1899, los conservadores que subieron al poder, continuaron con la labor iniciada por los liberales. El Duque de Almodóvar del Río explicó que el Gobierno liberal inició las negociaciones con Alemania, porque lo mejor era negociar, ya que España no estaba capacitada para conservar aquellos territorios y esto era preferible a perder estas islas como se perdieron Cuba y Filipinas. Aunque se perdió la soberanía de aquellos territorios, se salvaron los intereses que allí se tenían, como los comerciales y los religiosos¹⁷⁸.

Tras lo perdido en el 98 y con la cesión de estas islas, se planteó la duda de si España cedería los territorios que le quedaban en Fernando Póo, Golfo de Guinea y Marruecos. Silvela afirmó que España ya no cedería ningún territorio más, que lo que haría sería ocuparse de la organización de aquellos territorios. En el Congreso de los Diputados también se aprobó el proyecto de ley de cesión a Alemania de las islas Carolinas, Marianas y Palaos¹⁷⁹.

Tan pronto como se supo en la Corte alemana que había sido aprobado en el Congreso de los Diputados el Tratado hispano-alemán, se presentó al Consejo federal y fue aprobado sin discusión el 22 de junio de 1899. Para el encargado de Negocios Extranjeros, von Bülow, como afirmó en su discurso en el Parlamento alemán, la adquisición de las islas Carolinas, Marianas y Palaos ofrecía ventajas a

¹⁷⁸ Ibidem, p. 20.

¹⁷⁹ Ibidem, p. 24.

Alemania bajo los puntos de vista político y comercial. Con esta adquisición las posesiones alemanas en el Pacífico formaban un círculo, y si estas islas hubieran pasado a manos de otro Estado, se habrían convertido en un peligro para Alemania. Su adquisición era muy conveniente y su precio muy razonable. Para España, acabó diciendo von Bülow, estas islas no eran más que restos de un buque destruido, mientras que para Alemania eran los pilares de un nuevo edificio, con la ayuda de Dios¹⁸⁰.

La prensa alemana también acogió con alegría la cesión hecha por España de las islas Carolinas, Marianas y Palaos. La única protesta partió de un periódico socialista, ya que este periódico afirmaba que la adquisición de estas islas crearía dificultades a Alemania¹⁸¹.

El 30 de junio de 1899 se firmó en Madrid el Tratado de cesión a Alemania de las islas Carolinas, Palaos y Marianas, excepto Guam. El Tratado lo componen cuatro artículos¹⁸². El primer artículo se refiere a la cesión que España hace a Alemania de las islas Carolinas, Palaos y Marianas (excepto Guam), por una indemnización de 25 millones de pesetas. Por el segundo artículo, Alemania facilita al comercio y a las empresas españolas en Carolinas, Palaos y Marianas el mismo trato que ofreciera al

¹⁸⁰ Ibidem. Méndez de Vigo, a Silvela, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado de España. Berlín, 22-junio-1899.

¹⁸¹ AMAE. H. Legajo 1335. Correspondencia con Alemania. Años 1897-1906. Méndez de Vigo, a Silvela. Berlín, 3-junio-1899.

¹⁸² AMAE. T. Caja Nº 530.

comercio alemán, así como reconoce en estas islas los mismos derechos a las Ordenes Religiosas españolas que reconocería a las alemanas. Por el tercer artículo España podía establecer y conservar en tiempo de guerra, un depósito de carbón para la Marina Real y mercante en cada uno de los tres archipiélagos. Por el artículo cuarto se consideraba ratificado el Tratado, que entraba en vigor el día de la firma.

**3. TRATADO DE LIMITES ENTRE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS Y
FRANCESAS EN LA COSTA OCCIDENTAL DE AFRICA. PARIS,
27 DE JUNIO DE 1900**

Desde hacía varios años venía originando enojosas discusiones, entre los Gabinetes de Madrid y de París, la delimitación de las posesiones españolas y francesas en el Golfo de Guinea y en el Sahara occidental. Las negociaciones, que venían realizándose desde la década de los años 80 entre ambos Gobiernos, habían quedado paralizadas como consecuencia de la insurrección cubana y posterior guerra con Estados Unidos.

Era necesario renovar los viejos derechos españoles en litigio, desconocidos por los extraños y olvidados por los propios españoles. Para buscar en aquellas adversas circunstancias para España un apoyo en la política internacional, para León y Castillo, forzosamente España tenía la necesidad de recurrir a la única nación que demostró sus simpatías en las días de prueba que precedieron

a la guerra y que conservó su amistad después de la derrota: Francia. Ardua empresa era para España, vencida y despojada, hacer que Francia diese calor a las aspiraciones españolas, y que, prestando su auxilio, de un modo indirecto pusiera a España en el camino de reconstituirse en aquellos momentos y tal vez de engrandecerse en el futuro. Para desenvolver esta política había un punto de partida: renovar las ya casi abandonadas negociaciones con Francia respecto a las posesiones españolas en el golfo de Guinea, que estaban en litigio y casi perdidas¹⁸³.

El origen de la reanudación de estas negociaciones está en las noticias que llegan a Madrid de la actitud de los franceses en los territorios de Guinea, ya que no respetan el statu quo que los Gobiernos de Madrid y París convinieron mantener mientras la cuestión no fuera definitivamente resuelta. Por eso, los gobernadores de aquellos territorios llamaron la atención al Gobierno español para que se llegase a un acuerdo definitivo para repartir aquel territorio, a fin de que se terminase con estos abusos y para evitar que aquello pudiera llegar a más¹⁸⁴.

El Gobernador General de Fernando Póo dio traslado

¹⁸³ LEON Y CASTILLO, Fernando, (Marqués del Muni), Mis tiempos, Tomo II, ed. Cabildo insular de Gran Canaria, 1978, pp. 169-170.

¹⁸⁴ Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1900 por el Ministro de Estado (Marqués de Aguilar de Campóo). Negociación con Francia para el Tratado de límites en la costa occidental de Africa. Madrid. 1900. LIBRO ROJO (LR). Documento Nº 1. Marqués de Casa Laiglesia, Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, a Silvela. Madrid, 22-septiembre-1899.

al Ministerio de Estado de una comunicación del Subgobernador de Elobey acerca de los territorios en litigio del Muni sometidos al statu quo, pactado entre España y Francia. El Subgobernador de Elobey se quejaba de que los franceses habían quemado un pueblo, situado en la orilla derecha del río Benito, por negarse a pagar una contribución; de que la sociedad Normanda establecida en el Muni, bajo el protectorado francés, tuviera un gran número de senegaleses armados con fusiles modernos y que otro pueblo había sido castigado por la Comisaría francesa. Al trasladar la comunicación el Gobernador General de Fernando Póo hacía algunas apreciaciones y pedía que fueran protegidos y garantizados los intereses de las factorías extranjeras establecidas en Elobey¹⁸⁵.

El Presidente de la Sociedad Geográfica de Madrid también protestaba del proceder de las autoridades francesas del Gabón que faltaban al statu quo y ejercían actos de dominio en territorios que estaban en litigio. Añadía que los delegados del Comisario General del Congo cobraban la suscripción de derechos por embarque de trabajadores en la zona sometida aún en litigio y que esto era una nueva transgresión del statu quo pactado. Terminaba diciendo que la autoridad principal del Congo había cedido a una sociedad francesa gran extensión de terrenos en la cuenca del Muni

¹⁸⁵ AGA. S.A. IDD. Nº 4. Plazas y provincias africanas. Actuación en Guinea. Años 1851-1947. C. 801. Mariano Vallejo, Jefe del Negociado, a Silvela. Madrid, 19-septiembre-1899.

como si ésta perteneciera ya a Francia¹⁸⁶.

España reclamaba como territorios suyos algunas islas y una extensión de territorio en el continente, las islas eran la de Fernando Póo, situada en la bahía de Biafra, frente al monte Camarones, muy próxima a la costa; la de Annobon, más al sur, a mayor distancia de la costa; las islas de Corisco (Elobey grande y Elobey chico) en la bahía de Corisco, más al norte y más inmediata a tierra que Annobon, los dos Elobeyes están en la entrada del río Muni, vía importantísima de comunicación y de comercio en aquellos parajes; la extensión de territorio en el continente que solicitaba España limitaba al norte por el río Campo y el paralelo correspondiente a la intersección de este río con el meridiano 10°, al este por el meridiano 17° del este de Greenwich y al sur por el cabo Santa Clara y la divisoria entre las aguas del Munda y el Gabón¹⁸⁷. La extensión de estas posesiones era de 180.000 kilómetros, pero España no ejercía la soberanía efectiva sobre todos ellos, y Francia sólo reconocía de España Fernando Póo, Annobon y Corisco y un pequeño territorio en el cabo San Juan, más allá, los franceses sostenían que el resto del territorio era suyo.

Uno de los títulos invocados por España era el Tratado de El Pardo de 24 de marzo de 1778, por el que Portugal cedió a España, a cambio de la isla de Santa Catalina y de la colonia del Sacramento, ambas en América

¹⁸⁶ Ibidem, el Presidente de la Sociedad Geográfica de Madrid a Silvela. Madrid, 21-noviembre-1899.

¹⁸⁷ LR. Documento N° 2. Ministerio de Estado. Madrid, 22-noviembre-1899.

del sur, las islas de Fernando Póo y Annobon y el derecho de comerciar en el Golfo de Guinea, desde cabo Formozo, situado en la desembocadura del Níger, hasta cabo López, que está al sur del río Gabón. España, en virtud de este Tratado, tenía derecho a ejercer la soberanía sobre toda aquella zona, pero como no hizo la ocupación efectiva de aquel terreno, solicitó lo citado en el punto anterior.

El segundo título que invocaba España está en su derecho de ocupación. A poco de firmarse el Tratado de El Pardo, tomó España posesión de Fernando Póo y Annobon y más tarde de Corisco, donde se establecieron factorías para ejercer el comercio por los ríos de aquella bahía y con Gabón, donde los franceses todavía no habían pensado establecerse. Sufrió el ejercicio de la soberanía española en aquellas regiones algunos contratiempos e interrupciones, como el abandono de Fernando Póo y Annobon, en 1871, por las enfermedades que diezmaron las fuerzas militares, también por el saqueo y destrucción por los ingleses, en 1842, de las factorías que existían en Corisco. Este hecho y el no vender a Inglaterra Fernando Póo, decidió al Gobierno español a enviar en 1843 una expedición que ocupó definitivamente las islas, y a cuyo jefe, el brigadier Lerena, manifestaron varias tribus del continente, dependientes de Corisco, deseo de someterse a España. En 1846, 1858, 1860, 1861, 1862, 1864 y 1873, esas y otras tribus, habitantes en los Elobays y en distintos puntos de la costa, desde el río Campo hasta el cabo de Santa Clara, expresaron y ratificaron un deseo análogo. Se les aceptó, se

le dio valor jurídico con la expedición de cartas de nacionalidad varias veces confirmadas, se les premió con regalos, pensiones y concesiones de diverso género a los jefes indígenas.

Con posterioridad a esa época, en 1882, el gobernador de Fernando Póo, Montes de Oca, llevó a cabo una excursión por el interior del río Muni, recibiendo de los indígenas de ambas orillas nuevas manifestaciones de adhesión a España. Poco después, salió para la zona una expedición de la Sociedad de Africanistas, que pretendía no sólo visitar las costas desde río Campo hasta el cabo de Santa Clara y penetrar en el interior de ellas, sino anexionarse a España otros territorios más, como la isla de Malimba y los situados al norte del río Campo hasta la colonia alemana de los Camorones. Sin embargo, alemanes y franceses se adelantaron a los españoles, y los exploradores españoles se dirigieron a tomar posesión del interior, para evitar que el territorio español quedase reducido a un insignificante trozo de costa. Enfermedades, falta de medios materiales, obstáculos en las comunicaciones, impidieron a los exploradores realizar plenamente su objeto aunque consiguieron celebrar más de 370 tratados con los indígenas y llegar a 200 kilómetros de la costa.

En 1839 obtuvo Francia de un jefe indígena permiso para establecerse en la orilla izquierda del río Gabón; tres años después adquirió una pequeña extensión del territorio en la orilla derecha del mismo río y en junio de 1843 fue cuando tomó posesión de lo adquirido. Buscando el modo de

extenderse por las costas, y sobre todo por los ríos favorables para el comercio, como el Muni, no tardaron los franceses en penetrar en la zona que España consideraba suya. Sin detenerse a examinar si el Gobierno español podría alegar títulos de una adquisición anterior, hicieron pactos con los indígenas, aprovechando unas veces su volubilidad, estimulándola otras veces con regalos y favores y consiguiendo por diversos modos el consentimiento de los que querían permanecer fieles al compromiso contraído con las autoridades españolas.

Nuevas cuestiones surgieron en 1863, 1867, 1872 y 1877, aunque no con carácter tan grave y urgente como las que se presentaron después de 1883. En esta última fecha los franceses establecieron un puesto de Aduanas cerca de la desembocadura del río Muni, repartieron banderas de su país entre los indígenas y ocuparon también algunos puntos entre río Campo y cabo San Juan. Ese territorio fue ocupado igualmente por los alemanes, y el derecho de España se vio, por consiguiente, desconocido a la vez por dos potencias. Creyó entonces (1885) el Gobierno español llegada la ocasión de entenderse con el francés, el cual se manifestó desde luego dispuesto a arreglar amistosamente el asunto, no sólo en lo relativo a Guinea, sino a cabo Blanco y la bahía del Galgo¹⁸⁸.

Para solucionar el asunto propuso Francia el sistema que acababa de seguir con Inglaterra y Portugal, esto es, el nombramiento de una comisión compuesta de

¹⁸⁸ Ibidem.

delegados de ambas potencias, y cuyos acuerdos serían sometidos a la aprobación definitiva de los dos Gobiernos. Aceptó España. Se reunió la Comisión en París en marzo de 1886; discutió hasta septiembre del mismo año lo relativo a cabo Blanco, llegando en ello a un arreglo y entró a tratar lo concerniente a Guinea, examinando, en primer término, el valor jurídico de los derechos de cada una de las dos naciones. Frente a los invocados por España, sostenían los franceses que el Tratado de 1778 sólo contenía la cesión de Fernando Póo y Annobon y que, respecto a la costa, sólo tenía derecho a comerciar. Este último derecho, creían los franceses que España podía invocarlo, porque Francia se había adherido al Tratado, obteniendo así las mismas ventajas, que no tenían un carácter exclusivo.

Los delegados españoles insistían en su interpretación del Tratado de 1778: ponían de relieve la nulidad de los pactos celebrados por Francia con los indígenas, pactos en los cuales la falta de formalidades corría pareja con la incapacidad de los contratantes, ya que no habían sido publicados, ni aprobados por el Presidente hasta muchos años después de concluidos. El resultado era que ni en materia de interpretación, ni en cuestión de principios, y hasta ni en cuanto a la distribución geográfica de las tribus habitantes de las regiones disputadas, estaban los delegados de ambos países de acuerdo. Y al fin, agotados de una y otra parte los argumentos, acordaron, en 1887, pasar a las soluciones prácticas, esto es, al reparto del territorio. La primera

proposición española era inaceptable para los franceses. "A esa proposición respondió la primera francesa, más inaceptable que la nuestra"¹⁸⁹. Tal pareció esta oferta, que se creyó ver en ella el deseo de los franceses de romper las negociaciones.

Continuaron los Gobiernos haciendo proposiciones, pero no llegaban a ponerse de acuerdo. Era esto en noviembre de 1888; las conferencias venían celebrándose desde la primera reunión, en marzo de 1886, muy de tarde en tarde, y habían sufrido distintas interrupciones, originadas principalmente por las muchas ocupaciones de los delegados franceses, que, además de su cargo en la Comisión, tenían otros en la Administración de su país. En vista de que no podían llegar a un acuerdo con los españoles, dichos delegados indicaron la conveniencia de dar por terminados sus trabajos y someter la cuestión a un arbitraje, contingencia prevista ya por el Gobierno español, que entonces, sin embargo, creyó preferible que la Comisión siguiera discutiendo y buscando bases para un arreglo directo entre las partes interesadas. Siguieron, en efecto, durante algún tiempo, pero al fin las conferencias se interrumpieron y toda solución quedó aplazada hasta que nuevos incidentes en los territorios disputados y nuevas reclamaciones entre las dos naciones, inspiraron al Gobierno francés el deseo de apresurar el término de la cuestión.

En consecuencia, la Embajada de Francia en Madrid dirigió al Ministerio de Estado español una Nota en

¹⁸⁹ Ibidem.

septiembre de 1890 proponiendo el arbitraje. Bien acogida la iniciativa, se acordó, sin embargo, que la Comisión mixta se reuniera de nuevo para proponer la forma en que se había de consignar el acuerdo relativo a cabo Blanco, y para que los dos Gobiernos tuvieran tiempo de preparar gradualmente a la opinión para la idea de un arbitraje. La nueva reunión de la Comisión no se celebró hasta enero de 1891. No fue posible entenderse en lo concerniente al arbitraje, pues los plenipotenciarios españoles mantenían la necesidad de marcar los territorios que habían de quedar sometidos al juicio del árbitro. Por su parte los plenipotenciarios franceses alegaban, por una parte, que no tenían atribuciones para resolver sobre este punto y, por otra, pretendían que el arbitro juzgase respecto a los territorios que España reclamaba. En julio de 1891 terminaron las conferencias, porque uno de los plenipotenciarios franceses tuvo que salir de París. La cuestión quedó, pues, de nuevo entregada a los Gobiernos.

La negociación había atendido también a la regulación con entera claridad de la conducta que ambas potencias deberían observar para no alterar, en perjuicio de ninguna de ellas, el estado de hecho existente. Tal necesidad había sido claramente percibida, desde que en 1885 se habían puesto de acuerdo para resolver las diferencias entre ellos por medio de una Comisión mixta, y en efecto, las autoridades de Fernando Póo y del Gabón recibieron órdenes en el sentido de abstenerse de actos que pudieran infringir el statu quo. Pero bien pronto surgió la

disconformidad en la manera de apreciar lo que constituía infracción del estado de hecho.

Las Autoridades españolas entendían que lo violaba la construcción de casas para el establecimiento de nuevas factorías, y conceptuaban signo de soberanía los pabellones nacionales. El Gobierno francés, por el contrario, pensaba que la bandera nacional podía ser usada como simple distintivo, y creía que el litigio por un territorio, en el que no se incluía la dimensión sobre la libertad de comercio, no podía impedir el establecimiento de factorías francesas o españolas, teniendo en cuenta, sobre todo, que los súbditos de otras naciones no encontraban obstáculo alguno para establecerse y resultaban, por consiguiente, en mejores condiciones que los ciudadanos de los dos países litigantes.

Estas observaciones prevalecieron definitivamente en el ánimo del Gobierno español, aunque no se celebró acuerdo formal entre él y el francés, y todo se redujo a que Moret y Cambon, Ministro de Estado español y embajador de Francia en Madrid, respectivamente, convinieron verbalmente en las bases siguientes: completa libertad de comercio para los súbditos españoles y franceses; abstención de todo acto que envolviera la pretensión o expresión de soberanía en aquellos lugares; las banderas que usaran las casas de comercio de ambos países no serían consideradas como pabellón nacional, sino simplemente como colores para distinguirse entre sí.

Este acuerdo fue confirmado en cartas particulares

entre Cambon y Moret y en conferencias que Cambon tuvo con los sucesores de Moret, Marqués de la Vega de Armijo y Duque de Tetuán¹⁹⁰. En él se inspiraron las instrucciones dadas a los Gobernadores de Fernando Póo; en él se fundaron algunas veces las reclamaciones del Gobierno francés, y a él creía el Gobierno español que debían someterse, no sólo las orillas del Muni, sino también las del Benito, y, en general, todos los territorios en litigio. Así lo reconoció en Nota oficial el 14 de febrero de 1891 el Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, Ribot.

La interrupción de las conferencias de la comisión mixta, en julio de 1891, coincidió con una discusión de las autoridades españolas y francesas de Guinea, por pretender éstas cobrar derechos en el Munda y manifestar las españolas que usarían de la fuerza para impedirlo. Ante la inminencia de un choque, cada uno de los dos Gobiernos telegrafió separadamente a sus autoridades en Guinea para impedirlo, y comenzaron una negociación con objeto de darles instrucciones idénticas, en el sentido de que, estando ambos países próximos a llevar el asunto a total arbitraje, debían abstenerse de todo acto de fuerza y no cobrar derecho alguno a sus súbditos en el territorio disputado.

Pero las instrucciones no llegaron a darse porque ambos Gobiernos no se ponían de acuerdo. En vista de las proporciones y de la complicación que el asunto iba revistiendo, formuló Ribot un proyecto de Convenio de arbitraje, al cual iba anejo un protocolo sobre el statu

¹⁹⁰ Ibidem.

quo, esto era en diciembre de 1891. El árbitro debía ser el Rey de Dinamarca, según se había arreglado ya confidencialmente, y el Convenio debía ser ratificado por las Cámaras. El Gobierno español hizo algunas observaciones, consistentes principalmente en no incluir en el Convenio el nombre del árbitro y en marcar claramente los territorios que eran sometidos a juicio arbitral. El Gobierno francés no puso obstáculos a las modificaciones indicadas, pero no creyó que el momento fuera oportuno para concluir el Convenio y presentarlo al Poder legislativo. En julio de 1892 manifestó por medio del Encargado de Negocios Extranjeros en Madrid, que estaba dispuesto a firmarlo, entonces, los graves sucesos de Melilla, la insurrección cubana y las preocupaciones nacidas de la guerra con Estados Unidos, impidieron al Gobierno español dedicar su atención a este asunto.

Los franceses, entre tanto, continuaron cometiendo infracciones. Aduanas, puestos militares, oficinas administrativas de distinto género, fueron instaladas por los franceses respondiendo al plan de extender por todos los medios posibles su prestigio y su soberanía. La acción española se reducía a protestar ante estos hechos. Ante esta situación, los españoles veían la necesidad de llegar a un acuerdo para que quedaran bien delimitados los territorios de cada país.

España, como hemos visto, se quejaba de que los franceses no estaban respetando el statu quo que españoles y franceses se habían comprometido a respetar mientras se

alcanzaba un acuerdo definitivo sobre la delimitación de las posesiones que ambos países tenían en Africa Occidental. Los franceses, por su parte, también acusaron a los españoles de no respetarlo, y para solucionar este asunto, el embajador francés en Madrid escribió una carta al Ministro de Estado español, con fecha 24 de enero de 1900, en la que exponía los deseos del Ministro de Negocios Extranjeros francés de reanudar las negociaciones¹⁹¹.

En el Congreso de los Diputados también se sentía preocupación por saber que ocurría con las negociaciones referentes a las posesiones españolas en Africa occidental. El Marqués de Villasegura afirmaba que para la regeneración de España era muy importante todo lo que se relacionaba con la política española en Africa, como importante era el río Muni, que por derecho correspondía a España, lo mismo que la bahía del Galgo. Silvela, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado, afirmaba que las negociaciones pronto se reanudarían y que aquellos territorios estaban incluidos dentro de la negociación y que España reclamaría¹⁹².

Silvela, en contestación a la carta del embajador francés, Patenôtre, no se mostraba de acuerdo con la acusación de que los españoles hubieran infringido el statu quo, ya que el cabo San Juan correspondía a España, pero estaba totalmente de acuerdo en reanudar las negociaciones

¹⁹¹ LR. Documento Nº 3. Patenôtre, embajador de Francia en Madrid, a Silvela. Madrid, 24-enero-1900.

¹⁹² DSCD. L. 1899. D. 113, 25-enero-1900. Silvela. PP. 3804 y ss.

para terminar con todos estos problemas¹⁹³. Ante la afirmativa contestación de Silvela, el embajador francés, en nombre de su Gobierno, planteó a Silvela si aceptaría que las negociaciones, como las anteriores, se llevaran a cabo en París¹⁹⁴. Silvela se mostró totalmente de acuerdo en que se reanudaran las conversaciones en París y, por este motivo, dio las instrucciones necesarias al embajador español en París, León y Castillo, ya que lo que deseaba el Gobierno español era que, cuanto antes, se llegara a un acuerdo definitivo¹⁹⁵.

Las negociaciones las llevaron a cabo Delcassé, Ministro de Negocios Extranjeros de la República francesa, y León y Castillo, embajador español en París. Estaban asistidos por dos delegados, un agente del Ministerio, en el caso francés, y un miembro de la Embajada en el español, los otros dos serían funcionarios de la Administración de las Colonias. Estos delegados se ocuparían de la preparación de soluciones sobre las cuales habría luego que ponerse de acuerdo, y que servirían de base a la negociación propiamente dicha.

El 20 de febrero de 1900, Silvela, en carta a León y Castillo, envió las órdenes oportunas para comenzar a negociar con Delcassé. La extensión de territorio que España

¹⁹³ LR. Documento Nº 4. Silvela a Patenôtre. Palacio, 29-enero-1900.

¹⁹⁴ LR. Documento Nº 5. Patenôtre a Silvela. Madrid, 2-febrero-1900.

¹⁹⁵ LR. Documento Nº 6. Silvela a Patenôtre. Palacio, 6-febrero-1900.

reclamaba iba desde el río Campo hasta la divisoria entre las aguas del Munda y el Gabón. El Gobierno español, atendiendo las legítimas aspiraciones de Francia, estaba dispuesto a prescindir del rigorismo de su derecho y a llegar a soluciones conciliadoras, mediante un reparto equitativo del territorio, ya que el deseo del Gobierno español era dar a la nueva negociación un carácter práctico, sin entrar en disquisiciones geográficas e históricas. Deseoso de llegar pronto a un acuerdo, el Gobierno español estaba dispuesto a renunciar a una de las orillas del río Muni, que España venía reclamando como suyas, y en el continente también estaba dispuesto a mostrarse transigente. El propósito del Gobierno español era llegar a una inteligencia directamente con el Gobierno francés, sin tener que someter la cuestión a un arbitraje, donde podían salir perjudicados los intereses y derechos españoles¹⁹⁶.

El 11 de marzo de 1900 comienzan las negociaciones, ya que en ese día el embajador español, León y Castillo, mantuvo la primera conferencia con el Ministro de Negocios Extranjeros, Delcassé. Aunque estuvieron discutiendo durante tres horas, no llegaron a ningún acuerdo, ya que el punto de vista francés no era conciliable con el español¹⁹⁷. León y Castillo pidió a Delcassé que formulase sus proposiciones, pero éste quiso primero oír las

¹⁹⁶ LR. Documento Nº 8. Silvela, a Fernando León y Castillo, Marqués del Muni, embajador de España en París. Madrid, 20-febrero-1900.

¹⁹⁷ LR. Documento Nº 10. León y Castillo a Silvela. París, 12-marzo-1900.

españolas, ante lo cual León y Castillo manifestó que las proposiciones españolas eran las que habían formulado en las negociaciones precedentes. Delcassé no aceptó la proposición hecha por León y Castillo, lo que hizo fue recortar las pretensiones españolas, y propuso como límite entre las posesiones españolas y francesas la bahía de Bata. Ante esta proposición, León y Castillo le manifestó a Delcassé que la cuestión así planteada no tenía solución. Delcassé, entonces, empezó a ceder y situó el límite en el cabo San Juan. León y Castillo no aceptó tampoco y Delcassé ofreció llevar la cuestión al Consejo de Ministros, para proponer a sus colegas que la línea divisoria estuviera entre cabo San Juan y el río Muni. Esta solución tampoco convenía a España, ya que las dos orillas del río Muni estarían en territorio francés. Así fue como concluyó la primera conversación que mantuvieron los representantes de ambos países, que concertaron volver a reunirse para tratar la última proposición.

El 14 de marzo León y Castillo, en carta dirigida a Silvela, le comunicó la segunda entrevista que mantuvo con Delcassé, donde, tras dos horas de reunión, el embajador español no podía continuar negociando sin antes consultar con el Gobierno español. Delcassé empezó por manifestar a León y Castillo que el Ministro de las Colonias se oponía a la división del río Muni entre España y Francia, y volvió a fijar el límite en la línea de separación de las vertientes del río Muni y del cabo San Juan. León y Castillo se negó a aceptar tal proposición. Entonces Delcassé explicó al

embajador español que la proposición española era inaceptable para su Gobierno, porque España quedaría en posesión de tres ríos importantes: el Campo, el Bata y el Benito, y la mitad del Muni, mientras que para Francia sólo sería la otra mitad del río Muni y el Munda. Ante esta situación, Delcassé terminó proponiendo al embajador español que recurrieran de nuevo a un arbitraje. León y Castillo no contestó a esta proposición¹⁹⁸.

Delcassé seguía negándose a que una de las orillas del río Muni fuera para España, ya que en la orilla derecha del Muni, la que reclamaba España, Francia había creado grandes intereses, tenían establecimientos y no se resignaba a perderlos. Francia no iba a hacer tal sacrificio sin ningún tipo de compensación. Ante tal afirmación de Delcassé, León y Castillo le dijo que España tenía derecho a las dos orillas del Muni y, que si cedía la izquierda a Francia, era para tener mayor extensión del hinterland. En este punto Delcassé se mostró más intransigente que en lo relativo a los límites de la costa. Para Delcassé, España no tenía ningún derecho al hinterland, ya que los exploradores españoles no habían pasado más de 150 kilómetros de la costa al interior, mientras que los franceses lo habían descubierto y colonizado. Sólo por benevolencia, añadió Delcassé, dejaría que España ocupara la región explorada por los españoles. Llegado a este punto, la cuestión se centraba en dos términos. Delcassé podría aceptar la división de las

¹⁹⁸ LR. Documento Nº 11. León y Castillo a Silvela. París, 14-marzo-1900.

orillas del río Muni, la izquierda para Francia, la derecha para España, pero pidiendo una compensación por los intereses creados en la región y que tendría que abandonar. Respecto del hinterland, León y Castillo creía que Delcassé aceptaría, por primera vez en las negociaciones, la cesión a España de un territorio mayor del recorrido por los exploradores españoles; Francia lo haría en su deseo de probar su amistad a España. Con estas bases de arreglo, y, sobre todo, lo relativo a una compensación, no estaban previstas en las instrucciones recibidas, León y Castillo suspendió las negociaciones hasta recibir nuevas órdenes¹⁹⁹.

Silvela, ante las noticias que le llegaban de León y Castillo, le envió nuevas instrucciones²⁰⁰. El Gobierno español no podía hacer más concesiones en cuanto a la costa. La línea del Muni era el límite máximo al que podía llegar y la compensación sólo podía otorgarla en el hinterland. El río Muni era la única vía importante de penetración al interior, y renunciar a ello equivaldría a privar a España del posible comercio en aquellas regiones. Los títulos en que apoyaba España su derecho le concedían opción para reclamar hasta el meridiano 17º este Greenwich. Pero Silvela recomendó a León y Castillo que, en el deseo de encontrar una fórmula de avenencia con Francia, podía aceptar el grado 9 de longitud este de París, propuesto por Delcassé, siempre haciendo notar que esto sería la compensación pedida. Si

¹⁹⁹ Ibidem.

²⁰⁰ LR. Documento Nº 12. Silvela a León y Castillo. Madrid, 26-marzo-1900.

esto todavía le pareciera poco a Delcassé, Silvela autorizaba a León y Castillo a fijar como límite el meridiano 11º este de Greenwich, que es donde llegaron los exploradores españoles en 1886. Si el Gobierno francés se negaba a este reparto, León y Castillo debía acogerse a las proposiciones de arbitraje hechas por Delcassé para poner fin a tan enojoso asunto.

El 2 de abril León y Castillo y Delcassé llegaron a un primer acuerdo acerca de los límites en el Golfo de Guinea, sobre las siguientes bases: división del Muni entre Francia y España; del hinterland León y Castillo obtuvo hasta el grado 8 y medio meridiano de París, que es un poco más del límite explorado en 1886; en el caso de que España en el futuro quisiera vender los países comprendidos entre el río Campo y el río Muni y las islas Corisco y Elobey, Francia pedía que se le reconociera la preferencia; Francia pedía también que no se fortificasen los Elobey²⁰¹.

A Silvela el resultado de este primer acuerdo le pareció excelente, el único punto que no aceptaba era el referente a la no fortificación de Elobey. Silvela a lo sumo que podría llegar sería a un intercambio de Notas, donde Francia tampoco fortificaría las orillas o la embocadura del río Muni²⁰². León y Castillo consiguió de Delcassé que la condición pidiendo que España no fortificara Elobey, se modificara contrayendo ambas naciones un compromiso

²⁰¹ LR. Documento Nº 13. León y Castillo a Silvela. París, 2-abril-1900.

²⁰² LR. Documento Nº 14. Silvela a León y Castillo. Madrid, 3-abril-1900.

recíproco de no fortificar ninguna de las bocas del río Muni ni los Elobey que las dominan. Delcassé pedía que el compromiso en este punto fuera tan público como los demás acuerdos, pero Silvela preferiría que se omitiera todo compromiso de no fortificar Elobey²⁰³.

El 18 de abril, las negociaciones respecto a la delimitación de las posesiones españolas y francesas en el Golfo de Guinea estaban llegando a su fin. Para terminarlas, una vez aceptado todo lo anterior, Delcassé solicitó que el Gobierno español debía indemnizar al francés por la cesión de un faro en Bata, que existía, según Delcassé, antes de que el statu quo empezara a regir²⁰⁴.

El 19 de abril el nuevo Ministro de Estado español, Marqués de Aguilar de Campóo, envió un telegrama a León y Castillo señalando que, antes de aceptar la indemnización por el faro de Bata, telegrafiara el precio que solicitaba Delcassé²⁰⁵. León y Castillo comunicó al Ministro de Estado que el faro de Bata fue construido en 1893, y que el Gobierno español protestó ante esta construcción. Pero como la cantidad que solicitaba el Gobierno francés era una cantidad razonable, pues para él el

²⁰³ LR. Documento Nº 16. León y Castillo a Silvela. París, 5-abril-1900.

²⁰⁴ LR. Documento Nº 18. León y Castillo a Silvela. París, 18-abril-1900.

²⁰⁵ LR. Documento Nº 19. Ventura García-Sancho e Ibarrondo, Marqués de Aguilar de Campóo, Ministro de Estado de España, a León y Castillo. Madrid, 19-abril-1900.

asunto carecía de importancia²⁰⁶. El Ministro de Estado español aceptó pagar la cantidad solicitada por los franceses, 3.000 francos, por el faro de Bata²⁰⁷.

El 2 de mayo de 1900, León y Castillo envió un telegrama al Ministro de Estado dándole a conocer que al día siguiente se reuniría con Delcassé para discutir la redacción del Convenio de los límites de las posesiones españolas y francesas en el Golfo de Guinea. El Ministro de las Colonias francés aumentó la indemnización que solicitaba por el faro de Bata, ya que también solicitó indemnización por la construcción y materiales de puestos civiles y militares establecidos en la zona que cedían a España, solicitaba los 107.000 francos que costaron las obras. León y Castillo, ante esta nueva situación, solicitó que le fueran enviadas nuevas instrucciones²⁰⁸. Al Gobierno español la suma que solicitaba Francia, 107.000 francos en concepto de indemnización, le parecía muy superior a la que anteriormente habían solicitado, pero había que estudiarlo²⁰⁹.

El Ministro de Negocios Extranjeros francés deseaba también que ambos países llegasen a un acuerdo sobre los límites del territorio de Río de Oro y Senegal, no sólo

²⁰⁶ LR. Documento Nº 20. León y Castillo al Marqués de Aguilar de Campóo. París, 19-abril-1900.

²⁰⁷ LR. Documento Nº 21. Marqués de Aguilar de Campóo a León y Castillo. Madrid, 20-abril-1900.

²⁰⁸ LR. Documento Nº 26. León y Castillo al Marqués de Aguilar de Campóo. París, 2-mayo-1900.

²⁰⁹ LR. Documento Nº 27. Marqués de Aguilar de Campóo a León y Castillo. Madrid, 3-mayo-1900.

en la costa, sino en el hinterland también²¹⁰.

Respecto al hinterland de Río de Oro, a España le convenía fijar los siguientes límites: a lo largo del paralelo 21º 20' de latitud norte hasta el meridiano 16º de Greenwich. De allí una recta que iba a buscar la intersección del paralelo 19º con el meridiano 13º de Greenwich y siguiendo a lo largo de este paralelo hasta el meridiano 8º. Esta delimitación tenía por objeto dejar a salvo el Adrar-Tmar, sobre el que España ejercía un protectorado en virtud del Tratado firmado en Iyil, el 12 de julio de 1886, por los exploradores españoles Cervera, Quiroga y Rizzo. Para concluir, el Marqués de Aguilar de Campóo recomendaba a León y Castillo que se esforzase en alcanzar esta delimitación, ya que era de suma importancia para los intereses españoles²¹¹.

En lo que se refiere al hinterland del Río de Oro, el Marqués de Aguilar de Campóo volvió a insistir a León y Castillo para que se esforzase en conseguir la delimitación que anteriormente le remitió, ya que esa zona era importante para los intereses nacionales. Le envió toda la documentación necesaria en la que se basaba España para reclamar esos límites²¹².

En lo relativo a la cuestión del hinterland del

²¹⁰ LR. Documento Nº 18. León y Castillo al Marqués de Aguilar de Campóo. París, 18-abril-1900.

²¹¹ LR. Documento Nº 19. Marqués de Aguilar de Campóo a León y Castillo. Madrid, 19-abril-1900.

²¹² LR. Documento Nº 22. Marqués de Aguilar de Campóo a León y Castillo. Madrid, 20-abril-1900.

Río de Oro y a la soberanía de España sobre el Adrar-Tmar, los antecedentes no eran favorables y colocaban a España en una situación muy difícil por los errores cometidos por los plenipotenciarios españoles al negociar el Tratado de 1891. Fue un gran error el que los plenipotenciarios españoles, al negociar el Tratado de 1891, no presentaran a sus colegas franceses los Tratados de Iyil, reivindicando para España los territorios a que dicho Tratado se refiere, que era el Adrar-Tmar. Pero estos errores y dificultades no excusaban a los españoles de sostener y defender los derechos españoles.

El Gobierno español debería exponer al francés que lo convenido en 1886 por la Comisión mixta de los dos países respecto al límite interior, no podía afectar al Adrar-Tmar, porque en aquella época aquel sultanato era completamente independiente de España y Francia, y tratándose de una demarcación de límites, y no de esferas de influencia, no era posible que se hiciera un reparto del mismo. Por esto, la línea divisoria que marca el paralelo 21º 20', habría de continuar por el interior, pero sólo hasta donde se encontrara con los límites de un Estado independiente, como lo era en aquel entonces el Adrar-Tmar.

El Gobierno español podía alegar que si no notificó oportunamente la celebración de los Tratados de Iyil, fue porque no estaba obligado a ello, ya que estas notificaciones sólo debían tener lugar cuando se tratara de ocupación de territorios en las costas del continente africano, siempre que dichos territorios se hallaran fuera

de las posesiones del Estado que hubiera efectuado la ocupación. El Adrar-Tmar no se encontraba situado en la costa, sino en el interior y dentro del hinterland correspondiente a los territorios comprendidos entre cabo Bojador y cabo Blanco, que fueron notificados oportunamente. Por tanto el Gobierno francés no podía fundarse en la falta de notificación por parte del Gobierno español, aunque hubiera sido preferible que se hubiera hecho en 1891. El interés del Gobierno español por defender, hasta donde fuera posible, el Adrar-Tmar, estribaba en que era un territorio muy rico y fértil. Esta circunstancia movió a varias compañías nacionales y extranjeras a solicitar concesiones de terrenos y explotación de las minas, hechas todas bajo el supuesto cierto de la soberanía española. Dos de estas compañías eran inglesas y se dirigieron a su Gobierno preguntándole sobre el particular, y el Gobierno británico respondió que parecían pertenecer a España. Esto podía servir a León y Castillo como prueba del criterio de los Gobiernos extranjeros sobre el asunto del Adrar-Tmar.

El Gobierno español aceptaba el proyecto de Convenio de 1891, pero había que completar la demarcación que quedó indeterminada por lo que hace a la prolongación del paralelo 21º 20'. Como fórmula de transacción podría aceptarse la prolongación del referido paralelo hasta el meridiano 14, en vez del meridiano 16, continuar hasta el paralelo 19 y seguir hasta el meridiano 8, que constituiría el límite oriental. De esta forma, se salvaría la parte principal del Adrar-Tmar y Francia ganaría una zona

considerable de terreno. Si el Gobierno francés no aceptaba la propuesta del español, entonces León y Castillo sólo firmaría el acuerdo referente a Guinea, mientras que quedaría pendiente para otra ocasión el arreglo referente a la delimitación de las posesiones españolas y francesas en el Río de Oro y Senegal²¹³.

El 4 de mayo volvió a tener lugar una entrevista entre León y Castillo y Delcassé²¹⁴. El embajador español comenzó planteando a Delcassé las pretensiones españolas sobre el Adrar-Tmar, pero el Ministro de Negocios Extranjeros no estaba dispuesto a aceptarlas, ya que para Delcassé el Gobierno español no había comunicado a Francia ningún tratado ni había hecho ninguna reclamación respecto a dicho territorio, mientras que Francia lo había ocupado diez años atrás, lo había colonizado y defendido contra ataques de otras tribus.

Ante la obstinada resistencia de Delcassé, quiso León y Castillo aplazar la solución sobre este punto, pero el Ministro de Negocios Extranjeros francés se negó, afirmando que le era indispensable presentarse ante las Cámaras con toda la cuestión resuelta, para poder obtener la aprobación del Convenio. León y Castillo propuso entonces el arbitraje. No lo aceptó Delcassé, por tratarse de un territorio que Francia ocupaba, y en su concepto poseía de un modo indiscutible.

²¹³ LR. Documento Nº 28. Marqués de Aguilar de Campóo a León y Castillo. Madrid, 3-mayo-1900.

²¹⁴ LR. Documento Nº 29. León y Castillo al Marqués de Aguilar de Campóo. París, 4-mayo-1900.

Para el Ministro de Negocios Extranjeros francés era condición necesaria la posesión de esas salinas, que eran indispensables para la alimentación de ganados, siendo en su concepto inútiles para los españoles, por estar a gran distancia de la costa. A partir de las salinas la frontera se inclinaría al este, siguiendo el meridiano 12 y continuaría por el mismo hasta el paralelo 16, que forma el límite norte de las posesiones españolas, terminando en Cabo Bojador. Como compensación de esto León y Castillo obtuvo mejorar las condiciones en Guinea, obteniendo como hinterland hasta el meridiano 9 de París, en vez del 8 y medio que había aceptado. El límite meridional de estas posesiones será la línea media del cauce del Muni hasta el punto en que por primera vez el río Utamboni corta el paralelo 1, siguiendo luego este paralelo hasta el meridiano 9 de París, que constituiría la frontera oriental.

León y Castillo consiguió que Francia renunciase a pedir al Gobierno español que fortificase Elobey, esa renuncia se estipularía con el aprovechamiento común y el libre tránsito del río Muni por parte de los súbditos de ambos países.

Respecto al reembolso por la construcción y el material del faro y los puestos civiles y militares, convinieron León y Castillo y Delcassé, que el embajador español redactara un artículo, estableciendo que agentes locales encargados de delimitaciones, fijaran sobre el terreno el importe de dichas construcciones, pudiendo éste ser inferior, pero nunca superior a los 107.000 francos

solicitados por el Ministro de Colonias francés.

León y Castillo, considerando aceptables las nuevas condiciones, solicitó al Gobierno español su aprobación. El Ministro de Estado consideraba cuatro problemas²¹⁵: consideraba que la frontera norte de Río de Oro debería ser la que resultara de los límites con Marruecos, y no comprendía en qué se fundaba la elección del paralelo 26; respecto a las salinas de Iyil, consideraba que debería pactarse que en ningún caso impondría gravámenes a la exportación de sal hacia las posesiones españolas; en lo referente a Guinea, el Ministro daba menos importancia al medio grado que concedían los franceses que al pago de dinero por edificios que Francia no pudo construir sin modificar el statu quo; por último, el Ministro deseaba que desapareciera la obligación del pago de cantidad alguna, ya que esto causaría mal efecto en España.

En estas condiciones, y a cambio de la cesión de Adrar, podría el Gobierno español aceptar lo que proponía el Gobierno francés.

En cuanto al primer punto, los límites del sur del Imperio de Marruecos no estaban claramente definidos, pero como entre esos límites y los que Francia pretendía reconocer a España al norte del Río de Oro, no existían territorios pertenecientes a ninguna tercera potencia, carecía de razón de ser la pretensión de fijar el paralelo 26 como límite forzoso de los dominios españoles. Lo natural

²¹⁵ LR. Documento Nº 31. Marqués de Aguilar de Campóo a León y Castillo. Madrid, 7-mayo-1900.

era que los límites de Río de Oro concluyeran donde se iniciaran los de Marruecos. Si se consiguiera que fueran atendidos los deseos españoles de señalar como frontera límite norte de los dominios españoles la frontera de dicho Imperio, sin especificar cual fuera ésta, se prejuzgaría la cuestión en favor de España, en el sentido de no correr el riesgo de encontrarse aislada, en época más o menos lejana, por la interposición de territorios pertenecientes a algún país europeo. Además cabo Bojador estaba incluido en los dominios españoles, y cabo Bojador está algo más al norte del paralelo 26.

El Gobierno francés se negaba a reconocer como territorio marroquí la parte de costa comprendida entre el río Draa y Cabo Bojador con su hinterland correspondiente, que, para el Gobierno español, debía tener por límite las posesiones españolas del Río de Oro. Esta cuestión tenía un vivo interés para España, pues la vecindad de dicha costa a las Canarias y el tratarse de territorios limítrofes con posesiones españolas, reconocidas por todos los Gobiernos extranjeros, obligaba a España a oponerse a que pudiera ser ocupada por una tercera potencia. El Gobierno español, al igual que el de la Gran Bretaña, había venido reconociendo como marroquí los territorios comprendidos entre el río Draa y cabo Bojador, y de ponerse en tela de juicio la soberanía del Sultán de Marruecos en esas regiones, y de admitirse que pudieran ser ocupados por una potencia europea, consideraba que ninguna podía hacerlo con más derecho y títulos que España, toda vez que en ello estaba comprometida la

seguridad de las vecinas Canarias. Por esta razón el Gobierno de España planteó el problema ante el de Francia de la siguiente manera:

"O reconocimiento de que los citados territorios son marroquíes y a ellos se extiende el statu quo tácito que subsiste en Marruecos, o se considera, en el caso de reclamar, el preferente derecho de España para ocuparlos con el beneplácito de las principales potencias interesadas"²¹⁶.

El Gobierno español temía que en el futuro Francia ocupara el trozo de costa que, situado frente a las Canarias, y comprendido entre cabo Bojador y río Draa, atribuían unos geógrafos al Imperio marroquí y consideraban otros como territorio inocupado. La importancia que el Gobierno español daba a esa costa no dependía tanto del valor intrínseco de ella, como de los peligros que para la seguridad de Canarias ofrecería su ocupación por una potencia europea; y esa era la razón de que pusiera tanto empeño en obtener del Gobierno francés que quedara reconocido que si la costa entre cabo Bojador y el río Draa no pertenecía al Sultán de Marruecos, sólo podía ser ocupada por España. Pero Delcassé insistía en considerar dicha costa como territorio nullius cuya soberanía estaba a merced del primer ocupante²¹⁷.

²¹⁶ AGA. S. Asuntos Exteriores (AE). IDD. Nº 56. Correspondencia Legación de España en Tánger. Años 1856-1918. C. 3048. Legajo (L) 69. Marqués de Aguilar de Campóo a Ojeda. Madrid, 31-mayo-1900.

²¹⁷ AGA. S. AE. IDD. Nº 77. Correspondencia Embajada de España en Londres. Años 1840-1964. C. 7016. L. 181 bis. Marqués de Aguilar de Campóo a Fermín Lasala y Villanueva, Duque de Mandas, embajador de España en Londres. Madrid, 13-junio-1900.

El segundo punto, respecto a la conveniencia de pactar con Francia que en ningún caso pudiera imponerse gravamen a la exportación de sal de las salinas de Iyil a las posesiones españolas, era importante por la utilidad que podía reportar este acuerdo a los pescadores españoles que en la costa de Río de Oro se dedicaran a la industria de la salazón y que al efecto hicieran traer el mencionado producto del expresado punto.

Respecto a las concesiones que, como compensación, ofrecía Francia a España en Guinea, el Marqués de Aguilar de Campóo aconsejaba a León y Castillo que tenía que resaltar ante Delcassé los derechos españoles al Adrar, como consecuencia de los brillantes trabajos de exploración llevados a cabo por la Sociedad Geográfica Española, cuyos representantes en tan arriesgado y difícil viaje, consiguieron celebrar un Tratado con el jefe de los expresados territorios por el que fueron éstos sometidos a la soberanía de España. Pero los esfuerzos realizados por la Sociedad Geográfica no encontraron en la opinión el eco que debía esperarse; la ocupación nunca llegó a hacerse efectiva; el Tratado no fue publicado en la Gaceta oficial, ni fue ratificado, ni se dio de él conocimiento a las potencias, habiendo llegado entonces, por la fuerza de las circunstancias, al caso de que Francia pretendía recabar para sí esta soberanía, que intentaba fundar en los efectos de un Tratado celebrado seis años después que el español, y que tampoco había sido notificado a las potencias.

Si además de verse obligado el Gobierno español a

la cesión de Adrar, tuviera que satisfacer la exigencia del Gobierno francés de pagar lo que se le pedía en concepto de indemnización por edificios construidos por Francia en Guinea, el efecto producido no sería favorable en España, por lo que recomendaba a León y Castillo que emplease cuantos medios tuviera a su alcance para disuadir a Delcassé de que insistiera sobre ese punto. La razón estaba del lado español ya que los franceses construyeron sus edificios en territorio que de derecho pertenecía a España, alterando el statu quo, lo que dio lugar a la reclamación por parte del Gobierno español contra la construcción del faro situado en Bata, al norte del Río Benito.

Finalmente, el Ministro de Estado español se congratulaba por la buena gestión que llevó a cabo León y Castillo en lo que se refiere a la navegación del río Muni y la no fortificación de sus orillas y de las islas Elobey, así como por el éxito obtenido al conseguir que se ofreciera en Guinea hasta el meridiano 9º²¹⁸.

El 18 de mayo León y Castillo había llegado a un acuerdo con Delcassé, donde sólo faltaba la aprobación de los respectivos Gobiernos²¹⁹. Estos acuerdos eran los siguientes en Río de Oro: en el Convenio no se hablaría de la frontera norte del Río de Oro; el Gobierno francés se comprometía a no imponer derecho alguno de exportación a la sal que fuera de Iyil a las posesiones españolas de Río de

²¹⁸ LR. Documento Nº 31. Marqués de Aguilar de Campóo a León y Castillo. Madrid, 7-mayo-1900.

²¹⁹ LR. Documento Nº 33. León y Castillo al Marqués de Aguilar de Campóo. París, 18-mayo-1900.

Oro. En cuanto al Golfo de Guinea los acuerdos fueron los siguientes: Francia renunciaba a toda indemnización por los faros y puestos civiles y militares que construyó en el territorio cuyo dominio reconocía a España; el límite oriental de las posesiones españolas en el Golfo de Guinea sería el meridiano 9º longitud este de París; ambos Gobiernos aceptaban el libre tránsito del río Muni y el aprovechamiento común de sus aguas para los súbditos de ambos países.

Pero si el acuerdo fue posible en los puntos anteriores, no sucedió lo mismo en lo relativo al Adrar-Tmar. El Ministro de Negocios Extranjeros francés se negó a admitir las pretensiones españolas sobre dicho territorio, alegando que Francia no podía abandonar una comarca que ocupó ignorando la existencia de los Tratados de Iyil, que colonizó, que defendió contra otras tribus y que constituía para Francia el paso entre sus posesiones del Senegal y de Argelia.

Toda la insistencia de León y Castillo a este respecto, chocaba con el abandono de España de este territorio. En 1886, con los Tratados de Iyil, el derecho español a ese territorio tenía un sólido fundamento, pero el proceder en este asunto no fue el correcto, ya que no sólo no se dio publicidad a los Convenios celebrados por los exploradores españoles con los jefes que ocupaban aquellos territorios, sino que ni siquiera se ejerció en ellos acto alguno que revelara la soberanía española. El gran error que cometió el Gobierno español a este respecto fue, que en

catorce años de laboriosas negociaciones, nunca se había ocupado de hablar del Adrar-Tmar. León y Castillo no se atrevió a firmar el Convenio sin antes poner en conocimiento del Gobierno español como estaba la situación respecto a Adrar-Tmar, y solicitó instrucciones sobre si debía aceptar la proposición francesa, por la que España quedaba totalmente excluida de la zona, o si debía seguir negociando para conseguir ese territorio para España²²⁰.

El Ministro de Estado español opinaba que por la debilidad de posición española para defender las adquisiciones del Adrar-Tmar y de Iyil efectuadas en 1886, por la circunstancia de que los pactos celebrados fueron por particulares que no llevaban plenipotencias y porque dichos pactos jamás fueron ratificados, ni sancionados oficialmente, ni publicados en La Gaceta, ni siquiera la ocupación se hizo efectiva y las crecientes pretensiones de Francia en su movimiento de expansión por el Sahara, con el evidente propósito de realizar cuanto antes y en las mejores condiciones, su antiguo y acariciado proyecto de unir Argelia con Senegal, era aconsejable poner rápido término a las negociaciones pendientes de delimitación, para evitar posibles y mayores exigencias por parte de Francia²²¹.

El 27 de junio de 1900 se firmó en París el Convenio definitivo de delimitación de las posesiones españolas y francesas en la costa occidental de Africa. El

²²⁰ Ibidem.

²²¹ AGA. S. AE. IDD. Nº 56. Correspondencia Legación de España en Tánger. Años 1858-1918. C. 3048. L. 69. Marqués de Aguilar de Campóo a Ojeda. Madrid, 31-mayo-1900.

texto se compone de 10 artículos y tres anejos.

El 11 de diciembre de 1900 los Gobiernos español y francés firmaron una Declaración, por la cual, de común acuerdo, deseaban prorrogar el canje de ratificaciones del Convenio referente a la delimitación de las posesiones de ambos países en el Sahara occidental y el Golfo de Guinea, para el 17 de marzo de 1901, o antes si fuera posible. El día 13 de diciembre se presentó en el Senado español el proyecto de ley referente al Tratado entre España y Francia para determinar los límites de las posesiones de ambos países en la costa occidental de Africa²²². Finalmente, el canje de las ratificaciones sobre el Convenio de delimitación de las posesiones de España y Francia en el Sahara occidental y el Golfo de Guinea, se produjo en París el 22 de Marzo de 1901.

Para el Gobierno español fue un éxito importante la renuncia por parte de Francia a toda indemnización por los faros y puertos civiles y militares que había construido en Guinea, éxito no sólo por las ventajas materiales que suponía para el Tesoro español, sino por la importancia que tuvo para España, dadas las gestiones que venía practicando acerca del statu quo. También fue un éxito para España el haber logrado el meridiano 9º como límite oriental de las posesiones españolas de Guinea, en lugar del 8 y medio, y el haber conseguido el libre tránsito del río Muni y el aprovechamiento común de sus aguas. En cambio, el no haber

²²² DSS. L. 1900-1901. D. 18, 13-diciembre-1900. Marqués de Aguilar de Campóo. P. 222.

conseguido nada con respecto a Adrar-Tmar no fue culpa del Gobierno conservador de Silvela, que había estado llevando a cabo las negociaciones, sino que se debió a errores que se cometieron con anterioridad, y lo que ocurrió fue que el Gobierno español tuvo que aceptar la decisión francesa. España obtenía, por virtud del nuevo Tratado, el reconocimiento de su soberanía plena sobre una extensión igual a dos quintas partes de la Metrópoli. El interés que tuvo para España este Convenio era doble: comercial y político²²³. Sobre todo comercial era la ventaja que había de reportarle la indiscutida posesión de Fernando Póo, con sus dependencias en el golfo y continente de Guinea, región regada por cauces fluviales tan importantes como el San Benito, el Campo y el Muni. Importante era la zona del continente para el cultivo y la isla de Fernando Póo tenía una gran riqueza forestal. La importancia del protectorado de Río de Oro era política, ya que por ser fronterizo al archipiélago canario y estar situado a espaldas del Imperio marroquí, revestía para España un carácter de trascendental interés²²⁴. Francia estaba tratando de convencer a España, mediante estos cuasi regalos, para que abriera, juntamente con ella, la cuestión marroquí, pero semejante aventura implicaba, para los gobernantes españoles que habían vivido la experiencia del Desastre, un riesgo demasiado grande, habida cuenta del estado de depresión colectiva que la

²²³ MOUSSET, La política..., p. 123.

²²⁴ Ibidem, p. 124.

derrota proyecto sobre la sociedad española²²⁵.

La prensa española mostró opiniones diversas en cuanto a los resultados de la firma de este Tratado. Para La Epoca, diario conservador, en España se podían felicitar por el hecho de haber llegado a este acuerdo, ya que la serie de las desgracias y de las pérdidas parecía ininterrumpida, las amistosas relaciones con Francia se afirmaban y concluía una negociación que parecía interminable. El nuevo Tratado significaba una puerta abierta sobre el porvenir, cuando parecía que todas estaban cerradas, y la ventaja positiva e inmediata del Tratado era la de estrechar las cordiales relaciones con Francia²²⁶. Heraldo de Madrid, periódico independiente, y El Correo, liberal, coincidían en que lo que tenía que hacer España en esos territorios era extender allí su acción, contribuir a la propagación y afianzamiento de la civilización europea para que esas tierras no sufrieran el abandono y la indiferencia²²⁷. Otra de las ventajas del Tratado para La Epoca y Heraldo de Madrid consistía en la importancia que tenía la proximidad del Sahara con las islas Canarias, ya que desaparecería el riesgo de que en la vecina costa otra potencia pudiera establecerse²²⁸. Por último, El Correo, La Epoca y Heraldo de Madrid destacaban y elogiaban la gran labor llevada a

²²⁵ SECO SERRANO, La España..., p. 234.

²²⁶ La Epoca, 1-julio-1900.

²²⁷ El Correo, Heraldo de Madrid, 2-julio-1900.

²²⁸ La Epoca, 3-julio-1900, Heraldo de Madrid, 2-julio-1900.

cabo por el embajador español en París, León y Castillo, en la negociación y posterior firma del Tratado²²⁹.

Opiniones contrarias mostraron El Ejército español, publicación militar, El Liberal, de tendencia liberal, y El País, periódico republicano. Coincidían las tres publicaciones en afirmar que por esta Tratado Francia se había llevado la mejor parte, dejando para España los territorios de menor valor. Para El País como Francia no pudo quedarse con todo dejó para España "unos cuantos países inhabitables"²³⁰. Para El Liberal "Francia, en virtud del Tratado consabido, afirma al oeste y al sur su frontera argelina de penetración, ... y nos otorga de gracia menos de la mitad de lo que nos correspondía por fuero"²³¹. Por último para El Ejército español:

"El Tratado famosísimo del Muni, obra maestra del Sr. León y Castillo, resolvió el problema de dividir una cosa que era sólo nuestra, dándole a Francia toda la carne y dejándonos a nosotros el hueso...

¡Y aún hubo quien cotizó el arreglo como un triunfo inmenso de nuestra previsora diplomacia!"²³².

²²⁹ El Correo, Herald de Madrid, 2-julio-1900, La Epoca, 12-julio-1900.

²³⁰ El País, 4-julio-1900.

²³¹ El Liberal, 3-julio-1900.

²³² El Ejército español, 4-octubre-1904.

**4. CESION A LOS ESTADOS UNIDOS DE LAS ISLAS DE SIBUTU
Y CAGAYAN DE JOLO. WASHINGTON, 7 DE NOVIEMBRE DE
1900**

El Tratado de paz hispano-norteamericano firmado en París el 10 de diciembre de 1898, determina detalladamente en su artículo tercero los territorios del Océano Pacífico y del mar de la China, cuya soberanía cedía España a los Estados Unidos. Dicho artículo marca con toda precisión las líneas que comprendían los territorios cedidos, mientras que el artículo segundo designa con toda claridad el territorio, que hallándose fuera de esas líneas, era también cedido a los Estados Unidos.

El Gobierno español se basaba en los artículos anteriormente citados para reclamar la soberanía de las islas Sibutú y Cagayán de Joló, ya que fuera de lo que marcaba el Tratado, todos los territorios de aquellos mares no mencionados, quedaban bajo la soberanía española. En ese caso se hallaban las islas Carolinas y Marianas, excepto Guam, que posteriormente fueron cedidas a Alemania, y en el mismo caso se encontraban las islas de Sibutú y Cagayán de Joló. Estas dos islas se hallan al oeste del meridiano de longitud 119° 35' este de Greenwich, y al sur del paralelo de latitud 7° 40' norte; y, por tanto, alegaba España, estaban sin duda fuera de las líneas que con toda exactitud fija el Tratado de París señalando los territorios que España cedía a los Estados Unidos²³³.

²³³ Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1900 por el Ministro de Estado (Marqués de Aguilar de Campóo). Negociaciones de un Tratado de cesión a los Estados

Al negociar el mencionado Tratado, los delegados americanos impusieron la demarcación que les pareció conveniente y los delegados españoles lo aceptaron, pues no tenían medio de resistirse. Para el Gobierno español, los delegados americanos tuvieron cuidado de que el Tratado expresara los territorios que quedaban fuera de la demarcación, y cuya soberanía pasaba también a los Estados Unidos, tal como la isla de Guam. Fue, pues, consideraba el Gobierno español deliberadamente por parte de los americanos, que quedó a España la soberanía y posesión de Sibutú y Cagayán de Joló²³⁴.

El punto de vista del Gobierno americano respecto a la interpretación del Tratado de París era distinto. Para el Gobierno americano, el hecho más saliente y positivo de las negociaciones de paz fue la demanda de los comisionados de los Estados Unidos, de que España se retirara por completo y transfiriera por completo a los Estados Unidos las islas del archipiélago filipino, sin reserva de soberanía alguna. Los comisionados americanos creían que esta cesión comprendía todo derecho territorial de soberanía y propiedad de España en aquella parte del Pacífico occidental. El pacto sobre el cual insistieron los negociadores americanos, fue el de que todo derecho de soberanía española sobre el archipiélago filipino pasara a

Unidos de las islas de Sibutú y Cagayán de Joló. Madrid, 1900. Libro Rojo (LR). Anejo al documento N^o 3. José Brunetti y Gayoso, Duque de Arcos, embajador de España en Washington, a Silvela. Washington, 6-febrero-1900.

²³⁴ Ibidem.

los Estados Unidos. Consideran por ello que España también cedió a Estados Unidos la soberanía de estas dos islas. Más tarde el Gobierno americano reconoció que estas dos islas se encontraban fuera de los límites marcados por el Tratado de 1898, aunque señalaron que España nunca las administró directamente y que, tras la guerra del 98, se fueron de allí los agentes españoles²³⁵.

El Gobierno español se enteró por la prensa de que las autoridades americanas de Filipinas habían tomado posesión y ocupado militarmente la isla de Sibutú. En ese momento, España reclamó la soberanía sobre estas dos islas y protestó ante la ocupación de Sibutú²³⁶.

El Duque de Arcos, embajador español en Washington, fue el encargado de enviar una Nota, el 6 de febrero de 1900, al Secretario de Estado norteamericano, protestando por la ocupación²³⁷. Comenzaba afirmando la soberanía española sobre las dos islas mencionadas, ya que por el artículo tercero del Tratado de París habían quedado fuera de los límites que los americanos designaron como territorios que España debía cederlos, y que España aceptó porque no podía hacer otra cosa. Continuaba el Duque de Arcos reconociendo que el Gobierno español tenía conocimiento de que la prensa americana, en octubre de 1899,

²³⁵ LR. Anejo Nº 1 al documento Nº 9. Hay, Secretario de Estado de Estados Unidos, al Duque de Arcos. Washington, 7-abril-1900.

²³⁶ LR. Documento Nº 1. Silvela al Duque de Arcos. Madrid, 15-enero-1900.

²³⁷ LR. Anejo al documento Nº 3. Duque de Arcos a Silvela. Washington, 6-febrero-1900.

discutía la soberanía de estas islas, pero no prestaron atención. Si quedó sorprendido ante la ocupación de la isla de Sibutú. Esta ocupación podía no ser cierta; también podía haberse llevado a cabo sin conocimiento del Gobierno americano, ante lo cual el Duque de Arcos solicitaba que fuera desocupada; y, por último, si esa ocupación había sido hecha con el consentimiento y la aprobación del Gobierno norteamericano se veía obligado a protestar ante este hecho.

El día 28 de febrero de 1900, el Duque de Arcos todavía no había recibido contestación oficial del Gobierno norteamericano, sólo recibió una Nota en la que le comunicaban que habían recibido la Nota española, pero que era un tema tan importante que tenían que tratarlo detenidamente. El Duque de Arcos mantuvo una entrevista con el Secretario de Estado norteamericano Hay en la que éste sólo dijo que tenían que estudiar el tema, y que dejar fuera esas dos islas cuando se firmó el Tratado de París fue un error cometido por los delegados norteamericanos. Para el embajador español el argumento principal para los norteamericanos estribaría en que en los Contratos había que tener en cuenta la intención de los contratantes, y en este caso la intención de Estados Unidos, con el consentimiento de España, era obtener la posesión de todo el grupo de islas Filipinas y Joló. Esto sería fácil de rebatir para el Gobierno español²³⁸.

El 7 de abril, el Secretario de Estado

²³⁸ LR. Documento Nº 7. Duque de Arcos a Silvela. Washington, 28-febrero-1900.

norteamericano, contestó a la Nota que envió el embajador español, y manifestaba la intención del Gobierno americano de conservar el dominio de las dos islas. La razón defendida por los norteamericanos era la indudable intención de los Estados Unidos, al hacer el Tratado de paz, de obtener la completa cesión de todos los territorios que forman los archipiélagos de Filipinas y Joló, con el consentimiento de España²³⁹. El Gobierno norteamericano tardó algún tiempo en contestar la Nota española ya que los norteamericanos estuvieron tomando informes exactos sobre la situación de las islas y buscando razones para defender su soberanía sobre las islas de Sibutú y Cagayán de Joló.

La isla de Sibutú, afirmaba Hay, no fue ocupada en virtud de órdenes directas de Washington, tomaron posesión de la isla los buques de la Armada de los Estados Unidos, con objeto de cumplir el deber evidente de los agentes del Gobierno norteamericano, de cuidar por la conservación del orden y la ley en todas las partes del grupo de las Filipinas. Para el Secretario de Estado norteamericano el hecho más importante de las negociaciones de paz, fue la demanda de los Comisionados de los Estados Unidos, de que España se retirara por completo y transfiriera por completo a los Estados Unidos las islas del archipiélago Filipino; por esto el Gobierno americano creyó que, por el Tratado, España había cedido todo el territorio, incluidas estas dos islas. Para Hay, estas islas no habían sido administradas

²³⁹ LR. Anejo N^o 1 al Documento N^o 9. Duque de Arcos a Silvela. Washington, 11-abril-1900.

por España directamente, eran administradas por agentes sulúes, bajo una forma de inspección residente por parte de los agentes españoles, que habían sido retirados por la guerra. Concluía su Nota afirmando que el efecto de la ocupación de las islas por las fuerzas navales de los Estados Unidos no fue el establecer un Gobierno aislado, sino confirmar su dependencia e identidad con la vida administrativa del grupo mahometano de las Filipinas. Ni la situación ni la importancia material de las dos islas permitía que se mantuvieran bajo un Gobierno distinto, no se imaginaba que fueran separadas de todas las esferas de administración que la rodeaban, ya que podía dar lugar a la creación de un foco de perturbación para los bienes y la paz de sus vecinos²⁴⁰.

El embajador español no estaba de acuerdo con las afirmaciones de Hay. Ambos Gobiernos debían admitir lo que estaba escrito en el Tratado de paz de 1898, y no suponer las intenciones de los negociadores, y, por tanto, las islas de Sibutú y Cagayán de Joló estaban bajo soberanía española porque quedaron fuera de los límites que los americanos señalaron. Concluía afirmando que, aunque el valor de las islas para España era poco o ninguno, no podía abandonar un territorio que pertenecía a la nación. Si Estados Unidos quería el dominio de estas islas tenía que recordar que eran propiedad legítima de España aunque tuvieran el poder para

²⁴⁰ Ibidem.

conseguirlo²⁴¹.

El Secretario de Estado de los Estados Unidos se sintió molesto ante la insinuación del embajador español de que podían tomar las islas por la fuerza, afirmaba que lo que quería era llegar a un acuerdo con España, por tanto la cuestión de las islas de Sibutú y Cagayán de Joló había quedado abierta. Ante esta situación el embajador español escribió al Ministro de Estado español, Marqués de Aguilar de Campóo, para saber cual era la idea que tenía al respecto el Gobierno español²⁴².

Una vez reconocida la soberanía de España sobre las islas Cagayán de Joló y Sibutú, quedando a salvo el derecho español, el Gobierno español autorizaba al embajador español a gestionar la venta de estas islas a los Estados Unidos, o que la cuestión fuera sometida a arbitraje. El Gobierno español estaba dispuesto a ceder las islas a Estados Unidos²⁴³.

En una entrevista que el Duque de Arcos mantuvo con Hay, volvió a insistirle en que el Gobierno español seguía afirmando que el Tratado de París debía cumplirse en sus preceptos claros y precisos, por tanto, seguía afirmando la soberanía española sobre aquellas islas. También le comunicó que España no había tratado ni con Alemania ni con

²⁴¹ LR. Anejo Nº 2 al documento Nº 9. Duque de Arcos a Hay. Washington, 10-abril-1900.

²⁴² LR. Documento Nº 10. Duque de arcos al Marqués de Aguilar de Campóo. Washington, 19-abril-1900.

²⁴³ LR. Documento Nº 11. Marqués de Aguilar de Campóo al Duque de Arcos. Madrid, 12-mayo-1900.

ninguna otra potencia; reconocida su soberanía y no siendo las islas de utilidad para España, trataría de disponer de ellas de alguna manera, y que tal vez a la primera potencia a quien las ofreciera fuera a los Estados Unidos, como principales interesados. Entonces Hay, manteniéndose en que la soberanía de esas islas era de los Estados Unidos, preguntó muy confidencialmente, cual sería el precio que España aceptaría por ellas²⁴⁴.

Las órdenes que el Marqués de Aguilar de Campóo envió desde Madrid, respecto al dinero solicitado por las islas, fue que se pidieran cien mil dólares, que era una indemnización muy moderada²⁴⁵. El Gobierno americano ofrecía cincuenta mil dólares, cantidad que al español le parecía muy poco, mientras afirmaba que si no llegaban a un acuerdo se volvería al punto de partida, y los americanos reclamarían como suyas las islas.

Todo el interés que tenían los Estados Unidos en aquellas islas era ocuparlas para que no pertenecieran a una tercera potencia. Pero si no llegaban a un acuerdo los dos Gobiernos y quedaran como posesiones españolas sería, por una parte, un triunfo moral para España, pero por otro, sólo traería complicaciones a España ya que tendría que ocuparlas y preocuparse de ellas porque si no los americanos no tardarían mucho en volver a ocuparlas, lo que provocaría de nuevo conflictos con Estados Unidos. El embajador español no

²⁴⁴ LR. Documento N° 14. Duque de Arcos al Marqués de Aguilar de Campóo. Washington, 22-mayo-1900.

²⁴⁵ LR. Documento N° 15. Marqués de Aguilar de Campóo al Duque de Arcos. Madrid, 26-mayo-1900.

daba por terminadas las negociaciones y seguía trabajando para obtener la cantidad que solicitaba el Gobierno español. El embajador español mantuvo una entrevista con Hay en la que le expuso que España no podía aceptar la oferta hecha por los Estados Unidos, ya que en las Cortes españolas no causaría buen efecto el anuncio de haber vendido dos islas por cincuenta mil dólares. Después de lo ocurrido en 1898, no estaba dispuesta España a hacer ningún regalo a los Estados Unidos. En cuanto a las Cámaras americanas, si opinaban que estas islas no pertenecían a España, no tenía que dar cantidad alguna, pero, si por el contrario, consideraban que sí pertenecían, no tenían que tener inconveniente en dar los cien mil dólares que solicitaba España. La respuesta dada por Hay fue que haría otro esfuerzo cerca del Presidente y de sus colegas de Gabinete para obtener la cantidad que solicitaba el Gobierno español²⁴⁶.

El Gobierno americano, finalmente, aceptó la cantidad que España solicitaba y el Secretario de Estado norteamericano entregó al embajador español un proyecto de Convenio que fue aceptado por el Gobierno español. El 7 de noviembre de 1900, en Washington, fue firmado el Tratado de cesión de las islas Sibutú y Cagayán de Joló. Firmaron, por parte de España el embajador español en Washington, Duque de Arcos, y por parte norteamericana el Secretario de Estado de los Estados Unidos, John Hay.

²⁴⁶ LR. Documento Nº 21. Duque de Arcos al Marqués de Aguilar de Campóo. Washington, 30-junio-1899.

En el preámbulo se pone de manifiesto que ambos países, para evitar cualquier desavenencia a que pudiera dar lugar la interpretación del artículo tercero del Tratado de paz firmado por ambos países en diciembre de 1898, en virtud del cual España cede a los Estados Unidos el archipiélago de las Islas Filipinas, que constituyen las islas situadas dentro de los límites que en él se expresan, decidieron celebrar un Tratado.

El Tratado consta de un artículo único, donde España renuncia en favor de los Estados Unidos a todo derecho que, al firmar el Tratado de paz, hubiese podido tener sobre las islas que quedaron fuera de los límites especificados por el artículo tercero del Tratado de paz, y concretamente las islas de Cagayán de Joló y Sibutú.

En atención a esta renuncia hecha por España, los Estados Unidos pagarían a España cien mil dólares en el plazo de seis meses, desde el canje de las ratificaciones.

El Tratado fue ratificado por la Reina Regente y por el Presidente de los Estados Unidos. Las ratificaciones fueron canjeadas en Washington el 27 de marzo de 1901.

La prensa española se ocupó del Tratado de cesión de las islas de Sibutú y Cagayán de Joló. Para el periódico militar El Ejército español, estas islas eran los últimos restos del riquísimo Imperio español, "pobres islas a las que nunca miramos a la cara"²⁴⁷. Esta crónica apareció en El Ejército español cuando los Gobiernos español y norteamericano se encontraban negociando, y en este

²⁴⁷ El Ejército español, 27-julio-1900.

periódico eran partidarios de que España aceptara vender estas islas tomando lo que ofrecían los Estados Unidos aunque no fuera suficiente, ya que de otra forma Estados Unidos podía arrebatarse las islas a España y ésta se quedaría sin las islas y sin el dinero que ofrecía Estados Unidos²⁴⁸.

Una opinión contraria aparece en el diario republicano El País, ya que no se mostraban partidarios de que España vendiese estas islas, si no que continuara manteniendo su soberanía sobre ellas, y si Estados Unidos declaraba la guerra a España y se apoderaba por la fuerza de aquellas islas era "mejor para nuestra honra el que se llevase a cabo ese acto de violencia, que aumentaría el capítulo de culpas piadosas de nuestros enemigos"²⁴⁹.

²⁴⁸ Ibidem.

²⁴⁹ El País, 10-noviembre-1900.

CAPITULO TERCERO: EL REPARTO DE MARRUECOS

CAPITULO TERCERO: EL REPARTO DE MARRUECOS

1. LA PRESENCIA DE LAS POTENCIAS EUROPEAS EN MARRUECOS

A principios del siglo XX, Marruecos era un Estado Soberano por el que los europeos mostraban creciente interés, pero que durante mucho tiempo se había resistido a la penetración política y económica extranjera. Era un Estado islámico independiente gobernado por un Sultán y un pequeño consejo, el Majzen, y tenía un sistema administrativo primitivo semejante al de un Estado Feudal europeo.

El país estaba dividido en dos partes. El blen el-majezen, que abarcaba la zona atlántica, desde Mogador a Tánger, y se extendía por el interior hasta las montañas hasta Marraquex en el sur y Fez en el noreste, estaba gobernado más o menos por el Sultán desde su capital en Fez a través de una jerarquía de gobernadores y administradores subordinados. El resto del Imperio, el bled el-siba, cuyas fronteras eran indeterminadas, reconocía la autoridad espiritual del Sultán, pero no estaba bajo su control efectivo. Esta era una región de tribus beréberes en gran parte independientes, empeñadas en guerras periódicas. Pero como el bled el-siba estaba en las fronteras de Argelia, su crónico desorden era una preocupación importante para los franceses y un motivo de disputas con el Sultán²⁵⁰.

El rasgo más significativo de Marruecos, en

²⁵⁰ FIELDHOUSE, Economía e Imperio..., p. 306.

función de la actividad económica europea del siglo XIX, era el intento de los sucesivos Sultanes para aislar al país de la influencia extranjera; desconfiaban de todos los infieles y no sentían necesidad alguna del comercio o la inversión de los europeos. La paradoja de Marruecos a fines del siglo XIX fue que, estando muy cerca de Europa y siendo un campo evidente para el comercio y la inversión, de hecho estaba cerrado a la iniciativa europea por un Gobierno islámico, firmemente apoyado por un pueblo que no deseaba ser modernizado por los infieles. Dada la distinta fortaleza de las dos partes, era inevitable que los europeos finalmente superaran estas resistencias. La cuestión estribaba en si la penetración europea se limitaría a la empresa económica, apoyada por presiones políticas, o si tomaría la forma de control político por parte de alguna de las mayores potencias europeas. Hasta comienzos del siglo XX pareció posible que Marruecos retuviera una independencia nominal mientras concediese plenas oportunidades a la iniciativa económica extranjera. Las potencias europeas venían imponiendo un vasto tejido de reglamentaciones, retomando los privilegios adquiridos individualmente, generalizándolos por el sistema de la cláusula de nación más favorecida, atentando así gravemente a la autoridad del Sultán y a la soberanía nacional de Marruecos²⁵¹.

El Tratado comercial anglo-marroquí firmado en 1856, determinó el carácter de la actividad económica europea en Marruecos durante casi medio siglo. Los Acuerdos

²⁵¹ BERRAMDANE, Le Maroc..., p. 22.

anglo-marroquíes de 9 de diciembre de 1856 (Tratado general y Acuerdo comercial) preveían la libertad económica y la igualdad comercial con la cláusula de nación más favorecida, las exenciones fiscales para los súbditos británicos, la ampliación del número de protegidos marroquíes y el afianzamiento del papel de las jurisdicciones consulares²⁵². El comercio exterior quedaba restringido, sin embargo, a cuatro puertos atlánticos: Mogador, Mazagán, Casablanca y Tánger; el resto de los puertos permanecían cerrados. Las concesiones obtenidas por los ingleses marcaron el punto de partida de la penetración económica europea en Marruecos²⁵³. Estos Tratados anglo-marroquíes sirvieron de modelo a los Tratados hispano-marroquíes de 26 de abril de 1860 y 20 de noviembre de 1861, y fueron reforzados, en lo que compete a la protección, por el "reglamento relativo a la protección" firmado entre Marruecos y Francia el 19 de agosto de 1863. Por el juego de la cláusula de nación más favorecida, estas diferentes ventajas aprovecharon al conjunto de los países europeos. La penetración económica, financiera y política fue organizada jurídicamente²⁵⁴.

Aunque nuevos puertos fueron abiertos al comercio exterior, en esencia la situación política cambió muy poco entre 1856 y 1900. Sin embargo, Marruecos fue abierto al comercio exterior en condiciones más favorables y se vinculó cada vez más al mercado internacional. Aunque la penetración

²⁵² Ibidem.

²⁵³ FIELDHOUSE, Economía e Imperio..., p. 308.

²⁵⁴ BERRAMDANE, Le Maroc..., p. 22.

extranjera en la economía indígena siguió siendo limitada, y a pesar del conservadurismo del Gobierno marroquí, la libertad de comercio produjo un crecimiento muy importante de la actividad económica europea en Marruecos con anterioridad a 1900²⁵⁵.

Inglaterra se interesó por Marruecos desde un doble punto de vista: económico y estratégico. Líder del comercio europeo desde la segunda mitad del siglo XVIII, no quería en modo alguno ser desplazada por otra potencia en Marruecos²⁵⁶. Gran Bretaña fue la iniciadora del comercio en gran escala con Marruecos. Aunque su predominio comercial decayó en la última parte del siglo XIX, Gran Bretaña era todavía en 1904 el principal participante en el comercio marroquí. Los intereses económicos británicos en Marruecos estaban relacionados con el comercio y la navegación. El interés estratégico era evidente. Tánger controlaba potencialmente la entrada al Mediterráneo y, después de 1869, la ruta al canal de Suez. Era crucial también para la seguridad de Gibraltar como base naval importante. Hasta 1903 fue un principio claro de la política exterior británica no permitir que ninguna otra potencia europea adquiriese predominio político en Marruecos, y aun menos que controlara su costa. A la inversa, a pesar de su supremacía comercial y de sus intereses estratégicos, en ningún momento hubo ninguna posibilidad seria de que Gran Bretaña se anexionara Marruecos o impusiera un protectorado sobre este

²⁵⁵ FIELDHOUSE, Economía e Imperio..., pp. 308-309.

²⁵⁶ BERRAMDANE, Le Maroc..., p. 18.

país. Los objetivos británicos en Marruecos después de 1900 continuaban siendo precisamente los mismos que antes de 1890: mantener la puerta abierta e impedir el control político por Francia o cualquier otro Estado europeo²⁵⁷.

Para Francia, Marruecos constituía también un interés nacional de primer orden, pero en su caso la importancia de las consideraciones económicas y políticas era diferente. Por el lado político el hecho obvio y dominante era que Marruecos era vecino de Argelia, foco principal de las ambiciones francesas en Africa del norte²⁵⁸. Desde 1830, Francia, instalada en Argelia, soñaba completar su Imperio en Africa del norte y tendía a multiplicar los puntos de anclaje para su comercio y sus barcos. Francia estimaba que Marruecos le correspondía en virtud del derecho de preferencia colonial, pues ella estaba en Africa del norte, y por motivos de igualdad estratégica, no podía dejar a Inglaterra o a España disponer de las dos orillas del Estrecho, ya que esto constituiría una amenaza para la seguridad argelina²⁵⁹.

Los intereses económicos franceses en Marruecos eran los más importantes después de los de Gran Bretaña. Durante mucho tiempo Francia se interesó más por Marruecos como fuente de materias primas que como mercado para los productos franceses. El Tratado comercial de 1863 estimuló el desarrollo comercial y fomentó el transporte marítimo

²⁵⁷ FIELDHOUSE, Economía e Imperio..., pp. 309 y ss.

²⁵⁸ Ibidem, p. 317.

²⁵⁹ BERRAMDANE, Le Maroc..., p. 18.

francés²⁶⁰.

Entre 1879 y 1904 la política oficial francesa en Marruecos había vacilado de manera considerable. Esta vacilación fue en parte una respuesta a factores externos. Por un lado, las grandes potencias, en particular Gran Bretaña, no estaban dispuestas a aceptar la preponderancia francesa en Marruecos, por otro, el Majzen se resistía a los intentos de cualquier potencia extranjera para establecer un control único. Pero la opinión francesa misma estaba dividida y dudosa. En su mayor parte el Quai d'Orsay se contentaba con mantener el statu quo hasta que un cambio en la actitud marroquí ofreciera la ocasión para una intervención francesa diferente. La opinión parlamentaria era por lo general indiferente, y no existió ningún grupo de presión metropolitano firmemente organizado hasta 1902. Por el contrario, existieron fuertes y firmes demandas de intervención por parte de los franceses de Argelia y del pequeño grupo francés residente en Tánger. En 1880 el Gobierno francés, bajo la presión de Argelia y animado por la preponderancia temporal de la influencia francesa en Fez, adoptó una política de penetración pacífica en Marruecos. Los sucesivos Gobiernos franceses se concentraron en mantener el statu quo. Mientras el Majzen permaneciera hostil a la penetración extranjera y las rivalidades intereuropeas impidieran el control unilateral o el reparto, esta era la política más conveniente para Francia. Ni París ni Argelia cesaron de considerar a Marruecos como una esfera

²⁶⁰ FIELDHOUSE, Economía e Imperio..., p.318.

francesa de interés. Pero el Quai d'Orsay estaba dispuesto a esperar hasta que las condiciones en Marruecos y Europa fueran favorables a un enfoque más positivo²⁶¹.

Alemania se negaba totalmente a abandonar su parte del "pastel colonial". Marruecos le interesaba porque era, en primer lugar, un punto ideal de observación de Francia y de regularización de su avance colonial; era a la vez un medio de desviar la política francesa de Alsacia-Lorena por una política colonial de distracción, y era, en fin, una carta a jugar en las rivalidades franco-anglo-españolas para obtener justas compensaciones coloniales²⁶².

La clave de la política alemana después de 1900 era la consideración de que, en términos políticos y estratégicos, Marruecos estaba disponible. Esto no implicaba que los estadistas alemanes se despreocuparan de su futuro, sino que podían concentrarse en dos aspectos limitados de la cuestión marroquí: la protección de las oportunidades existentes y potenciales del comercio, la inversión y la producción alemanas en Marruecos; y el precio diplomático que podía obtener Alemania por permitir a Francia o a otras potencias que establecieran allí un control político²⁶³.

El rasgo más sorprendente de la actividad económica de Alemania en Marruecos fue la velocidad con que se desarrolló a partir de una pequeña base en los veinte años anteriores a 1900. La actividad comercial alemana en la

²⁶¹ Ibidem, pp. 321 y ss.

²⁶² BERRAMDANE, Le Maroc..., p.18.

²⁶³ FIELDHOUSE, Economía e Imperio..., p. 324.

zona formaba parte de un intento deliberado de abrir nuevos mercados y de conseguir materias primas, y esto en gran parte explica su notable éxito. Esto no quiere decir que los intereses económicos en Alemania desearan de manera positiva el control territorial alemán de Marruecos. En Alemania se daban por contentos con que Marruecos siguiera siendo un Estado nominalmente independiente y eran conscientes de que el reparto entre las potencias podía muy bien excluir a Alemania de las zonas en que estaba establecido el grueso de su comercio²⁶⁴.

Mucho mayor entusiasmo, en los primeros años de la década de 1900, pusieron los grupos que tradicionalmente mantenían doctrinas imperialistas. La demanda la iniciaron los geógrafos y los académicos, y su ejemplo fue seguido por otras organizaciones coloniales, muchas de las cuales veían en Marruecos una posible compensación por las admitidas limitaciones de las posesiones alemanas existentes en Africa y en el Pacífico. En 1900 la Liga Pan-Alemana se adhirió a la causa y recibió apoyo de la Liga de la Armada, que percibía el valor de una base naval en Marruecos. La prensa alemana en su conjunto no estaba impresionada por las peticiones de control territorial. La mayoría de los periódicos sostenían que políticamente sería impracticable para Alemania anexionarse Marruecos y que los objetivos económicos podían obtenerse por otros medios. Por otra parte, se sostenía, por lo general, que Alemania tenía derecho a ser consultada antes de hacerse cualquier cambio

²⁶⁴ Ibidem, pp. 324 y ss.

importante en el status político de Marruecos y que debía insistir en la puerta abierta y la igualdad de oportunidades para el comercio y la inversión. Estas actitudes eran reflejadas por la gran mayoría del Reichstag²⁶⁵.

Después de 1901 el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán seguía la política de sostener la influencia alemana en Fez con el doble objetivo de impedir la primacía política francesa y de obtener las mejores oportunidades económicas posibles para los negocios alemanes. No existía, por otra parte, ningún deseo o expectativa seria de que Alemania adquiriera territorio en Marruecos.

2. LA POSICION ESPAÑOLA

De todos los Estados europeos, España probablemente era el más afectado por las cuestiones marroquíes. Las cruzadas de los siglos XV y XVI contra Marruecos, que habían dado por resultado los cuatro pequeños enclaves españoles, proporcionaban una base emotiva para las actitudes del siglo XIX. La proximidad geográfica y la presencia de algunos miles de colonos españoles en Marruecos, reforzaba la creencia de que, si algún Estado europeo tenía derecho a dominar Marruecos, ese debía ser España. Además España reclamaba el derecho a controlar la región sur de la costa atlántica, el protectorado de Río de Oro, por virtud del dominio español de las islas Canarias.

²⁶⁵ Ibidem, p. 329.

Apoyaba estas reclamaciones el hecho de que España desempeñaba un papel importante en el comercio europeo con Marruecos. España era un competidor muy débil de los grandes países industrializados del norte de Europa, pero como cuarto de los grandes participantes en el comercio de Marruecos, su derecho a tomar parte activa en las decisiones internacionales sobre el futuro de este país era innegable²⁶⁶.

España había sido la primera potencia extranjera en intentar adquirir territorio marroquí en el siglo XIX. Durante la década de 1850 la opinión española fue alertada por la creciente actividad comercial británica en Marruecos y por la extensión del poder francés en Argelia. O'Donnell, nombrado Primer Ministro en 1858, vio la aventura marroquí como una empresa popular que podía reforzar el apoyo a su Gobierno y a la Corona. El desorden político de Marruecos, la captura de un barco español y una serie de asuntos menores que culminaron en la destrucción de una nueva fortificación construida en Ceuta en 1859, proporcionaron la excusa para la acción. En octubre de 1859 se declaró la guerra. El objetivo de España era anexionarse toda la región norte de Marruecos, incluyendo Larache, Tánger y Tetuán. Larache fue tomada fácilmente, y a principios de 1860 Tánger parecía a punto de caer. En ese punto los británicos, que se habían opuesto a la empresa desde el principio, intervinieron. Madrid desistió de sus pretensiones y se hizo la paz en mayo de 1860. España obtuvo la clarificación de

²⁶⁶ Ibidem, p. 332.

las fronteras de Ceuta y Melilla y fueron reconocidos sus derechos a Río de Oro. Recibió una indemnización, obtuvo el derecho exclusivo a mantener una representación diplomática en Fez y consiguió una promesa de libertad para las misiones cristianas en todo el Imperio marroquí²⁶⁷.

Si España hubiera sido una gran potencia, este acuerdo podía haber conducido finalmente a la primacía política en Marruecos. Pero como potencia menor, España no pudo utilizar sus considerables ventajas. Sobre esta base, la política española en Marruecos era firme. Madrid esperaba que España podía llegar a adquirir territorio en Marruecos si otras potencias decidían un reparto. Mientras tanto utilizaba sus recursos diplomáticos para que Marruecos continuara siendo independiente. Su recompensa fue que Gran Bretaña, Francia y Alemania aceptaron el derecho de España a ser consultada. Madrid daba por supuesto que España recibiría una parte cuando el reparto fuera considerado.

Las contrapuestas ambiciones de Inglaterra y de Francia en Marruecos, agravadas por las nuevas pretensiones de Alemania e Italia, dieron lugar a varias reuniones entre los diplomáticos acreditados en Tánger, que precedieron a la celebrada en Madrid el 19 de mayo de 1880²⁶⁸. En febrero de 1880 se acordó celebrar en Madrid una Conferencia con el fin de limitar, de modo definitivo, el ejercicio del derecho de protección, por parte de las potencias europeas, en el Imperio marroquí, considerando que era un derecho que en

²⁶⁷ Ibidem, p. 333.

²⁶⁸ FIGUEROA, Las responsabilidades..., p. 8.

muchos casos degeneraba en abuso. Los países asistentes a la Conferencia fueron: España, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Austria-Hungría, Bélgica, Estados Unidos, Portugal, Holanda, Suecia, Noruega y Marruecos. La Conferencia concluyó con el Convenio de 3 de julio de 1880. Cánovas del Castillo, como Jefe del Gobierno en cuyo territorio se celebraba la Conferencia, fue elegido presidente. En la Conferencia, las posiciones de Francia e Inglaterra se enfrentaron. Alemania e Italia, que esperaban beneficios posteriores, apoyaron la postura francesa. España, por su parte, se alineó del lado de Inglaterra, como defensora de las peticiones marroquíes de reforma restrictiva del sistema de protección. Lo que se perseguía era conciliar las dos posturas y que la Conferencia no fracasara.

El programa de Inglaterra era cortar el paso a la influencia francesa mediante la internacionalización del problema; oponiendo las otras potencias a Francia, pensaba arrebatarle los últimos privilegios obtenidos e impedir el uso que hacía del derecho de protección. Londres quería reforzar la autoridad del Sultán, pero también esperaba ventajas particulares, como mantener la influencia británica y una reforma provechosa del Tratado anglo-marroquí de 1856. La postura francesa era opuesta, ya que defendía los derechos de protección, aunque se mostrase dispuesta a hacer alguna concesión. Oficialmente reconocía que el sistema de protección era a veces fuente de abusos, pero justificaba su absoluta necesidad.

Al final, la Conferencia internacionalizó la

cuestión de Marruecos, pero se fracasó en la reforma del derecho de protección. Este resultado fue un éxito para Francia, que contó con el apoyo de Alemania e Italia. Inglaterra, por su parte, continuó siendo un factor decisivo en la cuestión²⁶⁹. Cánovas quedó satisfecho al conseguir el mantenimiento del statu quo que aplazaba el posible reparto, sin embargo había una contrapartida negativa para la política y las aspiraciones españolas: se abría aun más la puerta a la penetración de influencias extranjeras.

El "marroquismo" español, que se remonta a la creación de la Sociedad de Africanistas y Colonialistas de 1884, empezó a formularse sobre esta base en los años posteriores. Para este grupo de presión Marruecos era muy importante para España, por ser su frontera sur: la ocupación de este territorio por otra potencia pondría en peligro la seguridad nacional española. Por esto los "marroquistas" abogaban por la defensa de la integridad marroquí y la soberanía plena de su Gobierno, considerando que cualquier amenaza contra Marruecos lo sería también contra la independencia española.

A partir de 1900-1902 se puede empezar a hablar de "marroquismo" en cuanto a corriente política y económica²⁷⁰. El Gobierno español se encontró con grupos de presión que apoyaban las ambiciones en Marruecos. Los grupos de presión, desde dentro de la sociedad española de principios del siglo XX, trabajaron a favor de la penetración pacífica porque la

²⁶⁹ SOLE ROMEO, "La Conferencia...", p. 264.

²⁷⁰ MORALES LEZCANO, El colonialismo..., pp. 24 y ss.

costa occidental de Africa y el norte de Marruecos eran vistos por comerciantes, exportadores y pequeños capitalistas como territorios y zonas de influencia por los que el Gobierno de Madrid debía luchar en el concierto diplomático. Presiones internas españolas, que unidas a las internacionales, arrastraron a la Monarquía y al país a un colonialismo, que será eminentemente "marroquista" y que va a elegir la penetración pacífica como la vía idónea para afirmar sus aspiraciones en la costa norte de Marruecos. Los marroquistas españoles contemplaban desde un principio las posibilidades mercantiles del Imperio, en calidad de pieza de recambio con la que compensar la merma de prestigio y la contracción del área de expansión comercial ocasionadas por el Desastre de 1898.

En junio de 1899 el Conde de Benomar, embajador español en Roma, en una carta dirigida al Ministro de Estado, Silvela, exponía la idea de buscar ventajas en Marruecos para resarcirse de la pérdida sufrida por el Desastre de 1898. Disminuido el prestigio militar, menoscabado el prestigio naval, sin buques para defender las costas, dependía de la rápida reorganización de las fuerzas militares y navales y de una acción diplomática vigilante, activa inteligente y bien dirigida el que se pusiera coto a concupiscencias que el Ministro conocía, salvando las posesiones que en el Mediterráneo a la entrada del Estrecho y en el Atlántico sobre la costa de Africa le quedaban todavía a España y que habían de ser la base y el porvenir de la influencia española en el mundo y de las legítimas

aspiraciones del pueblo español, para extenderse en las vecinas tierras de Africa, como compensación de las perdidas colonias²⁷¹.

Sobre esta base, se seguía pensando que lo que realmente le interesaba a España respecto a Marruecos era, como afirma Maura Gamazo, llegar a un acuerdo con las potencias interesadas en la zona sobre la base del común interés, con mutuas concesiones, con objeto de que se asignara a España una esfera de acción exclusiva. Como esto, por el momento, no era posible, se imponía seguir manteniendo el statu quo²⁷².

El Ministro de Estado español, Marqués de Aguilar de Campóo, en una circular de 18 de diciembre de 1900 enviada a los representantes diplomáticos en las grandes potencias manifestaba su convencimiento de que la ruptura del statu quo en Marruecos traería funestas consecuencias para las actuales posesiones del norte de Africa, donde podría suceder lo mismo que en Cuba²⁷³.

²⁷¹ AMAE. H. Legajo 1622. Correspondencia con Italia. Años 1895-1901. Francisco Merry Colón, Conde de Benomar, embajador de España en Roma, a Silvela. Roma, 7-junio-1899.

²⁷² MAURA GAMAZO, La cuestión..., p. 43.

²⁷³ AMAE. H. Legajo 1724. Correspondencia con Rusia. Años 1891-1901. Marqués de Aguilar de Campóo a los representantes de S. M. en Washington, Italia, Petersburgo, Bruselas, Tánger, Londres, Viena, Berlín, Lisboa y París. Madrid, 18-diciembre-1900 y AGA. IDD. N° 77. Correspondencia Embajada de España en Londres. Años 1840-1964. C. 7016. L. 183 ; IDD N° 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5867. T. 686.

3. EL TRATADO NO FIRMADO DE 1902

La política española de mantenimiento del statu quo en el Imperio marroquí se completaría con un acercamiento a aquellas potencias que, como Gran Bretaña, eran también partidarias de esta política.

Ojeda, representante español en Tánger, en carta dirigida a la Reina, expresaba claramente cuales eran los intereses españoles en Marruecos y en el Estrecho. Aseguraba que por grande que hubiera sido en todo tiempo el interés de España en Marruecos, en aquellos momentos, perdidas las colonias españolas, constituía el Estrecho de Gibraltar el núcleo de la política exterior española y simbolizaba el más apremiante y sagrado de los instintos nacionales, el instinto de conservación. Por el Estrecho y por Marruecos España estaba en contacto directo de intereses, de aspiraciones y de inquietudes con las Cancillerías de Europa. Por el Estrecho y por Marruecos era España un factor en una de las más graves cuestiones que Europa había de resolver y, para Ojeda, era lógico por tanto inferir, que Europa tuviera a España en más o menos, según los elementos que pudiera aportar a la solución del único problema en que los intereses españoles pudieran ser afines u hostiles a los intereses de cualquiera de las grandes potencias²⁷⁴.

Tras la guerra del 98, en España había un gran malestar con Gran Bretaña, ya que habían apoyado a Estados Unidos en contra de España, este era el sentir de Ojeda,

²⁷⁴ APR. Política extranjera. Cajón 4/41. Años 1899-1902. Ojeda a la Reina Regente María Cristina. Tánger, 7-enero-1899.

España se orientó entonces hacia Francia que ofreció su papel de mediadora en la firma del Tratado de paz. En 1899 Ojeda hablaba de acabar con esta situación con Gran Bretaña llegando a una inteligencia entre España y Gran Bretaña, respecto del punto capital de la política española, que consideraba ser el de la esfera de acción respectiva de ambos en el Estrecho de Gibraltar. Ojeda propuso el evitar cuanto pudiera tender a revestir del carácter de un compromiso general dicha inteligencia y sugería algo tangible y práctico como lo sería una conferencia amistosa celebrada entre el Ministro de Gran Bretaña en Tánger y él mismo, en la cual por la cordialidad de relaciones que les unía, de la comunidad de intereses que les ligaba y del deseo que a ambos animaba de llevar al terreno de los hechos esta solidaridad tan provechosa, le hiciera ciertas declaraciones en nombre del Gobierno de España en que repudiase toda idea de aproximación a Francia y a Rusia en sentido hostil a la Gran Bretaña, le afirmase el deseo de España de permanecer alejados de los posibles rozamientos entre aquellos y ésta y le expusiese el leal propósito de coadyuvar con Inglaterra el mantenimiento del statu quo en el Estrecho y en Marruecos demostrando a su colega al propio tiempo, lo estrechamente ligadas que se hallaban las conveniencias y necesidades de su posición en Gibraltar con la independencia de acción de España, su alejamiento de todo compromiso continental y con la leal cooperación de Inglaterra y de España en el Estrecho. El carácter puramente local de esta inteligencia, ofrecía la doble ventaja de no

poder herir susceptibilidades, ni de prestarse a torcidas interpretaciones por parte de Francia y de Rusia, y la de abrir insensiblemente la puerta a los acuerdos generales ulteriores que las conveniencias de ambos Gobiernos pudieran más tarde seguirles²⁷⁵.

Esto ya se lo comunicó Ojeda a Almodóvar en mayo de 1898 y éste contestó que si seguía en el Ministerio de Estado ya le comunicaría su pensamiento.

En 1899 el Gobierno español intentó un acercamiento a Gran Bretaña, sobre la base del mantenimiento del statu quo en Marruecos y de la libertad del Estrecho de Gibraltar. A principios de 1899, el Ministro español en Tánger, Ojeda, mantuvo una entrevista con el embajador británico, Sir Arthur Nicolson, en la que planteaba el pensamiento español respecto a Marruecos, que coincidía totalmente con el del británico. España quería cooperar con Inglaterra para mantener el statu quo marroquí, ya que ambos países querían conservar la integridad absoluta del Imperio. Nicolson demostró cierto recelo respecto a la política española, ya que temía que España, a cambio de una adquisición territorial en Marruecos, se opusiera a la política mantenida por Gran Bretaña. Ojeda negó tal afirmación y abundó en la idea del mantenimiento del statu quo. Ambos países coincidían en el mantenimiento del statu quo en Marruecos y en la zona del Estrecho. Ninguno de los dos países quería que otra potencia se instalara en Marruecos, ya que tanto españoles como británicos preferían

²⁷⁵ Ibidem.

tener como vecino a un Imperio débil, que no causara problemas, en vez de una potencia fuerte que pusiera en peligro estos territorios y sus intereses en Marruecos²⁷⁶.

También el embajador español en Londres, Duque de Rascón, tuvo una conversación con Salisbury respecto a la política que los dos países debían seguir en la cuestión de Marruecos. El embajador se expresó en favor de perseguir por parte de España una política amistosa hacia Gran Bretaña, no mencionó Gibraltar, pero habló largamente de la cuestión de Marruecos. Respecto a este país Rascón manifestó que el deseo del Gobierno español era que España y Gran Bretaña siguieran la misma política, política que consistía en mantener el statu quo, y creía que en combinación con Gran Bretaña se reforzaría. Salisbury, por su parte, le expresó el sentimiento del Gobierno británico como muy amistoso hacia el Gobierno de la Reina Regente y reconoció que la política del mantenimiento del statu quo era la política que seguía el Gobierno británico, y le expresó la esperanza de cooperar en su mantenimiento²⁷⁷.

En junio de 1899 Rascón insistió de nuevo ante Salisbury sobre la política de Gran Bretaña respecto a Marruecos, quien le contestó que la política británica era

²⁷⁶ AMAE. H. Legajo 1263. Correspondencia particular del Duque de Almodóvar del Río. Años 1898-1902. Ojeda al Duque de Almodóvar del Río. Tánger, 1899.

²⁷⁷ British Documents (BD) on the origins of the World War. 1898-1914. G.P. GOOCH & H.W. TEMPERLEY (eds), London, H.M.S.O., 1927-1932. Vol. II: The Anglo-Japanese Alliance and the Franco-British Entente. Documento (D) Nº 304. Marqués de Salisbury, Secretario de Estado de Gran Bretaña, a Henry Drumond Wolff, embajador de Gran Bretaña en Madrid. Foreign Office, 11-enero-1899.

la misma, mantenimiento del statu quo, ya que no deseaba que el litoral atlántico estuviera bajo el dominio de otra potencia²⁷⁸. Para Silvela, en el año 1900, la partición de Marruecos parecía inevitable y así se lo comunicó al embajador británico en Madrid para conocer cual era la opinión del Gobierno británico, a lo que Wolff respondió que lo único que le interesaba era el mantenimiento del statu quo marroquí²⁷⁹. Con todos los contactos que mantuvieron los diplomáticos españoles y británicos en estos dos años tanto en Tánger como en Londres y en Madrid entre ambos países no llegó a producirse ningún acuerdo.

En 1901 Ojeda temió que Gran Bretaña llegara a un acuerdo con Marruecos cuando una legación marroquí acudió a Londres, y volvió a insistir al Ministro de Estado, el liberal Duque de Almodóvar del Río, en estos términos:

"Si no convendrá ahora afirmar de nuevo y quizás con mayor precisión, el acuerdo entre la Gran Bretaña y el Gobierno de S.M. respecto al statu quo y de nuestra acción respectiva en el Estrecho de Gibraltar, que me dio V. instrucciones para concertar con Sir Arthur Nicolson a principios del 99"²⁸⁰.

El Duque de Almodóvar lo que pensaba era que existía un entendimiento entre Francia e Inglaterra respecto a Marruecos. Almodóvar así se lo expresó al embajador británico en Madrid y su pensamiento se basaba en el hecho

²⁷⁸ Ibidem, D. N^o 308, Salisbury a Wolff. Foreign Office, 7-junio-1899.

²⁷⁹ Ibidem, D. N^o 311, Wolff a Salisbury. Madrid, 11-octubre-1900.

²⁸⁰ AMAE. H. Legajo 1263. Correspondencia particular del Duque de Almodóvar del Río. Años 1898-1902. Ojeda al Duque de Almodóvar del Río. Tánger, 24-abril-1901.

que Francia avanzaba por la frontera marroquí sin que Gran Bretaña se opusiera, por lo que él suponía que había un entendimiento franco-inglés por el que Inglaterra daba a los franceses libertad de acción. Almodóvar insistió en que lo que a España le interesaba era el mantenimiento del statu quo marroquí²⁸¹. El embajador británico en Madrid, Durand, recibió instrucciones de Lansdowne para que comunicara a Almodóvar que no existía ningún entendimiento entre Francia y Gran Bretaña en este sentido²⁸².

Pero el Ministro de Estado español seguía temiendo que Gran Bretaña y Francia llegaran a un acuerdo respecto a Marruecos, que dejara a España al margen²⁸³, y por esto instruyó al embajador español en Londres, Duque de Mandas, que mantuvo una conversación con el Ministro de Negocios Extranjeros británico, Lord Lansdowne, quien afirmaba que la política que a Gran Bretaña le interesaba era el mantenimiento del statu quo en Marruecos. Estas palabras no tranquilizaron demasiado al Ministerio de Estado que desconfiaba tanto de Gran Bretaña como de Francia. El Duque de Mandas era consciente de que "dada la situación de nuestro país desde hace tiempo, no podemos tener más política que el procurar que no surjan cuestiones a nuestro

²⁸¹ BD. Vol. II. D. Nº 314. Henry Mortimer Durand, embajador de Gran Bretaña en Madrid, al Marqués de Lansdowne, Secretario de Estado de Gran Bretaña. Madrid, 4-abril-1900.

²⁸² Ibidem, D. Nº 315. Lansdowne a Durand. Foreign Office, 15-abril-1901.

²⁸³ AMAE. H. Legajo 1263. Correspondencia particular del Duque de Almodóvar del Río. Años 1898-1902. Duque de Almodóvar del Río al Duque de Mandas. Madrid, 18-mayo-1901.

alrededor, y si surgen, mantener nuestra neutralidad todo lo que humanamente sea posible"²⁸⁴.

Aunque a mediados del año 1901 parecía que iban calmándose los recelos entre ingleses y franceses respecto a Marruecos, lo que convenía a España, ya que cuando Gran Bretaña y Francia estaban unidas, España podía ir segura en su compañía²⁸⁵, el antagonismo franco-británico tenía que resurgir porque Inglaterra era partidaria de llevar una serie de reformas a Marruecos para modernizar el país, mientras que Francia se oponía a toda mejora de aquel estado de cosas temiendo que esas reformas fueran realizadas por Inglaterra, ya que eso supondría un aumento de la influencia británica en Marruecos y Francia quería seguir manteniendo su primacía en aquel Imperio. El Gobierno español pensaba que a pesar de la influencia que tanto Francia como Gran Bretaña ejercían cerca del Sultán, España, desde la posición inferior en que se encontraba respecto a estas potencias, debía seguir manteniendo su influencia en Marruecos, siempre llevando a cabo una política de atracción²⁸⁶.

En julio de 1901 Ojeda, en una entrevista con Nicolson, volvió a insistirle en la necesidad de llegar a un acuerdo con Gran Bretaña respecto a Marruecos, y Nicolson seguía de acuerdo. La situación continuaba igual, ambos embajadores eran partidarios de llegar a un entendimiento

²⁸⁴ Ibidem, Duque de Mandas al Duque de Almodóvar del Río. Londres, 2-julio-1901.

²⁸⁵ Ibidem.

²⁸⁶ Ibidem, Ojeda, al Duque de Almodóvar del Río. Tánger, 27-diciembre-1901.

sin que ambos Gobiernos llegasen a concretarlo²⁸⁷.

En 1902, la posición tradicional española del mantenimiento del statu quo se transformó en una arriesgada apuesta de protagonismo en el reparto. Como afirma Mousset "desde los primeros meses de 1899 estaba en el ambiente una aproximación francoespañola"²⁸⁸. Una vez firmado el 27 de junio de 1900 el Tratado de límites entre las posesiones españolas y francesas en la costa occidental de Africa, el Ministro francés, Delcassé, sugirió al embajador español, León y Castillo, la conveniencia de establecer un acuerdo entre ambos países sobre el Imperio de Marruecos. El Gobierno francés estaba resuelto a activar su acción en Marruecos. En 1900 las tropas francesas avanzan sobre Marruecos y ninguna potencia puso trabas a ese avance. León y Castillo era consciente de que la cuestión de Marruecos iba a solucionarse pronto e informó de ello al Gobierno español. Silvela se mantuvo en la idea de que lo único que convenía a España era el mantenimiento del statu quo en aquel Imperio. León y Castillo volvió a insistir a Silvela, exponiéndole las corrientes de opinión que se advertían en la diplomacia europea respecto a Marruecos, pero solo consiguió autorización para oír a Delcassé. León y Castillo pensaba que el Gobierno se equivocaba ya que la cuestión de Marruecos estaba madura, que Francia e Inglaterra dejaban de ser antagónicas y que estaban empezando a entenderse, por lo

²⁸⁷ Ibidem, Ojeda al Duque de Almodóvar del Río. Tánger, 12-julio-1901.

²⁸⁸ MOUSSET, La política..., p. 131.

que la cuestión de Marruecos se resolvería con España o sin España²⁸⁹.

En marzo de 1901 una Misión Militar francesa cerca del Sultán realizó estudios sobre la topografía marroquí con miras estratégicas. Aunque el statu quo no corría peligro en aquel momento, Ojeda, Ministro español en Tánger, creía firmemente que Francia estaba interesada en derrocarlo, y que España debía acercarse a aquellas naciones que estuvieran interesadas en su conservación²⁹⁰. El Gobierno español temió una posible acción francesa en la parte oriental, como respuesta a las agresiones que cometían los marroquíes en las fronteras argelinas, y preparó su estrategia si se produjera una modificación en las fronteras de Marruecos, la política de España debía ser la de afirmar que era la única nación europea que poseía territorios en Marruecos, sobre los que ejercían una soberanía efectiva y España debía ser consultada.

Ojeda informó al Ministro de Estado de la entrevista que mantuvo con el almirante de la escuadra francesa, quien le dio a conocer cual era el programa naval francés. Francia no tendría escuadras en el norte ni en la Mancha. Allí serían siempre más poderosos los ingleses que los franceses y como los ingleses no habían de desembarcar en las costas francesas no tenían ningún peligro. Limitaban sus fuerzas en el norte a algunos cruceros para la defensa

²⁸⁹ CAMPOAMOR, La actitud..., p. 128.

²⁹⁰ AMAE. H. Legajo 1263. Correspondencia particular del Duque de Almodóvar del Río. Años 1898-1902. Ojeda al Duque de Almodóvar del Río. Tánger, 26-marzo-1901.

del comercio. Pero en el Mediterráneo ya era otra cosa. Allí pretendían los franceses combatir la influencia inglesa y luchar por su preponderancia definitiva. En el Mediterráneo estaba la suerte marítima de Francia. La defensa de Túnez, Argelia, Marruecos y el Estrecho, el ataque a Egipto; este era su programa. El porvenir de Francia estaba en el Mediterráneo y así lo entendían el Gobierno y la Nación²⁹¹.

En agosto de 1901 Silvela, desde la oposición, recordando lo que le había dicho León y Castillo, escribió un artículo en La Lectura, titulado "La cuestión de Marruecos", que fue el punto de partida para el acercamiento a Francia respecto a la cuestión de Marruecos. Silvela comenzaba su artículo afirmando la independencia del Imperio marroquí, una potencia amiga de España. Después ponía de manifiesto como en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia se hablaba continuamente del tema marroquí, mientras que en España nadie parecía preocuparse por él. Tanto para liberales como para conservadores la política que a España interesaba en Marruecos era el mantenimiento del statu quo, pero para Silvela esta actitud española era peligrosa, ya que si otras potencias con más fuerza que España querían alterarlo lo podrían hacer. Silvela era consciente del interés francés por Marruecos. También afirmaba que la diplomacia europea estaba de acuerdo en que nada podía hacerse sin contar con España y mucho menos actuando una sola potencia. Por tanto, como la cuestión marroquí se

²⁹¹ Ibidem, Ojeda al Duque de Almodóvar del Río. Tánger, 4-julio-1901.

resolvería con un acuerdo internacional y no por una sola potencia, España debía encontrar inteligencia natural y apoyo seguro en Francia²⁹².

La opinión de Silvela, que acaudillaba el Partido Conservador, la de León y Castillo, que siguió trabajando en el sentido de un acercamiento a Francia de acuerdo con el Ministro de Negocios Extranjeros Delcassé, decidieron al Duque de Almodóvar del Río a aprovechar la oportunidad para precisar los derechos e intereses de España en Marruecos.

El Presidente del Consejo de Ministros, Sagasta, se resistió bastante ya que temía dificultades con Inglaterra, pero al propio tiempo comprendió que la ocasión que se le presentaba era única. Los razonamientos de León y Castillo hicieron ver a Sagasta que Inglaterra estaba preparando su inteligencia con Francia y que el previo acuerdo con España respecto al Mediterráneo y a Marruecos no habría de ser serio inconveniente²⁹³. El Ministro de Estado, Almodóvar, también influyó en Sagasta para que se iniciara el acercamiento a Francia: "hubo en el Presidente algunos momentos de vacilación y recelo; pero está conforme con mi opinión favorable al acuerdo"²⁹⁴.

Francia intentó con España lo mismo que había realizado con Italia: concertar de forma bilateral un

²⁹² CAMPOAMOR, La actitud..., pp. 129 y ss.

²⁹³ FIGUEROA, Las responsabilidades..., pp. 40 y ss.

²⁹⁴ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5841. T. 598. Duque de Almodóvar del Río a León y Castillo. Madrid, 14-diciembre-1901.

acuerdo sobre las respectivas esferas de intereses en el norte de Africa. La iniciativa sería francesa ya que la necesidad de conseguir un acuerdo con España respondería a un planteamiento estratégico claro: Francia, después de fijar los límites de las posesiones norteafricanas hacia el este, mediante los Acuerdos con Italia, se imponía tratar con la potencia que tenía posesiones en el norte de Africa, y, por tanto, con intereses directos en Marruecos; además, resultaría más fácil entenderse con España y presentar a Gran Bretaña los hechos consumados. Delcassé tenía ya elaboradas las líneas fundamentales en torno a las cuales podrían girar las negociaciones con España: acuerdo para el mantenimiento del statu quo marroquí; delimitación de las respectivas zonas de influencia o de acción, para el caso en el que se hiciera imposible el mantenimiento del statu quo; acción diplomática a seguir a partir de la firma del acuerdo²⁹⁵.

Las negociaciones entre España y Francia fueron largas y en ocasiones difíciles. El jefe del Partido Conservador, Silvela, estuvo informado a diario de lo que se negociaba y en líneas generales lo estuvieron igualmente los jefes de las demás oposiciones, incluso las antidinásticas, de republicanos y carlistas²⁹⁶.

León y Castillo, en octubre de 1901, daba cuenta a Almodóvar de las conferencias que celebró con Delcassé para examinar la cuestión del reparto de las respectivas

²⁹⁵ GARCIA SANZ, Historia de ..., pp. 253-254.

²⁹⁶ FIGUEROA, Las responsabilidades..., pp. 40 y ss.

esferas de influencia en Marruecos, y tratar de ponerse de acuerdo sobre este asunto. Las resistencias que encontró León y Castillo fueron grandes, pues el Gobierno francés, de acuerdo con la prensa y la opinión, tenía el convencimiento de que su situación en el norte y noroeste de Africa era tan predominante que no admitía comparaciones con ninguna otra. Y sólo haciendo valer constantemente los derechos de España en el orden político, geográfico e histórico, y las razones que aconsejaban una buena inteligencia entre España y Francia, pudo León y Castillo obtener mejora en las primeras proposiciones francesas. Esas primeras proposiciones no concedían a España en el norte de Marruecos más que la costa mediterránea, incluso Tánger, y hasta Arcila en el Atlántico, con un hinterland encerrado dentro de estos límites, lo cual venía a constituir, en opinión de León y Castillo, una faja relativamente estrecha de territorio entre el mar y las cordilleras próximas. Tanto Almodóvar como León y Castillo las consideraron inaceptables, y así se lo manifestó a Delcassé. Lo mismo le dijo cuando propuso llegar hasta Larache, haciéndole comprender que era inútil continuar tratando del particular, si no se inspiraba en sentimientos más equitativos²⁹⁷.

Delcassé, insistiendo en su intransigencia, manifestó a León y Castillo que no debían ocuparse más del asunto, dejándolo a sus sucesores, por si era posible llegar

²⁹⁷ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5841. T. 598. León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 31-octubre-1901.

a un arreglo en el futuro. León y Castillo se adhirió a estos propósitos del Ministro de Negocios Extranjeros francés y, en sus sucesivas conferencias, hablaron de todo menos de Marruecos. Esta actitud del embajador español influyó en el ánimo de Delcassé, el cual le hizo la siguiente proposición: considerar como esfera de influencia de España el norte de Marruecos hasta la desembocadura del Sebú en el Atlántico, para después, siguiendo este río, tomar desde sus orígenes como límite meridional el paralelo correspondiente prolongado hasta el Muluya. El curso de éste constituiría, desde allí al mar Mediterráneo, la línea de separación oriental entre las esferas de influencia de Francia y de España. Por la parte sur de Marruecos, reconocía el Gobierno francés derecho a la costa comprendida entre el cabo Bojador e Ifni. El resto del Imperio constituiría la esfera de influencia francesa. Delcassé, al determinar los límites enunciados, advirtió a León y Castillo que esperaba poder obtener la aceptación de sus colegas del Gobierno francés, pero no respondía de ello, añadiendo que emplearía toda su influencia en este sentido, pero manifestando que antes necesitaba saber si España aceptaba la mencionada proposición²⁹⁸.

León y Castillo también manifestó a Almodóvar que la cuestión de Marruecos se había hecho muy popular en Francia, que allí se habían despertado sobre este punto tendencias y apetitos antes desconocidos, o al menos sólo latentes, y que parte de la prensa y el grupo colonial no

²⁹⁸ Ibidem.

ocultaban sus aspiraciones a apoderarse de la totalidad de Marruecos. Urgía, en opinión de León y Castillo, dar señales de vida y personarse en este litigio, porque según dijo a uno de los predecesores de Almodóvar: "si la cuestión de Marruecos no se resuelve de acuerdo con nosotros, se resolverá sin nosotros y probablemente contra nosotros"²⁹⁹. León y Castillo volvió a insistir a Almodóvar sobre la necesidad de llegar a un acuerdo con Francia respecto a Marruecos, añadiendo:

"No se si lo que he obtenido le parecerá a V. bastante. Yo creo que es ya muy considerable por lo que me ha costado y me temo que hemos con ello llegado al límite de las concesiones por parte del Gobierno francés"³⁰⁰.

Para Almodóvar era natural que España pidiera mayor extensión, y le pareció escasa la ofrenda y de menor valor intrínseco el territorio comparado con el adjudicado a Francia por el proyecto de Delcassé. A pesar de haberse llegado al límite de las concesiones del Gobierno francés, le parecía necesario a Almodóvar presentar una contraproposición. Almodóvar consideraba que a España se le debía algo más sustancioso que un trozo de costa poco fértil con un hinterland montañoso, quería la participación de España en las tierras productoras de cereales y los bosques de alcornocales, a los que tenía derecho España³⁰¹.

Almodóvar recibió los despachos enviados por León

²⁹⁹ Ibidem.

³⁰⁰ Ibidem, Biarritz, 8-diciembre-1901.

³⁰¹ Ibidem, Duque de Almodóvar del Río a León y Castillo. Madrid, 21-diciembre-1901.

y Castillo, comunicándoselo a Sagasta y examinando su contenido el Gobierno español, puso en conocimiento de León y Castillo que por las tradicionales aspiraciones de España en Marruecos no podían darse por satisfechos con la propuesta francesa y reclamaba una extensión territorial mayor como zona que habría de alcanzar la acción española. Aspiración análoga a la que en aquellos momentos y bajo el impulso de sus éxitos diplomáticos y militares, sentía Francia, o mejor dicho la prensa y el grupo colonial franceses, de apoderarse de todo Marruecos, había sentido durante mucho tiempo el pueblo español, a cuyos ojos se había ofrecido siempre la posesión de aquel país como la garantía suprema de su independencia y la forma lógica de sus expansiones políticas y económicas. Pero una serie de causas habían forzado a España a ir sustituyendo esa aspiración por la más modesta de la conservación del statu quo marroquí. Pero precisamente porque tal cambio de actitud respondía en primer lugar a la creencia de que, al no estar sometido al efectivo dominio español, cualquier otra situación del Imperio marroquí sería más desfavorable para los intereses españoles que la de aquellos momentos, y en segundo término, a la esperanza de que, andando el tiempo y dando lugar a la reconstitución económica y militar de España, habría de hallarse España en mejores condiciones de hacer valer los derechos españoles, el Gobierno español no se apartaba de la indicada línea de conducta, ni renunciaba a una pretensión que influyó siempre poderosamente en la

política internacional de España³⁰².

El Gobierno español admitía la idea de un reparto de Marruecos siempre que la distribución de las esferas de influencia, en términos de absoluta igualdad, hiciese justicia a los derechos que España reclamaba y se le reconociese el derecho de extender su acción a una zona realmente proporcionada a la importancia de sus títulos geográficos, históricos y políticos. Para Almodóvar:

"Los esfuerzos de Francia en Marruecos, la situación predominante que ha adquirido en la Corte Cherifiana,..., la influencia del Mogreb en la paz y en el desarrollo de Argelia, el peso mismo de la aspiración nacional, ponen sin duda al Gobierno de la República en el caso de reclamar como esfera de influencia suya una porción grande de los dominios del Sultán; pero, en el sentir del Gobierno de S.M., todos esos títulos y razones de hecho, no pueden mirarse aisladamente sino en relación con los que España alega también"³⁰³.

Almodóvar comunicó a León y Castillo las bases sobre las que debía negociar con Delcassé. En primer lugar, cada uno de los dos países quedaría obligado a no reclamar ni admitir del Sultán de Marruecos ventajas territoriales dentro de la esfera de influencia que reconocía al otro. En segundo lugar, el Gobierno español juzgaba condición indispensable de la inteligencia con Francia el compromiso de que ninguno de los dos países intentara, sobre su propia esfera de influencia, acción alguna para obtener ventajas territoriales, sin dar conocimiento y ponerse de acuerdo con la otra parte. Por último, obtener el compromiso de Francia de apoyar a España para resistir las demandas de

³⁰² Ibidem, 22-diciembre-1901.

³⁰³ Ibidem.

compensación que, por consecuencia del arreglo de ambos países respecto de Marruecos, pudiese presentar un tercero en la costa septentrional del Imperio o en cualquiera de los dominios españoles³⁰⁴.

León y Castillo celebró de nuevo una conferencia con el Ministro de Negocios Extranjeros francés, a fin de exponerle las condiciones y garantías que el Gobierno español consideraba necesarias para poder llegar a un acuerdo sobre el reparto de las esferas de influencia en Marruecos. Pero no tuvo ocasión de examinar todas las condiciones, pues desde las primeras palabras tropezó con una negativa terminante a aceptar la principal de aquellas: la extensión territorial sobre la cual había de ejercerse la esfera de influencia española³⁰⁵.

Durante la primavera y verano de 1902 León y Castillo y Delcassé siguieron negociando, período en el que el embajador español seguía obteniendo nuevas concesiones para la esfera de influencia española. León y Castillo continuaba insistiendo en la necesidad de concluir un acuerdo con Francia, ya que el statu quo caería en cualquier momento y sería un grave problema para la política exterior de España quedar al margen de la cuestión marroquí³⁰⁶.

Desde el punto de vista francés lo que querían ofrecer a España era la promesa de un hinterland razonable

³⁰⁴ Ibidem.

³⁰⁵ Ibidem, León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 6-enero-1902.

³⁰⁶ Ibidem, París, 23-agosto-1902.

para los presidios de Africa en el caso de una liquidación ulterior de la cuestión marroquí y así podían contar con los españoles como aliados en aquella zona. En opinión de Paul Cambon, embajador francés en Londres, en previsión de una liquidación futura del statu quo marroquí, sería necesario establecer la neutralización de Tánger, el hinterland de los españoles y al sur de éste reconocer la influencia francesa sobre el resto de Marruecos. Delcassé también aprobaba estos puntos de vista³⁰⁷.

En septiembre León y Castillo y Delcassé llegaron a un acuerdo sobre la delimitación de la zona de influencia española: la esfera de acción quedaría limitada por el Muluya al este, al sur por el Oued Snassen, y el Sebú, con la ciudad de Fez. Para Cambon, Delcassé no podía ir más lejos y si todo estallaba sería un desastre³⁰⁸. Delcassé vio a la Reina Cristina a su paso por París y conversó con ella de Marruecos y concluyó diciéndole a Delcassé: "nosotros tendremos el Rif con Fez como capital"³⁰⁹.

En septiembre de 1902 el embajador español en Berlín, Ruata, dio cuenta al Gobierno español de las informaciones que publicaba la prensa alemana sobre la inteligencia hispano-francesa, poniéndose de acuerdo en la

³⁰⁷ CAMBON, Paul, Correspondance 1875-1924, tomo II, 1898-1911, Bernard Grasset, París, 1940-46. Paul Cambon, embajador de Francia en Londres, a su hijo. Londres, 6-agosto-1902. PP. 75-76.

³⁰⁸ Ibidem, Cambon a su hijo. Versailles, 14-septiembre-1902. PP. 76-77.

³⁰⁹ Ibidem, p. 77.

cuestión de Marruecos y del Mediterráneo³¹⁰.

León y Castillo nuevamente vio a Delcassé para continuar las negociaciones relativas a las respectivas esferas de influencia de España y de Francia en el Imperio de Marruecos. En lo relativo al sur de Marruecos, León y Castillo pudo lograr que los límites fueran modificados. Esa modificación representaba, respecto de las proposiciones anteriores, un aumento de territorio de muchos miles de kilómetros, con oasis importantes. En lo tocante al norte del Imperio marroquí, todos los esfuerzos y argumentos de León y Castillo se estrellaron ante la resistencia del Ministro de Negocios Extranjeros francés. A pesar de todo, continuaría luchando para obtener el límite de Rabat³¹¹. Paul Cambon vio a Delcassé y hablaron de la reanudación de las negociaciones con España, en las que León y Castillo insistía en extender la zona española hasta Rabat, a lo cual Cambon también se negaba³¹².

León y Castillo temía el peligro de que Francia, no pudiendo entenderse con España, tratara y se entendiera con Inglaterra, prescindiendo de España en la cuestión de Marruecos. Tal peligro no era imaginario ya que se lo

³¹⁰ AMAE. H. Legajo 2289. Política Exterior. Alemania. Años 1891-1903. Angel Ruata y Sichar, embajador de España en Berlín, al Duque de Almodóvar del Río. Berlín, 13-septiembre-1902.

³¹¹ AGA. S. AE. IDD. 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5841. T. 598. León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 3-octubre-1902.

³¹² CAMBON, Correspondance, Cambon a su hijo. París, 11-octubre-1902. P. 79.

probaba la afirmación que en el curso de sus últimas discusiones le hizo Delcassé, al asegurarle que era la aspiración del Partido Colonial francés, el cual preferiría ponerse de acuerdo con Gran Bretaña mejor que con España, por creer que así podría Francia apoderarse de todo el Imperio marroquí, a cambio de la neutralización de Tánger y otras compensaciones³¹³. En otra de las largas y empeñadas discusiones que acerca de Marruecos sostuvieron León y Castillo y Delcassé, éste preguntó al embajador si no temía que se entendiera con Inglaterra, a lo cual León y Castillo contestó que Francia no podía hacer eso porque lanzada España de Marruecos cambiaría Gibraltar por Ceuta y tendrían que tratárselas con Inglaterra en el noroeste de Africa³¹⁴.

En noviembre de 1902 quedaron terminadas las negociaciones y concertado un proyecto de Convenio que había de ser firmado en París por León y Castillo y Delcassé. El 8 de noviembre León y Castillo envió a Almodóvar el proyecto de Convenio sobre la delimitación de las esferas de influencia de España y Francia en el noroeste de Africa. Delcassé finalmente aceptó todas las modificaciones propuestas por España. No se llegó a Rabat, pero para León y Castillo se obtuvo algo mejor: Francia cedía la parte del Sus que antes quedaba en su esfera de influencia, con lo cual se agregaba a la zona española un territorio más

³¹³ AGA. S. AE. IDD. 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5841. T. 598. León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 3-octubre-1902.

³¹⁴ Ibidem, León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 14-octubre-1902.

extenso y tan fértil como el que hubiese adquirido con el límite de Rabat. Por este Tratado quedaban dentro de la esfera de influencia española en el noroeste de Africa territorios que medían unos 250 mil kilómetros cuadrados y de los cuales algunos estaban considerados como los más fértiles y ricos del Imperio de Marruecos. Para León y Castillo en el estado en que se encontraba España y teniendo en cuenta los medios de expansión de que disponían, creía que los resultados obtenidos eran superiores a cuanto les era lícito esperar³¹⁵.

Almodóvar y Sagasta aprobaron el contenido del proyecto de Convenio y el Rey autorizó a León y Castillo a firmar el citado proyecto de Convenio. Para Almodóvar el acuerdo satisfacía cumplidamente los intereses nacionales³¹⁶. De acuerdo con las instrucciones que recibió León y Castillo, puso en conocimiento de Delcassé que estaba dispuesto a firmar el Convenio fijando los límites de las respectivas esferas de influencia de España y de Francia en el noroeste de Africa. En ese momento, y cuando todo parecía definitivamente resuelto, Delcassé pidió dos aclaraciones que León y Castillo no quiso suscribir sin previa autorización del Gobierno español³¹⁷.

Extendida y firmada la plenipotencia a favor de León y Castillo, para firmar el Tratado y cuando sólo

³¹⁵ Ibidem, París, 8-noviembre-1902.

³¹⁶ Ibidem, Duque de Almodóvar del Río a León y Castillo. Madrid, 15-noviembre-1902.

³¹⁷ Ibidem, León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 23-noviembre-1902.

faltaba remitirla a París, ocurrió la crisis del Gabinete Sagasta. El asunto quedó así, a resolución del nuevo Gobierno, presidido por Silvela y del que era Abarzuza Ministro de Estado. Esto ocurría el 6 de diciembre de 1902.

Para Paul Cambon la crisis ministerial que acababa de desatarse en España era más bien favorable, ya que para él:

"Silvela tiene más decisión en el carácter que Sagasta, él está al corriente de las cosas, ha aprobado sus puntos de vista (los de Delcassé) y está secundado por un Ministro de Asuntos Exteriores que yo conozco mucho y sobre las simpatías con las que nosotros podemos contar"³¹⁸.

Pero Cambon pronto cambiará de idea sobre Abarzuza:

"Parece que Abarzuza, Ministro de Asuntos Extranjeros, está muy influenciado por las ideas inglesas. El no hará nada sin haberse asegurado del asentimiento de Londres y probablemente de Berlín y ni Londres ni Berlín se prestarán a los proyectos incluso eventuales de liquidación, por otra parte decir que la negociación con España está desde el momento presente fracasada. Esto es mejor"³¹⁹.

Cambon no se equivocaba ya que desde enero de 1903 el Ministro de Estado, el conservador Abarzuza, mantuvo una serie de conversaciones con el embajador británico en Madrid respecto a Marruecos. Durand comunicó a Abarzuza que el Gobierno británico reconocía que España tenía una posición excepcional por sus posesiones en la costa marroquí. Abarzuza le señaló que esperaba que esto significase que el

³¹⁸ CAMBON, Correspondance..., Cambon a Théophile Delcassé, Ministro de Negocios Extranjeros de Francia. Londres, 10-diciembre-1902. P. 83.

³¹⁹ Ibidem, Cambon a su hijo. París, 10-enero-1903. P. 67.

Gobierno británico también reconocería que España tenía una legítima esfera de influencia en Marruecos. También habló de la conexión histórica y geográfica que existía entre los dos países y dijo que aunque los españoles estaban lejos de embarcarse en alguna política de aventuras, con todo, hacían una petición de ser vistos como poseedores de algún título de influencia en al menos una parte de Marruecos. Durand contestó que la política declarada del Gobierno británico era el mantenimiento del statu quo. Lo que Abarzuza estaba buscando era un completo entendimiento con Inglaterra, ya que era de vital importancia para España³²⁰.

Respecto a la alianza hispano-francesa, Abarzuza declaró que ésta no existía. Abarzuza dijo a Durand que antes de la caída del Gobierno liberal, el embajador francés había propuesto el Gobierno español la división de Marruecos en dos zonas de influencia, España tenía la costa con una faja de hinterland, y Francia el resto. Francia estaba presionando por una inmediata respuesta cuando ocurrió el cambio de Gobierno y el asunto se abandonó, pero éste volvió de nuevo a plantearse. Abarzuza dijo al embajador francés que él se oponía a llegar a un acuerdo de este género sin el conocimiento y aprobación de Inglaterra, pero no había sido dada una respuesta formal a la proposición de Francia. Además él dijo que estaba en favor del mantenimiento del statu quo, y evitaba la cuestión de las zonas de influencia, ya que consideraba la propuesta francesa muy desfavorable

³²⁰ BD. Vol. II. D. Nº 336. Durand a Lansdowne. Madrid, 3-enero-1903.

para España. Finalmente Abarzuza le informó que se fortalecería mucho su posición si él pudiera decir que el Gobierno británico se oponía a tal acuerdo y entonces Abarzuza podría poner fin a esta cuestión de una vez por todas³²¹. Lansdowne, enterado de estas conversaciones, comunicó a Durand que en lo referente a Marruecos, el Gobierno británico no reconocía ningún acuerdo a menos que Gran Bretaña participara en ello³²².

Para Cambon era preferible no tener nada firmado solamente con España y esto se lo comunicó a Delcassé. Así se lo hacía saber a su hijo:

"Yo le he dicho que a mi parecer él (Delcassé) debería atenerse a la conservación del statu quo y al compromiso de las tres potencias y no obrar aisladamente; que sobre estos dos puntos él había tenido satisfacción y que todo lo demás no debía ser considerado sino como conversaciones oficiosas académicas y no como negociaciones"³²³.

También Delcassé opinaba que lo hecho con España, como no había sido ratificado por España, no era nada, nada más que las entrevistas con León y Castillo. Esto era muy bueno para Francia pues de haber arraigado la ratificación del proyecto hubiese sido muy enojoso para Francia³²⁴.

El Tratado de 1902, que nunca fue firmado, consta de 11 artículos. Comienza haciendo constar las buenas

³²¹ Ibidem, Madrid, 14-febrero-1903.

³²² Ibidem, Lansdowne a Durand, Foreign Office, 16-febrero-1903.

³²³ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. París, 10-enero-1903. P. 67.

³²⁴ Ibidem, Cambon a su hijo. París, 3-febrero-1903. P.89.

relaciones existentes entre ambos países y el deseo de fortificarlas en con este acuerdo.

El Tratado colocaba dentro de la esfera de influencia española a Fez y al valle del Sebú; es decir, otorgaba al Gobierno de Madrid facultades mucho más amplias que las que luego fueron estipuladas por el Acuerdo de 1904.

Silvela, después de haber defendido en la oposición una aproximación a Francia, temía en el Gobierno comprometerse demasiado. Silvela consideró insuficiente el apoyo diplomático ofrecido por Francia como única garantía de un acuerdo sobre las costas del Estrecho, sin el conocimiento de Gran Bretaña, y no llegó a firmarse este Tratado³²⁵.

En junio de 1904 se llevó a cabo un debate en el Senado español sobre el proyecto de Tratado de 1902. Este debate lo inició el senador Groizard al preguntar al Gobierno, entonces conservador de Maura, si el Tratado referente a Marruecos que había aparecido en "El Globo" existió o no³²⁶.

A partir de esta pregunta, la opinión pública española conoció los elementos de una difícil opción. El Ministro de Estado del Gobierno Sagasta, Duque de Almodóvar del Río, consideraba que el Tratado era un éxito y suponía grandes beneficios para España. Sin embargo, Sagasta no lo firmó y dejó esta responsabilidad a los conservadores; si

³²⁵ MOUSSET, La política..., pp. 136-137.

³²⁶ DSS. L. 1903. D. 163, 11-junio-1904. Groizard, senador minoría liberal. PP. 2881-2882.

las cosas salían bien, toda la gloria recaería sobre los liberales, si salían mal, la culpa sería de los conservadores que lo firmaron³²⁷.

El Partido Conservador y Silvela en un principio aprobaron las negociaciones llevadas a cabo por los liberales, pero posteriormente consideraron que las circunstancias habían cambiado y no lo firmaron. Se consideró sospechoso que los liberales no lo hubieran firmado, si tan buenas consecuencias tenía para España³²⁸.

Silvela se dejó impresionar por los argumentos de Abarzuza, su Ministro de Estado en 1902, que juzgaba que podía traer consecuencias muy negativas para España llegar a un acuerdo con Francia a espaldas de Gran Bretaña respecto a Marruecos, donde Gran Bretaña tenía también intereses. Silvela creía que el apoyo ofrecido por Francia ante cualquier conflicto que tuviera España era poco, ya que Francia sólo ofrecía apoyo diplomático³²⁹.

Para León y Castillo, Abarzuza fue el responsable de que el Tratado de 1902 que él negoció no llegara a firmarse. Para el embajador español en París Abarzuza tenía sobre los principales factores de la política europea ideas arcaicas y caducas, pero que con la más ingenua fe creía presentes y vigentes. Consideraba inevitable que una inteligencia de España con Francia había de traer aparejada la hostilidad de Gran Bretaña. Para Abarzuza Francia e

³²⁷ CAMPOAMOR, La actitud..., p. 145.

³²⁸ Ibidem, p. 144.

³²⁹ FIGUEROA, Las responsabilidades..., p.43.

Inglaterra no se entenderían jamás, afirmación que maravillaba y contrariaba a León y Castillo, pues éste tenía la certeza de que aquellas potencias hablaban ya y estaban camino de entenderse³³⁰.

El periódico conservador La Epoca justificaba a Silvela por no haber firmado el proyecto de Tratado negociado por los liberales. Para La Epoca Silvela había aconsejado la unión cordial con Francia, pero retrocedió ante la responsabilidad de un pacto semejante "porque tuvo para ello poderosísimas razones, razones que le hicieron sacrificar su personal criterio ante inexcusables exigencias de los intereses supremos de la patria"³³¹. La Epoca afirmaba que dos fueron las razones que tuvo Silvela para no firmar este Tratado. En primer lugar, el inconveniente gravísimo que entrañaba para España el concertarse exclusivamente con Francia sobre una tierra en que se hallaba interesada otra potencia, cuya buena amistad importaba conservar a España. Por otra parte, la falta de garantía suficiente, por parte del Gabinete francés, para que España pudiera contemplar con la debida tranquilidad posibles contingencias en un porvenir que, dada la situación en que entonces se hallaban las relaciones internacionales, no se estimaba muy remoto³³². Heraldo de Madrid, diario independiente, afirmó la existencia de un proyecto de Tratado con Francia negociado por los liberales, pero que

³³⁰ LEON Y CASTILLO, Mis tiempos, p. 207.

³³¹ La Epoca, 11-junio-1904.

³³² Ibidem.

los conservadores, por unas u otras razones, no quisieron firmar³³³.

Paul Cambon, por su parte, también era partidario de dar a conocer a Inglaterra las negociaciones que Delcassé mantuvo con España:

"Si usted firma, en efecto, un acuerdo del cual se conocerá necesariamente su existencia, la prensa inglesa no dejará de suponer lo peor y de denunciar nuestros arreglos como una amenaza, el parlamento se revolverá, el Gobierno estará obligado a declarar públicamente que no conoce nuestros acuerdos y que no se le ha tenido en cuenta...

Por lo tanto la necesidad de una confidencia al Gobierno inglés se impone"³³⁴.

Abarzuza puso de manifiesto que la política que los conservadores querían realizar en Marruecos era una política de concierto entre las tres potencias interesadas en Marruecos, España, Francia y Gran Bretaña, y que España no debía inclinar la balanza hacia ninguna de las otras dos partes³³⁵. Y así se lo hizo saber a León y Castillo en un telegrama que le envió:

"Contestación telegrama V.E. pidiendo alguna aclaración sobre pensamiento este Gobierno decirle nuestra actual política consiste marchar de acuerdo cordialmente con Inglaterra y Francia para contribuir nuestra parte sostenimiento statu quo tanto nos interesa conservar"³³⁶.

Para el Gobierno español antes de llegar a

³³³ Heraldo de Madrid, 10-junio-1904.

³³⁴ CAMBON, Correspondance..., Cambon a Delcassé. Londres, 29-noviembre-1902. P. 81.

³³⁵ DSS. L. 1903. D. 163, 11-junio-1904. Abarzuza. P 2887.

³³⁶ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5841. T. 598. Abarzuza a León y Castillo. Madrid, 31- diciembre-1902.

acuerdos que pudieran ser importantes, lo principal era aclarar el pensamiento de las potencias interesadas en Marruecos para, en unión con ellas, conservar la paz y el statu quo en el Imperio de Marruecos. Y siendo Inglaterra factor importante en la cuestión de Marruecos, en opinión del Gobierno español, no debía extrañar al de Francia el deseo de España de explorar el ánimo del Gobierno inglés antes de adoptar medidas que requieran el concierto de las tres naciones más directamente relacionadas con el norte de Marruecos³³⁷.

Afirmaba El País, periódico republicano, que Silvela asumió la responsabilidad absoluta de no haber firmado en el poder el Tratado hecho por los liberales, y no lo firmó porque vio en el poder que las inteligencias entre Francia e Inglaterra no eran cordiales, ni completas en varias cuestiones, y que para tratar de Marruecos con Francia era cuestión previa entablar conversaciones antes con Inglaterra. Lo que recomendaba El País era que España se apartase "de la compañía peligrosa de los poderosos, y vamos a emplear todo el vigor nacional dentro de la península y sus islas, limitándonos por lo que hace a Marruecos, a la conservación de nuestras posesiones"³³⁸.

En resumen, el Gobierno conservador español presidido por Silvela en 1902 no firmó este Acuerdo porque prefirió que las cosas siguieran como estaban, manteniéndose el statu quo en Marruecos y no quiso un conflicto con Gran

³³⁷ Ibidem, Madrid, 1-marzo-1903.

³³⁸ El País, 12-junio-1904.

Bretaña, ya que el apoyo diplomático ofrecido por Francia a España fue considerado insuficiente para ese riesgo. El posible acuerdo debía realizarse entre los tres países con intereses en Marruecos.

4. DECLARACION FRANCO-BRITANICA SOBRE EGIPTO Y MARRUECOS DE 8 DE ABRIL DE 1904

Marruecos era la pieza que Francia anhelaba para completar el gran Imperio colonial que deseaba establecer en el norte de Africa. Las ambiciones imperialistas de Delcassé durante los años que estuvo al frente del Ministerio de Negocios Extranjeros francés (1898-1905), se concentraron en la adquisición de Marruecos³³⁹. Francia, al interesarse por Marruecos, estaba pensando también en la creación de una gran ruta imperial: la que permitiría conectar sus fachadas mediterránea y atlántica, eludiendo el Estrecho de Gibraltar, mediante la conexión terrestre Orán-Casablanca³⁴⁰. De ahí la insistencia francesa en alejar a todos los competidores de Marruecos: en 1902 firmó un Acuerdo con Italia alejándola de Marruecos a cambio de que Francia respetara los intereses italianos en Tripolitania; en este mismo año negoció un Tratado con España, reservándola la zona norte de Marruecos, pero este Acuerdo no llegó a firmarse; en 1904 firmó sendos Acuerdos con Gran Bretaña y España, por el primero Francia tendría plena

³³⁹ ANDREW, Théophile Delcassé..., p. 256.

³⁴⁰ JOVER ZAMORA, La España..., p. CIV.

libertad de acción en Marruecos y Gran Bretaña en Egipto, por el segundo España vio reducida la zona que en 1902 había pactado; Alemania quedaba al margen del reparto de Marruecos.

Los Acuerdos de 1900 y 1902 pusieron fin a los conflictos coloniales entre Francia e Italia. En mayo de 1899 Italia inició en firme los intentos de llegar a un acuerdo con Francia, la propuesta nació en Roma. Ya en octubre se comenzó a encontrar una acogida favorable en París y si las negociaciones se demoraron hasta diciembre de 1900, esto fue debido, por un lado, a la necesidad por parte italiana de conocer la opinión de Berlín al respecto y, por otro lado, al interés de Delcassé por hacer del compromiso el fin de la Triple Alianza. Las Notas, consideradas secretas, intercambiadas en realidad el 4 de enero de 1901 aunque lleven fecha del 14 y 16 de diciembre de 1900, implicaban el desinterés de Italia por Marruecos y el de Francia por Tripolitania y Cirenaica. No era intención de Italia preparar una invasión de Tripolitania, se conformaba con lo establecido, considerando como beneficio suficiente eliminar las diferencias franco-italianas en el Mediterráneo³⁴¹.

A partir de febrero de 1901 el Gobierno francés insistió sobre el camino ensayado con éxito unos meses antes. La nueva acción emprendida por Francia intentaba ahora, si no ya el desgajamiento de Italia de la Triple Alianza que era una empresa verdaderamente difícil de

³⁴¹ GARCIA SANZ, Historia de..., p. 233.

conseguir y de dudosos beneficios para Francia, al menos la anulación de aquellas posibles cláusulas del Tratado de la Triple que pudiera ir en contra de Francia -el texto del Tratado permanecía secreto- mediante nuevos acuerdos de mayor compromiso con Italia. Desde un primer momento el interés de Francia por los Acuerdos con Italia intentan hacer converger los intereses africanos con los europeos, pagando a Italia con los primeros para obtener los segundos. Por su parte, el Gobierno italiano estaba dispuesto a dar seguridades al de Francia de que ninguno de los compromisos que pudiera contraer Italia estarían dirigidos contra ella. Así, el 30 de junio de 1902, dos días después de renovarse la Triple Alianza Francia e Italia llegaban, a través de intercambio de Notas, a un nuevo acuerdo que modificaba de forma sustancial las relaciones entre ambos países, el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo y la situación de Francia e Italia en el escenario europeo. En resumidas cuentas, el Acuerdo de junio de 1902, al que oficialmente se le dio la fecha de 1-2 de noviembre, precisaba el Acuerdo anterior sobre Tripolitania-Cirenaica y Marruecos dando libertad a los firmantes para desarrollar su acción en la propia esfera de influencia de los territorios respectivos. Esta ya era una gran variación con respecto al anterior Acuerdo, pues mientras aquel hipotecaba la posible acción de Italia a una modificación del statu quo marroquí, ahora quedaba con las manos totalmente libres. El segundo aspecto del Acuerdo de 1902 que hay que destacar por sus resonancias europeas, garantizaba a Francia la neutralidad de Italia.

Italia señalaba la obligatoriedad del Gobierno de Francia de comunicar con antelación al Gobierno de Roma sus intenciones, para que ésta pudiera valorar si se trataba o no de una acción directa³⁴².

Desde inmediatamente después de la crisis del 98, en enero de 1899, Paul Cambon, embajador francés en Londres desde 1898 hasta 1920, llamó la atención del Presidente de la República, Félix Faure, sobre la necesidad de conciliar los intereses de ingleses y franceses en el norte de Africa, Terranova y Madagascar y sobre la necesidad de modificar la opinión pública francesa, muy antibritánica en ese momento, sobre el asunto³⁴³.

Al desvanecerse el proyecto británico de una alianza germánica, se imponía a Inglaterra la necesidad de orientarse hacia otra potencia continental capaz de contribuir al equilibrio europeo frente a las dos potencias que estaban en condición de alterarlo, Alemania y Rusia, y ello sin poner en peligro su propia hegemonía mundial. Tal potencia no podía ser sino Francia, cuya capacidad de contrapeso frente a cualquier intento hegemónico alemán en el continente habría de verse incrementada por la reciente aproximación a Rusia, en tanto que su Marina de guerra y su extenso Imperio colonial constituían un valioso complemento y una importante ayuda si llegaba el caso de una

³⁴² Ibidem. PP. 233-235.

³⁴³ CAMBON, Paul, Lettres...au Président de la République Félix Faure..., A. Pedone, París, 1955. Cambon a Félix Faure, Presidente de la República francesa. Londres, 21-enero-1899. PP. 11-13.

confrontación con Alemania. Ahora bien, en la sustitución de Alemania por Francia como principal fundamento de su política europea, Gran Bretaña llevó a cabo una notable mudanza de actitud. La relación deseada con Alemania hubiera sido de alianza, y ello por muchos motivos: desde la afinidad racial hasta la potencia de su Ejército y la tradición de leal entendimiento legada por la era bismarckiana. Pero en cuanto a Francia se refiere, lo que deseaba Inglaterra no era una alianza, que siempre conlleva compromisos diplomáticos y militares estrictos en el ámbito continental, sino un entendimiento, una entente que estableciera intereses comunes capaces de generar una convergencia diplomática, dejando plena libertad de movimientos en cuanto a las supremas decisiones de paz, alianza o guerra se refiere. Un entendimiento destinado a versar en principio sobre problemas coloniales, de acuerdo con su principal esfera de intereses³⁴⁴.

En Francia el desistimiento inglés de una alianza con Alemania no pudo dejar de ser una buena noticia. Delcassé veía en una eventual aproximación entre Francia e Inglaterra la posibilidad del logro de dos grandes objetivos de su política exterior: la adquisición de un nuevo y poderoso aliado frente a Alemania, y el reconocimiento por parte de Inglaterra de su pretensión sobre Marruecos. Ciertamente estaba viva todavía, en la opinión pública francesa, la anglofobia levantada por la derrota moral de Fashoda. Pese a ello, Delcassé, convencido de la

³⁴⁴ JOVER ZAMORA, La España..., pp. CVII-CVIII.

irreversibilidad de la creciente tensión anglo-alemana y resuelto a no dejar escapar la ocasión, envió a Londres al embajador Cambon con la misión de iniciar las conversaciones partiendo de una negociación amistosa de los problemas coloniales pendientes entre ambos países³⁴⁵.

En 1901 Paul Cambon, embajador francés en Londres, quiso abrir una inmediata discusión con Inglaterra sobre la "liquidación" de Marruecos al considerar la política de Delcassé de posponer la negociación con Inglaterra hasta poder presentar Acuerdos franceses con Italia y España, una política no simplemente discutible sino potencialmente peligrosa para Francia. Pero mientras, tanto Cambon como Etienne, jefe del Partido Colonial francés, esperaban tentar a Inglaterra con la oferta de una compensación. Delcassé, hasta 1903, sólo estuvo dispuesto a ofrecer a Londres una garantía de libertad comercial y la neutralidad de Tánger. Las insinuaciones de Cambon sobre la "liquidación" de Marruecos sólo sirvieron para multiplicar las sospechas inglesas sobre las intenciones de la política francesa³⁴⁶.

Cambon hizo dos intentos antes de 1903 (a principios de 1901 y en el verano de 1902) de abrir una discusión con Lansdowne sobre la "liquidación" de Marruecos. Cambon propuso en 1901 un acuerdo con Inglaterra sobre Marruecos y Terranova, pero Lansdowne rechazó la idea. Lansdowne estaba seguro de que Cambon hacía esta proposición por su cuenta. El mismo Cambon reconocería más tarde que

³⁴⁵ Ibidem, p. CVIII.

³⁴⁶ ANDREW, Théophile Delcassé..., p. 181.

había sido incapaz de convencer a Delcassé de que ofreciera una compensación territorial a Inglaterra por la expansión francesa en Marruecos³⁴⁷.

Desde mediados de 1902 Cambon le hizo a Lansdowne una exposición completa que éste le hizo anotar y Cambon escribió una carta personal exponiendo las ideas francesas. Esta carta fue mostrada al Rey británico y supuso el punto de partida de un intercambio oficioso y personal de puntos de vista que no constituían en modo alguno una negociación, que se podía negar, pero que no era menos que una clase de conversaciones sobre todos los puntos³⁴⁸.

En una entrevista que mantuvieron Cambon y Lord Lansdowne sobre la cuestión marroquí, Lansdowne comunicó a Cambon que la política inglesa en Marruecos era la del statu quo, que Nicolson no seguía otra y que estaba convencido del peligro de precipitar las cosas. Cambon le insistió en la necesidad de tener una conversación a fondo sobre Marruecos, decirse lo que querían los unos y los otros y ponerse de acuerdo sobre sus intenciones. Para Cambon, si franceses e ingleses intercambiaban sus puntos de vista llegarían a un acuerdo beneficioso para todos. Lord Lansdowne contestó a Cambon que deseaba conversar con él cuando Cambon quisiera. Cambon le dijo que conocía el deseo de Delcassé de buscar allí una entente con el Gobierno inglés, pero que tenía que recibir las instrucciones de Delcassé y que próximamente

³⁴⁷ Ibidem, p. 195.

³⁴⁸ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. París, 16-abril-1904. P. 135.

volvería a hablar con Lansdowne provisto de directrices precisas. Cambon contaba con ir a ver a Delcassé para establecer los elementos de una entente con Inglaterra³⁴⁹. Lansdowne dio conocimiento de esta entrevista al embajador británico en París, y añadió que Cambon le ofreció la neutralización de Tánger³⁵⁰. Delcassé aprobó los puntos de vista de Cambon y le autorizó a decírselo a Lansdowne. Cambon, pues, comenzó la conversación, la cual, para Cambon, sería larga y daría lugar a muchos regateos pero los franceses ya estaban conversando con los ingleses y para Cambon esto ya era mucho³⁵¹.

En agosto de 1902 Lansdowne y Cambon mantuvieron una conversación sobre el asunto de las relaciones de los dos países en Siam y Marruecos. Cambon manifestó a Lansdowne las ideas de Delcassé, el Gobierno francés era partidario del statu quo y estaba convencido que a ese respecto no había diferencia entre ellos. Los franceses mantenían un dominio colonial lo suficientemente amplio, habían pasado el período de expansión y no tenían el deseo de añadir responsabilidades por nuevas adquisiciones. La política colonial de Francia, por esto, era esencialmente conservadora, y en la persecución de tal política Delcassé creyó que sería posible marchar de acuerdo con los ingleses.

³⁴⁹ Ibidem, Cambon a Delcassé, Londres, 23-julio-1902. PP. 73-75.

³⁵⁰ BD. Vol. II. Documento Nº 321. Lansdowne a Edmund Monson, embajador de Gran Bretaña en París. Foreign Office, 23-julio-1902.

³⁵¹ CAMBON, Correspondance, Cambon a su hijo. Londres, 6-agosto-1902. P. 76.

Todo lo que Francia deseaba era la seguridad de lo que ya poseía. Delcassé pudo ver que había sólo dos puntos en los que su posición era insegura: Siam y Marruecos. En el caso de Marruecos Francia tenía una frontera de considerable longitud a lo largo de la cual Francia tenía contacto con turbulentos vecinos contra los que estaba limitada para protegerse. Tampoco podía admitir ninguna influencia extranjera que se estableciera de tal manera que le impidiera actuar eficazmente. El deseo francés era, sin embargo, que la cuestión de Marruecos no pasara a un estado agudo. Sin embargo, Delcassé pensó que podía ser deseable para los dos Gobiernos una discusión de la acción que ellos podían ser obligados a adoptar en el caso de una liquidación de Marruecos. El no pensaba que hubiera ninguna dificultad en prepararse para tal contingencia y harían bien en llegar a un entendimiento anticipado. Cambon también comunicó a Lansdowne que España sería reconocida, que ésta ocuparía ciertos puntos sobre la costa y se la daría una suficiente asignación de hinterland. Por otra parte, Cambon no podía admitir que Tánger pasara a manos de alguna potencia europea, la mejor solución sería hacer de Tánger internacional y de puerta abierta. Gran Bretaña, imaginó Delcassé, no tenía interés en aquella región³⁵².

Lansdowne contestó a Cambon que en cuanto a Marruecos, Cambon debía tener en cuenta que Francia e Inglaterra no eran las únicas potencias interesadas en este

³⁵² BD. Vol. II. Documento Nº 322. Lansdowne a Monson. Foreign Office, 6-agosto-1902.

Imperio. Italia, España y Alemania todas en un momento u otro habían manifestado su interés en estos asuntos, cualquier intento de negociar prematuramente con la liquidación de Marruecos conduciría, en opinión de Lansdowne, a serias complicaciones. Lansdowne dijo a Cambon que le era obviamente imposible darle una contestación oficial a una tan importante comunicación sin consultar con sus colegas y como se encontraban en víspera de vacaciones no le contestaría hasta la vuelta de las mismas³⁵³. Monson se resistía a creer que Delcassé hubiera autorizado a Cambon a hablar de un acuerdo respecto a Marruecos, el embajador británico en París se inclinaba a pensar que Delcassé podía haber autorizado a Cambon para hablar con Lansdowne sobre Marruecos, pero sobre la base del mantenimiento del statu quo, y de nada más³⁵⁴.

En octubre de nuevo volvieron a reunirse Cambon y Lansdowne. Cambon habló de nuevo a Lansdowne sobre Marruecos, repitiendo lo que ya le había dicho el 6 de agosto. Cambon repitió a Lansdowne lo que le dijo en su anterior entrevista respecto a los intereses de Francia e Inglaterra en Marruecos, sobre el argumento que los ingleses tenían no el interés político con el interior del país, sino que su interés era principalmente con Tánger, y que la mayor parte de la costa era inhabitable e inservible. Lansdowne se negó a admitir que esta fuera una descripción correcta y

³⁵³ Ibidem.

³⁵⁴ Ibidem, Documento Nº 323. Monson a Lansdowne. París, 25-agosto-1902.

otra vez dijo que los ingleses no estaban preparados para discutir una posible liquidación de Marruecos, y que los términos en los que esto era propuesto le parecía que el Gobierno británico tendría dificultad en aceptarlo. Cambon le aseguró que el Gobierno francés no deseaba causar una prematura liquidación, pero que ellos buscaban un acuerdo para disminuir todos los puntos espinosos en el caso de que una liquidación llegara a ser necesaria³⁵⁵.

Entre finales de noviembre de 1902 y finales de enero de 1903 Delcassé recibió evidencias convincentes de que el Rey inglés, Chamberlain y Lansdowne eran favorables a un entendimiento con Francia. Durante estos dos meses llegó gradualmente a la conclusión de que Inglaterra no era el más implacable oponente a su política en Marruecos. El acuerdo con Inglaterra era posible por primera vez.

En noviembre de 1902 Chamberlain mantuvo una entrevista con un diplomático de la Embajada francesa y declaró que había rechazado la idea de una asociación con Alemania, y que le interesaba llegar a un acuerdo con Francia. Después, Lansdowne expresó por primera vez su deseo de llegar a un entendimiento con Francia sobre Marruecos: parecía convencido de la necesidad de guardar los asuntos marroquíes en las manos de Inglaterra, Francia y España, y de excluir de la zona a Alemania. Pero probablemente para Delcassé la evidencia más importante de todas fue un despacho que recibió de Cambon el 29 de enero de 1903 en el

³⁵⁵ Ibidem, Documento Nº 325. Lansdowne a Monson. Foreign Office, 15-octubre-1902.

que transmitía lo dicho por Eduardo VII sobre Marruecos: para el Monarca británico los asuntos marroquíes debían tratarse entre Inglaterra, Francia y España. Esta parece ser la evidencia que por fin convenció a Delcassé de las ventajas de una negociación con Inglaterra³⁵⁶.

A comienzos de 1903 la opinión inglesa se estaba moviendo en favor de un entendimiento con Francia, pero hubo discusiones sobre la idea de un acuerdo basado en un cambio de intereses en Egipto y Marruecos. El movimiento de los ingleses en favor de un cambio anglo-francés de Egipto y Marruecos fue el resultado de la visita de Estado que realizó el Monarca Eduardo VII a París en mayo de 1903. En Francia la visita de Eduardo VII también tuvo un importante efecto en la opinión pública. El Monarca confirmó su deseo de llegar a un entendimiento con Francia así como su hostilidad hacia Alemania³⁵⁷.

Varios fueron los problemas coloniales que tenían franceses e ingleses y que se arreglaron en 1904. En Terranova el conflicto venía dado por las pesquerías, por las pretensiones francesas de compartir con Inglaterra los privilegios de un asentamiento. En Siam lo que se imponía era una división de zonas de influencia. En Gambia, Nuevas Hébridas, Zanzibar y Madagascar mantenían conflictos menores que impedían unas buenas relaciones³⁵⁸. Pero Egipto y Marruecos fueron los dos puntos principales en torno a los

³⁵⁶ ANDREW, Théophile Delcassé..., pp. 195-196.

³⁵⁷ Ibidem, pp. 208-209.

³⁵⁸ MORALES LEZCANO, León y Castillo..., pp.94-95.

cuales giró todo el texto del Acuerdo. Para Gran Bretaña las manos libres en Egipto significaba la seguridad de su presencia en el Oriente Próximo y la garantía de unas comunicaciones marítimas con la India. Para Francia Marruecos era el complemento soñado del gran Imperio norteafricano que se había iniciado con la incorporación de Argel y la anexión de Túnez. Este Acuerdo va a poner de manifiesto como Inglaterra y Francia se repartieron Egipto para la primera potencia y Marruecos para la segunda.

Las negociaciones entre franceses e ingleses fueron largas y difíciles, se extendieron desde julio de 1903 hasta abril de 1904. Una de las dificultades surgió al tratar el caso de España. Los representantes españoles preguntaron al Gobierno británico acerca de las negociaciones anglo-francesas y recibieron seguridades de que los intereses españoles serían protegidos; pero España no fue invitada a participar en la negociación. Los políticos españoles comprendieron que no podían esperar obtener nada a menos que fuera garantizado por uno o más de los grandes poderes. España tuvo que esperar nerviosamente a que concluyeran las negociaciones anglo-francesas³⁵⁹.

Delcassé llegó a Londres el 6 de julio de 1903 con la intención de iniciar las negociaciones para llegar a una entente con Inglaterra³⁶⁰. Tres fueron los puntos de mayor interés sobre Marruecos: las costas del Mediterráneo y particularmente de las costas próximas a Tánger, los

³⁵⁹ MCGEOCH, "British Foreign...", pp. 213- 214.

³⁶⁰ ANDREW, Théophile Delcassé..., p. 211.

intereses españoles y el comercio británico en Marruecos. Delcassé estaba conforme en ofrecer satisfacciones en estos tres puntos. Bien preparado por Cambon, Delcassé ya había pensado en la neutralización de Tánger y sus costas próximas. Delcassé aseguró a Lansdowne que llegaría a un compromiso con España si fuera necesario. La puerta abierta para el comercio no presentaría ningún problema³⁶¹.

En lo que respecta a España, Lansdowne comunicó a Delcassé que sería imposible para Inglaterra llegar a un acuerdo sobre Marruecos que no tuviera en cuenta los intereses de España y que no fuera aceptado por el Gobierno español, ya que los ingleses se encontraban en buenas relaciones con España. Lansdowne afirmó que España, por su proximidad y debido al hecho que ella tenía posesiones en muchas partes de Marruecos, tenía que ser consultada en la cuestión de Marruecos. Delcassé contestó a Lansdowne que con atención a España, ésta tendría una parte en la negociación, que un compromiso satisfactorio sería concertado con este país, al que el Gobierno francés no deseaba ignorar. Para Delcassé, esta era, verdaderamente, la política del Gobierno francés, permanecer bien con España. Lansdowne también hizo saber a Delcassé que en el caso de que tal convenio llegara a realizarse, los ingleses también tendrían que tomar previsión de la situación de Egipto. Delcassé replicó que él estaba enteramente a favor de un acuerdo comprensivo, y que la cuestión de Egipto formaría parte de una gran cuestión

³⁶¹ ROLO, Entente Cordiale..., p. 182.

africana³⁶².

El 15 de julio de 1903, Lansdowne y Cambon mantuvieron su primera entrevista. Para Lansdowne la cuestión marroquí no podía discutirse al margen de otros asuntos de interés para ambos Gobiernos. Además recordó a Cambon que cualquier acuerdo sobre Marruecos dependía de tres condiciones: libertad comercial, libertad en el Estrecho y un acuerdo con España. Cambon comunicó a Delcassé la opinión de Gran Bretaña: temiendo una intervención alemana en un asunto que debía ser resuelto exclusivamente entre Francia, Gran Bretaña y España, deseaba positivamente un acuerdo sobre Marruecos. El primer paso sería un intercambio de Memorándum extraoficial entre Inglaterra y Francia sobre la cuestión marroquí. Una vez que el acuerdo hubiera sido alcanzado definitivamente el Memorándum sería comunicado al Gobierno español y una vez aceptado por España, las declaraciones serían intercambiadas entre los tres Gobiernos³⁶³.

Cambon mantuvo nuevamente una entrevista con Lansdowne el 5 de agosto. Cambon inició la entrevista confirmando que, en lo referente a Marruecos, Delcassé estaba de acuerdo con Lansdowne sobre la cuestión de la libertad comercial, la negociación con España y la libertad del Estrecho. En lo que afectaba a la negociación con España, Cambon señaló a Lansdowne que, por las constantes

³⁶² BD. Vol. II. Documento Nº 357. Lansdowne a Monson. Foreign Office, 7-julio-1903.

³⁶³ ROLO, Entente Cordiale..., pp. 186 y ss.

crisis del Gobierno español, las negociaciones se habían paralizado pero que se reanudarían sobre la base de la concesión a España de una considerable zona de la costa marroquí en las cercanías de sus posesiones con una cierta cantidad de terreno en el hinterland. Lansdowne advirtió que esta concesión sólo podría llevarse a efecto en el caso de una liquidación general de Marruecos y recordó que el mantenimiento del statu quo era la base del acuerdo. Lansdowne explicó que su propósito en este asunto era contestar las posibles preguntas del embajador español acerca de ciertos rumores sobre un Acuerdo anglo-francés sobre Marruecos. Lansdowne propuso responder que estaban discutiendo sobre Marruecos pero que nada se haría sin el conocimiento de España. Cambon no estaba de acuerdo; señaló que eso podía conducir a un rosario de preguntas por parte de España sugirió Cambon que Lansdowne confirmase a los representantes del Gobierno de Madrid que nada se haría que no fuera satisfactorio para España³⁶⁴. Lansdowne dijo a Cambon que desde su último encuentro él había enviado al Gabinete información de las conversaciones que habían tenido lugar entre ellos y había encontrado a sus colegas unánimes en la necesidad de incluir Egipto en un acuerdo que pudiera hacerse, y estaba convencido que ellos no admitirían una propuesta en la que no estuviera incluida la regularización de su posición en aquel país. Si Inglaterra daba a Francia lo que deseaba en Marruecos, ellos, también, deseaban

³⁶⁴ Ibidem, p. 196.

recibir el mismo trato en Egipto³⁶⁵.

El 1 de octubre Lansdowne escribió a Cambon. Lansdowne insistía en las tres condiciones que había planteado en discusiones anteriores. En lo referente a España, Lansdowne, aunque repetía la necesidad de darle satisfacción, se rindió a la insistencia francesa de una negociación unilateral. Indicó, sin embargo, que Gran Bretaña asumía que los territorios adyacentes a las existentes posesiones españolas serían asignadas a la esfera de influencia española. Significativamente Lansdowne propuso que, en el caso de un completo derrumbamiento de la autoridad del Sultán a España se le confiase el deber de administrar la costa, ahora en posesión de Marruecos, desde la frontera de Argelia hasta Mazaghan, añadiendo que se debía impedir a España la fortificación de este territorio de la costa o la enajenación de estas nuevas y de sus antiguas posesiones a otra potencia. Mientras reconocía la liquidación de Marruecos, Lansdowne estaba buscando usar la satisfacción de los intereses de España como una seguridad política para cubrir las necesidades estratégicas británicas. En cuanto a la libertad comercial, tenían que ser aceptados sin reserva los derechos británicos acordados en el Tratado anglo-marroquí de 1856. Lansdowne seguía solicitando la libertad de paso por el Estrecho de Gibraltar. Lansdowne también comunicó a Cambon que un entendimiento sobre Marruecos dependía del entendimiento

³⁶⁵ BD. Vol. II. Documento N° 364. Lansdowne a Monson. Foreign Office, 5-agosto-1903.

sobre Egipto³⁶⁶, ya que Delcassé, en la conversación que mantuvo con Lansdowne, incluía la cuestión egipcia formando parte de la gran cuestión africana y no pretendía examinar las cuestiones marroquí y egipcia simultáneamente. Cambon, en una entrevista que mantuvo con Lansdowne para hablar de la carta que éste le envió, manifestó que Francia no podía admitir lo que solicitaba Gran Bretaña, ya que Francia tendría que hacer muchas concesiones en Egipto, mientras que en Marruecos no obtendrían ventajas inmediatas, y Cambon también solicitaba obtener ventajas en Egipto. Lansdowne le contestó que Gran Bretaña sólo quería que Francia reconociera su situación en Egipto tal y como estaba³⁶⁷.

Delcassé, al discutir el asunto de la neutralización de la costa, propuso que el territorio entregado a España se extendiera desde Melilla hasta la orilla derecha del río Sebú: se trataba de una modificación importante de lo que había propuesto Lansdowne. También propuso que, aparte de las consecuencias del presente acuerdo, el statu quo territorial fuera garantizado en un radio de 500 millas alrededor del Estrecho de Gibraltar. Aceptó que la costa neutralizada fuera incluida en la esfera de influencia española y se comprometió a que en las negociaciones con España, buscaría la garantía de que España no pudiera enajenar ninguna parte de su esfera de influencia y que debía adherirse a las previsiones de la libertad

³⁶⁶ ROLO, Entente Cordiale..., pp. 205 y ss.

³⁶⁷ BD. Vol. II. Documento Nº 370. Lansdowne a Monson, Foreign Office, 7-octubre-1903.

comercial y la libertad en el Estrecho de Gibraltar. Sobre Egipto, Delcassé aceptó la proposición general de que Francia no interferiría en la acción británica en Egipto, siempre que Francia recibiera una promesa similar por parte de Gran Bretaña para su acción en Marruecos³⁶⁸. Estas negociaciones culminaron en el texto de la Declaración franco-británica de 8 de abril de 1904.

Para Cambon finalmente todo había terminado, y había sido necesario un conjunto de raras coyunturas para llegar allí: dos Ministros, Delcassé y Lansdowne, deseosos de entenderse y poseídos de espíritu de transacción, el agotamiento de Inglaterra después de la guerra del Transvaal, los acontecimientos de Extremo Oriente y el deseo de limitarlos. La ocasión era única y Francia la había aprovechado³⁶⁹. Según Cambon, sin la guerra del Transvaal, que había sangrado a Gran Bretaña y la había hecho entrar en razón, sin el conflicto de Extremo Oriente, que había hecho reflexionar sobre las dos costas del Estrecho e inspirado a todos un deseo de limitar el conflicto, estos acuerdos no hubiesen sido posibles. Se había producido una coyuntura favorable, pero no era suficiente encontrar las ocasiones, era necesario estar preparado para tomarlas³⁷⁰.

En febrero de 1902 el Duque de Almodóvar del Río tuvo las primeras noticias de las negociaciones de Francia

³⁶⁸ ROLO, Entente Cordiale..., p. 212.

³⁶⁹ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. Londres, 9-abril-1904. PP. 133-134.

³⁷⁰ Ibidem, París, 16-abril-1904. P.134.

y Gran Bretaña sobre asuntos coloniales, en los que figuraba Marruecos. Esta información la recibió el Duque de Almodóvar "particular y confidencialmente de un amigo de Italia", como afirmaba en una carta que escribió a León y Castillo³⁷¹. Almodóvar tras recibir estas noticias de un posible entendimiento entre Francia y Gran Bretaña "que dejaría sacrificados los justos y vitales intereses de España en Marruecos", envió una circular a los representantes españoles en las potencias extranjeras para que le informaran sobre las noticias que ellos tuvieran al respecto³⁷².

León y Castillo, embajador español en París, también recibió noticias de que Francia e Inglaterra estaban tratando de ponerse de acuerdo. La información le llegó a León y Castillo de una persona que le constaba estaba en relaciones con el Ministerio de Negocios Extranjeros francés. Esta persona le dijo que en Berlín se hablaba de que los Gobiernos de París y de Londres trataban de ponerse de acuerdo en las cuestiones de Terranova y de las Nuevas Hébridas, abandonando Francia a Inglaterra su derecho de pesca en la primera, e Inglaterra a Francia en las segundas, dichas potencias procurarían entenderse luego relativamente a Siam y Marruecos. Para ver que fundamento podrían tener

³⁷¹ AMAE. H. Legajo 1263. Correspondencia particular del Duque de Almodóvar del Río. Años 1898-1902. Duque de Almodóvar del Río a León y Castillo. Madrid, 9-febrero-1902.

³⁷² AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5841. T. 598. Duque de Almodóvar del Río a León y Castillo. Madrid, 11-febrero-1902.

las sospechas de León y Castillo, habló del asunto con el embajador de Alemania en París, que estaba muy enterado de cuanto pasaba en Berlín, y éste le confirmó que, en efecto, allí había circulado la noticia del arreglo en lo tocante a Terranova, las Nuevas Hébridas y Siam; pero que nada se sabía concerniente a Marruecos³⁷³.

León y Castillo mantuvo una conversación con Delcassé, quien desmintió cualquier tipo de inteligencia con Inglaterra. León y Castillo informó al Duque de Almodóvar de dicha conversación y de su opinión personal respecto a este entendimiento franco-inglés. El embajador español en París continuó haciendo averiguaciones sobre el fundamento de la noticia relativa a tratos entre Francia e Inglaterra y mantuvo una conversación con Delcassé de la que dedujo que cuanto se había dicho tocante a Siam, Terranova y las Nuevas Hébridas era infundado. Pensaba que la noticia carecía de exactitud en lo referente a Marruecos, porque si Delcassé estuviera en negociaciones con el Gobierno de Londres acerca de ese Imperio, no era probable que hubiera aprovechado la ocasión en la referida entrevista para tratar una vez más con él de esta cuestión³⁷⁴.

Desde Roma, el embajador español en aquella ciudad, del Mazo, contestó a la circular enviada por Almodóvar que allí no había llegado tal rumor, o al menos en

³⁷³ AMAE. H. Legajo 1263. Correspondencia particular del Duque de Almodóvar del Río. Años 1898-1902. León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 12-febrero-1902.

³⁷⁴ Ibidem, León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 17-febrero-1902.

el círculo diplomático que él frecuentaba constantemente no se había oído la noticia. Según del Mazo, los representantes en Italia de las primeras potencias cuando de la cuestión de Marruecos se hablaba, decían que sus Gobiernos consideraban necesario mantener el statu quo, y que nada podía resolverse sin el consentimiento de todas las Naciones interesadas³⁷⁵.

El embajador español en Berlín, Ruata, mantuvo una conversación con el Ministro de Negocios Extranjeros alemán, Barón de Richthofen, en la que tuvo ocasión de hablar del rumor de un posible entendimiento franco-inglés:

"Del rumor que V.E. dice haber llegado a sus oídos por conducto serio, respecto a un acuerdo entre París y Londres ``sobre las cuestiones coloniales incluso la de Marruecos'' que también ha llegado aquí, dice este señor Ministro que esas noticias las había recibido como verídicas por un lado, pero que se las desmentían por otro con no menos seriedad. No por eso negaba su mera posibilidad"³⁷⁶.

Ojeda también recibió la circular del Ministro de Estado y envió a la Reina una copia de la contestación que en su día mandó a Almodóvar. Respecto a los rumores de una inteligencia entre Francia e Inglaterra que dejase sacrificados los justos y vitales intereses de España en Marruecos, Ojeda daba cuenta de las impresiones que había recogido en sus constantes conversaciones con sus colegas sobre el particular. Tanto el representante de Francia, como el de Gran Bretaña, consideraban cualquier conveniencia en

³⁷⁵ AGA. S. A. IDD. Nº 17. Fondo histórico de Marruecos. Años 1750-1936. C. 93. E. 1. Cipriano del Mazo y Gherardi, embajador de España en Roma, al Duque de Almodóvar del Río. Roma, 17-febrero-1902.

³⁷⁶ Ibidem, Ruata al Duque de Almodóvar del Río. Berlín, 27-febrero-1902.

la cuestión de Marruecos que tuviera por base la repartición del Imperio y la posesión de la costa del Estrecho por una u otra nación, como una irrealizable utopía. Las objeciones que uno y otro oponían a semejante solución eran idénticas y dictadas por consideraciones de interés nacional tan vitales y tan obvias, que no cabía admitir que conveniencias eventuales o de oportunismo político, pudieran modificarlas. En varias ocasiones los llevó a otro terreno, examinando con ellos la posibilidad de un acuerdo entre ambas naciones cuya base fuese la exclusión de una y otra de la costa marroquí del Estrecho. Pero como la posibilidad de dicho acuerdo dependía del rompimiento del statu quo, Gran Bretaña acogía semejante hipótesis con reservas, toda vez que su interés consistía en mantenerlo a todo trance, en vista de las tendencias absorbentes de Francia. Sin embargo, no excluía el Ministro de Inglaterra, en absoluto, la perspectiva de una acción común en Marruecos, dado el caso de que se desmoronase el Imperio, ni de una inteligencia cuyo resultado fuese la exclusión de Francia por la región sudeste y la ocupación por España de la costa del Estrecho en condiciones que dejasen a salvo la preponderancia de Gibraltar. La diferencia de criterio entre el representante británico y los 3 Ministros de Francia, con quienes Ojeda trató de esta contingencia, era esencial. Mientras que Inglaterra la consideraba remota, y como doloroso paliativo de una situación peligrosa para sus intereses, Francia planteaba la cuestión del rompimiento del statu quo y del condominio de España y Francia en Marruecos, como de

conveniencia nacional inmediata e ineludible para ambas naciones. Sus tradiciones, las necesidades de su política argelina, su deseo de precaverse contra un golpe de mano de Inglaterra sobre Tánger, la llevaban naturalmente a desear una pronta solución en este sentido, y para ello no escaseó en ofrecimientos a España. La persistencia de los representantes de Francia en plantear el problema de Marruecos en estos términos y en hacer a Ojeda constantes ofrecimientos, le permitía creer que no se trataba de opiniones individuales, ni de personales simpatías, sino que éstas eran el verbo mismo del Gobierno francés y la resultante de un plan maduramente combinado en vista de unos altos intereses. Para Ojeda el peligro para las aspiraciones españolas no residía en una avenencia posible entre los principales factores del problema marroquí, que pudiera dejar sacrificados los intereses de España, opinaba que no existía este peligro, pero que el más inminente que amenazaba a España era el de un conflicto entre Francia e Inglaterra, cuya consecuencia sería la inmediata ocupación, por una u otra nación, de Tánger. Ante esta eventualidad, que Ojeda consideraba la más funesta para las aspiraciones de España, la mas peligrosa para la independencia nacional, se imponía forzosamente ya fuera una acción defensiva que necesariamente implicaba un sistema de aproximaciones y de alianzas, ya fuera un acuerdo previo entre España y las naciones interesadas, que pudiese a salvo los intereses de España, reconociéndola su derecho de intervención en el Estrecho y, eventualmente, el de la custodia condicional de

Tánger y de sus costas³⁷⁷.

En junio, León y Castillo cambió de opinión y así se lo hizo saber al Duque de Almodóvar. En un primer momento contestando a una pregunta sobre la posibilidad de inteligencias entre Francia e Inglaterra respecto de Marruecos, manifestaba que, de todos los informes que pudo recoger, resultaba poco probable que se tratara entonces de nada parecido. Pero por los rumores que posteriormente le llegaron, no podía seguir dando las mismas seguridades, sin que esto quisiera decir tampoco lo contrario. De una parte, el Príncipe Radolin, embajador de Alemania en París, muy afirmativo en otra época, le había hecho alguna insinuación muy velada sobre la posibilidad de que se intentara la referida inteligencia. Y por varias conversaciones que tuvo con personas influyentes del Partido Colonial, sacó la impresión de que muchas de ellas deseaban resolver la cuestión de Marruecos, y con tal fin no creían imposible, si fuera necesario, llegar a entenderse con el Gobierno inglés³⁷⁸.

También el embajador alemán en París, príncipe Radolin, comentó al embajador español que se estaba produciendo una gran actividad entre las legaciones francesa y británica en Tánger. León y Castillo dudaba si sería cierto o lo decía el embajador alemán por sembrar la

³⁷⁷ APR. Política extranjera. Cajón 4/41. Años 1898-1902. Ojeda a la Reina Regente María Cristina. Tánger, 12-marzo-1902.

³⁷⁸ AMAE. H. Legajo 1263. Correspondencia particular del Duque de Almodóvar del Río. Años 1898-1902. León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 5-junio-1902.

desconfianza entre España y Francia³⁷⁹.

Por su parte, el embajador alemán en Madrid, Radowitz, visitó a Almodóvar para preguntarle si tenía noticia de aproximaciones e inteligencias entre los Gobiernos francés e inglés sobre la cuestión de Marruecos. Almodóvar le contestó que no lo creía. Entonces Radowitz aseguró que sabía positivamente que existían conversaciones acerca de su protectorado y se lo advertía a Almodóvar para que no quedase España fuera del arreglo, sorprendida algún día por hechos consumados. Su intención, añadió Radowitz, no era sino de buena voluntad para España³⁸⁰. En noviembre Radowitz aseguró a Almodóvar que Francia propuso a Inglaterra hablar sobre Marruecos y Lansdowne repuso que no era el momento oportuno³⁸¹.

En abril de 1903 el embajador español en París, León y Castillo, en carta enviada al Ministro de Estado, ahora el conservador Abarzuza, informó del viaje del Monarca británico Eduardo VII a París, lo que significaba que el acercamiento anglo-francés era todo un hecho. León y Castillo afirmaba que tratarían de muchos asuntos, y que uno de ellos sería Marruecos:

"En lo relativo a este asunto me dice V. en sus últimas cartas que Inglaterra está resuelta a mantener el statu quo. Conviene recuerde V. que M.

³⁷⁹ Ibidem, León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 21-junio-1902.

³⁸⁰ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5841. T. 598. Duque de Almodóvar del Río a León y Castillo. San Sebastián, 26-septiembre-1902.

³⁸¹ Ibidem, Madrid, 14-noviembre-1902.

Delcassé ha manifestado siempre los mismos propósitos, limitándose a prever la eventualidad de que llegue un día en que el statu quo no pueda sostenerse. Pero cuando se le pregunta cual es su política en Marruecos, contesta invariablemente, como el Gobierno inglés, statu quo, statu quo ante todo y sobre todo"³⁸².

Desde agosto de 1903 el Duque de Mandas, embajador español en Londres, remitía información al Gobierno español de las negociaciones que Francia e Inglaterra estaban llevando a cabo, con comentarios sobre "las dificultades que estaban teniendo en el asunto marroquí"³⁸³.

El Duque de Mandas fue a ver a Lord Lansdowne para tratar sobre las conversaciones que sobre Marruecos estaban manteniendo Francia e Inglaterra. En esas conversaciones le aseguró Lansdowne que el Gobierno británico expresó al francés que la base de la política inglesa en tal cuestión era que en todo cuanto se hablara o se hiciera en ella era menester que tuviera participación España. No comprendía Inglaterra que la cuestión de Marruecos pudiera ser resuelta sin conocimiento, sin participación de España³⁸⁴.

Lansdowne, por su parte, autorizó al embajador británico en Madrid, Durand, a comunicar al Ministro de Estado español que el Gobierno inglés deseaba disuadir al

³⁸² AMAE. H. Legajo 1264. Correspondencia particular Abarzuza-Allendesalazar. Años 1902-1909. León y Castillo a Abarzuza. París, 20-abril-1903.

³⁸³ AMAE. H. Legajo 1582. Correspondencia con Gran Bretaña. Años 1898-1906. Duque de Mandas a Abarzuza. Londres, 1-agosto-1903.

³⁸⁴ AGA. S. AE. IDD. Nº 77. Correspondencia Embajada de España en Londres. Años 1840-1964. C. 7023. L. 208. Duque de Mandas a Manuel Mariátegui y Vinyals, Duque de San Bernardo, Ministro de Estado de España. Londres, 13-agosto-1903.

Gobierno francés de todas las proposiciones para una partición de Marruecos, y que, si tal partición llegara a ser inevitable, sería esencial que los intereses de España recibieran adecuado reconocimiento, que sus comunicaciones con el Gobierno francés eran del carácter más general, y que no se habían acercado a esta discusión en detalle. También le pedía que tranquilizara al Gobierno español sobre los rumores que atribuían a Francia proyectos agresivos sobre las posesiones españolas en Marruecos³⁸⁵.

El Duque de Mandas mantuvo una nueva conversación con Lord Lansdowne esta vez para tratar de las esferas de influencia o zonas de penetración pacífica. Inglaterra no se desinteresaba de la cuestión marroquí y Lord Lansdowne le dijo que no tenía cerrado ningún compromiso en cuanto a dichas esferas o zonas, le repitió que era base indicada por Inglaterra a Francia que en tal asunto las dos naciones nada habían de determinar sin la participación de España. Para Inglaterra no había inconveniente en que tales o cuales zonas se atribuyeran a España en vez de hacerlo a Francia siempre que se procediera de acuerdo de las tres naciones, que teniendo Francia interés más cercano que Inglaterra entendía que con quien tenía que entenderse España era con Francia y no con Inglaterra³⁸⁶.

Lord Lansdowne comunicó al Duque de Mandas una

³⁸⁵ BD. Vol. II. Documento Nº 366. Lansdowne a Durand. Foreign Office, 11-agosto-1903.

³⁸⁶ AGA. S. AE. IDD. Nº 77. Correspondencia Embajada de España en Londres. Años 1840-1964. C. 7024. L. 212. Duque de Mandas a Rodríguez San Pedro. Londres, 27-febrero-1904.

entrevista que con él había mantenido el embajador de Francia. Hablaron de muchas cosas, pero finalmente también tocaron el punto relativo a Marruecos. Coincidieron en que había que hacer cuanto fuera imaginable por conservar y prolongar el statu quo y el Gobierno del Sultán, sólo cuando fuera absolutamente imposible sostenerlo, imposible dejar de reconocer que no había ya allí Gobierno, sería cuando habría de tratarse de las zonas de penetración pacífica o zonas de influencia. Lord Lansdowne le recordó a Cambon el principio fundamental inglés: España tenía que tener participación en todo cuanto se hablara, se decidiera o se hiciera. De hecho, quedaba establecido el principio de conversar las tres naciones³⁸⁷.

En marzo de 1904 Lansdowne manifestó al Duque de Mandas que el arreglo entre Francia e Inglaterra estaba muy adelantado, pero que no estaba a punto de firmarse, faltaba todavía precisar algunas cosas. Esto sirvió al Duque de Mandas para preguntarle si en ese arreglo quedaba reservada la participación de España en lo que se resolviera sobre Marruecos. Lansdowne contestó que no se trataba de Marruecos aunque había habido conversaciones generales sobre ello en las cuales Inglaterra había sentado de nuevo la base de que, llegado el caso, España habría de participar de cuanto se hiciera en el Imperio sherifiano. El Duque de Mandas le dijo que estaba dispuesto a seguir con él las últimas conversaciones, pero Lord Lansdowne le manifestó que esto no procedía en aquellos momentos, que España tenía que

³⁸⁷ Ibidem, Londres, 27-febrero-1904.

entenderse con Francia. Lansdowne tenía la creencia de que después de lo hablado por Inglaterra a Francia, ésta atendería completamente a España; y que, si contra toda su creencia no fuese así, entonces que el Duque de Mandas volviera para hablar con él sobre las dificultades que se hubiesen presentado³⁸⁸.

Para el Duque de mandas con todas estas conversaciones que mantuvo con lord Lansdowne se consiguió: no incurrir en la imprudencia de pactar algo a espaldas de Inglaterra; que Inglaterra, llevada de su deseo de que en Marruecos no quedara sola Francia, habló a ésta de que no prescindiera de la participación de España en el asunto y sus consecuencias sobre zonas de penetración pacífica; que para el caso de no ser fácil el arreglo en París anunciaba su propósito de oír a España para persuadir a Francia de que atendiera las peticiones españolas³⁸⁹.

Finalmente el Duque de Mandas se quejó a Lord Lansdowne de que tanto por la declaración que le hizo relativa a que en las conversaciones franco-inglesas Inglaterra había indicado que una de las bases esenciales era al participación de España en lo que se refiriera a cualquier novedad en Marruecos, como por la declaración hecha por Francia reconociendo que España debía participar en lo que se decidiera respecto de aquel Imperio, España había pensado que participaría desde un principio en las conversaciones o tratos que sobre Marruecos se hicieran.

³⁸⁸ Ibidem, Londres, 16-marzo-1904.

³⁸⁹ Ibidem.

Pero se encontró España con un arreglo entre dos de las tres potencias interesadas. Lord Lansdowne le manifestó que se había elegido el método de proceder siempre entre dos por mayor facilidad y así como se había hecho un arreglo entre Inglaterra y Francia ahora procedía un arreglo entre Francia y España, pues era cosa sabida cuanta dificultad entrañaba el que se aumentara el número de participantes en una conferencia. El Duque de Mandas le replicó que las dilaciones entre los dos eran debidas al gran número de cuestiones que habían de tratar, mientras que España tenía interés en una sola, ante lo cual Lord Lansdowne contestó que esta sola cuestión era muy extensa y que correspondía a Francia y no a Inglaterra hablar a España del asunto y añadió que en el momento mismo de firmar el Convenio dijo a Paul Cambon que tuviera presente que una de las bases principales y de más interés en el arreglo era que Francia se concertara con España cuanto antes, a lo que el embajador le contestó que inmediatamente Francia trataría del asunto con España³⁹⁰.

El texto del Acuerdo franco-británico consta de nueve artículos, abierto a posterior comunicación diplomática, de los cuales el 7º y el 8º hacen referencia a España, y cinco artículos secretos. De los artículos secretos, el 3º y el 4º también hacen referencia a España. El Acuerdo fue hecho por duplicado en Londres el 8 de abril de 1904 y fue firmado por Lord Lansdowne, Primer Secretario de Estado para Negocios Extranjeros británico, y Paul

³⁹⁰ Ibidem, Londres, 12-abril-1904.

Cambon, embajador francés en Londres. Por el artículo séptimo, los Gobiernos inglés y francés, con el fin de asegurar el libre tránsito del Estrecho de Gibraltar, se obligan a no permitir que se levanten fortificaciones u obras estratégicas en la costa marroquí entre Melilla y las alturas que dominan la orilla derecha del Sebú, excepto los puntos ocupados por España.

En el artículo octavo los Gobiernos de Francia e Inglaterra inspirándose en sus sentimientos de sincera amistad con España toman en cuenta los intereses españoles en Marruecos, por su posición geográfica y por sus posesiones en aquel territorio, respecto a los cuales los Gobiernos español y francés llegarían a un acuerdo que sería comunicado a Inglaterra.

En el tercero de los artículos secretos se decía que el día que el Sultán dejara de ejercer su autoridad, la administración desde la costa de Melilla hasta la orilla derecha del Sebú debía confiarse exclusivamente a España, y se añadía que España debería dar previamente su adhesión formal a los artículos 4º (libertad comercial) y 7º (no fortificación de la costa), comprometiéndose además a no enajenar todo o parte de los territorios comprendidos en su zona.

Por el artículo cuarto secreto, se admitía la hipótesis de que España, invitada a adherirse al Acuerdo franco-inglés, creyera deber abstenerse, y se disponía que a pesar de ello, no dejaría de aplicarse el arreglo entre Francia e Inglaterra, de conformidad con la Declaración del

mismo día.

Por imposición de Inglaterra, Francia se encontraba obligada a tener en cuenta los legítimos derechos de España en la costa norte de Marruecos. Mucho se discutió entonces esta actitud de Inglaterra, queriendo algunos ver en ella la justa correspondencia a la lealtad de España no consintiendo firmar a sus espaldas al Acuerdo de 1902. Sin duda Inglaterra, al tener en cuenta los derechos de España, no hacía otra cosa que servir su política tradicional; no podía serle indiferente el vecino que se estableciera en Gibraltar, y desde luego encontraba preferible que fuese España, cuyo poder estaba entonces muy quebrantado, luego de sus luchas interiores y de la guerra de Cuba. Sea como fuere, a España le planteaba un problema bien concreto el Acuerdo franco-inglés. No había ya posibilidad de mantener el statu quo, cuando la voluntad de Francia, con el beneplácito de Inglaterra e Italia, era actuar en Marruecos. Además, hasta su abstención estaba prevista en ese Acuerdo: si España renunciaba a actuar dentro de las normas que se habían establecido, lo haría Francia solamente. El dilema era, pues, o intervenir paralelamente con Francia, repartiéndose entre las dos Marruecos, o renunciar por completo a toda actuación africana en beneficio de Francia. El Gobierno español se decidió por lo primero³⁹¹.

En Gran Bretaña la prensa era mayoritariamente favorable al Acuerdo de 1904. Pondrán de manifiesto como en

³⁹¹ HERNANDEZ DE HERRERA y GARCIA FIGUERAS, Acción de..., pp. 46-47.

toda Europa la prensa se mostró favorable a este Acuerdo, y sólo en la prensa española se mostró cierta excitación en lo referente a Marruecos³⁹².

El 1 de junio de 1904 se discutió y aprobó en la Cámara de los Comunes el Proyecto de autorización al Gobierno para llevar a efecto el Acuerdo franco-inglés. El Gobierno británico siempre tuvo en cuenta los derechos de España en Marruecos y firmó el Acuerdo con Francia siempre que ésta y España llegaran a un acuerdo respecto a Marruecos. Lo que Gran Bretaña realmente quería era tener al sur de Gibraltar un vecino débil como España y no a Francia³⁹³.

Aunque Delcassé puso de relieve las ventajas obtenidas, el grupo colonial no estaba de acuerdo con este Tratado, ya que no consideraban suficiente lo obtenido por Francia en Marruecos³⁹⁴.

Los comentarios de la prensa francesa sobre el Acuerdo anglo-francés se hicieron con cierta reserva, y aunque su tono fue favorable, hubo una disposición de aguardar la publicación del texto definitivo antes de pronunciar un juicio definitivo. Aparte de la prensa de nacionalismo extremo, nada se dijo para perturbar la primera impresión producida en Francia por el Acuerdo, que era ciertamente de considerable felicitación habiendo obtenido

³⁹² AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular N^o 7. Madrid, 15-abril-1904.

³⁹³ Ibidem, Circular N^o 11. Madrid, 15-junio-1904.

³⁹⁴ Ibidem, Circular N^o 21. Madrid, 15-noviembre-1904.

un reconocimiento de la prioridad de la influencia en Marruecos y una solución de muchas cuestiones molestas³⁹⁵.

Los Acuerdos franco-ingleses fueron bien vistos en Rusia, aprobaba la aproximación francesa con Inglaterra ya que veía en ella una garantía para los asuntos de Extremo Oriente. Aunque no admitía la posibilidad de una mediación, si sentía que al final Inglaterra ejercería una acción sobre Japón para el arreglo de la paz y contaba con una intervención oficiosa por parte de Francia³⁹⁶.

En Alemania el Canciller von Bülow pronunció en el Reichstag un discurso acerca de la Convención colonial franco-inglesa. Para el Canciller, Alemania no tenía motivos para suponer que el Convenio colonial franco-inglés tuviera intento oculto contra ninguna potencia. Lo que si parecía existir era un ensayo para allanar amistosamente las dificultades que habían existido entre Francia e Inglaterra. Contra esto no tenían nada que objetar bajo el punto de vista de los intereses alemanes puesto que no tenían necesidad de desear una tal situación que pusiera en peligro la paz universal que deseaban sinceramente. Tocante al punto principal de este Convenio, Marruecos en particular, allí estaba Alemania, como en el Mediterráneo en general, interesada sobre todo económicamente. Allí tenían ante todo intereses comerciales. Por esa razón tenían un importante interés en que el orden y la tranquilidad reinara en

³⁹⁵ BD. Vol. II. Documento Nº 418. Monson a Lansdowne. París, 12-abril-1904.

³⁹⁶ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. Londres, 9-abril-1904. P. 133.

Marruecos. No tenían, según Bülow, motivos para temer que los intereses alemanes fueran perjudicados por otra potencia³⁹⁷.

Rodríguez San Pedro conoció las manifestaciones del Conde de Bülow referentes al Acuerdo franco-inglés y por la importancia que para España revestía cuanto afectara al problema de Marruecos, instó a Ruata para que en las conversaciones que mantuviera con el Ministro de Negocios Extranjeros alemán, insinuara los propósitos y aspiraciones españolas en Marruecos para conocer cual era la opinión de Alemania al respecto³⁹⁸. Ruata conversó con el Ministro acerca de la Convención franco-inglesa y concretamente de la cláusula que hacía referencia a España, explicándole cual era la esfera de influencia a la que aspiraba España. El Ministro alemán le contestó que como España tenía que entenderse con Francia sobre ese particular, esperaba que llegaran a arreglarse y satisfacerse mutuamente. Añadió que los intereses alemanes consistían en la libertad e igualdad comercial de la que en aquellos momentos disfrutaban. Finalmente aseguró a Ruata que por indicación y por conveniencia, Alemania prestaba completamente sus simpatías a España en esa cuestión³⁹⁹.

A través de la negociación conducente a la Entente

³⁹⁷ AGA. S. A. IDD. Nº 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 44. E. 4. Ruata a Rodríguez San Pedro. Berlín, 13-abril-1904.

³⁹⁸ Ibidem, Rodríguez San Pedro a Ruata. Madrid, 19-abril-1904.

³⁹⁹ Ibidem, Ruata a Rodríguez San Pedro. Berlín, 27-abril-1904.

franco-británica de 1904, el papel de España fue puramente pasivo. A España se le presentaron, una vez concluida la negociación anglo-francesa, las bases de un acuerdo, frente a cuyo articulado España no tenía realmente otra alternativa que la aceptación, ya que la negativa a esta última no conllevaba el mantenimiento del statu quo marroquí, sino la muy probable adjudicación de la esfera de influencia que le había sido atribuida, a una de las dos potencias signatarias, o quizá un reparto entre ambas, lo que hubiera supuesto un empeoramiento de la posición española⁴⁰⁰.

Es importante subrayar la diferente actitud que, respecto a España y a lo largo de la preparación del Acuerdo, manifestaron el negociador inglés, Lansdowne, y el negociador francés, Cambon. La participación española en el Acuerdo, es decir en el reparto de Marruecos, afectaba de manera muy distinta, y aun opuesta, a los intereses de cada una de las dos potencias. Para Delcassé y para su embajador en Londres la injerencia de España en la negociación de Londres hubiera resultado engorrosa, existiendo el precedente de 1902 y el proyecto de reparto de Marruecos que España no quiso aceptar. España podía reivindicar, y ahora con la conformidad de Gran Bretaña, lo que le fue ofrecido en 1902. No extraña, pues, la desgana con la que Cambon responde al reiterado apremio de Lansdowne, acerca de la necesidad de que España no tenga la impresión de que se está negociando a sus espaldas. La presencia de España en el norte de Marruecos era prácticamente indispensable para la

⁴⁰⁰ JOVER ZAMORA, La España..., pp. CIX.

estrategia británica, y una negativa española a lo que fuera propuesto, sin deliberación previa, por ambas potencias comportaría molestias y dificultades a la posición inglesa en las negociaciones entre Cambon y Lansdowne⁴⁰¹.

La prensa británica tenía razón al afirmar que en la española produjo excitación el Tratado de 1904, ya que:

"En España, una parte de la prensa, sin esperar a conocer el texto del Convenio y sin analizar debidamente el alcance de éste, procediendo con la impresionabilidad propia de nuestro carácter, ha considerado el Acuerdo franco-inglés como una derrota para los intereses españoles, llegando a decir, sin medir las consecuencias de sus palabras, que hemos sido expulsados de Marruecos"⁴⁰².

El primer punto en el que coincidió la prensa española, era en afirmar que Francia y Gran Bretaña llegaron a un Acuerdo sobre Marruecos sin haber contado con España. Para El Ejército español, publicación militar, y Heraldo de Madrid, diario independiente, Francia y Gran Bretaña se habían puesto de acuerdo sobre la cuestión marroquí, pero lo peor era que se habían olvidado de España⁴⁰³. En El Ejército español llegaron a afirmar que Francia y Gran Bretaña se habían unido y entendido contra España⁴⁰⁴, habiéndose resuelto el problema de Marruecos sin la intervención de España y a beneficio de Francia⁴⁰⁵. Este Convenio

⁴⁰¹ Ibidem, pp. CIX-CX.

⁴⁰² AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular Nº 7. Madrid, 15-abril-1904.

⁴⁰³ El Ejército español, 9-abril-1904, Heraldo de Madrid, 16-abril-1904.

⁴⁰⁴ El Ejército español, 11-abril-1904.

⁴⁰⁵ Ibidem, 14-abril-1904.

significaba para El Ejército español "un solemne aislamiento de nuestra política en Marruecos"⁴⁰⁶. Para El Liberal, de tendencia liberal, a muchos les había extrañado el olvido en que Francia y Gran Bretaña habían tenido a España "sin hacerse cargo de que los que se olvidaban de Marruecos eran los españoles que no habían pensado más que en conquistas militares"⁴⁰⁷. El País, periódico republicano, calificaba de dolorosa la exclusión de España de la labor europea en Marruecos, y también de injusta teniendo en cuenta la historia de España⁴⁰⁸. Para El Ejército español y Heraldo de Madrid con la firma del Convenio franco-inglés Francia y Gran Bretaña habían llegado a un Acuerdo amistoso por el que la primera tenía las manos libres en Marruecos y aseguraba su Imperio argelino, y Gran Bretaña se quedaba con Egipto e invocaba Gibraltar y su gran posición en el Estrecho, todo esto sin contar con España⁴⁰⁹.

Aceptado el Convenio franco-inglés, lo único que le restaba a España era, para El Ejército español, reclamar el voto en la cuestión marroquí, aunque sólo fuera en el terreno de la influencia⁴¹⁰, y para Heraldo de Madrid, llegar a una alianza con Francia, ya que tenía intereses comunes con España, para la civilización democrática de

⁴⁰⁶ Ibidem, 15-abril-1904.

⁴⁰⁷ El Liberal, 12-abril-1904.

⁴⁰⁸ El País, 23-abril-1904.

⁴⁰⁹ Heraldo de Madrid, 10-abril-1904, El Ejército español, 11-abril-1904.

⁴¹⁰ El Ejército español, 9-abril-1904.

Marruecos, pero España debía estar en igualdad de condiciones con Francia y nunca subordinada a ella⁴¹¹. Finalmente para El Liberal, como de nada servían los lamentos ni las reivindicaciones, lo que tenía que hacer España era sacar el mejor partido de la situación creada por el Acuerdo franco-inglés⁴¹². Por último, El Ejército español y El País culpaban al Gobierno español, al que calificaban de inepto, de haber perdido todo derecho a Marruecos⁴¹³.

La Epoca, periódico conservador, fue la única publicación que encontraba positivo para España el que Francia y Gran Bretaña hubieran llegado a un acuerdo sobre Marruecos. Lo primero que debía hacer España, según La Epoca, era ocuparse de los intereses españoles en Marruecos y con quien había que entenderse era con Francia, ya que España, por sí sola, no disponía de los medios suficientes para penetrar en África⁴¹⁴. Dos hechos positivos destacaba La Epoca del entendimiento franco-inglés. En primer lugar, el que hubieran llegado a un acuerdo los Gobiernos de París y Londres, ya que esto era una garantía de paz para Europa, ya que la rivalidad de estos dos países la había sufrido España, y su amistad ayudaría a resolver los problemas de España. En segundo término destaca como positivo el mantenimiento del statu quo territorial y político de

⁴¹¹ Heraldo de Madrid, 16-abril-1904.

⁴¹² El Liberal, 10-abril-1904.

⁴¹³ El Ejército español, 11-abril-1904, El País, 23-abril-1904.

⁴¹⁴ La Epoca, 9-abril-1904.

Marruecos, ya que esta era la política que más convenía a España⁴¹⁵.

En el Congreso de los Diputados se inició un debate sobre el Acuerdo franco-inglés y la postura española. Desde la oposición criticaron al Gobierno conservador el haber dejado que franceses e ingleses se entendieran respecto a un asunto tan importante para España como Marruecos sin contar con ella. Se dudaba de que Francia, que tenía posteriormente que entenderse con España, hiciera grandes concesiones. El mayor temor que se tenía era que se terminara con el statu quo marroquí⁴¹⁶.

El malestar de los diputados de la oposición se concentraba en que Francia e Inglaterra se hubieran puesto de acuerdo a espaldas de España, que era, según ellos, la nación que en Marruecos tenía más derechos, no sólo por poseer las plazas de Ceuta y Melilla, sino por sus antecedentes históricos que se remontaban al siglo XV. Para el diputado de la minoría conservadora Nocedal estaban muy claras las intenciones que Francia e Inglaterra tenían respecto de España y Marruecos. El concierto, que se había hecho a espaldas de España, principal interesada en todo lo que se refería al norte de Africa, era beneficioso en primer término para Inglaterra, porque el juego era el siguiente. Inglaterra forzaba a Francia y se llevaba la mejor parte, se llevaba una cosa real, efectiva, presente, el respeto a sus

⁴¹⁵ La Epoca, 10-abril-1904.

⁴¹⁶ DSCD. L. 1903. D. 154, 30-mayo-1904. Gil Robles, diputado carlista. PP. 4685 y ss.

derechos legítimos, y a Francia le daba los derechos que pudiera adquirir por su trabajo o por la fuerza de sus armas; pero una y otra con España habían jugado en el Muni y temía que iban a jugar, como el gato con los ratones; iban a estar ofreciendo como en el Muni, aquí un pedacito, allá otro, al fin tendría España que contentarse con unas cuantas piltrafas, y ellos podrían usar de los soldados españoles en Marruecos y de los españoles en Argel⁴¹⁷.

Uno de los temores expresados era que, al no haber participado España en este Acuerdo, ésta siempre iría subordinada a los intereses franceses. La oposición pedía que el Gobierno español acudiese a negociar en igualdad de condiciones que Francia⁴¹⁸.

5. CONVENIO HISPANO-FRANCES SOBRE MARRUECOS DE 3 DE OCTUBRE DE 1904

Francia tuvo, en lo relativo a Marruecos, dos políticas: la oficial, que dominaba en el Ministerio de Negocios Extranjeros, que daba lugar a los Convenios celebrados con Inglaterra, con Italia y con España, que afirmaba el statu quo territorial y el apoyo resuelto al Sultán para imponer su autoridad y, con ella, las reformas necesarias, a fin de entrar el país marroquí en el camino de la civilización europea ; y la belicosa, la de los que

⁴¹⁷ DSCD. L. 1903. D. 158, 3-junio-1904. Nocedal, diputado minoría conservadora. P. 4775.

⁴¹⁸ DSCD. L. 1903. D. 162, 6-junio-1904. Villanueva, diputado minoría conservadora. P. 4844.

soñaban con convertir a Marruecos en una nueva Argelia, la de los que alentaban la rebelión, la de los que negaban a las demás naciones europeas todo derecho para intervenir en las cuestiones del vecino Imperio. La política de penetración pacífica francesa era una máscara con que se encubrían propósitos de conquista⁴¹⁹. El propio Paul Cambon reconocía que una política podía ser muy pacífica, pero que para ejercer una acción sobre el Gobierno marroquí era necesario que Francia estuviera dispuesta a emplear la fuerza si ésta fuera necesaria, mientras aconsejaba que el Gobierno francés debía declarar que jamás en ningún caso recurrirían a la fuerza⁴²⁰.

En noviembre de 1903 en la Cámara de los Diputados francesa se llevó a cabo un debate sobre la política de Francia en Marruecos, mostrándose en términos muy amistosos hacia España. La impresión que causó el discurso de Delcassé fue que triunfó en el seno del Gabinete francés, sobre la política belicosa que una parte de la opinión patrocinaba en Francia, la política de penetración pacífica⁴²¹.

La cuestión de Marruecos preocupaba al Gobierno español no sólo por ser el único país que poseía territorios en el norte de Africa, sino también por la posición del archipiélago canario, fronterizo a la costa marroquí; también el sur de Marruecos era fronterizo con el Sahara

⁴¹⁹ AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular Nº 24. Madrid, 31-diciembre-1904.

⁴²⁰ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. Londres, 10-diciembre-1903. PP. 101-102.

⁴²¹ APR. Política exterior. Caja 15828/9. Año 1903.

español. La política exterior española, por tanto, se centraba no sólo en el norte de Marruecos, sino también en el sur⁴²². La política que a España le interesaba era que continuara el statu quo marroquí, que se mantuviera de una manera principal la soberanía del Imperio marroquí, ya que si desapareciera el statu quo traería peligros y dificultades a España⁴²³.

Para defender el statu quo en Marruecos España seguía una política de abstención, de no intervención, de paz y de concierto internacional en Marruecos, ya que el statu quo marroquí era la única política que convenía a España en esos momentos⁴²⁴. El statu quo que defendía España significaba la conservación material, moral y política de Marruecos⁴²⁵.

Firmado el Acuerdo anglo-francés sobre Marruecos, el Gobierno español no tenía más remedio que negociar con el francés, pues de no hacerlo quedaría al margen de Marruecos. Francia no deseaba negociar con España, pero el artículo 8º del Acuerdo anglo-francés le obligaba a ello⁴²⁶. Como afirma Maura Gamazo, el Gobierno español podría haberse negado a

⁴²² DSCD. L. 1903. D. 152, 24-marzo-1904. Rodríguez San Pedro. P. 4661.

⁴²³ DSS. L. 1903. D. 20, 9-junio-1903. Abarzuza. PP. 226-227.

⁴²⁴ DSS. L. 1903. D. 19, 8-junio-1903. Abarzuza. P. 209.

⁴²⁵ DSS. L. 1903. D. 150, 23-marzo-1904. Rodríguez San Pedro. P. 2672.

⁴²⁶ RAVENTOS Y NOGUER, M. y OYARZABAL VELARDE I. de, Colección de textos internacionales, Tomo I, Ed. Bosch, Casa Editorial, Barcelona, 1936, p. 36.

negociar, pero hubiera sido un gran error el resistirse a todo trato con las demás naciones en un asunto tan vital para España como era Marruecos⁴²⁷.

Para León y Castillo por la firma de este Tratado:

"La situación había cambiado radicalmente para España y con irreparable daño de nuestros intereses. Iban éstos perfectamente encaminados hacia una solución feliz de la cuestión de Marruecos; pero el carro de nuestros destinos tropezó con un obstáculo imprevisto y volcó en el momento mismo de llegar a la meta"⁴²⁸.

El embajador español en París, León y Castillo, también opinaba que:

"Abarzuza fue ese obstáculo. Y sucedió que jugando nosotros una partida empeñada con Francia, cuando ya la teníamos ganada nos levantamos de la mesa para dejar el puesto a Inglaterra; y he aquí como a la actitud de Abarzuza debe Francia el protectorado de Marruecos que le reconoció Inglaterra en el Tratado de abril de 1904, a cambio de Egipto y Terranova"⁴²⁹.

El Gobierno español durante las negociaciones, se quejó del poco apoyo recibido a su gestión por parte de la prensa y del Parlamento. El Gobierno buscó la opinión, quiso inspirarse en ella, quiso saber que era lo que el país quería y a lo que estaba dispuesto, pero no encontró esa opinión ni en las Cámaras ni fuera de ellas. En cuanto al Parlamento, los representantes de los partidos dinásticos ofrecieron su confianza al Gobierno para que negociara con Francia, pero le ofrecieron poca ayuda⁴³⁰.

⁴²⁷ MAURA GAMAZO, La cuestión..., p. 290.

⁴²⁸ LEON Y CASTILLO, Mis tiempos, p. 208.

⁴²⁹ Ibidem.

⁴³⁰ AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular Nº 11. Madrid, 15-junio-1904.

En las negociaciones que mantuvieron España y Francia, quien llevó la iniciativa siempre fue Francia ya que:

"No es posible olvidar que el problema de Marruecos no ha sido planteado en el momento y en su forma actuales por nuestra voluntad, sino por exigencias de intereses y de combinaciones de las grandes potencias, cuyo respeto a nuestras conveniencias no cabe pretender que llegue a subordinar a las aspiraciones españolas las suyas propias"⁴³¹.

Lansdowne quería que, una vez concluido el Acuerdo franco-inglés, el Gobierno francés se pusiera de acuerdo con el español. Las negociaciones hispano-francesas desde mayo hasta octubre progresaron lentamente. Durante las negociaciones, España no estaba conforme con la esfera de influencia que ahora le adjudicaba Francia, aunque finalmente tuvo que aceptarlo, así como adherirse a la Declaración franco-británica. Tanto Delcassé como Lansdowne trataron a España como una potencia de segundo orden⁴³².

Para Cambon las anteriores conversaciones mantenidas entre León y Castillo y Delcassé sobre Marruecos eran:

"Conversaciones personales que nuestro Ministro ha cometido el error de dejar redactar en forma de proyecto de Convenio, pero diciendo expresamente que no lo sometería a su Gobierno aunque el Gobierno español manifieste su voluntad de tratar sobre estas bases. Ahora bien, jamás los Gabinetes españoles liberales u otros han respondido. Ni Sagasta ni su sucesor Silvela ni Villaverde que vino después han dicho palabra"⁴³³.

⁴³¹ Ibidem, Circular Nº 14. Madrid, 31-julio-1904.

⁴³² MCGEOCH, "British Foreign...", pp. 219 y ss.

⁴³³ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. París, 28-abril-1904. P. 136.

León y Castillo y Delcassé no pudieron llegar a un acuerdo en las varias y empeñadas discusiones que tuvieron con motivo de los asuntos de Marruecos. Delcassé habló al embajador español de la oportunidad perdida por España cuando el proyecto de Convenio era un secreto y le hizo constar que no era suya la responsabilidad. Se negó a toda nueva concesión y compensación en Marruecos. León y Castillo sospechaba además que Delcassé iba a proponerle modificaciones en lo ya convenido en nuevas conferencias que mantuvieran. León y Castillo temía que sin el apoyo del Gobierno inglés quedaría España no ya a merced de Delcassé, sino de la intransigencia y exclusivismo de los coloniales⁴³⁴.

Una vez concluido el Acuerdo franco-inglés de 8 de abril de 1904, León y Castillo mantuvo una nueva conversación con Delcassé quien le comunicó los puntos principales de este arreglo en lo referente a Marruecos. En esta conversación León y Castillo confirmó sus sospechas y temores de que Francia, puesta de acuerdo con Inglaterra, no se consideraría ligada en Marruecos, ni en el norte ni en el sur, por ningún ofrecimiento. Así se lo insinuó Delcassé recordando para justificarse el largo período de tiempo transcurrido en esta laboriosa negociación sin haber llegado a un acuerdo con España. Concluyó por decir a León y Castillo que algún sacrificio imponía a España la seguridad que le ofrecía establecerse en Marruecos con el asentimiento

⁴³⁴ AGA. S. A. IDD. N° 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 44. E. 4. León y Castillo a Rodríguez San Pedro. París, 6-abril-1904.

solemne de Inglaterra⁴³⁵.

Rodríguez San Pedro se extrañaba de la actitud de Delcassé, retrocediendo de lo ofrecido en 1902, olvidando cuanto se refería a la parte sur de Marruecos, e ignorando:

"La conveniencia y hasta la necesidad de que la costa marroquí, bañada por el Atlántico, que está frente a Canarias, quede en nuestro poder, evitando que pudiera algún día caer en el de otra potencia menos amiga suya que nosotros, con evidente y grave peligro para los intereses de Francia que estarían más seguros en todo tiempo si España, afirmada sólidamente allí, constituyese una base de operaciones que fuese seria garantía para la defensa del archipiélago canario, fácil objeto de codicias diferentes"⁴³⁶.

Rodríguez San Pedro lo que necesitaba era que se puntualizaran las proposiciones de Francia, para resolver la línea de conducta que más convenía a España. El Ministro de Estado español estaba seguro de que Inglaterra estaba a favor de España⁴³⁷.

Para conocer los propósitos del Gobierno francés, con relación a España, después de firmado el Convenio anglo-francés, tuvo León y Castillo una conversación con Delcassé, en la que confirmó plenamente sus sospechas y temores sobre la actitud de Delcassé en los asuntos de Marruecos. Delcassé dijo a León y Castillo que por el tiempo transcurrido, sin haber logrado llegar a un acuerdo con el Gobierno español; la imposibilidad de seguir esperando indefinidamente; la intransigencia creciente del Partido Colonial y sobre todo,

⁴³⁵ Ibidem, París, 9-abril-1904.

⁴³⁶ Ibidem, Rodríguez San Pedro a León y Castillo. Madrid, 15-abril-1904.

⁴³⁷ Ibidem.

los sacrificios que Francia se había impuesto en Egipto y que necesitaba resarcirse en Marruecos, le ponían en el duro trance de reducir las concesiones, que había hecho a España. Como León y Castillo le preguntó si era ésta su última palabra le contestó afirmativa y rotundamente, añadiéndole que ningún Ministro francés iría más allá en sus concesiones. En vista de esto y convencido de que en aquel momento toda insistencia era inútil, León y Castillo dijo a Delcassé que tenía la impresión de que, por insuficientes, ningún Gobierno español las aceptaría⁴³⁸.

León y Castillo también mantuvo una conversación con el embajador de Inglaterra, que recibió orden telegráfica de Lord Lansdowne para que hablara con el embajador español, conversación encaminada a demostrar al embajador británico que, a poco que pesara en favor de España el Gobierno inglés, podía llegarse a una solución de concordia, partiendo de lo ya convenido y aceptado en principio por España y Francia. Inglaterra, le añadió, estaba moralmente obligada a ello, puesto que las dificultades con que tropezaba España estaban producidas por su insistencia en contar con Gran Bretaña, antes de cerrar sus tratos con Francia. Sir Edmund Monson le dijo que iba a poner en conocimiento de Lord Lansdowne todo cuanto acababa de decirle⁴³⁹.

Después de concluida la Declaración franco-inglesa

⁴³⁸ Ibidem, León y Castillo a Rodríguez San Pedro. París, 24-abril-1904.

⁴³⁹ Ibidem.

y de haberse desinteresado Inglaterra en el porvenir de Marruecos, tanto Rodríguez San Pedro como Maura, Presidente del Consejo de Ministros, creían que no podían limitarse los tratos con Francia a una mera fijación de zonas de influencia; sino que teniendo España muchos intereses comerciales y monetarios en todo el Imperio marroquí, así como servicios y representaciones que podían dejar olvidados, había necesidad de convenir algunas estipulaciones sobre ello a fin de evitar el perjuicio de los mismos⁴⁴⁰.

Para Cambon Delcassé había añadido a sus ofertas un trozo de territorio hacia el sur en la zona de influencia española. Los Ministros españoles le parecían razonables:

"Pero el embajador en París León y Castillo crea toda clase de dificultades, él tiene su honor personal empeñado en el asunto, él se apoya siempre en las conversaciones imprudentes de Delcassé en 1902. Delcassé le responde con razón solamente que, desde 1902, él ha comprado por el abandono de Egipto el derecho de hacer lo que él quiera en Marruecos, mientras que España gana todo sin pagar nada. Esto hará que los españoles se resignen"⁴⁴¹.

León y Castillo era consciente de esta situación, que era imposible obtener nuevas concesiones territoriales si no contaba España con el apoyo de Inglaterra⁴⁴², así se lo confirmó Delcassé en una conversación que mantuvieron en

⁴⁴⁰ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5846. T. 617. Rodríguez San Pedro a León y Castillo. Madrid, 30-abril-1904.

⁴⁴¹ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. París, 13-mayo-1904. PP. 137-138.

⁴⁴² AGA. S. AE. IDD. Nº. 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5846. T. 617. León y Castillo a Rodríguez San Pedro. París, 16-mayo-1904.

la que León y Castillo intentó una vez más, aunque sin éxito, obtener las concesiones territoriales que reclamaba el Gobierno español y estaba convencido de que toda nueva tentativa sería inútil y todo aplazamiento peligroso porque Delcassé no se sentía con fuerzas, ni en el Consejo de Ministros, ni en la Cámara, para hacerles aprobar ante la intransigencia de la opinión y del grupo colonial⁴⁴³.

En mayo León y Castillo y Delcassé ya estaban discutiendo las bases a que había de ajustarse la redacción del Convenio. Delcassé insistía mucho en que fuera secreta la parte relativa a la esfera de influencia española, no sólo por la alarma que pudiera producir en Marruecos, sino por la oposición que temía le hicieran en Francia los coloniales intransigentes⁴⁴⁴. Delcassé se resistía obstinadamente a aceptar todo lo que significara publicidad en cualquier forma respecto a las esferas de influencia. El Ministro de Negocios Extranjeros francés temía que la publicación del Convenio originara conflictos y complicaciones en Marruecos, sobre todo en la esfera de influencia española, que pusiera fin al statu quo e hiciera imposible toda política de penetración pacífica⁴⁴⁵.

Rodríguez San Pedro no comprendía esta actitud ya que para él:

"No parece lógico creer que la publicidad de

⁴⁴³ Ibidem, París, 21-mayo-1904.

⁴⁴⁴ Ibidem, París, 28-mayo-1904.

⁴⁴⁵ AGA. S. A. IDD. Nº 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 44. E. 4. León y Castillo a Rodríguez San Pedro. París, 7-junio-1904.

nuestro Convenio que representa una parte de la acción a ejercitar en Marruecos cause mayor agitación en este Imperio que la producida por la Declaración franco-inglesa que lleva en si misma situación en su totalidad de que nosotros habremos sólo de participar⁴⁴⁶.

Para Delcassé la discusión con los españoles se eternizaba sobre la cuestión de saber si el Acuerdo sobre Marruecos debía quedar secreto o revestir la forma de un tratado público; él quería un arreglo por declaraciones confidenciales, los españoles querían un tratado formal y una comunicación a las Cámaras⁴⁴⁷.

Finalmente coincidieron en publicar el Convenio cuando en concepto de ambos Gobiernos no hubiera peligro en hacerlo. Lo esencial, para Rodríguez San Pedro, era que el Convenio comprendiera íntegramente el arreglo entre España y Francia⁴⁴⁸.

Un elemento nuevo surgió en el problema marroquí. El interés de España consistía en que terminara lo antes posible el statu quo, para entrar en posesión de su esfera de influencia; el de Francia en perpetuarlo para consolidar su protectorado sobre todo el Imperio. Para León y Castillo no había más que una solución: que Francia compartiera con España proporcionalmente la empresa, difícil, de establecer y consolidar el protectorado. Pero Delcassé comunicó al

⁴⁴⁶ Ibidem, Rodríguez San Pedro a León y Castillo. Madrid, 10-junio-1904.

⁴⁴⁷ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. Londres, 24-junio-1904. P. 144.

⁴⁴⁸ AGA. S. A. IDD. Nº 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 44. E. 4. Rodríguez San Pedro a León y Castillo. Madrid, 16-junio-1904.

embajador español que no tenía autoridad bastante sobre el Sultán de Marruecos para hacerle aceptar el protectorado de España⁴⁴⁹.

Rodríguez San Pedro examinó el borrador del tratado con Francia sobre los asuntos de Marruecos y consideraba indispensable introducir en él algunas modificaciones para que pudiera ser aceptado por el Gobierno español⁴⁵⁰. Las únicas modificaciones que aceptó Delcassé en el proyecto de Convenio acerca de Marruecos estaban lejos de responder a los deseos de Rodríguez San Pedro. Pero lo obtenido por León y Castillo para el embajador español representaba "por mi parte, un esfuerzo sobrehumano. Las resistencias a hacer nuevas concesiones aumenta a medida que el tiempo pasa y se acentúa la intransigencia de los coloniales"⁴⁵¹.

Para Cambon, el asunto marroquí con los españoles no parecía dispuesto a arreglarse porque, para él, los españoles querían precisar demasiado⁴⁵². Pero, por otra parte, reconocía que:

"Cualquier compensación entre Inglaterra y Francia sobre Egipto y Marruecos no podía obtenerse sin satisfacciones para España, pues ir a Marruecos sin el consentimiento de España era

⁴⁴⁹ Ibidem, León y Castillo a Rodríguez San Pedro. París, 30-junio-1904.

⁴⁵⁰ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5846. T. 617. Rodríguez San Pedro a León y Castillo. San Sebastián, 17-julio-1904.

⁴⁵¹ Ibidem, León y Castillo a Rodríguez San Pedro. París, 23-julio-1904.

⁴⁵² CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. Londres, 22-julio-1904. P. 151.

abrir la puerta a la intervención alemana, y por otra parte, Inglaterra hacía de este asentimiento una condición sine qua non del arreglo⁴⁵³.

En agosto, las negociaciones hispano-francesas, que venían manteniendo Delcassé y León y Castillo, sufrieron un aplazamiento por no haber podido ultimarse algunos detalles antes de la salida de Delcassé del país. Esto no significaba que hubieran surgido dificultades insalvables, sino que el Gobierno español no encontró ninguna razón que le aconsejase precipitar la solución de un asunto que exigía un detallado examen⁴⁵⁴.

El 30 de septiembre León y Castillo firmó el Convenio que fue enviado a Delcassé para que lo firmara⁴⁵⁵. El 2 de octubre León y Castillo ya tenía en su poder, firmado por Delcassé y por él, el Convenio con Francia sobre Marruecos⁴⁵⁶. Fue el día 3 cuando Delcassé dio cuenta al Consejo de Ministros francés del Convenio con España relativo a Marruecos, por esto el Ministro francés deseaba que en vez del 2 apareciera firmado el 3 de octubre y rogaba a Rodríguez San Pedro que hiciera esta modificación en el texto. Deseaba también Delcassé que no se publicara nada hasta que no tuviera oficialmente conocimiento el Gobierno inglés del Convenio. Según el Ministro de Negocios

⁴⁵³ Ibidem, Londres, 2-agosto-1904. P. 153.

⁴⁵⁴ AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular Nº 15. Madrid, 15-agosto-1904.

⁴⁵⁵ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5846. T. 617. León y Castillo a Rodríguez San Pedro. París, 30-septiembre-1904.

⁴⁵⁶ Ibidem, París, 2-octubre-1904.

Extranjeros francés España no estaba obligada a hacer notificación al Gobierno británico, pero no había inconveniente en que se hiciera si así lo deseaba España⁴⁵⁷.

Las negociaciones hispano-francesas iniciadas en mayo dieron como resultado la firma, el 3 de octubre, de la Declaración y el Convenio de 1904. La zona que se atribuía a España era mucho más reducida que la que se concedía en el proyecto de Tratado de 1902, España pagó en Marruecos las concesiones que Francia hizo en Egipto.

El embajador alemán en España, Radowitz, el 8 de octubre ya conocía el texto de la Declaración hispano-francesa, que le venía de Berlín, y el Ministro de Estado español desconocía por que conducto se había enterado el Gobierno alemán⁴⁵⁸. Por otra parte, Delcassé se mostraba muy contrariado por la excesiva publicidad que en España se había dado al Convenio y sobre todo que se conocieran los textos de algunos artículos. León y Castillo le recordó las indiscreciones e inexactitudes que había cometido la prensa ministerial francesa, a lo que Delcassé le contestó que no era lo mismo fantasías de periódicos que textos de Convenio⁴⁵⁹.

El 3 de octubre de 1904 los Gobiernos de España y Francia firmaron dos documentos: la Declaración hispano-francesa acerca de Marruecos y el Convenio hispano-francés.

⁴⁵⁷ Ibidem, París, 3-octubre-1904.

⁴⁵⁸ Ibidem, Rodríguez San Pedro a León y Castillo. Madrid, 8-octubre-1904.

⁴⁵⁹ Ibidem, León y Castillo a Rodríguez San Pedro. París, 12-octubre-1904.

Por la Declaración, los Gobiernos de España y Francia, puestos de acuerdo para fijar la extensión de sus derechos y la garantía de sus intereses, que resulta, para España de sus posesiones en la costa de Marruecos, y para Francia de sus posesiones argelinas, habiéndose España adherido a la Declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904, declaraban que permanecían adictos a la integridad del Imperio de Marruecos, bajo la soberanía del Sultán. Esta Declaración fue firmada en París por León y Castillo, embajador español en París, y Delcassé, Ministro de Negocios Extranjeros francés⁴⁶⁰.

El Acuerdo hispano-francés consta de 16 artículos. Fue hecho por duplicado en París el 3 de octubre de 1904 y fue firmado por el embajador español en París, León y Castillo, y el Ministro de Negocios Extranjeros francés, Delcassé.

Lo fundamental de ese Acuerdo era la demarcación de las dos zonas que se reconocían a España en Marruecos, ambas mucho más reducidas de las fijadas en el proyecto de Tratado de 1902. El reino de Fez y su capital dejaron de pertenecer a la zona española, con lo que ésta quedaba convertida en una faja costera muy estrecha y gran parte de ella en el Rif, región abrupta y semisalvaje que jamás sometieron los sultanes⁴⁶¹. Quedaron muy reducidos la zona

⁴⁶⁰ AMAE. T. Caja Nº 46. Declaración entre España y Francia relativa a la adhesión de España a la Declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904 reconociendo la integridad absoluta del Imperio marroquí bajo la soberanía del Sultán. París, 3-octubre-1904.

⁴⁶¹ FIGUEROA, Las responsabilidades..., p. 51.

española y los derechos de España sobre la misma. España solicitó lo pactado en 1902 y la reducción obedeció a que Francia hizo presente que habiendo tenido que ceder mucho a Inglaterra para llegar a la fórmula de concordia, tenía también España que sufrir su parte de sacrificio.

El Convenio de 1904, con todos sus defectos, era al fin y al cabo el reconocimiento de que España era y tenía que ser factor esencial en la política marroquí y mediterránea. No dio la tranquilidad y la paz que como virtud primera le atribuyeron sus negociadores, pero puso a España en contacto con todo el concierto mundial. El resumen del Convenio de 1904 fue un paso más que dio España a su política de aproximación a Francia, dentro de la inteligencia hispano-franco-inglesa⁴⁶².

Para el negociador español, León y Castillo, el Tratado de 1904, que fijaba y consagraba los derechos y deberes de España en Marruecos, tuvo además otras consecuencias de singular importancia. No sólo resolvió aquel problema, sino que a la vez había puesto de manifiesto que en cuestiones en que Francia y España mantenían diversos intereses, esos intereses podían armonizarse. Era natural, pues, que partiendo de un caso concreto, como había sido el negocio de Marruecos, esa inteligencia, conveniente a los dos países, se ensanchase, estrechándose más y más los lazos ya existentes⁴⁶³.

En el Senado francés se discutió sobre el Acuerdo

⁴⁶² Ibidem, p. 52.

⁴⁶³ LEON Y CASTILLO, Mis tiempos, p. 237.

hispano-francés y se dieron dos posturas. Por una parte la del grupo colonial que pensaba que Francia había concedido a España todo lo que había solicitado, que era mucho más de lo que España se merecía; por otra parte estaría la opinión del Gobierno, con el Ministro de Negocios Extranjeros al frente, y que sabía muy bien lo que hacía. Delcassé negoció con España para cumplir lo pactado con Gran Bretaña el 8 de abril de 1904, pero la zona que ahora reservó para España era mucho menor que en 1902, y fue España la que tuvo que acomodarse a lo decidido por Francia para no quedar definitivamente al margen de Marruecos⁴⁶⁴.

Para el Gobierno español España obtuvo más de lo que algunos políticos franceses hubieran deseado, ya que estos políticos no atendían a los derechos históricos que España argumentaba. Para estos políticos franceses del grupo colonial era prácticamente absurdo que España, por poseer desde hacía siglos algunos territorios en la costa marroquí y afirmar que eran de primordial interés para su integridad nacional, solicitase intervenir en el régimen de Marruecos⁴⁶⁵. Para ellos lo natural era que Francia, que había disputado a Italia Túnez, cedido Egipto a Gran Bretaña y dominaba desde hacía mucho tiempo Argelia, controlase también y absolutamente Marruecos⁴⁶⁶.

El Gobierno español, por su parte, en la

⁴⁶⁴ AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular Nº 23. Madrid, 15-diciembre-1904.

⁴⁶⁵ Ibidem.

⁴⁶⁶ CAMPOAMOR, La actitud..., pp. 218-219.

negociación de este Acuerdo de 1904 había solicitado lo anteriormente pactado en 1902, pero la zona española y los derechos sobre la misma quedaron muy reducidos. Esta reducción obedeció a que Francia hizo presente que habiendo tenido que ceder mucho a Inglaterra para llegar a la fórmula de concordia, tenía también España que sufrir su parte de sacrificio⁴⁶⁷.

En la prensa española El Correo, publicación liberal, y La Epoca, periódico conservador, se mostraron favorables al Acuerdo franco-español, ambas publicaciones coincidían en alabar el acierto del Gobierno español y el buen trabajo realizado por el embajador español en París, León y Castillo⁴⁶⁸. Para El Correo dos fueron los motivos por los que Francia negoció con España sobre Marruecos. En primer lugar, la actitud de Inglaterra, que insistió a Francia para que se entendiera con España y, por otra parte, el temor de Francia de que otra gran potencia, como Alemania, se pusiera del lado de España y pudiera dificultar la expansión francesa en Marruecos⁴⁶⁹.

También El Correo y La Epoca calificaron de ventajoso y positivo el Acuerdo porque éste mejoraba notablemente la situación internacional de España, ya que conservaba su posición en la costa norte de Marruecos y con las concesiones otorgadas en el sur del Imperio desaparecían los peligros que pudieran afectar a Canarias. Otro punto

⁴⁶⁷ FIGUEROA, Las responsabilidades..., p. 49.

⁴⁶⁸ El Correo, 8-octubre-1904, La Epoca, 11-octubre-1904.

⁴⁶⁹ El Correo, 11-octubre-1904.

positivo de este Acuerdo era que España estrechaba sus relaciones con Francia y Gran Bretaña⁴⁷⁰.

Una vez concluido este Tratado lo que tenía que hacer España, según La Epoca, era hacer efectivos los derechos que le habían sido reconocidos, no debía permanecer de brazos cruzados llevando a cabo la acción de España en Marruecos en todos los sentidos: en un sentido mercantil, a fin de aumentar las transacciones con Marruecos, y en un sentido político, haciendo comprender a los marroquíes que los españoles eran sus mejores amigos por afinidades de la vida, de la historia y del porvenir⁴⁷¹.

Una opinión totalmente contraria a las anteriores manifestaba El País, periódico republicano, ya que criticaba al Gobierno español, al que calificaba de inepto y de "muy torpe para defender los altos intereses nacionales"⁴⁷². También manifestaba El País que todos los tratos políticos que España había mantenido con Francia siempre habían sido funestos para España y consideraba que el de 3 de octubre para ayudar a Francia a penetrar pacíficamente en Marruecos sería funestísimo para España⁴⁷³.

La importancia de este Acuerdo para España fue que no quedó al margen de la cuestión marroquí y que fue un paso muy importante para España en su política de aproximación a Francia, dentro de la inteligencia hispano-franco-inglesa.

⁴⁷⁰ El Correo, 8-octubre-1904, La Epoca, 11-octubre-1904.

⁴⁷¹ La Epoca, 3-noviembre-1904.

⁴⁷² El País, 6-octubre-1904.

⁴⁷³ Ibidem.

**CAPITULO CUARTO: LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS 16-ENERO-
7-ABRIL-1906**

CAPITULO CUARTO: LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS 16-ENERO-

7-ABRIL-1906

1. LA CRISIS DE TANGER DE MARZO DE 1905: ORIGEN DE LA
CONFERENCIA

Fuerte Francia con la libertad que para su acción en Marruecos había obtenido con sus pactos con Italia, Inglaterra y España, se dispuso a ponerla en ejercicio. Al efecto envió a Tánger, para tratar con el Sultán y los notables, primero al Secretario de su Legación, M. Saint-Aulaire y luego al Ministro Plenipotenciario M. René Taillandier⁴⁷⁴.

Saint-René Taillandier salió para Larache el día 11 de enero de 1905 y desde allí se dirigió a Fez. Mediante esta embajada Francia deseaba convenir con el Sultán las primeras reformas que debían introducirse en Marruecos para el mejoramiento de la Administración⁴⁷⁵. Además, Francia pedía ser la consejera exclusiva del Sultán, resumiendo en ella la representación exterior para toda medida de interés general⁴⁷⁶. Para Cambon la embajada de Taillandier en Fez parecía ir muy bien⁴⁷⁷, mientras que en España se pensaba

⁴⁷⁴ FIGUEROA, Las responsabilidades..., p. 53.

⁴⁷⁵ AGA. S.A. IDD. Nº 17. Fondo histórico de Marruecos. Años 1750-1936. C. 266. E. 2. Información diplomática Nº 1. Madrid, 15-enero-1905.

⁴⁷⁶ Ibidem, Nº 4. Madrid, 28-febrero-1905.

⁴⁷⁷ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. Londres, 11-febrero-1905. P. 179.

que la misión francesa no había logrado sus propósitos, ya que el Sultán entendía que había cuatro naciones interesadas en Marruecos: Francia, Inglaterra, Alemania y España, a las cuales debía escuchar y atender⁴⁷⁸.

Alemania no aceptó por las buenas el Acuerdo franco-británico. La misión diplomática Saint-René Taillandier a Fez, encaminada a imponer a Marruecos, agobiado por las deudas, un conjunto de controles franceses que diseñaban ya un auténtico protectorado, había sido la causa concreta de la interposición de Guillermo II⁴⁷⁹.

En Berlín los Acuerdos de 1904 se interpretaron como una amenaza directa a sus intereses comerciales⁴⁸⁰. En este sentido, el Canciller alemán von Bülow hizo una declaración ante el Reichstag el 12 de abril de 1904, poniendo de manifiesto que Marruecos interesaba a Alemania desde el punto de vista económico y que estaban dispuestos a defender sus intereses mercantiles en aquel Imperio⁴⁸¹. No sólo eran importantes los intereses económicos alemanes en Marruecos ya que en marzo de 1905 Vassel, cónsul imperial en Fez, manifestó que querían combatir las aspiraciones coloniales de Francia:

"Yo quisiera señalar, todavía como un hecho característico, que la parte más extrema de la oposición actual contra Francia no es

⁴⁷⁸ AGA. S. A. IDD. N^o. 17. Fondo histórico de Marruecos. Años 1750-1936. C. 266. E. 2. Información diplomática N^o 5. Madrid, 15-marzo-1905.

⁴⁷⁹ SECO SERRANO, La España..., p. 237.

⁴⁸⁰ ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...''", p. 216.

⁴⁸¹ BERRAMDANE, Le Maroc..., p. 26.

absolutamente hostil a las conquistas de la civilización europea, sino que combate únicamente las tendencias coloniales ofensivas de Francia"⁴⁸².

Pero también eran muy graves para Alemania las implicaciones políticas de la aproximación y estrechamiento de las diplomacias de Francia y Gran Bretaña⁴⁸³. El Káiser Guillermo II, ante los acontecimientos que se habían producido entre abril y octubre de 1904, veía de manera positiva el establecimiento de Francia en Marruecos, ya que así los franceses se irían olvidando poco a poco de Alsacia-Lorena. Pero von Bülow pensaba de otra manera: atento a las alteraciones de la política exterior británica, sospechaba que la Entente implicaba la amenaza de una coalición contra la Triple Alianza. Alemania no triunfaba ya en su maniobra envolvente con respecto a Francia. Por las indicaciones de Bülow fue por lo que Guillermo II hizo acto de presencia en Tánger, el 31 de marzo de 1905⁴⁸⁴.

El día 31 de marzo llegó a Tánger abordo del trasatlántico Hamburgo, al que escoltaba el crucero Federico Carlos, el Emperador Guillermo II, siendo recibido en el muelle por los individuos del cuerpo diplomático, las autoridades locales, Muley Abd-El-Malek, tío del Sultán, fuerzas de infantería y multitud de personas de las distintas colonias.

⁴⁸² Libro Blanco (LB). Documento N° 3. Informe del cónsul imperial en Fez al encargado de asuntos imperiales en Tánger. Fez, 7-marzo-1905. En: Bulletin du Comité de L'Afrique Française (BCAF), suplemento de enero-1906.

⁴⁸³ ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...'', p. 216.

⁴⁸⁴ MORALES LEZCANO, León y Castillo..., pp. 99-100.

El Emperador se dirigió a la Legación alemana, en la que recibió al cuerpo diplomático y al tío del Sultán. Este leyó una breve alocución concebida en los siguientes términos:

"En mi nombre y en el de mi Augusto Soberano saludo calurosamente a S.M. el Emperador de Alemania.

Vengo con la grata misión de expresar a V.M. todo el regocijo que experimenta el Sultán por el hecho de que V.M. se haya dignado visitar Tánger.

A este regocijo se asocia de todas veras el Majzen y la población entera de Marruecos"⁴⁸⁵.

Además Muley Abd-El-Malek leyó un autógrafo del Sultán, en el cual es digno de notar el siguiente pasaje:

"S.M. Sherifiana no olvida la amistad que siempre ha existido entre sus nobles antepasados y el Gobierno alemán, y está animado por el deseo de fomentar y robustecer esas cordiales relaciones por todos los medios y medidas posibles a su alcance.

Cumplo, pues, las órdenes que he recibido, transmitiendo a V.M. los sentimientos de mi Soberano.

Es un hecho que la amistad entre V.M. y el Sultán ha adquirido celebridad en todos los pueblos y ruego a V.M. tenga a bien recibir de una manera graciosa y clemente esta expresión, como conviene a los lazos de tan estrecha amistad"⁴⁸⁶.

El Emperador contestó en los siguientes términos:

"Agradezco vuestras palabras y me felicito de haber conocido personalmente a un pariente cercano de Sultán y a un descendiente de la gran familia Sherifiana. Agradezco a S.M. el Sultán el envío de una Embajada Extraordinaria, así como también los magníficos preparativos hechos para la recepción.

Siento el mayor interés por el bienestar y prosperidad del Imperio marroquí, y es al Sultán, en su calidad de Soberano independiente, a quien hago hoy esta visita, esperando que bajo su soberanía un Marruecos libre sea abierto a la concurrencia pacífica de todas las naciones, sin

⁴⁸⁵ AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular Nº 7. Madrid, 15-abril-1905.

⁴⁸⁶ Ibidem.

monopolios ni exclusiones de ninguna especie.

Agradezco sobre todo la expresión de amistad expuesta en el mensaje, experimentando los mismos sentimientos y participando de lo dicho por la Embajada acerca de la omnipotencia y sabiduría divina, que decide la suerte de los pueblos.

Personalmente hago votos por la prosperidad del Imperio marroquí, tanto por la de sus nacionales, como por la de las naciones europeas que comercian en este país bajo la base de una igualdad absoluta.

Mi visita a Tánger ha tenido por objeto dejar saber que estoy decidido a hacer todo lo que esté en mi poder para la salvaguardia eficaz de los intereses de Alemania en Marruecos toda vez que considero al Sultán como Soberano absolutamente libre, y con quien me entenderé sobre los medios propios para sostener esos intereses.

En cuanto a las reformas que el Sultán tiene la intención de implantar, juzgo que es preciso ir con mucha prudencia y tener en cuenta los sentimientos religiosos del país, a fin de que el orden no se altere"⁴⁸⁷.

Conviene hacer constar que no se publicó ninguna versión oficial del discurso del Emperador, y que este texto es el que insertaron los periódicos de Tánger.

Guillermo II en Tánger manifestó que iba a visitar al Sultán, Soberano independiente de Marruecos, que estaba resuelto a defender enérgicamente los intereses de Alemania, y que respecto a las reformas, que había propuesto Taillandier, debía procederse con suma prudencia, teniendo en cuenta los intereses religiosos de los marroquíes⁴⁸⁸. La visita de Guillermo II a Tánger, donde se erigió en protector de la independencia de Marruecos, inició una gran crisis internacional⁴⁸⁹. La detonación de la crisis hizo

⁴⁸⁷ Ibidem.

⁴⁸⁸ FIGUEROA, Las responsabilidades..., p. 53.

⁴⁸⁹ SOLE ROMEO, "La Conferencia...", p. 272.

cundir la alarma en todas las capitales de Europa, apareciendo el espectro amenazante de la guerra⁴⁹⁰.

La conducta de los agentes imperiales de Fez, alentando a los marroquíes a resistir las exigencias de Francia, se vio ratificada por el lenguaje que emplearon, primero Bülow en el Parlamento, y luego el Emperador en Tánger. Alemania aspiraba, indudablemente, a impedir que Francia adquiriera una preponderancia que podría perjudicar el desarrollo del comercio alemán en Marruecos; además estaba resuelta a afirmar la total, completa, absoluta independencia del Sultán como Soberano, y el mantenimiento del statu quo, no sólo en lo territorial sino en lo político. El Canciller Bülow lo confirmó en el Reichstag:

"No ha habido modificación alguna en las tendencias políticas alemanas, pero si se intentara alterar la situación de Marruecos como pueblo, o ejercer cualquier fiscalización sobre la "puerta abierta" en su desarrollo económico, sería deber nuestro vigilar con más cuidado que nunca para que los intereses comerciales o industriales de Alemania no queden expuestos al peligro.

Sobre este particular, será con el Sultán con quien, en primer lugar, nos pondremos en relaciones"⁴⁹¹.

Tras la visita del Emperador alemán a Tánger, Paul Cambon reconocía que los asuntos de Marruecos iban mal. El pensaba que Alemania podría poner dificultades a Francia y consideraba como una útil precaución hablar con Berlín, pero como él mismo reconocía:

"Delcassé, yo no se el motivo, se ha mostrado siempre opuesto a toda conversación con los

⁴⁹⁰ ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...'', p. 216.

⁴⁹¹ AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular N^o 7. Madrid, 15-abril-1905.

alemanes. El ha hablado del Acuerdo anglo-francés con Radolin (embajador alemán en París) pero sobre una pregunta de este último, y no espontáneamente; él ha dejado caer demasiado la idea de que en adelante Alemania estaría aislada, en una palabra él ha ofendido el amor propio de este Emperador, cuya vanidad es excesiva"⁴⁹².

Delcassé contaba con una adhesión de Alemania porque Radolin, Bülow, y el Emperador mismo, habían proclamado siempre su intención de respetar la integridad de Marruecos y de limitarse a la protección de sus intereses económicos. Delcassé de todo ello concluyó que los alemanes se adherirían tácitamente al Acuerdo anglo-francés que proclamaba el principio de la libertad comercial⁴⁹³.

Cambon no creía que la intención del Emperador de Alemania fuera buscar problemas a Francia a propósito de Marruecos, ni impedirles ejercer allí su acción, lo que él quería era infligir a Delcassé una humillación. Cambon comprendía que la situación creada por la visita del Emperador a Tánger era muy enojosa para Delcassé y para Francia, pero para Francia las cosas terminarían por arreglarse, mientras que era posible que Delcassé cayera de su Ministerio. Para Cambon el fondo de todo este asunto era que Delcassé había ofendido al Emperador y éste quería pagarle con la misma moneda⁴⁹⁴.

Cuando Delcassé se encontraba dispuesto a conversar con Berlín, allí se ocultaban a toda entrevista y

⁴⁹² CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. París, 1-abril-1905. P. 181.

⁴⁹³ Ibidem, pp. 181-182.

⁴⁹⁴ Ibidem, pp. 182-183.

además Radolín tenía órdenes de no conversar. Se quería obligar a Delcassé a pagar por su actitud. También sus adversarios franceses hicieron una campaña contra él y le acusaron de negarse obstinadamente a una conversación con Alemania⁴⁹⁵. Cuando Delcassé habló con Radolin le manifestó al embajador que deploraba lo que ocurría, explotado y envenenado por la prensa de ambos países y que estaba dispuesto a hacer cuanto estuviera a su alcance para poner término a esta situación, creada sin duda por una mala inteligencia. El lenguaje de Delcassé fue en extremo conciliador pero el embajador contestó que no tenía instrucciones para entrar en conversaciones sobre este asunto, pero que transmitiría a su Gobierno cuanto acababa de manifestarle⁴⁹⁶.

Para Cambon, Guillermo II comprendió que alzando la voz, él podía o bien arrancar a Francia la mayor parte de las ventajas con las que contaba Francia, o bien , al menos, hacer caer a Delcassé y destruir al mismo tiempo todos los efectos de los Acuerdos del año anterior. Pensaba Cambon que la caída del Ministro en ese momento sería un reconocimiento de impotencia y un acto de cobardía. Se creyó también que de este asunto de Marruecos podría salir la guerra; se extendió el rumor de que la desaparición de Delcassé arreglaría todo y el Gabinete francés estaba resuelto a sacrificarlo.

⁴⁹⁵ Ibidem, París, 15-abril-1905. P. 185.

⁴⁹⁶ AGA. S. A. IDD. Nº. 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5856. T. 647. León y Castillo a Wenceslao Ramírez de Villaurrutia y Villaurrutia, Ministro de Estado de España. París, 16-abril-1905.

Delcassé envió su dimisión a Rouvier y al Presidente de la República. Entonces el Gabinete se apercibió que estaba al borde del abismo; no se podía en esas circunstancias reemplazar a Delcassé. Rouvier comenzó a inquietarse y le suplicó retirar su dimisión. Delcassé aceptó volver mediando la publicación de una Nota en los periódicos afirmando la solidaridad del Gabinete. Así se hizo, aunque en junio se produjo la dimisión definitiva de Delcassé⁴⁹⁷.

El agregado militar de la embajada de España en París envió un informe al Jefe del Estado Mayor Central en el que le daba a conocer la impresión que en Francia y Gran Bretaña causó el viaje del Emperador a Tánger, así como cual sería la postura que debía adoptar España ante el acontecimiento. El viaje del Emperador de Alemania a Tánger, fue respecto a política internacional, el suceso más culminante y discutido de aquellos días. El efecto producido por este acto inesperado fue desastroso, ya que lastimó hondamente el amor propio francés, que se irritó aun más con la noticia del entusiasta recibimiento que los marroquíes prepararon a dicho Monarca. La actitud de éstos ponía de manifiesto que el supuesto acatamiento de los Convenios celebrados no existía, ya que estos actos envolvían bien claramente una protesta contra el consabido protectorado, y la desilusión aumentaba por ocurrir todo esto inmediatamente después del viaje a Fez de la embajada francesa, de cuyos triunfos hablaban en París con evidente exageración. El

⁴⁹⁷ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. París, 29-abril-1905. PP. 188-190.

agregado militar ignoraba el alcance que tendría el suceso, ya que si la intranquilidad que se manifestaba era grande, creía que el Emperador Guillermo no pretendería sino recabar ventajas para el comercio alemán con esta protesta aparatosa contra el caso omiso que de Alemania se hizo al establecerse las inteligencias anglo-francesa y franco-española. El aspecto peor de la cuestión parecía dibujarse de la saña que manifestaba la prensa inglesa al comentar el acto de Guillermo II. La polémica entre la alemana y la francesa y las manifestaciones de la española, eran perfectamente lógicas, pues se discutían ventajas prácticas, pero en los ataques de los ingleses, desentendidos como ya habían quedado de los asuntos de Marruecos, parecía verse una nueva manifestación del odio que se incubaba desde hacía algún tiempo en esta nación contra Alemania, cuyo origen había que buscarlo en las rivalidades del comercio y sobre todo en la inquietud que les producía el incesante acrecentamiento de su Marina militar. Y dada la previsión y acierto con que siempre había operado la diplomacia inglesa, era lógico preguntarse si las nuevas orientaciones de la política europea no serían en el fondo dirigidas por aquella, pues que todo tendía a aislar a Alemania. En todo caso preveía grandes complicaciones, con el decaimiento de Rusia, el próximo desmembramiento de Austria-Hungría y la cesación de las Alianzas Doble y Triple, su acción en el equilibrio europeo podía considerarse terminada. Todo parecía conducir a grandes sorpresas y ante lo que pudiera ocurrir, no se extrañaba el agregado militar que unos y otros por la

posición geográfica de España, trataran de atraerla a sus respectivas esferas. Era pues de desear que España cayera del lado menos peligroso⁴⁹⁸.

Bülow propuso una Conferencia internacional para resolver el problema marroquí, que reuniera a todos los países signatarios de la celebrada en Madrid⁴⁹⁹, Conferencia en la que habían de fijarse las reformas a realizar en Marruecos, no por imposición de un grupo de potencias, sino por el concurso de todas las interesadas⁵⁰⁰. Bülow argumentaba su decisión afirmando que los alemanes actuaban de acuerdo con sus intereses pues se quería disponer, aparentemente sin su consentimiento, exigido por la Convención de Madrid. La importancia de estos intereses era cosa secundaria. Ellos poseían intereses económicos en Marruecos, esto no era necesario probarlo. Si los alemanes renunciaban con su silencio, animaban así al mundo, a algo parecido en su perjuicio en otras cuestiones quizá más considerables. Alemania defendía en Marruecos intereses de su jurisdicción, intereses que eran en ese país idénticos a los de las jurisdicciones de otros Estados firmantes de la Convención y con el mantenimiento de la "puerta abierta". Alemania no pensaba en modo alguno procurarse por

⁴⁹⁸ APR. Marruecos. Caja 15.766/11. Año 1905 y Archivo del Servicio Histórico Militar (ASHM). Marruecos. Años 1905-1906. Rollo (R) N° 174. Legajo (L) N° 27. Carpeta (C) N° 6. Francisco Echagüe, agregado militar en París, al general Polavieja, Jefe del Estado Mayor Central. París, 1-abril-1905.

⁴⁹⁹ MORALES LEZCANO, León y Castillo..., p. 100.

⁵⁰⁰ FIGUEROA, Las responsabilidades..., p. 54.

negociaciones separadas privilegios especiales, de la naturaleza que fueran, en Marruecos o alrededores⁵⁰¹.

Bülow continuaba manifestando que el Gobierno alemán no intentaba reclamar privilegios especiales por medio de un tratado especial. Era porque él consideraba que una nueva Conferencia de los Estados firmantes del Convenio era el mejor medio de conseguir una solución pacífica del conflicto de intereses. Actuaron así naturalmente en principio para defender sus propios intereses alemanes, lo hicieron con la conciencia de que estos intereses eran idénticos a los intereses económicos de todos los Estados firmantes de la Convención, salvo Francia. Que estos intereses fueran mínimos o considerables, era una cuestión secundaria. Alemania representaba este punto de vista, que no se dispusiera de sus intereses en Marruecos sin que se le hubiera consultado al respecto, así como a los otros Estados firmantes de la Convención. Todas las potencias firmantes de la Convención marroquí debían ser escuchadas, desde el momento que se trataba el plan de una reorganización cuyo carácter amenazaba a los intereses privados no franceses sin ninguna duda⁵⁰².

Si Francia no asistía equivaldría a una guerra; Delcassé defendía la no asistencia de Francia a la Conferencia, pero el Ministro de Guerra se vio obligado a

⁵⁰¹ LB. Documento N° 4. Despacho del Canciller imperial al embajador imperial en Londres. Berlín, 11-abril-1905. En BCAF.

⁵⁰² Ibidem, Documento N° 5. Despacho del Canciller imperial a las misiones imperiales. Berlín, 12-abril-1905.

informar que no estaba preparado para una guerra. El 6 de junio de 1905 dimitió Delcassé bajo la presión directa de Alemania, y Rouvier se resignó a aceptar la Conferencia⁵⁰³.

La dimisión de Delcassé no sorprendió a nadie medianamente enterado del curso de los sucesos. Entre el Ministro de Negocios Extranjeros de Francia y el Jefe del Gobierno había puntos de discrepancia que movieron al primero en más de una ocasión a exponer su deseo de retirarse. El día 6 de junio celebraron una detenida conferencia Loubet, Rouvier y Delcassé. Reunidos los Ministros, Rouvier rogó a Delcassé que hiciese una exposición completa de sus puntos de vista, no sólo en lo relativo a Marruecos, sino en lo referente a la política exterior en general y así lo hizo Delcassé. Rouvier contestó punto por punto al discurso de Delcassé, indicando con gran precisión las cuestiones en las cuales su criterio se separaba de las de sus colegas y dando a conocer la manera como él estimaba que debía ser conducida la política exterior de Francia. La disidencia entre Rouvier y Delcassé era evidente, y Rouvier invitó a los demás Ministros a exponer su opinión personal. Todos ellos hicieron uso de su palabra, resultando que Delcassé estaba en completo disentimiento con la unanimidad de sus colegas. En vista de esto, el Ministro de Negocios Extranjeros presentó su dimisión y se retiró. Rouvier se encargó de la cartera de

⁵⁰³ SOLE ROMEO, "La Conferencia...", p. 272.

Negocios Extranjeros⁵⁰⁴.

La política de Delcassé se había venido al suelo. Le habían faltado tres puntos vitales: apoyo interior del Gobierno y el Parlamento, apoyo exterior de aliados y un Ejército y una Marina adecuados. Alemania consiguió lo que quería: internacionalizar el conflicto marroquí⁵⁰⁵.

Pero la intención del Gobierno de Berlín, como reconocería más tarde el propio Bülow, no se limitaba a la defensa de sus intereses económicos en Marruecos bajo, a su vez, la pretensión de mantener la "puerta abierta" a todos los Estados, sino que se trataba de una cuestión de prestigio a la vez que la base de un plan para desestabilizar la recién estrenada amistad anglo-francesa. Alemania propuso la celebración de una Conferencia internacional que debatiera la cuestión marroquí; consiguió, llegando incluso a amenazar con la guerra, la caída de Delcassé. Los planes alemanes se basaban en tres premisas fundamentales: que, ante la amenaza de conflicto, Gran Bretaña abandonaría a Francia en la cuestión de Marruecos; que se basase el cambio de la actitud rusa en la animosidad que la podía mover contra Gran Bretaña, aliada de Japón; que Francia sintiéndose aislada prefiriera la alianza continental en vez de estrechar mayores lazos con Gran Bretaña y que, como consecuencia de todo lo anterior, otras potencias menores, como España, acudirían a Alemania en

⁵⁰⁴ AGA. S. A. IDD. Nº 17. Fondo histórico de Marruecos. Años 1750-1936. C. 266. L. 2. Información diplomática Nº 2. Madrid, 15-junio-1905.

⁵⁰⁵ SOLE ROMEO "La Conferencia...", pp. 272 y ss.

busca de refugio ante el sometimiento de Francia. Lo cierto es que los planes alemanes acabaron consiguiendo el efecto contrario al perseguido pues llegó a consolidar los lazos entre Gran Bretaña y Francia. Alemania se empeñó en la celebración de una Conferencia internacional que no deseaba nadie, porque tenía el convencimiento del poder contar con el apoyo, indiscutible, de los socios de la Triple Alianza, el desinterés de Gran Bretaña y la aproximación de España y el resto de países participantes⁵⁰⁶.

El Káiser Guillermo II presionó al Sultán para que convocase una Conferencia internacional capaz de garantizar la independencia del Imperio⁵⁰⁷. El 30 de mayo de 1905 el Gobierno marroquí invitó a las potencias firmantes de la Conferencia de Madrid de 1880 a una nueva Conferencia que se celebraría en Tánger. El Ministro español en Tánger dio conocimiento de ello al Gobierno de Madrid:

"Muy señor mío: Esta mañana después de la salida del correo para Europa, he recibido una Nota de Mohamed Ben-el-Arbi Torres, fechada en Fez el 30 de mayo último, de que es adjunta copia traducida.

"S.M. Sherifiana, fortifíquela Alá, nos ha ordenado pidamos a todos los honorables Gobiernos la celebración de una Conferencia, que habrá de tener lugar en Tánger entre sus Representantes los muy considerados y los encargados por parte del Maizen, para tratar la manera de lo que ha decidido S.M. Sherifiana sobre la introducción de reformas relacionadas con la situación actual de su Imperio sherifiano, y medios de allegar recursos para plantearlas. En su consecuencia, esperamos de Vos que comuniquéis a vuestro Gobierno amigo lo que antecede, pidiéndole os autorice a asistir a dicha Conferencia para el fin expresado, y que nos informéis de la respuesta que

⁵⁰⁶ GARCIA SANZ, Historia de..., pp.290-291.

⁵⁰⁷ SECO SERRANO, La España..., p.237.

tengáis'/'⁵⁰⁸.

La preocupación de Rouvier era escapar a este dilema: "si yo digo no a la proposición de la Conferencia, es la guerra con Alemania, si yo digo sí es la ruptura con Inglaterra"⁵⁰⁹. Cambon le aconsejó:

"No decir ni sí, ni no, no pronunciarse sobre la proposición, y sin responderla reclamar el establecimiento previo de un programa, es decir una entente. Yo me he comprometido a obtener la adhesión de los ingleses a esta manera de proceder"⁵¹⁰.

Los Gobiernos de Francia y Alemania mantuvieron conversaciones, tanto en París como en Berlín, en las que Francia finalmente aceptó asistir a la Conferencia. El Gobierno español tuvo conocimiento de dichas conversaciones por los despachos que recibía del embajador español en París, Fernando León y Castillo⁵¹¹.

La prensa inglesa adoptó ante la crisis franco-alemana una actitud claramente hostil a Alemania, atribuyendo al Emperador Guillermo el deseo de separar a Francia de la alianza de Gran Bretaña. Señalaba que Inglaterra tenía tres objetivos en este asunto: asegurar la protección a los súbditos y al comercio británico en Marruecos, mantener el statu quo en este país y cumplir

⁵⁰⁸ Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1905-1906 por el Ministro de Estado (Pío Gullón). Conferencia de Algeciras. Madrid, 1906. Libro Rojo (LR). Documento N^o 2. José Llabería y Hertrberg, Ministro de España en Tánger, a Villaurrutia. Tánger, 3-junio-1905.

⁵⁰⁹ CAMBON, Correspondance..., Cambon a su hijo. Londres, 22-junio-1905. P. 198.

⁵¹⁰ Ibidem, pp. 198-199.

⁵¹¹ LR. Documentos N^o 7-8-10-11-14-16.

lealmente sus obligaciones respecto de Francia. El Gabinete de Londres, no sólo no quería crear dificultades al de París, sino que estaba dispuesto a darle su apoyo diplomático, partiendo de la base del mantenimiento del Acuerdo de 8 de abril de 1904⁵¹².

Por dos comunicaciones enviadas, la una a Fez, al Ministro, la otra a Tánger, al encargado de asuntos franceses, el Gobierno francés se vio sorprendido por una proposición del Gobierno marroquí tendente a la reunión en Tánger de una Conferencia compuesta por Ministros de las potencias firmantes de la Conferencia de Madrid y de los delegados del Maizen con objeto de entrevistarse: primero, de la clase de reformas que el Sultán se proponía introducir en su Imperio y que serían apropiadas a su situación presente; segundo, de la manera de proveer los costes de estas reformas. Rouvier, Ministro francés de Asuntos Extranjeros, en Nota enviada al embajador alemán en París, le hacía saber que las proposiciones francesas al Gobierno sherifiano respetaban los principios y salvaguardaban los intereses que habían excitado las preocupaciones del Gobierno imperial. Ni la soberanía del Sultán, ni la integridad de su territorio, ni la situación de las potencias, podían ser alterados. Francia se había limitado a pedir que se reconociera su situación de país limítrofe de Marruecos, teniendo con él una gran extensión de frontera común, y encontraba legítimo el cuidado particular que

⁵¹² AGA. S. A. IDD. N° 17. Fondo histórico de Marruecos. Años 1750-1936. C. 266. E. 2. Información diplomática N° 12. Madrid, 30-junio-1905.

tomaba del mantenimiento del orden en el Imperio, de la buena administración del país y de su prosperidad. El Gobierno imperial quería encontrar el acuerdo entre Francia y Alemania en la Conferencia; pero para Rouvier un acuerdo directo sería un procedimiento más simple y destinado a concluir con un resultado más rápido y más seguro. Francia deseaba saber cuales eran, en el pensamiento del Gobierno imperial, los puntos precisos que serían tratados en la Conferencia y las soluciones que él se proponía aportar⁵¹³.

León y Castillo comunicó al Ministro de Estado que la Nota de Rouvier no había producido el mejor efecto en Berlín, donde se deseaba encontrar menos resistencias y aun objeciones por parte de Francia. Como consecuencia de ello había cierta intranquilidad en la opinión y sobre todo en los círculos políticos y financieros⁵¹⁴.

El Canciller alemán Bülow exponía, en una Nota enviada al embajador imperial en París, cuales eran las intenciones alemanas en la Conferencia que se celebraría. El Gobierno imperial se alineaba completamente con el punto de vista del Gobierno francés, según el cual las reformas debían mantener el orden, la buena administración y la prosperidad económica del país. Las otras potencias cuyos súbditos residían en Marruecos o que mantenían relaciones

⁵¹³ LB. Documento N° 20. Nota del Ministro francés de Asuntos Exteriores al embajador imperial en París. París, 21-junio-1905. En BCAF.

⁵¹⁴ AGA. S. AE. IDD. N° 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5856. T. 647. León y Castillo a Felipe Sánchez Román, Ministro de Estado de España. París, 23-junio-1905.

comerciales en este país, tenían el mismo interés que Francia a este respecto. En consecuencia, los medios para obtener este resultado naturalmente deberían estar fijados también por deliberaciones comunes. De todas formas, si Francia, tal como ella se proponía, se encargaba de resolver este problema ella sola, era de temer que ella fuera obligada por la fuerza de las cosas a tomar cada vez más las riendas del Gobierno y a llegar así poco a poco a una posición en Marruecos a la cual, según sus propias afirmaciones, ella no aspiraba. El Gobierno imperial no podía compartir el parecer de la exposición que las otras potencias aprovecharían en el mismo grado las ventajas económicas de estas reformas, pues estas ventajas redundarían, notablemente, en lo que concierne a las concesiones, en primer lugar a la potencia reformante. Una Conferencia sería propicia para efectuar una alianza entre los intereses políticos y comerciales de las potencias firmantes. Además la Conferencia facilitaría esencialmente al Sultán, cuyo consentimiento representaba la condición más importante para la puesta en práctica de las reformas, aceptar las proposiciones, porque en este caso las reformas serían apoyadas por todas las potencias firmantes⁵¹⁵.

Francia pretendía un acuerdo con Alemania previo a la Conferencia, a lo que Bülow contestó que el Gobierno imperial redactaría un programa completo de la Conferencia y por así decir, anticiparía las decisiones. El Gobierno

⁵¹⁵ LB. Documento N° 21. Despacho del Canciller imperial al embajador imperial en París. Berlín, 25-junio-1905. En BCAF.

alemán lamentaba no poder acceder a este deseo por varias razones formales y positivas. La invitación a la Conferencia procedía del Sultán, quien había designado como objetivo la deliberación sobre las reformas que convinieran en aquellas circunstancias y en el Imperio sherifiano y el establecimiento de los medios financieros que allí fueran necesarios. Era por esto por lo que convendría primeramente comunicar a las potencias firmantes los detalles de este programa. Además, en tanto que la reunión de la Conferencia no parecía asegurada, el intercambio de puntos de vista deseado por Francia sería inútil, pues el acuerdo que podría resultar no tendría la importancia que con el consentimiento de todas las otras potencias firmantes. En estas condiciones, el acuerdo no podría hacerse sino en la Conferencia. Finalmente, el Gobierno imperial no se encontraba en condiciones de hacer proposiciones particulares para el programa de la Conferencia, porque las cuestiones respectivas debían primeramente ser sometidas a un examen en profundidad. Por otra parte, era de temer que un aplazamiento de la decisión no comprometiera la reunión de la Conferencia y por esto la obra entera de las reformas. El Gobierno imperial esperaba que el Gobierno de Francia quisiera subordinar sus dudas contra la Conferencia a las ventajas duraderas que la realización de la obra de las reformas aportarían para Marruecos así como para la tranquilidad del mundo⁵¹⁶.

El 27 de junio el embajador alemán y el Ministro

⁵¹⁶ Ibidem.

de Negocios Extranjeros francés celebraron una conferencia en la que el embajador entregó a Rouvier una Nota en la que mantenía el punto de vista de su Gobierno acerca de la Conferencia, sin programa previo, pero fue autorizado para discutir verbalmente con Rouvier sobre la posibilidad de encontrar un término medio entre la Conferencia y las negociaciones directas entre ambos Gobiernos⁵¹⁷. Rouvier, en una entrevista que mantuvo con León y Castillo, le afirmó que el arreglo al que estaba llegando con el embajador alemán en nada afectaría a los Tratados franco-español y franco-inglés, sobre los cuales el Gobierno alemán no había hecho objeción alguna⁵¹⁸. El embajador alemán, Príncipe Radolín, confirmó a León y Castillo lo dicho por Rouvier, que los Tratados no serían modificados ni discutidos, le dijo, además, que le parecía indudable que la situación privilegiada de Francia y España sería aceptada y reconocida en la Conferencia. Radolín también comunicó al embajador español que Rouvier ya no tenía motivo para oponerse a la Conferencia, después de haber tratado con el Gobierno alemán puntos importantes relacionados con Marruecos y de haber adquirido el convencimiento, por sus declaraciones, que no había incompatibilidad entre los intereses de Francia y de Alemania en aquel Imperio⁵¹⁹.

El 8 de julio de 1905 Rouvier, Primer Ministro y

⁵¹⁷ AMAE. N. Negociación N^o 68. Caja (C) N^o 337. León y Castillo a Sánchez Román. París, 27-junio-1905.

⁵¹⁸ Ibidem, París, 28-junio-1905.

⁵¹⁹ Ibidem, París, 2-julio-1905.

Ministro de Negocios Extranjeros francés, y Radolín, embajador alemán en París, llegaron a un acuerdo llevando a cabo un intercambio de Notas y una Declaración. Por el intercambio de Notas el Gobierno imperial se comprometía en la Conferencia a no perseguir fin alguno que comprometiera los legítimos intereses de Francia en aquel país, o que fuera contrario a los derechos de Francia resultantes de sus tratados o arreglos. Estaban de acuerdo en los principios siguientes: soberanía e independencia del Sultán; integridad de su Imperio; libertad económica sin ninguna desigualdad; reformas de policía y financieros; reconocimiento de la situación creada a Francia en Marruecos por la frontera con Argelia. Por su parte Francia abandonaba sus objeciones contra la Conferencia y aceptaba asistir a ella. En la Declaración los Gobiernos francés y alemán convenían en llamar a Tánger, simultáneamente sus misiones en Fez, en cuanto se reuniera la Conferencia y darían consejos al Sultán por medio de sus representantes y de común acuerdo para fijar el programa que propondrían en la Conferencia sobre las bases indicadas en el intercambio de Notas. Seguidamente los Gobiernos de Francia y Alemania iniciaron las negociaciones que llevarían al acuerdo de un proyecto de programa para la Conferencia.

El Gobierno español aceptó asistir a la Conferencia y así se lo comunicó el Ministro de Estado al Ministro español en Tánger para que se lo transmitiese al Gobierno sherifiano:

"Puede V.M. manifestar al Gobierno sherifiano que el de S.M. está dispuesto a tomar parte en la

Conferencia propuesta por el Sultán siempre que, como es natural, se le haga conocer o se consulte previamente al Gobierno español sobre programa de la Conferencia así como la fecha y lugar en que se verificará la reunión⁵²⁰.

Se hallaba la cuestión marroquí en un período agudo con motivo del viaje del Emperador de Alemania a Tánger y de la resistencia que el Sultán y el Majzen ofrecían a plantear las reformas que les demandaba el Ministro de la República francesa en Fez. Para buscar solución a tan grave conflicto, se habían abierto negociaciones entre los Gabinetes de París y Berlín. El Gobierno de la Francia no contaba para nada con España en estas negociaciones ni en ellas les daba intervención, ni aun de ellas siquiera le había dado conocimiento. El Gobierno español entendió que, pudiendo resultar de estas negociaciones de una manera directa o indirecta, mediata o inmediata, alteración para España en el estado de derecho creado por el Tratado de 3 de octubre de 1904, estaba en el caso de intervenir de algún modo en la negociación pendiente, haciendo llegar esta opinión a noticia del Gobierno francés, aunque sin hacerle objeto de una reclamación oficial y directa⁵²¹.

El Gobierno de la República así al fin lo comprendió y su embajador en Madrid, Jules Cambon, puso a Montero Ríos al corriente de las negociaciones, el 2 de

⁵²⁰ LR. Documento Nº 24. Sánchez Román a Llabería. Madrid, 14-julio-1905.

⁵²¹ APR. Marruecos. Caja 15765/11. Año 1904. Eugenio Montero Ríos, Presidente del Consejo de Ministros de España, al Rey Alfonso XIII. San Sebastián, 5-septiembre-1905.

agosto, entregándole una copia del programa que su Gobierno sometía al de Berlín, con el fin de que ambas potencias, por medio de sus representantes en Fez, lo sugiriesen al Sultán para la Conferencia que éste, bajo la sugestión de Alemania, había propuesto a las potencias de Europa celebrar en Tánger con el fin de acordar las reformas que habían de introducirse en su Imperio y los fondos con que había de acudir a su planteamiento. Estudiado este programa por Montero Ríos entendió que era ocasión de proponer al Gobierno de Francia en el sentido de una amplia interpretación del Tratado de 3 de octubre, una serie de puntos fijando la participación que España había de tener en el planteamiento de las reformas que eran objeto del programa. Al efecto, el Presidente entregó una Nota Verbal al mencionado embajador el 7 de agosto, conteniendo en forma sumaria el pensamiento del Gobierno español respecto a los indicados puntos⁵²².

Dio esto motivo a una serie de conferencias entre el Presidente del Consejo y el Embajador. En ellas, éste accedió a las proposiciones del Presidente, si bien reservándose someter todo a la aprobación de su Gobierno, excepto lo relativo a la policía del puerto de Tánger, que sostenía que debía ser reservada al Gobierno de la República, porque ya tenía allí organizada una fuerza militar de esta clase. En su consecuencia, el Presidente del Consejo de Ministros dirigió al embajador una carta, en la que fundándose en el Tratado mismo, y en que Tánger radicaba

⁵²² Ibidem.

dentro de la zona reservada a la influencia española, reclamaba que quedase asimismo reservada a España la organización de la fuerza militar de policía en aquella plaza. El embajador le contestó el 11 de agosto insistiendo en las razones que tenía el Gobierno francés para no acceder a la demanda, si bien ofrecía someterla al conocimiento del Presidente francés⁵²³.

A los pocos días el embajador mantuvo, en San Sebastián, una conferencia con el Presidente español, manifestando su conformidad con todo lo reclamado por España, excepto lo relativo a la policía de Tánger; más aun en este punto convino con aquel en que la policía de Tánger estaría al cargo de un cuerpo franco-español, si bien su mando durante el período de los 15 primeros años del Tratado correspondería a un oficial francés, para ser, terminado este período, revisada esta organización a tenor del Tratado para este segundo e inmediato período, lo cual parecía querer decir que transcurridos los 15 años de tal período, este cuerpo y su mando sería exclusivamente español. Además, y por vía de compensación, reconoció a España el exclusivo derecho de organizar en Tetuán una fuerza análoga de policía instruida toda ella por jefes, oficiales y sargentos españoles⁵²⁴.

Puestas de acuerdo ambas partes, el embajador rogó al Presidente español la redacción en forma de carta de esta Convención. Así lo hizo éste, y sometido por el embajador a

⁵²³ Ibidem.

⁵²⁴ Ibidem.

la aprobación de su Gobierno, dio por resultado la Convención celebrada por ambos por cambio de cartas el 1 de septiembre. Comparada esta Convención con el Tratado de 3 de octubre, para cuya interpretación y aplicación aquella se celebró, no pareció dudoso al Gobierno español que España había mejorado su situación en el Imperio marroquí, que le había fijado para el porvenir el Tratado 3 de octubre. Entendió el Gobierno que dentro de los límites territoriales fijados en el Tratado de 3 de octubre para la influencia de España en el Imperio sherifiano, esta influencia habría de poder ejercerse en todo él y con una amplitud que el Tratado no tenía⁵²⁵. El 1 de septiembre se firmó el Tratado adicional al de 3 de octubre de 1904 por medio de cartas cambiadas en San Sebastián, entre el Presidente del Consejo de Ministros español, Montero Ríos, y el Embajador de la República francesa en Madrid, Jules Cambon.

Pero volvamos a las negociaciones franco-alemanas. Concertado el acuerdo franco-alemán acerca de la cuestión de Marruecos, continuaron las conferencias entre Rouvier y el Príncipe Radolín para concertar la forma y manera en que había de aplicarse y desarrollarse aquel, y para estudiar otros asuntos, ajenos a ese problema, que interesaban a ambas naciones. No se hizo público el programa que para la Conferencia acordaron Francia y Alemania, pero las potencias enviaban su adhesión al Sultán para la celebración de aquella, si bien exigían conocer previamente el programa de la reunión. El Maizen no se mostraba muy entusiasta ante el

⁵²⁵ Ibidem.

acuerdo franco-alemán, Marruecos siempre había explotado las rivalidades de las potencias y confiaba poder hacer lo mismo pero al ver que las principales naciones estaban en camino de llegar al completo acuerdo, temía que éste prevaleciera en la Conferencia y que se le impusiera una política de reformas⁵²⁶.

El día 3 de agosto entregó Rouvier al Príncipe Radolín un Memorándum que completaba el programa de reformas en Marruecos que formuló el Gobierno francés el 21 de julio. Dicho documento se dividía en tres partes: reformas militares, reorganización de la policía y organización de la Hacienda. El Gobierno francés estimaba que la organización de las tropas marroquíes necesitaban gran prudencia, debiendo comenzar por la instrucción profesional de las milicias y elevarse progresivamente, para evitar la susceptibilidad y los recelos del Sultán y de los elementos conservadores. Respecto de la policía el Memorándum se limitaba a exponer indicaciones generales. Estimando el Gobierno francés que correspondía exclusivamente a la Conferencia el determinar las condiciones de organización de los diversos cuerpos encargados de la seguridad de los extranjeros y el regular funcionamiento de la administración sherifiana, se limitaba a indicar que la policía tendría una organización regional, dejando a la Conferencia el designar quienes organizarían los diversos cuerpos. Se abstenía el Memorándum de mencionar los distritos de la frontera

⁵²⁶ AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular Nº 14. Madrid, 31-julio-1905.

argelina. La primera impresión que este documento produjo en Berlín fue la de que no había en él extremo alguno que dificultase o retardase un acuerdo sobre el programa de la Conferencia. Lo que parecía cierto era que las relaciones entre las embajadas de Francia y Alemania en Fez habían mejorado bastante. Una y otra, así como la de Inglaterra, celebraban frecuentes entrevistas con el Sultán, guardando reserva sobre su objeto⁵²⁷.

León y Castillo tuvo conocimiento, de forma muy reservada, de la contestación de Alemania, antes de que el embajador alemán se la entregara al Ministro de Negocios Extranjeros francés. La Nota estaba redactada con gran espíritu de conciliación en la que aceptaba en principio la propuesta de Francia del programa de la Conferencia, sugiriendo sólo pequeñas modificaciones. Al tiempo que la Nota el Príncipe Radolín recibió instrucciones para que insistiera en Tánger como lugar de la Conferencia, entre otras razones por tratarse de una reunión convocada por el Sultán. Se le decía, además, que Alemania deseaba entenderse sinceramente con Francia pero necesitaba primero, igualdad completa en cuestiones económicas entre las potencias interesadas en Marruecos, no pedía ventajas especiales. Segundo, que no se colocara al Emperador de Alemania en situación violenta exigiéndole que seis meses después de ofrecer apoyo al Sultán lo ponga a merced de Francia. Añadía que el Gabinete de París no debía precipitar los sucesos porque el reconocimiento de su situación preponderante en

⁵²⁷ Ibidem, Circular Nº 15. Madrid, 15-agosto-1905.

Marruecos era sólo cuestión de tiempo. En Berlín se temía que, Inglaterra deseosa de crear dificultades entre Alemania y Francia, excitase a ésta a apresuramientos⁵²⁸.

A la Nota que el 26 de agosto entregó el Príncipe Radolín a Rouvier, acerca de la cuestión de Marruecos, contestó el Gobierno francés el día 31. Como consecuencia de la respuesta de Francia se estimó que habían desaparecido las diferencias de apreciación que existían entre los Gabinetes de París y de Berlín, asegurándose que el programa de la Conferencia comprendería estos puntos: organización en la frontera argelino-marroquí de un cuerpo de policía, cuyos cuadros estarían formados exclusivamente de oficiales y suboficiales franceses; establecimiento de un cuerpo de policía internacional, cuya misión sería velar por los intereses de los europeos residentes en Marruecos, pudiendo tenerse en cuenta los derechos de Francia en la creación y funcionamiento de dicho cuerpo; establecimiento de una policía internacional en las costas de Marruecos; creación de un Banco Nacional marroquí para el arreglo de las cuestiones de Hacienda anteriores a la Conferencia, especialmente el anticipo de 10 millones hecho por los banqueros alemanes al Sultán; consulados y jurisdicción marroquí⁵²⁹.

A la Nota del 31 de agosto en la cual contestó Rouvier a la del 26 del mismo mes entregado por el Príncipe

⁵²⁸ AMAE. N. N^o 68. C. N^o 336. León y Castillo a Sánchez Román. París, 25-agosto-1905.

⁵²⁹ AMAE. H. Legajo 2738. Política exterior. Circulares. Años 1903-1905. Circular N^o 17. Madrid, 15-septiembre-1905.

Radolín, replicó el Gabinete de Berlín el 5 de septiembre manifestando al embajador francés en dicha Corte que en vez de responder por escrito iría a París el Dr. Rosen, electo Ministro de Alemania en Tánger, para ponerse de acuerdo con la diplomacia francesa respecto de aquellos puntos que estaban todavía en litigio. Estos puntos eran los siguientes: -Lugar en que había de celebrarse la Conferencia. Alemania continuaba sosteniendo que la reunión debía verificarse en Tánger, primero porque el Sultán lo había propuesto así, por la mayor facilidad de apreciar la situación y adquirir informes, y porque los marroquíes no tenían la costumbre de salir de su país ni de hacer uso del telégrafo, a lo cual objetaba Francia que la inseguridad creciente de Tánger bastaba para desechar la idea de reunir la Conferencia en dicha población, y que cualquier otra, elegida entre las del sur de España, por ejemplo, debía ser preferida. -Empréstito de 10 millones. Alemania pretendía que Francia se había conmovido demasiado con este asunto, y que debía calificarse de "adelanto" y no de "préstamo". El Gobierno francés expresó el deseo de saber si la suma en que consistía el "adelanto" había sido entregada, y expuso que en caso afirmativo el primer cuidado de la Conferencia debía ser el de encargar al Banco de Estado, que había de crearse, reembolsar los 10 millones. En caso negativo estimaba que el Gobierno alemán debía aconsejar a los banqueros que dilatasen la entrega del dinero y remitiesen al Sultán a su banquero natural: la Conferencia. -El muelle de Tánger. Acerca de la cuestión del muelle de Tánger, la tesis

francesa reproducía casi idénticamente la argumentación empleada en la cuestión del empréstito. -Policía de la frontera. El problema de la policía en los distritos fronterizos, en los cuales el orden interesaba en el más alto grado a la seguridad de Argelia, fue objeto de una serie de tratados entre Francia y Marruecos. Al principio de las negociaciones se reconoció que Francia tenía en dicha región "derechos especiales", pero luego parecía no existir completo acuerdo respecto de la manera de comprender y de hacer efectivos esos derechos. Francia creía que por sí sola podía arreglar de plano con el Majzen las cuestiones de policía fronteriza, y Alemania admitiendo que sólo Francia debía ser encargada de esa policía, reclamaba la previa intervención de la Conferencia⁵³⁰.

Para entenderse con el Dr. Rosen comisionó el Gobierno francés a Revoil. Las conferencias entre ambos comenzaron el 8 de septiembre, pero la inteligencia que se creía fácil e inmediata exigió negociaciones que no terminaron hasta el día 25. Dicho día Rouvier dirigió a Bihourd, embajador de Francia en Berlín, un largo telegrama en el cual se contenía el proyecto de Protocolo de la negociación, tal como había sido redactado por Rosen y Revoil y aprobado por el Gobierno francés. Bihourd conferenció aquella misma noche con el Canciller Bülow para darle cuenta de dicho telegrama y hacerle conocer el punto de vista del Gobierno francés sobre el conjunto del programa

⁵³⁰ Ibidem, Circular Nº 18. Madrid, 30-septiembre-1905.

de la Conferencia⁵³¹.

El día 27 se firmó en París el Protocolo, y el mismo día se comunicó a la prensa una Nota oficial, en la cual se hacía constar que el acuerdo sobre el programa de la Conferencia comprendía la organización de la policía en Marruecos, con el reglamento concerniente a la vigilancia y represión del contrabando de armas; la reforma financiera, consistente principalmente en la institución de un Banco de Estado, el estudio del mejor sistema de impuestos; la creación de nuevas rentas y la creación de ciertos principios destinados a asegurar la libertad económica. Respecto a la región fronteriza, por una cláusula inserta en el programa de la Conferencia queda entendido que las cuestiones de policía serían arreglados directa y exclusivamente entre Francia y el Sultán, quedando excluido este asunto del programa de la Conferencia, como asimismo la aplicación del reglamento contra el contrabando de armas en aquella parte, que también sería tratado entre Francia y Marruecos. Francia y Alemania, de común acuerdo, pedirían al Gobierno español que fuera Algeciras el lugar donde se reuniera la Conferencia. Respecto a las cuestiones del empréstito y puerto, éstas serían arregladas del siguiente modo; apremiado por su situación financiera el Majzen se dirigió, por medio de un intermediario que residía en Marruecos a un grupo de banqueros alemanes hasta obtener un adelanto a corto plazo y reembolsable para el próximo empréstito, ofreciendo en hipoteca los bienes inmuebles de

⁵³¹ Ibidem.

la propiedad del Estado sobre diversos puntos de la costa. Se había establecido un grupo de banqueros alemanes, que de acuerdo con otro grupo de capitalistas franceses, efectuarían la operación financiera, que conservaría el carácter de adelanto a corto plazo con la hipoteca del próximo empréstito. El Banco del Estado, cuya creación figuraba en el programa de la Conferencia, dejaba intacto este asunto al referido grupo de banqueros. En cuanto al muelle de Tánger el asunto se hallaba indeciso. El Gobierno marroquí, en carta dirigida al alemán con fecha 26 de marzo, pidió que la casa Borgeaud-Rentermann le enviase dos planos para escoger. Como en la misma época una casa francesa quedó autorizada para estudiar las obras, el Gobierno marroquí pidió que se le concediese un plazo para examinar los proyectos de las dos casas y resolver por si mismo. Salvo en el caso de que la posición francesa igualase a la alemana, ésta última sería la encargada de la ejecución de las obras. El proyecto de programa y la proposición acerca del lugar donde se había de celebrar la Conferencia, serían sometidas al Sultán, por ambas potencias, comunicándolo asimismo a las potencias adheridas al Tratado de Madrid. Cuando las referidas proposiciones fueran presentadas al Sultán los enviados extraordinarios de Francia y Alemania abandonarían Fez, regresando a Tánger⁵³².

En lo que se refiere al lugar donde habría de celebrarse la Conferencia, el Sultán había propuesto la celebración de la Conferencia en Tánger y el Emperador de

⁵³² Ibidem.

Alemania, sosteniendo la propuesta del Sultán, insistía cerca del Gobierno de París, para que fuese aquella plaza, según el Sultán lo exigía, el lugar en que la Conferencia habría de reunirse y celebrara sus sesiones. Hallándose en tal estado en París la negociación pendiente sobre este punto entre ambos Gabinetes, el Presidente del Consejo de Ministros de España, Montero Ríos, inició con los embajadores de Alemania y Francia, conferencias sobre este punto, procurando llamar su atención sobre los inconvenientes que ofrecía Tánger como lugar de reunión para los plenipotenciarios de Europa, y ofreciendo cualquiera de las plazas de la península, más próxima a Marruecos. El embajador de Francia, reconociéndolo así, le invitó a proponerlo por escrito a su Gobierno; y aceptando la invitación, entregó a los dos embajadores, y al de la Gran Bretaña, una Nota verbal, ofreciendo a las potencias, como lugar más a propósito para la celebración de la Conferencia, cualquiera de las plazas de Cádiz, Málaga o Algeciras, habiéndose convenido en virtud de este ofrecimiento por sus Gobiernos, la plaza de Algeciras para el indicado objeto⁵³³.

2. LA CONFERENCIA: DESARROLLO Y RESULTADOS

La Conferencia de Algeciras comenzó el 16 de enero de 1906 y se prolongó hasta el 7 de abril del mismo año. Los países que participaron en la Conferencia fueron: Alemania,

⁵³³ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5856. T. 646. Montero Ríos al Duque de Almodóvar del Río. Madrid, 21-mayo-1906.

Francia, Marruecos, Gran Bretaña, España, Italia, Austria-Hungría, Rusia, Estados Unidos, Portugal, Bélgica, Países Bajos y Suecia.

En la sesión inaugural de la Conferencia sobre Marruecos, a propuesta del delegado alemán en razón del orden alfabético, fue nombrado Presidente el Duque de Almodóvar del Río, Ministro de Estado y delegado español en la Conferencia. En su discurso expuso el programa de la Conferencia sobre tres bases fundamentales: soberanía del Sultán, integridad del Imperio marroquí y libertad comercial o "puerta abierta". Los delegados de Francia y Alemania se adhirieron a sus palabras y éstas fueron muy bien acogidas por los delegados marroquíes⁵³⁴.

En la Conferencia de Algeciras Francia afirmaba los tres principios indicados por Almodóvar en la sesión inaugural, y como objetivos señalaba: la reforma de la policía, reformas financieras y reformas económicas⁵³⁵. Francia iba a la Conferencia dispuesta a intentar con Alemania una entente basada sobre las mayores garantías económicas, pero sin renunciar a sus intereses en Marruecos⁵³⁶.

Alemania, por su parte, se quejaba de que no se había contado con ella, también opinaba que Francia se excedía al reclamar derechos particulares en Marruecos y,

⁵³⁴ Ibidem, C. 5864. T. 675. Duque de Almodóvar del Río a León y Castillo. Algeciras, 16-enero-1906.

⁵³⁵ SOLE ROMEU, "La Conferencia...", p. 274.

⁵³⁶ BCAF. Nº 1. Enero-1906. P. 8.

por último, creía que la política francesa en Marruecos lo que pretendía era instaurar un protectorado. En Algeciras, Alemania trataría de reducir al mínimo el papel de Francia y aumentar en cambio el de Europa. No eran los motivos económicos, por tanto, los que movieron a Alemania, el gran deseo alemán era tomar revancha de la política de Delcassé⁵³⁷. El Emperador no estaba tranquilo todavía con respecto al aislamiento en que temió que Alemania cayera al ser la inteligencia de Inglaterra y Francia y de Francia y España en la cuestión de Marruecos, agravada por la intimidad de relaciones entre Francia e Italia, y la alianza de Inglaterra y el Japón, y a esa aludió cuando afirmó que la inclinación de decidir sin su cooperación asuntos en que el Imperio tenía también intereses que proteger, era una corriente que podía reaparecer en cualquier otra parte. En resumen, que Alemania y el Emperador, fiados en la fuerza colosal del Imperio y en la preponderancia política de que gozaba y con tanta solicitud procuraba mantener, no aceptaba que pudiera neutralizarse cuestión alguna de la relativa importancia internacional sin tener voz y voto en la contienda⁵³⁸. Ruata envió una carta a Almodóvar del Río en la que le daba a conocer unas manifestaciones de Bülow sobre la cuestión marroquí, y también ofrecía su opinión personal al respecto. Ruata comunicaba que nada dijo el Canciller sobre la cuestión de Marruecos, por no repetir sin duda sus

⁵³⁷ SOLE ROMEO, "La Conferencia...", p. 275.

⁵³⁸ AMAE. H. Legajo 1335. Correspondencia con Alemania. Años 1897-1906. Ruata a Pío Gullón, Ministro de Estado de España. Berlín, 30-noviembre-1905.

anteriores declaraciones, pero la política imperial en ese punto estaba perfectamente definida: nada de penetración pacífica, según el método de Delcassé, por el contrario mantener la soberanía del Sultán, la integridad del territorio y la puerta abierta sin privilegios en favor de nadie. Alemania pretendía sostener el derecho de todos al defender sus intereses. Así lo oía repetir constantemente Ruata, pero no se atrevía a declarar si Alemania se había interpuesto en el camino de Francia por satisfacer su amor propio, exigiendo intervención directa en el asunto, o por temor al engrandecimiento de su rival si llegaba a hacer en Marruecos lo que los ingleses en Egipto. Concluía Ruata su carta recordando una frase del Subsecretario de Negocios Extranjeros al principio de esta cuestión "queremos evitar la tunecización de Marruecos"⁵³⁹.

Las amenazas alemanas hacia Francia para separarla de Inglaterra dieron resultado contrario, la orientación tan insistida hacia Rusia a nada le condujo, porque ésta sobrado tenía con sus trastornos políticos interiores para que pensara en compromisos y complicaciones exteriores. Alemania se encontraba aislada en el concierto exterior, si bien no como consecuencia de la política del Imperio sino más bien debido a los hechos desarrollados fuera de la influencia del Gobierno alemán y en cuanto a la Triple, habían desaparecido para Austria y más principalmente para Italia, las razones que concurrieron para su formación. El mal humor que se

⁵³⁹ Ibidem, Ruata al Duque de Almodóvar del Río. Berlín, 15-diciembre-1905.

sintió en Alemania contra Francia, no fue ni por antipatía ni por hostilidad hacia ella de la opinión ni mucho menos del Gobierno, fue sí, la utilización del momento oportuno, el despecho de no haber ganado su amistad y la necesidad de obligarla a ser por lo menos neutral, a más del resentimiento por el menosprecio que para Alemania representó, el no contar con ella Francia al tratar con Inglaterra aisladamente, y por último, la defensa obligada de todo Gobierno de los intereses de su nación que en este caso habían sido ignorados⁵⁴⁰.

En lo que respecta a España no se puede decir que sus posesiones marroquíes fueran muy importantes, Ceuta tenía sólo valor estratégico, no comercial y Melilla era más beneficiosa para Francia e Inglaterra que para España. A pesar de esto, la opinión española estaba fuertemente sensibilizada, tras el Desastre del 98, a lo que se llamaban los derechos históricos. Lo que interesaba a España era conciliar sus derechos e intereses con Francia, pues sola no sacaría nada en limpio. En España opinaban que era necesario mantener los acuerdos con las potencias, no sólo con Francia sino también con Inglaterra, ya que el interés de España estaba siempre al lado de Francia e Inglaterra⁵⁴¹.

En el Senado español conservadores y liberales debatieron sobre la situación e intereses de España en la

⁵⁴⁰ ASHM. Marruecos. Años 1905-1906. R. Nº 175. L. Nº 27. C. Nº 9. Extracto de las cartas confidenciales de los agregados militares en el extranjero (Alemania, política internacional). Berlín, 6-enero-1906.

⁵⁴¹ SOLE ROMEO, "La Conferencia...", p. 276.

Conferencia de Algeciras. Para el conservador Abarzuza la situación de España en Algeciras, por los antecedentes existentes, era una situación fácil y despejada. Creía que el éxito para los intereses de España estaba asegurado, porque cualesquiera que fueran las opiniones, las discusiones y las dudas que en la Conferencia de Algeciras se suscitaran, había algo que saldría completamente a salvo, algo que quedaría absolutamente incólume en ese Congreso, y era la garantía que Inglaterra había estipulado en el Tratado de 1904 sobre la costa norte de Marruecos, y como en esa garantía estaban envueltos los derechos y los intereses principales de España, todo lo que Inglaterra y España afirmaron en ese Tratado, arrancado después de muchos meses de lucha, todo eso había de quedar firme, y reconocido y sancionado por las demás potencias⁵⁴².

Moret, Presidente del Consejo de Ministros, también trató de los intereses de España y de las instrucciones dadas a los representantes de España en la Conferencia. Para él los intereses de España, si bien no se basaban en la cuestión de frontera, no tenían menos importancia, porque España tenía sus plazas fuertes dentro del territorio marroquí, sus costas del norte eran casi limítrofes, y en el océano, las Canarias se encontraban también frente a la costa occidental del Imperio marroquí. Las instrucciones dadas a los representantes de España eran: la integridad del territorio marroquí, el reconocimiento de

⁵⁴² DSS. L. 1905-1906. D. Nº 66, 18-enero-1906. Abarzuza, senador conservador. P. 989.

la soberanía del Sultán, la puerta abierta, es decir, la justicia internacional para Marruecos y el comercio para toda Europa. Estas eran las bases fundamentales; todas las demás cuestiones, la moneda, el Banco, las obras públicas, la policía misma se irían resolviendo sucesivamente⁵⁴³.

A pesar de las presiones alemanas, no parecía existir ninguna duda en el Gobierno español sobre la actitud que habrían de tener sus representantes en la Conferencia. Desde 1904 la política internacional de España había quedado trazada en el sentido de la Entente y este hecho comenzó desde entonces a ser asumido por los dos partidos turnantes, quizás por primera vez en la historia de la Restauración de acuerdo en los principios básicos que habrían de orientar la proyección internacional de España. Los Acuerdos con Francia de 1904, habían sido suscritos por un Gobierno conservador, mientras que las conversaciones con el Gabinete de París en torno a los temas a tratar en la Conferencia y la decisión de ambas partes de actuar de común acuerdo, fueron protagonizadas por un Ministerio liberal. En este sentido, la Conferencia de Algeciras se convertía para España en la prueba de fuego del nuevo rumbo otorgado a la política exterior, si bien limitada y en posición subalterna a Francia en la cuestión de Marruecos, al menos con una línea de actuación que comenzaba a precisar sus perfiles de forma clara. La Conferencia de Algeciras presentaba pocas dudas a la hora de definir su postura, haciendo caso a omiso a la

⁵⁴³ Ibidem. Moret, Presidente del Consejo de Ministros de España. P. 989.

diplomacia alemana⁵⁴⁴.

En cuanto a Inglaterra su interés por Marruecos era ya antiguo, ahora su causa era la misma que para Francia, quería libertad de movimientos en esa zona y eso ya lo había conseguido con los Tratados de 1904⁵⁴⁵. Polo de Bernabé mantuvo una conversación con Grey en la que el Secretario de Estado británico le manifestó su opinión sobre las negociaciones de Marruecos, creía que no se presentarían grandes dificultades para la favorable resolución de la cuestión tan importante de la Conferencia de Algeciras⁵⁴⁶. En enero mantuvieron otra conversación de la que Polo de Bernabé dio conocimiento a Almodóvar:

"En nuestra conversación este señor Ministro me ha repetido, como en otras ocasiones, con singular insistencia la resolución del Gobierno británico de apoyar con todas sus fuerzas la política de Francia y sostener los compromisos contraídos. También me expresó nuevamente que, en su opinión, si España, Francia, Gran Bretaña e Italia, que son las cuatro naciones que más interés tienen en el Mediterráneo, se conserven unidas no es probable que sean insuperables las dificultades que haya que vencer en Algeciras para llegar a un resultado satisfactorio"⁵⁴⁷.

Pero la impresión general en Londres respecto a la Conferencia no era optimista; la opinión desconfiaba de que se llegase a un acuerdo sincero y se temía que los

⁵⁴⁴ GARCIA SANZ, Historia de..., pp. 292-293.

⁵⁴⁵ SOLE ROMEO, "La Conferencia...", p. 277.

⁵⁴⁶ AMAE. H. Legajo 1582. Correspondencia con Gran Bretaña. Años 1898-1906. Luis Polo de Bernabé y Pilón, embajador de España en Londres, al Duque de Almodóvar del Río. Londres, 14-diciembre-1905.

⁵⁴⁷ AMAE. N. N.º 68. C. N.º 337. Polo de Bernabé al Duque de Almodóvar del Río. Londres, 10-enero-1906.

resultados más bien agravasen que resolviesen el problema. Se consideraba en Londres que la líneas generales de la política internacional estaban ya trazadas de manera que era imposible modificarlas. Creían que Alemania no se hallaba dispuesta a reconocer los derechos que Francia estimaba que le asistían con preferencia a las demás naciones⁵⁴⁸.

La situación de Italia era más difícil, pero su habilidad era enorme para no romper ni con la Triple Alianza ni quebrantar sus pactos con Francia⁵⁴⁹. Su principal deseo sería que en la Conferencia de Algeciras o en otra que inmediatamente tuviera lugar, quedaran del todo resueltos los asuntos que la habían motivado, pues otra cosa a su juicio, sería muy peligrosa para la futura política de Europa⁵⁵⁰.

Rusia no tenía realmente intereses en Marruecos, pero era una fuerza muy importante para Francia. En lo que se refiere a Estados Unidos, franceses y alemanes buscaban su apoyo y quien contaba con ventaja era Francia. Los otros países secundarios que participaron en la Conferencia podían agruparse en dos grupos: Portugal formaba él solo uno, unido tradicionalmente a la política inglesa; los demás, Bélgica, Países Bajos y Suecia no querían reñir con nadie. Los Países

⁵⁴⁸ ASHM. Marruecos. Años 1905-1906. R. Nº 175. L. Nº 27. C. Nº 5. Extracto de las cartas confidenciales de los agregados militares en el extranjero. (Inglaterra, Conferencia de Algeciras). Londres, 10-enero-1906.

⁵⁴⁹ SOLE ROMEO, "La Conferencia...", p. 277.

⁵⁵⁰ ASHM. Marruecos. Años 1905-1906. R. Nº 175. L. Nº 27. C. Nº 5. Extracto de las cartas confidenciales de los agregados militares en el extranjero. (Italia, Conferencia de Algeciras). Roma, 9-enero-1906.

Bajos parecían a veces más germanófilos, pero sin compromisos. Austria-Hungría y Marruecos también apoyaban a Alemania. Marruecos se presentaba a la Conferencia con gran desconfianza, la única cosa que creía Marruecos imposible era, de una parte, que Francia y Alemania llegaran a un acuerdo, y de otra, que este acuerdo pudiera conducir a realizar reformas, iban a Algeciras con profundo temor⁵⁵¹.

En la agenda de la Conferencia figuraban seis apartados que absorberían las jornadas de trabajo de los representantes: declaración relativa a la policía, que se encomendó a Francia y a España según zonas y puertos; un reglamento sobre la vigilancia y supresión del contrabando de armas; acta de concesión de una Banca marroquí, hipotecada a la Banca francesa desde el empréstito de 1904; una declaración relativa a la recaudación de impuestos y creación de nuevas figuras impositivas que permitieran al Maizen el mantenimiento de un Ejército regular; un reglamento sobre las aduanas del Imperio y la represión del fraude y contrabando, para los que Tánger y Casablanca eran paraíso de inmunidad y, por último, una declaración relativa a los servicios y obras públicas, tales como carreteras, caminos de hierro, explotación de canteras y minas, etc.⁵⁵².

La Conferencia comenzó sus tareas examinando las cuestiones relativas al contrabando de armas, conviniéndose en que su importancia, lo mismo que su comercio, estarían prohibidos en toda la extensión del Imperio. La misma

⁵⁵¹ SOLE ROMEO, "La Conferencia...", pp. 277-278.

⁵⁵² MORALES LEZCANO, León y Castillo..., p. 101.

prohibición regía para la importación y comercio de piezas de armas, pólvoras, salitre, algodón pólvora, excepto en los casos especificados en los artículos 14 y 15 relativos a explosivos destinados a las industrias y a las obras públicas y las armas, piezas para armas y municiones destinadas a las tropas del Sultán⁵⁵³.

Pasó luego la Conferencia a la cuestión de los impuestos. La parte del Acta relativa a la creación y concesión de un Banco de Estado en Marruecos, fue producto de una gestación laboriosa. En virtud de un Convenio de empréstito celebrado en 1884 entre Francia y el Majzen, y con la garantía de éste, Francia sostenía que tenía derecho a hacer valer derechos preferenciales derivados de aquel contrato. De aquí su oposición a que fuera mediatizada su intervención y su suscripción en el capital del nuevo Banco. Francia pedía cuatro participaciones por cada una que se asignara a las demás potencias. Pero Tattenbach insistía en reconocerle solamente dos participaciones. Se llegó finalmente a un acuerdo por el cual el capital del Banco se dividía en tantas partes como potencias concurrían a la Conferencia, adjudicándose además dos partes iguales a las que se reservase cada grupo suscriptor, al consorcio de los Bancos firmantes del contrato de 12 de junio de 1904, en compensación de las cesiones al Banco de Estado de Marruecos de los derechos especificados en los artículos 32 y 33 de la misma Acta. En definitiva, eran adjudicadas a Francia dos

⁵⁵³ GAY DE MONTELLA, R. Secretos de historia política contemporánea (1870-1914), Surco, Barcelona, 1944. PP. 112-113.

partes por una asignada a cada una de las demás potencias⁵⁵⁴.

En cuanto a la policía que debía cuidar de mantener el orden en los puertos del Imperio, Francia no reclamaba ningún mandato general ni exclusivo a su favor, porque reconocía que en la conservación del orden en el Imperio debían colaborar las demás potencias. Alemania se opuso al principio, alegando que era lógico que la organización de la policía corriera a cargo del Sultán, quien pudiese elegir los instructores entre los oficiales de los ejércitos de naciones de segundo orden. Lo mismo a esta idea, que a la de que a los instructores españoles y franceses, se unieran los instructores italianos, Francia opuso una tenaz resistencia. El representante de Austria terció en la discusión, proponiendo que el Sultán tuviera el mando supremo de las fuerzas de policía y que escogiera a oficiales franceses para las instrucciones de las labores de policía de Tánger, Saffi, Tetuán y Rabat, y a españoles para los que se crearan en Mogador, Larache y Mazagan, todos bajo el control de un oficial suizo, que tendría el carácter de prefecto de policía en los puertos mencionados y de comisario en el de Casablanca. Las potencias interesadas advirtieron que no estando controlado por nadie en Casablanca el oficial suizo, de hecho se convertía aquella plaza en ciudad internacional, sin que por otra parte tuviera explicación que se asignaran a España puertos alejados de sus costas. Por fin se decidió que para ayudar

⁵⁵⁴ Ibidem, pp. 113-114.

al Sultán en la organización de esta policía, se pondrían a su disposición durante cinco años, oficiales y suboficiales instructores españoles y franceses, previa la designación de sus Gobiernos y la aprobación del Sultán, no pudiendo exceder los efectivos de las tropas de policía de 2500 hombres, ni ser inferiores a 2000. El número de oficiales españoles y franceses sería de 16 a 20 y el de suboficiales de 30 a 40. La inspección general, durante cinco años correspondería a un oficial superior del ejército suizo, con el título de Inspector general y con residencia en Tánger. El cuadro de instructores de la policía sherifiana sería español en Tetuán, mixto en Tánger, español en Larache, francés en Rabat, mixto en Casablanca y francés en los restantes puertos⁵⁵⁵.

La noche del 21 de enero de 1906 Tattenbach, delegado alemán en Algeciras, entabló una conversación con uno de los delegados españoles en la Conferencia, Pérez Caballero. Hizo recaer la conversación sobre la situación en que se encontraba el Imperio alemán ante el problema de Marruecos. Dijo que Alemania se encontraba en una situación perfectamente clara; que no tenía ninguna aspiración política, pero que le había herido el que Francia, Inglaterra y España trataran del particular sin que se hubiera dado conocimiento ninguno a Alemania y prescindiendo de ella como si no tuviera interés ni derecho a interesarse en lo que pasara en el Imperio sherifiano. Manifestó que semejante situación no podía ser tolerada por el Imperio

⁵⁵⁵ Ibidem, pp. 114-115.

alemán, pues por ser una gran potencia y dados sus valiosísimos elementos militares, por tierra y por mar, tenía derecho a que ninguna cuestión política europea pudiera ser tratada sin su conocimiento e intervención. Afirmó que ésta fue la causa del viaje del Emperador alemán a Tánger, haciendo así acto de presencia en el problema marroquí y dando a entender a todas las potencias que no podía resolverse nada en aquel Imperio sin su avenencia⁵⁵⁶.

Pérez Caballero le replicó que la nueva doctrina sustentada por Alemania respecto a la igualdad de derechos de todas las potencias en Marruecos, no le parecía responder a la realidad de las cosas porque era indudable que había diversidad de situaciones entre los Estados y por lo que a Marruecos afectaba, sólo dos de ellos tenían intereses políticos, España y Francia, y otros dos tenían intereses comerciales de importancia, Inglaterra y Alemania. Así lo reconoció Tattenbach quien dijo que indudablemente hubiera sido mucho más fácil entenderse entre los cuatro sin convocar la Conferencia, pero que Alemania tuvo que buscar ese medio para salir de una situación falsa que se había creado. Le dijo a Pérez Caballero que Francia había querido aislar a Alemania y prescindir de ella y antes que eso estaban dispuestos a ventilar el pleito por las armas, y de ser necesario acudir a ese recurso, Alemania deseaba que fuera cuanto antes pues esa situación no podía prolongarse por los peligros que a todo el mundo ocasionaba y por los

⁵⁵⁶ AGA. S. A. IDD. Nº 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 41. E. 3. Crónica internacional de la Conferencia de Algeciras, 21-enero-1906.

perjuicios que estaba acarreando al comercio en general y en particular a la industria alemana. El comercio alemán no encontraba en el mercado francés las facilidades que deseaba: todo el mundo estaba temeroso de un posible conflicto, y era urgente que las cosas volvieran al estado de normalidad que tenían antes⁵⁵⁷.

Pérez Caballero le replicó, que en definitiva el problema de Marruecos en su totalidad no valía una conflagración europea cuando él mismo acababa de reconocer que Alemania no tenía allí intereses políticos sino puramente comerciales⁵⁵⁸.

Pérez Caballero conversó también con el delegado técnico francés, Regnault, a quien le hizo saber que Tattenbach había iniciado una acción cerca del delegado británico, Nicolson, para sondear hasta que punto era firme la decisión de Inglaterra de apoyar a Francia en los asuntos de Marruecos. La contestación de Nicolson fue terminante, puesto que le dijo que Inglaterra procedería siempre con lealtad y que por nada ni por nadie faltaría a los compromisos que voluntariamente había adquirido de apoyar incondicionalmente a Francia en las cuestiones de Marruecos. Regnault se mostró bastante intranquilo sin desesperanzar de llegar a una posible conciliación⁵⁵⁹.

El 16 de febrero Almodóvar celebró una larga conferencia con el delegado alemán Radowitz, quien se mostró

⁵⁵⁷ Ibidem.

⁵⁵⁸ Ibidem.

⁵⁵⁹ Ibidem, 4-febrero-1906.

quejoso de la actitud de España, que a su juicio estaba por completo supeditada a Francia en esta Conferencia, como lo demostraba el constante acuerdo en que en la comisión de redactores se encontraban Pérez Caballero y Regnault. Almodóvar expresó a su vez quejas al embajador alemán por el desvío que venía observando en su conducta que no respondía ciertamente a los vínculos amistosos que unían a los dos países y a los estrechos y particulares que entre ellos mediaban desde antiguo⁵⁶⁰.

La casi unanimidad de las 12 potencias convocadas en Algeciras para salvaguardar sus intereses marroquíes amenazados por las ambiciones francesas, se volvieron sin encontrar solución. Si no hubieran tenido en cuenta sino la defensa de su comercio en Marruecos, se habrían contentado perfectamente sin asistir a ninguna Conferencia adhiriéndose a la cláusula de la "puerta abierta" inscrita en el Acuerdo franco-inglés de 8-abril-1904. Pero el Protocolo internacional las obligaba a asistir a la Conferencia a la que estaban convocadas y su única inquietud allí fue quedarse aparte de la querella franco-alemana, no tenían otro deseo que no tomar partido en la Conferencia. Este no fue el comportamiento de las potencias aliadas de Francia que si la apoyaron⁵⁶¹.

Al principio de la Conferencia se creyó que Francia cedería y que Alemania, por su parte, renunciaría un poco a la intransigencia con la que reclamaba la

⁵⁶⁰ Ibidem, 16-febrero-1906.

⁵⁶¹ BCAF. Suplemento de mayo-1906.

internacionalización igualitaria de todo lo que se hiciera en Marruecos. Alemania esperaba, sin duda, que la Conferencia fuera para Francia una ocasión de ceder, pero no cedió ya que se encontró muy apoyada por sus aliados en todo momento. El sistema de alianzas que venía realizando Francia en esos años se vio fortificado. Alemania, en la Conferencia, se mostraba intransigente. Nada anunciaba la realización de las imprecisas promesas que Bülow mezclaba con sus amenazas en la época en la que trabajaba para que Francia aceptara asistir a la Conferencia. Alemania en Algeciras todo lo que quería hacer era reconocer a Francia en Marruecos una situación rigurosamente igual a la del resto de potencias. Francia, en la Conferencia, tomó la dirección del trabajo de organización de los intereses comunes en Marruecos, era ella quien elaboraba casi todos los proyectos⁵⁶².

En la Conferencia de Algeciras Alemania sólo tuvo de su parte a Austria-Hungría. Enfrente del grupo austro-alemán, estaba un grupo sólido constituido por Rusia, Inglaterra y Francia. Quizá por parte de los delegados rusos había, al principio, una cierta sospecha de que la acción de Inglaterra se ejercía menos con el fin de procurar entre Francia y Alemania un arreglo favorable a los intereses franceses que para profundizar una fosa entre París y Berlín. Pero poco a poco esta desconfianza se atenuó y se puede decir que Inglaterra y Rusia tuvieron, por primera vez en mucho tiempo, una retoma de contacto en Algeciras. Los

⁵⁶² Ibidem.

delegados rusos sostuvieron la causa francesa. Inglaterra mantuvo de la manera más clara el pacto de 1904 que obligaba a las dos partes contratantes a darse una ayuda mutua para realizar los beneficios que ellas se concediesen de mutuo acuerdo. Este apoyo inglés atrajo hacia Francia el apoyo de otras potencias. Portugal, gracias al apoyo británico también estuvo del lado francés. En cuanto a España, una plaza le estaba reservada en el Acuerdo franco-inglés dado que el acta del 8 de abril de 1904 preveía expresamente la participación española a la solución de la cuestión marroquí. La Entente Cordiale ejercía atracciones fuera incluso de sus miembros. Y había tenido ciertamente una influencia sobre la actitud del delegado de Estados Unidos en Algeciras. El delegado americano no dudó en refrendar las instrucciones que había recibido y que le recomendaban defender los intereses comerciales de Estados Unidos en Marruecos sin tomar partido en ninguna querella política entre Francia y Alemania. Fue uno de los terceros más activos de la Conferencia. Ninguna potencia se encontraba en Algeciras en una situación tan delicada como Italia. Aliada de Alemania, ligada a Inglaterra por una amistad tradicionalmente fuerte, con una alianza tendida moralmente hacia Francia por el Acuerdo Mediterráneo franco-italiano de 1902, Italia era la potencia más molesta en Algeciras. Italia no podía tomar una actitud dando la razón a una u otra de las partes con las cuales ella tenía lazos iguales. En cuanto a las pequeñas potencias salvo Portugal eran neutrales. Se puede incluso decir que se desinteresaban

notablemente de los debates de la Conferencia. No se dejaron motivar por las acusaciones de monopolio comercial que Alemania esgrimía contra Francia⁵⁶³.

Durante la Conferencia de Algeciras hubo un momento en el que Francia desconfió de la lealtad de los delegados españoles hacia ella. Provocaron esos sentimientos de recelo y desconfianza un despacho de Revoil quejándose de que no habían contado con él para la preparación del cuestionario sobre el Banco y que se inclinaban a Alemania en la proposición sobre la policía. Moret protestó enérgicamente y le dio a leer los últimos despachos de Almodóvar relativos a ambas cuestiones, pero como era difícil hacer desaparecer la desconfianza, pidió a León y Castillo que viera a Rouvier rectificando esas impresiones. Moret ya dijo a Cambon que sus convicciones públicamente proclamadas, los intereses del país y la voluntad del Rey coincidían en afirmar y consolidar la amistad e intimidad de España con Francia e Inglaterra. Moret sospechaba que esta era una intriga de los delegados alemanes para separar a España de sus aliados⁵⁶⁴. Moret también le pidió a Almodóvar que se entrevistase con los delegados inglés y francés que estaban en la Conferencia de Algeciras⁵⁶⁵. León y Castillo vio a Rouvier y tuvieron una conversación sobre

⁵⁶³ Ibidem.

⁵⁶⁴ AMAE. N. N^o 68. C. N^o 335. Moret a León y Castillo. Madrid, 21-febrero-1906.

⁵⁶⁵ Ibidem, Moret al Duque de Almodóvar del Río, Ministro de Estado y delegado de España en la Conferencia de Algeciras. Madrid, 21-febrero-1906.

los recelos y desconfianzas francesas hacia España, en la que aseguró a Rouvier la lealtad española hacia Francia e Inglaterra. Rouvier le manifestó que se felicitaba del paso que daba por encargo y en nombre de Moret porque probaba que no existía ni había existido interrupción en la cordialidad de ambas naciones⁵⁶⁶.

La inexplicable conducta de Revoil creando en París y Londres una atmósfera falsa respecto a la conducta de los delegados españoles en esta Conferencia produjo mal humor en el ánimo de Almodóvar y Pérez Caballero, quienes, sin embargo, firmes en el cumplimiento de su deber se proponían no apartarse de la línea de conducta que se habían trazado y que tenía por doble objetivo el cumplimiento de los acuerdos con Francia e Inglaterra y el evitar, hasta donde fuera posible, el fracaso de la Conferencia⁵⁶⁷.

Nicolson, delegado inglés en la Conferencia, visitó a Almodóvar y éste le expuso su extrañeza ante las sospechas comunicadas por Revoil a Cambon, hasta el punto de afirmar ocultas maniobras de los delegados españoles con los de Alemania en contra de los acuerdos de Francia. Le hizo saber a Nicolson la imposibilidad de aceptar una situación penosa creada por Revoil para España, de cuya lealtad no tenía motivos para dudar. Almodóvar también vio a Revoil, quien le dio explicaciones intentando sincerarse y le pidió

⁵⁶⁶ Ibidem, León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 23-febrero-1906.

⁵⁶⁷ AGA. S. A. IDD. Nº 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 41. E. 3. Crónica internacional de la Conferencia de Algeciras, 22-febrero-1906.

disculpas⁵⁶⁸. León y Castillo desde París aseguraba que habían desaparecido en el ánimo de Rouvier y en el Ministerio de Negocios Extranjeros francés los recelos y desconfianzas suscitados contra la delegación española en Algeciras⁵⁶⁹. En Algeciras se recibió un telegrama de Moret transmitiendo igual información y expresando su convencimiento de que no convenía a España separarse en lo más mínimo de la inteligencia y de los acuerdos que mantenía con Francia e Inglaterra⁵⁷⁰.

Cuando se abrió la Conferencia de Algeciras, el 16 de enero, creía el Ministro alemán que todo le favorecía en aquellos momentos. Pero la realidad se mostró muy distinta a lo largo de la prolongada Conferencia, y en buena parte, como consecuencia de la escasa ductilidad diplomática de los alemanes, en contraste con la finura y habilidad del jefe de la delegación francesa Revoil. La redacción del Acta final de la Conferencia vino a dejar claro que la iniciativa del Sultán, respaldado por Alemania, para lograr una garantía internacional a favor de la soberanía e independencia absoluta del Imperio estaba muy lejos de haber logrado su objetivo. Sólo dos potencias, Francia y España, eran mencionadas en el Acta, en cuanto responsables de los

⁵⁶⁸ AMAE. N. N.º 68. C. N.º 335. Duque de Almodóvar del Río a Moret. Algeciras, 22-febrero-1906.

⁵⁶⁹ Ibidem, León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 24-febrero-1906.

⁵⁷⁰ AGA. S. A. IDD. N.º 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 41. E. 3. Crónica internacional de la Conferencia de Algeciras, 25-febrero-1906.

extremos fijados en ella: policía de los puertos, administración del Fondo Especial, represión del contrabando en sus respectivas zonas de influencia que así, implícitamente, quedaban reconocidas, pero definiéndolas, en el caso de Francia, como "la región fronteriza a Argelia", y en el de España, como el "Rif y las regiones fronterizas a las posesiones españolas". Francia a partir de este momento, iba a intentar, con decisión y audacia, sacar el máximo partido del Acta de Algeciras. En cuanto a España, habría de verse, una y otra condicionada o estimulada por la iniciativa francesa⁵⁷¹.

Al concluir la Conferencia de Algeciras, la satisfacción era grande en el ánimo de todos los delegados, quienes comprendieron la importancia de la labor realizada y los peligros que encerraba esta Conferencia toda vez que de ella había dependido la paz de Europa. Al finalizar las labores de la misma todos los delegados se sentían orgullosos⁵⁷².

En la Conferencia de Algeciras vencieron las potencias atlánticas con una votación cerrada de Francia, España, Inglaterra, Italia, Portugal y Rusia, al adjudicarse a los Gobiernos de París y Madrid la responsabilidad de ocuparse, junto con las autoridades del Majzen, de los asuntos referentes a las aduanas y al contrabando de armas en las zonas fronterizas. Además, instructores franceses y

⁵⁷¹ SECO SERRANO, La España..., pp. 237 y ss.

⁵⁷² AGA. S. A. IDD. N.º. 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 41. E. 3. Crónica internacional de la Conferencia de Algeciras, 2-abril-1906.

españoles organizarían una fuerza policial de nativos en los ocho puertos abiertos al comercio. No obstante, el Gobierno alemán sentó el principio de internacionalización de Marruecos, frente a la teoría de las dos esferas de influencia, o lo que es lo mismo, se reservó el derecho a intervenir y opinar en los asuntos de aquel país⁵⁷³. En Algeciras quedó demostrado el aislamiento de Alemania perseguido y logrado por Delcassé y la unión de las potencias mediterráneas y sus aliados⁵⁷⁴.

De creer las manifestaciones de la prensa, todas las Cancillerías y en especial las de los países más directamente interesados en las cuestiones debatidas en la Conferencia de Algeciras, estaban altamente satisfechas del resultado de la misma. La prensa francesa acentuaba el reconocimiento y la consagración europea de los derechos especiales y de su situación privilegiada en Marruecos, dejando sentado de paso que la Entente Cordiale con Inglaterra era más firme y sólida que nunca. Mostraba igualmente su satisfacción la prensa inglesa afirmando que la inteligencia franco-inglesa había adquirido mayor consistencia en Algeciras y que si Alemania se mostró conciliadora fue únicamente cuando se convenció de que no podía debilitarla. En parecidos términos se expresaba la prensa italiana y en Rusia se vio con agrado el término

⁵⁷³ ROSAS LEDESMA, "Las ''Declaraciones...''", pp. 216-217.

⁵⁷⁴ AGA. S. AE. IDD. Nº 77. Correspondencia Embajada de España en Londres. Años 1840-1964. C. 7028. L. 225. Villaurrutia, embajador de España en Londres, a Pío Gullón. Londres, 26-noviembre-1906.

satisfactorio de la Conferencia en favor de su aliada a quien sostuvo con toda decisión aun a riesgo de atraerse el desagrado alemán. La prensa de Alemania entonaba igualmente cánticos de alegría, porque la política alemana consiguió el fin que se había propuesto; en primer lugar, la anulación del monopolio francés en Marruecos, que no era posible sino a expensas de los derechos alemanes y además un esclarecimiento de la situación internacional, que el año anterior parecía gravemente perturbada por las maquinaciones de Delcassé. Alemania seguía diciendo, no tuvo el propósito de conseguir ventajas particulares: la Conferencia de Algeciras les pareció un compromiso feliz para ambas partes, y esperaban que Francia reconociera poco a poco el carácter conciliador de la política alemana⁵⁷⁵. Al terminar la Conferencia de Algeciras la prensa alemana emprendió una violenta campaña contra Italia, alegando que ésta había faltado a sus compromisos de aliada, no sólo no sosteniendo en la Conferencia los deseos y pretensiones germánicos, sino poniéndose resueltamente en varias ocasiones del lado de sus adversarios. Naturalmente la prensa italiana contestó, y aunque ninguno de los dos Gobiernos se dio por entendido, ni el Gobierno alemán mostró descontento alguno, la discusión llegó a agriarse hasta el punto de que el Gobierno italiano creyó necesario hacer alguna aclaración pública que pusiera

⁵⁷⁵ AMAE. N. N.º 68. C. N.º 336. Ruata al Duque de Almodóvar del Río, Ministro de Estado de España. Berlín, 5-abril-1906.

las cosas en su punto⁵⁷⁶.

La prensa española también se ocupó de los resultados de la Conferencia de Algeciras. El Correo, periódico liberal, El Ejército español, publicación militar y El Liberal, de tendencia liberal, coincidieron en destacar que el resultado más importante de la Conferencia fue que se evitó una guerra entre Francia y Alemania, que por la situación geográfica de España, la habría traído malas consecuencias. Otro punto importante que señalaban era que Francia tenía que repartir su influencia en Marruecos con España⁵⁷⁷. El Liberal también señalaba que en esta unión de España con Francia en Marruecos podrían darse rozamientos entre franceses y españoles en aquellos puntos en que operasen juntos, por eso los españoles no debían ir con los franceses "como escuderos, sino como asociados"⁵⁷⁸. El último resultado que estos tres periódicos destacaron era que Alemania consiguió sus propósitos de internacionalizar la cuestión marroquí, así como el establecimiento de la libertad económica sin desigualdad alguna en aquel Imperio⁵⁷⁹.

El Correo apuntó que la situación de Alemania fue difícil a lo largo de la Conferencia, ya que sólo encontró

⁵⁷⁶ AMAE. H. Legajo 1623. Correspondencia con Italia. Años 1902-1907. Duque de Arcos, embajador de España en Roma, al Duque de Almodóvar del Río. Roma, 25-abril-1906.

⁵⁷⁷ El Correo, 7-abril-1906, El Ejército español, 18-abril-1906, El Liberal, 8-abril-1906.

⁵⁷⁸ El Liberal, 8-abril-1906.

⁵⁷⁹ El Correo, 7-abril-1906, El Ejército español, 18-abril-1906, El Liberal, 8-abril-1906.

apoyo a sus pretensiones en Austria-Hungría, mientras que Francia contó con el apoyo resuelto de Inglaterra, Rusia y España más Portugal y también Italia y los Estados Unidos que estuvieron de su parte⁵⁸⁰.

Para El Ejército español, Heraldo de Madrid, periódico independiente, y El liberal los resultados obtenidos en la Conferencia no fueron un éxito para España. Heraldo de Madrid y El Liberal coincidieron en apuntar que lo más importante para España era que habían sido reconocidos sus derechos históricos en Marruecos, y que España había reconquistado en Europa la consideración y el respeto perdidos⁵⁸¹. El Ejército español mostró una doble vertiente en cuanto a los resultados de la Conferencia para España. De un lado, consideraba positivo el hecho de que se reconociera el statu quo en Marruecos, algo que convenía a España, pero, de otro lado, veía como negativa la amistad de Francia, la cual calificaba de perjudicial para las campañas pacíficas con los marroquíes, ya que sus intereses eran antagónicos a los de los españoles en Marruecos, consideraba que Francia explotaría a España en su provecho. Por otra parte, consideraba que la amistad con Francia acarrearía la enajenación de las simpatías de Alemania, a la que consideraba la nación más hegemónica de Europa⁵⁸².

Por último destacar los elogios que Heraldo de Madrid hizo a los representantes españoles en la Conferencia

⁵⁸⁰ El Correo, 7-abril-1906.

⁵⁸¹ Heraldo de Madrid, El Liberal, 8-abril-1906.

⁵⁸² El Ejército español, 18-abril-1906.

de Algeciras por:

"La habilidad con que han sabido conducir a feliz término las difíciles negociaciones, la enérgica y razonada defensa que con singular fortuna hicieron de los derechos de España y, sobre todo, el respeto que nuestro país mereció de los representantes de las demás naciones"⁵⁸³.

En el Reichstag pronunció el Canciller Príncipe de Bülow un largo discurso acerca de la Conferencia de Algeciras, que era esperado con la mayor impaciencia. No dijo el Canciller sin embargo nada que no hubiera repetido hasta la saciedad la prensa periódica y todo el mundo estaba convencido de que Alemania no haría nunca la guerra por la cuestión de Marruecos. Añadió después que Alemania no tenía en Marruecos la misma historia secular de España, ni tampoco cientos de kilómetros de frontera como Francia, pero sí que tenía intereses económicos que defender⁵⁸⁴. En el ánimo del Emperador alemán produjo un gran disgusto el haber visto en Algeciras a Alemania sin otro apoyo que el de Austria enfrente del resto de Europa. La Conferencia puso más de manifiesto, no sólo la alianza de Rusia y Francia, sino la unión perfecta de ésta con Inglaterra y España y el acuerdo de Italia con las dos primeras en las cuestiones mediterráneas. No pudo por tanto ser motivo de satisfacción para Alemania el ver que su casi aislamiento en Europa era más patente que antes de la Conferencia, creyó sin duda que en Algeciras podría destruir o aminorar la fuerza de los Convenios franco-inglés e hispano-francés; pretendió

⁵⁸³ Heraldo de Madrid, 8-abril-1906.

⁵⁸⁴ AMAE. N. N.º 68. C. N.º 336. Ruata al Duque Almodóvar del Río. Berlín, 6-abril-1906.

internacionalizar el planteamiento de las reformas en Marruecos. El resultado no correspondió a sus esperanzas y propósitos, ni a la preponderancia mundial conforme a las aspiraciones de Alemania y de su Soberano. El Emperador estaba indignado con la conducta de Italia, de cuya alianza esperaba un apoyo decidido; estaba totalmente descontento con Rusia, a quien decía haber prestado servicios que se dieron al olvido; no estaba en buenos términos con Inglaterra, de quien siempre desconfiaba y se vio sorprendido en su esperanza de encerrar a España en su órbita de acción separándola de sus aliados. En aquellos momentos la menor animosidad era contra Francia⁵⁸⁵. En resumen, que Alemania, a pesar del telegrama de felicitación y gracias del Emperador a sus delegados en Algeciras y a pesar de las manifestaciones de la prensa, no quedó satisfecha del resultado, pues, además de no haber conseguido cerrar completamente el paso a Francia en Marruecos, se vio casi totalmente aislada⁵⁸⁶.

Francia había invocado siempre las condiciones siguientes como necesarias y suficientes para la salvaguardia de todos: en el terreno político la soberanía del Sultán, la integridad de su Imperio y darle asistencia para la introducción de las reformas, y en el terreno económico un régimen liberal que asegurase a las diversas

⁵⁸⁵ AMAE. H. Legajo 1335. Correspondencia con Alemania. Años 1897-1906. Ruata al Duque de Almodóvar del Río. Berlín, 16-abril-1906.

⁵⁸⁶ AMAE. N. N^o 68. C. N^o 336. Ruata al Duque de Almodóvar del Río. Berlín, 5-abril-1906.

naciones una completa igualdad de trato. El interés especial de Francia en Marruecos fue reconocido desde la clausura de la Conferencia, incluso por Alemania. Francia pudo poner en Algeciras a prueba la solidez de sus alianzas, a las cuales también se le unieron simpatías valiosas. Francia quedó satisfecha de los resultados obtenidos en la Conferencia y también por el apoyo que sus aliados España, Inglaterra e Italia le brindaron en la misma⁵⁸⁷. Para Paul Cambon:

"Las soluciones adoptadas son discutibles, pero se había iniciado tan mal la batalla que nosotros debemos mostrarnos satisfechos. Nosotros hemos salido de ella con los honores de la guerra gracias a la explosión de mal humor de los alemanes; ellos se enojaron tan fuertemente, que ellos dan a pensar que se consideran como batidos. Son ellos mismos los que crean esta impresión que no sería, naturalmente, de otro modo venida al pensamiento de nadie"⁵⁸⁸.

Para el Gobierno británico lo más importante de la Conferencia fue que sirvió para el mantenimiento de la paz y para la solución de los problemas pendientes en el Imperio sherifiano⁵⁸⁹. Este Gobierno no creía que fuera a surgir ningún nuevo conflicto europeo por causa de Marruecos. La inteligencia cordial anglo-francesa era más estrecha que nunca y el tiempo fue robusteciendo la obra, cuyos cimientos echaron Lord Lansdowne y Delcassé. El Gobierno de la Gran Bretaña se desinteresó por completo de la cuestión de

⁵⁸⁷ BCAF. Suplemento de abril-1906.

⁵⁸⁸ CAMBON, Correspondance..., Cambon a de la Bouliniere, Ministro de Francia en El Cairo. Londres, 28-abril-1906. P. 214.

⁵⁸⁹ AMAE. H. Legajo 1582. Correspondencia con Gran Bretaña. Años 1898-1906. Villaurrutia a Pío Gullón. Londres, 10-noviembre-1906.

Marruecos en favor del de Francia, al que apoyaba y estaba totalmente de acuerdo. La Conferencia había reconocido muy a gusto de Inglaterra el preferente derecho de Francia y de España a intervenir en los asuntos marroquíes⁵⁹⁰.

Para los delegados españoles, en la Conferencia de Algeciras se había conseguido el fin principal del restablecimiento de la normalidad de relaciones en Europa y en lo que respecta a Marruecos se había alcanzado para España "la situación especial y preferente que por tantos títulos le correspondía"⁵⁹¹. España, durante la Conferencia se mostró fiel a la inteligencia pactada con Francia y a la que con Inglaterra le unía en virtud de las negociaciones anteriores y de la adhesión al pacto anglo-francés de 8 de abril de 1904. España en Algeciras fue lógica y persistente en la orientación internacional que había adoptado desde la pérdida de las colonias⁵⁹². El Ministro de Estado en el Senado español daba su opinión acerca de la Conferencia:

"Esa Conferencia ha sido una obra paz y de armonía entre todos los países interesados en Marruecos...

Si hoy afirmo que conviene aprobar ese proyecto de ley y autorizar al Gobierno para ratificar el Acta general de la Conferencia de Algeciras, es porque abrigo el convencimiento de que pueda ser de gran utilidad práctica para los intereses fundamentales de nuestra Patria"⁵⁹³.

⁵⁹⁰ AMAE. N. N.º 68. C. N.º 336. Villaurrutia a Pío Gullón. Londres, 26-noviembre-1906

⁵⁹¹ AGA. S. A. IDD. N.º 3. Marruecos y colonias. Actuación en Marruecos. Años 1799-1947. C. 41. E. 3. Crónica internacional de la Conferencia de Algeciras, 2-abril-1906

⁵⁹² FIGUEROA, Las responsabilidades..., p. 57.

⁵⁹³ DSS. L. 1905-1906. D. N.º 152. 11-diciembre-1906. Juan Pérez Caballero, Ministro de Estado de España. P. 2239.

**CAPITULO QUINTO: CERRANDO EL 98 Y COMPLETANDO LA EXCLUSION
DE ALEMANIA DEL MEDITERRANEO OCCIDENTAL: LOS ACUERDOS ANGLO-
HISPANO-FRANCESES DE 16 DE MAYO DE 1907**

**CAPITULO QUINTO: CERRANDO EL 98 Y COMPLETANDO LA EXCLUSION
DE ALEMANIA DEL MEDITERRANEO OCCIDENTAL: LOS ACUERDOS ANGLO-
HISPANO-FRANCESES DE 16 DE MAYO DE 1907**

Una vez consumado el Desastre de Ultramar, la atención de la política exterior de España fue fuertemente atraída hacia la región del Estrecho como consecuencia inmediata de la guerra con los Estados Unidos, y ello en razón de tres motivos. En primer lugar, la posibilidad de una generalización del conflicto, y en todo caso la evidencia, tras su doble derrota naval, de la indefensión en que habían de encontrarse los dominios españoles extrapeninsulares, motivaban las apetencias de alemanes, franceses y rusos en un momento en que la teoría y la práctica de las grandes potencias veían en el reparto una forma de resolver contenciosos internacionales. En segundo lugar, la extensión de la guerra a la proximidad del Estrecho parecía materializarse cuando la escuadra oriental de los Estados Unidos, destinada a presionar a España con miras a una inmediata capitulación, preparaba una incursión sobre las costas españolas con la misión de bombardear determinados puertos peninsulares y de adueñarse, como base de aprovisionamiento, de una de las islas Canarias. Ello indujo a la opinión española a pensar que no había límite previsto para las consecuencias del Desastre; que no eran los destinos de Cuba, causa inicial de la guerra, lo que estaba en juego. En tercer lugar, surgió un difícil contencioso entre España y Gran Bretaña, al emprender el

Gobierno español trabajos encaminados al artillado de determinadas posiciones próximas a Gibraltar, inicialmente motivados por el peligro real de un desembarco norteamericano en la bahía de Algeciras, pero proseguídos cuando las hostilidades entre España y los Estados Unidos han dado fin. El acercamiento de España a la Alianza franco-rusa en los momentos álgidos de la contienda no podía sino contribuir a que Inglaterra contemplara con inquietud estos preparativos militares⁵⁹⁴.

En fin, la inestabilidad del panorama internacional, la impotencia de España para defender y conservar el riquísimo y codiciado patrimonio estratégico que continuaba bajo su soberanía tras la pérdida de Puerto Rico, Filipinas y los archipiélagos del Pacífico, requería insoslayablemente una garantía exterior. El problema de la garantía, que sólo podía ser resuelto a través de una poderosa alianza, constituía el problema clave de la política exterior de España, una vez consumada la pérdida de las islas de Ultramar⁵⁹⁵.

En el momento de la guerra entre España y los Estados Unidos, por causa de Cuba, puerto Rico y Filipinas, el Gobierno español, con el propósito de proteger sus costas contra una eventual acción militar, había dispuesto varias obras de fortificación y artillado en las cercanías de la bahía de Algeciras, uno de los lugares más estratégicos del

⁵⁹⁴ JOVER ZAMORA, La España..., p. LXXXI

⁵⁹⁵ Ibidem.

Mediterráneo⁵⁹⁶. Ante los preparativos de las fortificaciones españolas en la bahía de Algeciras, durante la guerra con Estados Unidos, se produjo la explicable alarma británica⁵⁹⁷. El 9 de agosto de 1898 planteó el embajador británico la cuestión de las fortificaciones que según él, amenazaba la plaza de Gibraltar⁵⁹⁸. El Gobierno español respondió con una Nota el 13 de agosto, en la que tranquilizaba al Gobierno inglés⁵⁹⁹. Así comienza la historia de una tensa discusión hispano-británica que sólo se zanjó en marzo de 1899, a través de un intercambio de Notas promovido por Silvela, la primera de las cuales, es decir, la española, manifestaba que la paz con Estados Unidos había hecho innecesarias las fortificaciones emprendidas⁶⁰⁰.

El Gobierno español se había resistido a interrumpir los trabajos de fortificación que se estaban llevando a cabo en la costa de la bahía de Algeciras, incluso después de terminada la guerra con los Estados Unidos, invocando el derecho que asiste a cada cual a levantar en territorio de su soberanía las obras de fortificación que estime convenientes, y afirmando su

⁵⁹⁶ Un nuevo Libro Rojo (LR) sobre Gibraltar. Negociaciones presentadas a las Cortes españolas por el Ministro de asuntos Exteriores (Fernando María Castiella). Madrid, 1968. P.169

⁵⁹⁷ JOVER ZAMORA, La España..., p. LXXXIX.

⁵⁹⁸ AMAE. H. Legajo 2489. Política Exterior. Gibraltar. Años 1893-1900.

⁵⁹⁹ LR. P. 170.

⁶⁰⁰ JOVER ZAMORA, La España..., p. XC.

carácter puramente defensivo. En el fondo la resistencia española a acceder a la demanda británica puede relacionarse con la expectativa de una generalización del conflicto, ante la cual España dispusiera de un arma capaz de oponerse a un Gibraltar prácticamente invulnerable. La táctica empleada por la diplomacia española frente a la insistencia británica fue un modelo de tesón dilatorio, que en dos ocasiones condujo a sendos puntos críticos las relaciones hispano-británicas: el primero de ellos sobrevino con ocasión de las Notas británicas de 27 y 30 de agosto, el segundo el 9 de diciembre con motivo de una nueva Nota que marca el clímax de la crisis en la relación de ambas potencias durante el 98⁶⁰¹.

El Gobierno británico dirigió una nueva Nota el 27 de agosto, en la que se refería a una activación de los trabajos españoles de defensa y aseguraba que, terminada la guerra con los Estados Unidos, aquellos trabajos ya no podían ser considerados como defensivos sino como dirigidos contra el territorio británico. Llamaba seriamente la atención del Gobierno de España sobre la naturaleza de las obras mencionadas y las calificaba de actitud inamistosa hacia Inglaterra y de amenaza para ésta. El Gobierno de Londres envió al español otra comunicación, de 30 de agosto, en la que ya directamente formulaba toda una definición de su política en relación con la zona vecina a Gibraltar. Inglaterra podía artillar Gibraltar con armas dirigidas contra España sin que ello fuera más que un hecho

⁶⁰¹ Ibidem.

perfectamente natural en una fortaleza, pero si España hacía algo parecido, aunque fuera en mínima proporción, en su propio territorio, estaría cometiendo un acto hostil contra Gran Bretaña⁶⁰².

La Nota británica del 9 de diciembre tiene su antecedente inmediato en el rechazo, por parte del Gobierno español, de un proyecto de acuerdo sugerido y presentado por la embajada británica en Madrid el 18 de noviembre, en un momento de distensión en las relaciones diplomáticas entre ambos países⁶⁰³. El texto de la Nota del 9 de diciembre hacía referencia al Memorándum dado al Duque de Almodóvar el 18 de noviembre en el que el Gobierno británico esperaba que el español se comprometiera a no construir dentro de la extensión de la fortaleza de Gibraltar ningún emplazamiento que pudiera sostener cañones pesados. El acuerdo propuesto al Gobierno español, en caso de guerra entre Inglaterra y otra potencia, era que Inglaterra no conduciría la guerra sobre territorio español y que no demandaría de España su participación. Para el Gobierno británico los convenios de neutralidad de España, en el caso de una guerra entre Inglaterra y otra potencia, eran ambiguos y no los podía aceptar. También se quejaba el Gobierno británico de que había ofrecido garantías al Gobierno español y éste las había rechazado⁶⁰⁴. Lo cierto es que el Gobierno británico

⁶⁰² LR. PP. 170-171.

⁶⁰³ JOVER ZAMORA, La España..., pp. XC-XCII.

⁶⁰⁴ AMAE. H. Legajo 2489. Política Exterior. Gibraltar. Años 1893-1900.

reaccionó con indignación ante tal rechazo, y que la Nota británica abandonaba el tono formalmente amistoso que había predominado en las Notas precedentes⁶⁰⁵.

El proyecto de acuerdo sugerido por la embajada británica, comunicada al Gobierno español el 18 de noviembre de 1898 era una propuesta de garantía. El documento es importante, ya que constituye el jalón inicial de algo que llegará a plenitud en los Acuerdos de Cartagena de 1907: el logro de una garantía internacional para los territorios españoles de la región del Estrecho, tan seriamente comprometidos desde la primavera de 1898⁶⁰⁶.

Los puntos principales del proyecto de acuerdo eran los siguientes: auxilio a la Gran Bretaña en tiempo de guerra; obligación de España de no construir fortificaciones ni baterías permanentes o temporales dentro de un radio de siete millas geográficas a partir del castillo de Gibraltar; facultad de la Gran Bretaña para reclutar tropas entre los súbditos españoles; auxilio de la Gran Bretaña para defender la bahía de Algeciras contra hostilidades de otra potencia y defensa también de las Baleares y Canarias⁶⁰⁷.

Contestó el Gobierno español rehusando todo proyecto de alianza y afirmando su propósito de guardar absoluta neutralidad. España ofreció solamente las bases siguientes: España se abstendría de atacar y no consentiría

⁶⁰⁵ JOVER ZAMORA, La España..., p. XCII.

⁶⁰⁶ Ibidem, p. XCIII.

⁶⁰⁷ AMAE. H. Legajo 2489. Política Exterior. Gibraltar. Años 1893-1900.

que otra potencia atacara la plaza de Gibraltar desde suelo español, a fin de hacer respetar su neutralidad usaría de su Fuerza Armada si fuera necesario; Gran Bretaña se abstendría de ejecutar operaciones en los territorios españoles tanto peninsulares como insulares, si otra potencia intentara violar la neutralidad del territorio español, Gran Bretaña estaría obligada a prestar el concurso de su fuerza marítima siempre que fuera demandada por el Gobierno español⁶⁰⁸. El Gobierno británico no aceptó la contrapropuesta española.

El Gobierno español, presidido por Sagasta, no aceptó la propuesta británica, estimando que contenía obligaciones que, en su situación actual, España no estaba en condiciones de asumir. Como indica Jover, esta hubo de ser la respuesta diplomática, no siendo difícil imaginar la motivación real, más compleja, de tal negativa. Hay dos motivos para este rechazo. El primero, de orden político, fue expuesto por el mismo Moret a Nicolson: el temor de Sagasta a herir la sensibilidad de Francia, e incluso provocar su hostilidad. La segunda, de prestigio, quería igualdad formal entre las partes⁶⁰⁹.

Delcassé, en una conferencia que mantuvo con León y Castillo, le manifestó que con respecto a la actitud que Francia y Rusia debían tomar en vista de la adoptada por el Gobierno inglés a propósito de Gibraltar, era que no podían tomar ninguna iniciativa, querían evitar a todo trance un conflicto con Inglaterra. Si Francia había cedido en la

⁶⁰⁸ Ibidem.

⁶⁰⁹ JOVER ZAMORA, La España..., p. XCIV.

cuestión de Fashoda era porque no estaba preparada para una guerra con Gran Bretaña⁶¹⁰.

Posteriormente el Ministro de Estado envió un telegrama a los embajadores españoles en Viena y Berlín para que previendo el caso probable de que el Gobierno británico insistiera en sus demandas relativas al desmantelamiento de las baterías construidas en la bahía de Algeciras con pretexto de que pudieran amenazar la plaza y fondeadero de Gibraltar, y de que la previsión revistiera carácter de apremio, convenía al Gobierno que los embajadores investigaran las disposiciones de esos Gabinetes para una mediación colectiva de las potencias continentales en apoyo de los legítimos derechos de España a defender su propio territorio, sin que por ello se entendiera amenaza ni peligro para Gibraltar. Estimaba necesario que los embajadores exploraran el ánimo de los Ministros de Negocios Extranjeros⁶¹¹.

Las impresiones personales del embajador español en Viena, tras mantener una conversación confidencial con el Ministro de Negocios Extranjeros austriaco, era que el Gobierno de Austria:

"En general parece decidido a no intervenir en las cuestiones que tiene pendientes Inglaterra considerándola hoy más fuerte que otras naciones juntas y creo que en la de Gibraltar especialmente sólo en último término se prestaría a una mediación si tomara la iniciativa otra potencia

⁶¹⁰ AMAE. H. Legajo 2489. Política Exterior. Gibraltar. Años 1893-1900. León y Castillo al Duque de Almodóvar del Río. París, 1-diciembre-1898.

⁶¹¹ Ibidem, Duque de Almodóvar del Río a los embajadores españoles en Viena y Berlín. Madrid, 13-enero-1899.

como Alemania o Rusia y fuera secundada por las demás de Europa"⁶¹².

El embajador español en Berlín habló con todos los embajadores acreditados en Berlín de las principales potencias europeas, excepto con el inglés, y con el Secretario de Estado alemán sobre las pretensiones del Gobierno inglés y la mediación colectiva para combatirlas:

"He adquirido el convencimiento de que no sería posible obtener esa mediación, porque todas esas naciones, lamentando las pretensiones injustificables de Inglaterra se muestran muy temerosas de un conflicto con ella, y ni se atrevían a protestar"⁶¹³.

El Gobierno ruso sugirió al español la idea de recurrir a la mediación del Emperador de Austria, para que éste se dirigiera a Francia, Italia y Alemania para tomar partido en una mediación pacífica⁶¹⁴.

El intercambio de Notas de 15-17 de marzo puso fin a la prolongada discusión hispano-británica sobre las fortificaciones españolas frente a Gibraltar⁶¹⁵.

Silvela, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado del nuevo Gobierno conservador, comunicó al embajador británico en Madrid que después de una consulta con el Ministro de la Guerra y otras autoridades militares del Gabinete habían llegado a la conclusión de que los

⁶¹² Ibidem, José Gutiérrez de Agüera, embajador de España en Viena, al Duque de Almodóvar del Río. Viena, 14-enero-1899.

⁶¹³ Ibidem, Méndez de Vigo al Duque de Almodóvar del Río. Berlín, 17-enero-1899.

⁶¹⁴ AMAE. H. Legajo 2489. Política Exterior. Gibraltar. Años 1893-1900.

⁶¹⁵ JOVER ZAMORA, La España..., p. XCIV.

trabajos cerca de Gibraltar habían concluido, ya que era inútil e innecesario molestar a Inglaterra. Silvela no había aceptado la convención ofrecida porque preveía dificultades en la conclusión de un tratado. El propuso, entonces, preparar una Nota formal diciendo que desde la terminación de la guerra con los Estados Unidos se volvió innecesario, no construiría fortificación alguna o emplazamiento que pudiera ser dirigido contra Gibraltar. El Gobierno español enviaría esta Nota incondicional al británico, pero España consideraría un acto de amistad si a cambio Inglaterra le enviaba otra Nota diciendo que Inglaterra no deseaba ninguna adquisición de territorio en concesión y que Gran Bretaña intentaría impedir algún desembarco hostil en la bahía de Algeciras⁶¹⁶.

En la Nota española Silvela expresaba que ya no había motivo para continuar con las fortificaciones:

"La guerra con los Estados Unidos de América y la consiguiente amenaza de un ataque a las costas del Estrecho por parte de la escuadra americana motivó la preparación de algunos trabajos de defensa en la bahía de Algeciras; pero concluida la paz ha desaparecido todo interés de seguir tales construcciones y tiene decidido el Gobierno no continuarlas...Y siendo esta la convicción y resolución del Gobierno y sabiendo que comunicándoselo al de S.M. Británica puede ser estimado y agradecido como una prueba de amistad y confianza entre ambos pueblos, no tiene el menor inconveniente, antes bien aprovecha muy gustoso la ocasión de deshacer todo motivo de infundada alarma, asegurándole que no entra en los planes en estudio de fortificación y defensa de las costas del Gobierno de S.M. el construir dentro del alcance de la fortaleza de Gibraltar ninguna batería o emplazamiento que pueda proveerse de cañones de grueso calibre y que ni continuarán los

⁶¹⁶ BD. Vol. II. Documento Nº 305. Wolff a Salisbury. Madrid, 10-marzo-1899.

trabajos comenzados, ni se propone, por ahora, realizar otros en esa parte de la costa"⁶¹⁷.

Tras recibir la Nota española Salisbury autorizó a Wolff a contestar esta Nota expresando la satisfacción con la que el Gobierno británico había recibido estas seguridades amistosas⁶¹⁸, y así se lo hizo saber el embajador británico en Madrid a Silvela en la Nota del 17 de marzo:

"Tengo ahora el honor, por instrucciones de su Excelencia (Lord Lansdowne) de expresar a su Excelencia la satisfacción con la que el Gobierno de su Majestad ha recibido estas seguridades amistosas y su apreciación del buen espíritu en que ellas han sido ofrecidas.

Añado que el Gobierno de su Majestad desea en esta parte asegurar al Gobierno español que no acordó tratar la idea de plantear esta cuestión como base para demandar adquisiciones territoriales"⁶¹⁹.

Silvela puso punto final al contencioso hispano-británico sobre las obras de fortificación frente a Gibraltar mediante el intercambio de Notas de 15-17 de marzo, y confirmó expresamente el desinterés español hacia el proyecto de acuerdo de garantía, previendo dificultades en la conclusión de un tratado. Era ciertamente una nueva política, la de los conservadores. No se aceptaba ningún tratado de garantía que conllevara de hecho una dejación de soberanía frente a Inglaterra; pero se propugnaba la explícita renuncia de Inglaterra a cualquier ampliación

⁶¹⁷ AMAE. H. Legajo 2489. Política Exterior. Gibraltar. Años 1893-1900. Nota española. Palacio, 15 marzo-1899.

⁶¹⁸ BD. Vol. II. Documento Nº 306. Salisbury a Wolff. Foreign Office, 16-marzo-1899.

⁶¹⁹ AMAE. H. Legajo 2489. Política Exterior. Gibraltar. Años 1893-1900. Nota británica. Madrid, 17-marzo-1899.

territorial, y la promesa de defensa de la bahía de Algeciras frente a terceros⁶²⁰. Una Real Orden española de 25 de marzo confirmó el cese de las obras de defensa militar en la bahía de Algeciras y cerró este episodio con Gran Bretaña⁶²¹.

En junio de 1901 estalló de nuevo el contencioso gibraltareño, actuando de detonante una intervención de Thomas Gibson Bowles, periodista y escritor especializado en temas internacionales, en la Cámara de los Comunes⁶²². Anteriormente, en febrero del mismo año, el Gobierno inglés había aceptado la moción de Bowles encaminada a que una comisión (de la que él formaría parte) estudiara las condiciones de defensa en que estaba colocado el Peñón de Gibraltar con relación a los adelantos de la artillería moderna. El embajador de España en Londres y el Ministro de Estado español llamaron la atención a Lord Lansdowne acerca de las peligrosas discusiones a las cuales daría seguramente lugar el desempeño de esa comisión parlamentaria. El Gobierno inglés se apresuró a aceptarla, haciendo al mismo tiempo las mayores protestas de amistad hacia España⁶²³.

Bowles venía a replantear el problema de Gibraltar al poner de relieve de forma dramática la dudosa utilidad de las considerables inversiones del Gobierno británico en

⁶²⁰ JOVER ZAMORA, La España..., p. XCV.

⁶²¹ LR. P. 173.

⁶²² JOVER ZAMORA, La España..., p. XCIX.

⁶²³ AGA. S. AE. IDD. Nº 95. Correspondencia Embajada de España en París. C. 5867. T. 686. Marqués de Aguilar de Campóo a León y Castillo. Madrid, 1-marzo-1901.

obras portuarias y en fortificaciones destinadas a la utilización y a la defensa del puerto de Gibraltar, teniendo en cuenta la creciente vulnerabilidad de este complejo frente a una acción artillera dirigida desde territorio español. A juicio de Bowles, la única manera realmente eficaz de garantizar la defensa del Peñón y su puerto frente a un ataque lanzado desde territorio español, consistía en ocupar con un ejército de treinta o cuarenta mil hombres el traspais de Gibraltar, situada bajo soberanía española. La respuesta del Gobierno británico fue negativa; el embajador de España en Londres expresó el malestar de su país ante semejantes manifestaciones, recibiendo de Lansdowne las explicaciones del caso. Pero tales explicaciones y la seguridad por parte del Gobierno británico de no haber pensado en amenaza alguna al territorio español, no dejó de plantear el problema en anchos sectores de opinión pública, tanto ingleses como españoles⁶²⁴.

Esta cuestión y el problema político por ella planteada vino a desembocar en un problema diplomático de primera magnitud, en el marco de las relaciones hispano-inglesas. Dada la estructura de la sociedad internacional del momento y la manifiesta desigualdad de fuerzas existente entre España e Inglaterra, el problema de la bahía de Algeciras sólo tenía dos soluciones: o la de Bowles de los treinta o cuarenta mil hombres, que el Gobierno británico, consciente de sus dificultades y peligros potenciales no estaba dispuesto a adoptar, o la aceptación por parte de

⁶²⁴ JOVER ZAMORA, La España..., p. XCIX

España de una garantía recíproca en la línea de la ofrecida por Inglaterra en el otoño de 1898⁶²⁵.

En los años siguientes, el Foreign Office fue elevando un dique de contención para impedir que los archipiélagos, puertos y posesiones españolas desde Baleares, pasando por el Estrecho de Gibraltar, y empalmando con el Golfo de Guinea, vía Canarias, pudiera quedar expuesto a la intimidación o captura por parte de la flota alemana. La idea de un mutuo compromiso entre Londres y París, sobre la seguridad de estas posesiones españolas parece haber sido propuesta a Lansdowne por Bertie, embajador británico en París, en 1902. La seguridad de los territorios españoles no peninsulares se convirtió en uno de esos asuntos diplomáticos que sólo esperaban la ocasión propicia para cristalizar en forma de pacto, convenio o mero canje de Notas: el deseo de su resolución estaba presente como urgente preocupación. Este asunto también preocupaba en Francia y ya en 1904 Paul Cambon, embajador francés en Londres, se dirigía a Delcassé dándole a entender que sería importante para Marruecos, una vez que los franceses se instalaran allí, que las Canarias y Baleares siguieran en poder de España y que sería conveniente llegar a un acuerdo a este respecto con Inglaterra por la coincidencia de intereses de ambos países⁶²⁶.

El 8 de junio de 1905, poco después de la visita del Káiser Guillermo II a Tánger, durante la visita oficial

⁶²⁵ Ibidem, pp. XCIX-C.

⁶²⁶ MORALES LEZCANO, León y Castillo..., pp.130-131.

a Londres realizada por el Rey de España Alfonso XIII, Lord Lansdowne, Secretario de Estado del Foreign Office, realizó la primera propuesta de un acuerdo anglo-español aprovechando su entrevista con Villaurrutia, Ministro de Estado del Gobierno conservador de Fernández Villaverde, que acompaña al Rey en su viaje a Inglaterra. En el curso de una conversación amistosa en la que se estaba hablando de las intenciones alemanas en Marruecos, el Ministro inglés señaló las ventajas mutuas de un acuerdo anglo-español por el que se entendiera que España no cediera a una tercera potencia ninguno de sus puntos estratégicos: Baleares, Canarias, Ceuta, Melilla y Fernando Póo; el acuerdo incluiría el apoyo inglés a España para el caso de que tuviese que enfrentarse a cualquier país para defender esas posiciones en la confianza de que, igualmente, se podría llegar a un acuerdo para favorecer la seguridad de Gibraltar en un hipotético ataque desde territorio español. Inglaterra volvía a unos planteamientos que, recordando a los de 1898 incorporaban los nuevos datos de la realidad internacional: la distensión anglo-francesa y la tensión anglo-alemana⁶²⁷.

Ante esta primera propuesta inglesa Villaurrutia se mostró complacido, sin embargo, pocos días después sobrevino la crisis del Gabinete que llevaría a los liberales al poder. Los políticos españoles se lamentaban de no disponer de un acuerdo directo con Gran Bretaña, ya que los Convenios de 1904 se hicieron separadamente. Sin embargo, España no tomó la iniciativa; Francia e Inglaterra

⁶²⁷ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", pp. 88-89.

se mostraron interesadas en consolidar la amistad española y esto tanto por las experiencias vividas con motivo de la crisis de Marruecos como por el valor estratégico de las posesiones insulares hispanas y por las apetencias y rivalidades económicas⁶²⁸. A lo largo de 1905-6 los políticos de España, Francia e Inglaterra acariciaban la idea de un acuerdo que garantizase la seguridad de las costas y posesiones españolas. La Entente empezaba a funcionar y España, por imperativo geográfico, parecía tener que vincularse a aquella, para equilibrar la hegemonía continental de la Triple Alianza⁶²⁹.

Uno de los elementos que explica el dilatado tiempo que transcurre entre el 8 de junio de 1905 y el 16 de abril de 1907 se encuentra en la dificultad que tienen los ingleses para mantener la continuidad de la negociación con unos Gobiernos españoles especialmente discontinuos. El 23 de junio se formó un primer Gobierno liberal con Montero Ríos en la Presidencia y Sánchez Román en Estado; la renovación de la propuesta de Lansdowne llegó a ellos a través de la Embajada inglesa en Madrid donde, desde 1904, se encontraba Nicolson. El 26 de junio Nicolson pidió permiso a Lansdowne para renovar la propuesta ante el nuevo Gobierno español y, aunque el Ministro lo consideraba algo prematuro y le pedía discreción, el embajador se esforzó en dar a conocer la propuesta de su Gobierno a todos aquellos que podían influir en su llegada a buen puerto. Habló del

⁶²⁸ ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...'',", p. 217.

⁶²⁹ MORALES LEZCANO, León y Castillo..., p. 131.

asunto con Sánchez Román y con Montero Ríos, aprovechó su primer contacto con el Rey Alfonso XIII para mencionárselo y, a comienzos de julio, obtuvo permiso para informar a Jules Cambon, embajador francés en Madrid. Pasado el verano, Nicolson volvió a insistir hablando con Moret, a quien encontró convencido de la necesidad de un acuerdo anglo-español que garantizara las posesiones insulares españolas y que Gibraltar no fuera atacado desde tierra. A pesar del entusiasmo desplegado por Nicolson, los últimos meses de 1905 no eran propicios para afianzar una negociación: tanto en Londres como en Madrid, los dos Gobiernos tenían los días contados. En noviembre se formó en Madrid un nuevo Gobierno liberal con Moret en la Presidencia y con el Duque de Almodóvar del Río en Estado; en diciembre se formó en Londres el Gobierno liberal con Grey al frente del Foreign Office. El paréntesis impuesto por estos cambios dio ocasión a que se materializaran las presiones alemanas sobre España. Más tarde, la Conferencia de Algeciras (16 enero - 7 abril 1906) permitió constatar no sólo el peligro de esas presiones, sino también el deseo español de resistirlas apoyándose en la Entente franco-británica. Aunque la situación internacional favorecía el deseo de Grey de retomar la propuesta de Lansdowne para garantizar el statu quo del Mediterráneo occidental, la discontinuidad ministerial española seguía siendo un serio inconveniente. A finales de julio cesa el Gobierno Moret; la crisis del Partido Liberal agotaba la situación política hasta el punto de registrar tres Gobiernos distintos en la segunda parte

del año 1906. El 25 de enero de 1907, la agotada fórmula liberal dio paso al Gobierno conservador de Antonio Maura⁶³⁰.

En diciembre de 1906, aprovechando el elemento de continuidad que ofrece el nombramiento de Villaurrutia como embajador de España en Londres, el Foreign Office empezó a preparar las bases sobre las que deseaba asentar el acuerdo propuesto año y medio atrás⁶³¹. En este mes Hardinge, Subsecretario de Estado inglés, exponía, en una minuta, la urgencia de ponerse de acuerdo con España. Proponía allí que su país obtuviera un compromiso del Gobierno de Madrid, similar al Acuerdo franco-español del secreto artículo VII del Convenio de 1904, en donde España renunciaba a enajenar o ceder sus territorios marroquíes pertenecientes a su esfera de influencia a una tercera potencia. Nada impedía a España, razonaba Hardinge, ceder tales territorios a Francia o, en caso de guerra entre Francia y España, a cualquier otra potencia. No convenía tener a una gran potencia en la vecindad opuesta a Gibraltar y en posesión de bases navales que pudieran neutralizar la acción de la escuadra británica en el Mediterráneo occidental. La situación internacional era propicia para ofrecerle a España un compromiso mediante el cual Inglaterra le asistiría ante una agresión contra Fernando Póo, Canarias y Baleares, a cambio España renunciaría a enajenar mediante arriendo, concesión o cualquier otra forma, sus derechos sobre aquellas islas,

⁶³⁰ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos..", pp. 89-90.

⁶³¹ Ibidem, p. 91.

tampoco erigiría obras militares ni colocaría cañones en la vecindad de Gibraltar⁶³².

Pero mientras los ingleses preparaban concienzudamente las bases de su posición, el temor a que las presiones alemanas terminasen por hacer mella en la debilidad española, llevó a los franceses a proponer una formulación del compromiso estudiado que, de hecho, lo sacaba de la relación bilateral Londres-Madrid para llevarlo a un terreno tripartito⁶³³. Paul Cambon cuando visitó a Bertie en diciembre hablando de los planes de Alemania, le expresó que quizás sería bueno llegar a un acuerdo entre Francia, Inglaterra y España para el mantenimiento del statu quo en el Mediterráneo. La dificultad sería pensar una forma que asegurara este fin sin herir las susceptibilidades españolas. Él pensó que los tres países podían asegurar cada uno que no enajenarían, o cederían a Gobiernos extranjeros, sus posesiones insulares. Con vistas a las islas españolas, era de vital importancia para Francia que ningún país extranjero se estableciera en las islas Baleares⁶³⁴.

La decisión francesa de convertirse en la parte más dinámica de la negociación culminó el 7 de enero de 1907 con la presentación en Madrid de un borrador de acuerdo que colocaba a la diplomacia británica en una posición algo

⁶³² ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...'', p. 219.

⁶³³ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", p. 92.

⁶³⁴ BD. Vol. VII. The Agadir crisis. Documento Nº 7. Francis Bertie, embajador de Gran Bretaña en París, a Edward Grey, Secretario de Estado de Gran Bretaña. París, 25-diciembre-1906.

incómoda, entre otras cosas porque Jules Cambon ofrecía al Rey y al Ministro Pérez Caballero una garantía anglo-francesa para las posesiones españolas en el Mediterráneo y en el Atlántico sin nombrar siquiera a Gibraltar. La diplomacia británica quedaba algo descolocada; venía estudiando las bases de la propuesta que deseaba hacer en la confianza de que el Gobierno español deseaba un acuerdo bilateral y, de repente, se encontraba con un elemento con el que no había contado: Jules Cambon había forzado la situación aprovechando la buena receptividad del Gobierno español con el objeto de lograr un acuerdo que excluyera a Alemania del Mediterráneo. Aunque Grey no estaba dispuesto a precipitarse dejándose arrastrar por la diplomacia francesa, parecía convencido de que, en cualquier caso, merecía la pena buscar un acuerdo con España para lo que solicitó y obtuvo el apoyo del Primer Ministro. Mientras una nueva crisis de Gobierno en España detuvo, durante unos días, la acción inglesa, el Subsecretario del Foreign Office se fue ratificando en una idea que no le abandonará: la propuesta francesa de un acuerdo tripartito sería vista como un estrechamiento de la red extendida sobre la actividad política alemana, lo que evidentemente tenía sus riesgos⁶³⁵.

Nada más tomar posesión el Gobierno conservador de Maura, en enero de 1907, con Manuel Allendesalazar en el Ministerio de Estado, el embajador inglés constató su intención de continuar la negociación emprendida por los liberales; el nuevo Gobierno español se mostró convencido de

⁶³⁵ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", pp. 92-93.

la necesidad de colaborar con ingleses y franceses mientras preparaba la visita de Estado que el Rey Eduardo VII debería realizar para corresponder a la efectuada en junio de 1905 por Alfonso XIII. De esta manera, las relaciones hispano-británicas durante los primeros meses de 1907 se ven dominadas por dos asuntos que se entremezclan: la negociación del acuerdo propuesto en 1905 por Lansdowne, y la visita de Estado del Rey de Inglaterra. Las dos cuestiones culminaron conjuntamente en abril-mayo. La negociación anglo-española fue relanzada formalmente por Grey el 7 de febrero en una entrevista que sostuvo con el embajador Villaurrutia en la que le recordó la propuesta de Lansdowne de 8 de junio de 1905. Como Villaurrutia se refirió a la propuesta reciente de Jules Cambon, la cuestión quedó planteada desde ese mismo momento en unos términos muy precisos: Grey señaló que la propuesta inglesa era diferente a la francesa, que ellos deseaban un acuerdo bilateral sobre Marruecos y Gibraltar que se comunicaría a París; Villaurrutia señalaba que aunque el Gobierno español deseaba la seguridad de Gibraltar, consideraba difícil que pudiera mencionarlo en un tratado. Grey terminó de precisar la posición de su Gobierno: la propuesta inglesa era distinta de la francesa, precisamente porque quería completar un Acuerdo hispano-francés ya existente y urgía la respuesta española para saber si podía seguir adelante y llevar la cuestión a la reunión del Gabinete⁶³⁶. El embajador español manifestó al Secretario de Estado inglés, después de

⁶³⁶ Ibidem, p. 93.

analizar las dos proposiciones, la de Lansdowne y la de Jules Cambon, que eran semejantes en lo fundamental y lo más indicado sería incluir desde el principio a los tres países en las negociaciones⁶³⁷.

La respuesta española se retrasará a la espera del resultado de la negociación París-Londres. El 14 de febrero el embajador francés en Londres, Paul Cambon, se entrevistó con Grey y le entregó el borrador de acuerdo tripartito que su hermano Jules había redactado y entregado al Gobierno español. El borrador diseñaba tres cláusulas: por la primera los Gobiernos francés, español e inglés mostrarían su acuerdo sobre la necesidad de mantener el statu quo territorial de sus respectivas posesiones marítimas en la cuenca del Mediterráneo y en la parte del Atlántico que baña las costas de Europa y Africa; por la segunda, las tres partes se comprometerían a no ceder a ninguna tercera potencia ninguna isla, puerto o punto de las costas de dichas posesiones; por la tercera, las tres partes se comprometerían a actuar conjuntamente en el caso de que una de ellas recibiese una presión en el sentido antes indicado, comunicándolo a los otros dos Gobiernos y prestándose apoyo diplomático para mantener el statu quo territorial. Además de entregar el borrador francés, Paul Cambon defendía la posición de su Gobierno favorable a un acuerdo tripartito señalando la coincidencia en los intereses de las tres partes: si Inglaterra buscaba la seguridad de Gibraltar y

⁶³⁷ ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...'', pp. 220-221.

que las Canarias siguieran siendo españolas, si España deseaba una garantía para el conjunto de sus posesiones, Francia estaba igualmente interesada en que ninguna potencia hostil se instalase en las Baleares y deseaba que Canarias y Fernando Póo siguieran siendo españolas⁶³⁸.

Consciente de las reservas inglesas ante un acuerdo tripartito, Paul Cambon indagó las razones del Foreign Office en una conversación con su Subsecretario. Hardinge mostró su convicción de que un acuerdo de ese tipo tendría la apariencia de una alianza política y que, por lo tanto, irritaría ciertas susceptibilidades; consideraba preferible un acuerdo con la finalidad aparente de salvaguardar la seguridad de Gibraltar; nadie podría objetar nada y Francia dispondría de un acuerdo que garantizaría el mantenimiento del statu quo en Baleares y Canarias. El embajador francés, que entendía que se trataba de evitar las susceptibilidades alemanas, no dudó en afirmar que sería España la que pusiera objeciones a un acuerdo sobre la seguridad de Gibraltar. Quedaba así planteado el principal problema de la negociación: encontrar una fórmula que satisficiera a España y no irritara a Alemania⁶³⁹.

El problema, por supuesto, residía en el alcance del posible compromiso: en modo alguno debía irse al extremo de una alianza militar ni de carácter ofensivo. Incluso debía eliminarse de aquel la palabra garantía. Se trataría de fijar una mecánica de consultas entre los tres Gobiernos,

⁶³⁸ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", pp. 93-94.

⁶³⁹ Ibidem, p. 94.

para asegurar la salvaguardia del statu quo, en caso de acción agresiva o presión de terceras potencias. Y tal había de ser la fórmula adoptada, en efecto, en el texto fijado en Cartagena⁶⁴⁰.

El 16 de marzo de 1907, antes de que el Gobierno Maura contestase formalmente a la propuesta británica de acuerdo bilateral, se produjo una intervención personal del Rey de España con una propuesta distinta de la que venía contemplando el Gobierno de la Nación que, de manera indirecta, se había mostrado conforme con el planteamiento general del borrador realizado por Jules Cambon. La intervención de Alfonso XIII tuvo lugar en el marco de la audiencia concedida ese día al embajador de Inglaterra con el conocido objeto de culminar la preparación de la inmediata visita de los Reyes británicos Eduardo y Alejandra. Alfonso XIII aprovechó la ocasión para informar a Inglaterra de sus proyectos para la reconstrucción del Ejército y la Armada y de sus opiniones a propósito del tipo de alianza que necesitaba España. El Rey deseaba prestar mucha atención a la defensa de las costas y a la fortificación de los puertos: Ferrol, Cartagena y Mahón particularmente, y después de esbozar un ambicioso programa de reconstrucción militar. Alfonso XIII comenzó a hablar de la propuesta de Jules Cambon señalando que no estaba completamente de acuerdo con el proyecto: una garantía mutua como la propuesta arrastraría a la guerra a España si cualquiera de las otras dos partes se veía envuelta en ella,

⁶⁴⁰ SECO SERRANO, La España..., p. 241

y España no era lo suficientemente fuerte para hacer frente a esa contingencia. El Rey se mostraba más inclinado en favor de un acuerdo únicamente con Inglaterra por el cual este país tendría, en tiempo de guerra, libertad para usar los puertos y arsenales españoles a cambio del compromiso de defender las costas españolas de un ataque de cualquier otra potencia. Las ideas fundamentales expuestas por el Rey español eran las siguientes: primero, el Rey de España tenía proyectos para rehabilitar el Ejército y la Marina; segundo, el Rey se oponía al acuerdo tripartito sugerido por Jules Cambon no deseando la participación francesa; tercero, el Rey hacía una contrapropuesta de acuerdo hispano-inglés para que, a cambio de libre acceso a los puertos y arsenales españoles en tiempo de guerra, Inglaterra defendiera las costas españolas de cualquier ataque⁶⁴¹.

La esperada respuesta oficial del Gobierno Maura llegó finalmente el 25 de marzo cuando el embajador Villaurrutia visitó a Grey y ratificó el deseo del Gobierno español de estrechar sus relaciones con Inglaterra a la vez que señalaba que no tenía objeciones importantes que oponer al borrador de Jules Cambon⁶⁴². Las negociaciones se iniciaron el 25 de marzo en Londres con el proyecto de Jules Cambon, en el que las tres potencias acordaban mantener el statu quo territorial de sus respectivas posesiones marítimas en el Mediterráneo y en las zonas del Atlántico vecinas a las costas de Europa y Africa. Si alguno de los

⁶⁴¹ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", pp. 95-96.

⁶⁴² Ibidem, p. 96.

Gobiernos comprometidos llegase a tener conocimiento de la pretensión de una cuarta potencia que deseara obtener la cesión u ocupación de alguna parte de estos territorios, éste lo comunicaría a los otros dos con el fin de que ellos le brindasen su apoyo diplomático para mantener intacto su dominio territorial en las regiones mencionadas. Después de ver el proyecto en su conjunto, el embajador español afirmó que en él no se señalaban las medidas que se tomarían para mantener el statu quo. Propuso, por tanto, a Grey, una nueva cláusula en donde se expresara que los tres Gobiernos se comunicarían las medidas que se tomaran para salvaguardar el statu quo de la acción agresiva de una cuarta potencia. Era intención del Gabinete de Madrid colocar a Inglaterra en una posición más comprometida en la defensa de las posesiones y territorios españoles⁶⁴³.

La propuesta oficial del Gobierno español cerraba la fase de preparación del acuerdo y colocaba al Gobierno inglés en condiciones de definir con nitidez su propia posición. El mismo día 25 de marzo, el Subsecretario del Foreign Office Hardinge terminó un Memorándum que recogía los elementos fundamentales de la negociación y preparaba la toma de decisión: la vieja propuesta de Lansdowne ha sido reemplazada por la propuesta de un acuerdo tripartito que buscaba fortalecer a España para rechazar demandas inconvenientes de concesiones de territorio español, para unirla más firmemente a Inglaterra y Francia, y para prevenir que buscara otras alianzas; se sabe que tanto el

⁶⁴³ ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...'', p. 222.

Jefe del Gobierno español como el de la oposición son favorables a dicho acuerdo; la principal objeción inglesa a un acuerdo tripartito se encontraba en la dificultad para mantenerlo secreto ya que si no sería seriamente rechazado por Alemania que lo consideraría dirigido contra ella, aparecería tratando de estrangular la acción política alemana, y podía obrar como una provocación suficiente para llevar a Alemania a tomar alguna medida hostil; además, la idea no parecía gustar al Rey de España, que hizo una contrapropuesta sugiriendo un acuerdo inaceptable por cuanto impondría una obligación muy seria a las fuerzas navales británicas, mientras el uso de los puertos y arsenales españoles necesariamente sería considerado por los demás como un acto de beligerancia española. A la vista de las serias objeciones que presentaban tanto el acuerdo tripartito como la propuesta del Rey de España, y ante la imposibilidad de volver a los planteamientos de Lansdowne, Hardinge establecía la disyuntiva en la que se encontraba la diplomacia británica: o se desinteresaba del asunto dejando que se hundiera, o reducía el acuerdo a un simple cambio de Notas entre los Gobiernos inglés y español por el que se pusiesen de acuerdo en no ceder sus islas y puertos sin consultarse mutuamente. Por último, Hardinge apuntaba las ventajas de la segunda opción: posiblemente sería igualmente eficaz, no entrañaría nuevas obligaciones para Inglaterra, y Alemania no tendría razones para protestar. Sobre esta base Hardinge redacta la nota para ser intercambiada con el Gobierno español incorporando las objeciones presentadas

verbalmente por Villaurrutia el 27 de marzo. De esta manera, el 28 de marzo tenía completamente formulada su propuesta y definida la estrategia de su negociación final: el mismo Hardinge aprovechó la visita de Estado de Eduardo VII para convencer directamente a Maura de las ventajas de la solución ofrecida⁶⁴⁴.

Para Inglaterra no se trataba sólo de convencer al Gobierno español, además tenía que convencer al Gobierno francés para que, renunciando a su propia propuesta, aceptase entrar en los planteamientos de un intercambio de Notas. La ausencia de Paul Cambon obligó a Grey a utilizar exclusivamente a Bertie, el acuerdo tripartito que deseaban los franceses debería ser conocido por el Parlamento y allí, sin lugar a dudas, se preguntaría al Gobierno si el acuerdo mejoraba la seguridad de Gibraltar, el Gobierno español no quería mencionar Gibraltar y el Gobierno inglés no podía enviar al Parlamento un acuerdo con España que no lo mencionase, por esta razón era mejor un intercambio de Notas que pudiesen publicarse sin provocar demasiadas preguntas. Por lo tanto, Grey instruyó a Bertie para que sugiriese la conveniencia de que Notas similares fueran intercambiadas también entre París y Madrid ofreciendo la seguridad suplementaria de la comunicación y consulta Londres-París. El embajador inglés en París no tardó en cumplir el encargo y el 6 de abril se entrevista con Pichon, Ministro francés de Asuntos Exteriores, quien, a reservas de lo que pudiera opinar el Jefe del Gobierno Clemenceau, se mostró conforme

⁶⁴⁴ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", p. 97.

con los planteamientos británicos. El 7 de abril Clemenceau dio su visto bueno en la confianza de que la negociación hispano-inglesa concluyese satisfactoriamente en pocos días, cualquier retraso podía animar a Alemania a intentar un acuerdo con España⁶⁴⁵.

Hubo dos actos en la tramitación de los Acuerdos anglo-hispano-franceses. El primero, la jornada solemne de las entrevistas regias; el segundo, la firma de los textos definitivos⁶⁴⁶. La visita de Estado que el Rey Eduardo VII debía realizar a España en devolución de la efectuada por el Rey Alfonso XIII en junio de 1905, no se celebró hasta abril de 1907. El deseo de que se realizase lo antes posible, deseo repetidamente expresado por el Rey y Gobierno español de turno, tuvo en contra el temor del Gobierno británico a que un atentado ensangrentara la comitiva real tal y como ocurrió en mayo de 1906 con el cortejo nupcial de Alfonso XIII. Los repetidos atentados anarquistas durante ese año reafirmaban al Gobierno británico en su decisión de no autorizar la visita del Rey a Madrid proponiendo, en su lugar, una visita naval a Cádiz, donde llegaría el yate real acompañado de parte de la flota del Mediterráneo, y donde se establecería un protocolo según el cual todos los actos de la visita se realizarían sobre los barcos para facilitar el control de la seguridad. Mientras el Ministro de Estado Pérez Caballero objetaba que una visita naval no podía ser considerada como una visita a la capital del Estado, y se

⁶⁴⁵ Ibidem, p. 98.

⁶⁴⁶ SECO SERRANO, La España..., pp. 241-242.

resiste a aceptar el cambio introducido por los ingleses, Alfonso XIII se muestra desde el primer momento, 12 de enero de 1907, satisfecho con la propuesta valorando positivamente no sólo la inmediata realización de una visita que sería vista como manifestación de un apoyo británico, sino también las posibilidades propagandísticas de una visita naval; como señala Bunsen, embajador inglés en Madrid, el Rey pensó que la visita causaría muy buena impresión: a los españoles les gusta la pompa y la ceremonia, la flota creará un gran efecto sobre el país. El Rey no introdujo más que un retoque que fue aceptado: Cádiz está demasiado cerca de Tánger, Cartagena es mejor escenario. La visita tendría lugar los días 8 y 9 de abril de 1907 y constituirá un magnífico espectáculo y la ocasión para el encuentro político que da vía libre al intercambio de Notas de 16 de mayo. Para la engalanada Cartagena todo comenzó a primera hora de la mañana del lunes 8 de abril con la llegada en tren de la comitiva española. Acompañaban al Rey su madre la Reina María Cristina y su cuñado el Infante Fernando de Baviera. El Gobierno estaba representado por su Presidente Antonio Maura y los Ministros de Estado Allendesalazar y de Marina almirante Ferrándiz, a los que se añadían el embajador de España en Londres, Villaurrutia y el embajador de Inglaterra en Madrid, Bunsen. Las ceremonias de embarque culminaron con la llegada del Rey Alfonso XIII al yate real Giralda en el que saldría, mar adentro, al encuentro de sus huéspedes. En el yate real Victoria Albert viajaba el Rey Eduardo, con su esposa la Reina Alejandra y su hija la Princesa Victoria

acompañados por el Subsecretario permanente del Foreign Office Hardinge⁶⁴⁷.

De la misma manera que la visita de Alfonso XIII a Londres fue la ocasión para la presentación de la primera propuesta británica, la visita de Eduardo VII a Cartagena tuvo lugar a lo largo de tres entrevistas. Durante la tarde del día 8, Hardinge, acompañado de Bunsen, se entrevistó, a bordo del Giralda, con Allendesalazar y Villaurrutia con objeto de entregar formalmente al Gobierno español el texto en inglés y francés, de la nota que proponen; durante la visita, tanto Hardinge como Allendesalazar expusieron los principales puntos de vista de los respectivos Gobiernos constatando las diferencias: el Ministro español consideraba que el acuerdo tripartito expresaría mejor la deseada cooperación con Inglaterra y Francia mientras que el intercambio de Notas no impediría la participación de una cuarta potencia y, con ello, la pérdida del efecto moral del acuerdo; por su parte el representante del Foreign Office defendía su propuesta señalando que podría mantenerse fuera del Parlamento y ninguna potencia lo podría considerar como acto inamistoso. Durante la gala a bordo de la Numancia, Hardinge habló con el Rey Alfonso y con el Presidente Maura exponiéndoles los puntos de vista británicos y urgiéndoles la respuesta. Por último durante la tarde del día 9 se celebró una nueva reunión en el Giralda entre Maura, a quien acompañaba Allendesalazar y Villaurrutia, y Hardinge, a quien acompañaba Bunsen; a lo largo de la reunión, el

⁶⁴⁷ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", pp. 98-99.

Presidente español, después de repetir que hubiese preferido un acuerdo tripartito como el que sugirió Jules Cambon, aceptó la fórmula británica apreciando el valor de las objeciones parlamentarias a un acuerdo secreto, y de las objeciones políticas a un acuerdo que pudiese ser visto por Alemania como una coacción inamistosa; Maura aceptó la fórmula contando con la aceptación francesa de un intercambio de Notas similar, pidió algo de tiempo para reflexionar sobre los extremos de su redacción, y se mostró partidario de que tanto las Notas anglo-españolas como las hispano-francesas fueran idénticas e intercambiadas el mismo día para establecer una clara conexión entre las dos series⁶⁴⁸.

A partir de este momento la negociación anglo-española se puede dar por concluida. A partir de aquí la negociación se trasladó a París donde, sin pérdida de tiempo, Bertie buscó no tanto el acuerdo francés con la fórmula del intercambio de la nota redactada por Hardinge, acuerdo obtenido antes de las entrevistas de Cartagena, sino la aceptación por parte del Gobierno Clemenceau de otro intercambio de Notas idénticas entre Madrid y París, la condición fundamental puesta por Maura en su aceptación de la fórmula inglesa⁶⁴⁹.

Bertie entregó a Clemenceau copias de los textos en inglés y francés de las Notas que estaban propuestas para ser intercambiadas entre los Gobiernos británico y español.

⁶⁴⁸ DE LA TORRE DEL RIO, "Los acuerdos...", p. 100.

⁶⁴⁹ Ibidem.

El embajador británico preguntó a Clemenceau si él se uniría a los términos de las Notas que le comunicó y si autorizaría al embajador francés en Madrid a hacer un intercambio de Notas idénticas con el Ministro de Estado español. Clemenceau leyó el texto francés y dijo que aunque hubiera preferido un acuerdo tripartito, consideraba que el propuesto intercambio de Notas respondería al proyecto en vista. Por esto, él aceptó la propuesta en favor del Gobierno francés y las instrucciones necesarias serían enviadas al embajador francés en Madrid para efectuar un idéntico intercambio de Notas con el Gobierno español⁶⁵⁰.

El 17 de abril Bertie se entrevistó con Pichon, Ministro de Estado francés. El Gobierno de Francia sentía que Grey objetara que el acuerdo fuera de forma tripartita. Cambon retornaría a Londres para redactar las Notas, cuya forma de acuerdo el Gobierno francés aceptaría si Grey no seguía objetando la forma tripartita. El Ministro de Estado dijo que él suponía y esperaba que el intercambio de Notas fuera guardado en secreto⁶⁵¹.

El 18 de abril llegó Paul Cambon a Londres con el encargo de insistir cerca de aquel Gobierno sobre la ventaja de hacer un solo convenio suscrito por las tres potencias⁶⁵². Cambon preguntó a Grey el motivo por el cual

⁶⁵⁰ BD. Vol. VII. Documento Nº 28. Bertie a Grey. París, 11-abril-1907.

⁶⁵¹ Ibidem. Documento Nº 30. Bertie a Grey. París, 17-abril-1906.

⁶⁵² AMAE. H. Legajo 1536. Correspondencia con Francia. Años 1907-1911. León y Castillo a Manuel Allendesalazar y Muñoz de Salazar, Ministro de Estado de España. París, 17-

los ingleses preferían un intercambio de Notas a un acuerdo tripartito, a lo que Grey respondió que ellos tendrían que publicar cualquier acuerdo que hicieran, y si éste tenía la forma del tratado tripartito original propuesto por Francia, Grey sería preguntado en la Cámara de los Comunes sobre Gibraltar y el propuesto intercambio de Notas provocaría menos cuestiones. Finalmente Cambon se puso de acuerdo con el Foreign Office, aceptando que hubiera dos convenios, en vez de uno como Francia deseaba⁶⁵³.

En una entrevista que mantuvo León y Castillo con el Ministro de Negocios Extranjeros francés, éste le dio a conocer que si el Gobierno británico se oponía a la propuesta francesa, Francia aceptaría lo propuesto por el Foreign Office. León y Castillo, por su parte, le hizo saber que España ya lo había aceptado en Cartagena, asegurándole que el efecto práctico para España era el mismo con un solo acuerdo que con dos⁶⁵⁴. León y Castillo también comunicó al embajador de Inglaterra que España en un principio se inclinó por un convenio tripartito, pero que en vista de los reparos del Gabinete británico, la idea de dos acuerdos simultáneos quedó aceptada por España en Cartagena⁶⁵⁵.

abril-1907.

⁶⁵³ BD. Vol. VII. Documento N° 32. Grey a Bertie. Foreign Office, 19-abril-1907.

⁶⁵⁴ AMAE. H. Legajo 1536. Correspondencia con Francia. Años 1907-1911. León y Castillo a Allendesalazar. París, 19-abril-1907.

⁶⁵⁵ AGA. S. AE. IDD. N° 95. Correspondencia Embajada de España en París. Años 1825-1940. C. 5871. T. 700. León y Castillo a Allendesalazar. París, 21-abril-1907.

Aunque las lamentaciones francesas por la oposición británica al acuerdo tripartito retrasaron unos días la conclusión de la negociación, las reacciones alemanas a la visita de Eduardo VII a Cartagena volvieron a poner sobre el tapete los riesgos que se intentaban anular. La prensa alemana se había mostrado unánime en su valoración de la visita real considerando que suponía la constatación de un alejamiento hispano-alemán que se relacionaba, tanto con la posición española en la Conferencia de La Haya, como los rumores sobre el apoyo financiero inglés para la reconstrucción de la flota española; y ante el peligro de una intempestiva acción de la diplomacia alemana sobre el Gobierno de Madrid, el Gobierno francés se apresuró a concluir la negociación en marcha para poner a los alemanes ante hechos consumados. Este tramo final de la negociación anglo-francesa tenía por objeto perfilar la comunicación entre Londres y París del respectivo intercambio de Notas con Madrid, algo que en su momento ofreció Grey al Gobierno francés y que ahora solicitaba formalmente Paul Cambon. Grey no deseaba que la Nota intercambiada con los franceses fuera similar a la que intercambiará con los españoles y, en su lugar, propone un intercambio de declaraciones verbales con el embajador francés en Londres dando reconocimiento al intercambio de Notas de ambas partes con España, con seguridades similares a las contenidas en ellas⁶⁵⁶.

El 16 de mayo de 1907, el Gobierno conservador de Maura entregaba, a través de su embajador en Londres

⁶⁵⁶ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", pp. 100-101.

Villaurrutia, y de su embajador en París, León y Castillo, dos Notas idénticas en las que se mostraba su deseo de mantener el statu quo territorial y los derechos de España y Gran Bretaña -o de España y Francia- en el Mediterráneo y en la parte del Atlántico que baña las costas de Europa y Africa; por esta razón, el Gobierno español ponía en conocimiento de los otros dos su firme determinación de conservar intactos los derechos de la Corona española sobre sus posiciones insulares y marítimas situadas en dicha región, y su compromiso de ponerse en comunicación con Londres y París si algo viniese a modificar dicho statu quo territorial, con objeto de concertar, si se juzgaba oportuno, las medidas a tomar en común. Durante la misma y simultánea visita de los embajadores españoles a los Ministerios de Asuntos Exteriores inglés y francés, les fueron entregadas sendas Notas, de contenido idéntico a la que estaban entregando, en las que el Gobierno liberal de Henry Campbell-Bannerman y el Gobierno radical francés de George Clemenceau expresaban los mismos deseos de mantener el statu quo y simétricos compromisos de ponerse en comunicación. El doble intercambio de Notas idénticas, producido en Londres y París, se completaba con un intercambio de comunicaciones verbales, en Londres y en la misma fecha, por las que Francia mostraba a Inglaterra su satisfacción por el acuerdo simultáneo de las dos potencias con España y se comprometía a concertarse con Londres si lo hacía con Madrid; Inglaterra, por su parte, tomaba nota de la comunicación francesa, mostraba su satisfacción por la

identidad de objetivos que las tres partes afirmaban, y se comprometía a ponerse en comunicación con París si tenía que hacerlo con Madrid⁶⁵⁷.

De esta manera, los Acuerdos anglo-hispano-franceses de 16 de mayo de 1907 estaban expresados en el conjunto formado por cuatro Notas de contenido idéntico e intercambio simultáneo que quedó completado por una doble comunicación simultánea también; un conjunto de Notas y comunicaciones verbales a través del cual Inglaterra, España y Francia se manifestaban decididas a mantener el statu quo territorial de la región del Estrecho de Gibraltar, a no ceder ninguno de los territorios que poseían en la zona y a comunicarse la aparición de nuevas circunstancias que pudieran poner en peligro la anterior decisión, con objeto de estudiar la puesta en marcha de medidas comunes. Como este conjunto de declaraciones idénticas y simultáneas tenía lugar en 1907, esto es, una vez diseñado el reparto de zonas de influencia que suponen las Declaraciones y Acuerdos de 1904, y una vez consolidada la Entente anglo-francesa con la crisis marroquí de 1905 y con la Conferencia de Algeciras de 1906, los acuerdos suscritos venían a establecer una garantía mutua entre Madrid, Londres y París para mantener a Alemania al margen del reparto del norte de Africa, para facilitar el cumplimiento del previsto reparto de Marruecos, para consolidar la renuncia española de 1899 a fortificar las sierras de la bahía de Algeciras, añadiendo alguna seguridad mayor al mantenimiento del valor del puerto de

⁶⁵⁷ Ibidem, p. 81.

Gibraltar, pero también venían a cerrar definitivamente el proceso de redistribución colonial que afectó a España en 1898 fortaleciendo la defensa de sus territorios en el eje Baleares-Canarias. España obtuvo esta garantía a un coste mucho menor que el que hubiese supuesto su obtención a finales de 1898; resuelto el antagonismo anglo-francés, antagonismo siempre peligroso para un vecino más débil, España podía encontrar la garantía buscada definiendo su política exterior en armonía con los intereses de la Entente franco-británica⁶⁵⁸.

El secreto de la existencia y contenido de las Notas intercambiadas el 16 de mayo de 1907 duró realmente poco. El 28 de mayo ya tenía Grey razones para suponer que eran conocidas y, de acuerdo con Paul Cambon, se mostraba partidario de hacer una notificación formal a las grandes potencias. El Gobierno español se mostró también partidario de la notificación y los tres Gobiernos diseñaron un procedimiento simultáneo para informar y para utilizar ante las potencias una misma explicación y justificación de los acuerdos. Finalmente optaron por una comunicación simultánea que tuvo lugar el 15 de junio ante los Gobiernos de Roma, Viena, Berlín y San Petersburgo con la entrega de una copia de la Nota intercambiada con España. A las preguntas que pudieran hacer, sobre todo Berlín, a propósito del alcance de los acuerdos, los tres embajadores repetirían las mismas ideas: se trataba, para Francia, de asegurar sus comunicaciones con Argelia y Senegal; para Inglaterra, de asegurar

⁶⁵⁸ Ibidem, pp. 81-82.

Gibraltar; y para España, de mantener sus posesiones del Mediterráneo y Atlántico; en cualquier caso, los embajadores no entraron en una discusión sobre el statu quo del Mediterráneo⁶⁵⁹.

Gran Bretaña obtuvo el primer objetivo que se había propuesto: concluir un acuerdo con el Gobierno español mediante el cual éste se comprometía a no enajenar a una tercera potencia sus posesiones territoriales e insulares de valor estratégico. Además, al aceptar España conservar y respetar el statu quo territorial del Mediterráneo occidental, renunciaba tácitamente a cualquier reclamación respecto a Gibraltar⁶⁶⁰. Además el Foreign Office daba un paso más en su postura aliancista para neutralizar la política exterior alemana⁶⁶¹.

El Gobierno francés también lograba el objetivo anhelado en las negociaciones: alejar al Gobierno español de la influencia alemana y comprometerlo más estrechamente con la política exterior de Gran Bretaña y Francia. Los Acuerdos Mediterráneos fueron, para el Gobierno de París, el resultado de la diplomacia de Delcassé para ganarse la amistad española mediante una política pirenaica en sus fronteras geográficas y una política marroquí de reconocimiento de los intereses españoles en África⁶⁶².

⁶⁵⁹ Ibidem, pp. 101-102.

⁶⁶⁰ ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...'', pp. 224-225.

⁶⁶¹ MORALES LEZCANO, León y Castillo..., p. 133.

⁶⁶² ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...'', p. 225.

Francia veía también en los Acuerdos de 1907 un medio de garantizar la seguridad de sus relaciones entre Africa del norte y la Metrópoli en caso de que sobreviniera una guerra europea⁶⁶³.

El 25 de junio, el Parlamento español aprobó las Notas relativas al acuerdo al que habían llegado España, Francia e Inglaterra. Tanto la prensa conservadora como los diarios liberales ratificaron esta aprobación⁶⁶⁴. Periódicos como el conservador La Epoca y el liberal El Correo destacaron como motivo de satisfacción la amistad de España con Inglaterra y Francia, que era ventajoso para los tres países⁶⁶⁵. Para La Epoca con la firma de los Acuerdos Mediterráneos España acababa con la anterior política de aislamiento mantenida por los Gobiernos españoles y también alababa el trabajo del Gobierno conservador por la conclusión de estos acuerdos⁶⁶⁶.

Para León y Castillo, aparte de la extraordinaria importancia que representó para España la garantía de sus posesiones africanas y mediterráneas, ese acuerdo indicaba también el avance que en el espacio de unos años habían logrado las relaciones franco-españolas, durante tanto tiempo interrumpidas, desprovistas de toda cordialidad, y en ocasiones, desagradables⁶⁶⁷.

⁶⁶³ MOUSSET, La política..., pp. 181-182.

⁶⁶⁴ Ibidem, p. 181.

⁶⁶⁵ La Epoca, 20-junio-1907, El Correo, 17-junio-1907.

⁶⁶⁶ La Epoca, 20-junio-1907.

⁶⁶⁷ LEON Y CASTILLO, Mis tiempos, p. 240.

Para España los Acuerdos Mediterráneos eran una definición y una garantía. Significaban la definición de la política exterior española en el marco de la Entente franco-británica y proporcionaban una garantía exterior a los intereses españoles de la zona del Estrecho⁶⁶⁸. Francia era ya la aliada natural de España en Marruecos, en virtud de la posición hegemónica que ocupaban los franceses en ese país. Ahora bien, España había contado con Gran Bretaña precisamente para frenar las ambiciones de Francia y resguardar su propia esfera de influencia marroquí. Convenía a los intereses británicos en el Mediterráneo el que la costa del Rif permaneciese en manos de España, siendo ésta una potencia de segundo orden. Los Acuerdos Mediterráneos transcendían el marco de la problemática marroquí, brindando a España mayor seguridad en sus posesiones insulares y garantizándole sus derechos territoriales. La importancia geopolítica y militar de esas posesiones las habían convertido en presa codiciada por las grandes potencias. En este sentido, los políticos españoles apreciaban en su justo valor el acuerdo con Gran Bretaña, en la que se podía confiar, más que en Francia, para defender las dilatadas costas peninsulares y sus posesiones mediterráneas y atlánticas. España entraba en el concierto de las alianzas y de los acuerdos europeos flanqueada por Gran Bretaña y Francia. La comunidad de intereses de las tres potencias mediterráneas las situaba en una posición unitaria en la defensa del statu quo territorial. Con su personalidad

⁶⁶⁸ DE LA TORRE DEL RIO, "Los Acuerdos...", p. 103.

internacional bien definida, España abandonaba los últimos vestigios de la Triple Alianza. Las posturas ambiguas y las indecisiones eran ya cosa del pasado. Los Acuerdos Mediterráneos coincidían con otra de las líneas maestras de la política exterior de España, la que regía en su frontera occidental. Siendo Portugal aliada de Gran Bretaña, se alejaba el peligro de un contencioso con el Gobierno portugués⁶⁶⁹.

Cerrado el proceso de redistribución colonial de los años noventa, una nueva situación internacional más clara, permitirá a España reconducir su política exterior, lejos de la línea seguida durante la Restauración, en el cuadro que le proporciona la Entente franco-británica, en la dirección que conduce a las Acuerdos de Cartagena de 1907⁶⁷⁰. El año 1904 es el de la adhesión de España a la Entente franco-británica; 1907 es el año de los Acuerdos mediterráneos o de Cartagena. Como afirma Jover, si el primer acontecimiento significa, pese a sus aspectos decepcionantes, el fin del peligroso aislamiento en que se encontraba España tras el 98, los Acuerdos de 1907 significan un perfeccionamiento de aquel jalón diplomático, y ello en un doble sentido. Por una parte, en los Acuerdos de Cartagena no hay una mera adhesión, en calidad de potencia secundaria, a un acuerdo negociado entre grandes potencias; sino un acuerdo à trois que cubre las efectivas

⁶⁶⁹ ROSAS LEDESMA, "Las ``Declaraciones...''", pp. 225-226.

⁶⁷⁰ DE LA TORRE DEL RIO, "Entre 1898-1914...", p. 10.

desigualdades de poder con unos instrumentos y una formalización cuidadosamente igualitarios. No hay tampoco esa asimetría que, en la adhesión de España a la Entente manifiesta el vínculo de España con esta última a través de Francia, sin relación directa e inmediata con Gran Bretaña⁶⁷¹. Con la conclusión de los Acuerdos de Cartagena España dispone de una política exterior definida: había quedado política y jurídicamente inserta en el concierto internacional, había orientado su política exterior en el marco previamente establecido por las potencias de Europa occidental, había definido unos intereses y había aceptado unos determinados entendimientos externos y unos determinados instrumentos diplomáticos con los que había considerado que podía preservarlos⁶⁷².

Para Villaurrutia con los Acuerdos de Cartagena España mantuvo la orientación de la política exterior iniciada unos años atrás. Cuando Francia e Inglaterra se entendieron y firmaron, el 8 de abril de 1904, el Acuerdo sobre Egipto y Marruecos España hubo forzosamente de adherirse y entablar negociaciones con Francia, que dieron por resultado el Tratado de 3 de octubre de aquel año. Unidas por cordial inteligencia, y después por estrecha alianza, las dos grandes potencias, a cuya rivalidad debía España sus seculares desventuras internacionales, parecía llegado el momento de que pudiera España gozar de paz y permitirse el lujo de tener una política exterior, basada

⁶⁷¹ JOVER ZAMORA, La España..., pp. CXV-CXVI.

⁶⁷² DE LA TORRE DEL RIO, "Entre 1898-1914...", pp. 16-17.

sobre una también cordial inteligencia con las dos naciones con quienes sus intereses la ligaban. El Tratado de 3 de octubre, con todas las timideces de un ensayo, fue el primer paso de aproximación a Francia. El segundo paso, más firme y más resuelto en este camino, lo dio el Rey en su primer viaje oficial a Londres en 1905. Vino después la Conferencia de Algeciras, en que no consiguió Alemania romper la inteligencia hispano-franco-inglesa. Y el Gabinete que presidió Maura en 1907, mantuvo, con los Acuerdos de Cartagena, la orientación de la política exterior española⁶⁷³.

Hipólito de la Torre⁶⁷⁴ destaca el verdadero carácter de la política exterior española: carácter defensivo y pasivo, que se atiene al reconocimiento de la dependencia del país, histórica dependencia ya, respecto de la acción preponderante franco-británica en el área. Madrid ha perfilado unos centros de interés vital relacionados con el exterior, pero su índole es conservadora, negativa, puesto que se trata de garantizar lo que ya se posee, tiene un innegable color dependiente de la órbita de Londres y París, porque en realidad es la supremacía efectiva de estos países el principal factor de garantía en el mantenimiento del statu quo; conocida la hegemonía occidental de las potencias británica y francesa, no le era posible al Gobierno español cualquier iniciativa al margen, y mucho

⁶⁷³ RAMIREZ DE VILLAUTIA, Wenceslao, Palique diplomático. Recuerdos de un embajador, Francisco Beltrán, Madrid, 1928. PP. 82-83.

⁶⁷⁴ DE LA TORRE GOMEZ, "El destino...", pp. 9-22.

menos en contra, de los intereses preponderantes de Londres y París en la zona. Los pasos de la inserción de Madrid en el bloque occidental resultan movidos por coyunturas y estímulos exteriores. Es el planteamiento por las Cancillerías europeas de la cuestión de Marruecos, amenazando con desarticular el statu quo de una zona en donde no interesan en principio modificaciones a España, lo que pone en actividad la política exterior de Madrid. Es concretamente la iniciativa de Francia (1902) y sobre todo de Inglaterra (desde 1904), temerosa de ver la potencia francesa dominando íntegramente el sur del Estrecho, las que abren las puertas a la coparticipación española en el norte de Africa. Es también la iniciativa de esas potencias para tornar a España en un Estado-tapón del expansionismo germánico en el área atlántico-mediterránea, la que impulsa la firma de los Acuerdos de Cartagena. Con todo, Hipólito de la Torre reconoce que a la altura de 1907 la situación internacional de España era moderadamente positiva y hasta esperanzadora, máxime a la vista de los tan próximos antecedentes del Desastre. Ahora había unos compromisos y unas vinculaciones exteriores y, por tanto, una garantía de que el 98 no volvería a repetirse⁶⁷⁵.

⁶⁷⁵ Ibidem, pp. 12-13.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

El trabajo sobre la política exterior de España que se presenta a la consideración de la Comisión encargada de juzgarlo abarca el período de tiempo que va desde la firma del Tratado de París de 1898 al intercambio de Notas de 1907. Sobre la base de la bibliografía existente se advertía que se trataba de un período histórico que encontraba su coherencia como objeto de estudio en la valoración de las Notas de 1907 como los acuerdos internacionales que cerraron la gravísima crisis abierta en la orientación de la política exterior española de los veinte años anteriores a 1898. Entre 1898 y 1907, la España profundamente debilitada que había sido objeto de una redistribución colonial cuyos límites no terminaban de concretarse, reorientaría su política exterior para inscribirse, como hizo en 1834, en el marco de una entente franco-británica, esta vez sobre la base de su participación en un reparto de Marruecos que excluía a Alemania. Aparentemente todo un éxito para una época "imperialista": de objeto de una redistribución que beneficiaba a otros, a beneficiario de la redistribución de Marruecos.

Si bien la bibliografía permitía plantear el estudio sobre bases pre-existentes, la discontinuidad de los objetivos, fuentes y métodos de los trabajos existentes parecía aconsejar el estudio de la "línea maestra" en la que se hacían evidentes todos los componentes de la política exterior de la España de aquellos años: una serie de

compromisos internacionales en los que se quiere racionalizar una política teóricamente más consciente de los intereses nacionales y de los límites que les imponía la nueva situación internacional.

A través del estudio de la serie de compromisos internacionales que firma España entre 1898 y 1907 se han podido abordar una serie de objetivos: en primer lugar se trataba de conocer la bibliografía existente y trabajar con la documentación del Archivo General de la Administración, del Ministerio de Estado, del Archivo de Palacio y del Archivo del Servicio Histórico Militar, así como con el Diario de Sesiones e las Cortes españolas (Congreso de los Diputados y Senado) y Documentos Diplomáticos españoles (Libros Rojos) y Documentos Británicos; en segundo lugar se trataba de establecer los condicionantes básicos de la política exterior española; en tercer lugar se trataba de analizar la negociación y los contenidos de los tratados internacionales para empezar a delimitar no sólo qué ideas, percepciones, objetivos, estrategias diplomáticas, resultados y valoraciones públicas tuvieron las acciones del Ministerio de Estado, sino también y sobre todo qué debilidades tuvo una política exterior que concentraba sus objetivos en una zona en la que los intereses franco-británicos eran preponderantes.

Tras el Desastre del 98 la estructura territorial de España cambió ya que se consumó la pérdida de su Imperio colonial en el Caribe y en el Pacífico. Se desconocía el alcance definitivo que podía tener esta pérdida, ya que se

temía por el futuro de las posesiones que a España le quedaban: Baleares, Canarias y sus posesiones africanas. En el ámbito internacional España quedaba relegada a un plano muy secundario

España quedó aislada tras la pérdida de sus colonias del Caribe y del Pacífico, desde entonces los objetivos de la política exterior española se bifurcarán en dos direcciones: por una parte, España se centrará en Marruecos para resarcirse de la pérdida de sus colonias en el 98 y también como único medio posible de defender su territorio nacional, y, por otra parte, se centrará en la búsqueda de una garantía exterior tanto para el territorio nacional como para sus posesiones en Africa, centrándose en el mantenimiento del statu quo de la zona del Estrecho. Estos objetivos se verán cumplidos el primero, referente a Marruecos, con los Acuerdos de 1904, el segundo con la firma de los Acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907, por los que España obtendrá la tan ansiada garantía exterior al vincularse con Francia e Inglaterra.

A través de los Tratados firmados en este período, España se incorporó al concierto de las potencias europeas, como potencia de segunda fila. España firmó dos Tratados de cesión con los que se consumaba el fin del Imperio colonial español en el Pacífico: la cesión a Alemania de las islas Carolinas, Marianas y Palaos (1899) y la cesión de Sibutú y Cagayán de Joló a Estados Unidos (1900). Eran estos unos territorios que estaban lejos de la Península, que hubiera sido muy difícil mantenerlos, y para evitar perderlos como

Cuba y Filipinas, el Gobierno español optó por su venta.

Una vez desaparecidos los restos de su Imperio colonial en América y el Pacífico, España se orientó hacia Africa para resarcirse de esta pérdida. Intentó recuperar en Africa el prestigio perdido con el Desastre del 98. La cuestión marroquí fue el centro de atención de la política exterior española. Las relaciones que España mantuvo con los países europeos estuvieron siempre en relación con los intereses españoles en Marruecos, de ahí que España se acercara a Francia y Gran Bretaña, que eran los otros dos países que tenían intereses en Marruecos.

Durante este período España negoció tres Tratados referentes a Africa: en 1900 el Tratado de límites en Africa occidental, por el que quedaron fijados los límites de las posesiones españolas (Guinea y Río de Oro) y francesas en una zona donde se venían produciendo conflictos entre ambos países, y los de 1902 y 1904 referentes a Marruecos. Liberales y conservadores centraron la política exterior española en Marruecos. La política que a España le interesaba en Marruecos era el mantenimiento del statu quo, que todo siguiera como estaba, defendiendo la integridad territorial del Imperio y la soberanía del Sultán. Esta era la única política que podía llevar a cabo, ya que España tras el Desastre no dejaba de ser un Estado débil, y no hubiera podido hacer nada si el statu quo se hubiera alterado. En este período, España cumplió el que parece el objetivo primordial de su política exterior: no ser marginada en Marruecos, ya que Marruecos se veía como una

pieza importante para la defensa nacional: si otra potencia se hubiera situado al sur de España, la nueva situación podía tener implicaciones peligrosas para la defensa del territorio nacional.

El problema de la política exterior, para los Gobiernos españoles aparecía, tras el 98, dominado por la postración y la soledad internacional: un problema mucho más insoluble, para los Gobiernos que el problema de la reconstrucción interna del país. Al porvenir de España no le quedaba más que un horizonte abierto, aun cuando aparecía también casi cerrado para siempre: Africa. España firmó con Francia en 1900 el Tratado de límites de las posesiones españolas y francesas en la costa occidental de Africa. En este Tratado consideraban que estaba la raíz, la iniciación del desenvolvimiento de los futuros destinos de España en Africa. Suponían que España obtenía una participación privilegiada, con la que al encontrar unos dominios hallaba también el rango de nación colonial en el continente africano.

Los Gobiernos correspondientes consideraron que ese período representaba, por su importancia y trascendencia, una nueva etapa en la propia existencia de España, que reconquistaba una situación internacional que había perdido, orientando las energías nacionales hacia un porvenir de horizontes menos sombríos. Lo importante fue el momento y las circunstancias en que se realizaron las negociaciones. Tuvieron éstas lugar en el momento en que la fuerza moral y material de España se hallaba gravemente

quebrantada. Las últimas guerras coloniales habían agotado casi todas las energías del país en hombres y dinero; el Desastre después de la guerra con Estados Unidos y la pérdida del Imperio ultramarino había asestado un duro golpe al prestigio de España en Europa. Sin embargo, todas esas desfavorables condiciones en que tenía que moverse la acción diplomática española, no fueron un obstáculo a que, por primera vez tras largos años de continuas pérdidas territoriales, pudiera España incorporar territorios de gran importancia por su extensión y su situación geográfica.

En 1902, Francia, movida por sus afanes imperialistas sobre Marruecos, pero aun aislada en occidente, buscaba en España obligado socio, ofreciendo a Madrid un acuerdo de reparto de influencias. Sin embargo, en esta primera ocasión el proyecto no pasará adelante, porque el enfrentamiento entre París y Londres inmoviliza al Gobierno español, bastante consciente de los imperativos de una antigua, doble e indisociable dependencia. Pero la desinteligencia franco-británica durará ya poco y en abril de 1904, la liquidación entre París y Londres del contencioso colonial sobre Marruecos y Egipto, que, además da nacimiento a la llamada Entente Cordiale, eliminará los obstáculos que en la perspectiva de Madrid se habían interpuesto para asumir una parte de los proyectos imperialistas franceses sobre Marruecos, máxime, cuando en el Acuerdo franco-inglés se contemplaba, por iniciativa de Londres, el reconocimiento de los derechos españoles sobre la zona. De esta forma, en octubre del mismo año, negocian

Francia y España un primer Tratado de reparto marroquí, que ahora, si llegará a buen término. Además del estricto contenido colonial del Acuerdo, también revestirá éste, igual que el franco-británico, un innegable alcance político al colocar la orientación exterior española en el marco de la Entente occidental.

A partir de este momento, la vinculación de España a la Entente no hará sino fortalecerse: demuestra su solidaridad occidentalista en la Conferencia de Algeciras (1906), provocada por la primera embestida alemana sobre Marruecos (Tánger, 1905), que ha estado motivado no tanto por objetivos colonialistas, como por el móvil político de intentar dinamitar la reciente amistad franco-británica y rematará esa soldadura con París y Londres en 1907. El intercambio de Notas del 16 de mayo de ese año teje el concierto de una garantía recíproca hispano-franco-británica para el mantenimiento del statu quo territorial en las respectivas posesiones ribereñas del Mediterráneo y del Atlántico euro-africano. La iniciativa de este compromiso no procedió de España, sino, independientemente, de Londres y París y el objetivo perseguido por ambas potencias fue el de evitar el riesgo previsible de ver instalada a Alemania en zonas neurálgicas de la estrategia atlántico-mediterránea (Balears, Marruecos, Canarias), lo que, efectivamente, podría llegar a producirse, si, falta de apoyo exterior, la endeblez española viniese a quedar sola ante la presión germánica en la región. Además, mediante este compromiso, se aseguraba Inglaterra que el sur del Estrecho no acabaría en

manos de una gran potencia, peligro no sólo referido a Alemania, sino también a Francia, y en fin, de forma indirecta, se obtenía una garantía española a favor de la seguridad de Gibraltar.

Después del Desastre, dada su situación a fines del siglo pasado y principios del actual, España necesitaba, ante todo, incorporarse a la vida europea. Era indispensable para España tener una política internacional. A la altura de 1907 España tenía una política internacional, política de inteligencias cordiales con Francia e Inglaterra en general, con acuerdos concretos para cada caso. Esta política tenía, sin duda, también deficiencias; pero si no evitaba, sí sorteaba compromisos y, en todo caso, ofrecía garantías. España salió del aislamiento y tomó participación en la vida de las naciones europeas concertando inteligencias con Francia y Gran Bretaña.

De esta forma, a la altura de 1907 España quedaba política y jurídicamente inserta en el concierto internacional, enmarcando su orientación exterior dentro de la órbita de las potencias occidentales. Había asumido la plena conciencia de unos intereses y había aceptado unos entendimientos externos y una instrumentación diplomática como más adecuados a la preservación de aquellos. Tenía, por tanto, una determinada política exterior.

Concluyendo se puede decir que la política exterior española, a pesar de lo que muchos autores afirman, tuvo coherencia en este período. Esta coherencia fue difícil de mantener debido a las particularidades de la política

española y a los múltiples cambios de Gobierno. La política exterior española, tras el Desastre del 98, tuvo una característica acusada: los dos partidos turnantes en el poder coincidieron en la orientación que dar a la política exterior española. Liberales y conservadores fueron conscientes de que, tras la catástrofe sufrida por España, ésta tenía que salir del aislamiento en que se mantuvo en el pasado y que tan fatales consecuencias produjo al país.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

F U E N T E S Y B I B L I O G R A F I A

FUENTES PRIMARIAS. NO PUBLICADAS

1- ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACION (AGA)

- Sección de Asuntos Exteriores

Marruecos

Instrumento De Descripción Nº 56- Correspondencia
Legación de España en Tánger. 1858-1918.

- Caja 3048. Legajo 69- Sobre la misión del
embajador español Ojeda relativa a la Embajada
Extraordinaria que mantuvo con el Sultán Muley Abd
El Aziz. 1900.

Reino Unido

Instrumento de Descripción Nº 77- Correspondencia
Embajada de España en Londres. 1840-1964.

- Caja 7016. Legajo 181 bis- Marruecos. 1899.
- Caja 7016. Legajo 183- Correspondencia con el
Ministro de Estado. 1900.
- Caja 7023. Legajo 208- Correspondencia con el
Ministro de Estado. 1903.
- Caja 7024. Legajo 212- Política con Marruecos.
1904.
- Caja 7028. Legajo 225- Conferencia internacional
sobre Marruecos. 1906.

Francia

Instrumento de Descripción Nº 95- Correspondencia
Embajada de España en París. 1825-1940.

- Caja 5841. Texto 598- Marruecos. 1901-1904.
- Caja 5846. Texto 617- Marruecos. 1904-1911.
- Caja 5856. Texto 646- Marruecos. 1905-1906.
- Caja 5856. Texto 647- Marruecos. 1904-1905.
- Caja 5864. Texto 675- Marruecos. 1906.
- Caja 5867. Texto 686- Política francesa, internacional y española. 1900-1907.
- Caja 5871. Texto 700- Marruecos. 1907.

- Sección de Africa

Instrumento De Descripción Nº 3- Marruecos y colonias.
Actuación en Marruecos. 1799-1947.

- Caja 41. Expediente 3- Crónica de la Conferencia internacional de Marruecos. 1906.
- Caja 44. Expediente 4- Negociaciones sobre delimitación de esferas de influencia. 1901-1904.

Instrumento De Descripción Nº 4- Plazas y provincias africanas. Actuación en Guinea. 1851-1947.

- Caja 801. Expedientes 1-15. Política exterior colonial. 1840-1902.

Instrumento De Descripción Nº 17- Fondo histórico de Marruecos. 1750-1936.

- Caja 93. Expediente 1- Documentación sobre Marruecos. 1902-1912.
- Caja 103. Expediente 2- Documentación sobre Marruecos. 1897-1899.
- Caja 266. Expediente 2- Revistas de Información Diplomática del Ministerio de Estado. 1905.

2- ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (AMAE)

- Archivo histórico

Correspondencia con Organismos Oficiales. Estado

Legajo 1263- Correspondencia particular del Duque de Almodóvar del Río. 1898-1902.

Legajo 1264- Correspondencia particular de Abarzuza y Allendesalazar. 1902-1909.

Correspondencia con Embajadas y Legaciones

Legajo 1335- Alemania. 1897-1906.

Legajo 1536- Francia. 1907-1911.

Legajo 1582- Gran Bretaña. 1898-1906.

Legajo 1622- Italia. 1895-1901.

Legajo 1623- Italia. 1902-1907.

Legajo 1724- Rusia. 1891-1901.

- Archivo histórico. Política exterior

Legajo 2289- Alemania. 1891-1903.

Legajo 2489- Gibraltar. 1893-1900

Legajo 2738- Circulares. 1903-1905.

- Tratados y Negociaciones

Caja Nº 33- Convenio de Arbitraje entre España y Francia. París, 26-febrero-1904.

Caja Nº 34- Convenio de Arbitraje entre España y Gran Bretaña. Londres, 27-febrero-1904.

Caja Nº 46- Convenio entre España y Francia determinando la extensión de los derechos y la garantía de los intereses de ambos países en el Imperio de Marruecos y fijando las respectivas zonas de influencia en el

mismo Imperio. París, 3-octubre 1904.

- Declaración entre España y Francia relativa a la adhesión de España a la Declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904 reconociendo la integridad absoluta del Imperio marroquí bajo la soberanía del Sultán. París, 3-octubre-1904.

Caja Nº 68- Acta General de la Conferencia internacional reunida para la resolución de los asuntos de Marruecos y Protocolo adicional. Firmado por Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, España, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia, Marruecos, Países Bajos, Portugal, Rusia y Suecia. Algeciras, 7-abril-1906.

Caja Nº 91.2-Acuerdo por Canje de Notas entre los embajadores de España en París y Londres y los Ministros de Negocios Extranjeros de Francia y Gran Bretaña, respectivamente, acerca del mantenimiento del statu quo territorial y de los derechos de las tres Naciones en el Mediterráneo y en la parte del Atlántico que baña las costas de Europa y Africa. Declaraciones canjeadas entre el embajador de Francia en Londres y el Ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña, comunicadas a España sobre el mismo asunto. París, Londres y Madrid, 16-

mayo-1907.

Caja N^o 530-Tratado entre España y Alemania cediendo al Imperio alemán los archipiélagos de Carolinas, Palaos y Marianas excepto la isla de Guam. Madrid, 30-junio-1899.

Caja N^o 559-Convenio entre España y Francia para delimitación de las posesiones de ambos países en el Africa occidental, en la costa del Sahara y Golfo de Guinea. París, 27-junio-1900.

Caja N^o 561-Tratado entre España y los Estados Unidos cediendo aquella a ésta las islas de Cagayán de Joló y Sibutú en el Archipiélago filipino. Washington, 7-noviembre-1900.

3- ARCHIVO DE PALACIO REAL (APR)

- Sección de Mayordomía, Camarería y Secretaría de Sus Majestades.

Asuntos políticos

Política Extranjera

- Caja 4/41- Informes sobre Marruecos. 1899-1902.
- Caja 15828/9- Boletín de Política Exterior. 1903.

Política Nacional

- Cajón 9/15- Cartas de Ministros a la Reina sobre la crisis de Gobierno. 1901.
- Caja 15622/5- Crisis de Gobierno. 1904-1906.

Reinado de alfonso XIII. Marruecos

- Caja 15765/11- Tratado hispano-francés sobre Marruecos. 1904.

-Caja 15766/11- Informe del Agregado Militar de España en París sobre el viaje del Emperador de Alemania a Tánger. 1905.

4- ARCHIVO DEL SERVICIO HISTORICO MILITAR (ASHM)

- Marruecos. 1905-1906

- Rollo 175. Legajo 27. Carpeta 9- Cartas confidenciales de los Agregados Militares en el extranjero.

FUENTES PRIMARIAS. PUBLICADAS**1- DIARIO DE SESIONES DE CORTES: CONGRESO DE LOS DIPUTADOS Y SENADO**

Legislatura de 1898.

Legislatura de 1899.

Legislatura de 1900-1901.

Legislatura de 1901.

Legislatura de 1902.

Legislatura de 1903.

Legislatura de 1904-1905.

Legislatura de 1905-1906.

Legislatura de 1907.

2- DOCUMENTOS BRITANICOS

British Documents on the Origins of the World War. 1898-1914, G.P. GOOCH and H.W. TEMPERLEY eds., London, H.M.S.O., 1927-1932.

- Vol. II- The Anglo-Japanese Alliance and the Franco-Brithish Entente.

- Vol. VII- The Agadir Crisis

3- LIBROS ROJOS

-Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1900 por el Ministro de Estado (Marqués de Aguilar de Campóo). Negociaciones con Francia para el Tratado de límites en la costa occidental de Africa. Madrid. 1900.

-Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1900 por el Ministro de Estado (Marqués de Aguilar de Campóo). Negociaciones de un Tratado de cesión a los Estados Unidos de las islas de Sibutú y Cagayán de Joló. Madrid, 1900.

-Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1905-1906 por el Ministro de Estado (Pío Gullón). Conferencia de Algeciras. Madrid. 1906.

-Un nuevo Libro Rojo sobre Gibraltar. Negociaciones sobre Gibraltar presentadas a las Cortes españolas por el Ministro de Asuntos Exteriores. (Fernando María Castiella). Madrid, 1966.

FUENTES SECUNDARIAS. LIBROS Y ARTICULOS

- ANDREW, Christopher, Théophile Delcassé and the making of the Entente Cordiale: a reappraisal of French Foreign Policy 1898-1905, Macmillan Press, Londres, 1968.
- BARRACLOUGH, G., Introducción a la Historia Contemporánea, Gredos, Madrid, 1971.
- BERRAMDANE, Abdelkhaleq, Le Maroc et l'Occident, Karthala, París, 1987.
- CAMBON, Paul, Correspondance 1870-1924, Vol. II 1898-1911, Bernard Grasset, París, 1940-46, (3 Vols).
- CAMBON, Paul, Lettres...au Président de la République Felix Faure, A. Pedone, París, 1955.
- CAMPOAMOR, José María, La actitud de España en la cuestión de Marruecos, CSIC, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1951.
- CARR, Raymond, España 1808-1939, Ariel, Barcelona, 1983.
- CARRILLO SALCEDO, Juan Antonio, El derecho internacional en perspectiva histórica, Tecnos, Madrid, 1991.
- DALMAU Y DE OLIVART, Ramón (Marqués del Olivart), Tratado y notas de Derecho Internacional Público, Imprenta barcelonesa, Barcelona, 1887-1890.
- ELIZALDE PEREZ-GRUESO, María Dolores, España en el Pacífico: la colonia de las islas Carolinas, 1885-1899, CSIC, Madrid, 1992.
- FIELDHOUSE, D.K., Economía e Imperio. La expansión de Europa 1830-1914, Siglo XXI, Madrid, 1977.
- FIGUEROA, Alvaro de, (Conde de Romanones), Las responsabilidades del Antiguo Régimen 1875-1923,

- Renacimiento, Madrid, 1923.
- GARCIA SANZ, Fernando, Historia de las relaciones entre España e Italia (1890-1914), CSIC, Madrid, 1994.
 - GAY DE MONTELLA, R., Secretos de historia política contemporánea (1870-1914), Surco, Barcelona, 1944.
 - GIRAULT, Rene, Diplomatie européenne et impérialismes 1871-1914, Masson, París, 1979.
 - HERNANDEZ DE HERRERA, Carlos y GARCIA FIGUERAS, Tomás, Acción de España en Marruecos, Imprenta Municipal, Madrid, 1929.
 - JOVER ZAMORA, José María, 1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979.
 - JOVER ZAMORA, José María, Introducción de La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). De los comienzos del reinado a los problemas de la posguerra 1902-1922. Tomo XXXVIII, volumen I de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por él mismo, Espasa-Calpe, Madrid, 1995.
 - JOVER ZAMORA, José María, "La percepción española de los conflictos europeos: notas históricas para su entendimiento". En: Revista de Occidente, Nº 57, febrero 1986, pp. 5-42.
 - KANIA-FORSTNER, D.S., "La expansión francesa en Africa: la teoría mítica". En: OWEN, R. y SUTCLIFFE, B., Estudios sobre la teoría del Imperialismo, Era, México, 1978, pp. 288-305.
 - KENNEDY, Paul, Auge y decadencia de las grandes potencias,

- Plaza y Janés, Barcelona, 1988.
- LANGHORNE, Richard, The collapse of the concert of Europe, Macmillan Press, Londres, 1981.
- LEON Y CASTILLO, Fernando, (Marqués del Muni), Mis tiempos, Tomo II, ed. Cabildo insular de Gran Canaria, 1978.
- LOPEZ CORDON, María Victoria, "España en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907". En: Revista de Estudios Internacionales, Nº 3, julio-septiembre 1982, pp. 703-756.
- MARTINEZ CARRERAS, José Urbano, "La política exterior española durante la Restauración (1875-1931)". En: Las relaciones internacionales en la España contemporánea, Juan Bautista Vilar (ed.), Murcia, 1989, pp. 79-99.
- MARTINEZ CUADRADO, Miguel, Historia de España Alfaguara. Tomo VI: La burguesía conservadora 1874-1931, Alianza, Madrid, 1979.
- MAURA GAMAZO, Gabriel, La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español 1902-1904, Madrid, 1905.
- MCGEOCH, L.A., "British Foreign Policy and the Spanish Corollary to the Anglo-French Agreement of 1904". En: BAKER, H.N. & BROWN, M.L. (eds.), Diplomacy in the age of Nationalism. Essays in Honor of Lynn Marschall Case, La Haya, 1971, pp. 209-222.
- MILZA, Pierre, Les relations internationales de 1871 á 1914, Armand Colin, París, 1968.
- MOMMSEN, W.J., La época del Imperialismo, Siglo XXI, Madrid, 1978.
- MORALES LEZCANO, Víctor, El colonialismo hispano-francés en

- Marruecos 1898-1927, Siglo XXI, Madrid, 1976.
- MORALES LEZCANO, Víctor, León y Castillo embajador 1887-1918, Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, Gran Canaria, 1975.
- MOUSSET, Alberto, La política exterior de España 1873-1918, Biblioteca Nueva, Madrid, 1918.
- PABON, Jesús, "El 98, acontecimiento internacional". En: Días de ayer. Historia e historiadores contemporáneos, Alpha, Barcelona, 1963, pp. 139-195.
- PALACIO ATARD, Vicente, La España del siglo XIX 1808-1898, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.
- RAMIREZ DE VILLAUURUTIA, Wenceslao, Palique diplomático. Recuerdos de un embajador, Francisco Beltrán, Madrid, 1928.
- RAVENTOS Y NOGUER, M.Y OYARZABAL VELARDE, I. de, Colección de textos internacionales, Tomo I, Ed. Bosch Casa Editorial, Barcelona, 1936.
- RENOUVIN, Pierre, Historia de las Relaciones Internacionales. Siglos XIX-XX, Akal, Madrid, 1982.
- ROBERTS, John M., Europa desde 1880 hasta 1945, Aguilar, Madrid, 1980.
- ROLO, P.J.V., Entente Cordiale: the Origins and negotiation of the Anglo-French Agreements of 8 April 1904, Macmillan Press, Londres, 1969.
- ROSAS LEDESMA, Enrique, "Las ``Declaraciones de Cartagena`` (1907): significación en la política exterior de España y repercusiones internacionales". En: Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, Nº 2, Facultad de

Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, 1981, pp. 214-229.

-SALOM COSTA, Julio, España en el sistema europeo de Bismarck (1871-1888), Tesis Doctoral dactilografiada, Tomo II.

-SALOM COSTA, Julio "La Restauración y la política exterior de España". En: Corona y Diplomacia. La Monarquía española en la Historia de las relaciones internacionales, Escuela Diplomática, Madrid, 1988, pp. 137-182.

-SECO SERRANO, Carlos, Alfonso XIII y la crisis de la Restauración, Ariel, Madrid, 1969.

-SECO SERRANO, Carlos, La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). De los comienzos del reinado a los problemas de la posguerra 1902-1922. Tomo XXXVIII, volumen I de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por José María JOVER ZAMORA, Espasa-Calpe, Madrid, 1995.

-SOLE ROMEO, Gloria, "La Conferencia de Algeciras de 1906: una solución europea al conflicto marroquí y a la crisis internacional de 1905". En: Revista de la Universidad Complutense. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Homenaje a Don Jesús Pabón III, volumen XXVIII, Nº 116, Universidad Complutense de Madrid, 1958, pp. 261-279.

-SUTCLIFFE, B., "Imperialismo e industrialización en el Tercer Mundo". En: OWEN, R. & SUTCLIFFE, B., Estudios sobre la teoría del Imperialismo, Era, México, 1978,

pp. 183-204.

- TORRE GOMEZ, Hipólito de la, "El destino de la
''Regeneración'' internacional de España (1898-1918)".
En: Proserpina 1. Relaciones internacionales de España
en el siglo XX, UNED, Mérida, 1984, pp. 9-22.
- TORRE DEL RIO, Rosario de la, "Entre 1898-1914: la
orientación de la política exterior española". En:
Política española y política naval tras el Desastre
(1900-1914), Cuadernos monográficos del Instituto de
Historia y Cultura Naval, Nº 15, Madrid, 1991, pp. 7-
21.
- TORRE DEL RIO, Rosario de la, Inglaterra y España en 1898,
Eudema, Madrid, 1988.
- TORRE DEL RIO, Rosario de la, "La crisis de 1898 y el
problema de la garantía exterior". En: Hispania, XLVI,
Madrid, 1986, PP. 115-164.
- TORRE DEL RIO, Rosario de la, "La prensa madrileña y el
discurso de Lord Salisbury sobre las ''naciones
moribundas'' (Londres, Albert Hall, 4-mayo-1898). En:
Cuadernos de historia Moderna y Contemporánea, VI,
Universidad Complutense, Madrid, 1985, pp. 163-180.
- TORRE DEL RIO, Rosario de la, "Los Acuerdos anglo-hispano-
franceses de 1907: una larga negociación en la estela
del 98". En: Cuadernos de la Escuela Diplomática, 2ª
época, Nº 1, 1988, pp. 81-104.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, Historia de España. Tomo VIII,
Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo
1834-1929, Labor, Barcelona, 1981.

- TUÑÓN DE LARA, Manuel, Historia y realidad del poder, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1973.
- UBIETO, REGLA, JOVER y SECO, Historia de España, Teide, Barcelona.

FUENTES SECUNDARIAS. PUBLICACIONES PERIODICAS

- Bulletin du Comite de l'Afrique francaise, París.
- El Correo
- El Ejército español
- La Epoca
- Heraldo de Madrid
- El Liberal
- El País

A P E N D I C E D O C U M E N T A L Y M A P A S

DOCUMENTO 1

TRATADO DE CESION AL IMPERIO ALEMAN DE LAS ISLAS CAROLINAS, PALAOS Y MARIANAS EXCEPTO GUAM (MADRID, 30 - JUNIO - 1899).
AMAE. Serie tratados. Caja Nº 530

Su Majestad el Rey de España y en Su nombre Su Majestad la Reina Regente del Reino y Su Majestad el Emperador de Alemania, Rey de Prusia, en nombre del Imperio alemán, deseando confirmar en forma solemne la Declaración relativa a los Archipiélagos de Carolinas, Palaos y Marianas firmado en Madrid a doce de febrero del año corriente y previa la autorización constitucional de los Cuerpos colegisladores de los dos países, han resuelto celebrar con este objeto un Tratado y para ello han nombrado a sus Plenipotenciarios, a saber:

Su Majestad el Rey de España y en su nombre Su Majestad la Reina Regente del Reino, al Señor Don Francisco Silvela, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado, y Su Majestad el Emperador de Alemania, Rey de Prusia, al Señor D. José de Radowitz, Su Embajador extraordinario y Plenipotenciario.

Los cuales después de exhibir sus plenos poderes, hallándolos en buena y debida forma han convenido en los artículos siguientes:

ARTICULO 1º

España cede a Alemania la plena soberanía y propiedad sobre las islas Carolinas, Palaos y Marianas (excepto Guam), a cambio de una indemnización pecuniaria de veinticinco millones de pesetas.

ARTICULO 2º

Alemania concede al comercio y a los establecimientos agrícolas españoles en las Carolinas, Palaos y Marianas, el mismo trato y las mismas facilidades que concederá allí al comercio alemán y a los establecimientos agrícolas alemanes y reconoce en dichas islas a las órdenes religiosas españolas los mismos derechos y las mismas libertades que reconozca a las órdenes religiosas alemanas.

ARTICULO 3º

España podrá establecer y conservar, aun en tiempo de guerra, un depósito de carbón para la marina de guerra y mercante en el Archipiélago de las Carolinas, otro en el Archipiélago de las Palaos y otro en el Archipiélago de las Marianas.

ARTICULO 4º

El presente Tratado se considera ratificado por los plenos poderes otorgados a los firmantes y entra en vigor en el día de la fecha.

En fe de lo cual los Plenipotenciarios respectivos han firmado y sellado el presente Tratado con el sello de sus armas.

Hecho por duplicado en Madrid a 30 de junio de 1899.

DOCUMENTO 2

ACTA FINAL DE LA CONFERENCIA DE LA HAYA (LA HAYA, 29 - JULIO - 1899). AMAE. Serie tratados. Caja N° 68

12.- CONVENIO PARA EL ARREGLO PACIFICO DE LOS CONFLICTOS INTERNACIONALES

S.M. el Emperador de Alemania, Rey de Prusia; S.M. el Emperador de Austria, Rey de Bohemia, etc., y Rey Apostólico de Hungría; S.M. el Rey de los belgas; S.M. el Emperador de China; S.M. el Rey de España, y en su nombre S.M. la Reina Regente del Reino; el Presidente de los Estados Unidos de América; el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos; el Presidente de la República francesa: S.M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, Emperatriz de las Indias; S.M. el Rey de los Helenos; S.M. el Rey de Italia; S.M. el Emperador del Japón; S.A.R. el Gran Duque de Luxemburgo Duque de Nassau; S.A. el Príncipe de Montenegro; S.M. la Reina de los Países Bajos; S.M. Imperial el Shah de Persia; S.M. el Rey de Portugal y los Algarbes, etc.; S.M. el Rey de Rumania; S.M. el Emperador de todas las Rusias; S.M. el Rey de Servia; S.M. el Rey de Siam; S.M. el Rey de Suecia y Noruega; el Consejo Federal Suizo; S.M. el Emperador de los Otomanos, y S.A.R. el Príncipe de Bulgaria.

Animados de la firme voluntad de concurrir al mantenimiento de la paz general; resueltos a favorecer con todas sus fuerzas el arreglo amistoso de los conflictos internacionales; reconociendo la solidaridad que une a los miembros de la sociedad de las Naciones civilizadas; queriendo extender el imperio del derecho y fortalecer el sentimiento de la justicia internacional; convencidos que la institución permanente de una jurisdicción arbitral, accesible a todos en el seno de las Potencias independientes, puede contribuir eficazmente a este resultado; considerando las ventajas de una organización general y regular del procedimiento arbitral; estimando, con el Augusto iniciador de la Conferencia internacional de la paz, que importa consagrar en un acuerdo internacional los principios de equidad y de derecho sobre los cuales descansan la seguridad de los Estados y el bienestar de los pueblos; deseando concluir un Convenio a este efecto, han nombrado por sus Plenipotenciarios, a saber:

S.M. el Emperador de Alemania, Rey de Prusia: al Excelentísimo señor Conde de Munster, Príncipe de Derneburg, su Embajador en París. S.M. el Emperador de Austria, Rey de Bohemia, etc., y Rey Apostólico de Hungría: al Excmo. Sr. Conde R. de Welsersheimb, Su Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, y al Sr. Alejandro Okolicsanyi de Okolicsna, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en El Haya. S.M. el Rey de los belgas: al Excmo. Sr. Augusto Beernaert, Su Ministro, Presidente de la Cámara de Representantes; al Sr. Conde Degrelle Rogier, su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en El Haya, y al señor caballero Descamps, Senador. S.M. el

Emperador de China; al Sr. Yang Yu, Su Enviado Extraordinario y Ministro plenipotenciario en San Petersburgo. S.M. el Rey de Dinamarca: a Su Chambelán Fr. E. de Bille, Su Enviado Extraordinario y Ministro plenipotenciario en Londres. S.M. el Rey de España, y en su nombre S.M. la Reina Regente del Reino: al Excmo Sr. Duque de Tetuán, ex Ministro de Estado; al señor D. W. Ramírez de Villa Urrutia, Su Enviado Extraordinario y Plenipotenciario en Bruselas, y al señor D. Arturo de Baguer, Su Enviado Extraordinario y Plenipotenciario en El Haya. El Presidente de los Estados Unidos de América: al Excmo. Sr. Andrew D. White, Embajador de los Estados Unidos en Berlín; al Sr. Seth Low, Presidente de la Universidad Columbia de Nueva York; al señor Stanford Newel, Enviado Extraordinario y Ministro plenipotenciario en El Haya; al Sr. Alfredo T. Mahau, Capitán de navío, y al Sr. William Crocier, Capitán de Artillería. El Presidente de los Estados Unidos Mexicanos: al Sr. de Mier, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en París, y al señor de Zenil, Ministro Residente en Bruselas. El Presidente de la República Francesa: al Sr. León Bourgeois, ex Presidente del Consejo, ex Ministro de Negocios Extranjeros, Miembro de la Cámara de Diputados; al Sr. Georges Bihourd, Enviado Extraordinario y Ministro plenipotenciario de El Haya, y al Sr. Barón de Estournellas de Constant, Ministro Plenipotenciario, Miembro de la Cámara de Diputados. S.M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, Emperatriz de las Indias: a Su Excelencia el Muy Honorable Barón Pauncefoot de Preston, Miembro del Consejo Privado de S.M., Su Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Washington, y a Sir Henry Howard, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en El Haya. S.M. el Rey de los Helenos: al Sr. N. Delyanni ex Presidente del Consejo, ex Ministro de Negocios Extranjeros, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en París. S.M. el Rey de Italia: al Excelentísimo Sr. Conde Nigra, Su Embajador en Viena, Senador del Reino, al Sr. Conde A. Zannini, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en El Haya, y al Sr. Comendador Guido Pompilj, Diputado al Parlamento italiano. S.M. el Emperador del Japón: al Sr. I. Motosu, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Bruselas. S.A.R. el Gran Duque de Luxemburgo, Duque de Nassau: al Excelentísimo Sr. Eyschen, Su Ministro, Presidente del Gobierno Granducal. S.A. el Príncipe de Montenegro: al Excmo. Sr. Consejero privado actual de Staal, Embajador de Rusia en Londres. S.M. la Reina de los Países Bajos: al Sr. Jonkheer A.P.C. van Karnebeek, ex Ministro de Negocios Extranjeros, Miembro de la Segunda Cámara de los Estados Generales; al Sr. General J.C.C. den Beer Poortugael, ex Ministro de la Guerra, Miembro del Consejo de Estado; al Sr. T.M.C. Asser, Miembro del Consejo de Estado, y al Sr. E.N. Rahusen, Miembro de la Primera Cámara de los Estados Generales. S.M. Imperial el Shah de Persia: a su ayudante de Campo el General Mirza Riza Khan, Arfa-ud-Dovleh, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en San Petersburgo y Stockolmo. S.M. el Rey

de Portugal y de los Algarbes, etc.: al Sr. Conde de Macedo, Par del Reino, ex Ministro de Marina y Ultramar, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Madrid; al Sr. de Ornellas y Vasconcellos, Par del Reino, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en San Petersburgo, y al Sr. Conde de Selir, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en El Haya. S.M. el Rey de Rumania: al señor Alejandro Beldiman, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Berlín, y al Sr. Juan N. Papiniu, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en El Haya. S.M. el Emperador de todas las Rusias: al Excmo. Sr. Consejero Privado actual de Staal, Su Embajador en Londres; al Sr. de Martens, Miembro permanente del Consejo del Ministerio Imperial de Negocios Extranjeros, Su Consejero Privado, y a Su Consejero de Estado actual de Basily, Chambelán, Director del Primer Departamento del Ministerio Imperial de Negocios Extranjeros. S.M. el Rey de Servia: al Sr. Miyatovich, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Londres y en El Haya. S.M. el Rey de Siam: al Sr. Phya Suriya Nuvat, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en San Petersburgo y París, y al Sr. Phya Visuddha Suriyasakti, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en El Haya y Londres. S.M. el Rey de Suecia y Noruega: al Sr. Barón de Bildt, Su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Roma. El Consejo Federal Suiza: al señor Arnold Roth, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Berlín. S.M. el Emperador de los Otomanos: a Su Excelencia Turkhan Pachá, ex Ministro de Negocios Extranjeros, Miembro de Su Consejo de Estado, y a Noury Bey, Secretario general del Ministerio de Negocios Extranjeros. S.A.R. el Príncipe de Bulgaria: al Sr. Doctor Dimitri Stancioff, Agente diplomático en San Petersburgo, y al Sr. Comandante Christo Hessaptchieff, Agregado Militar en Belgrado. Los cuales, después de haberse comunicado sus plenos poderes y hallándolos en buena y debida forma, han convenido en las disposiciones siguientes:

TITULO I

DEL MANTENIMIENTO DE LA PAZ GENERAL

ARTICULO 1º- Para evitar en lo posible el recurrir a la fuerza en las relaciones entre los Estados, las Potencias signatarias convienen en emplear todos sus esfuerzos para asegurar el arreglo pacífico de las diferencias internacionales.

TITULO II

DE LOS BUENOS OFICIOS Y DE LA MEDIACION

ARTICULO 2º- En caso de disentiimiento grave o de conflicto, antes de apelar a las armas, las Potencias signatarias convienen en recurrir, en cuanto las circunstancias lo permitan, a los buenos oficios o la mediación de una o varias Potencias amigas.

ARTICULO 3º- Independientemente de este recurso, las Potencias signatarias juzgan útil que una o varias Potencias extrañas al conflicto ofrezcan por su propia

iniciativa, en cuanto las circunstancias lo permitan, sus buenos oficios o su mediación a los Estados en conflicto. El derecho de ofrecer los buenos oficios o la mediación pertenece a las potencias ajenas al conflicto, aun durante el curso de las hostilidades. El ejercicio de este derecho no puede nunca ser considerado por una u otra de las Partes en litigio como un acto poco amistoso.

ARTICULO 4º- El papel del mediador consiste en conciliar las pretensiones opuestas y en apaciguar los resentimientos que puedan haberse producido entre los Estados en conflicto.

ARTICULO 5º- Las funciones del mediador cesan desde el momento en que se comprueba, bien por una de las Partes del litigio, bien por el propio mediador, que los medios de conciliación por él propuestos no son aceptados.

ARTICULO 6º- Los buenos oficios y la mediación, ya recurran a ella las Partes en conflicto, ya sea por iniciativa de las Potencias extrañas a este, tienen exclusivamente el carácter de consejo y nunca fuerza obligatoria.

ARTICULO 7º- La aceptación de la mediación no puede tener por efecto, salvo pacto en contrario, interrumpir, retardar o dificultar la movilización y otras medidas preparatorias de la guerra. Si tiene lugar después del comienzo de las hostilidades, no interrumpe, salvo pacto en contrario, las operaciones militares emprendidas.

ARTICULO 8º- Las Potencias signatarias están de acuerdo para recomendar la aplicación, cuando las circunstancias lo permitan, de una mediación especial, en la forma siguiente: en caso de diferencia grave que comprometa la paz, los Estados en conflicto elegirán respectivamente una Potencia, a la cual confiarán la misión de ponerse en relación directa con la Potencia escogida por la otra Parte para evitar la ruptura de las relaciones pacíficas. Mientras dure este mandato, cuyo término, salvo estipulaciones en contrario, los Estados en litigio suspenderán toda relación directa acerca del objeto del conflicto, el cual será considerado como sometido exclusivamente a las Potencias mediadoras. Estas deberán aplicar todos sus esfuerzos al arreglo de la cuestión. En caso de ruptura efectiva de las relaciones pacíficas, estas Potencias quedarán encargadas de la misión común de aprovechar todas las ocasiones para restablecer la paz.

TITULO III

DE LAS COMISIONES INTERNACIONALES DE INVESTIGACION

ARTICULO 9º- En los litigios de orden internacional que no comprometan ni el honor ni los intereses esenciales y que provengan de una divergencia de apreciación sobre puntos de hecho, las Potencias signatarias juzgan útil que las Partes que no hayan podido ponerse de acuerdo por la vía diplomática establezcan, en cuanto las circunstancias lo permitan, una Comisión internacional de investigación encargada de facilitar la solución de estos litigios, esclareciendo por medio de un examen imparcial y concienzudo las cuestiones de hecho.

ARTICULO 10º- Las Comisiones internacionales de investigación se constituirán por Convenio especial entre las Partes en litigio. El Convenio de investigación fijará los hechos que hayan de examinarse y la extensión de los poderes de los Comisarios. Determinará el procedimiento. La investigación tendrá lugar en forma contradictoria. La forma y los plazos que hayan de observarse serán determinados por la Comisión misma en cuanto no estén fijados por el Convenio de investigación.

ARTICULO 11º- Las Comisiones internacionales de investigación se formarán, salvo estipulación en contrario, de la manera determinada en el artículo 32º del presente Convenio.

ARTICULO 12º- Las Potencias en litigio se obligan a proporcionar a la Comisión internacional de investigación, en los términos más amplios y que juzguen posibles, todos los medios y todas las facilidades necesarias para el conocimiento completo y la apreciación exacta de los hechos en cuestión.

ARTICULO 13º- La Comisión internacional de investigación presentará a las Potencias en litigio su informe, firmado por todos los miembros de la Comisión.

ARTICULO 14º- El informe de la Comisión internacional de investigación, limitado a hacer constar los hechos, no tiene en modo alguno el carácter de una sentencia arbitral. Deja a las Potencias en litigio entera libertad en cuanto al curso que deba dársele.

TITULO IV DEL ARBITRAJE INTERNACIONAL

CAPITULO PRIMERO

De la justicia arbitral

ARTICULO 15º- El arbitraje internacional tiene por objeto arreglar los litigios entre los Estados por medio de Jueces de su elección y sobre la base del respeto del derecho.

ARTICULO 16º- En las cuestiones de orden jurídico, y en primer término en las de interpretación o aplicación de los Convenios internacionales, las Potencias signatarias reconocen el arbitraje como el medio más eficaz, y al mismo tiempo más equitativo, para el arreglo de los litigios que no han sido resueltos por la vía diplomática.

ARTICULO 17º- El Convenio de arbitraje se celebra para cuestiones ya existentes. Puede referirse a todos los litigios o solamente a los de una clase determinada.

ARTICULO 18º- El Convenio de arbitraje implica el compromiso de someterse de buena fe a la sentencia arbitral.

ARTICULO 19º- Independientemente de los Tratados generales o particulares por los cuales las Potencias signatarias estipulen actualmente la obligación de recurrir al arbitraje, dichas Potencias se reservan concluir, bien sea antes de la ratificación del presente acto, bien sea después, nuevos acuerdos, generales o particulares, a fin de extender el arbitraje obligatorio a todos los casos que juzguen posible someterle.

CAPITULO II

Del tribunal permanente de arbitraje

ARTICULO 20º- A fin de facilitar el recurso inmediato al arbitraje para las diferencias internacionales que no hayan podido arreglarse por la vía diplomática, las Potencias signatarias se comprometen a organizar un Tribunal permanente de arbitraje asequible en todo tiempo, y que funcione, a menos de estipulación contraria de las Partes, conforme a las reglas de procedimiento insertas en el presente Convenio.

ARTICULO 21º- El Tribunal permanente será competente para todos los casos de arbitraje, a menos que no haya entre las Partes una inteligencia para el establecimiento de una jurisdicción especial.

ARTICULO 22º- La Oficina internacional, establecida en El Haya, sirve de Secretaría al Tribunal. Esta Oficina será el intermediario de las comunicaciones relativas a las reuniones de aquél. Tiene a su cargo la custodia de los archivos y la gestión de todos los asuntos administrativos. Las Potencias signatarias se comprometen a comunicar a la Oficina internacional de El Haya una copia certificada de toda estipulación de arbitraje habida entre ellas, y de toda sentencia arbitral que las concierna y sea dada por jurisdicciones especiales. Se comprometen a comunicar así mismo a dicha Oficina las leyes, reglamentos y documentos que atestigüen eventualmente la ejecución de las sentencias dictadas por el Tribunal.

ARTICULO 23º- Cada una de las Potencias signatarias nombrará dentro de los tres meses siguientes a su ratificación del presente acto, cuatro personas a lo sumo, de reconocida competencia en cuestiones de derecho internacional, que gocen de la más alta consideración moral y se hallen dispuestas a aceptar las funciones de árbitro. Las personas así nombradas serán inscritas, a título de Miembros del Tribunal, en una lista que la Oficina cuidará de notificar a todas las Potencias signatarias. La Oficina se encargará de poner en conocimiento de las Potencias signatarias cualquier modificación introducida en la lista de árbitros. Dos a más Potencias podrán entenderse para designar en común uno o varios miembros. La misma persona podrá ser designada por Potencias diferentes. Los miembros del Tribunal serán nombrados por término de seis años. Sus poderes pueden ser renovados. En caso de fallecimiento o de retiro de un miembro del Tribunal se procederá a su reemplazo, según el modo fijado para su nombramiento.

ARTICULO 24º- Cuando las Potencias signatarias quieran dirigirse al Tribunal permanente para el arreglo de una diferencia surgida entre ellas, la elección de los árbitros llamados a formar el Tribunal competente para decidir sobre dicha diferencia, deberá hacerse en la lista general de los miembros del Tribunal. En defecto de constitución del Tribunal arbitral por acuerdo inmediato de las Partes, se procederá del siguiente modo: cada Parte nombrará dos árbitros y éstos elegirán juntos un tercero. En caso de desacuerdo, el nombramiento del tercer árbitro se confiará a una tercera Potencia, designada de común acuerdo

por las Partes. Si el acuerdo no se estableciere acerca de este punto, cada Parte designará una Potencia diferente, y la elección del tercer árbitro se efectuará de concierto por las Potencias designadas. Compuesto así el Tribunal, las Partes notificarán a la Oficina su decisión de dirigirse al Tribunal y los nombres de los árbitros. El tribunal arbitral se reunirá en la fecha fijada por las Partes. Los miembros del Tribunal que se hallen en el ejercicio de sus funciones y fuera de su país gozarán de los privilegios e inmunidades diplomáticas.

ARTICULO 25º- El Tribunal arbitral residirá de ordinario en El Haya. Salvo el caso de fuerza mayor, la residencia del Tribunal no podrá ser cambiada más que con el asentimiento de las Partes.

ARTICULO 26º- La Oficina internacional de El Haya queda autorizada a poner su local y su organización a la disposición de las Potencias signatarias para el funcionamiento de cualquier jurisdicción especial de arbitraje. La jurisdicción del Tribunal permanente podrá extenderse, en las condiciones prescritas por los reglamentos, a los litigios existentes entre Potencias no signatarias, si las Partes convinieren en recurrir a esta jurisdicción.

ARTICULO 27º- Las Potencias signatarias consideran un deber recordar a aquellas entre las cuales amenazase estallar un conflicto agudo que el Tribunal permanente está a su disposición. En consecuencia, declaran que el hecho de recordar a las Partes en conflicto las disposiciones del presente Convenio, y el consejo dado en el interés supremo de la paz, de dirigirse al Tribunal permanente, no podrán ser considerados más que como actos de buenos oficios.

ARTICULO 28º- Un Consejo permanente de administración, compuesto de los Representantes diplomáticos de las Potencias signatarias acreditados en El Haya y del Ministro de Negocios Extranjeros de los Países Bajos, que llenará las funciones de Presidente, será constituido en esta ciudad lo más pronto posible, después que el presente acto haya sido ratificado al menos por nueve Potencias. Este Consejo se encargará de establecer y organizar la Oficina internacional, la cual quedará bajo su inmediata dirección e intervención. Notificará a las Potencias la constitución del Tribunal y proveerá a la instalación de éste. Fijará su reglamento de orden interior, así como los demás reglamentos necesarios. Decidirá todas las cuestiones administrativas que pudieran surgir acerca del funcionamiento del Tribunal. Tendrá plenas facultades para el nombramiento, suspensión o separación de los funcionarios y empleados de la Oficina. Fijará las asignaciones y sueldos e intervendrá en los gastos generales. La presencia de cinco miembros en las reuniones debidamente convocadas será suficiente para que el Consejo pueda deliberar validamente. Las decisiones serán tomadas por mayoría de votos. El Consejo comunicará sin dilación a las Potencias signatarias los reglamentos por él adoptados. Cada año les dirigirá una Memoria sobre los trabajos del Tribunal, el funcionamiento de los servicios administrativos y los gastos.

ARTICULO 29º- Los gastos de la Oficina se sufragarán por las potencias signatarias en la proporción establecida para la Oficina internacional de la Unión postal universal.

CAPITULO III

Del procedimiento arbitral

ARTICULO 30º- Con el fin de favorecer el desarrollo del arbitraje, las potencias signatarias han determinado las reglas siguientes, que se aplicarán al procedimiento arbitral en tanto que las partes no hayan convenido otras.

ARTICULO 31º- Las Potencias que recurran al arbitraje firmarán un acta especial (compromiso), en el cual estará claramente determinado el objeto del litigio y la extensión de los poderes de los árbitros. Este acto implica la obligación de las Partes de someterse de buena fe a la sentencia arbitral.

ARTICULO 32º- Las funciones arbitrales pueden ser conferidas a un árbitro único o a varios árbitros designados libremente por las Partes o escogidos por ellas entre los miembros del Tribunal permanente de arbitraje establecido por el presente acto. A falta de constitución del Tribunal por acuerdo inmediato de las Partes, se procederá del siguiente modo: cada parte nombrará dos árbitros y éstos acogerán juntos un tercero. En caso de desacuerdo, el nombramiento del tercer árbitro será hecha de concierto por las Potencias así nombradas.

ARTICULO 33º- Cuando un Soberano o Jefe de Estado sea nombrado árbitro, el procedimiento arbitral será regulado por él.

ARTICULO 34º- El tercer árbitro es de derecho Presidente del Tribunal. Cuando el Tribunal no tiene tercer árbitro, él mismo nombra su Presidente.

ARTICULO 35º- En caso de fallecimiento, dimisión o imposibilidad por cualquier causa de uno de los árbitros, se procederá a su sustitución en la forma establecida para su nombramiento.

ARTICULO 36º- La residencia del Tribunal será designada por las Partes. A falta de esta designación, el Tribunal residirá en El Haya. Fijada así la residencia, no podrá, salvo caso de fuerza mayor, ser cambiada por el Tribunal más que con el asentimiento de las Partes.

ARTICULO 37º- Las Partes tendrán derecho a nombrar Delegados o Agentes especiales, cerca del Tribunal, con la misión de servir de intermediarios entre aquéllas y éste. Están además facultadas a encomendar la defensa de sus derechos e intereses ante el Tribunal a Consejos o Abogados que hayan designado al efecto.

ARTICULO 38º- El Tribunal decidirá sobre la elección de idiomas de que haya de hacer uso, y cuyo empleo será autorizado ante él.

ARTICULO 39º- El procedimiento arbitral comprende, por regla general, dos fases distintas: la instrucción y los debates. La instrucción consiste en la comunicación hecha por los Agentes respectivos a los miembros del Tribunal y a

la Parte contraria de todos los actos impresos o escritos y de todos los documentos que contienen los medios invocados en la causa. Esta comunicación se verificará en la forma y plazos determinados por el Tribunal en virtud del artículo 49º. Los debates consisten en el desarrollo oral de los medios de las Partes ante el Tribunal.

ARTICULO 40º- Todo documento presentado por una de las Partes deberá ser comunicado a la otra.

ARTICULO 41º- Los debates serán dirigidos por el Presidente. No serán públicos sino en virtud de una decisión del Tribunal, tomada con el asentimiento de las Partes. Serán consignados en Actas redactadas por los Secretarios que nombre el Presidente. Solamente estas Actas tendrán carácter auténtico.

ARTICULO 42º- Una vez terminada la instrucción, el Tribunal tiene derecho a descartar del debate todo acto o documento nuevo que una de la Partes quisiera someterle sin consentimiento de la otra.

ARTICULO 43º- Será de la libre competencia del Tribunal el tomar en consideración los actos o documentos nuevos acerca de los cuales llamen su atención los Agentes o Consejos de las Partes. En tal caso, el Tribunal tendrá derecho a requerir la presentación de estos actos o documentos, salvo la obligación de dar conocimiento de ellos a la Parte contraria.

ARTICULO 44º- El Tribunal puede además exigir a los Agentes de las Partes la presentación de toda clase de documentos y pedir todas las explicaciones necesarias. Si las rehusasen, el Tribunal tomará acta de ello.

ARTICULO 45º- Los Agentes y Consejos de las partes quedan autorizados a presentar verbalmente al Tribunal todos los medios que crean útiles para la defensa de su causa.

ARTICULO 46º- Tienen el derecho de alegar excepciones y suscitar incidentes. Las decisiones del Tribunal sobre estos puntos son definitivas y no pueden dar lugar a ninguna discusión ulterior.

ARTICULO 47º- Los miembros del Tribunal tienen derecho a hacer preguntas a los Agentes y Consejos de las Partes, y a pedirles aclaraciones sobre los puntos dudosos. Ni las preguntas ni las observaciones de los miembros del Tribunal durante el curso de los debates podrán considerarse como expresión de las opiniones del Tribunal en general o de sus miembros en particular.

ARTICULO 48º- El Tribunal queda autorizado a determinar su competencia interpretando el compromiso y los otros Tratados que pueden ser invocados en la materia, y aplicando los principios del derecho internacional.

ARTICULO 49º- El Tribunal tiene derecho a dictar reglas de procedimiento para la dirección del litigio, a determinar la forma y los plazos en los cuales cada Parte deberá presentar sus conclusiones y proceder a todas las formalidades anejas a la verificación de pruebas.

ARTICULO 50º- Cuando los Agentes y los Consejos de las Partes hayan presentado todas las aclaraciones y pruebas en apoyo de su causa, el Presidente declarará cerrados los debates.

ARTICULO 51º- Las deliberaciones del Tribunal tendrán lugar en secreto. Las decisiones serán tomadas por la mayoría de los miembros del Tribunal. La negativa de un miembro del Tribunal a tomar parte en la votación deberá ser consignada en acta.

ARTICULO 52º- La sentencia arbitral votada por la mayoría deberá motivarse. Estará redactada por escrito, y firmada por todos y cada uno de los miembros del Tribunal. Los miembros que constituyan la minoría podrán, al firmar, hacer constar su disenso.

ARTICULO 53º- La sentencia arbitral será leída en sesión pública del Tribunal, estando presentes los Agentes y Consejos de las Partes, o habiendo sido debidamente citados.

ARTICULO 54º- La sentencia arbitral debidamente pronunciada y notificada a los Agentes de las Partes decide el litigio definitivamente y sin apelación.

ARTICULO 55º- Las Partes pueden reservarse en el compromiso el derecho a pedir la revisión de la sentencia arbitral. En tal caso, y salvo pacto en contrario, la demanda debe dirigirse al Tribunal que ha dictado la sentencia. Sólo podrá ser motivada por el descubrimiento de un hecho nuevo que hubiera podido ejercer una influencia decisiva sobre la sentencia, y que al terminar los debates fuese desconocida para el Tribunal y para la Parte que haya pedido la revisión. El procedimiento de revisión sólo podrá iniciarse por una decisión del Tribunal, haciendo constar expresamente la existencia del hecho nuevo, reconociéndole los caracteres previstos en el párrafo anterior, y declarando por esta razón admisible la demanda. El compromiso determinará el plazo dentro del cual debe formularse la demanda de revisión.

ARTICULO 56º- La sentencia arbitral es solamente obligatoria para las Partes que han celebrado el compromiso. Cuando se trate de la interpretación de un Convenio en el cual hayan tomado parte otras Potencias que las Partes en litigio, éstas notificarán a las primeras el compromiso que hubieren concluido. Cada una de esas Potencias tiene derecho a intervenir en el litigio. Si una o varias de ellas hubieran hecho uso de esta facultad, la interpretación dada en la sentencia será igualmente obligatoria a su respecto.

ARTICULO 57º- Cada parte sufragará sus propios gastos y una parte igual de los del Tribunal.

Disposiciones generales

ARTICULO 58º- El presente Convenio será ratificado en el plazo más breve posible. Las ratificaciones serán depositadas en El Haya. Del depósito de cada ratificación se levantará acta, de la cual se enviará por la vía diplomática una copia certificada a todas las Potencias representadas en la Conferencia internacional de la Paz en El Haya.

ARTICULO 59º- Las potencias no signatarias que han estado representadas en la Conferencia internacional de la Paz podrán adherirse al presente Convenio. A este efecto deberán poner su adhesión en conocimiento de las Potencias contratantes por medio de una notificación escrita dirigida

al Gobierno de los Países Bajos y comunicada por éste a las demás potencias contratantes.

ARTICULO 60º- Las condiciones en que podrán adherirse a este Convenio las Potencias que no han estado representadas en la Conferencia internacional de la Paz serán objeto de un arreglo ulterior entre las Potencias contratantes.

ARTICULO 61º- Si llegara el caso de que una de las Altas Partes contratantes denunciara el presente Convenio, dicha denuncia sólo produciría efecto un año después de la notificación dirigida por escrito al Gobierno de los Países Bajos, y comunicada inmediatamente por éste a las demás Potencias contratantes. Esta denuncia sólo producirá efecto respecto de la Potencia que la haya notificado.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios han firmado el presente Convenio, poniendo en él sus sellos. Hecho en El Haya a 29 de julio de 1899 en un solo ejemplar, que quedará depositado en los Archivos del Gobierno de los Países Bajos, y del cual se remitirán por la vía diplomática copias certificadas a las potencias contratantes.

(Siguen las firmas de los plenipotenciarios).

2º.- CONVENIO PARA APLICAR A LA GUERRA MARITIMA LOS PRINCIPIOS DEL CONVENIO DE GINEBRA DE 22 DE AGOSTO DE 1864

S.M. El Emperador de Alemania... (siguen el resto de participantes en la Conferencia). Igualmente animados del deseo de aminorar, en cuanto de ellos dependa, los males inseparables de la guerra, y queriendo, con este objeto, aplicar a la guerra marítima los principios del Convenio de Ginebra de 22 de agosto de 1864, han resuelto celebrar un Convenio a este efecto.

En consecuencia han nombrado por sus Representantes, a saber: (siguen todos los representantes de los países participantes). Los cuales, después de haberse comunicado sus plenos poderes, y hallándolos en buena y debida forma, han convenido en las disposiciones siguientes:

ARTICULO 1º- Los barcos hospitales militares, esto es, los barcos contruidos o adaptados por los Estados especial y únicamente para socorrer a los heridos, enfermos y náufragos, y cuyos nombres hubieran sido comunicados a las Potencias beligerantes al empezar las hostilidades o durante el curso de éstas, y en todo caso antes de haberlos utilizado, serán respetados y no podrán apresarse durante el período de hostilidades. Dichos buques no estarán tampoco asimilados a los de guerra en lo que respecta a su permanencia en un puerto neutral.

ARTICULO 2º- Los buques hospitales, equipados total o parcialmente a expensas de particulares o Sociedades de socorros oficialmente reconocidas, serán igualmente respetados y no podrán ser apresados si la Potencia beligerante de la cual dependen les ha dado una comisión oficial y ha notificado sus nombres a la Potencia enemiga al comienzo o durante el curso de las hostilidades, y en todo caso antes de que se hayan utilizado. Dichos barcos deberán

llevar un documento, en el cual declare la Autoridad competente que han estado sometidos a su inspección durante su armamento y a su partida.

ARTICULO 3º- Los barcos hospitales, equipados en todos o en parte a expensas de particulares o Sociedades oficialmente reconocidas de países neutrales, serán respetados y estarán exentos de captura, si la Potencia neutral de quien les ha dado una comisión oficial y ha notificado sus nombres a las Potencias beligerantes al comienzo o durante el curso de las hostilidades, y siempre antes de que se hubieran puesto en uso.

ARTICULO 4º- Los barcos mencionados en los artículos 1º, 2º y 3º prestarán socorro y asistencia a los heridos, enfermos y náufragos de los beligerantes sin distinción de nacionalidad. Los Gobiernos se comprometen a no utilizar estos barcos para ningún fin militar. Estos barcos no deberán estorbar de ningún modo los movimientos de los combatientes. Durante el combate y después de él obrarán a su riesgo. Los beligerantes tendrán sobre ellos el derecho de inspección y visita, podrán rehusar su concurso, exigirles que se alejen, imponerles una dirección determinada y poner a su bordo un Comisario, y hasta detenerlos, si la gravedad de las circunstancias lo exigiera. En cuanto sea posible, los beligerantes anotarán en el diario de a bordo de los barcos hospitales las órdenes que les den.

ARTICULO 5º- Los barcos hospitales militares se distinguirán por su pintura exterior blanca con una banda horizontal verde en un metro y medio próximamente de ancho. Los barcos mencionados en los artículos 2º y 3º se distinguirán por su pintura blanca con una banda horizontal roja de un metro y medio de ancho próximamente. Las lanchas de estos barcos, así como las pequeñas embarcaciones afectas al servicio hospitalario, se distinguirán por una pintura análoga. Todos los barcos hospitales se darán a conocer izando con su pabellón nacional el blanco con cruz roja establecido en el Convenio de Ginebra.

ARTICULO 6º- Los barcos de comercio, de recreo o embarcaciones neutrales que lleven o recojan heridos, enfermos o náufragos de los beligerantes, no pueden ser capturados por el hecho del transporte, pero quedan expuestos a captura por las violaciones de neutralidad que pudieran haber cometido.

ARTICULO 7º- El personal religioso, médico y de enfermeros de todo barco capturado es inviolable y no puede ser hecho prisionero de guerra. Al dejar el barco se llevará los objetos e instrumentos de cirugía que sean de su propiedad particular. Dicho personal continuará desempeñando sus funciones mientras sea necesario, y podrá retirarse cuando el Comandante en Jefe lo juzgue posible. Los beligerantes deberán asegurar a este personal caído en su poder el disfrute íntegro de sus haberes.

ARTICULO 8º- Los marinos y militares embarcados que estén heridos o enfermos, sea cual fuese su nacionalidad, serán cuidados y protegidos por los que hayan capturado.

ARTICULO 9º- Son prisioneros de guerra los náufragos heridos o enfermos de un beligerante que cae en poder del otro. A éste corresponde decidir, según las circunstancias, si le conviene conservarlos en su poder, enviarlos a un puerto de su nación, a uno neutral y hasta a uno adversario. En este último caso, los prisioneros devueltos así a su país no podrán volver al servicio mientras dure la guerra.

ARTICULO 10º- (Excluido de la ratificación).

ARTICULO 11º- Las reglas contenidas en los anteriores artículos son obligatorias para las Potencias contratantes, únicamente en caso de guerra entre dos o varias de ellas. Dichas reglas dejarán de ser obligatorias desde el momento en que, declarada la guerra entre dos Potencias contratantes, otra no contratante se uniese a uno de los beligerantes.

ARTICULO 12º- El presente Convenio será ratificado en el más breve plazo posible. Las ratificaciones se depositarán en El Haya. Del depósito de cada ratificación se levantará un acta, de la cual se remitirá por la vía diplomática copia certificada a todas las Potencias contratantes.

ARTICULO 13º- Las Potencias no signatarias que hubieren aceptado el Convenio de Ginebra de 22 de agosto de 1864, pueden adherirse al presente Convenio. Tendrán a este efecto que hacer conocer a las Potencias contratantes su adhesión por medio de una notificación escrita, dirigida al Gobierno de los Países Bajos y comunicada por éste a las demás Potencias contratantes.

ARTICULO 14º- Si una de las Altas Partes contratantes denunciase el presente Convenio, dicha denuncia sólo produciría sus efectos un año después de la notificación hecha por escrito al Gobierno de los Países Bajos y comunicada inmediatamente por éste a las Potencias contratantes. Esta denuncia solamente producirá sus efectos respecto a la potencia que la haya notificado.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios han firmado el presente Convenio y lo han sellado con el de sus armas. Hecho en El Haya el 29 de julio de 1899 en un solo ejemplar, que quedará depositado en el Archivo del Gobierno de los Países Bajos, y del cual se remitirán por la vía diplomática copias certificadas a las Potencias contratantes.

(Siguen las firmas de los Plenipotenciarios).

3º.- CONVENIO RELATIVO A LAS LEYES Y USOS DE LA GUERRA TERRESTRE

S.M., el Emperador de Alemania (siguen el resto de participantes en la Conferencia), considerando que, al mismo tiempo que se buscan los medios de garantizar la paz y prevenir los conflictos armados entre las Naciones, importa preocuparse asimismo del caso en que la apelación a las armas fuese traída por acontecimiento que su solicitud no hubiera podido evitar; animados por el deseo de servir, aun en esa hipótesis extrema, los intereses de la humanidad y

las siempre crecientes exigencias de la civilización; estimando que importa revisar, a dicho fin, las leyes y costumbres generales de la guerra, bien sea para definirlas con mayor precisión, bien para limitarlas, con objeto de restringir en lo posible sus rigores; inspirándose en esos fines, recomendados hoy, como hace veinticinco años, en la Conferencia de Bruselas de 1874, por una generosa y sabia previsión, Han adoptado en ese espíritu gran número de disposiciones que tienen por objeto definir y regular los usos de la guerra terrestre. Según el criterio de las Altas Partes contratantes, estas disposiciones, cuya redacción ha sido inspirada por el deseo de disminuir los males de la guerra, en cuanto las necesidades militares lo consientan, están destinadas a servir de regla general de conducta a los beligerantes en las relaciones entre si y con los pueblos. Ha sido imposible, sin embargo, concertar desde ahora estipulaciones que se extiendan a todas las circunstancias que se presentan en la práctica. Por otra parte, no podía entrar en las intenciones de las Altas Partes contratantes que los casos no previstos fueran, a falta de estipulación escrita, dejados a la apreciación arbitraria de los que dirijan los Ejércitos. En espera de que un Código más completo de las leyes de la guerra pueda ser dictado, las Altas Partes contratantes juzgan oportuno hacer constar que en los casos no comprendidos en las disposiciones reglamentarias adoptadas por ellas, los pueblos y los beligerantes quedan bajo la salvaguardia y el imperio de los principios del derecho de gentes, tales como resultan de los usos establecidos entre Naciones civilizadas, de las leyes de humanidad y de las exigencias de la conciencia pública. Declaran que en ese sentido deben entenderse los artículos 1º y 2º del reglamento adoptado.

Las Altas Partes contratantes, deseando celebrar un Convenio a ese efecto, han nombrado a sus Plenipotenciarios, a saber: (siguen todos los representantes de los países participantes). Los cuales después de haberse comunicado sus plenos poderes, y hallándolos en buena y debida forma, han convenido lo que sigue:

ARTICULO 1º- Las Altas Partes contratantes darán a sus fuerzas armadas de tierra instrucciones de acuerdo con el "Reglamento relativo a las leyes y costumbres de la guerra terrestre", anejo al presente Convenio.

ARTICULO 2º- Las disposiciones contenidas en el Reglamento que se cita en el artículo 1º, sólo serán obligatorias para las Potencias contratantes en caso de guerra entre dos o más de ellas. Estas disposiciones dejarán de ser obligatorias desde el momento en que, en una guerra entre Potencias contratantes, otra no contratante se uniera a uno de los beligerantes.

ARTICULO 3º- El presente Convenio ratificado en el plazo más breve posible. Las ratificaciones serán depositadas en El Haya. Del depósito de cada ratificación se levantará acta, de la cual se enviará, por vía diplomática, copia certificada a todas las Potencias contratantes.

ARTICULO 4º- Las Potencias no signatarias podrán adherirse al presente Convenio. Con este objeto deberá participar su adhesión a las Potencias contratantes por medio de una notificación escrita, dirigida al Gobierno de los Países Bajos comunicada por éste a todas las demás potencias contratantes.

ARTICULO 5º- Si una de las Altas Partes contratantes denunciara el presente Convenio, esta denuncia no producirá efecto sino un año después de la notificación hecha por escrito al Gobierno de los Países Bajos y comunicada por éste a todas las demás Potencias contratantes. Esta denuncia no producirá efecto sino respecto de la Potencia que la haya notificado.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios han firmado y sellado, con el de sus armas, el presente Convenio. Hecho en El Haya el 29 de julio de 1899, en un solo ejemplar, que quedará depositado en los archivos del Gobierno de los Países Bajos, y del cual se enviará, por la vía diplomática, copia certificada a las Potencias signatarias.

(Siguen las firmas de los Plenipotenciarios).

ANEJO AL CONVENIO

REGLAMENTO SOBRE LAS LEYES Y COSTUMBRES DE LA GUERRA TERRESTRE

SECCION PRIMERA De los beligerantes

CAPITULO I

De la cualidad de beligerante

ARTICULO 1º- Las leyes, los derechos y los deberes de la guerra no son aplicables solamente a los Ejércitos, sino también a las milicias y a los Cuerpos de voluntarios que reúnan las condiciones siguientes:

- 1ª- Tener a su frente una persona responsable de sus subordinados.
- 2ª- Tener algún distintivo fijo y perceptible a distancia.
- 3ª- Llevar armas abiertamente.
- 4ª- Sujetarse en sus operaciones a las leyes y costumbres de la guerra.

En los países donde las milicias o los Cuerpos de voluntarios constituyen el Ejército o forman parte de él, están comprendidos bajo la denominación de Ejército.

ARTICULO 2º- La población de un territorio no ocupado que al acercarse el enemigo toma espontáneamente las armas para combatir a las tropas invasoras, sin haber tenido tiempo de organizarse, conforme al artículo 1º, será considerada como beligerante si respeta las leyes y costumbres de la guerra.

ARTICULO 3º- Las fuerzas armadas de las partes beligerantes pueden componerse de combatientes y de no combatientes. En caso de captura por el enemigo, unos y

otros tienen derecho al trato de los prisioneros de guerra.

CAPITULO II

De los prisioneros de guerra

ARTICULO 4º- Los prisioneros de guerra están en poder del Gobierno enemigo, pero no en el de los individuos o en el de los Cuerpos que los hayan capturado. Deben ser tratados con humanidad. Todo lo que les pertenezca personalmente, excepto las armas, los caballos y los papeles militares, queda en su propiedad.

ARTICULO 5º- Los prisioneros de guerra podrán ser sometidos a internación en una ciudad, fortaleza, campamento o localidad cualquiera, con obligación de no alejarse de ella más allá de ciertos límites determinados; pero no podrán ser encerrados sino como medida de seguridad indispensable.

ARTICULO 6º- El Estado puede emplear, como trabajadores, a los prisioneros de guerra, según su grado y sus aptitudes. Dichos trabajos no serán excesivos y no tendrán ninguna relación con las operaciones de guerra. Los prisioneros pueden ser autorizados para trabajar por cuenta de Administraciones públicas o de particulares, o por su propia cuenta. Los trabajos hechos para el Estado serán pagados con arreglo a las tarifas vigentes para los militares del Ejército nacional que ejecuten iguales trabajos. Cuando los trabajos tengan lugar por cuenta de otras Administraciones públicas o de particulares, sus condiciones se fijarán de acuerdo con la Autoridad militar. Los haberes de los prisioneros contribuirán a aliviar su situación, y el exceso les será entregado al ser libertados, descontándoles los gastos de manutención.

ARTICULO 7º- El Gobierno en cuyo poder se encuentren los prisioneros de guerra estará encargado de su sostenimiento. A falta de una inteligencia especial entre los beligerantes, los prisioneros de guerra serán tratados, en cuanto a la manutención, alojamiento y vestuario, bajo el mismo pie que las tropas del Gobierno que los hayan capturado.

ARTICULO 8º- Los prisioneros de guerra estarán sometidos a las leyes, reglamentos y órdenes vigentes en el Ejército del Estado en cuyo poder se encuentren. Cualquier acto de insubordinación autoriza, respecto a ellos, las medidas de rigor necesarias. Los prisioneros evadidos que sean cogidos de nuevo antes de haberse podido unir a su Ejército, o antes de abandonar el territorio ocupado por el Ejército que los hubiera capturado, estarán sujetos a las penas disciplinarias. Los prisioneros que, después de haber podido evadirse, sean hechos prisioneros nuevamente, no estarán sujetos a ninguna pena por la fuga anterior.

ARTICULO 9º- Cada prisionero de guerra está obligado a declarar, si se le interroga sobre el particular, sus verdaderos nombres y grado, y en el caso en que infringiera esta regla, se expondría a una restricción de las ventajas concedidas a los prisioneros de guerra de su categoría.

ARTICULO 10º- Los prisioneros de guerra podrán ser puestos en libertad bajo palabra, si las leyes de su país les autorizan a ello, y, en este caso, estarán obligados, bajo la garantía de su honor personal, a cumplir escrupulosamente los compromisos que hayan contraído, tanto respecto de su propio Gobierno como respecto del que les ha hecho prisioneros. En el mismo caso, su propio Gobierno estará obligado a no exigir ni aceptar de ellos ningún servicio contrario a la palabra empeñada.

ARTICULO 11º- El prisionero de guerra no puede ser obligado a aceptar su libertad bajo palabra; de igual modo el Gobierno enemigo no está obligado a acceder a la petición del prisionero que reclame ser puesto en libertad bajo palabra.

ARTICULO 12º- Todo prisionero de guerra, libertado bajo palabra y capturado de nuevo haciendo armas contra el Gobierno con el cual había comprometido su honor, o contra sus aliados, pierde el derecho a ser tratado como los prisioneros de guerra, y podrá ser llevado ante los Tribunales.

ARTICULO 13º- Los individuos que siguen a un Ejército sin formar directamente parte de él, tales como los corresponsales de periódicos, los vivanderos, los proveedores, que caigan en poder del enemigo, y que éste considere útil detener, tendrán derecho al trato de los prisioneros de guerra, a condición de que estén provistos de carta de legitimación de la Autoridad militar del Ejército a que acompañaban.

ARTICULO 14º- Desde el principio de las hostilidades se establecerá, en cada uno de los Estados beligerantes, y si llega el caso en los países neutrales que hayan recogido beligerantes en su territorio, una oficina de informes sobre los prisioneros de guerra. Esta oficina, encargada de responder a todas las preguntas que conciernan a éstos, recibirá de los diversos servicios competentes todas las indicaciones necesarias para que pueda formar una papeleta individual de cada prisionero de guerra. Se la tendrá al corriente de las internaciones y de los traslados, así como de las entradas en los hospitales y de los fallecimientos. La oficina de informes estará igualmente encargada de recoger y centralizar todos los objetos de uso personal, valores, cartas, etc., que sean encontrados en los campos de batalla o dejados por los prisioneros muertos en los hospitales y ambulancias, y de transmitirlos a los interesados.

ARTICULO 15º- Las Sociedades de socorro para los prisioneros de guerra, regularmente constituidas según la ley de su país, y que tengan por objeto ser las intermediarias de la acción caritativa, recibirán por parte de los beligerantes para ellas, y para sus Agentes debidamente acreditados, toda clase de facilidades dentro de los límites señalados por las necesidades militares y las reglas administrativas para cumplir eficazmente su humanitaria misión. Los Delegados de estas Sociedades podrán ser admitidos para distribuir socorros en los depósitos de internación, así como en los lugares de etapa de los

prisioneros repatriados, mediante un permiso personal dado por la Autoridad militar, y comprometiéndose por escrito a someterse a todas las medidas de orden y de policía que aquélla prescribiese.

ARTICULO 16º- Las oficinas de información gozarán de la franquicia de puerto. Las cartas, mandatos y envíos en metálico, así como los paquetes postales destinados a los prisioneros de guerra o expedidos por ellos, estarán libres de toda tasa postal, tanto en los países de origen y de destino como en los países intermedios. Los donativos y socorros en especie destinados a los prisioneros de guerra se admitirán libres de todo derecho de entrada y de cualesquiera otros, así como de los impuestos de transporte sobre los ferrocarriles explotados por el Estado.

ARTICULO 17º- Los Oficiales prisioneros podrán recibir el complemento, si ha lugar, del sueldo que tienen en esa situación por los reglamentos de su país, a cargo de reembolso por sus Gobiernos.

ARTICULO 18º- Se deja una completa libertad a los prisioneros de guerra para la práctica de su religión, comprendiendo en ello la asistencia a los oficios de su culto respectivo, con la sola condición de sujetarse a las medidas de orden y de policía prescritas por la Autoridad militar.

ARTICULO 19º- Los testamentos de los prisioneros de guerra serán recibidos o extendidos en las mismas condiciones que los militares del Ejército nacional. Se seguirán las mismas reglas en todo lo concerniente a los documentos relativos a la comprobación de los fallecimientos, así como al entierro de los prisioneros de guerra, teniendo en cuenta su grado y su jerarquía.

ARTICULO 20º- Después de concluida la paz, la repatriación de los prisioneros de guerra se efectuará en el plazo más breve posible.

CAPITULO III

De los enfermos y heridos

ARTICULO 21º- Las obligaciones de los beligerantes referentes al servicio de los enfermos y heridos, se rigen por el Convenio de Ginebra de 22 de Agosto de 1864, salvo las modificaciones de que dicho Convenio pueda ser objeto.

SECCION SEGUNDA

De las hostilidades

CAPITULO I

De los medios de dañar al enemigo, de los sitios y de los bombardeos

ARTICULO 22º- Los beligerantes no tienen un derecho ilimitado en cuanto a la elección de medios para dañar al enemigo.

ARTICULO 23º- Además de las prohibiciones establecidas por Convenios especiales, queda particularmente prohibido:

- A. Emplear veneno o armas envenenadas.
- B. Matar o herir a traición individuos

- pertenecientes a la Nación o Ejército enemigo.
- C. Matar o herir a un enemigo, que, habiendo depuesto las armas, o no teniendo ya medio de defenderse, se ha rendido a discreción.
 - D. Declarar que no se dará cuartel.
 - E. Emplear armas, proyectiles o materiales destinados a causar males superfluos.
 - F. Usar debidamente la bandera de parlamento, la bandera nacional o las insignias militares y el uniforme del enemigo, así como los signos distintivos del Convenio de Ginebra.
 - G. Destruir o apoderarse de las propiedades enemigas, excepto los casos en que estas destrucciones o apropiaciones sean imperiosamente reclamadas por las necesidades de la guerra.

ARTICULO 24º- Las estratagemas de guerra y el empleo de los medios necesarios para procurarse informes del enemigo y del terreno se consideran lícitos.

ARTICULO 25º- Queda prohibido atacar o bombardear ciudades, pueblos, casas o edificios que no están defendidos.

ARTICULO 26º- El Jefe de las tropas asaltantes, antes de empezar el bombardeo, y excepción hecha del caso de ataque a viva fuerza, deberá hacer cuanto de él dependa para advertir de ello a las Autoridades.

ARTICULO 27º- En los sitios y bombardeos deberán tomarse todas las medidas necesarias para librar, en cuanto sea posible, los edificios consagrados al culto, a las artes, a las ciencias y a la beneficencia, los hospitales y los centros de reunión de enfermos y heridos, siempre que no se utilicen dichos edificios con un fin militar. El deber de los sitiados es señalar estos edificios o sitios de reunión con signos visibles y especiales, que serán notificados de antemano al sitiador.

ARTICULO 28º- Se prohíbe entregar al pillaje una población o localidad aunque sea tomada por asalto.

CAPITULO II

De los espías

ARTICULO 29º- No se puede considerar como espía más que al individuo que, obrando clandestinamente o con pretextos falsos, recoge o trata de recoger informes en la zona de operaciones de un beligerante con la intención de comunicarlos a la parte contraria. Así, los militares no disfrazados que han penetrado en la zona de operaciones del Ejército enemigo con el fin de recoger informes, no serán considerados como espías. Del mismo modo no se considerarán como espías: los militares y no militares que cumplan abiertamente su misión encargados de transmitir despachos que vayan destinados, sea a su propio Ejército, sea al enemigo. A esta clase pertenecen igualmente los individuos enviados en globos para transmitir los despachos, y en general para mantener las comunicaciones entre las diversas partes de un Ejército o de un territorio.

ARTICULO 30º- El espía cogido in fraganti no podrá ser castigado sin juicio previo.

ARTICULO 31º- El espía que habiéndose unido al Ejército al cual pertenece fuera capturado después por el enemigo, será tratado como prisionero de guerra, y no incurrirá en ninguna responsabilidad por sus anteriores actos de espionaje.

CAPITULO III

De los parlamentos

ARTICULO 32º- Será considerado como parlamentario el individuo autorizado por uno de los beligerantes para entrar en tratos con el otro, presentándose con bandera blanca. Tiene derecho a la inviolabilidad, del mismo modo que el trompeta, clarín o tambor, el porta banderín y el intérprete que lo acompañen.

ARTICULO 33º- El Jefe al cual se envíe un parlamentario no está siempre obligado a recibirlo. Puede tomar todas las medidas necesarias a fin de impedir al parlamentario aprovechar su misión para informarse. Tiene derecho, en caso de abuso, a retener temporalmente al parlamentario.

ARTICULO 34º- El parlamentario pierde sus derechos de inviolabilidad si se prueba de una manera positiva e irrecusable que ha aprovechado su posición privilegiada para provocar o cometer un acto de traición.

CAPITULO IV

De las capitulaciones

ARTICULO 35º- Las capitulaciones convenidas entre las partes contratantes deberán sujetarse a las reglas del honor militar. Una vez acordadas, deberán ser escrupulosamente observadas por ambas partes.

CAPITULO V

Del armisticio

ARTICULO 36º- El armisticio suspende las operaciones de guerra por un mutuo acuerdo de las Partes beligerantes. Si su duración no está determinada, las Partes beligerantes pueden reanudar en cualquier tiempo las operaciones, siempre, sin embargo, que el enemigo sea advertido de ello en tiempo convenido, conforme a las condiciones del armisticio.

ARTICULO 37º- El armisticio puede ser general o local. El primero, suspende en todas partes las operaciones de guerra de los Estados beligerantes; el segundo, solamente entre ciertas fracciones de los Ejércitos beligerantes y en radio determinado.

ARTICULO 38º- El armisticio deberá ser notificado oficialmente, y en tiempo útil, a las Autoridades competentes y a las tropas. Las hostilidades se suspenderán inmediatamente después de la notificación o en el término fijado.

ARTICULO 39º- Depende de las Partes contratantes fijar, en las cláusulas del armisticio, las relaciones que podrán tener lugar en el teatro de la guerra con los pueblos

y entre sí.

ARTICULO 40º- Toda violación grave en el armisticio cometida por una de las partes, da a la otra el derecho de denunciarlo, y hasta en caso de urgencia el de romper de nuevo las hostilidades inmediatamente.

ARTICULO 41º- La violación de las cláusulas del armisticio hecha por particulares obrando por propia iniciativa, da derecho solamente a reclamar el castigo de los culpables, y si ha lugar a ello, a una indemnización por las pérdidas sufridas.

SECCION TERCERA

De la autoridad militar sobre el territorio del Estado enemigo

ARTICULO 42º- Se considera un territorio como ocupado cuando se encuentra de hecho colocado bajo la autoridad del Ejército enemigo. La ocupación no se extiende más que a los territorios en que dicha autoridad se halla establecida, y con medios de ser ejercitada.

ARTICULO 43º- Habiendo pasado de hecho la autoridad del poder legal a manos del ocupante, éste tomará todas las medidas que de él dependan para restablecer y asegurar en cuanto sea posible el orden y la vida públicos, salvo imposibilidad absoluta, las leyes vigentes del país.

ARTICULO 44º- Queda prohibido obligar a los habitantes de un territorio ocupado a tomar parte en las operaciones militares contra su propio país.

ARTICULO 45º- Queda prohibido obligar a los habitantes de un territorio ocupado a prestar juramento a la Potencia enemiga.

ARTICULO 46º- El honor y los derechos de la familia, la vida de los individuos y la propiedad privada, así como las creencias religiosas y el ejercicio de los cultos, deberán ser respetados. La propiedad privada no podrá ser confiscada.

ARTICULO 47º- El pillaje queda formalmente prohibido.

ARTICULO 48º- Si el ocupante percibe en el territorio ocupado los impuestos, derechos y peajes establecidos en beneficio del Estado, lo hará, en cuanto sea posible, según las reglas de la asignación y del reparto en vigor, y recaerá en él la obligación de proveer a los gastos de la Administración del territorio ocupado, en la medida en que el Gobierno legal estaba obligado a ello.

ARTICULO 49º- Si, fuera de los impuestos citados en el artículo precedente, el ocupante levanta otras contribuciones en dinero en el territorio ocupado, sólo podrá hacerlo para las necesidades del Ejército o de la Administración de este territorio.

ARTICULO 50º- No podrá dictarse ninguna pena colectiva, pecuniaria o de otra clase contra los pueblos por razón de hechos individuales de los cuales no puedan aquéllos ser considerados como responsables solidarios.

ARTICULO 51º- No se percibirá ninguna contribución más que en virtud de una orden escrita y bajo la responsabilidad de un General en Jefe. No se procederá a

esta percepción, en cuanto sea posible, más que según las reglas de la asignación y del reparto de los impuestos vigentes. De cada contribución se dará un recibo a los contribuyentes.

ARTICULO 52º- Las prestaciones en especie y las de servicio no podrán ser reclamadas de los Municipios o de los habitantes más que para las necesidades del Ejército de ocupación. Estarán en relación con los recursos del país, y serán de tal naturaleza que no impliquen para los pueblos la obligación de tomar parte en las operaciones de la guerra contra su patria. Estas requisas y servicios no se reclamarán más que con la autorización del que ejerza el mando en la localidad ocupada. Las prestaciones en especie se pagarán al contado en cuanto sea posible; si no, se harán constar por medio de recibos.

ARTICULO 53º- El Ejército que ocupa un territorio no podrá apoderarse más que del numerario, fondos y valores exigibles que pertenezcan en propiedad al Estado; de los depósitos de armas, medios de transporte, almacenes y provisiones, y en general de toda propiedad mueble del Estado, útil para las operaciones de la guerra. El material de los ferrocarriles, los telégrafos terrestres, los teléfonos, los vapores y otros buques, fuera de los casos regidos por la ley marítima, de igual modo que los depósitos de armas, y en general toda clase de municiones de guerra, aun perteneciendo a sociedades o a personas privadas, son igualmente medios útiles para las operaciones de guerra; pero deberán ser restituidos, y las indemnizaciones serán fijadas en la paz.

ARTICULO 54º- El material de los ferrocarriles proveniente de Estados neutrales perteneciente a éstos o a Sociedades o personas privadas, les será devuelto tan pronto como sea posible.

ARTICULO 55º- El Estado ocupante no se considerará más que como administrador y usufructuario de los edificios públicos, inmuebles, montes y explotaciones agrícolas pertenecientes al Estado enemigo y que se encuentran en el país ocupado; deberá ser salvaguardia del fondo de estas propiedades y administrarlas según las reglas del usufructo.

ARTICULO 56º- Los bienes comunales, los de los establecimientos consagrados al culto, a la caridad y a la instrucción, a las artes y a las ciencias, aun perteneciendo al Estado, serán tratados como la propiedad privada. Toda apropiación, destrucción o daño intencional de dichos establecimientos, de monumentos históricos, obras de arte y de ciencia están prohibidas y deben ser perseguidas.

SECCION CUARTA

De los beligerantes internados y de los heridos cuidados en país neutral

ARTICULO 57º- El Estado neutral que reciba en su territorio tropas pertenecientes a los Ejércitos beligerantes las internará, en cuanto sea posible, lejos del teatro de la guerra. Podrá guardarlas en campamentos, y aun encerrarlas en fortalezas o en lugares propios para este fin. Decidirá si los Oficiales pueden ser libertados,

comprometiéndose bajo palabra a no abandonar sin autorización el territorio neutral.

ARTICULO 58º- A falta de Convenio especial, el Estado neutral suministrará a los internados los víveres, vestidos y socorros exigidos por la humanidad. Al hacer la paz, se hará la correspondiente bonificación de los gastos ocasionados por la internación.

ARTICULO 59º- El Estado neutral podrá autorizar el paso por su territorio de los heridos o enfermos pertenecientes a los Ejércitos beligerantes, bajo reserva de que los trenes que los conduzcan no transportarán ni personal ni material de guerra. En tal caso, el Estado neutral estará obligado a tomar las medidas de seguridad e inspección necesarias a este fin. Los heridos o enfermos conducidos en estas condiciones al territorio neutral por uno de los beligerantes, y pertenecientes a la parte contraria, deberán ser guardados por el Estado neutral, de manera que no puedan tomar de nuevo parte en las operaciones de la guerra. Este tendrá los mismos deberes en cuanto a los enfermos o heridos del otro Ejército que le sean confiados.

ARTICULO 60º- El Convenio de Ginebra se aplica a los enfermos y heridos internados en territorio neutral.

(Siguen las firmas de los Plenipotenciarios)

DECLARACION

REFERENTE AL EMPLEO DE PROYECTILES EXPLOSIVOS

Los abajo firmados, Plenipotenciarios de las Potencias representadas en la Conferencia Internacional de la Paz en El Haya, debidamente autorizados a este efecto por sus Gobiernos, inspirándose en los sentimientos expresados en la Declaración de San Petersburgo de 29 de noviembre / 11 de diciembre de 1868, declaran:

Las Potencias contratantes se prohíben el empleo de balas que se ensanchan o se aplastan fácilmente en el cuerpo humano, tales como las balas de envoltura dura, la cual no cubriese enteramente el núcleo o estuviera provista de incisiones. La presente declaración sólo es obligatoria para las Potencias contratantes, en caso de guerra entre dos o más de ellas. Cesará ser obligatoria desde el instante en que en una guerra entre dos Potencias contratantes, otra no contratante se uniese a uno de los beligerantes. La presente declaración será ratificada en el plazo más breve posible. Las ratificaciones serán depositadas en El Haya. Del depósito de cada ratificación se levantará acta, una copia certificada de la cual se remitirá por la vía diplomática a todas las Potencias contratantes. Las Potencias no signatarias podrán adherirse a la presente declaración. Tendrán a este efecto que dar a conocer su adhesión a las Potencias contratantes por medio de una notificación escrita, dirigida al Gobierno de los Países Bajos y comunicada por éste a las demás Potencias contratantes. Si una de las Altas Partes contratantes denunciase la presente declaración, esta denuncia no produciría sus efectos hasta transcurrido un año de la notificación hecha por escrito al Gobierno de los Países Bajos y comunicada inmediatamente por

éste a las demás Potencias contratantes. Esta denuncia no producirá sus efectos más que con respecto a la Potencia que la haya notificado.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios han firmado y sellado la presente declaración. Hecho en El Haya a 29 de julio de 1899, en un solo ejemplar, que quedará depositado en los Archivos del Gobierno de los Países Bajos, y del cual se remitirán por la vía diplomática copias certificadas a las Potencias contratantes.

(Siguen las firmas de los Plenipotenciarios).

**DECLARACION
RELATIVA AL LANZAMIENTO DE PROYECTILES Y EXPLOSIVOS DESDE LO
ALTO DE GLOBOS O POR MEDIOS ANALOGOS NUEVOS**

Los abajo firmados, Plenipotenciarios de las Potencias representadas en la Conferencia Internacional de la Paz en El Haya, debidamente autorizados a este efecto por sus Gobiernos, inspirándose en los sentimientos expresados en la Declaración de San Petersburgo de 29 de noviembre / 11 de diciembre de 1868, declaran:

Las Potencias contratantes consienten durante cinco años en la prohibición de lanzar proyectiles y explosivos desde lo alto de globos o por otros medios análogos nuevos. La presente declaración no es obligatoria más que para las Potencias contratantes en caso de guerra entre dos o más de ellas. Dejará de ser obligatoria desde el instante en que una guerra entre Potencias contratantes una Potencia no contratante se uniese a uno de los beligerantes. La presente declaración será ratificada en el plazo más breve posible. Las ratificaciones serán depositadas en El Haya. Del depósito de cada ratificación se levantará acta, una copia certificada de la cual será remitida por la vía diplomática a todas las potencias contratantes. Las potencias no signatarias podrán adherirse a la presente declaración. Para ello tendrán que hacer conocer a las Potencias contratantes su adhesión por medio de una notificación escrita, dirigida al Gobierno de los Países Bajos y comunicada por éste a las demás Potencias contratantes. Si ocurriese que alguna de las Altas Partes contratantes denunciase la presente declaración, esta denuncia no produciría sus efectos hasta un año después de hecha la notificación por escrito al Gobierno de los Países Bajos y comunicada inmediatamente por éste a las demás Potencias contratantes. Esta denuncia sólo producirá sus efectos con respecto a la Potencia que la haya notificado.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios han firmado la presente declaración y la han sellado con el de sus armas. Hecho en El Haya a 29 de julio de 1899, en un solo ejemplar, que quedará depositado en los Archivos del Gobierno de los Países Bajos, y del cual serán remitidas por la vía diplomática copias certificadas a las Potencias contratantes.

(Siguen las firmas de los Plenipotenciarios).

**DECLARACION
RELATIVA A PROYECTILES QUE TIENEN POR UNICO OBJETO
DESARROLLAR GASES ASFIXIANTES O DELETEREOS**

Los abajo firmados, Plenipotenciarios de las Potencias representadas en la Conferencia Internacional de la Paz de El Haya debidamente autorizados a este efecto por sus Gobiernos, inspirándose en los sentimientos expresados en la Declaración de San Petersburgo de 29 de noviembre / 11 de diciembre de 1868, declaran:

Las Potencias contratantes se prohíben el empleo de proyectiles que tengan por único objeto el esparcir gases asfixiantes o delectereos. La presente declaración sólo es obligatoria para las Potencias contratantes, en caso de guerra entre dos o más de ellas. Dejará de ser obligatoria desde el instante en que una guerra entre Potencias contratantes, una Potencia no contratante se uniese a uno de los beligerantes. La presente declaración será ratificada en el plazo más breve posible. Las ratificaciones serán depositadas en El Haya. Del depósito de cada ratificación se extenderá acta, una copia certificada del cual será remitida por la vía diplomática a todas las Potencias contratantes. Las potencias no signatarias podrán adherirse a la presente declaración. Tendrán para ello que hacer conocer su adhesión a las Potencias contratantes por medio de una notificación escrita, dirigida al Gobierno de los Países Bajos y comunicada por éste a las demás Potencias contratantes. Si una de las Altas Partes contratantes denunciase la presente declaración, esta denuncia no produciría sus efectos hasta un año después de hecha la notificación por escrito al Gobierno de los Países Bajos y comunicada inmediatamente por éste a todas las demás Potencias contratantes. Esta denuncia sólo producirá sus efectos con respecto a la Potencia que la haya notificado.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios han firmado la presente declaración y la han sellado con el de sus armas. Hecho en El Haya el 29 de julio de 1899 en un solo ejemplar, que quedará depositado en los Archivos del Gobierno de los Países Bajos, y del cual se remitirán por la vía diplomática copias certificadas a las Potencias contratantes.

(Siguen las firmas de los Plenipotenciarios).

DOCUMENTO 3

TRATADO DE LOS LIMITES ENTRE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS Y FRANCESAS EN LA COSTA OCCIDENTAL DE AFRICA (PARIS, 27 - JUNIO - 1900). AMAE. Serie tratados. Caja Nº 559

Su Majestad el Rey de España y, en su nombre, Su Majestad la Reina Regente del Reino, y el Presidente de la República Francesa, deseando estrechar los lazos de amistad y de buena vecindad que existen entre ambas Naciones, han decidido concluir con tal objeto un Convenio especial para determinar los límites de las posesiones españolas y francesas del Africa Occidental, en la costa del Sahara y en la del Golfo de Guinea, y han nombrado como sus plenipotenciarios, a saber.

El Rey de España, y en su nombre su Majestad la Reina Regente, al Excelentísimo Señor don Fernando de León y Castillo, Caballero del Collar de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Gran Cruz de la Legión de Honor, Académico de número de la de Ciencias Morales y Políticas de Madrid, su Embajador Extraordinario y Plenipotenciario cerca del Presidente de la República Francesa;

Y el Presidente de la República Francesa, al Excelentísimo Señor don Th. Delcassé, Diputado, Ministro de Negocios Extranjeros de la República Francesa, Caballero de la Legión de Honor, Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III.

Quienes, después de haberse comunicado sus plenos poderes, y de haberlos hallado en buena y debida forma, han convenido los artículos siguientes:

ARTICULO 1º

En la costa del Sahara, el límite entre las posesiones españolas y francesas seguirá una línea que, partiendo del punto que se indica en la carta de detalle A, yuxtapuesta a la carta que forma el anejo 2 al presente Convenio, punto situado en la costa occidental de la península del Cabo Blanco, entre la extremidad de este Cabo y la bahía del Oeste, se dirigirá por el centro de dicha península, y después, dividiendo a ésta por mitad en cuanto el terreno lo permita, subirá hacia el Norte hasta encontrarse con el paralelo 21º 20' de latitud Norte. La frontera continuará al Este por el 21º 20' de latitud Norte hasta la intersección de este paralelo con el meridiano 15º 20' Oeste de París, (13º Oeste de Greenwich). Desde este punto, la línea de demarcación seguirá en la dirección del Noroeste describiendo, entre los meridianos 15º 20' Oeste de París (13º y 14º Oeste de Greenwich), una curva trazada de modo que deje a Francia las salinas de la región de Idjil con sus dependencias, manteniéndose la frontera por lo menos a una distancia de 20 kilómetros del límite exterior de dichas salinas. Desde el punto de encuentro de esta curva con el meridiano 15º 20' Oeste de París (13º Oeste de Greenwich), la frontera se dirigirá lo más directamente posible hasta la intersección del Trópico de Cáncer con el

meridiano 14° 20' Oeste de París (12° Oeste de Greenwich) y se prolongará por este último meridiano en la dirección del Norte.

Queda entendido que, en la región del Cabo Blanco, la delimitación que deberá practicar la Comisión especial a que se refiere el artículo 8° del presente Convenio, se efectuará de manera que la parte occidental de la península, incluso la bahía del Oeste, se adjudique a España, y que el Cabo Blanco propiamente dicho y la parte oriental de la misma península sean para Francia.

ARTICULO 2º

En el canal situado entre la punta del Cabo Blanco y el Banco de la Bayadera, así como en las aguas de la Bahía del Galgo, limitada por una línea que una la extremidad del Cabo Blanco a la punta llamada de la Coquille (carta de detalle A, yuxtapuesta a la carta que forma el anejo 2 al presente Convenio) los súbditos españoles continuarán, como hasta ahora, ejerciendo la industria de la pesca, al mismo tiempo que los sometidos a la jurisdicción francesa. Los pescadores españoles podrán entregarse en la ribera de dicha bahía a todas las operaciones accesorias de la misma industria, tales como secar las redes, componer sus utensilios, preparar el pescado. Podrán en los mismos límites levantar construcciones de poca importancia y establecer campamentos provisionales, debiendo estas construcciones y campamentos ser deshechos por los pescadores españoles cada vez que se hagan de nuevo a alta mar; todo esto bajo la condición expresa de no causar daño en ningún caso ni en ningún tiempo a las propiedades públicas o privadas.

ARTICULO 3º

La sal extraída de las salinas de la región de Idjil, enviada directamente por tierra a los territorios españoles de la costa del Sahara no será sometida a derecho alguno de exportación.

ARTICULO 4º

El límite entre las posesiones españolas y francesas del Golfo de Guinea partirá del punto de intersección del thalweg del río Muni con una línea recta trazada desde la punta Coco Beach hasta la punta Dieké. Después seguirá por el thalweg del río Muni y el del río Utamboni hasta el punto en que este último río es cortado por primera vez por el primer grado de latitud Norte, y se confundirá con este paralelo hasta su intersección con el grado 9° de longitud Este de París (11° 20' Este de Greenwich).

A partir de este punto, la línea de demarcación estará formada por dicho meridiano 9° Este de París hasta su encuentro con la frontera meridional de la colonia alemana de Camorones.

ARTICULO 5º

Los buques franceses disfrutarán para la entrada por mar en el río Muni, en las aguas territoriales españolas, de todas las facilidades que tengan los buques españoles. En concepto de reciprocidad, los buques españoles serán objeto del mismo trato en las aguas territoriales francesas.

La navegación y la pesca serán libres para los súbditos españoles y franceses en los ríos Muni y Utamboni.

La policía de la navegación y de la pesca en estos ríos, en las aguas territoriales españolas y francesas, en las inmediaciones de la entrada del río Muni, así como las demás cuestiones relativas a las relaciones entre fronterizos, las disposiciones concernientes al alumbrado, valisaje, arreglo y aprovechamiento de las aguas, serán objeto de convenios entre los dos Gobiernos.

ARTICULO 6º

Como los derechos y ventajas que se derivan de los artículos 2º, 3º y 5º del presente Convenio se han estipulado por razón del carácter limítrofe o común de las bahías, desembocaduras, ríos y territorios antes mencionados, quedarán exclusivamente reservados a los súbditos de ambas Altas Partes Contratantes y no podrán en manera alguna ser traspasados o concedidos a los de otras naciones.

ARTICULO 7º

En el caso de que el Gobierno Español quisiera ceder, en cualquier concepto, en todo o en parte, las posesiones que le son reconocidas por los artículos 1º y 4º del presente Convenio, así como las Islas Elobey y la Isla de Corisco, vecinas al litoral del Congo Francés, el Gobierno Francés tendrá derecho de preferencia, en las mismas condiciones que se propongan al Gobierno Español.

ARTICULO 8º

Las fronteras determinadas por el presente Convenio quedan inscritas en las cartas adjuntas (anejos nº 2 y 3) con las reservas formuladas en el anejo nº 1 al presente Convenio.

Ambos Gobiernos se comprometen a designar, en el plazo de cuatro meses, contando desde la fecha del canje de las ratificaciones, Comisarios que serán encargados de trazar sobre el terreno las líneas de demarcación entre las posesiones españolas y francesas, de conformidad y con arreglo al espíritu de las disposiciones del presente Convenio.

Queda convenido entre las dos Potencias Contratantes que cualquier cambio ulterior en la posición del thalweg de los ríos Muni y Utamboni no afectará los derechos de propiedad sobre las islas que se adjudiquen a cada una de las dos Potencias en el acta de los Comisarios, debidamente aprobada por ambos Gobiernos.

ARTICULO 9º

Las dos Potencias Contratantes se comprometen recíprocamente a tratar con benevolencia a los Jefes que, habiendo celebrado tratados con una de ellas, queden en virtud del presente Convenio bajo la soberanía de la otra.

ARTICULO 10º

El presente Convenio será ratificado y las ratificaciones serán canjeadas en París, en el plazo de seis meses, o antes si es posible.

EN FE DE LO CUAL los infrascritos han extendido el presente Convenio en el que han puesto sus sellos.

Hecho por duplicado en París, el 27 de junio de 1900.

ANEJO N°1

Aunque el trazado de las líneas de demarcación en las cartas anejas al presente Convenio (anejos nº 2 y 3) se suponga generalmente exacto, no se lo puede considerar como una representación absolutamente correcta de estas líneas hasta que haya sido confirmado por nuevos planos.

Queda, pues, convenido que los Comisarios o Delegados locales de ambas Naciones que sean encargadas ulteriormente de determinar sobre el terreno los límites de todo o parte de las fronteras, deberán basarse en la descripción de éstas, tal como está formulada en el Convenio. Al mismo tiempo podrán modificar dichas líneas de demarcación con objeto de determinarlas con mayor exactitud y de rectificar la posición de las líneas divisorias de los caminos o ríos, así como de las ciudades o pueblos indicados en las cartas antes mencionadas.

Los cambios o correcciones propuestos de común acuerdo por dichos Comisarios o Delegados se someterán a la aprobación de los Gobiernos respectivos.

DOCUMENTO 4

TRATADO DE CESION A LOS ESTADOS UNIDOS DE LAS ISLAS DE SIBUTU Y CAGAYAN DE JOLO (WASHINGTON, 7 - NOVIEMBRE - 1900). AMAE. Serie tratados. Caja N° 561

Su Majestad la Reina Regente de España, en nombre de Su Augusto Hijo, Don Alfonso XIII, y Los Estados Unidos de América, deseando evitar cualquier desavenencia a que pudiera dar lugar la interpretación del artículo III del Tratado de Paz, firmado por ambas Partes contratantes en París, el día diez de diciembre del año mil ochocientos noventa y ocho, en virtud del cual España cede a los Estados Unidos el Archipiélago conocido con el nombre de Islas Filipinas, y que constituyen las islas situadas dentro de los límites que en el mismo se expresan, han resuelto celebrar un Tratado con el fin de alcanzar el indicado propósito, nombrando Plenipotenciarios:

Su Majestad la Reina Regente de España, al Duque de Arcos, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de España en los Estados Unidos y el Presidente de los Estados Unidos a John Hay, Secretario de Estado de los Estados Unidos.

Los cuales, reunidos en la ciudad de Washington, después de haberse comunicado sus plenos poderes, que fueron hallados en buena y debida forma, han convenido en el artículo único siguiente:

ARTICULO UNICO

España renuncia en favor de los Estados Unidos a todo título o derecho que, al firmarse el Tratado de Paz de París, hubiese podido tener sobre cada una o todas las Islas pertenecientes al Archipiélago Filipino, situadas fuera de los límites especificados en el artículo III de dicho Tratado de París, y especialmente a las Islas de Cagayán de Joló y Sibutú y sus dependencias; y conviene en que todas ellas queden comprendidas en la cesión del Archipiélago, en idénticas condiciones a aquellas que fueron expresamente incluidas dentro de la mencionada delimitación.

Los Estados Unidos, en atención a esta renuncia, pagarán a España la suma de cien mil dollars (\$100.000) dentro del plazo de seis meses a contar desde el día del canje de ratificaciones del presente Tratado.

El presente Tratado será ratificado por Su Majestad la Reina Regente de España, previa aprobación de las Cortes del Reino, y por el Presidente de los Estados Unidos, con el consentimiento y consejo del Senado, y se canjearán las ratificaciones en Washington en el más breve plazo posible.

En fe de lo cual los respectivos Plenipotenciarios firman y sellan el Tratado.

Hecho por duplicado en la ciudad de Washington el día 7 de noviembre del año mil novecientos.

DOCUMENTO 5

PROYECTO DE TRATADO HISPANO-FRANCES RELATIVO A MARRUECOS DE 1902. RAVENTOS Y NOGUER, M. y OYARZABAL VELARDE, I. DE, Colección de textos internacionales, Tomo I, Ed. Bosch, Casa Editorial, Barcelona, 1936. PP. 24-28.

El Gobierno de S. M. el Rey de España y el Gobierno de la República francesa, complaciéndose en hacer constar las relaciones cordiales que existen entre España y Francia, y queriendo fortificarlas aún en el porvenir para el bien común de los dos Países, han convenido las disposiciones siguientes:

ARTICULO 1º

Francia, por la comunidad de fronteras, España por la posesión de los presidios, tienen un interés preeminente en el mantenimiento de la independencia territorial, política, económica, administrativa, militar y financiera de Marruecos.

No celebrarán, pues, con otra Potencia cualquiera, Convenio alguno de ninguna clase, ni se asociarán directa ni indirectamente a ningún acto que tuviera por objeto, sea favorecer en él el establecimiento de una influencia extranjera, sea de perjudicar en él la acción legítima y los intereses de una de ellas.

ARTICULO 2º

Si, por debilidad del Gobierno marroquí, por su impotencia para mantener el orden y la seguridad, o por cualquier otra causa, el mantenimiento del statu quo se hiciera imposible, el Gobierno de la República francesa y el Gobierno de S. M. el Rey de España determinarán como sigue los límites dentro de los cuales cada uno de ellos tendrá el derecho exclusivo de restablecer la tranquilidad, de proteger la vida y los bienes de las personas y de garantizar la libertad de las transacciones.

ARTICULO 3º

De una parte:

La línea de demarcación entre las esferas de influencia francesa y española partirá de la intersección del meridiano 14º 20' Oeste de París (12º Oeste de Greenwich) a que se refiere el Convenio de 27 de junio de 1900, con el 26º de latitud Norte que seguirá hacia el Este hasta su intersección con el camino trazado por la línea de puntos en el mapa que forma el anejo número 1 del presente Convenio y uniendo Bir el-Abbas con Mader In Ougadir, pasando por Tindonf.

De este punto de encuentro subirá en la dirección del Noroeste y hasta su intersección con el camino trazado con el Oued Merkala, dicho camino, cuyo uso será común en esta sección a los súbditos franceses y españoles el suelo del camino, así como el Tindonf y de su arrabal, quedando, sin embargo, en la esfera de influencia francesa. A partir de este punto de intersección, la línea de demarcación

remontará el Thalweg del Oued Merkala hasta su nacimiento, para ganar de allí, directamente por el paralelo que pasa por dicho nacimiento, el 10º de longitud Oeste de París (7º 40' Oeste de Greenwich), que seguirá hacia el Norte hasta su encuentro con el Oued Oraa.

En seguida remontará por un Thalweg, Oued Oraa, luego el Oued Jdermi y luego el Oued Irivi hasta su nacimiento.

De este punto la línea de demarcación se unirá lo más directamente posible con la cumbre llamada Djebel Tirona, y de esta cumbre ganará el nacimiento más cercano del Oued Sous y descenderá por el Oued de este río hasta el Océano Atlántico.

Queda entendido que para el comercio de las caravanas del Sur, el Gobierno español podrá establecer depósitos en Tindouf, donde dichas caravanas tendrán igualmente derecho al uso del agua.

De otra parte:

La línea de demarcación entre las esferas de influencia francesa y española partirá, en la costa del Océano Atlántico, de la desembocadura del Oued Sebú, del cual remontará el Thalweg desde el mar hasta su confluencia con el Oued Mikkes. Remontará en seguida por sus Thalweg, este río y aquel de sus brazos que pasa por Mehdouma.

Del nacimiento de esta última corriente, la línea de demarcación ganará directamente la cresta del Djebel Beni Mtir, que seguirá, así como la cresta del Djebel Ait Joussi, hasta el Oued Sebú, del cual remontará en seguida el Thalweg, así como el de su primer afluente a la derecha. Del nacimiento de esta última corriente ganará, lo más directamente posible, el nacimiento del afluente más próximo del Oued Bou Sennelan y descenderá el Thalweg de este río hasta el Oued Juaneu. Seguirá en seguida el Thalweg de este río hasta su nacimiento, para unirse lo más directamente posible al curso del Oued Messoun, a partir del punto en que el camino de Taza a Uxda atraviesa este río por segunda vez por debajo de Ressba-Messoun, quedando esta localidad dentro de la esfera de influencia francesa. De este punto, la línea de demarcación descenderá el Thalweg del Oued Messoun, y luego el del Muluya hasta el mar Mediterráneo.

Queda entendido que en el territorio reconocido a España por este último párrafo y comprendido entre el Oued Bou Sennelan, el Djebel Ait Toussi, el Djebel Beni Mtir y el Oued Mikkel, la línea de demarcación precitada será trazada de manera que permita a Francia construir un camino o un ferrocarril que se acercará lo más posible del Djebel Ait Toussi y del Djebel Beni Mtir. Lo mismo se hará entre el Oued Bou Sennelan y el Muluya, debiendo siempre la línea de demarcación acercarse lo posible a la línea descrita en el párrafo precedente. A cambio del terreno que de este modo hubiese sido inducido a tomar para la construcción de este camino o de este ferrocarril, Francia cederá a España en las mismas regiones un terreno de igual superficie.

ARTICULO 4º

Las dos Altas Partes contratantes, reconociendo la importancia de la posición de Tánger con relación a la necesaria libertad del Estrecho de Gibraltar, no se opondrán eventualmente a la neutralización de esta ciudad.

ARTICULO 5º

Afirmándose el carácter absolutamente pacífico del presente Convenio, las dos Altas Partes contratantes deciden que si durante el período del statu quo, una de las dos Altas Partes contratantes, a consecuencia de un agravio, de un perjuicio, de una amenaza a sus intereses se viera obligada para obtener satisfacción a ejercer una acción coercitiva temporal sobre un punto cualquiera del territorio marroquí, dará conocimiento previo a la otra de la necesidad en que se encuentra.

ARTICULO 6º

En las cuestiones que pudieran producirse a propósito del presente Convenio, las dos Altas Partes contratantes se prestarán una a otra el apoyo de su diplomacia.

ARTICULO 7º

Los buques franceses gozarán para el acceso por mar del Oued Sous, del Oued Sebú y del Muluya en las aguas territoriales españolas de todas las facilidades de que podrán beneficiarse los buques españoles. Lo mismo ocurrirá, a título de reciprocidad, para los buques españoles en las aguas territoriales francesas.

La navegación y la pesca serán libres para los súbditos franceses y españoles en los ríos o en las partes de los ríos comunes.

La policía de la navegación y de la pesca en estos ríos, o en estas partes de los ríos, en aguas territoriales francesas o españolas en las cercanías del Oued Sous, del Oued Sebú y del Muluya, así como las demás cuestiones relativas al alumbrado, al balizamiento, a la aplicación y disfrute de las aguas, serán objeto de arreglos concertados entre los dos Gobiernos.

Los derechos y ventajas que derivan del presente artículo, siendo estipulados en razón del carácter común o limítrofe de las bahías, desembocaduras o ríos susodichos, serán exclusivamente reservados a los súbditos de las dos Altas Partes contratantes, y no podrán de ninguna manera ser transmitidos o concedidos a los súbditos de otras Naciones.

ARTICULO 8º

No será establecido en las esferas de influencia delimitadas por el presente Convenio ningún derecho diferencial en materia de navegación, de Aduanas, de transportes por ferrocarril, y generalmente ningún privilegio de orden comercial.

Se darán todas las facilidades de tránsito y circulación para el comercio procedente del interior o que allí se dirijan, en y por los territorios reconocidos como

formando parte de la esfera de influencia española por el párrafo 1º del artículo 3º del presente Convenio.

ARTICULO 9º

Ninguna de las dos Altas Partes contratantes podrá, sin consentimiento de la otra, alienar, en todo o en parte, los territorios puestos bajo su esfera de influencia.

ARTICULO 10º

Las líneas de demarcación determinadas por el artículo 3º del presente Convenio, serán trazadas sobre los mapas adjuntos (anejos números 1 y 2). En caso de que hubiera lugar a aplicarlas sobre el terreno, queda convenido que se tendrá en cuenta, en la medida de lo posible, la posición de la tribus limítrofes.

ARTICULO 11º

Estando destinado el presente Convenio a permanecer secreto, no podrá ser divulgado, comunicado o publicado, en todo o en parte, sin un acuerdo previo entre las dos Altas Partes contratantes.

En fe de lo cual, los abajo firmantes debidamente autorizados por sus Gobiernos respectivos, han formulado el presente Convenio, que han revestido de sus sellos. Hecho en..... en doble ejemplar el.....

DOCUMENTO 6

CONVENIO DE ARBITRAJE ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA (PARIS, 26 - FEBRERO - 1904). AMAE. Serie tratados. Caja Nº 33

El Gobierno de S. M. el Rey de España y el Gobierno de la República francesa, firmantes del Convenio ajustado para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales en La Haya el 29 de julio de 1899:

Considerando que por el artículo 19º de dicho Convenio las Altas Partes Contratantes se han reservado la facultad de celebrar acuerdos con el objeto de recurrir al arbitraje en todos los casos que ellas juzguen posible someter a tal procedimiento;

Han autorizado a los infrascritos a convenir en las disposiciones siguientes:

ARTICULO 1º

Las diferencias de índole jurídica o relativas a la interpretación de los Tratados existentes entre las dos Partes Contratantes que llegasen a surgir entre ellas y que no hubiese sido posible arreglar por la vía diplomática, serán sometidas al Tribunal permanente de Arbitraje, instituido en La Haya por el Convenio de 29 de julio de 1899, a condición, sin embargo, de que tales diferencias no afecten a los intereses vitales, la independencia o el honor de los dos Estados Contratantes y que no conciernen a los intereses de terceras Potencias.

ARTICULO 2º

En cada caso particular las Altas Partes Contratantes firmarán, antes de dirigirse al Tribunal permanente de Arbitraje, un compromiso especial que determinará claramente el objeto del litigio, extensión de los poderes de los árbitros y los plazos que deben observarse en lo que concierne a la constitución del Tribunal Arbitral y el procedimiento que deba seguirse.

ARTICULO 3º

El presente Convenio durará cinco años, contados desde el día de la firma.

Hecho en París por duplicado, el 26 de febrero de 1904.-- LEON Y CASTILLO.--DELCASSE.

DOCUMENTO 7

CONVENIO DE ARBITRAJE ENTRE ESPAÑA Y GRAN BRETAÑA (LONDRES, 27 - FEBRERO - 1904). AMAE. Serie tratados. Caja Nº 34

El Gobierno de S. M. Católica y el Gobierno de S. M. Británica, firmantes del Convenio ajustado para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales en La Haya el 29 de julio de 1899:

Considerando que por el artículo 19º de dicho Convenio las Altas Partes Contratantes se han reservado la facultad de celebrar acuerdos con el objeto de recurrir al arbitraje en todos los casos que ellas juzguen posible someter a tal procedimiento;

Han autorizado a los infrascritos a convenir en las disposiciones siguientes:

ARTICULO 1º

Las diferencias de índole jurídica o relativas a la interpretación de los Tratados existentes entre las dos Partes Contratantes que llegasen a surgir entre ellas, y que no hubiese sido posible arreglar por la vía diplomática, serán sometidas al Tribunal permanente de Arbitraje, instituido en La Haya por el Convenio de 29 de julio de 1899, a condición, sin embargo, de que tales diferencias no afecten a los intereses vitales, la independencia o el honor de los Estados Contratantes y que no conciernen a los intereses de terceras Potencias.

ARTICULO 2º

En cada caso particular las Altas Partes Contratantes firmarán, antes de dirigirse al Tribunal permanente de Arbitraje, un Compromiso especial que determinará claramente el objeto del litigio, extensión de los poderes de los árbitros y los plazos que deba observarse en lo que concierne a la constitución del Tribunal Arbitral y el procedimiento que deba seguirse.

ARTICULO 3º

El presente Convenio durará cinco años, contados desde el día de la firma.

Hecho en Londres, por duplicado, el 27 de febrero de 1904.--MANDAS.--LANSDOWNE.

DOCUMENTO 8

DECLARACION ENTRE INGLATERRA Y FRANCIA ACERCA DE EGIPTO Y MARRUECOS (LONDRES, 8 - ABRIL - 1904). RAVENTOS Y NOGUER, M. y OYARZABAL VELARDE, I. de, Colección de textos internacionales, Tomo I, Ed. Bosch, Casa Editorial, Barcelona, 1936, pp. 28-31.

ARTICULO 1º

El Gobierno de S. M. Británica declara que no tiene intención de cambiar el estado político de Egipto.

Por su parte, el Gobierno de la República francesa declara que no pondrá obstáculos a la acción de Inglaterra en este país pidiendo que se fije un plazo a la ocupación británica o de cualquier otro modo, y que se adhiera al proyecto de decreto jeditival anexo al presente arreglo, y que contiene las garantías que se consideran necesarias para la protección de los intereses de los tenedores de la Deuda egipcia, pero con la condición de que una vez promulgado no podrá modificarse sin el consentimiento de las Potencias signatarias del Convenio de Londres de 1885.

Se conviene en que la Dirección general de Antigüedades en Egipto seguirá como hasta aquí confiada a un sabio francés.

Las Escuelas francesas en Egipto seguirán disfrutando de la misma libertad que hasta aquí.

ARTICULO 2º

El Gobierno de la República francesa declara que no tiene la intención de cambiar el estado político de Marruecos.

Por su parte, el Gobierno de S. M. Británica reconoce que corresponde a Francia, especialmente como Potencia cuyos dominios lindan en gran extensión con los de Marruecos, conservar el orden en este país y facilitarle ayuda para todas las reformas administrativas, económicas, financieras y militares que necesita.

Declara que no pondrá obstáculos a la acción de Francia a este efecto, con tal que esta acción conserve intactos los derechos de que goza la Gran Bretaña en Marruecos en virtud de los Tratados, Convenios y usos, incluso el derecho de cabotaje entre los puertos marroquíes de que disfrutaban los buques ingleses desde 1901.

ARTICULO 3º

El Gobierno de S. M. Británica, por su parte, respetará los derechos de que goza Francia en Egipto en virtud de los Tratados, Convenios y usos, incluso el derecho de cabotaje concedido a los buques franceses entre los puertos egipcios.

ARTICULO 4º

Estando ambos Gobiernos igualmente adheridos al principio de la libertad comercial, lo mismo en Egipto que en Marruecos, declaran que no se prestarán a ninguna desigualdad, ya sea en el establecimiento de derechos de

Aduana u otros impuestos, ya en el de tarifas de transportes por ferrocarril.

El comercio de una y otra Nación con Marruecos y con Egipto gozarán del mismo trato en el tránsito a través de las posesiones francesas y británicas en Africa. Un acuerdo entre ambos Gobiernos regulará las condiciones de este tránsito y determinará los puntos de acceso.

Este compromiso mutuo será válido durante un plazo de treinta años, a menos que esta estipulación se denuncie expresamente con un año de anticipación; este plazo se prorrogará de cinco en cinco años.

Sin embargo, el Gobierno de la República francesa en Marruecos y el Gobierno de S. M. Británica en Egipto, se reservarán el derecho a velar por que las concesiones de caminos, ferrocarriles, puertos, etc., se otorguen en condiciones tales que se mantenga intacta la autoridad del Estado sobre estas grandes empresas de interés general.

ARTICULO 5º

El Gobierno de S. M. Británica declara que empleará su influencia con objeto de que los funcionarios franceses que se hallan actualmente al servicio de Egipto no queden en condiciones menos ventajosas que las aplicadas a los funcionarios ingleses del mismo servicio. El Gobierno de la República francesa, por su parte, no haría objeciones a que se concediese condiciones análogas a los funcionarios británicos que se hallan actualmente al servicio de Marruecos.

ARTICULO 6º

Con el fin de asegurar el libre tránsito por el canal de Suez, el Gobierno de S. M. Británica declara que se adhiere a las estipulaciones del Tratado celebrado el 29 de octubre de 1888 y a su aplicación. Quedando garantizado de esta suerte el libre tránsito por el canal, se suspenderá el cumplimiento de la última frase del párrafo 1º y la del párrafo 2º del artículo 8º de ese Tratado.

ARTICULO 7º

Con el fin de asegurar el libre tránsito del Estrecho de Gibraltar, ambos Gobiernos convienen en no permitir que se levanten fortificaciones u obras estratégicas cualesquiera en la parte de la costa marroquí comprendida entre Melilla y las alturas que dominan la orilla derecha del Sebú, exclusivamente.

Sin embargo, esta disposición no se aplica a los puntos actualmente ocupados por España en la costa marroquí del Mediterráneo.

ARTICULO 8º

Ambos Gobiernos, inspirándose en sus sentimientos de sincera amistad con España, toman en especial consideración los intereses que este país deriva de su posición geográfica y de sus posesiones territoriales en la costa marroquí del Mediterráneo, con respecto a los cuales el Gobierno francés llegará a un acuerdo con el Gobierno

español. El acuerdo a que pueda llegarse acerca de este asunto entre Francia y España se comunicará al Gobierno de S. M. Británica.

ARTICULO 9º

Ambos Gobiernos convienen en prestarse el apoyo de su diplomacia para el cumplimiento de las cláusulas de la presente Declaración relativa a Egipto y Marruecos.

En fe de lo cual, S. E. el Embajador de la República francesa cerca de S. M. el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda y de los territorios británicos de Ultramar, Emperador de la India, y el primer Secretario de Estado para los Negocios Extranjeros de S. M. Británica, debidamente autorizados a este efecto, han firmado la presente Declaración y han puesto en ella sus sellos.

Hecho por duplicado en Londres a 8 de abril de 1904.-- LANSDOWNE.-- PAUL CAMBON.

ARTICULOS SECRETOS

ARTICULO 1º

En el caso en que uno de los Gobiernos se viera obligado, por la fuerza de las circunstancias, a modificar su política con respecto a Egipto y a Marruecos, los compromisos que han contraído recíprocamente por los artículos 4º, 6º y 7º de la Declaración de este día permanecerían intactos.

ARTICULO 2º

El Gobierno de S. M. Británica no tiene la intención de proponer por ahora a las Potencias ninguna modificación del régimen de las Capitulaciones ni de la organización judicial de Egipto.

En el caso en que se considerase oportuno introducir en Egipto reformas que tiendan a asimilar el sistema legislativo de Egipto al vigente en otros países civilizados, el Gobierno de la República francesa no se negaría a estudiar estas proposiciones pero con la condición de que el Gobierno de S. M. Británica aceptase el estudio de las indicaciones que el Gobierno de la República francesa pudiera hacerle con el fin de implantar en Marruecos reformas del mismo género.

ARTICULO 3º

Ambos Gobiernos convienen en que una cierta extensión de territorio marroquí adyacente a Melilla, Ceuta y demás presidios debe caer dentro de la esfera de influencia española el día en que el sultán deje de ejercer sobre ellas su autoridad, y que la administración desde la costa de Melilla hasta las alturas de la orilla derecha del Sebú debe confiarse exclusivamente a España.

Sin embargo, España deberá dar previamente su adhesión formal a las disposiciones de los artículos 4º y 7º de la Declaración de este día y comprometerse a cumplirlas.

Se comprometerá, además, a no enajenar todo o parte de los territorios colocados bajo su autoridad o en su esfera de influencia.

ARTICULO 4º

Si España, al ser invitada a adherirse a las disposiciones del artículo anterior, creyera deber abstenerse, el arreglo entre Francia y la Gran Bretaña, tal y como resulta de la Declaración de este día, no dejaría por eso de aplicarse inmediatamente.

ARTICULO 5º

En el caso de que no se obtuviese la adhesión de las Potencias al proyecto de decreto mencionado en el artículo 1º de la Declaración de este día, el Gobierno de la República francesa no se opondrá al reembolso a la par, a partir del 15 de julio de 1910, de las deudas garantizada, privilegiada y unificada.

Hecho por duplicado en Londres a 8 de abril de 1904.-- LANSDOWNE.-- PAUL CAMBON.

DOCUMENTO 9

DECLARACION HISPANO-FRANCESA ACERCA DE MARRUECOS (PARIS, 3 - OCTUBRE - 1904). AMAE. Serie tratados. Caja N° 46

El Gobierno de S. M. el Rey de España y el Gobierno de la República francesa, habiéndose puesto de acuerdo para fijar la extensión de sus derechos y la garantía de sus intereses, que resulta, para España, de sus posesiones en la costa de Marruecos, y para Francia, de sus posesiones argelinas, y habiendo el Gobierno de S. M. el Rey de España, en consecuencia, dado su adhesión a la Declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904, relativa a Marruecos y Egipto, que le fue comunicada por el Gobierno de la República francesa, declaran que permanecen firmemente adictos a la integridad del Imperio de Marruecos, bajo la soberanía del Sultán.

En fe de lo cual los infrascritos, el Excmo. Sr. Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de S. M. el Rey de España cerca del Presidente de la República francesa y el Excmo. Sr. Ministro de Negocios Extranjeros, debidamente autorizados con este objeto, han extendido la presente Declaración, en la que han puesto sus sellos.

Hecho por duplicado en París el 3 de octubre de 1904.-- F. DE LEON Y CASTILLO.-- DELCASSE.

DOCUMENTO 10

CONVENIO HISPANO-FRANCES ACERCA DE MARRUECOS (PARIS, 3-OCTUBRE - 1904). AMAE. Serie tratados. Caja N° 46

ARTICULO 1º

España se adhiere, en los términos del presente Convenio, a la Declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904 relativa a Marruecos y Egipto.

ARTICULO 2º

La región situada al Oeste y al Norte de la línea que se determina a continuación, constituye la esfera de influencia que resulta para España de sus posesiones sobre la costa marroquí del Mediterráneo.

En esta zona queda reservada a España la misma acción que se reconoce a Francia por el párrafo 2º del artículo 2º de aquella Declaración de 8 de abril de 1904 relativa a Marruecos y a Egipto.

Sin embargo, en consideración a las dificultades actuales y a la conveniencia recíproca de allanarlas, España declara que no ejercerá esa acción sino de acuerdo con Francia, durante el primer período de aplicación del presente Convenio, cuyo período no podrá exceder de quince años, contados desde la firma de este mismo Convenio.

Por su parte, durante el mismo período, deseando Francia que los derechos y los intereses reconocidos a España por el presente Convenio sean siempre respetados, dará conocimiento previo al Gobierno del Rey de su acción cerca del Sultán de Marruecos en lo que toque a la esfera de influencia española.

Terminado este primer período, y mientras se mantenga el statu quo, la acción de Francia cerca del Gobierno marroquí, en lo que afecte a la esfera de influencia reservada a España, no se ejercerá sino de acuerdo con el Gobierno español.

Durante el referido primer período, el Gobierno de la República francesa hará cuanto le sea posible para que en dos de los puertos con Aduana de la región en este artículo determinada, el Delegado establecido por el Representante general de los portadores del empréstito marroquí de 12 de julio de 1904 sea de nacionalidad española.

La línea arriba indicada partirá de la embocadura del río Muluya, en el mar Mediterráneo, y subirá por el thalweg de este río hasta la alineación de la cresta de las alturas más cercanas de la orilla izquierda del río Defla.

De este punto, y sin que en ningún caso pueda cortar el curso del Muluya, la línea de demarcación irá lo más directamente posible a unirse con la línea superior que separa las cuencas del Muluya y del Yuanen de la del río Kert, para seguir hacia el Oeste por la cresta que separa las cuencas del río Yuanen y del Sebú de las del río Kert y del río Onesgha para ganar por la cresta más septentrional el Djebel Moulai Bon Chta.

Subirá en seguida hacia el Norte, conservándose a una distancia al menos de 25 kilómetros al Este del camino

de Fez a Kzar el Kebir por Uazan, hasta el encuentro con el río Loukkos o río de Kous, del que bajará por su thalweg hasta una distancia de cinco kilómetros antes del cruce de este río con el citado camino de Kzar el Kebir por Uazan. De este punto irá lo más directamente posible a la orilla del Océano Atlántico por encima de la laguna de Ez-zerga.

Esta delimitación es de conformidad con la carta o mapa anejo al presente Convenio, marcada con el número 1.

ARTICULO 3º

En el caso de que el estado político de Marruecos y el Gobierno xerifiano no pudieran ya subsistir o si por la debilidad de ese Gobierno y por su impotencia persistente para afirmar la seguridad y el orden públicos, o por cualquier otra causa que se haga constar de común acuerdo, el mantenimiento del statu quo fuese imposible, España podrá ejercitar libremente su acción en la región delimitada en el presente artículo, que constituye desde ahora su zona de influencia.

ARTICULO 4º

Habiendo concedido a España el Gobierno marroquí, por el artículo 8º del Tratado de 26 de abril de 1860, un establecimiento en Santa Cruz de Mar Pequeña (Ifni), queda entendido que el territorio de este establecimiento no se extenderá más allá del curso del río Tazeroualt, desde su nacimiento hasta su confluencia con el río Mesa y el curso del río Mesa desde su confluencia hasta el mar, según se ve en la carta o mapa número 2 anejo a este Convenio.

ARTICULO 5º

Para completar la delimitación indicada por el artículo 1º del Convenio de 27 de junio de 1900, queda entendido que la demarcación entre las zonas e influencia española y francesa partirá de la intersección del meridiano 14º 20' Oeste de París con el 26º de latitud Norte, que seguirá hacia el Este hasta su encuentro con el meridiano 11º Oeste de París. Subirá después este meridiano hasta su encuentro con el río Draa y en seguida el thalweg del río Draa hasta su encuentro con el meridiano 10º Oeste de París, y en fin, el meridiano 10º Oeste de París hasta la línea divisoria de las cuencas del río Draa y del río Sus, y seguirá en la dirección del Oeste la línea también divisoria de las cuencas del río Draa y del río Sus, y luego entre las cuencas costeras del río Mesa y del río Num hasta el punto más cercano del nacimiento del río Tazeroualt.

Esta delimitación es la trazada en la carta o mapa, número ya citado, que es anejo.

ARTICULO 6º

Los artículos 4º y 5º son aplicables conjuntamente con el artículo 2º del presente Convenio.

Sin embargo, el Gobierno de la República francesa admite que España se establezca en cualquier momento en la parte definida por el artículo 4º, a condición de haberse entendido previamente con el Sultán.

Igualmente el Gobierno de la República francesa reconoce, desde luego, al Gobierno español plena libertad de acción sobre la región comprendida entre los grados 26º y 27º 40' de latitud Norte y el meridiano 11º Oeste de París que están fuera del territorio marroquí.

ARTICULO 7º

España se compromete a no enajenar ni ceder bajo ninguna forma, siquiera sea a título temporal, todo o parte de los territorios designados en los artículos 2º, 4º y 5º de este Convenio.

ARTICULO 8º

Si en la aplicación de los artículos 2º, 4º y 5º del presente Convenio se impusiera una acción militar a cualquiera de las dos Partes contratantes, ella advertiría inmediatamente a la otra de su determinación. En ningún caso se apelará al concurso de una Potencia extranjera.

ARTICULO 9º

La ciudad de Tánger conservará el carácter especial que le dan la presencia del Cuerpo Diplomático y sus instituciones municipales y sanitarias.

ARTICULO 10º

Mientras dure el estado político actual, las empresas de obras públicas, caminos de hierro, caminos, canales que partan de un punto cualquiera de Marruecos para llegar a la región indicada por el artículo 2º y viceversa, serán ejecutadas por Sociedades que podrán constituir españoles y franceses.

Del mismo modo será posible a los españoles y franceses asociarse en Marruecos para la explotación de minas, canteras y de empresas de orden económico en general.

ARTICULO 11º

Las escuelas y establecimientos españoles que actualmente existen en Marruecos, serán respetados. La circulación de la moneda española no será impedida ni dificultada. Los españoles continuarán disfrutando en Marruecos los derechos que les aseguren los Tratados, Convenios y usos, incluso el derecho de navegación y de pesca en las aguas y puertos de Marruecos.

ARTICULO 12º

Los franceses disfrutarán en las regiones designadas por los artículos 2º, 4º y 5º del presente Convenio de los mismos derechos que por el artículo precedente están reconocidos a los españoles en el resto de Marruecos.

ARTICULO 13º

En el caso de que el Gobierno marroquí prohibiese en su territorio la venta de armas y municiones, las dos Potencias contratantes se comprometen a adoptar en sus posesiones de Africa las medidas necesarias para impedir que

dichas armas y municiones sean introducidas por contrabando en Marruecos.

ARTICULO 14º

Queda entendido que la zona indicada en el párrafo 1º del artículo 7º de la Declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904, relativa a Marruecos y a Egipto, empieza sobre la costa a 30 kilómetros al sudeste de Melilla.

ARTICULO 15º

En el caso de que la denuncia prevista por el párrafo 3º del artículo 4º de la Declaración franco-inglesa, relativa a Marruecos y a Egipto tenga lugar, los Gobiernos español y francés procederán de concierto para el establecimiento de un régimen económico que responda particularmente a sus recíprocos intereses.

ARTICULO 16º

El presente Convenio se publicará cuando los dos Gobiernos juzguen, de común acuerdo, que la publicación puede hacerse sin inconvenientes.

En todo caso, podrá ser publicado por cualquiera de los dos Gobiernos, una vez terminado el primer período de su aplicación definido en el párrafo 3º del artículo 2º.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios respectivos han firmado el presente Convenio, en el que han puesto sus sellos.

Hecho por duplicado en París el 3 de octubre de 1904.-- LEON Y CASTILLO.-- DELCASSE.

DOCUMENTO 11

**TRATADO ADICIONAL AL HISPANO-FRANCES DE 3 DE OCTUBRE DE 1904
(1 - SEPTIEMBRE - 1905). APR. Caja 15.765/11.**

Señor embajador: En el curso de las conversaciones que yo he tenido el honor de mantener en San Sebastián con Vuestra Excelencia, nos hemos puesto de acuerdo en el interés que había en fijar más en detalle el espíritu y el alcance de las principales cláusulas de la Convención concluida el 3 de octubre de 1904 entre S.M. el Rey de España y S.E. el Presidente de la República francesa, con vistas a determinar la extensión de los derechos de España y la garantía de sus intereses en el Imperio sherifiano, del mismo modo que la extensión de los derechos de Francia y la garantía de sus intereses en Marruecos. Por otra parte al respecto de las deliberaciones de la Conferencia internacional solicitada por el Sultán de Marruecos y cuyo programa debe tener como finalidad fijar las reformas apropiadas a la situación actual, que el Sultán deberá introducir en el Imperio, así como los medios de costear los gastos de estas reformas, convenía determinar por escrito un cierto número de puntos que interesan por igual a nuestros dos países. En consecuencia, Vuestra Excelencia, como representante debidamente autorizado de Su Excelencia el Presidente de la República francesa, está de acuerdo conmigo, como representante debidamente autorizado de S.M. el Rey Alfonso XIII y del Gobierno español, sobre los puntos siguientes:

I- POLICIA DE LOS PUERTOS

Los Cuerpos de Policía Militar deberán estar organizados lo antes posible en los puertos del Imperio sherifiano, debiendo estar formados de tropas indígenas. Francia de acuerdo con España, admite que todos los jefes, oficiales y suboficiales que estarán encargados de la instrucción y del mando de dichas tropas en los puertos de Tetuán y de Larache deberán pertenecer a la nacionalidad española; por su parte España, de acuerdo con Francia, admite que todos los jefes, oficiales y suboficiales que estarán encargados de la instrucción y del mando de las tropas de policía en los puertos de Rabat y de Casablanca, deberán ser de nacionalidad francesa.

En lo que concierne al puerto de Tánger, en razón de las estipulaciones del artículo 9º del Tratado de 3 de octubre de 1904, se ha convenido que la Policía de esta ciudad será confiada a un Cuerpo franco-español mandado por un francés. Este régimen será sometido a revisión a la expiración del período de 15 años, previsto en la Convención del 3 de octubre de 1904.

II- VIGILANCIA Y REPRESION DEL CONTRABANDO DE ARMAS

Conforme al espíritu del artículo 18º de dicho Tratado, y con vista de asegurar su ejecución, se entiende que en tierra la vigilancia y la represión del contrabando de armas estarán a cargo de Francia en la esfera de su

frontera argelina, y a cargo de España en la esfera de todas sus plazas y posesiones africanas.

La vigilancia y la represión de este contrabando en el mar serán confiadas a una División de Navíos de Guerra de las dos potencias, las cuales fijarán los tipos. Esta División será mandada alternativamente, durante un año por un oficial de la Marina de una de las dos potencias, y al año siguiente por un oficial de la Marina de la otra potencia, el mando deberá ser ejercido, el primer año, por un oficial de la Marina francesa.

Los dos Gobiernos establecerán de común acuerdo las reglas a observar para la represión de este contrabando, cuando se trate del ejercicio del derecho de visita, en los casos en que el ejercicio de este derecho sea indispensable para la eficacia de la represión.

III- INTERESES ECONOMICOS Y FINANCIEROS

En vistas de asegurar de una y otra parte en el sentido más amistoso, la exacta interpretación de los artículos 10^a, 11^a y 12^a de la Convención de 3 de octubre de 1904, queda establecido:

1- Que las empresas de trabajos públicos, de ferrocarriles, de caminos y canales, de explotación de minas y canteras, y cualquier otra de carácter comercial e industrial sobre el territorio de Marruecos, podrán ser ejecutados por grupos constituidos por españoles y franceses. Los dos Gobiernos se obligan mutuamente a favorecer por los medios de los que dispongan la creación de estas empresas mutuas sobre la base de la igualdad de los derechos de los asociados, en la proporción del capital invertido.

A la expiración del plazo de 15 años previsto por la Convención de 3 de octubre de 1904, las dos Altas Partes Contratantes podrán ejecutar los trabajos a los cuales se refiere el epígrafe precedente, conforme a las reglas que él indica, en sus zonas de influencia respectivas.

2- Los españoles y los franceses, así como sus establecimientos y escuelas actualmente existentes en el Imperio marroquí, serán respetados; en todo caso, ellos gozarán siempre en Marruecos, en el ejercicio de sus profesiones y la realización de sus operaciones comerciales e industriales en curso o proyectados, de los mismos derechos y privilegios, de modo que, el estado jurídico de los súbditos y de la jurisdicción de las dos naciones sea constantemente el mismo. Las mercancías de los dos países gozarán para su introducción, circulación y venta en el Imperio, de un trato idéntico.

Las dos Altas Partes Contratantes emplearán todos los medios pacíficos en su poder, y se prestarán mutuamente su concurso ante el Sultán y el Maghzen, en vistas de impedir que, tanto en el presente como en el

futuro, esta cláusula no sea modificada por la autoridad marroquí, con respecto al establecimiento de reglas diferentes en lo que concierne al estado jurídico de las personas y las condiciones a las cuales serán sometidas las mercancías de las dos naciones.

3- La moneda de plata española continuará siendo libremente introducida como lo ha sido hasta ahora en el Imperio, sin que directa o indirectamente o a continuación de una medida cualquiera tomada o por tomar, se pueda atentar contra la libertad de introducción y de circulación, así como el valor libre de dicha moneda.

Los dos Gobiernos se obligan respectivamente a no dejar crear obstáculos directos o indirectos a lo que se encuentra enunciado en el epígrafe precedente, por las instituciones comerciales o industriales organizadas en el Imperio marroquí, por sus súbditos respectivos, y a emplear todos los medios pacíficos de los que ellos disponen para las participaciones en el capital y los trabajos de todas las empresas públicas sean ofertadas a los súbditos de las dos naciones.

4- Los Gobiernos español y francés estando de acuerdo sobre la necesidad de crear en Marruecos un establecimiento de crédito bajo la denominación de Banco de Estado o cualquier otra, establecimiento cuya presidencia será reservada a Francia, en razón del mayor número de acciones suscritas por ésta, se ponen de acuerdo igualmente en los siguientes puntos:

A- La participación en acciones de todas clases y las partes de beneficio a reservar para España serán superiores a la parte de cada una de las otras potencias tomadas separadamente, excepto Francia.

B- El personal español de la administración de este establecimiento y el de sus dependencias será proporcional a la parte de capital suscrito por España.

C- Este establecimiento podrá encargarse de trabajos y de servicios públicos en el Imperio de Marruecos, con el consentimiento o en virtud de un acuerdo con el Sultán. El podrá ejecutarlos directamente o bien transferirlos a otros grupos o empresas. Sin embargo, para la ejecución de todos estos trabajos y servicios públicos, las estipulaciones de los epígrafes citados A y B deberán observarse.

5- Los dos Gobiernos español y francés aumentarán, de común acuerdo, el número actual de súbditos españoles delegados, en el servicio de las aduanas del Imperio, reorganizado en garantía del empréstito contratado en

último lugar por el Sultán cerca de los bancos franceses, empréstito en el cual se encuentra englobado el contratado anteriormente por S.M. sherifiana cerca de los bancos españoles.

IV_

Las dos Potencias se comprometen a observar este acuerdo, incluso en el caso en que las estipulaciones del artículo 17 de la Convención de Madrid de 1880 llegasen a ser extendidos a todas las cuestiones de orden económico y financiero. Ellos se esforzarán por su acción pacífica constante cerca del Sultán y del Maghzen, de asegurar el cumplimiento leal de todo lo que estipula el presente acuerdo.

Por otra parte España estando firmemente decidida a ir completamente de acuerdo con Francia en el curso de las deliberaciones de la Conferencia proyectada, y Francia proponiéndose obrar de igual modo con España, la intimación convenida entre los dos Gobiernos según la cual ellos se ayudarán mutuamente y procederán de común acuerdo en las dichas deliberaciones, en lo que concierne a las estipulaciones de la Convención de 3 de octubre de 1904, en su interpretación más amplia y amistosa, como en lo que concierne a los diferentes objetos del presente acuerdo.

Ellos se comprometen en fin a prestarse recíprocamente el concurso pacífico más completo sobre todas las cuestiones de orden general concernientes a Marruecos, así como aquello que comporta la cordial y amistosa entente que existe entre ellos en relación a los asuntos de Imperio sherifiano.

Aceptad, os suplico señor embajador, la expresión de los sentimientos respetuosos con los que yo soy vuestro muy devoto servidor.

El Presidente del Consejo de Ministros Eugenio Montero Ríos.

DOCUMENTO 12

ACTA FINAL DE LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS (ALGECIRAS, 16 - ABRIL - 1906). AMAE. Serie tratados. Caja Nº 68.

CAPITULO PRIMERO

DECLARACION RELATIVA A LA ORGANIZACION DE LA POLICIA

ARTICULO 1º- La conferencia, llamada por S. M. el Sultán a indicar las medidas necesarias para organizar la Policía, declara que las disposiciones que deben adoptarse son las siguientes:

ARTICULO 2º- La Policía será puesta bajo la autoridad soberana de S. M. el Sultán. Será reclutada por el Maizen entre los súbditos musulmanes marroquíes, bajo el mando de caïdes marroquíes, y repartida en los ocho puertos abiertos al comercio.

ARTICULO 3º- Para ayudar al Sultán en la organización de esta Policía, serán puestos a su disposición, con carácter de instructores, oficiales y suboficiales españoles y oficiales y suboficiales franceses, por los Gobiernos respectivos, los cuales someterán la designación a la aprobación de S. M. xerifiana. Un contrato hecho entre el Maizen y los instructores, en conformidad con lo prevenido en el artículo 4º, determinará las condiciones del mismo y fijará el sueldo, que no podrá ser inferior al doble correspondiente al grado de cada oficial o suboficial. Además les será asignada una indemnización de residencia, según las localidades. El Maizen pondrá a su disposición habitaciones en condiciones, y les dará, igualmente, los caballos y el pienso necesarios para el sostenimiento de éstos. Los Gobiernos respectivos se reservan el derecho de llamar de nuevo a los instructores, reemplazándolos por otros admitidos y contratados en las mismas condiciones.

ARTICULO 4º- Estos oficiales y suboficiales prestarán su concurso a la organización de los Cuerpos de Policía xerifiana durante cinco años, a partir de la ratificación del acta de la Conferencia. Ellos asegurarán la instrucción y disciplina de conformidad con el reglamento que se les haga sobre esta materia; tendrán encargo de vigilar, igualmente, que la tropa posea aptitud para el servicio militar. De un modo general vigilarán la administración de las tropas e intervendrán el pago de sus sueldos, que será efectuado por el Amin, asistido por un oficial instructor, que hará las veces de contador. Prestarán su concurso técnico para el ejercicio de ese mando las autoridades marroquíes investidas del mando de dicho Cuerpo. Las disposiciones reglamentarias necesarias para asegurar el reclutamiento, la disciplina, instrucción y administración de los Cuerpos de Policía se fijarán, de común acuerdo, entre el ministro de la Guerra xerifiano o su delegado, el inspector designado en el artículo 7º, el instructor francés y el instructor español de mayor graduación. El reglamento deberá ser sometido al Cuerpo Diplomático en Tánger, el cual dará su opinión en el plazo

de un mes, pasado el cual el reglamento será aplicado.

ARTICULO 5º- El efectivo total de las tropas de Policía no podrá exceder de dos mil quinientos hombres, ni será inferior a dos mil, y será repartido, según la importancia de los puertos, en grupos que variarán de ciento cincuenta a seiscientos hombres. El número de oficiales españoles y franceses será de dieciséis a veinte, y el de los suboficiales españoles y franceses, de treinta a cuarenta.

ARTICULO 6º- Los fondos necesarios para los gastos que ocasione el entretenimiento de la tropa y el pago de sus sueldos y el de los oficiales y suboficiales instructores, serán adelantados al Tesoro xerifiano por el Banco de Estado, dentro de los límites del presupuesto anual destinado a la Policía, que no deberá exceder de dos millones y medio de pesetas para sus efectivos de dos mil quinientos hombres.

ARTICULO 7º- El funcionamiento de la Policía estará sujeto, durante el mismo período de cinco años, a una inspección general que será confiada por S. M. xerifiana a un oficial superior del Ejército suizo, cuya elección será sometida a su aprobación por el Gobierno federal suizo. Dicho oficial tendrá título de inspector general y fijará su residencia en Tánger. Inspeccionará, por lo menos una vez al año, los diferentes Cuerpos de Policía y, como resultado de estas inspecciones, elevará una Memoria al Majzen. Además de estas Memorias periódicas, podrá elevar, si lo cree necesario, Memorias especiales sobre las cuestiones concernientes al funcionamiento de la Policía. Sin intervenir directamente en el mando ni en la instrucción, el inspector general vigilará los resultados obtenidos por la Policía xerifiana desde el punto de vista del mantenimiento del orden y la seguridad de los puntos donde sea instalada dicha Policía.

ARTICULO 8º- De las Memorias y comunicaciones hechas al Majzen por el inspector general relativas a su misión, se remitirá al mismo tiempo una copia al decano del Cuerpo Diplomático en Tánger, con objeto de que dicho Cuerpo Diplomático tenga conocimiento de que la Policía funciona de conformidad con los acuerdos adoptados por la Conferencia y vigile si garantiza de un modo eficaz y conforme a los Tratados de seguridad de las personas y los bienes de los extranjeros, así como la de las transacciones comerciales.

ARTICULO 9º- En caso de reclamación transmitida al Cuerpo Diplomático por la Legación interesada, éste podrá, previo aviso al Representante del Sultán, pedir al inspector general que lleve a cabo una información y redacte una Memoria sobre dicha reclamación para los fines convenientes.

ARTICULO 10º- El inspector general percibirá un sueldo anual de 25.000 francos, además le será asignada una indemnización de 6.000 francos para gastos de viaje y sus servicios de inspección. El Majzen pondrá a su disposición una habitación en condiciones y cuidará de sus caballos.

ARTICULO 11º- Las condiciones materiales del contrato de su instalación previstas en el artículo 10º, serán objeto de un convenio entre el Majzen y el referido

inspector general. De dicho contrato se dará copia al Cuerpo Diplomático.

ARTICULO 12º- El cuadro de instrucciones de la Policía xerifiana (oficiales y suboficiales) será español en Tetuán, mixto en Tánger, español en Larache, francés en Rabat, mixto en Casablanca y francés en los otros tres puertos.

CAPITULO II

REGLAMENTO ORGANIZANDO LA VIGILANCIA Y REPRESION DEL CONTRABANDO DE ARMAS

ARTICULO 13º- Queda prohibida en toda la extensión del Imperio xerifiano, salvo en los casos especiales señalados en los artículos 14º y 15º, la importación y comercio de armas de guerra, de piezas para dichas armas, municiones, cargadas o por cargar, de todas clases, pólvora, salitres, algodón, fulminantes, nitroglicerina y todas las demás composiciones destinadas exclusivamente a la fabricación de municiones.

ARTICULO 14º- Los explosivos necesarios para la industria y las obras públicas podrán únicamente ser introducidos. Un reglamento, hecho en la forma indicada en el artículo 18º, determinará las condiciones con arreglo a las cuales se efectuará su importación.

ARTICULO 15º- Las armas, piezas para dichas armas y municiones destinadas a las tropas de S. M. xerifiana serán admitidas previo el cumplimiento de las formalidades siguientes: una declaración, firmada por el Ministerio de la Guerra marroquí, anunciando el número y la especie de los pertrechos de este género encargados a la industria extranjera, deberá presentarse en la Legación del país de origen que le pondrá el visto. El adeudo de los derechos de Aduanas de las cajas y paquetes conteniendo las armas y municiones expedidas en cumplimiento de las órdenes del Gobierno marroquí, se hará previa la presentación:

- 1º- De la declaración especificada anteriormente, y
- 2º- Del conocimiento, indicando el número de las cajas y paquetes, el número y la especie de las armas y municiones que contienen.

Este documento deberá estar visado por la Legación del país de origen, que marcará en el anverso las cantidades sucesivas que anteriormente hayan adeudado. No se dará la aprobación a partir del momento en que el pedido haya sido librado íntegramente.

ARTICULO 16º- La importación de armas de caza y de lujo, piezas para armas, cartuchos cargados y por cargar, será igualmente intervenida. Podrá, en toda ocasión, ser autorizada:

- 1º- Por las gestiones estrictamente personales del importador, y
- 2º- Para el aprovisionamiento de los almacenes de armas, autorizados conforme al artículo 18º.

ARTICULO 17º- Las armas y municiones de caza o de lujo serán admitidas por las gestiones estrictamente

personales del importador, mediante un permiso librado por la representación del Maizen en Tánger. Si el importador es extranjero, el permiso sólo podrá ser concedido previa la demanda de la Legación a que aquél pertenezca. En lo que concierne a las municiones de caza, cada permiso será, como máximo de mil cartuchos y de las materias necesarias para la fabricación de mil cartuchos. El permiso sólo se concederá a las personas que no hayan sufrido ninguna condena correccional.

ARTICULO 18º- El comercio de armas de caza y de lujo, no rayadas, de fabricación extranjera, así como las municiones correspondientes, será reglamentado, cuando las circunstancias lo permitan, por decisión xerifiana, de conformidad con el Cuerpo Diplomático de Tánger y estatuido por mayoría de votos. De igual modo, será necesaria esta decisión para suspender o restringir el ejercicio de este comercio. Unicamente las personas que hayan obtenido una licencia especial y temporal del Gobierno marroquí podrán abrir y explotar el comercio de armas y municiones de caza. Esta licencia no podrá ser concedida más que por solicitud escrita del interesado, apoyada por el visto favorable de la Legación del país a que pertenezca. Los reglamentos, hechos en la forma indicada en el párrafo primero de este artículo, determinarán el número de establecimientos que podrán abrirse en Tánger y, eventualmente, en los puertos que serán ulteriormente designados. Se fijarán las formalidades impuestas a la importación de explosivos para uso de la industria y de las obras públicas, a las de las armas y municiones destinadas al aprovisionamiento de los establecimientos anteriormente citados, así como las cantidades máximas que podrán existir en depósito. En caso de infracción de las prescripciones reglamentarias, de mercancías prohibidas, dará lugar a su confiscación, sin perjuicio de otras penas a que se hayan hecho acreedores los delincuentes.

ARTICULO 19º- Toda introducción o tentativa de introducción de mercancías prohibidas, dará lugar a su confiscación, sin perjuicio de las penas y multas que se señalen a continuación y que serán acordadas por la jurisdicción competente.

ARTICULO 20º- La introducción o tentativa de introducción por un puerto abierto de comercio, o por una Aduana, será castigada:

- 1º- Con una multa de 500 a 2.000 pesetas y con una multa suplementaria igual a tres veces el valor de la mercancía importada, y
- 2º- Con prisión de cinco días a un año o sólo una de las dos penalidades.

ARTICULO 21º- La introducción o tentativa de introducción por fuera de los puertos abiertos al comercio y de las oficinas aduaneras será castigada:

- 1º- Con una multa de 1.000 a 5.000 pesetas y con otra suplementaria igual a tres veces el valor de la mercancía importada, y
- 2º- Con prisión de tres meses a dos años, o a una de las dos penalidades solamente.

ARTICULO 22º- La venta fraudulenta, la ocultación y el contrabando de las mercancías prohibidas por el presente Reglamento serán castigadas con las penas señaladas en el artículo 20º.

ARTICULO 23º- Los cómplices de los delitos previstos por los artículos 20º, 21º y 22º serán castigados con las mismas penas que los autores principales. Los elementos que caractericen la complicidad serán apreciados con arreglo a la legislación del Tribunal competente.

ARTICULO 24º- Cuando se encuentren indicios serios que hagan suponer que un buque anclado en un puerto abierto al comercio ha introducido en Marruecos armas, municiones u otras mercancías prohibidas, los agentes de las Aduanas xerifianas deberán señalar estos indicios a la autoridad consular competente, con objeto de que, si procede, con la asistencia de un delegado de la Aduana xerifiana, se hagan las indagaciones y visitas que juzgue necesarias.

ARTICULO 25º- En el caso de introducción o tentativa de introducción por mar de mercancías prohibidas, hechas por fuera de un puerto abierto al comercio, la Aduana marroquí podrá conducir el barco al puerto más próximo, para entregarlo a la Consular, la cual podrá embargarlo y mantener el embargo hasta que se verifique el pago de las multas impuestas. No obstante, el embargo del barco podrá ser levantado, en cualquier fase del expediente, en cuanto esta medida no dificulte el procedimiento judicial; pero habrá de depositarse el importe de la multa en manos de la autoridad consular o bajo fianza aceptada por la Aduana.

ARTICULO 26º- El Majzen conservará las mercancías confiscadas, ya sea para usarlas personalmente, si para ello pueden servirle, a condición de que los súbditos del Imperio no puedan utilizarlas ni venderlas en país extranjero. Los medios de transporte terrestres podrán ser confiscados y serán vendidos en provecho del Tesoro xerifiano.

ARTICULO 27º- La venta de armas reformadas por el Gobierno marroquí será prohibida en toda la extensión del Imperio xerifiano.

ARTICULO 28º- Se concederán primas, a descontar sobre el importe de las multas impuestas, a las personas cuyas indicaciones hayan originado el descubrimiento de mercancías prohibidas, así como a los agentes que hayan efectuado el decomiso; estas primas serán concedidas, previa deducción, si a ello hay lugar, los gastos del proceso, concediéndose un tercio a los denunciadores, otro tercio a los agentes que operen el decomiso y otro tercio al Tesoro marroquí. Si el decomiso se verifica sin la intervención de denunciadores, se concederá la mitad de las multas a los agentes que lleven a cabo el decomiso y la otra mitad al Tesoro marroquí.

ARTICULO 29º- Las autoridades aduaneras marroquíes deberán poner en conocimiento de los agentes diplomáticos o consulares las infracciones del presente Reglamento y que se cometan por sus súbditos respectivos, a fin de que éstos puedan ser perseguidos por la jurisdicción competente. Estas infracciones, cuando sean cometidas por súbditos serán notificadas directamente por la Aduana a las autoridades

xerifianas. Un delegado de la Aduana seguirá la marcha de los procedimientos incoados por las diversas jurisdicciones.

ARTICULO 30º- La aplicación del Reglamento sobre el contrabando de armas en la región fronteriza de Argelia será de la exclusiva competencia de Francia y Marruecos. Asimismo, la aplicación del Reglamento sobre el contrabando de armas en el Rif, y en general en las regiones fronterizas a las posesiones españolas será de competencia exclusiva de España y Marruecos.

CAPITULO III

ACTA DE CONCESION DE UN BANCO DE ESTADO

ARTICULO 31º- Se fundará en Marruecos un Banco, titulado "Banco de Estado de Marruecos", que ejercerá los derechos determinados a continuación, y cuya concesión le será hecha por S. M. el Sultán por un período de cuarenta años, a partir de la ratificación de la presente acta.

ARTICULO 32º- Este Banco, que podrá efectuar todas las operaciones características de esta clase de instituciones, disfrutará del privilegio exclusivo de emitir billetes al portador, pagaderos a su presentación y teniendo fuerza liberatoria en las cajas públicas del Imperio marroquí. El Banco mantendrá, por el término de dos años, a partir de la fecha de su apertura, una reserva, por lo menos igual a la mitad de los billetes en circulación, e igual a la tercera parte transcurrido dicho período de dos años. Esta reserva estará constituida por una tercera parte, al menos, en moneda de oro o en oro sin amonedar.

ARTICULO 33º- El Banco desempeñará con exclusión de otro Banco o establecimiento de crédito, las funciones de tesorero-pagador del Imperio. A este efecto, el Gobierno marroquí adoptará las medidas necesarias para que ingresen en la Caja del Banco las rentas de Aduanas, excepto la parte destinada al servicio de 1904 y las demás rentas que designe el referido Gobierno. En cuanto a los productos del impuesto especial creado para la ejecución de determinadas obras públicas, el Gobierno marroquí deberá hacerlo ingresar en el Banco, así como también los ingresos que tuvieran que quedar más adelante constituidos como garantía de los empréstitos. En cuanto al Banco, se encuentra especialmente encargado de realizar el servicio, con excepción del empréstito de 1904, que se halla regulado por un contrato especial.

ARTICULO 34º- El Banco será el agente financiero del Gobierno, tanto dentro como fuera del Imperio, sin perjuicio del derecho que corresponde al Gobierno de dirigirse a otras casas de Banca o establecimientos de crédito para contratar sus empréstitos públicos. Sin embargo, el Banco gozará el derecho de preferencia o de prelación en dichos empréstitos, siempre en condiciones iguales respecto de cualquier casa de Banca o establecimiento de crédito. En lo que se refiere a los bonos del Tesoro y a otros efectos negociables a corto plazo que el Gobierno marroquí desee realizar, sin hacerle objeto de una emisión pública, quedará encargado el Banco, con

exclusión de otro establecimiento, de llevar a cabo dicha negociación por cuenta del Gobierno marroquí, ya sea en Marruecos, ya en el extranjero.

ARTICULO 35º- El Banco podrá hacer al Gobierno marroquí, sobre los ingresos del Tesoro, anticipo en cuenta corriente hasta la suma de un millón de francos. El Banco abrirá, además, al Gobierno marroquí, durante un período de diez años, a partir de su constitución, un crédito, que no podrá exceder de las dos terceras partes de su capital inicial. Este crédito será repartido entre varios años y empleado, en primer término, en los gastos que origine la fundación y sostenimiento de los Cuerpos de Policía, organizados de acuerdo con las decisiones adoptadas por la Conferencia, y, en segundo lugar, en aquellas obras de interés general que no hayan de ser satisfechas con cargo al fondo especial determinado en el artículo siguiente. El interés de los dos anticipos será de un 7% como máximo, incluyendo en él la comisión de Banca correspondiente; el Banco podrá exigir al Gobierno que se entregue en garantía de su importe una suma equivalente en bonos del Tesoro. Si antes de expirar el término de diez años contratase el Gobierno marroquí algún empréstito, el Banco tendrá derecho a que sean reembolsados inmediatamente los anticipos hechos de acuerdo con el segundo párrafo del presente artículo.

ARTICULO 36º- El producto del impuesto especial formará un fondo especial también, cuya contabilidad, llevará el Banco aparte. Dicho fondo será empleado sujetándose a las prescripciones establecidas por la Conferencia. En caso de insuficiencia de los ingresos anteriores podrá el Banco abrir un crédito al referido fondo, cuya importancia no excederá del total de los ingresos del año anterior. Las condiciones del interés y de la comisión del Banco serán iguales que las determinadas en el artículo anterior, respecto a anticipos, al tenerse en cuenta corriente.

ARTICULO 37º- El Banco adoptará las medidas que crea útiles para el saneamiento de la circulación monetaria en Marruecos. La moneda española continuará siendo admitida en circulación con fuerza liberatoria. En consecuencia, el Banco quedará exclusivamente encargado de la compra de metales preciosos de la acuñación y reacuñación de la moneda, así como de todas las demás operaciones monetarias que haga por cuenta y en provecho del Gobierno marroquí.

ARTICULO 38º- El Banco tendrá su domicilio social en Tánger, pudiendo establecer sucursales y agencias en las principales ciudades de Marruecos y en cualquier otro lugar que estime útil.

ARTICULO 39º- Los solares necesarios para la instalación del Banco en sus sucursales y agencias en Marruecos serán puestos gratuitamente a su disposición por el Gobierno marroquí el cual volverá a tomar posesión de los mismos al término de la concesión, después de reembolsar al Banco los gastos de construcción de dichos edificios. El Banco quedará autorizado, además, a adquirir todos aquellos edificios terrenos que pudiera necesitar para el desarrollo de sus operaciones.

ARTICULO 40º- El Gobierno xerifiano se hace responsable de la seguridad y de la protección del Banco, así como de las sucursales y agencias. A dicho efecto pondrá a disposición de cada uno de los establecimientos, en las diversas ciudades, la fuerza militar necesaria.

ARTICULO 41º- El Banco, sucursales y agencias estarán exentos del pago de todo impuesto o gravamen ordinario o extraordinario, presente o futuro; lo mismo ocurrirá respecto de los edificios destinados a sus operaciones, de los títulos y cupones de sus asociados y de sus billetes. La importación y exportación de metales y monedas con destino a las operaciones del Banco serán autorizadas por el Gobierno marroquí y quedarán exentas de todo impuesto.

ARTICULO 42º- El Gobierno xerifiano ejercerá la alta inspección del Banco por medio de un comisario superior, designado de acuerdo con el Consejo de Administración del Banco. Este comisario superior tendrá derecho a inspeccionar la gestión del Banco, así como la emisión de billetes del Banco, velando, al mismo tiempo, por el estricto cumplimiento de los términos de la concesión. El comisario superior firmará los billetes o los señalará con su sello, y además estará encargado de vigilar las relaciones del Banco con el Tesoro imperial. No podrá mezclarse, de ningún modo, en la administración ni gestión de los negocios del Banco. Sin embargo, tendrá derecho a asistir a las reuniones de los censores. El Gobierno xerifiano designará a uno o dos comisarios adjuntos, que estarán especialmente encargados de intervenir las operaciones financieras del Tesoro con el Banco.

ARTICULO 43º- Se redactará un Reglamento que determine las relaciones del Banco y el Gobierno marroquí, por el comite especial, de que se ocupa el artículo 57º. Dicho Reglamento será aprobado por los censores.

ARTICULO 44º- Este Banco, constituido, con la aprobación del Gobierno de S. M. xerifiana, en la forma general de las Sociedades anónimas, estará sometido a la ley francesa sobre la materia.

ARTICULO 45º- Las acciones entabladas por el Banco de Marruecos se pondrán en conocimiento del Tribunal Consular del demandado, o ante la jurisdicción marroquí, de acuerdo con las reglas de competencia determinadas por los Tratados y los "firmanes" xerifianos. De las acciones entabladas en Marruecos contra el Banco tendrá conocimiento un Tribunal especial compuesto de tres magistrados consulares y de dos asesores. El Cuerpo Diplomático formará todos los años la lista de magistrados, de asesores y de suplentes. Este Tribunal aplicará a dichos litigios las reglas de Derecho, de procedimientos y de competencias formuladas en materia comercial por la legislación francesa. La apelación de los fallos de dicho Tribunal tendrá efecto ante el Tribunal general de Laussanne, que decidirá en última instancia.

ARTICULO 46º- En caso de disentiimiento sobre las cláusulas de concesión o en todos los litigios que puedan originarse entre el Gobierno marroquí y el Banco, las

diferencias serán sometidas, sin apelación ni recurso contra su decisión, al Tribunal federal de Laussanne. Igualmente este Tribunal decidirá, sin apelación ni recurso, todas las diferencias entre los accionistas y el Banco sobre la ejecución de los Estatutos o diferencias en los negocios sociales.

ARTICULO 47º- Los Estatutos del Banco se establecerán, con arreglo a las bases siguientes, por el Comité especial de que se ocupa el artículo 57º y serán aprobados por los censores y ratificados por la Junta general de accionistas.

ARTICULO 48º- La Asamblea general constitutiva de la Sociedad determinará el lugar en que habrán de celebrarse las Juntas de accionistas y las reuniones del Consejo de Administración; éste tendrá, sin embargo, la facultad de reunirse en cualquier otro punto si lo considera útil. La Dirección del Banco se establecerá en Tánger.

ARTICULO 49º- El Banco será administrado por un Consejo de administración, compuesto de tantos individuos como partes se hagan del capital inicial. Los administradores tendrán plenos poderes para la administración y la gestión de la Sociedad. Les corresponderá, especialmente, el nombramiento de directores, subdirectores e individuos de la Comisión indicada en el artículo 54º, así como el de los directores de las sucursales o agencias. Todos los empleados de la Sociedad serán escogidos, en cuanto fuere posible, entre los dependientes de las diversas potencias que tomen parte en la suscripción del capital.

ARTICULO 50º- Los administradores, cuyo nombramiento habrá de hacerse por la Junta general de accionistas, serán designados, de mutuo acuerdo, por los grupos suscriptores del capital. El primer Consejo permanecerá en funciones cinco años. A la terminación de este plazo se procederá a su renovación, en la proporción de tres individuos por año. El orden de salida de los administradores será determinado a suerte. Los administradores serán reelegibles. Al continuarse la Sociedad, cada grupo suscriptor tendrá derecho a designar tantos administradores como partes enteras haya suscrito, sin que los grupos estén obligados a elegir un candidato de su misma nacionalidad. Los grupos suscriptores no conservarán su derecho a designar administradores con ocasión del reemplazo de estos últimos o de la renovación de su mandato, sino en cuanto puedan justificar el hallarse aún en posesión de la mitad, por lo menos, de la parte en virtud de la cual ejerzan sus derechos. En el caso de que, debido a estas disposiciones, no pudiera un grupo suscriptor elegir administrador, corresponderá directamente a la Junta general de accionistas dicha facultad.

ARTICULO 51º- Cada uno de los establecimientos, "Banco del Imperio Alemán", "Banco de Inglaterra", "Banco de España" y "Banco de Francia", nombrará, con el consentimiento de su Gobierno respectivo, un censor cerca del Banco de Estado de Marruecos. Los censores permanecerán en funciones durante cuatro años y serán reelegibles. En

caso de defunción o dimisión, se proveerá la vacante por el establecimiento que hace el nombramiento del anterior titular, pero sólo por el tiempo que faltara a este último para permanecer en el cargo.

ARTICULO 52º- Los censores que ejerzan su mandato en virtud de la presente acta de las potencias firmantes deberán, en interés de ésta, velar por el buen funcionamiento del Banco y procurar el estricto cumplimiento de las cláusulas de concesión y de los Estatutos. Cuidarán asimismo de la puntual ejecución de las disposiciones relativas a la emisión de billetes y vigilarán las operaciones encaminadas al saneamiento de la situación monetaria. En cambio, no podrá nunca, bajo ningún pretexto, mezclarse en las gestiones de los negocios ni en la administración interior del Banco. Los censores podrán examinar, cuando lo tengan por conveniente, las cuentas del Banco; pedir, ya sea al Consejo de administración, ya a la Dirección, informes relativos a la gestión del Banco y asistir a las reuniones del Consejo de administración; pero sólo con voz consultiva. Los cuatro censores se reunirán en Tánger, en el ejercicio de sus funciones, por lo menos una vez cada dos años y en la fecha que ellos mismos acuerden. Cuando tres de los censores lo exigieran, se verificarán otras reuniones en Tánger, o donde lo crean conveniente. Los cuatro censores redactarán, de común acuerdo, un informe anual, que irá unido al Consejo de Administración. El Consejo de Administración enviará, sin aplazamiento, una copia de dicho informe a cada uno de los Gobiernos firmantes del acta de la Conferencia.

ARTICULO 53º- Los emolumentos e indemnizaciones de viajes de los censores serán determinados por el Comité de estudio de los Estatutos. El importe de unos y otros será satisfecho directamente a dichos funcionarios por los Bancos encargados de su designación y reembolso a los referidos establecimientos por el Banco de Estado de Marruecos.

ARTICULO 54º- Se establecerá en Tánger, adjunta a la Dirección, una Comisión de individuos elegidos por el Consejo de Administración, sin distinción de nacionalidad, entre las personalidades notables residentes en Tánger y que posean acciones del Banco. Dicha Comisión, que habrá de ser presidida por uno de los directores o subdirectores, emitirá su parecer acerca de los descuentos y apertura de créditos y redactará un informe mensual sobre estos puntos, presentándole al Consejo de Administración.

ARTICULO 55º- El capital, cuya importancia será determinada por el Comité especial a que se refiere el artículo 57º, sin poder ser inferior a quince millones de francos ni superior a veinte millones, se constituirá en moneda de oro. Las acciones cuyos cupones representan un valor equivalente a quinientos francos serán formalizadas en las diversas monedas oro, a cambio fijo, determinado por los Estatutos. El capital podrá ser ulteriormente aumentado una o varias veces, por acuerdo de la Junta general de accionistas. La suscripción de los aumentos de capital quedará reservada a todos los tenedores de acciones, sin distinción de grupos y proporcionalmente a los títulos

poseídos por cada uno de ellos.

ARTICULO 56º- El capital inicial del Banco se dividirá en tantas partes iguales como participaciones tengan las potencias representadas en la Conferencia. A dicho efecto cada potencia designará un Banco que ejerza, ya sea por sí mismo, o por un grupo de Bancos, el derecho de suscripción antes referido, así como el derecho de nombrar administradores, a que alude al artículo 50º. Todo Banco designado jefe de grupo podrá, con autorización de su Gobierno, ser sustituido por otro Banco de la misma nación. Los Estados que quieran ejercitar su derecho de suscripción habrán de comunicar su propósito al Gobierno de España, dentro del plazo de cuatro semanas, a partir de la firma de la presente acta por los representantes de las potencias. Sin embargo, dos partes iguales a las reservadas a cada uno de los grupos suscriptores serán entregadas a los Bancos firmantes del contrato de 12 de junio de 1904, para compensarlos de la cesión hecha por ellas al Banco de Estado de Marruecos, y que consiste:

1º- En los derechos especificados en el artículo 33º del contrato, y

2º- En el derecho mencionado en el artículo 32º, párrafo segundo, del contrato referente al saldo disponible de los ingresos aduaneros, bajo reserva expresa del privilegio general concedido en primer término por el artículo 11º del mismo contrato a los portadores de títulos sobre la totalidad del producto de las Aduanas.

ARTICULO 57º- Dentro del plazo de tres semanas, a partir de la cláusula de su suscripción, notificada por el Gobierno de España a las potencias interesadas, un Comité especial, compuesto de delegados nombrados por los grupos suscriptores en las condiciones previstas por el artículo 50º para el nombramiento de administradores, se reunirá con el objeto de redactar los Estatutos del Banco. La Asamblea general constitutiva de la Sociedad se verificará dentro de un plazo de dos meses, a partir de la ratificación de la presente acta. La Comisión del Comité especial terminará después que la Sociedad quede constituida. El Comité especial fijará el lugar de las reuniones.

ARTICULO 58º- No podrá introducirse en los Estatutos modificación alguna sino a propuesta del Consejo de Administración y con la conformidad de los censores y del Comisario superior imperial. Dichas modificaciones deberán ser aprobadas en la Asamblea general de accionistas, por una mayoría, al menos, de tres cuartas partes de los accionistas presentes o representados.

CAPITULO IV

DECLARACION RELATIVA AL MEJOR RENDIMIENTO DE LOS IMPUESTOS Y A LA CREACION DE NUEVOS IMPUESTOS

ARTICULO 59º- Desde que el tertib se plantee en forma regular respecto de los súbditos marroquíes, los representantes de las potencias en Tánger someterán al mismo

a sus dependientes en el Imperio. Pero queda sobrentendido que dicho impuesto no será aplicado a los extranjeros:

- a) Sino bajo las condiciones determinadas por el Reglamento del Cuerpo diplomático en Tánger, fecha de 23 de noviembre de 1903, y
- b) En las localidades donde sea cobrado efectivamente a los súbditos marroquíes.

Las autoridades consulares retendrán un tanto por ciento de las sumas percibidas sobre sus dependientes, con objeto de cubrir los gastos ocasionados por la formación de las matriculas y el cobro del impuesto. La cuantía de esa retención se determinará de común acuerdo por el Majzen y el Cuerpo diplomático en Tánger.

ARTICULO 60º- De acuerdo con el derecho que les ha sido reconocido por el artículo 11º del Convenio de Madrid, los extranjeros podrán adquirir propiedades en toda la extensión del Imperio xerifiano. S. M. el Sultán dará a las autoridades administrativas y judiciales las instrucciones necesarias para que la autorización de aprobar los contratos no sea rehusada sin motivo legítimo. En cuanto a las transmisiones ulteriores por actos intervivos o por causa de muerte, continuará efectuándose libremente. En los puertos abiertos al comercio, dentro de un radio de diez kilómetros entorno a dichos puertos, S. M. el Sultán concederá de un modo general y sin que sea necesario de ahora en adelante obtenerlo, especialmente en cada adquisición de propiedad por los extranjeros, el consentimiento exigido por el artículo 11º del Convenio de Madrid. En Alkázar-el-Kebir, Arcila, Azemmur y, eventualmente en otras localidades del litoral o del interior, la autorización general antes mencionada será concedida de igual manera a los extranjeros, pero sólo respecto a las adquisiciones hechas dentro de un radio de dos kilómetros en torno a dichas localidades. Allí donde los extranjeros hayan adquirido propiedades podrán levantar edificaciones, conformándose a los Reglamentos y usos del país. Antes de autorizar la redacción de los contratos de transmisión de propiedad, el cadí deberá comprobar, de acuerdo con la Ley musulmana, la regularidad de los tributos. El Majzen designará en cada una de las ciudades y distritos indicados en el presente artículo, el cadí que haya de efectuar las referidas comprobaciones.

ARTICULO 61º- Con objeto de proporcionar nuevos recursos al Majzen, la Conferencia reconoce, en principio, que puede ser establecido un impuesto sobre las construcciones urbanas. Una parte de los ingresos obtenidos por dicho concepto será destinada a las necesidades de la policía urbana y de la higiene municipal, y, en términos generales, a los gastos de mejora y conservación de las ciudades. El impuesto será satisfecho por los propietarios marroquíes o extranjeros sin distinción; pero el inquilino o poseedor de las llaves del edificio será el único responsable ante el Tesoro marroquí. Un Reglamento, establecido de común acuerdo por el Gobierno xerifiano y el Cuerpo diplomático en Tánger, determinará la cuantía del impuesto, su forma de percepción y de aplicación, así como la parte de dichos recursos, que deberá

ser destinada a los gastos de mejora y conservación de las ciudades. Dicha parte será entregada en Tánger al Consejo de Sanidad internacional, quien determinará su inversión hasta que se cree una organización municipal.

ARTICULO 62º- Habiendo resuelto S. M. xerifiana en 1901 que los funcionarios marroquíes encargados de la percepción de los impuestos agrícolas no recibieran de los pueblos sokhra ni muna, estima la Conferencia que dicha regla deberá se generalizada hasta donde sea posible.

ARTICULO 63º- Han manifestado los delegados xerifianos que ciertos bienes habus o determinadas propiedades pertenecientes al dominio del Estado, especialmente algunos inmuebles del Majzen, ocupados mediante pago de un censo del seis por ciento, se encuentran en poder de súbditos extranjeros, sin títulos regulares en virtud de contratos sujetos a revisión. La Conferencia, deseosa de remediar ese estado de cosas, encarga al Cuerpo diplomático en Tánger la misión de solucionar equitativamente ambas cuestiones de acuerdo con el Comisario especial que S. M. xerifiana tenga a bien designar al efecto.

ARTICULO 64º- La Conferencia hace constar en acta las proposiciones formuladas por los delegados xerifianos acerca de la creación de impuestos sobre ciertos comercios, industrias y profesiones. Si a consecuencia de la aplicación de dichos impuestos entre los súbditos marroquíes, el Cuerpo diplomático en Tánger estimase que hay lugar a extenderlo a los súbditos extranjeros, queda establecido desde ahora que los mencionados impuestos serán exclusivamente municipales.

ARTICULO 65º- La Conferencia se adhiere a la proposición hecha por la delegación marroquí a establecer, con auxilio del Cuerpo diplomático:

- a) Un derecho de timbre sobre los contratos y actos auténticos efectuados ante los adules.
- b) Un derecho de transmisión de un dos por ciento como máximo sobre las ventas de inmuebles.
- c) Un derecho de estadística y peso del uno por ciento ad valorem, como máximum, sobre las mercancías conducidas en cabotaje.
- d) Un derecho de pasaporte, a percibir sobre los súbditos marroquíes.
- e) En algunos casos, derechos de muelles y faros, cuyo producto será aplicado a la mejora de los puertos.

ARTICULO 66º- Las mercancías de origen extranjero serán sometidas temporalmente, a su entrada en Marruecos, a un impuesto especial del dos y medio por ciento ad valorem. El producto íntegro de este impuesto formará un fondo especial, que habrá de ser destinado a los gastos y ejecución de obras públicas encaminadas al fomento de la navegación y del comercio, en general, en el Imperio xerifiano. El programa de los trabajos y su orden de prioridad será determinado, de común acuerdo por el Gobierno xerifiano y por el Cuerpo diplomático de Tánger. Los estudios, presupuestos y pliegos de condiciones referentes a dichos trabajos estarán a cargo de un ingeniero competente, nombrado por el Gobierno xerifiano de acuerdo

con el Cuerpo diplomático. El referido ingeniero podrá en caso necesario, ser auxiliado por uno o varios ingenieros adjuntos. Los honorarios serán satisfechos por la Caja especial. Los fondos de la Caja especial estarán depositados en el Banco de Estado de Marruecos, al que corresponderá la contabilidad de los mismos. Las adjudicaciones públicas serán formalizadas en la forma y con arreglo a las condiciones generales determinadas por un Reglamento, que el Cuerpo diplomático en Tánger redactará de acuerdo con el representante de S. M. xerifiana. La oficina de adjudicación estará compuesta de un representante del Gobierno xerifiano, de cinco delegados del Cuerpo diplomático y del ingeniero. La adjudicación será hecha en favor del licitador que, conformándose con las condiciones del pliego respectivo, haga la oferta más ventajosa, adaptándose a dichas condiciones generales. En lo que respecta a las sumas procedentes del impuesto especial, y que habrán de ser percibidas por los despachos de Aduanas establecidos en las regiones determinadas por el artículo 103º del Reglamento aduanero, se determinará su empleo por el Majzen, con el consentimiento de la potencia limítrofe de conformidad con las disposiciones del presente artículo.

ARTICULO 67º- La Conferencia, bajo reserva de las observaciones hechas a este propósito, vería con gusto que los derechos de exportación sobre las mercancías abajo especificadas fueran reducidos como sigue:

Garbanzos.....	20 por 100
Maíz.....	20 por 100
Cebada.....	50 por 100
Trigo.....	34 por 100

ARTICULO 68º- S. M. xerifiana accederá a elevar a diez mil la cifra de seis mil cabezas de la especie bovina que cada potencia tiene derecho a exportar de Marruecos. La exportación podrá realizarse por todas las Aduanas. Si a consecuencia de circunstancias desgraciadas una penuria de producción de ganados se presentase en cualquier región, S. M. xerifiana podría prohibir temporalmente la exportación de ganados por el puerto o puertos que correspondan a dicha región. Esta medida, que no podrá aplicarse en un período que exceda de dos años, podrá ser aplicada simultáneamente en todos los puertos del Imperio. Por otra parte, se entiende que las disposiciones anteriores no modifican las demás condiciones de la exportación de ganado consignadas en los precedentes firmanes. La Conferencia estima conveniente se organice, lo antes posible, un servicio de inspección veterinaria en todos los puertos.

ARTICULO 69º- Conforme con las anteriores disposiciones de S. M. xerifiana, y especialmente con la de 28 de septiembre de 1901, se autoriza el transporte por cabotaje, entre todos los puertos del Imperio, de los cereales, semillas, legumbres, huevos, aves y, en general, las mercancías y animales de toda especie, originarios o no de Marruecos, con excepción de los caballos, mulas, asnos y camellos, para los cuales será necesario un permiso especial del Majzen. El cabotaje podrá efectuarse por barcos de todas las naciones, sin que dichos artículos deban de pagar

derechos de exportación, pero conformándose el pago de los derechos especiales y a los reglamentos que rijan sobre la materia.

ARTICULO 70º- El tipo de los derechos de los fondeaderos o de anclaje impuesto a los buques en los puertos marroquíes, como está fijado en los tratados concertados con diferentes potencias, podrán ser modificados por prestarse a ellos dichas potencias. Queda encargado el Cuerpo diplomático en Tánger, para establecer, de acuerdo con el Majzen, las condiciones de revisión de los mencionados derechos, que no podrá realizarse hasta que se mejore el estado de los puertos.

ARTICULO 71º- Los derechos de almacenaje en las Aduanas serán percibidos en todos los puertos marroquíes donde existan depósitos suficientes, conforme a los reglamentos establecidos o que se establezcan sobre la materia por el Gobierno de S. M. xerifiana de acuerdo con el Cuerpo diplomático en Tánger.

ARTICULO 72º- El opio y el kif continuarán siendo objeto de un monopolio en beneficio del Gobierno xerifiano. Sin embargo, la importación de opio, destinado especialmente a preparaciones farmacéuticas, será autorizada por permiso especial, concedido por el Majzen, a petición de la Legación a que esté adscrito el farmacéutico o médico importador. El Gobierno xerifiano y el Cuerpo diplomático determinarán, de común acuerdo, la cantidad máxima que pueda importarse.

ARTICULO 73º- Los representantes de las potencias toman acta del propósito del Gobierno xerifiano de extender a los tabacos de todas clases el monopolio que existe respecto al tabaco en polvo (rapé). Se reservarán el derecho de que se indemnice a sus respectivos súbditos por los perjuicios que el mencionado monopolio pueda ocasionar en aquellos que posean industrias creadas bajo el régimen actual del tabaco. En caso de no llegarse a un acuerdo amistoso, la indemnización será determinada por peritos designados por el Majzen y por el Cuerpo diplomático, ajustándose a las disposiciones establecidas para las expropiaciones por causa de utilidad pública.

ARTICULO 74º- Los arriendos relativos al monopolio del opio y del kif se harán por subasta, sin distinción de nacionalidades. Del mismo modo se otorgará el monopolio del tabaco en el caso de que se estableciere.

ARTICULO 75º- Si hubiese de modificarse alguna de las disposiciones de la presente declaración, habrá de haber un acuerdo entre el Majzen y el Cuerpo diplomático en Tánger.

ARTICULO 76º- En todos los casos previstos por la presente declaración y en los que deba intervenir el Cuerpo diplomático en Tánger, se adoptarán los acuerdos por mayoría de votos, excepto en lo relativo a los artículos 64º, 70º y 75º.

CAPITULO V**REGIMEN DE LAS ADUANAS DEL IMPERIO Y REPRESION DEL FRAUDE Y CONTRABANDO**

ARTICULO 77º- Todo capitán de buque mercante procedente del extranjero o de Marruecos, deberá, durante las veinticuatro horas de su admisión a la libre plática en uno de los puertos del Imperio, presentar en la Aduana una copia exacta de su manifiesto, firmada por él y con la conformidad del consignatario. Deberá, además, si es requerido para ello, comunicar a los empleado de la Aduana el original de dicho manifiesto. La Aduana podrá instalar a bordo del buque una o varias guardias para prevenir todo tráfico ilegal.

ARTICULO 78º- No estarán obligados a presentar el manifiesto.

1º- Los buques de guerra o fletados por cuenta de una potencia.

2º- Los botes pertenecientes a particulares y que los empleen para su uso, absteniéndose del transporte de mercancías.

3º- Los buques o embarcaciones destinadas a la pesca a la vista de las costas.

4º- Los yates empleados exclusivamente en la navegación de recreo y registrados en sus puertos de matrícula bajo este concepto.

5º- Los buques encargados del tendido y reparación de los cables telegráficos.

6º- Los buques fletados solamente para salvamento.

7º- Los buques-hospitales; y

8º- Los buques-escuelas de la marina mercante que no se dediquen a operaciones comerciales.

ARTICULO 79º- El manifiesto presentado en la Aduana deberá expresar la naturaleza y procedencia del cargamento y las marcas y número de las cajas, balas, fardos, barricas, etc.

ARTICULO 80º- Cuando existan indicios serios que hagan suponer la inexactitud del manifiesto o cuando el capitán del buque se niegue a la vista y a las comprobaciones de los agentes de la Aduana, se comunicará el caso a la autoridad consular competente, a fin de que se proceda, en unión de un delegado de la Aduana xerifiana, a las investigaciones, visitas y comprobaciones que juzgue necesarias.

ARTICULO 81º- Si al terminar el plazo de veinticuatro horas, establecido en el artículo 77º, el capitán no hubiese presentado su manifiesto, a menos que el retraso proceda de un caso de fuerza mayor, incurrirá en la multa de ciento cincuenta pesetas por día de retraso, sin que esta multa nunca pueda exceder las seiscientas pesetas. Si el capitán hubiese presentado fraudulentamente un manifiesto inexacto o incompleto, será personalmente condenado en una suma igual al valor de la mercancía que hubiese dejado de consignar en el manifiesto y a una multa de quinientas a mil pesetas, y el buque y las mercancías

podrán ser embargados por la autoridad consular competente como garantía del pago de la multa.

ARTICULO 82º- Toda persona, al extraer de las Aduanas mercancías importadas o destinadas a la exportación deberá hacer una declaración detallada, consignando la especie, calidad, peso, número, medida y valor de la mercancía, así como la clase, marcas y número de bultos que las contienen.

ARTICULO 83º- En el caso de que, al verificarse la visita, se encontrase menor número de bultos o mercancías que los que hubiesen declarado, el declarante, a menos que pueda justificar su buena fe, deberá pagar derechos dobles por las mercancías presentadas, que serán retenidas en la Aduana para seguridad del pago de los dobles derechos; por el contrario, si de la visita resultare un exceso en cuanto al número de los paquetes, a la cantidad o al peso de las mercancías ese exceso será confiscado en beneficio del Maizen, a menos que el declarante pueda justificar su buena fe.

ARTICULO 84º- Si la declaración fuese reconocida inexacta en cuanto a la especie o la calidad y si el declarante no puede justificar su buena fe, las mercancías declaradas con inexactitud serán confiscadas, en beneficio del Maizen, por la autoridad competente.

ARTICULO 85º- En el caso de que la declaración fuese reconocida inexacta en cuanto al valor declarado y el declarante no pudiese justificar su buena fe, la Aduana podrá percibir, desde luego, los derechos en una mercancía, o si este fuese indivisible, adquirirla pagando inmediatamente el declarante el valor declarado con un aumento del cinco por ciento.

ARTICULO 86º- Si la declaración fuese declarada falsa en cuanto a la naturaleza de las mercancías, se las considerará como si no hubiesen sido declaradas, y la infracción caerá dentro de lo previsto en los siguientes artículos 88º y 90º, y será castigada con las penas que los mismos establecen.

ARTICULO 87º- Toda tentativa o flagrante delito de exportación, como contrabando de mercancías sometidas a los derechos, tanto por mar como por tierra, será castigada con la confiscación de las mercancías, sin perjuicio de las penas y multas establecidas, y que serán acordadas por la jurisdicción competente. Además serán embargados y confiscados los medios de transporte por tierra en el caso de que el contrabando constituya la parte principal del cargamento.

ARTICULO 88º- Toda tentativa o flagrante delito de introducción o toda tentativa o flagrante delito de exportación, como contrabando, por un puerto abierto al comercio o por una Aduana, serán castigados con una multa que no exceda del triple de las mercancías objeto del fraude y con una pena de prisión de cinco a seis meses, o tan sólo una de dichas penas.

ARTICULO 89º- Toda tentativa o flagrante delito de introducción o toda tentativa o flagrante delito de exportación fuera de un puerto abierto al comercio o de una

Aduana, será castigada con una multa de trescientas a quinientas pesetas y otra multa suplementaria, igual al triple del valor de las mercancías, o a una prisión de un mes a un año.

ARTICULO 90º- Los cómplices de los delitos previstos en los artículos 88º y 89º incurrirán en las mismas penas que los autores principales. Los elementos que determinen la complicidad serán apreciados según la legislación del Tribunal que verifique la aprehensión.

ARTICULO 91º- En caso de tentativa o flagrante delito de importación o de tentativa o de flagrante delito de exportación de mercancías por un buque y fuera de puerto abierto al comercio, la Aduana marroquí podrá conducir al buque al puerto más inmediato, para entregarlo a la autoridad consular, la cual podrá embargarlo y mantener el embargo hasta que se haya abonado el importe de las penas. El embargo del buque podrá levantarse en cualquier momento del procedimiento, en tanto que dicha medida no entorpezca la acción judicial, siempre que se consigne el importe máximo de la multa ante la autoridad consular o por medio de fiador solvente aceptado por la Aduana.

ARTICULO 92º- Las disposiciones de los artículos anteriores serán aplicables a la navegación de cabotaje.

ARTICULO 93º- Las mercancías no sometidas a los derechos de exportación embarcadas en un puerto marroquí para ser transportadas por mar a otros pueblos del imperio, deberán ir acompañadas de un certificado de salida, expedido por la Aduana, bajo pena de ser sujeta al pago del derecho de importación y aun confiscadas si no figuran en el manifiesto.

ARTICULO 94º- El transporte por cabotaje de productos sometidos al derecho de exportación no pueden efectuarse más que consignando en la oficina de salida, contra carta de pago, el importe de los derechos de exportación relativos a esta mercancía. Esta consignación se reembolsará al depositante por la oficina en que se ha efectuado, mediante presentación de una declaración, provista por la Aduana, de la indicación de llegada de la mercancía y del finiquito comprobando el depósito de los derechos. Las piezas justificativas de la llegada de la mercancía deberán presentarse dentro de tres meses de la expedición. Transcurrido este plazo, a menos que el retraso no provenga de un caso de fuerza mayor, la suma consignada pasará a ser propiedad del Majzen.

ARTICULO 95º- Los derechos de entrada y salida se pagarán al contado en la Aduana donde se haya verificado la liquidación. Los derechos ad valorem se liquidarán según el valor, al contado y en bruto de la mercancía presentada a la Aduana y libre de derechos de Aduana y almacenaje. En caso de avería, ésta se tendrá en cuenta al estimar la depreciación sufrida por la mercancía. Las mercancías no podrán ser retiradas sino después del pago de los derechos de Aduana y almacenaje. Toda toma de razón o percepción deberá ser objeto de un resguardo regular, entregado por el agente encargado de la recaudación.

ARTICULO 96º- El valor de las principales mercancías gravadas por las Aduanas marroquíes se determinará cada año por una Comisión de valores aduaneros, reunida en Tánger y compuesta de:

- 1º- Tres miembros designados por el Gobierno marroquí.
- 2º- Tres miembros designados por el Cuerpo diplomático en Tánger.
- 3º- Un delegado del Banco de Estado; y
- 4º- Un agente de la delegación del empréstito marroquí, al cinco por ciento, de 1904.

La Comisión nombrará de doce a veinte miembros honorarios, domiciliados en Marruecos, que consultará cuando se trate de fijar los valores y siempre que lo considere útil. Estos miembros honorarios se elegirán en las listas de notables abiertas por cada delegación para los extranjeros y por el representante del Sultán para los marroquíes. Se designarán, en cuanto sea posible, proporcionalmente a la importancia del comercio de cada nación. La Comisión se nombrará por tres años. La tarifa de valores trabada por ella servirá de base a las apreciaciones que se hagan en cada oficina por la Administración de Aduanas marroquíes. Se fijará en las oficinas de Aduana y en las cancillerías de las legaciones o de los consulados en Tánger. La tarifa será susceptible de ser revisada al cabo de seis meses si sobrevienen notables modificaciones en el valor de ciertas mercancías.

ARTICULO 97º- Se establece en Tánger un Comité permanente, llamado "Comité de Aduanas", nombrado por tres años. Se compondrá de un comisario especial de S. M. xerifiana, de un miembro del Cuerpo diplomático o consular, designado por el Cuerpo diplomático de Tánger, y de un delegado del Banco de Estado. A título consultivo, podrán unírsele uno o varios representantes de la Administración de Aduanas. Este Comité ejercerá la alta inspección sobre el funcionamiento de las Aduanas y podrá proponer a S. M. xerifiana las medidas que considera propias para introducir mejoras en el servicio y asegurar la regularidad y la comprobación de las operaciones y percepciones (desembarques, embarques, transportes por tierra, manipulaciones, entradas y salidas de mercancías, almacenaje, valoración, liquidación y percepción de derechos). Con la creación del Comité de Aduanas no se interferirá lesión alguna a los derechos estipulados en favor de los tenedores de títulos por los artículos 15º y 16º del contrato de empréstito de 12 de junio de 1904. Las instrucciones que redacte el Comité de Aduanas y las Administraciones interesadas determinarán los detalles de la aplicación del artículo 96º y del presente artículo. Estas instrucciones serán sometidas al examen del Cuerpo diplomático.

ARTICULO 98º- En las Aduanas que existen servicios suficientes el servicio de las mismas toma a su cargo las mercancías a partir del momento en que son entregadas contra resguardo por el capitán del buque a los agentes nombrados para recibirlas, hasta que son regularmente registradas. Este servicio es el responsable de los perjuicios causados

por las pérdidas o averías de las mercancías imputables a faltas o negligencias de los agentes; pero no es responsable de las averías resultantes ya de deterioro natural de la mercancía, ya de su larga permanencia en el almacén, ya de un caso de fuerza mayor. En las Aduanas en que no hay almacenes suficientes, los agentes del Majzen están únicamente obligados a emplear los medios de conservación de que dispone la Aduana. Se revisará el Reglamento de almacenaje actualmente en vigor por el Cuerpo diplomático, el cual resolverá por mayoría y de acuerdo con el Gobierno xerifiano.

ARTICULO 99º- Las mercancías y los medios de transporte por tierra confiscados se venderán, por mediación de la Aduana, en un plazo de ocho días, a contar del fallo definitivo dictado por el Tribunal competente.

ARTICULO 100º- El producto líquido de las ventas de las mercancías y objetos confiscados es adjudicado definitivamente al Estado. El de las multas pecuniarias, así como el importe de las transacciones, será, después de deducidos todos los gastos, repartido entre el Tesoro xerifiano y los que hayan tomado parte en la represión del fraude y del contrabando. Un tercio a repartir por la Aduana entre los denunciadores, un tercio a los agentes que hayan aprehendido la mercancía y un tercio del Tesoro marroquí. Si la aprehensión se ha realizado sin la intervención de un denunciador, la mitad de la multa se destinará a los agentes aprehensores y la otra mitad al Tesoro marroquí.

ARTICULO 101º- Las autoridades aduaneras marroquíes deberán poner en conocimiento de los agentes diplomáticos o consulares las infracciones del presente Reglamento que cometan las personas dependientes de su autoridad, a fin de que sean sometidas a la jurisdicción competente. Las mismas infracciones cometidas por súbditos marroquíes serán puestas en conocimiento, directamente por la Aduana, a la autoridad xerifiana.

ARTICULO 102º- Toda confiscación o penalidad deberá ser impuesta a los extranjeros por la jurisdicción consular, y a los súbditos marroquíes por la jurisdicción xerifiana.

ARTICULO 103º- En la región fronteriza a Argelia, la aplicación del presente Reglamento se hará exclusivamente por Francia y Marruecos. Del mismo modo, la aplicación del Reglamento en el Rif, y, en general, en las regiones fronterizas de las plazas españolas, será de cuenta de España y Marruecos.

ARTICULO 104º- Las disposiciones del presente Reglamento, así como las que se apliquen para el régimen de penalidades, podrán ser revisadas por el Cuerpo diplomático acreditado en Tánger, por unanimidad de votos y de acuerdo con el Majzen, a la terminación de un plazo de dos años, a contar desde la fecha en que haya sido puesta en vigor.

CAPITULO VI

DECLARACIONES RELATIVAS A LOS SERVICIOS Y OBRAS PUBLICAS

ARTICULO 105º- En el deseo de asegurar el principio de libertad económica sin desigualdad alguna, las potencias signatarias declaran que ninguno de los servicios públicos del Imperio xerifiano podrá ser enajenado en provecho de intereses particulares.

ARTICULO 106º- En el caso de que el Gobierno xerifiano crea que debe hacer un llamamiento a los capitales extranjeros o a la industria extranjera para la explotación de los servicios públicos o la ejecución de las obras públicas caminos, vías férreas, puertos, telégrafos y otros, las potencias signatarias se reservan cuidar que la autoridad del Estado sobre estas grandes empresas de interés general permanezca íntegra.

ARTICULO 107º- La validez de las concesiones que sean hechas con arreglo a los términos del artículo 106º, así como para los servicios del Estado, será subordinada en todo el Imperio xerifiano al principio de la adjudicación pública, sin excepción de nacionalidad, para todas las materias que, conforme a las reglas seguidas en las legislaciones extranjeras, deben ser aplicadas.

ARTICULO 108º- El Gobierno xerifiano, cuando se decida adjudicar la ejecución de obras públicas, dará cuenta de ello al Cuerpo diplomático, comunicándole en seguida el pliego de condiciones, planos y todos los documentos anejos al proyecto de adjudicación, de manera que los países signatarios puedan enterarse de los trabajos proyectados y, al mismo tiempo, concurrir a ellos. Un plazo suficiente será fijado a este efecto para el aviso de la adjudicación.

ARTICULO 109º- El pliego de condiciones no deberá contener, ni directa ni indirectamente, ninguna condición o disposición que pueda atentar a la libre concurrencia y colocar a los concurrentes de una nacionalidad en condiciones de inferioridad respecto a las de otra.

ARTICULO 110º- Las adjudicaciones serán hechas en la forma y según las condiciones generales del Reglamento que redactará el Gobierno xerifiano con la concurrencia del Cuerpo diplomático. La adjudicación será hecha por el Gobierno xerifiano en favor del concursante que se conforme con las prescripciones del pliego de condiciones y presente oferta aceptando las condiciones generales en los términos más ventajosos.

ARTICULO 111º- Las reglas de los artículos 106º a 110º serán aplicadas a las concesiones de explotación de los bosques de alcornoques, conforme a las disposiciones vigentes en las legislaciones extranjeras.

ARTICULO 112º- Un firmán xerifiano determinará las condiciones de concesión y explotación de las minas, canteras y explotaciones de mineral. En la redacción de este firmán, el Gobierno xerifiano se inspirará en las legislaciones extranjeras vigentes sobre la materia.

ARTICULO 113º- Si en los casos mencionados en los artículos 106º a 112º fuese necesaria la ocupación de determinados inmuebles, podrá procederse a su expropiación, mediante el pago de una justa indemnización, conforme a las reglas siguientes.

ARTICULO 114º- La expropiación no podrá hacerse sino por causa de utilidad pública, y su necesidad será reconocida en una información administrativa, conforme a un Reglamento xerifiano redactado con la concurrencia del Cuerpo diplomático.

ARTICULO 115º- Si los propietarios de los inmuebles son súbditos marroquíes, S. M. xerifiana adoptará las medidas precisas para que no se ponga obstáculo alguno a la ejecución de los trabajos que S. M. hubiese declarado de interés público.

ARTICULO 116º- Si se trata de propietarios extranjeros, se procederá a la expropiación del modo siguiente: en caso de desacuerdo entre la Administración competente y el propietario del terreno expropiable, la indemnización será fijada por un Jurado especial o, si fuese preciso, por arbitraje.

ARTICULO 117º- Este Jurado se compondrá de seis peritos tasadores, de los cuales tres serán nombrados por el propietario y los otros tres por la Administración que pretenda expropiar el inmueble. Los acuerdos habrán de tomarse por mayoría absoluta. Si no pudiera acordarse por mayoría, el propietario y la Administración nombrarán cada uno un árbitro, y éstos, a su vez, designarán el tercero en discordia. A falta de acuerdo para la designación del tercer árbitro, lo nombrará el Cuerpo diplomático acreditado en Tánger.

ARTICULO 118º- Los árbitros serán elegidos entre los que figuren en una lista formada al principio de cada año por el Cuerpo diplomático y, si fuera posible, entre peritos que no residan en la localidad en que haya de ejecutarse el trabajo.

ARTICULO 119º- El propietario podrá apelar de la decisión de los árbitros ante la jurisdicción competente y conforme a las reglas fijadas en materia de arbitraje por la legislación a que esté sometido el apelante.

CAPITULO VII

DISPOSICIONES GENERALES

ARTICULO 120º- A fin de poner su legislación en armonía con los compromisos contraídos por el presente protocolo, cada una de las potencias signatarias se obliga a promover la adopción de las medidas legislativas que sean necesarias.

ARTICULO 121º- El presente protocolo será ratificado según las leyes fundamentales de cada Estado; las ratificaciones se depositarán en Madrid lo antes que se pueda, y a lo sumo el 31 de diciembre de 1906. Se levantará acta del depósito, y una copia certificada será remitida a las potencias signatarias por la vía diplomática.

ARTICULO 122º- El presente protocolo regirá desde el día en que todas las ratificaciones hayan sido depositadas; a lo sumo, el 31 de diciembre de 1906. En el caso de que las medidas legislativas especiales en determinados países que sean necesarias para asegurar la aplicación a sus respectivos nacionales residentes en Marruecos de algunas de las estipulaciones del presente protocolo no hubieran sido adoptadas antes de la fecha fijada para la ratificación, no serán aplicables esas estipulaciones en lo que concierne a esos países sino después de promulgadas las aludidas medidas legislativas.

ARTICULO 128º- Todos los tratados, arreglos y convenios de las potencias signatarias en Marruecos siguen en vigor. Sin embargo, se entiende que, en caso de conflicto entre sus disposiciones y las del presente protocolo, prevalecerán las estipulaciones de éste último.

En fe de lo cual, los delegados plenipotenciarios firman y sellan el presente protocolo en Algeciras, a 7 de abril de 1906, en un ejemplar único, que quedará depositado en los archivos del Gobierno de S. M. xerifiana, y del cual se remitirán por la vía diplomática copias certificadas a las potencias signatarias.

PROTOCOLO ADICIONAL

Al proceder a la firma del acta general de la Conferencia de Algeciras los delegados de Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, España, Estados Unidos de América, Francia, Gran Bretaña, Italia, Países Bajos, Portugal, Rusia y Suecia, teniendo en cuenta que los delegados de Marruecos han declarado no hallarse por el momento en condiciones para firmar aquéllas y que la distancia a que se encuentran no les permite obtener en un breve plazo la respuesta de S. M. xerifiana respecto a los puntos sobre los cuales se han creído en el deber de consultar, se comprometen, recíprocamente, en virtud de los plenos poderes de que se hallan investidos, a unir sus esfuerzos para la ratificación íntegra por S. M. xerifiana de la citada acta general y de la entrada en vigor simultánea de las reformas acordadas, y de las que son solidarios unos y otros. Convienen en consecuencia, encargar a S. E. Mr. Malmusi, Ministro de Italia en Marruecos y decano del Cuerpo diplomático en Tánger, la realización de las gestiones necesarias a este efecto, llamando la atención de S. M. el Sultán sobre las grandes ventajas que ofrecerán para su imperio las estipulaciones adoptadas en la Conferencia por unanimidad de las potencias firmantes. La adhesión otorgada por S. M. xerifiana al acta general de la Conferencia de Algeciras deberá ser comunicada, por mediación del Gobierno de S. M. Católica, a los Gobiernos de las demás potencias firmantes. Esta adhesión tendrá la misma fuerza que si los delegados de Marruecos hubiesen puesto su firma al acta general y servirá de ratificación por S. M. xerifiana.

En fe de lo cual, los delegados de Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, España, Estados Unidos de América, Francia, Gran Bretaña, Italia, Países Bajos, Portugal, Rusia

y Suecia han firmado el presente protocolo adicional y puesto en él su sello. Hecho en Algeciras el día 7 de abril de 1906, en un solo ejemplar, que quedará depositado en los archivos del Gobierno de S. M. Católica, y cuyas copias certificadas serán enviadas por la vía diplomática a las potencias firmantes.

Delegados: J. Radowitz y Conde de Tattenbach (Alemania), Conde de Welserheimb y Conde de Bolesta Koziebrodzki (Austria), Barón Joostens y Conde de Buisseret (Bélgica), Duque de Almodovar del Río (presidente) y Juan Pérez Caballero (España), H. White y Samuel R. Gummere (Estados Unidos), P. Revoil y E. Regmault (Francia), A. Nicolson (Gran Bretaña), Marqués de Visconti Venosta y J. Malmusi (Italia), El Hach Mohammed Ben El Arbi Torres, El Hach Mohammed Ben Abd-Es-Selam El Mokri, El Hach Mohammed El-Seffar y Sid Abb-Er-Rahman El Benis (Marruecos), J. Anibal Testa (Países Bajos), Conde de Tovar y Conde de Marteus Feirao (Portugal), Conde de Cassini y B. de Bacheracht (Rusia) y R. Sager (Suecia).

DOCUMENTO 13

NOTAS INTERCAMBIADAS ENTRE LOS GOBIERNOS BRITANICO, FRANCES Y ESPAÑOL (16- MAYO- 1907). AMAE. Serie tratados. Caja N° 91, 2ª

A. NOTAS INTERCAMBIADAS ENTRE LOS GOBIERNOS BRITANICO Y ESPAÑOL

TEXTO INGLÉS

Foreign Office, May 16, 1907.

Your Excellency,
Animated by the desire to contribute in every possible way to the maintenance of peace, and convinced that the preservation of the territorial status quo and of the rights of Great Britain and Spain in the Mediterranean and in that part of the Atlantic Ocean which washes the shores of Europe and Africa must materially serve this end, and is, moreover, to the mutual advantage of the two nations bound to each other by the closest ties of ancient friendship and of community of interests,

The Government of His Britannic Majesty desire to lay before that of His Catholic Majesty the following Declaration of policy, in the confident hope that it will not only still further strengthen the good understanding so happily existing between them, but will also promote the cause of peace.

The general policy of the Government of His Britannic Majesty in the regions above defined is directed to the maintenance of the territorial status quo, and in pursuance of this policy they are firmly resolved to preserve intact the rights of

TEXTO ESPAÑOL

Londres, 16 de mayo de 1907.

Excelencia:
Animado del deseo de contribuir por todos los medios posibles a la conservación de la paz, y convencido de que el mantenimiento del statu quo territorial y de los derechos de España y de la Gran Bretaña en el Mediterráneo y en la parte del Atlántico que baña las costas de Europa y de Africa debe servir eficazmente para alcanzar ese fin, siendo al mismo tiempo beneficioso para ambas naciones, unidas además por los lazos de secular amistad y por la comunidad de intereses,

El Gobierno de Su Majestad Católica desea poner en conocimiento del Gobierno de Su Majestad Británica la Declaración cuyo tenor sigue, con la firme esperanza de que contribuirá, no solamente a afianzar la buena inteligencia que tan felizmente existe entre ambos Gobiernos, sino también a servir la causa de la paz.

La política general del Gobierno de Su Majestad Católica en las regiones arriba indicadas tiene por objeto el mantenimiento del statu quo territorial, y, conforme a tal política, dicho Gobierno está firmemente resuelto a

the British Crown over its insular and maritime possessions in those regions.

Should circumstances arise which, in the opinion of the Government of His Britannic Majesty, would alter, or tend to alter, the existing territorial status quo in the said regions, they will communicate with the Government of His Catholic Majesty, in order to afford them the opportunity to concert, if desired, by mutual agreement the course of action which the two Powers shall adopt in common.

(Signed: E. GREY)

conservar intactos los derechos de la Corona española sobre sus posesiones insulares y marítimas situadas en las referidas regiones.

En el caso de que nuevas circunstancias, según la opinión del Gobierno de Su Majestad Católica, pudiesen modificar o contribuir a modificar el statu quo territorial actual, dicho Gobierno entrará en comunicación con el Gobierno de Su Majestad Británica, a fin de poner a ambos Gobiernos en condiciones de concertarse, si lo juzgan oportuno, respecto a las medidas que hubieran de tomarse en común.

(Firmado: W. DE VILLA URRUTIA)

B. NOTAS INTERCAMBIADAS ENTRE LOS GOBIERNOS FRANCES Y ESPAÑOL

De contenido idéntico a las que anteceden. Fueron firmadas e intercambiadas en París, en la misma fecha que las anteriores, por el embajador de España, F. de LEON Y CASTILLO, y el Ministro francés de Asuntos Exteriores, S. PICHON.

C. EL INTERCAMBIO DE MEMORANDA ENTRE LOS GOBIERNOS FRANCES Y BRITANICO

TEXTO INGLES

SIR EDWARD GREY took note with satisfaction of the identity of French policy with that of Great Britain and Spain in the regions defined in the notes which had been exchanged between these two powers.

He observed that if, in the circumstances alluded to in those notes, it should become necessary for the British Government to communicate with that of Spain, or the Spanish Government to communicate with that of Great Britain, both would now be able to communicate with the French Government also, knowing that France takes the same view, and is as firmly resolved to preserve intact her rights over her insular and maritime possessions in the regions referred to as are Great Britain and Spain to preserve those of their respective countries.

Foreign Office, May 16, 1907.

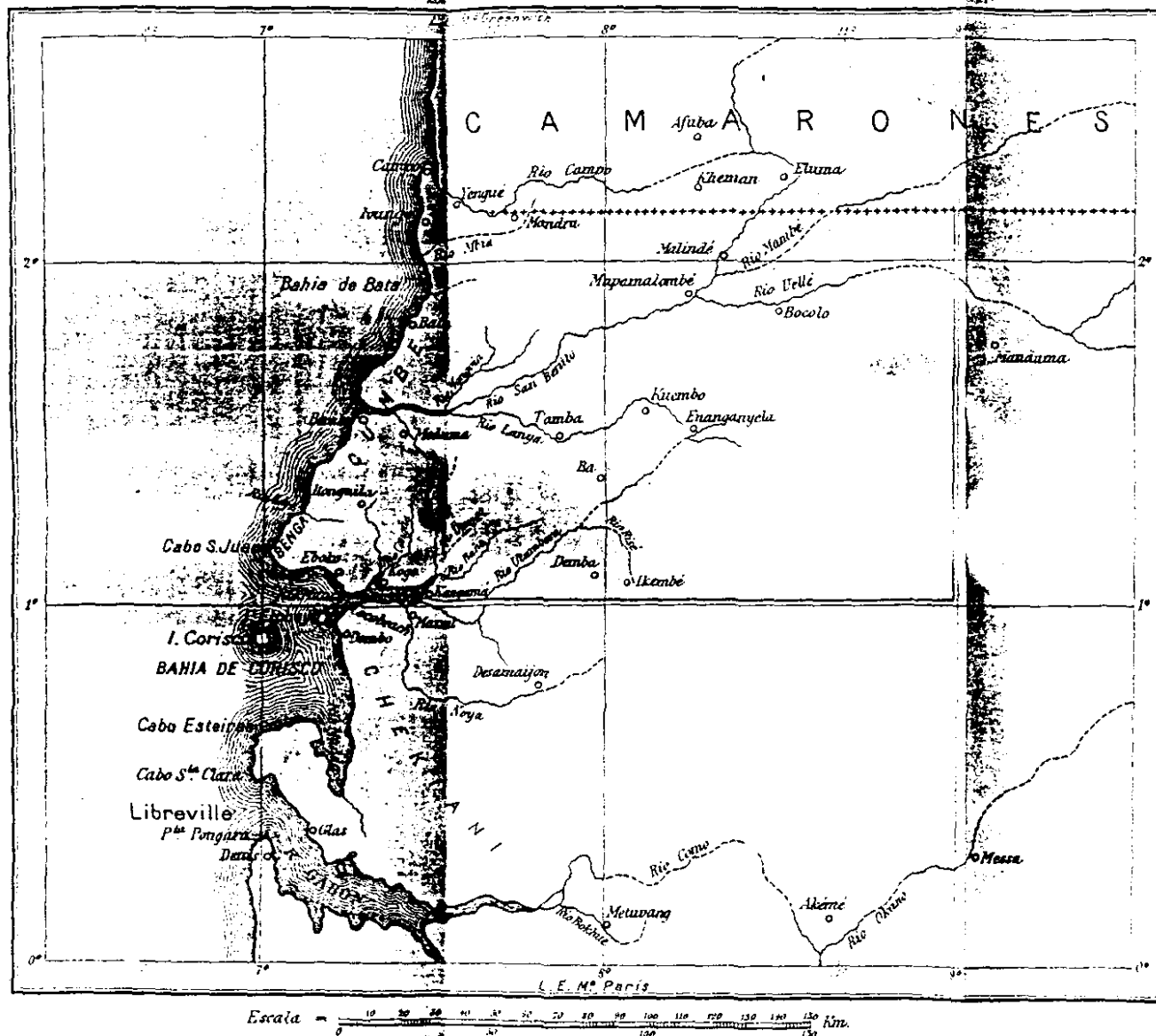
TEXTO FRANCES

L'AMBASSADEUR DE FRANCE exprime au nom de son Gouvernement a sir Edward Grey toute sa satisfaction de l'accord intervenu simultanément aujourd'hui entre le Gouvernement de Sa Majesté Britannique et le Gouvernement de Sa Majesté Catholique d'une part, et entre le Gouvernement de la République Française et celui de Sa Majesté Catholique d'autre part.

Il est chargé de faire savoir au Gouvernement Britannique que, dans le cas ou les éventualités préveus dans les notes en date de ce jour viendraient a se réaliser, le Gouvernement de la République Française serait pret a se concerter avec le Gouvernement Britannique en meme temps qu'avec le Gouvernement Espagnol.

Le 16 Mai, 1907.

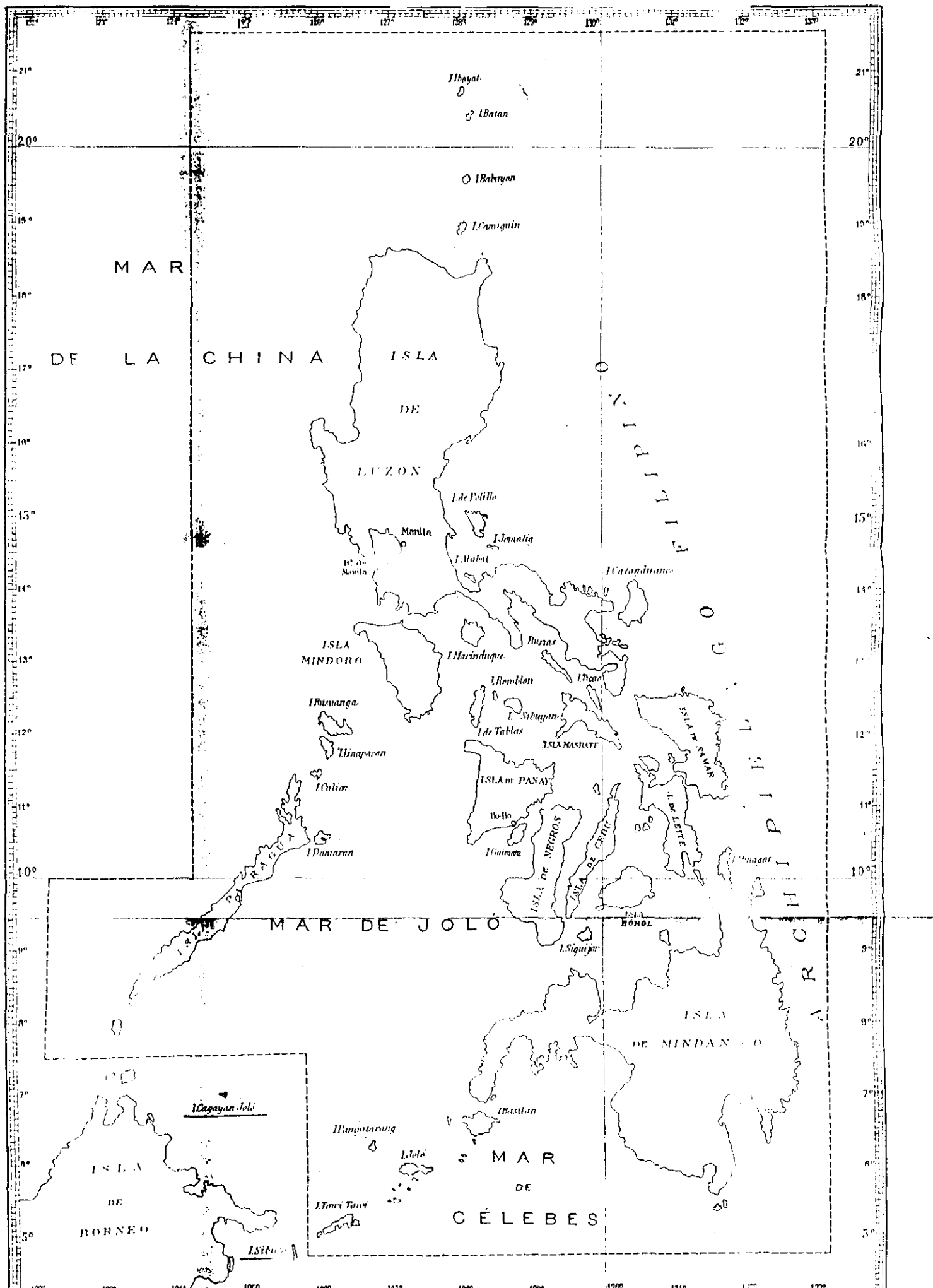
GUINEA ESPAÑOLA



Escala = 0 10 20 30 40 50 60 70 80 90 100 110 120 130 140 150 Km.

Los números de los grados en tinta encarnada corresponden al meridiano de Greenwich y los marcados con tinta negra al meridiano de París.

Los números de los grados en tinta encarnada corresponden al meridiano de Greenwich y los marcados con tinta negra al meridiano de Paris.



DOCUMENTO 17

ANAE. Serie tratados. Caja Nº 46

MAROC SEPTENTRIONAL

Extrait de la Carte du Maroc

PAR
R. DE FLOTTE DE ROQUVAIRE.

*Carta n.º 1 anexo al Convenio franco-español
firmado en París el 2 de Octubre de 1904*

F. de Bon y Castelló

